



DAD A

CIÓN GE

CONSULADO

Y

IMPERIO

DC201

T5

1846

V. 12

C. 2

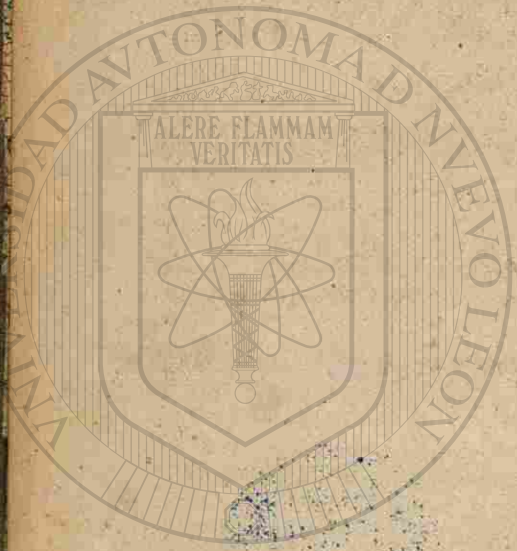
Loc 201

9 (44)



1080045908

C#7 C#162



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FACULTAD DE CIENCIAS Y LETRAS
CARRERA DE HISTORIA
CATEDRA DE HISTORIA ANTIGUA
CARRERA DE HISTORIA MODERNA
CATEDRA DE HISTORIA MODERNA

HISTORIA
DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Biblioteca popular T. XII. 1

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los dias se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la *Biblioteca*, y cada pliego cuesta **dos cuartos** en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos á poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos; en Madrid puede recibir el suscriptor las obras por pliegos ó por tomos, á su voluntad.—Para ser suscriptor en provincia basta tener depositados 12 rs. en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitirán las obras. Los suscriptores de Madrid pagan de 17 en 17 pliegos por lo menos, que á razon de dos cuartos hacen una peseta.

EN MADRID.

En el Gabinete literario, calle del Príncipe, número 25.

SE SUSCRIBE

EN PROVINCIAS.

En todas las librerías del reino y administraciones de correos, corresponsales del Señor Mellado, editor de esta publicación.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estab. Tipog. de MELLADO.

HISTORIA

DE L CONSULADO Y DEL IMPERIO,

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR M. A. THIERS.

Traducida al castellano

POR DON ANTONIO FERRES DEL RIO.

TOMO XII.



BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO

MADRID, 1856.

ESTAB. TIPOG. DE D. F. DE P. MELLADO, EDITOR.

CALLE DE STA. TERESA, NUM. 8.

54687 17024

DC201

TS

1846

V-12

CJ-2



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Al cabo de quince años de trabajo asiduo, he concluido la *Historia del Consulado y del Imperio*, que principié en 1840. De estos quince años no he dejado correr uno solo, salvo el que los acontecimientos políticos me obligaron a pasar fuera de Francia, sin dedicar todo mi tiempo á la obra difícil que traía entre manos. Indudablemente cabe trabajar mas de prisa, pero mi respeto á la tarea de escribir la historia es tan grande, que me pone casi confuso el temor de alegar un hecho inexacto. Cuando semejante zozobra me asalta, no descanso hasta descubrir la prueba del hecho que origina mis dudas: búscola donde quiera que me parece posible hallarla, y no paro hasta que la encuentro ó adquiero la certidumbre de que no existe. Reducido en tal situación á fallar

DC201

TS

1846

V-12

CJ-2



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Al cabo de quince años de trabajo asiduo, he concluido la *Historia del Consulado y del Imperio*, que principié en 1840. De estos quince años no he dejado correr uno solo, salvo el que los acontecimientos políticos me obligaron a pasar fuera de Francia, sin dedicar todo mi tiempo á la obra difícil que traía entre manos. Indudablemente cabe trabajar mas de prisa, pero mi respeto á la tarea de escribir la historia es tan grande, que me pone casi confuso el temor de alegar un hecho inexacto. Cuando semejante zozobra me asalta, no descanso hasta descubrir la prueba del hecho que origina mis dudas: búscola donde quiera que me parece posible hallarla, y no paro hasta que la encuentro ó adquiero la certidumbre de que no existe. Reducido en tal situación á fallar

como jurado, hablo á tenor de mi íntimo convencimiento, bien que siempre con extremado recelo de engañarme, porque entiendo que nada hay mas digno de censura, contra el que voluntariamente abraza el ministerio de referir á los hombres la verdad sobre los grandes sucesos de la historia, que disfrazarla por debilidad, alterarla por pasión, suponerla por desidia y mentir, á sabiendas ó no á sabiendas, ante su siglo y los venideros.

Bajo la influencia de estos escrúpulos he leído, releído y tomado de propia mano y letra notas de los innumerables documentos que se custodian en los archivos del Estado, de las treinta mil cartas de que se compone la correspondencia personal de Napoleon, de las no menos numerosas de sus ministros, de sus generales, de sus ayudantes de campo, y hasta de los agentes de su policia, y de la mayor parte de las memorias manuscritas conservadas en el seno de las familias. Deber mio es declarar que bajo todos los gobiernos (pues se han sucedido no menos de tres desde que di principio á mi obra) he hallado la misma facilidad, la misma prodigalidad en proporcionarme cuantos documentos me han hecho falta, y bajo el sobrino de Napoleon he podido enterarme de los secretos de la política imperial del propio modo que bajo la república y la monarquía constitucional antes. Asi creo haber logrado poseer y reproducir, no la verdad convencional que las generaciones contemporáneas se

crean á menudo y transmiten como verdad auténtica á las generaciones futuras, sino la verdad genuina de los hechos, que solo se halla en los documentos del Estado, y especialmente en la correspondencia de los mas insignes varones. Sentado esto, no es maravilla que me acaeciera invertir un año en preparar un tomo, bastándome para escribirlo dos meses, ni que haya tenido al público en larga espera, no obstante la benevolencia que le indujo á dar algun valor al éxito de mis trabajos.

Menester es tambien añadir ahora que al escrúpulo se me ha agregado la afición de estudiar á fondo, cómo en una de las épocas mas agitadas del mundo, hubo traza para remover tantos hombres, tanto dinero y tanto material. Me han atraído, detenido, cautivado los secretos de la administracion, de la hacienda, de la guerra, de la diplomacia, y he considerado que para los espíritus graves no merece menos atención esta parte técnica que la parte dramática de la historia. A mi ver, el apláuso ó la censura respecto de las grandes operaciones, son no mas que declamaciones vanas, no fundándose en la exposicion puntual, razonada y clara del modo con que se llevaron á remate. Extasiarse, por ejemplo, ante el espectáculo del paso de los Alpes y acumular palabras, prodigar aqui las rocas y alli las nieves, con el fin de comunicar á los demas el entusiasmo que se siente, no es á mis ojos mas que un juego pueril y aun fastidioso para los lectores. Una exposi-

cion cabal y exacta de cómo pasaron las cosas, es lo mas formal, interesante y adecuado á producir admiracion verdadera. Para describir una empresa de la magnitud del paso del San Bernardo, nada mejor que puntualizar cuantas leguas habia que atravesar de montes, y la artilleria, las municiones, los víveres que era preciso trasportar sin caminos, á alturas enormes, por entre precipicios espantosos, donde ya no sirven los animales y solo el hombre conserva su voluntad y sus fuerzas, todo dicho sencillamente, con los necesarios pormenores y sin inútiles particularidades. Si luego de exponer exacta y completamente los hechos, se escapa una exclamacion de los labios del que refiere, en derechura va al alma del que lee, porque, habiéndola ya sentido, no hace mas que responder al grito de su admiracion propia.

Tales son las causas de la lentitud con que he procedido, y de la extension dada á mi relato. Y esto me lleva á decir sobre la historia y la manera de escribirla algunas palabras inspiradas por mi larga práctica en este arte, y por mi profundo respeto á su dignidad eminente.

Entre las obras del espíritu humano, me parece superior á todas la gran poesia, bien que nadie me pueda negar que hay eras mas propias á saborearla que á producirla. En nuestra época, profundamente erudita al par que profundamente agitada, son Homero y Dante mejor comprendidos que lo fueron nunca; y así y todo, con poe-

tas y pintores de nota, nuestro tiempo no ha producido poesia sencilla y enérgica al modo que la de Florencia en el siglo XIII, ó cual la de la Grecia primitiva, y consiste en que las sociedades tienen su edad como los individuos, y cada edad sus ocupaciones particulares. Siempre he considerado que la especial, ya que no la exclusiva de nuestro tiempo, es la historia. Sin perder la sensibilidad á las cosas grandes, que nuestro siglo nos restituyera de sobra en caso de haberla perdido, ya nos enriquece la experiencia que permite avalorarlas y juzgarlas. Seguro de hacer lo que á mi siglo cuadraba mas particularmente, entreguéme lleno de confianza á los estudios históricos desde mis juveniles años, y treinta de los de mi vida he dedicado á escribir historia, pudiendo afirmar que ni aun en medio de los negocios públicos me separé, por decirlo así, de mi arte. Cuando á la vista de tronos vacilantes, en el seno de asambleas conmovidas por el acento de potentes tribunos ó amenazadas por la muchedumbre, podia dar lugar á la reflexion un instante, no me fijaba tanto en tal ó cual individuo pasajero y con nombre de nuestros dias como en las eternas figuras de todos los tiempos y todos los lugares que en Atenas, en Roma, en Florencia, se movieron antiguamente como la que veia ante mis ojos. Sentíame con menos turbacion é ira, porque experimentaba menos sorpresa, porque presenciaba, no la escena de un dia, sino la escena perenne iniciada por Dios al colocar en la so-

ciudad al hombre con sus pasiones grandes ó pequeñas, ruines ó generosas, al hombre siempre semejante á sí propio, siempre agitado y siempre conducido por leyes profundas al par que inmutables.

De suerte que me atrevo á calificar de un largo estudio histórico mi existencia, pues fuera de aquellos instantes violentos en que la acción os aturde, y en que el torrente de las cosas os arrastra de modo que no os permite distinguir sus límites, casi siempre he observado lo que pasaba en torno de mí, haciendo referencia á lo acaecido en otros puntos, para investigar lo que se diferenciaba ó se parecía lo uno y lo otro. Según mi dictámen, está comparacion continua es la verdadera preparacion del espíritu para la epopeya de la historia, no condenada á ser descolorida por lo positiva y exacta, pues el hombre real llámese Alejandro, Anibal, César, Carlo-Magno, Napoleon, tiene su poesía varia, como el hombre fingido, ya se llame Aquiles, Eneas, Roldan ó Reinaldo.

No basta la observacion asídua de los hombres y de los sucesos, ó como dicen los pintores, la observacion de la naturaleza, se necesita un don particular para bien escribir la historia. ¿Qué don es este? ¿Ingenio, imaginacion, critica, arte de componer, talento de pintar? Decididamente respondo que seria de desear el poseer todos estos dones, y que toda historia donde resalte cualquiera de ellos es una obra apreciable y aprecia-

da altamente por las generaciones futuras. No una, sino veinte maneras hay de escribir historia: Tucídides, Jenofonte, Polibio, Tito Livio, Salustio, César, Tácito, Commines, Guicciardini, Maquiavelo, San Simon, Federico el Grande, Napoleon la escribieron superiormente, aunque de muy distinto modo. Solo pediria yo al cielo haber rayado á donde el menos eminente de estos historiadores, para estar seguro del acierto, y de dejar una memoria de mi efimera vida. Cada uno de ellos tiene su cualidad característica de bulto: este narra con una abundancia que seduce: aquel narra no de seguida, sino lo que le choca y como á saltos, pero de pasada bosqueja en algunos rasgos tales figuras que nunca se borran de la memoria de los hombres: otro finalmente, menos abundante ó menos hábil en las pinturas, pero mas reposado, mas discreto, penetra con ojos de lince las profundidades de los acontecimientos humanos y los ilumina con una claridad eterna. De todas maneras atinaron y salieron airosos, lo repito. Sin embargo, ¿no hay una cualidad esencial, preferible á todas, que debe distinguir al historiador y en que estriba su verdadera superioridad? Hayla y sin titubear un solo punto, digo que en mi concepto esta cualidad es la inteligencia.

Aquí tomo esta palabra en la acepcion que le da el vulgo, y solo con aplicarla á los asuntos mas diversos, voy á procurar que se me comprenda por todos. Es comun notar en un niño, un ar-

tesano, un estadista, algo que no se califica redondamente de talento, faltándole brillo, pero que se llama inteligencia, porque aquel á quien adorna, inmediatamente se posee de lo que se le dice, ve y entiende á media palabra que se le apunte: si es niño, comprende lo que se le enseña, si artesano la obra de cuya ejecucion se le encarga, si hombre de Estado los sucesos, sus causas, sus resultados, adivina los caracteres, sus inclinaciones, la conducta que se debe esperar de ellas, y nada le sorprende, ni le embaraza, aunque á menudo se alija por todo. Esto es lo que denomino yo inteligencia, y prácticamente esta simple cualidad, enderezada solo al efecto, es de mayor utilidad en la vida que todos los dones intelectuales, salvo el genio, que en suma no es mas que la misma inteligencia con el feliz conjunto de la brillantez, la fuerza, la extension y la perspicacia.

Semejante cualidad, aplicada á los grandes fines de la historia, es en mi sentir la esencial que debe poseer quien la escribe, y una vez existente, consigo lleva las demas todas, siempre que al don de la naturaleza se junte el de la experiencia, que solo de la práctica emana. Y efectivamente, con lo que llamo inteligencia se discierne lo verdadero y lo falso; no engañan las vanas tradiciones ni los falsos rumores de la historia; se tiene crítica, se penetra bien el carácter de los hombres y de los tiempos, no se exagera, ni se agranda, ni achica demasiadamente nada; se

presenta cada personage con su verdadera fisonomía, se aparta la hojarasca, ornamento el mas inadecuado á la historia; se pinta fielmente, se entrañan los resortes secretos de las cosas, se comprende y se hace comprender de qué modo fueron consumados; objetos distintos hasta el extremo que lo son la diplomacia, la administracion, la guerra, la marina, se ponen casi al comun alcance, habiendo sabido penetrarlos en su generalidad inteligible para todos, y luego que ya se está en posesion de los numerosos elementos que deben formar una relacion vasta, da la norma del orden en que hayan de ser presentados la misma série de los sucesos, pues quien supo apoderarse del vínculo misterioso que los enlaza y de la manera con que los unos generaron los otros, averiguado tiene el método de narracion mas bello como el mas natural de todos, y si no es de hielo ante las grandes escenas de las naciones, mezcla vigorosamente el conjunto y hace que se suceda con vivacidad y lisura; deja al río del tiempo su fluidez, su poder y aun su encanto, no forzando ninguno de sus movimientos, no alterando ninguno de sus felices recodos, y para final complemento, satisface la condicion suprema de ser equitativo, ya que nada apacigua y doma las pasiones como el profundo conocimiento de los mortales. No quiero decir que haga desaparecer la severidad, pues esto sería dañoso, sino que cuando se conoce la humanidad y sus flaquezas, y se sabe lo que la domina y la

arrastra, sin tener menos odio al mal, ni menos amor al bien, hay mas indulgencia para el hombre que se ha dejado llevar al mal por los mil impetus del alma humana, y no se venera menos al que, á pesar de todos los estímulos ruines, ha sabido mantener su corazon al nivel de lo bueno, de lo bello, de lo grande.

Persisto en creer que la inteligencia es la facultad bienhadada que enseña en historia á distinguir lo verdadero de lo falso, á pintar fielmente los hombres, á esclarecer los arcanos de la política y de la guerra, á narrar con orden luminoso, á ser equitativo, y en suma un narrador completo ¿osaré decirlo? Casi aun sin arte, el espíritu perspicaz que imagino, cediendo solo á la necesidad de contar que se apodera de nosotros frecuentemente y nos induce á poner en noticia de los demas los sucesos relativos á nuestras personas, puede dar vida á obras maestras. Entre mil ejemplos que pudiera citar en mi apoyo, permitaseme elegir el de Guicciardini y el del gran Federico de Prusia.

Jamás pensó escribir Guicciardini, ni hizo aprendizaje ninguno. Como diplomático, administrador, y como militar una ó dos veces, habia empleado sus años; pero figuraba entre los espíritus mas perspicaces que han existido, y en cosas políticas sobre todo. Su alma adolecia de triste por naturaleza y por hartura de la vida: ignorando como pasar las horas en su retiro, escribió los anales de su tiempo y de consiguiente muchas

cosas de las pasadas á su vista, y lo hizo con una amplitud de narracion, una valentia de pincel y una profundidad de juicio, que colocan su historia entre los buenos monumentos del espíritu humano. Su frase es prolija, nada suelta y á veces pesada, y no obstante avanza como un hombre diligente, anda deprisa, aun teniendo mal configuradas las piernas. Profundo conocedor de la naturaleza humana, de todos los personajes de sus dias, bosqueja retratos que no perecerán nunca, porque son fieles, sencillos y vigorosos. A este mérito añade el tono triston é insistente de un hombre cansado de las innumerables miserias de que habia sido testigo, y demasiado insistente á mis ojos (porque la historia debe ser reposada y serena) mas no chocante de ningun modo, pues trasciende alli, á la manera que en la sombría severidad de Tácito, la tristeza del hombre de bien.

Federico el grande, que nunca adoleció de triste, amaba con pasion las letras, y sin duda es uno de los mas nobles rasgos de su carácter esta aficion irresistible, que le sostuvo en los momentos desesperados que mas de una vez pusieron su fortuna á punto de ruina. Tal noche, despues de perder una batalla, sucedia que se consolara haciendo versos malos, no por las ideas, que las hay profundas, ingeniosas, picantes y no escasas en sus composiciones, sino por la estructura, siendo verdad sabida que los versos requieren correccion, armonia, gracia. Nada es en poesia el pen-

samiento sin el arte. Y aun faltaba mas al gran Federico de Prusia para producir buenos libros: como solo por distraccion, y no por ejercicio habitual, se dedicaba siempre á las letras, nunca habia dado mas ensanche que el de una poesia, una epistola ó un folleto á sus obras, y asi le era tan extraño el arte de hacer un libro como el de escribir correctamente. Y sin embargo en la historia que nos ha dejado de su familia y de su propio reinado, exponiendo las tramas sutiles de su diplomacia y las profundas combinaciones de su genio militar; pintando las vicisitudes de su carrera de cerca de cincuenta años, los indecibles vaivenes de la politica durante un siglo en que las mugeres gobernaban los estados mientras los filósofos regian los entendimientos, y las alternativas de una guerra en, que ya vencido ó ya victorioso, bien que siempre cubierto de gloria, se hallaba á cada instante en visperas de sucumbir debajo del odio de tres mugeres y del peso de tres grandes Estados; este hombre singular dió vida en mal francés y hasta en estilo extravagante á un cuadro sencillo, animado y tan completamente verdadero de aquella época curiosa y grande solamente por él y algunos escritores franceses. Este mal autor escribe bastantemente bien, compone de una manera sencilla, aunque no docta, con orden y con interés, delinea caracteres de mano maestra, y seria un juez superior á no faltarle equidad y decoro. Mas juntando lo licencioso de su espíritu á lo licencioso de su

tiempo: menospreciando á todos los reyes que habia humillado, á sus generales que habia vencido, á sus ministros que habia engañado; no hallándose á gusto sino entre las gentes de letras, aun cuando con su vanidad le daban frecuente motivo de risa; complaciéndose en hacer peores que lo eran realmente á sí propio y á los demas; intemperante, cinico, dió á la historia el tono de la maledicencia, bien que inmortalizara la que tenemos suya, sellándola con el carácter de la mas profunda inteligencia y del buen sentido mas raro.

Nada me ocurre decir de César porque era uno de los escritores mas prácticos de su siglo ni de Napoleon, porque llegó á serlo del suyo; pero bastan los dos ejemplos que acabo de citar para explicar mi pensamiento y demostrar que todo el que tuviere inteligencia de los hombres y de las cosas, está dotado con el verdadero talento que para bien escribir la historia se exige.

Tal vez se me impugne diciendo que doy por inútil el arte, afirmando que la inteligencia lo es todo; y que de consiguiente un cualquiera, dotado no mas que de la comprension esa que ensalzo, puede componer, pintar, referir en suma con todas las condiciones de la verdadera historia. A lo cual responderia que si de buen grado, sino conviniera á pesar de todo restringir algun tanto esta aseveracion absoluta. Comprender es ya mucho, aunque, rigurosamente hablando, no todo: necesitase ademas cierto arte de componer, de

pintar, de casar los colores, de distribuir la luz, y no menos cierto talento de escribir, pues al cabo de la lengua es forzoso servirse ya sea griega, latina, italiana ó francesa, para contar las vicisitudes del mundo. Y así convengo en que á la inteligencia se debe de unir la experiencia, el cálculo, es decir, el arte.

Ser finito es el hombre y casi hay que hacer entrar en su espíritu lo infinito. Generalmente los sucesos que tenéis que exponer se realizan en muchas partes, no sólo en Francia, si es Francia el teatro de vuestra historia, sino en Alemania, en Prusia, en España, en América y en la India; y ni el que narra ni el que lee cualesquiera sucesos puede estar á la vez mas que en un solo punto. Federico el grande lidia en Bohemia, pero á la par se pelea en Turingia, Westfalia y Polonia: sobre el mismo campo de batalla, donde todo lo dirige personalmente, se empeña la lucha en el ala izquierda, pero lo mismo sucede en el ala derecha, y en el centro y en todas partes. Y hasta cuando se ha descubierto con inteligencia la cadena general que eslabona entre si los sucesos, se requiere cierto arte para pasar de un lugar á otro, para ir á recoger los hechos accesorios que hizo descuidar el hecho de mayor bulto: es preciso correr sin cesar hácia la derecha; hácia la izquierda, á retaguardia, sin perder la escena principal de vista, sin dejar que la accion languidezca, y sin omitir nada tampoco, siendo todo hecho omitido una falta, no solo contra la exac-

titud material, sino contra la verdad moral, pues rara vez ocurre que la omision de un hecho, por insignificante que sea, no falte á la contextura general ó como causa ó como efecto. Y aun hay que contemporizar con ese ser finito que os oye, siempre aspirando á lo infinito, con ese ser curioso que todo lo quiere saber, sin paciencia para aprenderlo. Saberlo todo punto por punto, sin poner el menor esfuerço de atencion de su parte; así es el lector, así es el hombre, así somos todos.

Requíerese, pues, cierto arte de presentar la escena que exige esperiencia, cálculo, ciencia y hábito de las proporciones. Y no basta con esto, no sabiendo pintar, describir, apoderarse del rasgo carecterístico de una fisonomia, de la circunstancia radical de una escena, distribuir el color con tiento, con gradacion hábil, no prodigado, de manera que no quede para las partes que han de ser coloridas con fuerza. Finalmente, como la lengua es el instrumento con que esto se ejecuta, preciso es escribirla con dignidad, elegante y grave, por igual adecuada á las cosas grandes y á las pequeñas, pues sabe decir las unas con sublimidad y las otras con llaneza, exactitud y claridad. Sin que se halle cabida á la duda todo esto es arte y frecuentemente del mas refinado; y de aquí la necesidad de que á la perfecta inteligencia de las cosas, se agregue cierta costumbre de manejarlas, de disponerlas, de presentarlas en todos sus pormenores, con método estudiado y fácil, noble y sencillo, penetrando por to-

das partes, arrastrándose ya sobre la sangre de los campos de batalla, ya hacia los gabinetes de la diplomacia, donde á veces hay que llegar hasta el estrado de las señoras para descubrir el secreto de los Estados, ya en fin por las fangosas calles, donde se agita una demagogia enfurtecida y aun demente.

Confesando sin esfuerzo que el arte se debe unir á la inteligencia, voy á explicar por qué esta facultad, segun la he definido, conseguirá mas que otra alguna llegar á ese complicadísimo arte. Entre todas las producciones del espíritu humano, la mas pura, casta, severa y alta al par que humilde es la historia. Esta musa briosa, perspicaz y modesta, ha menester especialmente de ser vestida sin atavíos.

Arte necesita sin duda, pero si tiene demasiado y se echa de ver mucho, no hay dignidad, ni verdad posibles, pues habiendo querido engañarnos tan sencilla y noble criatura, ya no os inspira confianza. Nadie se puede llamar á engaño porque se exagere en la escena trágica el terror y en la escena cómica la risa; ni porque en la epopeya, en la oda, en el idilio, se agranden ó achiquen los personajes, y se haga á todos los héroes intrépidos y á todas las zagalas bonitas, y se hermosee en suma todo, ya que son artes de ficción y no hay quien lo ignore; sin embargo de lo cual yo aconsejaria á los autores de ficciones que fuesen siempre verdaderos, aunque están dispensados de ser exactos. Pero respecto de la

historia no se puede tolerar la mentira ni en la sustancia, ni en la forma, ni el colorido. La historia no dice: soy la ficción, si no: soy la verdad. Imaginaos un padre circunspecto, sesudo, que inspira amor y respeto á sus hijos, y que para instruccion de ellos, les junta y les dice: voy á contaros lo que hicieron mi abuelo y mi padre, y lo que he hecho yo, para traer al punto en que están la fortuna y el lustre de nuestra familia. Voy á contaros todas sus buenas obras, sus culpas, sus errores, y en fin, todo, para ilustraros, para instruiros y para poneros en la senda del honor y del bienestar. Juntos sus hijos todos, le escuchan con religiosísimo silencio. ¿Comprendéis que este padre engalane lo que refiere y lo altere á sabiendas, é inculque á estos hijos, que le son tan caros, una idea falsa de los trances, de las amarguras y los placeres de la vida?

Pues la historia es realmente este padre que instruye á sus hijos. Tras definicion semejante, ¿la comprendéis jactanciosa, exagerada, exuberante ó declamatoria? Ingenuamente digo que nada me choca en arte alguno, pero que me subleva la menor jactancia en la historia. Verdadera, sóbria y sencilla debe ser en la composicion, en lo que tiene de drama, en los retratos, en el estilo. ¿Y cual de las diversas clases de talento la conservará mejor estas cualidades esenciales? Con evidencia el que sobresalga por lo inteligente, pues ve las cosas como son, las ve bien y quierá presentarlas segun las ha visto.

La inteligencia cabal de las cosas lleva á conocer la belleza natural de ellas, y las hace amar hasta el extremo de no quererlas añadir, ni quitar cosa alguna, y de buscar exclusivamente la perfeccion del arte en reproducirlas con exactitud rigorosa. Séame licita una comparacion para que mejor se me entienda.

Rafael creó cuadros de invencion propia, especialmente Sacras Familias, y retratos. Siempre los mas delicados jueces procuran aquilatar si valen mas las Sacras Familias ó los retratos, y se hallan perplejos. No diré yo que á la postre se decidan por los retratos, pues bien andaz fuera el que se aventurara á fallar sobre aquellas obras divinas; pero es lo indudable que llegan al punto de no admitir inferioridad alguna entre ellas, y asi las Virgenes mas admiradas de Rafael no son antepuestas á sus simples retratos, puesto que la poesía de las unas no amengua la noble realidad de los otros. ¿Y cómo alcanzó Rafael á producir, por ejemplo, ese asombroso retrato de Leon X, una de las obras mas perfectas que han salido de mano de hombre? (1) Cuando queria pintar una Virgen, este felicisimo genio, se representaba en su imaginacion las facciones mas puras que habian admirado sus ojos, las depuraba luego y añadialas su propio encanto, rica emanacion de su alma, y creaba una de esas maravillosas cabezas que, vistas una vez, no se olvi-

(1) El que está en el palacio Pitti de Florencia.

dan ya nunca. Por el contrario, si queria pintar un retrato, renunciaba á combinar, á depurar y á inventar del todo. En el rostro de un principe de la Iglesia, anciano, de nariz roja y ancha, de sensual fisonomia, de pequeños, bien que muy penetrantes ojos, nada veia feo ó repugnante, buscaba la naturaleza, la admiraba en su realidad, y se guardaba muy bien de alterar nada, y nada ponía de su cosecha mas que la correccion del dibujo, la verdad del colorido, los golpes de luz, y hallabalo todo en la naturaleza bien observada, que es correcta de dibujo, hermosa de colorido, fascinadora de luz, hasta en la fealdad misma.

Semejante á este retrato de Rafael es la historia, y sus Virgenes se pueden comparar á la poesía. Al modo que se llega al retrato de Rafael, prendándose de la naturaleza y de la hermosura de la realidad y obligándose á reproducirla exactamente, se llegará á la legitima historia observando los hechos, contemplándolos como un pintor contempla la naturaleza y hasta en un rostro feo la admira, sin buscar mas que en la verdad de la reproduccion el efecto.

Lo mismo que la pintura tiene su parte pintoresca la historia, y esta se halla en los hombres, en los sucesos, fiel y profundamente observados. Por ejemplo, abrid nuestra historia: fijaos en Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV, Luis XV, en sus ministros, sus cortesanas y sus confesores: en Richelieu, Mazarino, Louvois, Choiseul; en la

Montespan, la Maintenon, la Pompadour; en Letailier, Fleury, Dubois: de estos seres potentes, graciosos, débiles ó feos, pasad á los héroes, al impetuoso Condé, al cauto Turena, al feliz Villars, segun la posteridad les renombra: de estos héroes gobernados pasad á los héroes gobernantes, Federico y Napoleon: contemplad esas figuras como retratos expuestos en el Louvre de la historia, observadlas cual son, con su grandeza y su miseria, y lo que en ellas atrae y repele: ¿no experimentarais cierta especie de estremecimiento al ver esas figuras cual Dios las hizo, del propio modo que si veis un retrato de Rafael, el Ticiano ó Velazquez? ¿Cómo no habeis de distinguir bajo esas facciones verdaderas, sublimes unas veces, extravagantes otras, groseras acaso, la hermosura pintoresca de la naturaleza? ¿Pues qué no tienen su belleza histórica, á la cual seria delito poner y quitar el rasgo mas leve, Enrique IV con su talento profundo, su valor caballeresco y calculado, su donaire, su bondad, su astucia, sus apetitos sensuales; Luis XIII con su timidez siniestra, su aliento, sumiso ó á mal respecto del poderoso ministro á quien debe la gloria de su reinado; Luis XIV con su vanidad, su buen sentido, su grandeza; Luis XV con su egoísmo, que se aturde sin cegarse; Richelieu con su implacable genio; Mazarino con su paciencia y profundidad; Condé con su ardimiento que ilumina la inteligencia; Turena con su cordura que se enardece; Villars con su talento de aprovechar

la ocasion propicia; Federico de Prusia con su genio arrogante; Napoleon con aquel genio de titan que le impulsa á escalar el cielo? ¿Qué se necesita para retratar estas figuras? Comprenderlas. Y á la verdad, ya comprendidas, solo una pasion prepondera, la de estudiarlas mucho para reproducirlas fielmente, y despues de bien estudiadas, estudiarlas mas, para cerciorarse de no haber descuidado tal arruga del infortunio, ó del tiempo ó de las pasiones, que debe perfeccionar el retrato.

De la profunda inteligencia de las cosas nace ese amor idólatra á lo verdadero, que los pintores y los escultores denominan amor á la naturaleza: nada se considera superior á lo que es verdad, y por consiguiente nada se altera ó muda. En poesia la naturaleza, se escoge, no se cambia; en historia solo hay derecho para ordenar, mas para elegir de ningun modo: si en poesia hay que ser verdadero, mucho mas hay que serlo en historia. Si pretendeis ser interesante, dramático, profundo, bosquejar soberbios retratos que se destaquen de vuestra relacion como de un lienzo y se graben en la memoria, ó escenas que conmuevan mucho, tened por cierto que no alcanzareis vuestro designio, que vuestra manera de referir será violenta, y no trazareis escena sin exageracion, ni retrato que tenga vida; y todo por la simple razon de poner en ser dramático ó pintor el esmero. Al revés, no penseis mas que en ser exactos; estudiad bien una época da-

da, los personajes que la llenan, con la magnitud de su figura, sus buenas y malas cualidades, sus altercados y las causas de sus discordias, y dedicaos à reproducir sencillamente lo que sacais de tal estudio. Cuando havais de presentar un personage, pintadle de modo que su carácter refleje el papel que juega, mas sin deteneros con fruicion en su pintura: violentas desavenencias tienen entre si los varones de nota, referid de ellas lo que basta à dar idea cumplida de la causa que las produce, de la significacion de lo que les divide, de los inconvenientes de sus caracteres, y no os pareis à hacer tragedias: andad, andad sin cesar como el mundo: si hay pormenores técnicos, dadlos, pues no es para omitido el material de las cosas humanas, y en la realidad no es drama todo, ni arrebatos de pasion fuertes, ni estocadas terribles: à las grandes crisis preceden prolijas angustias: antes de los sangrientos choques en la guerra hay llamamiento de hombres, acumulacion de dinero, acopio de material enorme; todo lo cual tiene su lugar y su tiempo, y se debe suceder bajo vuestra pluma como en la realidad misma, y si pensásteis en ser sencillamente veraz tan solo, habreis sido lo que son las cosas, interesante, dramático, variado, instructivo, pero no sereis nada mas que ellas, y por ellas, y como ellas y tanto como ellas. Y no os infunda la menor inquietud vuestro asunto, sea el que fuere: no temais las dificultades, ni la aridez, ni la oscuridad: Dios hizo el espectáculo del mundo

para el espíritu del hombre: tan luego como al hombre se enseña el mundo, fija allí sus ojos, sin mas condicion que la de no sacar à plaza las oscuridades de su espíritu, imputándolas à las cosas. Con que elijais una historia ó parte de historia, y presenteis exactamente y con método natural los hechos, sin oropeles, sereis atractivo y aun pintoresco. Si para sistematizar lo que referais no habeis puesto el empeño en agruparlo arbitrariamente, si acertasteis à darlo su naturalísimo enlace, todo tendrá una atraccion irresistible, la del rio que reshala por entre campiñas. Cierito es que hay rios caudalosos y de escasas ondas, con márgenes tristes ó risueñas, mezquinas ó grandes; y no obstante, à cualquiera hora veis que todo rio, riachuelo ó arroyo se desliza con cierto encanto, y produce un efecto embelesador y delicioso, ora forme remanso à la falda de una colina, ora desaparezca en el horizonte detrás de la espesura de un bosquecillo. Tratando de cualquier asunto llegareis à iguales ventajas, si conseguis que una cosa venga tras otra con el movimiento fácil, ora apacible, ora precipitado de la naturaleza.

Hecha profesion de fé semejante ¿necesito puntualizar cuáles son en historia las condiciones del estilo? Una hay esencial y se reduce à que ni se eche de ver ni se sienta. Ante los atónitos ojos del público se han expuesto recientemente entre las obras maestras de la industria del siglo, espejos de dimension y transparencia es-

traordinarias, que dejarían confusos á los venecianos del siglo XV, y por entre los cuales y sin la mas leve disminucion de color, ni contorno, se ven los innumerables objetos que encierra el palacio de la Exposicion universal de la industria. No fijándose mas que en el marco de tales espejos, varios curiosos llenos de pasmus preguntaban, y yo lo he oido, qué hacia allí el magnifico marco, por no haber reparado en la tersa luna; y cuando conocian su error, admiraban el portento de espejo tan limpio. Efectivamente, si se ve un espejo, consiste en que tiene alguna falta, puesto que su mérito lo constituye una cabalisima transparencia. Tal es el estilo en historia. No tiene mas objeto que presentar las cosas; y si se le ve ó se le siente, muestra da de defectuoso. ¿Y se llega á transparencia tan cabal sin trabajo? No, ciertamente. Si el estilo es vulgar ó altisonante, si molesta por su malhadada consonancia, ya que en historia los nombres de las personas, de los lugares, de las batallas, son fijos para las lenguas nacionales y carecen de equivalente, si choca por algo, es el estilo en realidad el espejo que tiene una falta: sencillo, claro, conciso, fluido, elevado á veces debe de ser cuando sobre los grandes intereses de la humanidad se cuestiona; y abrigo el convencimiento de que los versos mas hermosos, los mas trabajados, no cuestan lo que una modesta frase dedicada á transcribir un detalle técnico sin que se incurra en la vulgaridad ni en la extravagancia. ¿Y quién tendrá tanta pa-

ciencia, tanto esmero, tanta abnegacion, solo para no fijar la atencion de nadie? ¿Quién? La inteligencia, única propia á comprender que todo su papel se reduce á mostrarlo todo, sin aparecer nunca.

Ya he anunciado que tambien es ella la sola capaz de resplandecer por lo justa, sobre lo cual me serán permitidas algunas mas frases.

No menos sonrojo que el que me infunde la sola idea de alegar un hecho inexacto, experimento al concebir una injusticia relativamente á los hombres. Cuando uno mismo ha sido juzgado frecuentemente por cualquier advenedizo, sin conocimiento de los personajes, ni de los sucesos, ni de las cuestiones sobre que falla magistralmente, avergüenza y repugna figurar como juez de tal laya. ¡Especie de impiedad es desconocer las cosas, no cuidarse de lo verdadero, tratar de unos que han derramado su sangre por un pais á menudo ingrato, ó de otros que, aun dado que la ambicion les impulsara en mucha parte, consumieron por el mismo pais entre las devorantes ansiedades de la política su vida, y fallar con un rasgo de pluma sobre el mérito de la sangre de los unos y de los desvelos de los otros! Cabe tolerar la injusticia, mientras vive el que es blanco de ella; á bien que abundan lisonjeros para contrapeso de detractores, aun cuando á las nobles almas no indemnizan las insulseces de la lisonja de las amarguras de la calumnia; pero haya al menos justicia despues de la muer-

te, justicia que ni adule, ni infame; y ya que no para quien la aguardó sin obtenerla, á lo menos para sus hijos. ¿Y quién puede blasonar de escribir historia y mantener con mano firme la balanza de la justicia? ¡Ah! Nadie porque es poner la balanza de Dios en mano de hombres! ¡Cuántos problemas, cuántas complicaciones las suyas, qué de matices para dificultar el ser completamente equitativo! Tal hombre dió cima á grandes cosas. ¿Pero se lo dió por sí solo? ¿No tuvo auxiliares, ó predecesores que le despejaron el camino? Alejandro vino tras Filipo su padre, cuyo elogio inflamaba su ira: Federico el Grande siguió á su padre y al príncipe de Anhalt-Dessau, que le habían preparado las huestes prusianas: Napoleon recibió de la revolucion francesa un ejército incomparable. Tal hombre hizo mucho daño. ¿Pero lo hizo por culpa suya, ó de su tiempo? ¿No fué arrastrado á las malas vias? ¿Se puede afirmar que las pasiones á que cedió no eran de sus contemporáneos como suyas? Si además tuvo la desdicha de verter sangre humana ¿No han de entrar por nada los tiempos en que tuvo esta desventura? ¿No debe pesar casi tanto en la balanza de la justicia una sola gota de sangre derramada ahora, que se sabe el precio de la vida de los hombres, como un raudal derramado en el siglo XIII? ¡Cuántos otros problemas! Un general de valor probado, de grande pericia y perspicacia yerra un dia porque se ofusca, y pierde un ejército entero. Un personaje siempre cauto, debilitado ó distraido, se de-

ja engañar torpemente ¿Cómo avalorar incidencias tan variadas? ¡Y cuántos fallos hay que pronunciar mas difíciles si nos acercamos á nuestra historia!

Véase un jóven extraordinario que, tras diez años de horrible anarquía, se presenta á sus contemporáneos orlado de laurel muy glorioso. Hollando las leyes de su patria, leyes á la verdad no veneradas, pero leyes al cabo, sube al poder supremo. Gracias á su prudencia, á su mesura, á los beneficios que hace y á los milagros que obra, llega á ser las delicias de su pais y la admiracion de todo el mundo; mas atolondrado por la embriaguez del triunfo, se lanza sobre Europa, la agobia, la sojuzga, la oprime, la impele á la revuelta, la atrae sobre sí, y cae rodeado de sin par gloria en un abismo, donde se hunde con él la Francia. ¿Cómo juzgar tan prodigiosa vida? ¿Acerató ó erró al empuñar un cetro con que se le convidaba por todos? ¿Qué hombre hubiera resistido una invitacion semejante? ¿No consiste mas bien su culpa en el uso que hizo de la autoridad soberana? Pero si se absuelve la usurpacion del poder y solo sobre el uso que de él hizo recae la censura ¿no se olvida que el violento modo de absoluterlo contenía el germen de la manera violenta de emplearlo? y de aquel abuso de la victoria que sublevó al mundo, se le debe echar la culpa del todo ó al mundo contra quien se arrojó á la contienda? ¿Le toca totalmente ó le toca al mundo, ó por mitad al uno y al otro la responsa-

bilidad del derramamiento de sangre mucho mayor que el de siglo alguno? y se ha de atribuir al orgullo del vencedor nunca saciado ó al implacable resentimiento del vencido?

¡Qué de problemas profundos como el alma humana en una sola vida, aunque verdaderamente muy grande! ¿Cómo llegar á resolverlos?

Ante todo conviene extinguir toda pasión dentro del alma. ¿Y cómo se puede exigir la consumación de este milagro? Tanto vale decir que se os colocará delante del teatro mas vasto del mundo, siéndolo realmente, pues no lo hay mayor que el universo, y que sentado delante de tan inmenso teatro, por donde pasarán los actores mas ilustres con sus grandezas y pequeñeces, sus rasgos de carácter que infunden terror ó provocan á risa, no os habeis de conmover nunca, ni de indignaros, ni de manifestar amor ú odio, ni propension á ridiculizar lo que no inspira otro sentimiento. No es posible ni para deseado tampoco el helar así el alma humana. ¿Mas cabe destruir la pasión y conservar el sentimiento? Yo entiendo que sí y que se alcanzará tamaño efecto elevando el espíritu á fuerza de estudiar asiduamente la historia. A la verdad, colocaos ante el espectáculo de las cosas humanas; meditadlas de continuo; llegad á comprenderlas y penetrarlas; vivid con los hombres en lo pasado y lo presente, reflexionad sobre sus debilidades, tomando por tipo las vuestras á fin de entrañarlas del todo, y merced al conocimiento de los hombres sereis

equitativo y aun justo. Así vuestro corazón respirará sin hiel de cierto; según vuestras aficiones preferireis á Turena ó á Condé, á Richelieu ó Mazarino; pero, independiente vuestra razón de vuestros instintos, dominará vuestras sensaciones, y pronunciará las sentencias que, ínterin llegán las de Dios, cabe esperar de la debilidad humana. Si por carácter sois indulgente ó sois severo, algo trascenderá no en la sustancia, sino en la forma de vuestros fallos: podreis ser triste como Guicciardini ó como Tácito, mas también á semejanza de ellos tendreis la justicia que raya á la altura de la razón. Así torno á mi proposición primitiva; con la inteligencia de las cosas humanas, poseereis lo que se necesita para presentarlas con claridad, variedad, profundidad, orden y justicia.

Por mi parte en la vida pública llevo pasados veinte y cinco años y mas de treinta en el estudio de la historia: me he dedicado especialmente á los anales de mi tiempo, ó por lo menos del que terminaba al empezar mi juventud: luego de haber escrito la historia de la Revolución francesa, emprendí la del Consulado y el Imperio: harto conocida es aquella, y calculando ya que no otra cosa el número de ejemplares divulgados, puedo afirmar que ha sido leída por mi siglo: he publicado gran parte de la del Imperio y voy á publicar la que resta. No sé lo que opinará el público así que la conozca y la juzgue, bien que, si no me engaño, la ha de encontrar sellada con el

profundo sentimiento de la verdad y la justicia. Comencéla en 1840, bajo un rey á quien serví y amé no obstante de oponerle resistencia en algunos puntos; proseguíla bajo la república, y terminóla bajo el imperio restaurado por el sobrino del grande hombre cuyos hechos dan asunto á mi pluma..... Una esperanza me lisonjea, la de que nadie tachará mi obra por contener vestigio alguno de estas épocas diferentes ni en lo sustancial de mis juicios, ni siquiera en los matices de mi lenguaje. Pensar uno en sí propio al ver y contemplar cosas de magnitud inmensa, prosperidades ó adversidades extraordinarias que han traído consecuencias muy trascendentales para el mundo, que tienen bellezas y horrores inextinguibles, arguye una debilidad de carácter ó una debilidad de espíritu, de que no tengo por qué acusarme. Así espero que no se echará de ver que tal día estuve en posesion del mando, tal otro proscrito, tal otro contento y feliz en mi solitario y tranquilo albergue; y espero tambien que en lo que refiera aparecerá mi razon sosegada, benévola y justa, de intencion cuando menos. Lo cual dista mucho de decir que no se han de hallar mis opiniones personales. ¡Ah! me avergonzaria de que no fueran encontradas, pero no habrá quien no descubra que son exactamente las mismas del primero al último tomo.

Amante de la verdadera grandeza, que se cimenta en lo posible, y de la verdadera libertad que permita la enfermedad de las sociedades hu-

manas, sentimientos con que nací y con que espero bajar al sepulcro, mal podía sofocarlos para escribir la historia de Napoleon; aunque no me parece que hayan dañado á los juicios sobre su persona, y antes bien presumo que me hayan servido para esclarecerlos. Por mas que reflexiono sobre la historia, no hallo mortal que reúna facultades mas poderosas y diferentes, y no mudo de dictámen aun despues de haber meditado sobre el término de su carrera. Sin embargo, al empezar su historia juzgué lo mismo que juzgo al acabarla, que el abuso de aquellas portentosas facultades le precipitó hácia su ruina, y juzgué entonces cual juzgo ahora, que la impetuosidad de su genio asombroso, unida á la falta de freno, produjo sus desventuras y las nuestras. Admirándole por extremo, sintiendo un atractivo irresistible hácia su naturaleza grande, viva, ardiente, siempre he deplorado que la inmoderacion ingénita de su carácter, y la libertad en que se le dejó de abandonarse á ella, le precipitaran en un abismo. Bajo el aspecto poético no fascina menos, sino mas acaso. Recto y severo juicio merece bajo el punto de vista de la política y del patriotismo. Tal como era he querido presentarle en todas las épocas de su vida, y tal se le verá sin duda en lo que me falta que recorrer de ella: arrebatándole en 1811 y 1812 la fascinacion de la victoria hasta el delirio, hasta sumirse en las profundidades de la Rusia; dedicando á esta fatal expedicion una fuerza de concepcion extraordina-

ria, bien que flaqueando en la ejecucion mucho; llegando á aterrarle durante la retirada el golpe impensado que le hiere; despertando á las márgenes del Beresina: creciéndose desde esta fecha al sentir el aguijon de la desgracia; desplegando en 1813 facultades prodigiosas para restaurar su fortuna y engañándose aun acerca del estado del mundo; siendo insensato en su política este mismo año, admirable en la guerra y hasta en las jornadas mas infelices, mal juzgadas hasta ahora por ser completamente desconocidas; brillando aun con mayor grandeza en 1814, y no engañándose á la sazón ni respecto de Europa, ni de Francia, ni de sí mismo; sabiendo que se encontraba solo, solo contra todos; teniendo razon en su política por vez primera contra sus consejeros mas sesudos; prefiriendo sucumbir á aceptar la Francia menor que la habia recibido; comprendiendo con tanta profundidad como nobleza de ánimo que Francia vencida tendria mayor dignidad bajo el cetro de los Borbones que bajo el suyo; luchando por tanto, luchando solo y aunque sin ilusiones, conservando algun resquicio de confianza en su arte, conservándola inmensa como su genio, y justificándola tan cumplidamente que habiéndoselas con el mundo, no contando ya de su parte á la Francia, no teniendo en su redor sino algunos soldados, que han jurado noblemente morir bajo su bandera, pesa un instante en la balanza del destino tanto como la razon, la verdad y la justicia. Rebajar ó abultar cosa

alguna delante de tal espectáculo, tal hombre y tales acontecimientos, fuera sin duda puerilidad la mas estúpida; y afirmo de plano que mi carácter la repugna.

Sobre el genio de Napoleon no cabe discutir en historia, pero sí en punto á la libertad que se le dejó de quererlo y hacerlo todo; respecto de lo cual data mi convencimiento, no de 1833 ni de 1832, sino desde el día en que tuve discurso. Poder todo lo que uno es capaz de querer es la mayor desgracia. Aquellos que juzgan á Napoleon y ven un hombre de superior genio, no lo ven todo; fuerza es reconocerle como uno de los espíritus mas sensatos que han existido, á pesar de que desembocara en la política mas demente. Cuando pudo pervertir el buen seso de Napoleon, todo lo alcanza el despotismo sobre los hombres. Naturalmente en cuanto refiera se han de ver señales de este convencimiento. ¿Y cómo remediarlo? Cuarenta años hace que empecé á reflexionar y siempre he pensado lo mismo. Tal vez se me obijete que es una preocupacion de mi vida; sin contradecirlo, aseveraré que en tal caso es una preocupacion que la llena toda, y ante ciertos entendimientos no alego mas excusa. Ya se me alcanzan todos los peligros de la libertad, y lo que es peor, sus miserias. ¿Y quién los conoceria, no penetrándolos aquellos, que sin éxito venturoso han hecho ensayos para fondarla? Pero cosa hay peor todavía, y es dejar facultad para hacerlo todo aun al mejor, al mas sesudo de los hombres. Fre-

cuentemente se repite que la libertad estorba hacer esto ó lo otro, erigir tal monumento ó ejercer tal accion sobre el mundo. Por lo que á mí hace, despues de prolijas reflexiones he venido á afirmarme en que, si á veces los gobiernos necesitan ser estimulados, es mas comun que necesiten ser contenidos, en que si pecan de inaccion á veces, con mas frecuencia se arrojan á todo en materias de política, de guerra, de gastos, y en que nunca vendrá mal alguna traba. Bien sé que se añade ¿y quién contiene á esa libertad destinada á contener el poder de uno solo? Sin vacilar contesto que todos. Ya sé y aun he visto que un país se extravía á veces, pero nunca tan á menudo ni de una manera tan completa como un solo hombre.

Olvidábaseme decir, y me apresuro á enmendar la falta, que no trato de persuadir á nadie; he querido sí esplicar el fundamento de una opinion que trascenderá en esta historia, opinion que ni la edad, ni la experiencia han debilitado, y de la que me atrevo á asegurar que en mí no ha tenido el interés personal por apoyo. Con efecto, si osara hablar de mi persona, diria que nunca fui tan feliz como desde que, vuelto al reposo, he podido tornar á mi profesion primera, la del estudio de las cosas humanas. Ciertos espíritus podrán no creerme y estarán en su derecho, cual lo estaré yo en no creerles tampoco, cuando afirmen que encomian con desinterés las excelencias del poder absoluto.

Me hallo en el caso de pedir que se me perdone por haber descendido un instante de las regiones de la historia á la de las cuestiones del día. Confesando la opinion que prevalecerá en esta obra, no me he propuesto mas que lo ya indicado, dar razon de la persistencia en convicciones que se remontan á los primeros años de mi vida. Seguro estoy de que se reconocerá en estos últimos tomos un historiador ardiente admirador de Napoleon, amigo mas ardiente de Francia, deplorando que hombre tan extraordinario lo pudiera hacer todo, todo hasta perderse, bien que agradeciéndole sobremanera que nos dejara con la gloria la semilla de los héroes, semilla preciosa que, dándonos los vencedores de Sebastópolis, acaba de retoñaren nuestra patria. Si, aun sin él, nuestros soldados, sus discípulos, han sido tan grandes y felices como lo fueron bajo su mando. ¡Ojalá que lo sean siempre y que nuestros ejércitos nunca dejen de salir victoriosos, cualquiera que fuere el gobierno que los dirija! Nada resarce mejor de no ser uno nada en su patria que verla figurar á la altura que le corresponde en el mundo.

PARIS 10 de octubre 1855.



LIBRO TREINTA Y OCHO.

Bloqueo continental.

Situación del imperio después del matrimonio que une las cortes de Francia y Austria.—Napoleon quiere sacar provecho de la paz calmando los espíritus en Europa y concluyendo al par las hostilidades con España y con Inglaterra.—Se apresura á repartir entre sus aliados los territorios que le quedan desde el Rhin al Vistula para evacuar pronto la Alemania.—Distribucion de los ejércitos franceses en Iliria, Italia, Westfalia, Holanda, Normandia, Bretaña, con el triple interes del bloqueo continental, la guerra de España y la economía.—Apuros rentísticos.—Napoleon se propone que pese sobre España parte de los gastos que ocasiona.—Consiste el proyecto de Napoleon en obligar á los ingleses á la paz tras de un gran descalabro en la Península y por efecto del bloqueo continental.—Estado de la cuestion de América y situación embarazosa de los americanos entre la Inglaterra y la Francia.—Ley americana de embargo, y arresto de todos los navegantes de la Union en los puertos del Imperio.—Providencias de Napoleon para cerrar á Inglaterra todas las playas del continente.—Sus exigencias respecto de Holanda, las ciudades anseáticas, Dinamarca, Suecia, Rusia.—Resistencia de Holanda.—A la par que se dedica á estos trabajos, ocupase Napoleon en poner término á las disputas religiosas.—Falta de algunos cardenales con motivo de su matrimonio, y rigores á causa de ella.—Situacion del clero y del papa.—Esfuerzos para crear una administracion provisional de las

iglesias y resistencia que el clero opone.—Carácter y conducta del cardenal Maury, y de Mrs. Duvoisin y Emery.—Establecimiento que Napoleón destina al papado en el seno del nuevo imperio de Occidente.—Envío de dos cardenales a Savona para negociar con Pío VII, y proyecto de un concilio en caso de que se atravesaran grandes dificultades.—Continuación de los asuntos con Holanda.—Napoleón quiere que Holanda cierre al comercio británico todo acceso, y le socorra más eficazmente con sus fuerzas navales.—Niega el rey Luis á todos los arbitrios capaces de producir este doble efecto.—Este príncipe se halla á punto de rebelarse contra su hermano y de echarse en brazos de los ingleses.—Mejor aconsejado, renuncia á este designio y marcha á París con el fin de entablar negociaciones.—Varias tentativas de acomodo.—No esperando Napoleón cosa alguna de Holanda, ni de su hermano, trata de reunirlos al Imperio y lo explica así francamente.—Contiene el pesar de su hermano, é imagina un plan de negociación secreta con el gabinete británico, enderezado á proponerle que constituyera en tratar de paz y se respetaría la independencia de la Holanda.—Mr. Fouché interviene en estos diversos negocios y designa á Mr. de Labouchere como el mediador más idóneo para desempeñar una misión en Londres.—Viage de Mr. de Labouchere á Inglaterra.—Rehusa el gabinete británico agitar la opinión pública de resultas de la abertura de una negociación insegura, y despide á Mr. de Labouchere con la declaración formal de que toda proposición equívoca ha de quedar irremisiblemente sin respuesta.—Ignorándolo Napoleón, afánase Mr. Fouché en anudar esta negociación medio abandonada.—Se somete el rey Luis á la voluntad de su hermano, y firma un tratado por cuya virtud cede Holanda á Francia el Brabant Septentrional hasta el Wabal, consiente en que ocupen sus costas nuestras tropas, abandona los asuntos de presas á los tribunales franceses, y se obliga á reunir una escuadra en el Texel para el día 1.º de julio.—Regreso del rey Luis á Holanda.—Viage de Napoleón con la emperatriz á Flandes, Picardía y Normandía.—Grandes obras de Amberes.—Napoleón descubre en el camino que Mr. Fouché ha anudado secretamente y sin conocimiento suyo la negociación con Inglaterra.—Desgracia y destitución de este ministro.—Conducta del rey Luis después de su regreso á Holanda.—Lejos de que procure tranquilizar á los holandeses, los irrita con la expresión de exageradísimos sentimientos.—Su oposición manifiesta á la entrega de los cargamentos americanos, al establecimiento de las aduanas francesas, á la ocupación del Norte de Holanda, y á la formación de una escuadra en el Texel.—Funesto incidente de un insulto del pueblo de Amsterdam á la embajada francesa.—Irritado Napoleón manda al general Oudinot que entre en Amsterdam á banderas desplegadas.—Después de hacer el rey Luis vanos esfuerzos para impedir que se presenten en su capital las tropas francesas, abdica la corona en favor de su hijo bajo la regencia de la reina Hortensia.—Al saberlo Napoleón decreta la

incorporación de Holanda al Imperio, y dividida en siete departamentos franceses.—Sus afanes por restaurar en este país la hacienda y marina.—Vasto desarrollo del sistema continental de resultas de formar parte del Imperio la Holanda.—Nuevo método imaginado para la circulación de los generos coloniales, y permiso otorgado con este fin á los detentadores, mediante el pago del 50 por 100.—Pesquisas decretadas para sujetarles á este pago.—Invitación á los estados del continente á fin de que se adhieran al nuevo sistema.—Todos se adhieren menos Rusia.—Inmensas presas en España, Italia, Suiza, Alemania.—Terror infundido á todos los correspondientes de Inglaterra.—Restablecimiento de las relaciones con América á condición de que las rompa con Inglaterra.—Situación del comercio general en esta época.—Eficacia y peligro de las providencias por Napoleón concebidas.

Triunfante Napoleón en Wagram de Austria y de los últimos levantamientos de Alemania; enriquecido con nuevos despojos territoriales en Gallitzia, Baviera é Iliria; prodigando á sus aliados polacos, alemanes, italianos, las provincias arrebatadas á sus enemigos; habiendo ensanchado más hácia Oriente su Imperio ya tan extendido por el Norte, el Oeste y el Mediodía; esposo sin ser raptor de una archiduquesa, parecía repuesto en la cúspide de las grandezas humanas, de donde estuvo á punto de rodar según las esperanzas de los contrarios y los temores de sus amigos. Como el mundo juzga las cosas por de fuera, mostrábase una vez más asombrado y no sin fundamento, pues salvo Rusia, donde sin embargo se daban á Napoleón repetidas señales de deferencia, salvo España, donde una vasta insurrección popular le disputaba las extremidades de la Península, todo el continente estaba sin duda sumiso, y parecía ilimitada la humildad tanto de pueblos como de reyes. Protejida por el

Océano, sola Inglaterra seguía librándose de esta dominación prodigiosa; mas si en Francia la guerra marítima producía cansancio, no movía á asombro ni á susto, y antes bien se acariciaba el pensamiento de que no siempre el mar sería invencible por la tierra.

Ante espectáculo tan sorprendente, el partido realista y religioso, mas iluso que otro ninguno y por tanto menos propenso á darse por vencido, sentía que le iban faltando las fuerzas. Así inclinábase á la dinastía imperial mas de lleno, y muchos de sus individuos, hasta entonces los mas desdenosos y maldicientes, acabaran de admitir destinos de corte. Porque los prestaran asenso, ó por que les sirvieran para encontrar, á su debilidad alguna excusa, divulgaban los mas singulares rumores. Al decir de ellos, Napoleon enlazado con María Antonieta desde que era esposo de María Luisa, iba á retroceder á lo pasado, á rehabilitar gloriosamente la memoria de Luis XVI, á expulsar á los regicidas del gobierno y quizá tambien del territorio, y en suma á rodearse de la antigua corte. Juntamente con estos rumores hacían circular una noticia aun mas extraña, la de que se estaba á punto de alzar el destierro y hacer mariscal con el título de duque de Hohenlinden á Moreau, popularísimo entre los amigos de los Borbones (1). De boca de los republicanos hubiera sido muy difícil saber nada, pareciendo como si no existieran en el mundo; y realmente apenas sobrevivían algunos de aquellos ocultantes

(1) Mas de un mes dieron asunto estos rumores á los informes de la policía.

do sus errores y sus desmanes entre la sombra y el olvido. Pero en su lugar se notaba cierta disposición al examen y á la censura, que presagiaba para tiempos nada remotos un estado de los espíritus muy diferente del de entonces. Aun eran poco perceptibles estos preludios de independencia, y semejava totalmente restablecida la grande autoridad que habia rodeado á Napoleon mucho tiempo.

Con todo, á vueltas de estas apariencias todavía fascinadoras, ya columbraban los espíritus reflexivos ciertas realidades importunas. Haciendo Napoleon bodas con una princesa austriaca, habia quitado mucha verosimilitud al supuesto proyecto de destronar á las antiguas dinastías, y amortiguado algun tanto el violento odio que inspiraba á Austria; pero no la habia indemnizado de sus pérdidas durante quince años, ni consolado de sus desastres á la Prusia, ni sacado de su grande humillacion á Alemania. Con sus procederés á propósito de su matrimonio y con su negativa tan leal como arrogante al convenio sobre Polonia, habia ofendido irremediáblemente á la Rusia, preparándola ademas un semillero de desconfianzas de resultas de su alianza con la corte de Viena: á Italia habia ofendido igualmente apropiándose primero la Toscana y despues las Legaciones y hasta Roma: en la guerra de España tenia de continuo una llaga manando sangre y una causa de hostilidades á que no se veía el fin en el odio de la Inglaterra. A mayor abundamiento, para hacer frente á dificultades de tantas clases, habia que mantener ejércitos innumerables en el Norte, el Este y el Mediodía: sostenerlos iba á ser gravámen exclusivo de Francia por efecto de la paz del continente; reclutarlos

era ya para las familias un manantial perenne de angustias. Por último, si aun no cisma, muy confuso encadenamiento de altercados, tenia Napoleon en su discordia con el papa. Todas estas cosas notadas por los enemigos, que, deseosos del mal lo descubren muy de antemano; desconocidas por los amigos, que se lo ocultan por que les incomoda; casi patentes para los espíritus cuerdos siempre raros y poco oídos; á veces por el mismo Napoleon discernidas, no engendraban realmente peligros insuperables para quien rayaba á tanta altura, si una moderacion muy agena de su carácter altanero y apasionado, y una aplicacion paciente y constante para llevar á cabo ciertos designios antes de acometer otros nuevos, le ayudaran á resolver las numerosas dificultades en que se encontraba metido.

Aplicándose por ejemplo, á sacar de su enlace reciente las ventajas que podia proporcionarle, como tranquilizar poco á poco á Austria, hacerla esperar y restituirla en prenda de alianza sincera las provincias iliricas que no le servian de nada; sosegando á Alemania con evacuarla totalmente; restringiendo en vez de dilatar las agregaciones continuas al territorio del Imperio; dedicándose á conseguir que el bloqueo continental fuera mas riguroso, sin valerse de tal pretesto para mas invasiones; lanzando sobre España una masa enorme de fuerzas, y su persona misma, fuerza la mas prepotente entre todas; renunciando á toda guerra hasta dar á esto feliz remate; preparando en la Península tales descabros á los ingleses que les obligara á la paz; atendiendo esmeradamente á las creencias religiosas, que tanto halagó á los principios; atrayendo á

Pio VII á un ajuste, que este pontifice deseaba en el fondo de su alma; asegurando fuera y por virtud de la paz general el establecimiento del Imperio; otorgando dentro alguna libertad á los espíritus prontos á despertarse, sin duda cabia en lo posible precaver una gran catastrofe, ó cuando menos prolongar la duracion del demasiado vasto edificio que habia levantado; y prolongar decimos de intento, porque, para eternizarlo, hubiera sido menester renunciar valerosamente á adquisiciones condenadas por la naturaleza de las cosas, como el tener prefectos en Roma, Florencia, Laibach, y reducirse á los Alpes, al Rhin, á los Pirineos, que entonces no pensaba aun disputarnos la Europa; ¡y que magnifico imperio el que, aun despues de limitado, hubiera comprendido á Génova, el monte Cenís, el Simplon, Ginebra, Huninga, Maguncia, Wesel, Amberes, Flesinga!

No parece sino que la Providencia, como indulgente madre, antes de que se pierdan los hombres les avisa muchas veces y les convida en cierto modo á reflexionar con el fin de que se propongan la enmienda. En Eylau, en Bailen, en Essling, la Providencia habia señalado claramente á Napoleon los limites que no debia de traspasar de ningún modo; y concediéndole el triunfo de Wagram despues de la difícil campaña de Austria, dándole una esposa de la sangre de los Césares para ser madre del heredero del nuevo imperio, parecia como que le otorgaba un plazo para retroceder y salvarse. Con su rara penetracion fijóse él mismo en esta sobrenatural enseñanza, reflexionó sobre ella, quiso aprovecharla, y desde su regreso á Paris ocupóse asidua y esmeradamente en tranquilizar á la

Europa, en aplacar á Alemania, en poner término á la guerra de España, y por último en restituir al mundo agobiado ya de fatiga el reposo. Desgraciadamente dedico á resolver estas dificultades el propio carácter que puso en juego para crearlas; en vez de desatar el nudo, quiso cortarlo, y de resultas su genio, siempre vasto, no fué ya feliz y hasta pareció menos hábil.

Después de sus bodas fué uno de sus primeros actos dirigir una circular á los agentes diplomáticos del imperio, para que de ella sacasen la materia de sus discursos: «Esta circular (escribía Napoleón al ministro de Negocios extranjeros encargado de redactarla) no se dará á la imprenta, pero servirá para dar el tono al lenguaje de que deben usar mis agentes. Direis en ella que uno de los principales arbitrios de que los ingleses se valen para atizar la guerra del continente, estriba en suponer que intento la destrucción de las dinastías. Habiéndome colocado las circunstancias en el caso de elegir esposa, he querido quitarles el pretexto de agitar las naciones y de sembrar las discordias que han ensangrentado la Europa. Nada me ha parecido mas adecuado á calmar todas las inquietudes que pedir por esposa una archiduquesa de Austria; y con noticias particulares de las brillantes y eminentes prendas de la archiduquesa María Luisa, me ha sido dado ajustar á mi política mi conducta. Hecha la petición y consentida por el emperador de Austria, partió el príncipe de Neufchatel, etc. Me he regocijado de esta coyuntura para reunir dos grandes naciones y dar una prueba de la estimación en que tengo al Austria y á los habitantes de la ciudad de Viena. Añadireis

que deseo que su lenguaje sea á tenor de los vínculos de parentesco que me unen á la casa de Austria, sin que por esto digan cosa capaz de alterar mi íntima alianza con el emperador de Rusia.» (1)

Estas líneas contienen toda la política de Napoleón por entonces. Estrechar sus relaciones con Austria, á quien le unian vínculos de parentesco, sin enagenarse la Rusia, en la cual seguía fundando su sistema de alianza, constituyó su principal estudio durante algún tiempo. Efectivamente, apresuró la evacuación de los Estados austriacos; manifestóse tratable respecto del pago de las contribuciones de guerra; consintió en un empréstito que Austria quería abrir en Amsterdam, y aun intervino directamente para que lo realizara; oyó con agrado algunas vagas palabras sobre el destino definitivo de las provincias ilíricas, recién incorporadas á Francia; y cuya restitución hubiera sido para la corte de Viena un excelente regalo de boda; é hizo la mejor acogida á Mr. de Metternich, enviado á Paris por el emperador Francisco, á fin de que cimentara las relaciones esencialmente nuevas por consecuencia legítima del celebrado matrimonio.

Al ingresar Mr. de Metternich en el gabinete de Viena, donde ha permanecido cerca de cuarenta años, inauguraba una política muy diferente de la de sus antecesores, como enderezada á producir la buena inteligencia con Francia. Por prepararla quiso ir á Paris, tanto para guiar los primeros pasos de la joven emperatriz en una corte de cuyos

(1) Carta de Napoleón al duque de Cadore, existente en el archivo de la secretaría de Estado.

regiros estaba muy al cabo, como para asegurarse de si el conquistador contraeria hábitos mas pacíficos entre las dulzuras de un brillante enlace, ó si lo convertiria en punto de partida para nuevas y mas vastas empresas. No eran tiempo perdido algunas semanas dedicadas á este doble objeto, y el emperador Francisco habia consentido en que su ministro futuro se dirigiera á Paris á desempeñar esta postrera y útil mision antes de entrar en el ejercicio de sus funciones.

Napoleon que habia tenido cerca de sí á Mr. Metternich largo tiempo, le acogió solicitamente y aun esmeróse en agradarle. Sobre todo quiso hacerle testigo de la felicidad de la jóven emperatriz para que estuviera en proporcion de tranquilizar al emperador Francisco sobre la suerte de su hija. Y con efecto, cierto dia que Mr. de Metternich fué á ver al emperador mientras se hallaba en el cuarto de su esposa, se le introdujo sin tardanza en lo interior de palacio; y conduciéndole Napoleon al mismo aposento de Maria Luisa, le dijo «Venid, vereis con vuestros propios ojos cuán desdichada es vuestra jóven archiduquesa, y especialmente lo muy sobresaltada que pasa la vida;» y al dejarle despues de breve rato, añadióle. «Quedais con la emperatriz á solas, sereis depositario de sus confianzas, oireis sus cuitas, y podreis trasmitírselas al emperador Francisco.» Aunque sorprendido Mr. de Metternich y casi cortado de resultas; quedóse con Maria Luisa, que se le manifestó completamente feliz con su nuevo estado, y aun le dijo con mas despejo que el de costumbre. «Probablemente creeran en Viena que tengo mucho miedo á mi temible esposo; y es la verdad que podreis decir

á mis antiguos compatriotas que mas miedo me tiene él á mí que yo á él.» Y era asi que cuando Maria Luisa caia en alguna indiscrecion muy excusable entre personas y cosas que le eran extrañas, apenas se atrevia Napoleon á corregirla, y valíase de Mr. de Meneval ó del archi-canciller para hacerla aquellas advertencias que vacilaba en comunicarla directamente.

Cerca de una hora habia durado la conversacion de Mr. de Metternich y Maria Luisa, cuando oyeron llamar á la puerta y vieron llegar á Napoleon que le dijo igualmente jovial que antes. «¿Con que os lo ha referido todo mi esposa? ¿Os ha abierto su corazon? ¿Hay motivo para dolerse de este matrimonio por la ventura de la muger que se me ha confiado? Escribid al emperador Francisco todo lo que hayais indagado sin miramientos ni reticencias.» Y acto continuo retiróse con Mr. de Metternich á platicar de los graves asuntos que naturalmente debian ser objeto de las conferencias entre Napoleon y un personage, destinado á ser muy en breve primer ministro de la corte de Viena. Desgraciadamente, á vueltas de esta ostentacion de donaires, cuando Napoleon trataba cosas de trascendencia, cuando hablaba de tal ó cual Estado, de lo porvenir y de sus proyectos, siempre se iban arranques de audacia, de encono, de orgullo, de ambicion, que asustaban á quien se proponia tranquilizar entonces. Asi este leon, adormecido por un instante bajo la mano que le halagaba, subito se despertaba rugiendo, si alguna imagen imprevista excitaba sus tremendos instintos.

Mas difíciles eran aun las buenas relaciones con Rusia, ofendida por consecuencia de lo precipita-

damente que Napoleon habia roto el enlace proyectado un momento con la gran duquesa Ana; inquieta ademas de la conducta que observaria respecto de ella cuando fiera en tener de su parte al Austria y contrariada por la negativa á firmar el convenio relativo á Polonia. Respecto del enlace, tan pronto propuesto como roto, Napoleon habia encargado á Mr. de Caulaincourt que dijera en San Petersburgo que las vacilaciones de Rusia y mas aun la juventud extremada de su princesa le habian obligado á admitir á la archiduquesa de Austria, en quien se reunian todas las condiciones apetecibles de edad, de salud, de cuna, de educacion escogida, y por la cual habian ya resultado y aun resultarian mas afectuosas relaciones entre las cortes de Paris y de Viena, bien que sin la alteracion mas leve en el sistema de las alianzas politicas, siempre el mismo, siempre cimentado sobre la íntima union de los dos imperios de Oriente y de Occidente; que Napoleon deseaba la victoria de los rusos sobre los turcos, y la conclusion de la paz que debia de asegurar al emperador Alejandro la orilla izquierda del Danubio, esto es, la Moldavia y la Valaquia, segun las estipulaciones secretas de Tilsit; que acerca de Polonia, siempre se hallaba pronto á firmar el compromiso de no favorecer ninguna tentativa que propendiera al restablecimiento del antiguo reino de Polonia, satisfaciéndole en este punto el gran ducado de Varsovia, ensanchado recientemente; pero que no podia contraer el compromiso general, absoluto y hasta jactancioso de nunca restaurar la Polonia. Esto (decia Napoleon) no depende del emperador Alejandro ni de mí, por poderosos que seamos, sino de Dios, mas

poderoso que nosotros. A no provocar y hasta á no auxiliar los designios de Dios puedo comprometerme, pero no á encadenarlos. Modestia rara que esta vez le favorecia á maravilla y de que usaba muy hábilmente para combatir los razonamientos de sus contrarios. Con todo, como si nunca pudiera dejar de hacer sentir la punta de su espada ni aun entre las demostraciones mas amistosas, añadia que, anhelando sobremanera la continuacion de su intimidad con la Rusia, veria con desagrado sus pretensiones de traspasar la linea del Danubio y de pedir á los turcos la Bulgaria toda ó parte de ella; que en cambio de las concesiones hechas al czar, de la Finlandia, recien incorporada á su territorio, de la Moldavia y la Valaquia, próximas á pertenecerle, esperaba y queria la continuacion perseverante de los rigores para con Inglaterra, la clausura absoluta de los puertos rusos, y en suma la fiel concurrencia que se le habia prometido en Tilsit por primera vez y en Erfurt por segunda, y que habia pagado á costa de los mayores sacrificios. Todo lo cual se decia con una mezcla de cortesania, de amistad, de altivez, no propia en verdad para ofender á una potencia satisfecha del todo, pero insuficiente para reanimar el afecto de un aliado ya sensiblemente algo tibio.

Mr. de Romanzoff en San Petersburgo, Mr. de Kousakin en Paris oyeron estas explicaciones con visos de satisfaccion suma, porque Alejandro, con orgullo muy bien entendido, no queria manifestar á la sazón el desagrado que sentia, por temor de que se atribuyera al despecho de haberse descompuesto un enlace, que realmente habia deseado poco, y á cuya propuesta no dió oídos sino para

estar mas seguro de adquirir la ribera izquierda del Danubio. Asi, para significar mejor estas intenciones Mr. de Kousakin, atacado de gota el dia de la ceremonia nupcial, se hizo llevar cubierto de oro, pedreria y encages á la capilla del Louvre, ostentando risible júbilo en medio de sus dolores agudos, y prodigando alabanzas á la nueva emperatriz por su apostura y su belleza, hasta el extremo de turbar al mismo Mr. de Metternich, que no sabiendo que responder á los reiterados cumplimientos del diplomático ruso, le dijo: «Si, está muy bella, pero no es bonita (1).»

Siempre activo en el trabajo ocupóse Napoleon seguidamente en terminar los diversos asuntos de Alemania, con la muy cuerda intencion de evacuarla. Por el último tratado de paz conservaba el Tirol alemán y el Tirol italiano, que se habia acabado de someter durante las negociaciones de Altemburgo: además á la orilla derecha del Inn conservaba á Salzburgo y otros distritos, de sus conquistas anteriores le quedaban el principado de Bayreuth en el Alto Palatinado, Hanau y Fulda en Franconia, Erfurt y otros muchos territorios enclavados en Sajonia, Magdeburgo en Westfalia, y por último Hannover en el norte de Alemania. Inmediatamente resolvió distribuir estos diversos territorios, despues de haber exigido parte de su valor en dinero ó en dotaciones para sus generales, y de retirar sucesivamente sus tropas, excepto las precisas para guardar el nuevo reino de Westfalia. Aunque fué muy de sentir el permanecer en este reino ante los odios alemanes y las inquietudes

(1) Informe del duque de Rovigo al emperador.

européas, que hubiera sido necesario dedicarse á sosegar lo mas pronto posible, ya era un cambio muy provechoso, luego de disponer de los territorios aun no repartidos, traer mas acá del Rhin ciento ó doseientos mil hombres, y no dejar tropas francesas mas que cerca de un trono francés, ó junto al litoral de las ciudades anseáticas, no bastando estas ó no dándose prisa á cerrarlo al comercio británico.

Como era natural, Napoleon trasmitió á la Baviera cuanto habia adquirido junto al Inn y en la Alta Austria, sin que pudiera hacer uso mas conveniente y mejor entendido. La abandonó, pues, Inviertel, Salzburgo, el Tirol alemán y una parte del italiano, reservando al reino de Italia toda la parte necesaria para demarcarlo del mejor modo. Además concedióla el principado de Ratisbona, quitándoselo al príncipe primado, que debia ser dotado de otra manera, segun se verá luego, y finalmente el principado de Bayreuth, conquistado antes á la Prusia. Sobrado era esto para resarcir á Baviera de sus esfuerzos y de sus gastos durante la última guerra. Sin disminuir mucho á esta compensacion el precio, aun podia Napoleon exigir que abandonara á Witemberg una poblacion de 150,000 almas, de las cuales cederia 25,000 á Baden y 15,000 á Darmstad. Mediante estos distintos cambios, los territorios de dichos aliados habian de tener bastante ensanche y limites mas convenientes. Ulma tocara á Witemberg, al par que Ratisbona y Bayreuth serian transferidos á la Baviera.

Por supuesto que Napoleon exigió como precio de estas concesiones de territorio, que no se le

pidiera nada por los suministros de sus ejércitos durante su permanencia en Baviera, Witemberg y Baden. Tuvo á su cargo dirigir esta evacuacion el mariscal Davout, cuyo espíritu de orden y cuya probidad ofrecian toda clase de garantías. Sucesivamente hizo pasar las tropas francesas de Viena á Salzburgo, de Salzburgo á Ulma, de Ulma á Westfalia, y se encontraba satisfecho cuanto consumieron durante esta marcha retrógrada de muchos meses. A la Baviera exigió Napoleon que ratificara las donaciones hechas á los oficiales franceses de todas graduaciones en las provincias concedidas, á no ser que prefiriera rescatarlas por valores determinados. Además quiso que desembolsara una suma de treinta millones en bonos pagaderos á largo plazo, para indemnizar al Tesoro extraordinario de los gravámenes con que le había recargado esta campaña. Aun con estas condiciones el don hecho á Baviera valia mucho y era muy superior á sus sacrificios. Al asegurarla de nuevo el Tirol, recomendóla Napoleon que le diera una constitucion adecuada á satisfacerle, así como, al ceder á Baden diversas partes del Palatinado, le exigió que tratara bien á los católicos, porque es de notar que, sino le descarriaban como conquistador sus pasiones, siempre se le veía obrar como estadista prudente y humano.

Ya satisfechos nuestros aliados de la Alemania Meridional y evacuados sus territorios, ocupóse Napoleon en lo concerniente al centro y al norte de esta comarca. Urgia fijar la suerte del principe primado, antiguo elector y arzobispo de Maguncia ascendido á canceller y presidente de la Confederacion del Rhin, y cuya dotacion consistia, parte

en el principado de Ratisbona, recién adjudicado á Baviera, parte en los derechos de navegacion del Rhin, que producian una renta variable para lo presente y sujeta á un sin número de vicisitudes para lo venidero. Queriendo Napoleon tratar dignamente á este principe muy adicto suyo, le otorgó los principados de Fulda y de Hanau, conservados en su poder hasta entonces, á condicion de que cediera algunas porciones de territorio á los duques de Hanau y de Hesse-Darmstadt, Ratisbona á Baviera, y los derechos del Rhin al tesoro extraordinario. Estos derechos debian concurrir á formar la dotacion de los principados de Essling, de Wagram, de Eckmühl, conferidos á los mariscales Massena, Berthier y Davout por galardón de sus servicios en la última guerra.

Otra ventaja, sobre la ya dicha, proporcionaba á Napoleon esta providencia, pues lo era sin duda el asegurar la suerte del principe Eugenio, cuya dotacion como individuo de la familia imperial, habia caducado por consecuencia de las bodas con Maria Luisa. Esperanzas de adopcion en favor del virey no las habia ya tampoco, presagiando todo que Napoleon tendria prole. No entraba en sus miras segregar del imperio francés el reino de Italia, y admitia cuando mas que figurara allí como virey pasageramente, bajo la soberanía del emperador, el heredero directo del imperio, mientras lo fuera solo presunto. Dentro de todas estas suposiciones, dotado el principe Eugenio de por vida con el vireinato de Italia nada tenia que legar á su descendencia. Aun despues de cometer faltas en Sacila, este principe afable y sumiso habia adquirido verdaderos títulos militares durante la última campaña

y á lo mucho que Napoleon le queria se agregaba su propósito de no agravar con la indiferencia hácia su persona y su suerte el vivo dolor que le acababa de causar repudiando á su madre la emperatriz Josefina. Resueltamente inició este asunto cerca de Napoleon la princesa Augusta de Baviera, esposa del virey, dama digna de su gerarquía, y dotada de singular fuerza de carácter, recordándole con oportunidad los deberes que respecto de ella contrajo al ir á buscar junto á uno de los tronos mas antiguos de Europa, á fin de enlazarla con un marido sin cuna de príncipe ni patrimonio, y haciéndole conocer lo muy obligado que estaba á no dejarla sin dotacion para sus hijos entre aquella perpétua recomposicion de coronas. Enterneció Napoleon ante las manifestaciones de la princesa y el secreto pesar del príncipe Eugenio, les otorgó la reversibilidad de la nueva dotacion acabada de crear á favor del príncipe primado, bajo el título de principado de Francfort. A ella iba unido un cargo importante, el de presidente de la Confederacion del Rhin, siempre bajo el supuesto de que durara este edificio; hipótesis que hay que admitir irremisiblemente cuando se refieren los hechos de aquellos dias, para aquilatar en su justo valor las cosas. Por lo demas, la quebrantada salud del príncipe primado no debía condenar á larga espera á la familia del príncipe Eugenio.

A impulsos del deseo que movia á Napoleon á acelerar la distribucion y evacuacion de los territorios alemanes, dedicóse sin levantar mano á dirimir con el rey Gerónimo ciertas disputas territoriales y rentísticas todavia pendientes y muy desagradables para ambos hermanos. Durante la ter-

minada guerra no habia satisfecho el rey Gerónimo á Napoleon, y no en manera alguna porque se mostrara débil en las operaciones militares, sino por haber tardado en salir á campaña, y atendido en su administracion á los dispendios de lujo mas que á los gastos de provecho, y por no gobernar su reino de modo que agradara á los alemanes, y por consentir que se suscitaran á los donatarios franceses, que habian recibido dotaciones territoriales en Westfalia, contrariedades nada propias á que Napoleon las tolerase, celoso como era de la suerte de sus soldados. Con todo, no viendo entre sus hermanos otro verdaderamente militar que el rey Gerónimo, y habiéndole encontrado siempre dócil y adicto, continuaba en manifestársele indulgente sin que dejara de vez en cuando de tratarle con extremada aspereza, como á todos los miembros de su familia.

Resolvió cederle definitivamente el Magdeburgo y ademas el Hannover, que formaba en Alemania un vasto y muy buen territorio aun no distribuido. No era esto añadir mucho á la dificultad de las paces con Inglaterra, pues si de muchos años atrás se habia acostumbrado esta potencia á mirar como propiedades suyas las islas Jónicas, Malta, el Cabo y otras muchas conquistas, aunque ningún tratado general se las hubiera adjudicado definitivamente, parecia haber contraido tambien la costumbre de no considerar el Hannover como territorio que le perteneciera. Cierto es que la real familia siempre lo tenia por su personal patrimonio; mas semejava que á los ojos de la nacion equivaldria esta pérdida á alivio de una carga. En cambio de la cesion hecha á favor suyo, hubo de com-

prometerse el rey Gerónimo á asalarlar por toda la duracion de la guerra un ejército de diez y ocho mil quinientos hombres de tropas francesas, destinadas á residir en Westfalia: hubo de pagar además en bonos, que devengaran intereses, y reembolsables dentro de algunos años, las contribuciones extraordinarias de guerra no aprontadas por el Hannover, y de reconocer todas las donaciones hechas en este país á los militares franceses, las cuales ascendian á cerca de once millones de renta. Mediante estas condiciones fué declarado el rey Gerónimo soberano de Hesse, Westfalia, Hannover, tuvo á Casel por capital y á Magdeburgo por ciudadela, y figuró como el primer soberano germánico despues del rey de Prusia.

Terminados estos ajustes, no quedaba en nuestro poder mas que la ciudad de Erfurt con algunos distritos, destinados al rey de Sajonia, duque de Varsovia, tras de lo cual el estado de Alemania seria constituido de una manera definitiva y por tanta duracion como fuerza la del mismo imperio de Francia.

Segun se ha visto, el precio señalado á la cesion de Hannover, era la manutencion de un cuerpo de tropas francesas, cuya condicion no estaba acorde con el designio concebido por Napoleon de evacuar la Alemania para aplacar los odios nacionales; pero le estorbaban persistir á la sazón en complementar este pensamiento juicioso dos causas, el estado de Prusia y la ejecucion de los decretos de Berlin y Milan, que constituian lo que se conoce con el nombre de bloqueo continental. Como potencia desventurada al par que inconsecuente, habiase portado Prusia, porque nada hace mas

inconsecuente que la agitacion del infortunio. Protestando firmemente de su sumision á las duras condiciones suscritas en Tilsit, afectando resignacion suma, manifestando extremada diligencia en reprimir al partidario Schill, habia sido plenamente participe en el fondo de su alma de los sentimientos del patriótico insurgente á quien perseguia, alimentando por un momento y dejando traslucir la esperanza de librarse del yugo que pesaba sobre Alemania. Nada mas natural y aun mas legitimo, pues hay que tener fortaleza de espíritu para aprobar donde quiera el odio al extranjero, aun cuando es uno mismo el extranjero detestado. Por su desgracia, Prusia á estos naturalisimos sentimientos habia unido imprudencias sobrado graves. Bajo pretexto de preparar el contingente ofrecido á Francia, habia reclutado sus regimientos, comprado caballos y operado ciertas reuniones de tropas. Semejantes apariencias no podian engañar á espíritu tan penetrante como el de Napoleon, y además habian costado mucho á la hacienda prusiana. Sobre los malos síntomas de las disposiciones secretas de Prusia, resultó de este proceder suyo una gran tardanza en el pago de las contribuciones que aun nos debia, pues no bien comenzada la guerra de 1809, habia consentido que se protestaran 22.000.000 de letras de cambio firmadas en favor del tesoro extraordinario. Nada hizo Napoleon sobre esto de pronto, mas despues de la paz de Viena reclamó tan vigorosamente como solia, y con tono tan perentorio que la desobediencia vino á ser imposible. No estaba menos al alcance de la mano de Napoleon la Prusia, aunque su corte se obstinara en permanecer en Kœnis-

berg por cálculo y por tristeza, y si no el todo, urgía al menos que pagara algo. Una vez más habéis desperdiciado la ocasión oportuna (le decía Napoleón) de reponeros, acreditando vuestra buena fe respecto de Francia. Si hubiérais alcanzado a prevenir que la última bolla del Austria no podía conducir la mas que á derrotas y á nuevas pérdidas de territorio, sin aumentar vuestras tropas, ni acrecer vuestros gastos, debisteis uniros á mi, darme el contingente de quince mil hombres que de obligación os correspondía, hacer honor á vuestra firma, pagar vuestros 22.000.000 de letras de cambio, y probarme que anhelábais tornar á la política mas conveniente para vosotros, la de la alianza francesa. Entonces verosíblemente os hubiera indultado del resto de vuestras contribuciones, y os hubiera restablecido, ensanchado y puesto muy cerca de la altura de donde habíais descendido. Quizá Magdeburgo, quizá Hannover hubieran servido para galardonar la resolución de seguir mas laudable conducta, pero me amenazasteis en vez de socorrerme, gastasteis para armaros en contra mia en vez de gastar para pagarme vuestras deudas: victorioso me hallo, y es menester que expleis vuestras culpas, no con nuevas pérdidas de territorio, sino al menos con el cumplimiento de vuestros compromisos. Dilatando el satisfacerlos, me obligais á dejar guarniciones en las plazas del Oder, y para sustentárlas, á mantener tropas sobre el Elba. Semejante ocupación me expone á dispendios, y lo que me es aun mas doloroso, á demostraciones militares en Alemania, que contrarian mis miras políticas. De resultas impedís que renazca en los espíritus la calma, y así corren pare-

jas el perjuicio moral y el material que me origináis con vuestra conducta. Fuerza es que semejante estado de cosas acabe, y que acabe dentro de un año, si quereis evitar que me busque la paga yo propio, apoderándome de una de vuestras provincias, tal vez la Silesia, y dándosela á quien me pague.

Este era el formal lenguaje usado con Prusia, al cual Napoleón agregaba cuentas minuciosas para que se le satisficieran del todo. Aun despues de la reduccion de su deuda, salia alcanzada la Prusia en no menos de 86.000.000, de los cuales exigia Napoleón que se le entregaran cuatro mensuales con el objeto de percibir 48 dentro de un año, y pensando cobrar los 38.000.000 restantes por medio de un empréstito de igual suma, que se habia de contratar en Holanda, se encargaba de que los holandeses lo facilitaran á nombre de Prusia, valiéndose de diversos arbitrios que tenia en su mano. Espantada Prusia ofreció cuanto le fué demandado, bien que siempre con el intento cauteloso de eludir la ejecucion de sus compromisos.

Muy al cabo Napoleón de que su crédito no se le pagaría si abandonaba las plazas del Oder, llamadas Glogau, Custrin, Stettin, y retenidas como en prendas, se propuso continuar ocupándolas con tropas francesas y polacas. Estas últimas, agueridas en nuestra escuela, se habian hecho ya excelentes y muy decididas por nosotros, y aunque nominalmente pertenecian al rey de Sajonia, duque de Varsovia, hallábanse en realidad á disposición de la Francia. Cada una de las plazas de Glogau, Custrin, Stettin, recibieron un regimiento sajón-polaco: tropas francesas componian allí las

armas de artillería y de ingenieros, y como no llegaban á la quinta parte de la fuerza efectiva, no parecían francesas aquellas guarniciones. Mas hizo Napoleon por Stettin, que tocaba con el mar Báltico y era de mayor importancia; le agregó, tomándolo del cuerpo del mariscal Davout, un regimiento de infantería. Dantzich habia venido á ser como una ciudad anseática, dotada de independencia ficticia y destinada por los tratados á recibir guarnicion francesa en caso de que la guerra marítima lo reclamara. Bajo el pretexto, muy especioso y harto fundado, de que ocurriera á los ingleses ocupar una ciudad tan preciosa por su puerto, su situacion junto al Vistula, su extension, estableció allí una guarnicion semejante á la de las plazas del Oder, y aun mas fuerte. Además del general Rapp, nombrado gobernador de ella puso Napoleon dentro dos regimientos polacos, dos franceses, uno de infantería y otro de caballería, y tropas de artillería é ingenieros franceses tambien como las de Stettin, Custrin y Glogau. De esta suerte con fuerzas en realidad francesas, aunque aparentemente polacas, ocupó Napoleon aquellas plazas importantes, por cuyo medio señoreaba en plena paz el Oder y el Vistula.

Indudablemente se hallan en contradiccion estas ocupaciones territoriales con el sistema de apaciguamiento que constituia la política de Napoleon por aquel instante, pero eran un medio de contener á Prusia, de obligarla á pagar lo que nos debia, y preparaban al propio tiempo una tremenda base de operaciones contra Rusia, si se volvía á encender la guerra con esta potencia, de modo que, ni aun aprovechándose de la paz, sabia Na-

oleon prescindir de cálculos y preparativos de guerra. A mayor abundamiento, las deudas de Prusia, la presencia amenazadora de los ingleses en el Báltico, la necesidad de ocupar el litoral de este mar para velar por la ejecucion de las leyes del bloqueo, explicaban suficientemente la existencia de dichas guarniciones francesas, é impedían que se perdiera del todo el bien producido por la evacuacion del resto de Alemania.

Por otra parte urgia, no solo apoyar las guarniciones dejadas junto al Vistula y junto al Oder, sino obligar á las ciudades anseáticas á renunciar al comercio británico y lo mismo á Holanda, tan opuesta al bloqueo continental como si estuviese regida por un príncipe de Alemania ó de Inglaterra. Hasta cuando estaban de buena fé los gobiernos, como los pueblos no entraban fácilmente en las miras que habian inspirado el bloqueo continental, entregábanse á un contrabando mal contenido, aun castigandolo con rigor extremado. Lo que sucedia en Holanda, trasformada en monarquía francesa, y donde sin embargo el comercio inglés era muy molestado, probaba harto bien la dificultad de la empresa. Napoleon habia resuelto ejecutar el bloqueo continental sin levantar mano, sobre todo ahora que tenia desahogo y tropas disponibles, y hacer personalmente esta clase de guerra, una de las mas eficaces sin duda con que podia hostilizar á los ingleses, y ninguna de las potencias ligadas á esta parte de su política por tratados se podia oponer con razon á que tuviera tropas en Hamburgo, Brema, Emhden, como ya las tenia en Stettin y Dantzich.

Ya que hubo dado á la política de evacuacion

toda la latitud posible, distribuyó Napoleón de una manera muy hábil sus tropas, con las diversas miras de aliviar á Alemania, de apoyar sus guarniciones del Vístula y del Oder, de ocupar las costas del Báltico, del mar del Norte y de la Holanda, de volver á empezar las reuniones del campo de Boloña, enviar refuerzos considerables contra España, y finalmente de conseguir las economías que reclamaba muy urgentemente su hacienda. A Laybach habia vuelto á enviar el ejército de Dalmacia, guiado por el mariscal Marmont desde Zara á Viena, y determinó que á cargo de las provincias ilíricas estuviera su sostenimiento, pues debian producir alrededor de 12 á 13.000.000 por año, sin contar otros 7 ú 8.000.000 de fincas enagenables. Destinado habia tambien el ejército de Italia á las llanuras del Friuli, de Venecia y de Lombardia, donde el tesoro francés le habia sustentado siempre, mediante un subsidio anual de 30.000.000 suministrado por Italia, incluido todos los años en los ingresos del presupuesto del imperio y no representando más que una parte del gasto. Sucesivamente habia hecho relluir sobre España todos los refuerzos dirigidos antes sobre el Danubio, durante las negociaciones que debian poner fin á la guerra de Austria. Aun quedaban los tres cuerpos de los mariscales Davout, Massena, Oudinot, que constituian la fuerza del gran ejército en Ratisbona, Essling y Wagram. Traídos sucesivamente de la Baja Austria á Baviera, á Suabia, habian vivido durante el tránsito sobre las provincias destinadas á los monarcas aliados, donde de antemano estaban satisfechos sus consumos en los territorios excelentes cedidos á los propios monarcas. Napoleón

distribuyolos definitivamente en esta forma. Disuelto fué y repartido en las costas de Francia el cuerpo del mariscal Oudinot, compuesto de una division de antiguos regimientos, que el valiente general Saint-Hilaire, muerto en Essling, tuvo bajo su mando, y de dos divisiones de cuartos batallones: entre Cherburgo, Saint-Malo y Brest, fueron destacados dichos antiguos regimientos, con el fin de amenazar á Inglaterra, y las dos divisiones de cuartos batallones, pertenecientes á regimientos que hacian la guerra en España, fueron situadas en las costas desde Rochefort á Burdeos para marchar hácia los Pirineos, si los cien mil hombres recién enviados no bastaban á domar á los españoles. El cuerpo del mariscal Massena, compuesto de las antiguas divisiones de Molitor, Legrand, Boudet, Carra Saint-Cyr, mas valientes que numerosas, pasó de Suabia á Franconia, y descendió el Rhin para ocupar el campo de Boloña, el Brabante y las fronteras de la Holanda. De estas cuatro divisiones la principal fué situada en Embden para darse la mano con las ciudades anseáticas.

Del cuerpo del mariscal Davout, el mejor, mas sólido y mas fuertemente organizado, habian de salir las tropas destinadas á ocupar el Norte de Alemania. Para determinarse á esta eleccion tuvo Napoleón muchas razones. Haciendo vivir siempre á este cuerpo en las comarcas septentrionales, queria conservar le su temperamento vigoroso, sus hábitos guerreros y hacerle casi olvidar su suelo nativo. Además, prudentes y probas las tropas de que se componia, á semejanza de su gefe, eran idóneas para una clase de servicio que exponia á

quienes lo prestaban a una corrupcion peligrosa, pues los contrabandistas no economizaban sacrificios á trueque de violar el bloqueo. Por último, si algun dia era indispensable descargar otro golpe de ariete sobre el gran imperio del Norte, cabeza de este ariete seria el invencible tercer cuerpo, ya que hay que repetir por desgracia que Napoleon, aun en medio de los planes mas sinceros de paz, alimentaba, por prevision respecto de sus intereses ó de los de los demas, ideas belicosas que tarde ó temprano habian de hacer abortar sus mas pacificas resoluciones.

A pesar de ser casi perfecta la organizacion de las divisiones de Morand, Friant, Gudin, todavia sufrieron algunas recomposiciones. Se las completó con uno de los regimientos de la division de Saint-Hilaire y subieron asi á cinco regimientos de infanteria de cuatro batallones cada uno, sin contar las tropas de artilleria para el servicio de mas de ochenta bocas de fuego. Tambien se les agregaron la division de coraceros del general Bruyere, la de caballeria ligera del general Jacquinet y un inmenso parque de sitio. El gasto de este soberbio cuerpo de ejército fué repartido entre el reino de Westfalia, las ciudades anseáticas y las plazas retenidas en prendas. Al general Gudin cupo en suerte guardar el Hannover, al general Morand las ciudades anseáticas, al general Friant á Magdeburgo y el Elba. Residiendo el mariscal Davout en Hamburgo, mientras sus camaradas iban á gozar del descanso de la paz, debia ocuparse bajo el rudo clima del Norte en la instruccion de las tropas y en la rigurosa aplicacion de las leyes del bloqueo. Por lo que hace á las divisiones de caballeria

de linea, que habian servido cerca del mariscal Davout habitualmente, regresaron á Francia, salvo la division Bruyere, dejada en el Norte. Puestos fueron bajo el pie de paz y acantonados en Normandia ó abandonados á los forrages, los coraceros de España, que se denominaban ya de Pádua. Por Lorena y Alsacia fueron diseminados los carabineros y los coraceros de Saint-Germain en lo antiguo. Cuantos se habian inutilizado volvieron con recompensas á sus hogares, y los reclutas, cuya instruccion estaba apenas concluida, retornaron al depósito para ser dirigidos muy pronto á la Peninsula en los cuadros de marcha. Del efectivo medio de mil ginetes á que Napoleon quiso elevar los regimientos de caballeria, se les redujo al de unos seiscientos. Se suspendieron los ajustes para las remontas, y los que no podian ser rotos por existir ya compromisos, sirvieron para suministrar caballos contra los españoles. Como siempre costosos de mantener los caballos de la artilleria, fueron enviados parte á Italia, donde vivian á costa de una provincia conquistada, parte á Alsacia y Lorena, donde habia el proyecto de fiárselos á los aldeanos (ensayo que acababa de discurrir Napoleon anheloso de economias), parte á España, donde era menester acarrear inmensos parques de sitio para tomar las plazas. Finalmente, los estados mayores inútiles fueron disueltos, conservándose entero no mas que el del cuerpo de Davout, único que se mantuvo, como queda dicho, en pie de guerra.

Para proporcionar Napoleon algun respiro á la poblacion del imperio y permitirle saborear las delicias del reposo, habia resuelto que en 1810 no se sortearan soldados. Con la reduccion del efecti-

vo y la suspension de los gastos del primer equipo por este año, contaba hallar una doble economía. Independientemente de la guardia que se proponía dirigir entera hacia los Pirineos, proyectaba enviar á España un refuerzo de cien mil hombres, al cual seguiria una reserva de treinta mil de allí á poco. Para este doble envío calculaba que serian bastante el alimento del año anterior y del presente. Ya se ha visto cómo las medias brigadas provinciales, formadas por los cuartos y quintos batallones, dirigidas primero á Suabia, Franconia y Flandes, y movidas despues hácia España, habian sido encaminadas definitivamente á los Pirineos. Para que llegaran á la Península bien completos los cuadros, agrególes Napoleon cuanto en los depósitos halló disponible. Con el fin de aumentar el 13.^o de coraceros, que servia en Aragon, tomó de la caballeria delinea los hombres que no habian salido á campaña: con el fin de renovar los doce regimientos de cazadores y de húsares, que seguian batallando contra los españoles, echó mano de cuantos soldados útiles existian en los depósitos de caballeria ligera. De los veinte y cuatro regimientos de que constaba el arma de dragones, habia segregado los escuadrones terceros y cuartos durante la campaña de Austria, para llevarlos en formaciones provisionales hácia el Danubio; celebrada la paz, volviolos sobre los Pirineos, haciendo ingresar en sus cuadros todos los reclutas de los últimos alistamientos aptos para servir en esta arma, de cuya manera fueron contra España los dragones todos.

Valiéndose de estos recursos, en lo que Napoleon sobresalia siempre, disminuyó todo lo posible

el gasto de sus armamentos, y acumuló sobre la Península todas sus fuerzas disponibles, al par que conservaba un fuerte núcleo de ejército en el Norte, y envolvía en una red de tropas de observacion las ciudades anseáticas y la Holanda. Segun sus planes, á España tocaba pagar la guerra de que era origen y teatro. De resultas de esta guerra y de lo mucho que le costaba, habia concebido un enojo, que recaía sobre el país y hasta sobre su mismo hermano José, el cual, humillado siempre por el estado de sujecion en que vivia, descontento de los generales franceses, de su arrogancia para con él, de sus desmanes contra los españoles, afectando creer ó creyendo realmente que si se le dejara procurar á su gusto la pacificacion de España, alcanzaria mas con la persuasion que Napoleon con la fuerza brutal, habia acabado por ser sospechoso á los ojos de este, y blanco de reconvencciones acerbas. Irritado Napoleon de tan inmensos gastos, á pesar de los cuales nuestros ejércitos carecian de todo, escribió á José é hizo que le escribieran sus ministros las cartas mas duras y perentorias. «A lo imposible (decia) nadie está obligado. De continuar como hasta ahora no bastarán todas las rentas de Francia á sufragar los gastos para el ejército de España. Mi imperio se agota de hombres y de dinero, y me urge hacer alto. La última guerra de Austria me ha costado mas de lo que me ha valido: la expedicion de Walcheren ha hecho salir de mi tesoro sumas considerables, y si persisto, mi hacienda quedará consumida en breve. Forzoso es que en España la guerra se sustente con la guerra, y que el rey provea á los principales gastos de ingenieros, de artilleria, de remontas, de hospita-

les y del mantenimiento de las tropas. Todo lo mas que puedo hacer es enviar para asalariarlas un suplemento de 2.000.000 mensuales; fuera de esto no puedo nada. España es riquísima y puede pagar los gastos que ocasione. Bien halla el rey con que dotar en Madrid á favoritos á quienes no debe cosa alguna, piense, pues, en mantener á mis soldados, á quienes debe su corona. Y si no puede me apoderaré de la administracion de las provincias españolas, las haré administrar por mis generales, y sabré muy bien sacar los necesarios recursos, á la manera que he sabido ejecutarlo en todos los paises conquistados donde han hecho morada mis tropas. No hay sino atenerse á estos datos, porque mi voluntad (añadia) es irrevocable, y es irrevocable porque se funda en necesidades invencibles (1).»

Motivos asistían á Napoleon para manifestar inquietud por su hacienda, pues si habia de mantener bien organizados y sostenidos los ejércitos numerosos que le servian desde el Vistula al Tajo, y desde el estrecho de Calais hasta las orillas del Sava, para contener á la Europa, necesitaba tanto dinero como gente, y perseverando en la marcha que hasta entonces, se exponia á agotar no menos su poblacion que su tesoro. En efecto, segun el producto de las contribuciones existentes que no se podian aumentar sin que se resintieran de onerosas, se veia obligado á limitarse al guarismo de 740.000.000 de gastos, que juntos

(1) No hago aqui mas que analizar una serie de cartas, cuyo lenguaje es mucho mas enérgico que el que uso para resumirlas.

con los 40.000.000 destinados al servicio departamental y con los 120 que la recaudacion tenia de coste, sumaban aproximadamente un total de 900.000.000, como hemos dicho muchas veces. Todos los años excediase de esta suma en 30 ó 40.000.000 cuando no habia guerra, y si la habia en 80 ó 100. Mucho mas que esta suma habia costado la última campaña de Austria, y siempre tenia que salir del tesoro del ejército, ya desde entonces calificado con el titulo de *tesoro extraordinario*. Aun cuando fuera considerable aquel tesoro, hallábase ya muy mermado, por ser la caja de donde sacaba Napoleon, ora con que recompensar á sus soldados, ora con que acabar los grandes monumentos de la capital y los canales, ora con que socorrer á las ciudades atrasadas ó á las poblaciones alligidas. Como se dijo anteriormente, aquel tesoro estaba reducido á 292.000.000 al estallar la guerra de Austria. Esta guerra le habia aumentado en 130.000.000 (1), en 10 mas la venta de las lanas de España, y una cesion del tesoro sobre el monte de Napoleon en otros tantos, lo cual le hizo subir á 482.000.000. De él habia sacado Napoleon 84.000.000 para la guerra de Austria, 28 para el Louvre y diferentes monumentos, 12 para dotaciones, 4 para algunos gastos extraordinarios, con lo que le redujo á 354.000.000 (2).

Conviene saber que no era enteramente liqui-

(1) Parte en contribuciones impuestas al pais, y parte en una contribucion de guerra que se estipuló por el tratado de paz.

(2) Entiendase de una vez para siempre que los millones que se citan no son de reales, sino de francos. (N. del T.)

da esta suma, pues comprendía muchos créditos sobre los Estados vencidos, especialmente el de 86 000,000 sobre Prusia, cuya cobranza, según se ha visto, costaba á Napoleon gran trabajo. Tampoco los 84.000,000 tomados del mismo tesoro para la campaña de Austria, representaban todo el excedente de desembolsos que habia costado esta guerra ni con mucho, pues las tropas sobre los mismos lugares habian hecho considerables consumos no metidos en cuenta, y el presupuesto del Estado, donde para gastos ordinarios de guerra se hallaban incluidos 350.000,000, hubo de suministrar otros 46 encima, lo cual sumaba un total de 480 000,000 para la campaña, fuera de los consumos locales.

Necesitábase, pues, economizar el tesoro extraordinario, que de las cinco guerras de que era producto habia recibido 850.000,000, y que estaba ya limitado á 354 por resultas de los dispendios de las mismas guerras. Así Napoleon tenia resolución muy firme de no sacar de allí dinero todos los años. Según lo habia practicado en 1809, presentó en 1810 al Cuerpo legislativo, congregado muy oscuramente, un presupuesto reducido provisionalmente á 740.000,000 de gastos generales, á 40.000,000 de gastos departamentales mencionados por memoria, y á 120.000,000 de gastos de recaudacion conocidos, pero no mencionados, y formando de consiguiente el total de 900.000,000 de gastos previstos y siempre aumentados hasta bajo un señor absoluto y metódico por extremo en sus cuentas. Bien sabia Napoleon que seria insuficiente de seguro la suma de 350.000,000 concedida á los dos ministerios de la Guerra, debiéndose

atender á los ejércitos que habia en Iliria, Italia, Alemania, Holanda y España, aunque parte de ellos vivieran á costa de los países ocupados: se le alcanzaba que un excedente de 30 ó 40.000,000, y aun quizá de 50.000,000, vendria á alterar el equilibrio ficticio entre sus ingresos y gastos de paz, y para cubrir este déficit, sin tocar al tesoro extraordinario, habia ideado varios recursos. Se componian en primer lugar de los bienes de ilustres familias españolas, perseguidas como delinquentes de alta traicion, y cuyo total patrimonio ascendia á 200.000,000, y en segundo de las presas que hacia ó solicitaba contra los falsos neutrales que se habian introducido, tanto en los puertos del imperio como en los de los países aliados, cuyas presas podian subir asimismo á muchos centenares de millones. Observando un orden severo en sus gastos, lisonjeábase, pues, Napoleon de no carecer con qué sustentar los grandes armamentos á que le obligaban á una Europa ya pacificada, aunque no resignada, y la guerra de España mejor conducida, bien que muy distante de terminada.

Por lo que precede, ya es posible formar idea de los proyectos concebidos por Napoleon para llevar á último remate su larga lucha con Europa. Mientras que, aun evacuando á Alemania, sus tropas tenian á raya el Norte del continente, y guardaban contra el comercio británico las costas, se proponia allegar sobre la Peínsula todos los reclutas, que ya no requería la guerra de Austria, y que, distribuidos en los antiguos cuadros del ejército ocupado en vencer á España, debian completarlos y rejuvenecerlos. A ellos acababa de agte-

gar su propia guardia, que desde la primavera de 1810 iba de camino, despues de gozar algunos meses de descanso; y aun pensaba trasladarse á la Península en persona, reunir allí cien mil hombres á sus órdenes inmediatas, empujar hácia la mar á los ingleses, y conseguir que, despues de causarles un gran desastre, se inclinara la balanza en el parlamento británico á favor del partido que suspiraba por la paz.

Con el único fin de obtenerla, proyectaba Napoleón añadir al enérgico arbitrio de hacer sufrir á los ingleses un gran descalabro otro recurso no menos eficaz sin duda, el de formalizar el bloqueo continental, no ejecutado rigurosamente mas que en los puertos de la antigua Francia; casi no llevado á efecto en la Francia nueva, como la Bélgica por ejemplo, y totalmente desatendido en los Estados de los deudos ó aliados, como Holanda, Hannover, las ciudades anseáticas, y Dinamarca. Su ardimiento por este linage de guerra no era menor que por el muchas veces acreditado para la que tan perfectamente hacia sobre el campo de batalla. Para causar enormes perjuicios á Inglaterra, no se trataba solo de impedir en el continente la entrada á sus tejidos de algodón y á sus diversos productos de metalurgia, sino de cerrársela especialmente á su azúcar, á su café, á su algodón en rama, á sus tintes, á sus maderas, etc., que constituían la moneda con que se pagaban sus manufacturas de Manchester y de Birmingham en las Indias Occidentales y Orientales. Tanto sus colonias como las francesas y las holandesas, sucesivamente conquistadas por los ingleses, y los españolas, á las cuales consiguieron abrirse paso des-

pues de la guerra de España; no les pagaban sino en géneros coloniales, que acto continuo tenían precisión de vender en Europa, á fin de realizar el valor de sus operaciones industriales y mercantiles. Urgiéndoles introducir estos géneros en el continente, habian imaginado diversos arbitrios muy ingeniosos. Así, además del gran depósito de Londres, donde estaban obligados á acudir los neutrales, para tomar parte de su cargamento, establecieron otros depósitos en las Azores, en Malta, en Heligoland, donde habian acumulado masas enormes de mercancías, y de donde los contrabandistas iban á sacar la materia de su tráfico clandestino. Por ejemplo, en Heligoland habian erigido un singular establecimiento, que demuestra hasta que punto habia llegado por aquellos dias de violencias comerciales el arte del contrabando. Heligoland es un islote situado en el mar del Norte, frente por frente de la embocadura del Elba, dividido en parte baja adonde pueden abordar los buques, y en parte alta con la que no se podían comunicar mas que por una escala de madera de doscientos peldaños y facil de romper en pocos instantes. Seiscientos ingleses con artillería numerosa defendían esta parte alta y los vastísimos almacenes allí contruidos, y en que se guardaban mercancías por valor de 300 á 400.000.000. Una flotilla inglesa custodiaba las avenidas todas, cruzando de continuo en rededor de la parte baja. Aquí iban los contrabandistas en busca de las mercancías, que, á pesar de las leyes de Napoleón, lograban introducir en el continente. Primeros depositarios de estas mercancías eran los colonos que cultivaban las tierras á lo largo de

aquellas costas: á las casas de ellos se iban á recoger de noche para desparramarlas por donde quiera, y este fraude era cosa corriente, no solo en las ciudades anseáticas, sino hasta en Holanda, á pesar de sus vínculos con la Francia. Diligentemente auxiliaba á los contrabandistas la poblacion de estos diversos países, y se les unia para acometer á los aduaneros, desarmarlos, degollarlos ó seducirlos.

Ademas de estos traficantes clandestinos se contaban los falsos neutrales, que ejercian casi al descubierto el contrabando, é introducian géneros prohibidos en los puertos franceses y aliados con abundancia.

Para comprender el papel de los falsos neutrales, hay que recordar los decretos franceses é ingleses, tan á menudo citados en la presente historia, como que formaban la legislación marítima de entonces. Ante todo, cometiendo los ingleses un acto de violencia, declararon en 1806 bloqueados todos los puertos de Francia desde Brest á las bocas del Elba, sin embargo de no tener una fuerza efectiva para cerrar su entrada, segun las reglas del derecho de gentes. Inmediatamente, y por virtud de su decreto de Berlin, respondió Napoleón á este bloqueo ficticio con el general de las islas Británicas, vedando comunicarse con ellas por cartas ó buques, y prohibiendo el acceso á sus puertos de todos los buques ingleses y hasta de cuantos hubieran tocado en Inglaterra y sus colonias. A este decreto replicó Inglaterra con sus famosas órdenes del consejo de 1807, segun cuyo texto ningun buque neutral podia cruzar por los mares, cualesquiera que fuesen su procedencia y

su destino, sino tocaba en Lóndres, en Malta ó ciertos lugares de la dominacion británica, para que allí se comprobara su cargamento y alcanzara licencia de navegar, mediante el pago de enormes derechos. En noviembre de 1807 repuso Napoleón á este acto extraordinario de soberania sobre los mares con su decreto de Milan, que declaró desnaturalizados y de buena presa, donde quiera que fuesen cogidos, cuantos buques se sujetaran á esta legislación odiosa.

Entre estas dos tiranias bregaban los infelices navegantes neutrales, obligados á ir por licencia de navegar á Lóndres, y expuestos, de resultas de haberla adquirido, á ser capturados por los franceses. Nada cabe decir para justificar ninguna de las dos tiranías, y lo mas que se puede alegar como excusa de la segunda es que fué provocada por la primera. Su exigencia llevaban los ingleses hasta el extremo de que para pagar la licencia, sin la cual no se podia navegar, ó para cargar de mercancías inglesas, acudieran todos los buques del Mediterraneo á Malta, y los del Océano á Lóndres. Por ejemplo, los holandeses, que para sus salazones venian en busca de sal á las costas de Francia, no se podian llevar esta primera materia de su principal industrial, sin ir á pagar á Lóndres la correspondiente licencia.

Irritados los americanos contra esta doble violacion del derecho de los neutrales, que imputaban especialmente á los ingleses como provocadores, dictaron la denominada *ley de embargo*, por la cual prohibieron á sus buques el navegar entre Francia é Inglaterra, y hasta el venir á Europa: les prescribieron que se dedicaran exclusivamente al trá-

fico en las playas americanas, y aun determinaron usar de su propio algodón y hacerse por consecuencia industriales. En cambio declararon aprensable todo buque francés ó inglés que osara tocar en las costas americanas despues de tener el valor de vedarse á sí propios las playas inglesa y francesa.

Con todo, los armadores americanos, menos orgullosos que su gobierno, infringieron por lo común estas leyes mas honrosas que bien calculadas. Así, no alcanzando el embargo mas que á los buques ya surtos en los puertos, quedáronse la mayor parte como aventureros en los mares, discutiendo atinadamente que tales providencias no durarian mas de uno ó dos años, y vivian yendo de puerto en puerto por cuenta de las casas que los habian despachado. Casi todos se dirigian á Inglaterra: allí cargaban de los géneros coloniales con que se hallaban atestados los almacenes de Londres: á veces los porteaban por su cuenta, mas á menudo por la de los negociantes ingleses, holandeses, anseatas, daneses ó rusos; tomaban las licencias; se hacian convoyar ademas por las flotas británicas; entraban en Cronstadt, Riga, Dantzich, Copenhague, Hamburgo, Amsterdam; se introducian hasta en Amberes, el Havre, Burdeos; presentabanse en todos estos puertos como neutrales, puesto que eran americanos; afirmaban no haberse comunicado con Inglaterra; se les creia facilmente en Rusia, Prusia, Hamburgo, Holanda, donde querian ser engañados; con alguna mas dificultad en Amberes, el Havre y Burdeos, aunque allí tambien hallaban frecuentemente medios de burlar la vigilancia de la administracion imperial, casi siempre

impotente, despues de indagaciones minuciosas, para hacer constar las comunicaciones con Inglaterra y la sumision á sus leyes.

Por el Mediterraneo los griegos, que empezaban entonces su fortuna mercantil bajo el pabellon otomano, iban á Malta á buscar azúcares, cafés, algodones ingleses, y los trasportaban á Trieste, Venecia, Nápoles, Liorna, Génova, Marsella, anunciándose como neutrales por su calidad de otomanos, y respecto de ellos no menos que de los americanos costaba mucho acreditar el fraude.

Capital era el interés de Francia en atajar este vasto comercio clandestino, pues si se lograba que los ingleses no pudieran vender en Europa los géneros coloniales, producto de sus numerosas colonias, ó precio con que se habian pagado sus manufacturas en las colonias de otras naciones, su inmenso tráfico venia por tierra. En mas ó menos porción se protestaba la enorme cantidad de papel fundada sobre estos valores y depositada en el Banco de Inglaterra por via de descuento, y sus billetes que, desde la supresion del pago en dinero formaban su única ó principal moneda, estaban amenazados de un descrédito pronto. Ya perdian el 20 por ciento con relacion al dinero: el cambio inglés, que estaba muy bajo, pues la libra esterlina, que vale por lo comun 25 francos, pasaba apenas por 17 en el continente, debia aun bajar mas y podia muy bien suceder que, perdiendo el billete de banco hasta el 30 por ciento, cayera el valor de la libra esterlina á 15 y 14 francos en el continente, y que así llegaran á ser casi imposibles todos los negocios del Estado y de los particulares. ¿Cómo proporcionarse entonces tantos objetos

de que el lujo inglés no se quería privar ni aun en tiempo de guerra? ¿Cómo atender sobre todo en la Península á la manutencion de los ejércitos ingleses, que no podían entre sus aliados obtener pan, carne, ni vino, sino por oro ó por plata? Unida á esto la circunstancia de que dos partidos políticos de fuerzas generalmente desiguales, se balanceaban á la sazón en la Gran Bretaña á propósito de ciertas cuestiones, y que uno estaba por la paz y otro por la guerra, se comprenderá que añadir á grandes reveses militares un nuevo descrédito de los valores mercantiles, era dar armas al partido de la paz y aproximarse al día que, pacificados á la vez mar y continente, la obra de Napoleon llegara por fin á remate.

Aun cuando pequen de violentos los medios á que hubo de apelar Napoleon con este objeto, su importancia era tanta que no se puede menos de hallar excusas á lo que hizo para la realizacion de sus fines; y hasta se adquiere la conviccion de haber consistido su principal yerro de allí á poco en no ser muy perseverante en sus miras. Conociendo desde luego la dificultad de descubrir si los que se presentaban como neutrales habian ó no consentido en pasar por las leyes inglesas, adoptó una resolucion radical que zanjaba aquella dificultad de plano. Ya no quiso que se admitieran otomanos ni americanos en los puertos franceses ni aliados, y para obrar de esta suerte fundóse en razones muy sostenibles. Respecto de los otomanos, poco vigilados por su gobierno, y sobre todo no tocando mas que en puertos franceses ó casi franceses, como Marsella, Génova, Liorna, Nápoles, Trieste, Venecia, determinó que se les recibiera

provisionalmente; que sus papeles fueran enviados á Paris con el objeto de examinarlos el director de aduanas y él mismo, y que no se les eximiera del secuestro, pena impuesta á todo fraude, hasta despues de este exámen riguroso. Si algun inconveniente resultaba de vejar á estos griegos, que se presentaban como otomanos, era sin duda de escasa monta, dado que la Puerta se interesaba por ellos muy poco, y que ademas no se hacia de la Puerta gran caso.

Mas grave era la dificultad de proceder rigurosamente respecto de los americanos. No solo venian á Francia, sino á Holanda, Alemania, Prusia, Rusia, países adonde no bastaba intimar una orden para que fuera obedecida, siendo menester acompañarla con razones plausibles y apoyadas en una grande influencia. Ademas aquéllos americanos pertenecian á un gobierno poderoso, con quien importaba guardar contemplaciones, porque asi habia probabilidades de inducirle pronto á declarar la guerra á la Gran Bretaña. Napoleon prohibió admitir á los americanos en los puertos franceses ó casi franceses, é insistió en que Prusia y Rusia les cerraran los suyos, alegando la razon fundadísima de que no podian menos de ser falsos americanos; calidad que efectivamente usurpaban algunos de ellos; y que no daba derecho á otros para que su gobierno les apoyara, por ser expatriados que habian renunciado á su país por mas ó menos tiempo y adoptado los depósitos británicos por única patria. Se les podia, pues, disputar la proteccion del pabellon americano, y aun tener por seguro que, reprimiéndolos, se reprimia el comercio de Inglaterra, y no se les dejaba otro arbi-

trio que el del contrabando nocturno, practicado por menor á lo largo de las costas mal vigiladas,

Todavía fué Napoleon mas lejos relativamente á los americanos, y no limitándose á cerrarles la entrada de los puertos del continente, dispuso que fueran apresados en los puertos franceses ó dependientes de Francia, y reclamó enérgicamente que se ejecutara lo mismo en Prusia, Dinamarca y Rusia. Para plantear esta providencia en su imperio, alegaba una razon de que se manifestaba mas poseido que lo estaba realmente, y consistia en las presas que en América se habian decretado contra los buques franceses, infractores de la ley del embargo por tocar en aquellos puertos. Tres ó quatro habian sido apresados sin duda, porque osando aventurarse al Océano Atlántico, violaron á sabiendas ó no á sabiendas, la ley americana; pero los de América llegados á los puertos de Francia y sometidos á secuestro se contaban por centenares. Mucho daño es este (decia el ministro americano defendiendo en Paris á sus compatriotas y confesando sus tropelias) para el muy pequeño ocasionado á los franceses. Nada es la extension del daño (respondia Napoleon) donde el honor del pabellon lo es todo. Vuestra mano habeis puesto en buques franceses, cubiertos con mis colores, y bastaria la presa de uno solo para capturar yo, si pudiera, toda la marina americana. Esta era una razon de mero aparato, y Napoleon aparentaba mas enojo del que sentia, buscando un pretexto especioso para apresar en Holanda, Francia é Italia los muchos buques americanos, que hacian el fraude por los ingleses y que se hallaban á su alcance. Efectivamente habia secues-

trado gran número de aquellos buques, proporcionándole sus ricos cargamentos con que proveer á su tesoro de recursos casi iguales á los que le valian las contribuciones impuestas á los vencidos. Con todo, penetrado del interés de unirse á los americanos; para enemistarlos con los ingleses, abrió una negociacion con el general Armstrong, representante en Paris del gobierno de los Estados Unidos; sin vacilar reconoció en términos formales que sus decretos de Berlin y de Milan eran una violencia, aunque emanada de otra: sostuvo que no habia tenido otro medio de responder á la insolente pretension británica de exigir un derecho por la navegacion de los mares; y declaró que estaba no obstante dispuesto á renunciar á sus decretos en favor de los americanos, con tal de que éstos resistieran á la tiranía británica y obligaran al gabinete inglés á revocar las famosas órdenes del consejo ó le declararan la guerra; bajo esta condicion decia que se hallaba muy pronto á restituir á los americanos el derecho cabal de neutrales.

Apresar los buques americanos no era difícil en Francia: tampoco en las ciudades anseáticas, en las bocas del Elba y del Weser, donde las tropas francesas estaban acampadas; pero éralo en Holanda, donde el rey Luis se oponia á la voluntad de su hermano y donde se habian visto llegar muchos buques defraudadores; éralo en Dinamarca, que servia de buen grado de deposito á las mercancías vedadas, y que las introducía por la frontera de Holstein en el continente; éralo en los puertos de Prusia, que no tenia gran interés, ni gran gusto en atormentar á sus poblaciones para asegurar el triunfo de Napoleon sobre los ingles-

ses; y éralo por fin en los puertos de Rusia, que, teniendo extremada necesidad del comercio británico para vender sus productos agrícolas, única fortuna de sus grandes señores, se indemnizaba de la clausura de los mares con hacer bajo el pabellon americano parte del tráfico de que habia prometido en Tilsit y en Erfurt abstenerse completamente.

Aunque despechado y hasta con ira y querellándose de las resistencias con una vivacidad mal adecuada á su política actualmente conciliadora, admitia Napoleon que se las opusieran Dinamarca, Prusia y Rusia; pero no podia aguantar que se le mostrara una mala voluntad, mas pronunciada que en ningun punto del litoral europeo, en Holanda, país conquistado por las armas francesas y dado por reino á un hermano suyo; y de resultas amenazaba con un rayo á los temerarios que osaban dirigirle tales insultos. Con la simple enunciaci6n de estos ultrages, se penetra el motivo que, en la reciente distribuci6n de sus tropas, le habia impulsado á acantonar parte de las antiguas divisiones de Massena en torno de las fronteras de Holanda. Viendo que no podia llegar á impedir que los holandeses se entregaran al contrabando, dictó desde luego un decreto para prohibir toda comunicaci6n comercial con ellos. Esto equivalia á herirles de muerte, porque medio separados de la Gran Bretaña por el estado de la guerra, si se les separaba del continente por nuestras leyes, iban á ser condenados á morir de hambre. Entonces el rey Luis echóse á los pies de su hermano y obtuvo la revocaci6n del decreto, prometiendo mudar de conducta. Pronto salieron vanas sus promesas,

pues los buques americanos fueron admitidos en todos los puertos de Holanda, sin embargo de nuestras reclamaciones. No pudiéndose ya Napoleon contener ante este nuevo acto de desobediencia, restableció el decreto de separaci6n del continente, y anunció sin rebozo el proyecto de reunir la Holanda á la Francia.

Algun tiempo hacia que le ocupaba este pensamiento. Convencido de no poder conseguir de Holanda, aun bajo el trono de un hermano suyo, ni una concurrencia eficaz de las fuerzas navales, ni una concurrencia sincera para las restricciones mercantiles, se preparaba, júzguese lo que se juzgue, á incorporarla al imperio; y por triste y amargo que fuera el lenguaje de su hermano Luis no se adecuaba á hacerle mudar de designio, bien que aun le contuvieran su familia, algun resto de cariño y la Europa. Un personage, cuyo mérito habia distinguido sobremanera, y que se le mostraba muy agradecido sin ser menos adicto á su patria; el almirante Verhuel, se afanaba por precaver un fatal rompimiento é instaba á los dos hermanos á verse. Napoleon no lo deseaba de ningun modo, temiendo ablandarse en presencia de su hermano; y el rey Luis no lo apetecia tampoco, temiendo caer en Paris bajo una mano harto potente, y temiendo tambien encontrarse con la reina Hortensia, su esposa, de quien vivia separado. No obstante, á instancias del almirante Verhuel, que habia dado por cada uno de los dos hermanos los pasos que rehusaba dar el otro, salió el rey Luis del Haya, y vino á Paris para dirimir una diferencia, de cuyo ajuste podian resultar los sucesos mas graves de entonces. Se conferenciaba

sobre este asunto en el momento por donde nuestra relacion corre, y el rey Luis como primer acto de sumision habia consentido en que se apresara á los americanos introducidos en los puertos de Holanda.

De seguida dedicóse Napoleon á reclamar que se ejecutaran sus decretos en los demas estados del Norte. Admitir á los falsos neutrales y despues secuestrarlos, se acomodaba sobremanera á su espíritu astuto y nada escrupuloso en la eleccion de medios, con especialidad por lo concerniente á los defraudadores descarados que violaban á la par las leyes de su patria y las de los países que consentían en admitirlos. Les habia hecho apresar en las ciudades anseáticas por sus propios agentes, y exhortaba tanto á Dinamarca como á Prusia que los dejaran entrar y les retuvieran luego, con la certeza de no retener mas que á ingleses bajo el falso nombre de americanos. Timidamente se defendian Dinamarca y Prusia, alegando que, si muchos americanos eran defraudadores, otros podian muy bien no serlo, y que para asegurarse de si habian tocado en los puertos británicos se inspeccionaban muy activamente sus papeles. Pero Napoleon negaba que hubiera modo de establecer distincion alguna entre ellos, pues el menos culpable no podia haber navegado sin infringir la ley americana, que vedaba venir á Europa. En respuesta se baluceaban razones de mal fundamento: se le ofrecia la observancia puntual de sus leyes, sin que por esto se dejara de eludir en la ejecucion algo, aun defraudándose á sí mismos por amparar á los defraudadores. Dinamarca no tenia excusa, pues Inglaterra la habia tratado como enemiga

implacable, y Francia al revés como amiga fiel y segura: ademas se trataba de sus mas preciosos derechos, no habiendo otro Estado que tuviera mayor interés en resistir el sistema que los ingleses pugnaban por establecer respecto de los mares. Como vencida y oprimida la Prusia, y sin interés por las cuestiones marítimas, era muy excusable en lo de no prestarse de buen grado al triunfo de las combinaciones políticas de su vencedor, y en lo de rehusar contribuir á que lo alcanzara á costa de crueles sacrificios. Sin embargo no se negaba absolutamente á conformarse con los deseos de Napoleon, bien que eludia las explicaciones, y de hecho admitia á los americanos sin retenerlos. Napoleon, que leia la correspondencia de sus consules por sí mismo y sustentaba la disputa en persona, propuso á la Prusia una combinacion digna de los defraudadores á quienes hacia la guerra. A la sazón se anunciaban numerosos convoyes que, bajo el pabellon engañoso de los americanos, debian entrar en los puertos de la antigua Prusia, especialmente en Colberg, donde no teniamos un soldado. Dejados entrar (dijo Napoleon) y apresados seguidamente; me entregareis los cargamentos y los recibiré á cuenta de la deuda prusiana. Y en tan extraña negociacion estuvo á punto de quedar plenamente airoso.

De todo el litoral del Norte no mas que la Pomerania sueca quedaba abierta á los titulados americanos, país que Napoleon acababa de restituir á Suecia, por consecuencia de una revolucion repentina, aun cuando fácil de prever bajo un rey cuyas continuas extravagancias comprometian á un mismo tiempo el decoro y la dignidad de su Estado.

Ya se ha visto la desatentada dirección que Gustavo IV dió á sus fuerzas durante la triste guerra de Finlandia. Encarnizado contra Dinamarca, en vez de habérselas solo con Rusia, á quien pudiera así disputar la Finlandia por largo tiempo, condujo muy notable parte de sus fuerzas hacia Noruega para invadirla y hacia el Sund para amenazar á Copenhague; y exasperados los suecos al verse arrebatada la Finlandia de resultados del mal uso hecho de sus bizarras tropas, se rebelaron contra un rey demente. Este movimiento estalló en el ejército de Noruega, que guiado por un oficial bullicioso y osado encaminóse hacia Estokolmo. Vanamente servidores leales se esforzaron por ilustrar á Gustavo IV y suplicarle que hiciera sacrificios indispensables á la nación justamente alzada en su contra. A la sazón cayó en una especie de frenesi, arrojóse, no se sabe con que designio, sobre la espada de un ayudante de campo, hubo que desarmarle y que velarle sin perderle de vista como á un loco furioso. En tal extremidad juntáronse extraordinariamente los Estados, le declararon incapaz de reinar, y llamaron al trono á su tío el duque de Sudermania, príncipe de carácter dulce y de gran cordura, que durante la menor edad del rey destronado había ya regido el reino con suma prudencia. A fin de precaver el nuevo monarca mayores desdichas, celebró paces con Rusia y con Francia.

Su paz con Rusia costó la Finlandia á Suecia; su paz con Francia valióle por el contrario la restitución de la Pomerania y del puerto de Stralsund, ocupado por los franceses hasta 1810 desde 1807 en que lo hicieron suyo. Al otorgar Napoleon estas

restituciones, impuso la condicion de que se cerraran á los ingleses todos los puertos suecos y especialmente el de Stralsund, el mas importante de todos, como que, situado junto al continente de Alemania, podía anular el vasto aparato del bloqueo continental por si solo. Desgraciadamente, consumada la pérdida de Finlandia, no había ya sacrificio mas duro que el comercio británico para los suecos. Casi todos los pueblos del Báltico, ricos en productos agricolas, en materias navales, como hierro, madera, cáñamo, brea, no se podian pasar sin Inglaterra ó Francia entonces, y sin las dos á la vez en ningun tiempo. Estar á mal con Francia les dejaba acceso á Inglaterra, y á mas les hacia instrumentos de un provechoso contrabando; pero romper con Inglaterra les cerraba los puertos británicos sin abrirles los puertos de Francia estrechamente bloqueados; de modo que la desavenencia con Inglaterra equivalia á la ruptura con ambas naciones. Despues de prometer los suecos á Napoleon indisponerse con los ingleses, les cerraron efectivamente el gran depósito de Gothemburgo, situado tan cómodamente para el contrabando; pero consintieron desde luego trasladar este depósito á las islas próximas á Gothemburgo, y á semejanza de todos los pequeños ribereños del Báltico salian del compromiso respecto de Francia con promesas repetidas y violadas siempre.

Muy bien informado Napoleon por sus consules de cuanto acontecia, desazonóse al averiguar que se le engañaba en Suecia como en otros puntos; recordó los motivos que le hicieron declarar la guerra á Gustavo IV y celebrar la paz con el duque de Sudermania; y anunció que iba á ocupar

la Pomerania de nuevo, á hostilizar otra vez á Suecia, pensárase lo que se pensara en los gabinetes del Norte, si las prescripciones relativas al comercio británico no eran rigurosamente observadas.

Entre estos gabinetes del Norte solo uno, el de Rusia, declarando á medias su resistencia; disimulando el disgusto que habia sentido á consecuencia de los procederes de Napoleon en la cuestion del matrimonio, y de la negativa á unirle para lo concerniente á Polonia; disimulando tambien el recelo que le podía inspirar la reciente intimidad de Francia con Austria, asistiale una razon para soportarlo todo por el momento, y era el afan de llevar á remate la guerra contra los turcos, á fin de arrancarles la Moldavia y la Valaquia. Semejante causa valia con efecto la pena de sufrir sin quejarse muchos disgustos: por otra parte la idea de una nueva guerra con Francia no halagaba entonces á ningun hombre sensato en Rusia; y sin embargo, aunque resuelto á aguantar mucho, Alejandro conservaba, fuera de su orgullo personal, el orgullo de un grande imperio.

Ofendido de la dominacion que Napoleon pretendia ejercer sobre todas las costas del Norte, desde Amsterdam, Brena, Hamburgo, hasta Riga y aun hasta San Petersburgo, resignábase no obstante Alejandro en consideracion del objeto á que se encaminaba en Oriente, pero queria que en sus propios Estados obrara con alguna reserva; lo queria por un sentimiento de dignidad que era muy sostenible, y por un interés agrícola y comercial que no lo era tanto. Consiguientemente opuso el gabinete francés la razon alegada en aquel momen-

to por todos los demas Estados, razon de ninguna solidez interin la ley americana del embargo existiera, á saber, que no todos los americanos eran defraudadores; que los habia sinceros y practicando un comercio legitimo; que no admitiria mas que á estos; que apresaria cuidadosamente á todos los otros; y que, privado del comercio con Inglaterra, queria conservar el de América absolutamente. La argumentacion era mala, porque la ley del embargo constituia defraudador á todo americano que navegara en Europa, y ademas se sabia con certidumbre que los ingleses no dejaban pasar un solo buque sin que pagara su derecho de navegacion ó cargara de mercancías inglesas.

Por desgracia Napoleon, á impulsos del deseo de acumular á la vez todas las ventajas, acababa de suministrar argumentos muy plausibles en contra suya á cuantos el bloqueo continental ofendia, permitiendo por medio de *licencias* ciertas comunicaciones con la Gran Bretaña. Véase como vino á parar á estas excepciones de su propio sistema, que le colocaban en un estado de contradiccion consigo mismo sumamente embarazoso.

Hacia fines de 1809 necesitaron los ingleses de trigo, y en todas épocas les hacian falta las materias navales del Norte. De resultas permitieron que todos los buques, sin excluir los de los contrarios, les llevaran trigo, madera, cáñamo, brea, absteniéndose de hacerles pagar derechos que hubieran recaído sobre ellos mismos, por encarecer las materias de que necesitaban proveerse. Por virtud de esta interesada tolerancia viéronse en los muelles del Támesis buques belgas, holandeses, anseátas, daneses, rusos, todos en guerra con la Gran Bre-

taña. Echando de ver Napoleon la necesidad que los ingleses experimentaban de las materias que permitian introducir de tan excepcional modo, imaginó aprovecharse de ella para hacerles aceptar productos franceses, y concedió salvo conducto á los buques que, llevando madera, cáñamo, trigo, formaran parte de su cargamento con sedas, paños, vinos, aguardientes, quesos, etc. En cambio permitió que se trajeran ciertas materias determinadas, no tejidos de Manchester ó quincallería de Birmingham, ni cafés ó azúcares, sino algunos objetos de que carecian nuestras manufacturas, como añil, cochinilla, aceites de pescado, maderas de las islas, cueros, etc. Al modo que buques franceses en Inglaterra, se vieron buques ingleses en Francia navegando unos y otros con pasaportes llamados licencias, mintiendo acerca de su origen en ambos paises, y cooperando singularmente á la propagacion del fraude; porque obligados los franceses á llevar sedas con el trigo, fiabanlas á la entrada del Támesis á contrabandistas, que se encargaban de su introduccion fraudulenta; y los ingleses obligados á su vez, para zarpar libremente de sus puertos, á exportar tejidos de algodón no admitidos en Francia, entregábanlos cerca de nuestras costas á contrabandistas, que tomaban el introducirlos á su cargo, y no se presentaban en nuestros puertos mas que con las materias permitidas. Este tráfico corrompia el comercio habituándolo á la mentira y hasta al delito de falsario, pues habia en Lóndres falsificadores de papeles de á bordo, que ejercian públicamente su industria. Además los inconvenientes de esto eran grandes y medianas las ventajas, no habiéndose elevado de

1809 á 1810 á mas de 20.000.000 en Francia el comercio, tanto de exportacion como de importacion por *licencias*. Pero el mayor peligro de semejante comercio estribaba en colocar á la Francia en un estado de contradiccion consigo propia verdaderamente insostenible, y mas ante aquellos de quienes exigia que las leyes del bloqueo continental fueran rigurosamente observadas.

—Exigís (deciale Rusia) que vede yo á mis naturales toda comunicacion con Inglaterra, que les prive de vender sus cereales y sus materias navales, no pudiéndoles hallar salida sino con los negociantes ingleses; que les condene á no recibir en cambio azúcares, cafés, tejidos de que tienen necesidad indispensable; y al par no vaciláis en llevar á Inglaterra vuestras sedas, vuestros paños y vuestros vinos, y en traerlos azúcares y cafés, tan severamente excluidos por vuestras leyes de todo el resto del continente. No os mostreis, pues, con los demas tan riguroso, mostrándoos con vos tan condescendiente, y menos siendo el interés de los demas casi nulo y el vuestro muy grande en que el sistema de rigor sea universalmente admitido y practicado.

Tal argumento tenia una solidez que Napoleon se esforzaba por desconocer muy en vano, y lo rechazaba con ira, no pudiendo impugnarlo con buenas razones. Cuanto se dice de mis licencias es falso (respondia á la Rusia), yo no introduzco azúcares, ni cafés en Francia, sino que me aprovecho de la necesidad que tienen los ingleses de nuestros trigos, para obligarles á recibir algunas sedas, algunos paños, algunos vinos, y me pago con materias indispensables á nuestra industria, y sobre

todo con guineas que salen del Támesis de esta suerte, y cuya salida contribuye á arruinar el cambio de Inglaterra.

No careciendo de verdad respuesta semejante, su contenido bastaba á patentizar la insignificancia de este comercio por licencias, corruptor al par que inconsecuente, origen de pocos beneficios, de muchas immoralidades, y fundamento de muy apremiantes razones á favor de los numerosos adversarios del bloqueo continental.

No obstante, persistiendo Napoleón en su sistema, vigilando por sí mismo las costas de Francia y de los países aliados; leyendo cotidianamente los partes de entrada y salida de los buques; exigiendo la introducción de las aduanas y de las tropas francesas en Holanda, encargando al mariscal Davout el cuidado de guardar á Brema, Hamburgo y Lubeck, preparándose á volver á ocupar la Pomerania, forzando á Prusia á cerrar Colberg y Kœnisberg, estrechando á Rusia, aunque sin lograrlo, á cerrar Riga y San Petersburgo, estaba próximo á conseguir inmensas ventajas. Sin duda podían quedar entreabiertas á los productos de la industria británica algunas salidas, pero teniéndose que remontar á las extremidades del Norte en buques para volver á bajar despues al Mediodía en carros rusos, habrían de llegar á los lugares de consumo tan recargados de precio que fuera imposible el despacho. Practicado el bloqueo continental de este modo y mantenido perseverantemente, sin provocar á guerra al Norte, no podía menos, y se verá así muy en breve, de reducir á Inglaterra á una situación insostenible por lo apurada.

Al par que procuraba Napoleón obligar á los

ingleses á la paz de resultas de un gran descabro en la Peninsula y de un sistema ruinoso de trabas comerciales, ocupabase con igual actividad en los asuntos interiores del imperio. Al fin se había apoderado de la gran cuestión de los cultos, que no era la menor de las provocadas por la impetuosidad de su carácter.

Trasladado el papa á Savona y allí preso, se negaba obstinadamente á desempeñar las funciones de la Santa Sede. No había cisma, como en los últimos tiempos de la revolución, en que, dividido el clero, dividía á los fieles, y se vengaba de las persecuciones que había sufrido con turbar el Estado-Unido. Sosegado, sumiso á la sazón el clero, celebraba en todas partes el culto del mismo modo; ignoraba ó fingía ignorar la bula de excomunion fulminada contra Napoleón; criticaba muy generalmente al sumo pontífice por haber recurrido á este extremo y expuéstose así ó á revelar la debilidad de sus armas espirituales, ó á conmovier un gobierno que, á pesar de sus faltas, se consideraba necesario todavía para la salvación de todos. Sin embargo, los que pensaban de tal manera desaprobaban fuertemente la traslación violenta del papa; deploraban su encarcelamiento, y deseaban el término de un estado de cosas aflictivo para los buenos católicos y que tarde ó temprano podía degenerar en cisma. Casi unánimemente se anhelaba que el emperador se entendiera con el papa, que proporcionara un establecimiento decoroso al jefe de la Iglesia, sin esperar y aun sin apetecer que se pudiera conseguir la restauración del poder temporal, considerándose entonces irrevocablemente destruido. ¡Cosa singular! Olvidan-

do en aquel momento, bajo la presión de un gobierno omnipotente, hasta que punto el poder temporal de los pontífices era necesario á la independencia del poder espiritual, la Iglesia, despues tan exigente, se inclinaba á admitir que el papa debía renunciar á sus estados, contentándose con un establecimiento considerable que, por magnífico que se imaginara, no podía en suma ser mas que el de los antiguos patriarcas residentes cerca de los emperadores de Constantinopla.

Tal era el dictámen de la gran mayoría del clero; pero una minoría fogosa, la que había rechazado el concordato, siendo partícipe de todos los odios de los antiguos realistas, trazaba desconsoladoras pinturas de los padecimientos del papa, esparcía la bula de excomunion con gran diligencia, y provocaba desembozadamente al cisma. Así sostenía que usurpar el dominio de San Pedro era atacar la fé, que el papa preso se debía negar á todo acto pontificio, que el clero católico, privado de comunicacion con su jefe, se debía negar muy pronto á administrar los sacramentos. En suma, así como antes, los parlamentos, para vencer al trono, habían pretendido detener el curso de la justicia, estos eclesiásticos, para crear á Napoleon tropiezos, querían avanzar hasta suspender no menos que el ejercicio del culto.

Un ejemplo tocó Napoleon el mismo día de su matrimonio de los obstáculos que le podían poner los eclesiásticos descontentos ligados con los antiguos realistas. Segun lo enunciamos ya en otra parte, había llamado á Paris á la mayoría de los dignatarios del gobierno pontificio, reuniendo así en torno suyo veintiocho cardenales de todas las

naciones, los cuales asistían casi todos los domingos á la misa de su capilla, aun cuando estaba excomulgado. Trece de los veintiocho cardenales faltaron á la ceremonia el día de su matrimonio, por el motivo, que no se atrevían á dar á las claras, si bien deseando que el público lo comprendiera, de que Napoleon no se había podido divorciar sin el papa y que subsistiendo por tanto el primer matrimonio, era irregular el segundo. Para discurrir de este modo no había el menor fundamento, pues no se trataba de divorcio, que, no admitido por la Iglesia, únicamente podía ser decretado por el Papa, sino de anulacion del matrimonio con Josefina, decretada por la jurisdiccion del ordinario, despues de seguidos todos los trámites de la jurisdiccion eclesiástica. Por falso que fuera el motivo indicado, mas bien que alegado, propendia no menos que á tildar de concubina á la augusta princesa, que la corte de Austria había dado á Napoleon en matrimonio, creyendo hacerlo por los términos regulares, y de consiguiente de hijo adulterino al heredero del imperio, que Francia esperaba entonces con impaciencia.

Napoleon, á quien no se escapaba nada, echó de ver durante la ceremonia nupcial que no asistían á ella todas las *ropas coloradas*, segun solía llamarlas. Contadlos, dijo á un prelado de su capilla; y habiendo averiguado que de los veintiocho faltaban trece, exclamó á media voz y con una violencia á que no pudo poner freno. ¡Insensatos! ¡Siempre los mismos! ¡Ostensiblemente sumisos y secretamente facciosos! ¡Pues ya verán lo que cuesta jugar con mi poder! No bien terminada la ceremonia, llamó al ministro de Policía y le mandó que

arrestara á los trece cardenales, les despojara de la púrpura (por consecuencia de lo cual se les designó con el nombre de cardenales negros), les dispersara por diferentes provincias bajo la vigilancia de las autoridades, y les secuestrara sus rentas eclesiásticas y hasta sus bienes personales.

No se podia responder con mas violencia á una oposicion mas imprudente y condenable. Entre el número de los trece cardenales se hallaba Oppizoni, á quien Napoleon habia nombrado arzobispo de Bolonia, cardenal y senador, sin embargo de las muchas sombras esparcidas sobre la vida privada de este príncipe de la Iglesia. Ante el virey de Italia le hizo comparecer á fin de que en el acto hiciera dimision de sus dignidades eclesiásticas todas, amenazándole en el caso contrario con los mas severos castigos. Aterrorizado el ingrato prelado envió la dimision exigida, vertiendo un torrente de lágrimas, y al punto dejó á París por el retiro, entre destierro y cárcel, que se le habia señalado.

Al dia siguiente de violencias tan deplorables, regocijábanse mucho los secretos instigadores de ellas de la acusacion de adulterio lanzada contra un matrimonio, del cual habia de nacer el heredero del imperio, y de las arbitrariedades de que esta acusacion habia sido causa; y se congratulaban de sembrar así una infinidad de males ante los pasos de un gobierno detestado, y en quien por desdicha la cordura no se equiparaba con la gloria. El clero no cegado por el espíritu de partido, deploraba á la vez la culpa y la pena y ansiaba muy vivamente el fin de un estado de cosas de que se podian derivar las consecuencias mas graves. Tris-

temente era difícil de conseguir que se moderara Napoleon y que se resignara el papa, medio único sin embargo de que entre las dos potestades espiritual y temporal se acordara un ajuste.

Aunque rodeado el papa en Savona de una exquisita vigilancia, bajo las apariencias de las mayores contemplaciones, comunicábase con la porcion bulliciosa de los católicos, y alcanzándosele tanto como á ellos la táctica mas oportuna, se negaba constantemente á todos los actos del pontificado. No queria instituir á los nuevos obispos nombrados por Napoleon, de cuyas resultas habia ya veintisiete sedes vacantes, ni continuar á los obispos la facultad de expedir ciertas dispensas, especialmente para los matrimonios. Así interrumpia hasta donde estaba á su alcance el ejercicio del culto en Francia, lo cual podia redundar en daño del mismo culto ó del gobierno, segun tomaran partido por el papa ó por el emperador las poblaciones. Pio VII, viviendo en el palacio episcopal de Savona, diciendo allí misa todos los dias, echando la bendicion á los fieles que á menudo iban á recibirla desde muy lejos, acogia á las autoridades cortesmente pero con tristeza, y cuando le iustaban á consentir en desempeñar las funciones mas indispensables del pontificado, respondia que carecia de libertad y sobre todo de consejo, pues estaban encarcelados ó reunidos en París alrededor del trono imperial los cardenales; y que en semejante aislamiento no podia dar validez ni eximir de error á ningun acto, no teniendo cerca de sí ninguna de las lumbreras de la Iglesia.

Informado Napoleon de lo que hacia y decia el sumo pontífice por los partes muy benévolos y

conciliadores del prefecto de Montenotte, Mr. de Chabrol, no se quedaba atrás en sutileza de ingenio, y decia que tampoco él tenia prisa, y que interin el papa se daba á partido, seguiria administrando la Iglesia por ciertos medios, provisionales sin duda, pero suficientes hasta para tiempo muy largo. De consiguiente, respecto de asuntos eclesiásticos habia prescripto el silencio, absteniéndose hacia un año de determinar nada, no solo por cálculo, sino tambien por imposibilidad de abarcarlo todo, pues los negocios se multiplicaban de continuo bajo su mano, aun despues de finalizada la guerra de Austria. Con todo, anhelaba poner término á la querrela con el papa, queriendo hacer extensiva á la Iglesia la paz que acababa de dar á la Europa.

El papa que, aun orando con fervor, sentia el peso de sus cadenas, que veia resolverse cotidianamente una porcion de cuestiones importantes, sucederse tratados, divorcios, matrimonios, y que á vueltas de frases muy respetuosas nunca hallaba en boca del prefecto mas que consejos sin esperanza de ajuste, se impacientaba al cabo y hasta casi montaba en ira. ¡En todo se piensa (decia) menos en Dios! Se ocupan en todos los negocios menos en los de la Iglesia. Pues su importancia temporal tienen asimismo, y ya se conocerá si algun dia se llega á interrumpir la cadena de las prosperidades. ¡Se me quiere apurar la paciencia! Pues bien, usaré de nuevas armas, ocasionaré un nuevo estampido, recurriré á los medios que Dios ha puesto en mis manos para salvar su Iglesia.... Y sin explicarse mas el pontifice infortunado, pasando de la paciencia á la exaltacion como los carac-

téres dulces y vivos, daba á entender en términos amenazadores que provocaria un cisma, apelando solemnemente á las conciencias, y volveria á poner al gobierno imperial en la misma situacion embarazosa en que se habian visto los gobiernos revolucionarios, porque del cisma la guerra civil dista poco. Despues de estas amenazas tornaba á caer en su abatimiento y su dulzura, se esparcia en largas conversaciones con el prefecto y le preguntaba de continuo como era que aquel general Bonaparte, á quien habia amado tanto, cuya eleccion habia tanto favorecido, por quien tanta oposicion habia arrostrado para irle á consagrar en Paris, podia pagarle con ingratitud tanta, y oprimirle, humillarle, y conmover la Iglesia despues de haberla restablecido tan habil y valerosamente con el acto glorioso del concordato.... Y se manifestaba confuso de asombro y de pena ante tan extrañas contradicciones. Mr. de Chabrol le prodigaba consuelos, le tranquilizaba, y le hacia esperar que se ajustaria al fin todo, sin decirle precisamente bajo que condiciones, aunque dejándole adivinar que seria á costa de su poder temporal. A esto el papa no respondia cosa alguna, afectando no cuidarse mas que de los intereses del poder espiritual.

Ello era forzoso acabar y venir á un ajuste cualquiera, y nadie lo conocia mejor que Napoleon, viendo y tocando que los medios provisionales adoptados para gobernar á la Iglesia sin la participacion de su jefe eran insuficientes, muy controvertidos, muy contrariados, y en su aplicacion especialmente. Veintisiete sedes habian quedado vacantes en el imperio desde que se indispuso con Roma: sabi-

do es que sin su obispo ó un representante suyo toda diócesis se halla detenida en su marcha, que está sin gobernar el clero, que ciertos actos de la vida civil están en suspenso, porque entre católicos la vida civil se consume á su vista, como que la religion la consagra. Acaso mas grave que la privacion de un obispo es la existencia de un obispo no aceptado por los fieles, pues quiere mandar y no es obedecido, con lo que la Iglesia no se halla en expectativa, sino en revuelta; y no otro era el peligro de las veintisiete sedes vacantes, ya que no siendo Napoleon hombre para tener ociosa su prerogativa, apresuróse á proveerlas de nuevos titulares. Propuesto habia al papa que confiriera la institucion canónica á los prelados elegidos, consintiendo en que el pontífice no mencionara en las bulas el soberano temporal de quien confirmaba los actos. Sin peligro de su autoridad podia Napoleon hacer gala de tal modestia; pero no queria, y con razon, que se empleara una fórmula de que usa el papa respecto de sedes sobre las cuales reune el doble poder de nombrar y de instituir los obispos, fórmula calificada de *motu proprio*. Cabalmente era la que el papa habia empleado para Mr. de Pradts, trasladado de la silla de Poitiers á la de Malinas. Siendo no la omision, sino la negacion de su autoridad, Napoleon rechazó estas bulas y quiso que se apoderaran del gobierno de sus diócesis los obispos á quienes habia nombrado, bien que no estuvieran instituidos; y para suministrarles el modo de hacerlo, recurrió á un expediente indicado por los antiguos usos de la Iglesia, invistiéndoles con la calidad de *vicarios capitulares*.

Con efecto, cuando por muerte de su pastor queda vacante una sede, bajo el título de vicario capitular elige el cabildo de la diócesis un administrador provisional de ella, que hasta la institucion del nuevo titular desempeña las funciones del episcopado, bien que se limita á las indispensables y no goza de ninguno de los honores de la dignidad que representa. Antes los obispos nombrados eran elegidos á veces vicarios capitulares y entraban en posesion inmediata de sus sillas. No pudiendo Napoleon obtener las bulas tales como las deseaba, se propuso que los individuos nombrados fueran investidos con la calidad de vicarios capitulares; pero casi en todas partes halló una vivísima resistencia. Generalmente los cabildos habian elegido su administrador provisional antes de que Napoleon nombrara los nuevos prelados. De consiguiente, alegaban la eleccion ya hecha para no proceder á la segunda, ó bien, cuando eran mas atrevidos, osaban sostener que obrar como se les mandaba equivalia á anular por rodeos la institucion canónica perteneciente al papa, y negaban que las reglas de la Iglesia permitiesen conferir á los obispos nombrados la calidad de vicarios capitulares.

Verdadera ó falsa les acomodaba esta doctrina, pues muy luego se penetraron de que, prestandose á la administracion provisional de las iglesias, quitaban al papa el medio mas seguro de atajar á Napoleon en su camino; pero semejante medio se resentia de peligroso, dado que atajar á un hombre como Napoleon no era fácil, y que interrumpir el mismo culto, á trueque de lograrlo, no era muy piadoso. Vanamente algunos eclesiásticos ilustra-

dos, haciendo memoria de que Enrique VIII pudo, á impulsos de causas oprobiosas, segregar de la Iglesia católica á una de las mas grandes naciones del globo, conjeturaban que Napoleon, con poder muy superior al de Enrique VIII, y fundado en causas muy de otra manera sostenibles, podría ocasionar mayores daños que el monarca ingles á la Iglesia, sobre todo en un siglo indiferente, mucho mas de temer que un siglo hostil. Mas obcecados por sus pasiones los instigadores de la oposicion clerical, se curaban poco del riesgo de la religion, y aun habian trasladado á Paris el teatro de esta aventuradísima guerra. Lo acontecido en tan importante sede ofrecia el mas vivo cuadro de la Iglesia francesa de entonces y de las relaciones de Napoleon con la misma.

Habiendo quedado la mitra arzobispal de Paris vacante, Napoleon nombró para que se la cñera al cardenal Fesch, su tío. Apenas elegido éste, se condujo entre el clero al modo que los hermanos de Napoleon en sus reinos, pensando, no en pagar la deuda de gratitud contraída, sino en popularizarse. Como ya hemos dicho, el cardenal Fesch, transformado súbito de proveedor de ejército en católico fervoroso y austero prelado, quiso hacerse ídolo del clero, como Luis de los holandeses, José de los españoles, Murat de los napolitanos, y aparentando sumision delante de su terrible sobrino, cuando no estaba en su presencia jamás perdía la conyuntura de gemir hipócritamente por los males de la Iglesia, juraba arrostrar el martirio primero que doblegarse á la tiranía, y afectaba desdeñar un parentesco, del cual estaba mas orgulloso, y hacia el clero mayor caso que de sus

equivocas virtudes. Indignado Napoleon de tanta ingratitud y arrogancia, le trataba con aspereza, y mas cuando llegaba á hacer ostentacion ante sus ojos de un saber teológico de fresca data, pues le preguntaba si habia aprendido lo que sabia especulando con el pan del soldado. Traedme (le decia) al abate Emery ó a Mr. Duvoisin; que esos saben lo que se dicen y valen la pena de ser oídos. Con efecto, el abate Emery, eclesiástico docto, tan fervoroso como ilustrado, que habia rehusado todas las diócesis por seguir de rector del seminario de San Sulpicio, vivia reverenciado al frente de aquel establecimiento, que habia provisto de curas y prelados casi á toda Francia. Secretamente era realista y enemigo de Napoleon, quien lo sabia sin que le importara gran cosa. Mr. Duvoisin, obispo de Nantes, era un prelado fiel á sus deberes, muy instruido y dotado de prudencia suma. Asi creía que en vez de minar el poder del gran emperador, se necesitaba moderarlo, dirigirlo y atraerlo á la Iglesia. Napoleon gustaba de oír á Mr. Emery, pero no defería mas que á los dictámenes de Mr. Duvoisin, y por lo que hace á su tío, ni escuchaba sus discursos, ni se atenia á sus consejos.

Luego de nombrar al cardenal Fesch arzobispo de Paris, siéndolo ya de Lion, quiso que se apoderara de la sede y la gobernara como titular definitivo. Resistiólo el cardenal ante todo por no desagradar al pueblo, y despues con el fin de ser arzobispo de Paris y de Lion á un tiempo mismo, juntando asi las dos principales mitras del imperio. Esta acumulacion de dos sedes no carecia de ejemplares, pero, consultado el papa, negóse á

consentir semejante abuso, rebuscado mal á propósito en los tiempos antiguos, y exigió que optase el cardenal entre Lion y Paris, sin prestarse á instituirle, como á ninguno de los demas nuevos titulares.

Empeñándose el cardenal en conservar la sede de Lion, como que allí era titular *nombrado é instituido*, persistia en llamarse cardenal arzobispo de Lion y simple administrador de la diócesis de Paris. Con objeto de hacer mas patente la situacion en que se habia colocado, no moraba en el palacio arzobispal de Paris, sino en una casa suya de la calle de Monte Blanco. Mientras dejaba que languidiesen los asuntos de la Iglesia, toleró Napoleon la conducta equívoca de su tio; mas llegada la época de tratar formalmente de ellos, y habiendo ido por casualidad al templo de Nuestra Señora al hacer no sé qué visita de varios puntos, no encontró allí al cardenal Fesch. Semejante circunstancia hizole conocer la inconveniencia de la posicion que este habia tomado, y le dijo que cuando honraba al clero de la metropoli con su visita, queria ver al arzobispo de Paris al pie de las torres de Noestro Señora. Despues de transmitirle esta apóstrofe por la via del ministro de Cultos, le intimó que optara sin dilacion entre las dos sedes. Obligado el cardenal á elegir de seguida, creyó mas seguro y conforme á su política ordinaria decidirse por el clero ortodoxo, optando por Lion, sede en que estaba canónicamente investido. Al punto se alzo un grito en todas las sacristías de Francia á favor de prelado tan desinteresado, tan fiel á la Iglesia, por quien hacia tan nobles sacrificios, y ensalzóse su valor y abnega-

cion por donde quiera. A lo cual replicó Napoleon haciendo una eleccion ruidosa para el arzobispado vacante en la persona del cardenal de Maury, que debia excitar los celos del arzobispo dimisionario.

Aquel ilustre defensor de la Iglesia, que tanta elocuencia habia ostentado en la Asamblea constituyente y tanto valor y talento; que con sus agudezas y su sangre fria supo defender al clero, á la manera que un noble formado en la escuela de Voltaire hubiera podido hacer la defensa de la aristocracia; retirado luego á Roma, tras de vivir allí quince años en destierro y consolado por buenos libros, abrazó al cabo con afan la ocasion de volver á su patria; y por manifestarse agradecido á Napoleon, á quien debia su regreso, en solo un dia perdió el fruto de la mas gloriosa lucha, y de ídolo del clero y de los realistas vino á ser objeto de su desden y casi de su odio. No estaba exento de los defectos que á veces acompañan al talento y á la piedad misma, le gustaba la mesa, la familiaridad excesiva; no se habia corregido de tales defectos en Italia; y de aquí las hipócritas medianías de la Iglesia sacaban pretextos para denigrarle; y á pesar de su talento y de su gloria, no ejercia gran influencia sobre el clero. Particularmente el cardenal Fesch nutria en su contra los mas fogosos celos; mas Napoleon, á quien no vino mal ocasionar á su tio la doble pena de conferir la mitra de Paris, y de conferirla á un célebre personaje, no consiguió oponerle así un contrapeso, porque todos los talentos del cardenal Maury no bastaban para luchar en influencia con la hipocresía, el pedantismo, la ingratitud y hasta el parentesco del cardenal Fesch.

Apenas firmado este nombramiento, exigió Napoleón que el cardenal Maury fuera investido con la administración de la diócesis, lo cual no se atrevió á resistir el cabildo, si bien dió ocasion á triquiñuelas continuas y verdaderamente degradantes para el cardenal, para su clero y para la autoridad imperial. No hallaba obstáculos el nuevo arzobispo en la administración de la diócesis, ni en la presidencia de las ceremonias ordinarias; pero si, conforme al privilegio de su dignidad, hacia llevar delante de él la cruz en determinadas solemnidades, parte del clero abandonaba el altar y dejaba allí atónitos á los clérigos inferiores y á los fieles. Por la noche en los círculos devotos y realistas se comentaban alegremente los desaires hechos, como elegido por el favor imperial, al antiguo defensor de la Iglesia y la aristocracia.

Apelando el cardenal Maury á su adhesión acrisolada, apresuróse á escribir al sumo pontífice para obtener la entrada en posesion provisional de la diócesis de París, ya que no pudiera las bulas; y se aguardaba la respuesta, sin esperarla favorable.

Vistas son las varias y continuas dificultades que surgian de la administración provisional de la diócesis: á Napoleón le inquietaban poco, fiando en que pronto se ajustarian sus disidencias con el papa. A fin de vencerle con resoluciones ya tomadas, y de las cuales nadie se pudiera lisonjear de retroceder, dióse gran prisa á convertir en estatuto organico la reunion de los Estados Pontificios. Ya habia decretado la de los ducados de Parma y Placencia bajo el titulo de departamento del Taro, y la de Toscana bajo los de departamentos del

Arno, del Ombrone y del Mediterráneo. Ahora incorporó la provincia romana con los títulos de departamentos del Trasimeno y del Tiber. Por este senado-consulta, uno de los mas notables y famosos de aquellos dias, declaró á Roma segunda ciudad del imperio; estableció que el heredero del trono, cuyo nacimiento se anunciaba cual si se poseyera el secreto de la naturaleza, llevaria el titulo de rey de Roma, y seria consagrado sucesivamente en Nuestra Señora y en San Pedro: además resolvió que siempre un príncipe de la sangre tendria su corte en Roma; que los papas residirian cerca de los emperadores, alternando entre Roma y París, gozarian de una dotacion pingüe, prestarian juramento al imperio, y tendrian en su rededor los tribunales de la penitenciaria, de la dataría, el sacro colegio, y en suma todos los establecimientos de la cancilleria romana, que se trasladarian á París y se contarian entre los gastos imperiales. A continuacion de estas resoluciones dispuso Napoleón inmediatamente que en el arzobispado de París, en el Panteon y en San Dionisio se ejecutaran las obras necesarias para albergar al gobierno pontificio y hasta al pontífice en persona. De igual modo proyectólas en Aviñon para que, aun morando habitualmente en París y á su lado, pudiera el papa ir á las diversas y antiguas residencias de sus antecesores.

Bajo la ilusion de un sueño cree uno estar al oír contar estas cosas, que la misma Iglesia distaba entonces mucho de considerar imposibles. Napoleón juzgaba que, tras algunos dias de asombro, se acostumbrarian las gentes á este nuevo estado; que residiendo el papa cerca de él se mostraria

mas complaciente; que algun espíritu francés adquirirían los cardenales de resultas de morar en Francia; y que por último, ante espectáculo tan prodigioso, casi trasunto del imperio de Occidente, pasmados los contemporáneos del cabal triunfo, articularían aun sin intencion deliberada el codiciado título de emperador de Occidente, título al cual Napoleon lo sacrificó todo, todo, hasta su mismo imperio.

Alimentando con fruicion en su mente tales esperanzas, Napoleon no tenia mas que un desvelo y era el de darse prisa, pues el ajuste con el papa que le parecia muy cercano, abarcaba todo lo concerniente al régimen de la Iglesia. Asi dedicóse sin tardanza á regular el establecimiento eclesiástico que habría que dejar en Roma, á dislocar el antiguo y constituir el nuevo, de suerte que, hallándolo el papa consumado todo cuando se llegara á las conferencias, se viese obligado á aceptar como irrevocablemente cumplidas las variaciones que le pudieran ocasionar mayor desagrado.

Treinta diócesis existían en la provincia romana para una poblacion de ochocientos mil habitantes, muchas de las cuales, bajo el nombre de *sedes suburbicarias*, suministraban títulos y dotaciones á los principales miembros del sacro colegio. Además habia innumerable porcion de conventos y de curatos ricamente dotados y que absorbían las rentas de muy considerables bienes. Sin vacilar Napoleon abolió todas las sedes del Estado romano, menos tres que fueron dotadas cada una con treinta mil francos de renta; suprimió los conventos de hombres y de mugeres, señalando pensiones vita-

licias á los individuos de las órdenes suprimidas; exigió que prestaran juramento los curas todos; mandó que fueran desterrados á Córcega los que se negaran á prestarlo; y decretó una nueva division menos reducida y mas económica de parroquias. Igualmente prescribió la supresion de las órdenes religiosas en Toscana, Parma y Placencia, no dejando subsistentes mas que algunas conventos de mugeres y algunas comunidades dedicadas á obras de misericordia: hizo secuestrar todos los bienes eclesiásticos de los Estados pontificios, que ascendían á 230.000, 00, aplicando 100 á la deuda romana, á los hospicios á las nuevas sedes, y de los 130 restantes dispuso en favor del dominio del estado al cual los declaró reunidos.

Dados con increíble celeridad estos decretos, se despacharon no menos rapidamente á Roma, para que acto continuo se pusieran en planta. De Ancona, Bolonia, Perugia, marcharon sobre Roma tres columnas de infanteria, proporcionando así al general Miollis un refuerzo de nueve ó diez mil hombres para el caso de que necesitara valerse de ellos contra una poblacion muy influida por los frailes. Segun las órdenes á este general expedidas, al menor movimiento que se notara, trataría á los romanos tan sin contemplaciones como se trabaja á los españoles. «Merced á la paz (escribia Napoleon) tengo tiempo y tropas disponibles, y es menester que se aprovechen para redondear todos los asuntos pendientes. Además, de aqui á dos meses trataré con el papa, no creo posible que oponga resistencia: habrá de venir á un ajuste, y aceptará por consiguiente como consumadas las variaciones introducidas en el Estado de la Iglesia.»

Napoleon proyectaba enviar á Savona algunos cardenales y algunos obispos, para persuadir al papa de que era tiempo ya de entenderse, por lo mucho que los intereses mas sagrados se resentian de tan largas disputas; haciéndole ver ademas que, despues de todo, los dogmas de la religion quedaban intactos; que solo se tocaba al estado temporal del papa; que un papa verdaderamente adicto á la fé no podia comprometer su suerte por meros intereses temporales; que Francia y Europa veian de qué se trataba muy claro; que no se podia desconocer en Napoleon al hombre providencial que, despues de restaurar la abatida Iglesia, no cesaba de protegerla cotidianamente, y de extender su accion ya á la creacion de nuevas parroquias, ya al establecimiento de la influencia religiosa en la educacion; que en sus altercados con el papa nadie descubria una disputa de religion, sino una disputa de Estado; que al querer Napoleon constituir la Italia habia encontrado, como todos los emperadores, á los papas en contra, por lo cual, obrando como político previsor, se hubo de desembarazar en la persona de Pio VII de un soberano temporal, y de ningun modo de un papa; que aparentemente no seria en Francia donde encontrara su ambicion rígidos censores, y que aun donde pudiera encontrarlos, se criticaria al sumo pontífice por sacrificar la fé á su soberania de monarca; que por consiguiente, y antes de que Napoleon se viera quizá conducido á representar el papel de un Enrique VIII, le valdria mas avenirse á ser gefe de la Iglesia en las mismas condiciones que sus predecesores lo habian sido bajo los emperadores de Occidente, á sacrificar su poder temporal ya

perdido por mantener su poder espiritual no amenazado, y á no exponerse con una obstinacion loca á ver segregadas de la comunión romana lo menos las dos terceras partes del territorio de Europa. Tales eran las razones que Napoleon queria hacer llegar al papa, y parecian tanto mas plausibles cuanto que la mayor parte del clero europeo, colocado como todos los hombres, bajo la impresion de lo presente, que opera sobre los ánimos con la misma fuerza que los efectos físicos, las consideraba sostenibles y aun concluyentes. Napoleon eligió á los cardenales Espina y Caselli, á quienes se suponía bien quistos del papa, con el fin de que fueran á visitarle, hablarle y hacerle la primera abertura, si le encontraban bien dispuestos. Si por el contrario, le hallaban inaccesible á las insinuaciones, imaginaba Napoleon apelar á otro arbitrio muy comun en el antiguo imperio de Occidente, el de convocar un concilio y reunir allí á la Iglesia cristiana, cuya casi totalidad tenia bajo su autoridad ó su influencia, y á la cual se lisonjeaba de dirigir á su antojo. Así daría la paz á la Iglesia, como se la habia dado á la Europa, trazando las condiciones de esta paz con la punta de su espada.

Todos estos esfuerzos hacia Napoleon entonces para comunicar mayor actividad á la guerra de España y al bloqueo continental, para obtener por ambos medios la paz marítima, complemento de la paz continental tan deseada, para apaciguar las disputas religiosas, para terminar bajo todos conceptos la organizacion de su vasto imperio, y sentarse por fin, con la corona de Carlo-Magno en la cabeza, sobre el trono del Occidente pacificado.

Su hermano Luis llegó á la capital de Francia cuando le ocupaban trabajos tan diversos y comenzó á agitar la gravísima cuestion de Holanda, que fué en breve para Europa la gota de agua que hace rebosar el vaso. Allí iba el rey Luis con muy malas disposiciones, que no era de esperar se disipasen con nada de cuanto hallara en aquella corte. Este príncipe singular, dotado de distinguido talento, pero mas activo que justo; amante del bien y formándose de él falsa idea; liberal por desvario y déspota por temperamento; valiente, pero no soldado; sencillo y devorado por el deseo de reinar al mismo tiempo; desconfiado de si mismo y lleno, sin embargo, del mas irascible amor propio; abrigando en su alma el ardor natural de los Bonapartes, y empleándolo en darse continuo tormento; creyéndose nacido para el infortunio; gozando en suponer que toda su familia estaba conjurada en su daño; confirmado en estas ideas desoladoras por una salud muy intercadente; llamado á reinar en un pais que, ni por su cielo ni por su prosperidad de entonces, podia contribuir á distraerle, tarde ó temprano habia de producir un estallido y de ser para el imperio ocasion de las mas fatales revoluciones. Por lo demas, el pais de donde era monarca se hallaba en situacion tan aflictiva como la suya, bien que se debe de consignar que eran anteriores á la revolucion francesa, al imperio, al bloqueo continental, las desventuras de la Holanda.

Situados los holandeses entre los confines del mar y la tierra, sobre algunas playas arenosas, de donde alejaron con arte admirable las aguas, haciéndolas producir asi ricos pastos, fueron alter-

nativamente pescadores, labradores, ganaderos y comerciantes. Salando el pescado de sus costas y los lacticinios de sus rebaños; yendo á ofrecer por todas partes estos preciados alimentos en sus bageles, pusieron en relaciones con las mas diversas comarcas, y se constituyeron muy pronto en comisionados de todas las naciones, trasmitiendo á unas las producciones de otras, navegando con rumbo al Norte para traer madera, hierro, trigo, cañamo al Mediodia, y llevarse de aquí vinos, aceites, sedas, paños, y luego que la navegacion abarcó todos los mares, llevando á las Indias las manufacturas de Europa, y trayendo á Europa la especiería de las Indias. De esta suerte figuraron como los primeros navegantes, y á la par como los mas integros y mas opulentos negociantes del globo. Valerosos y hábiles en defender su prosperidad por mar y por tierra, republicanos, libres, divididos, elocuentes, pero capaces de contener sus pasiones; amantes de las artes y cultivándolas con originalidad debida á su suelo y á sus costumbres ofrecieron todos los espectáculos, el de la guerra, el de la libertad, el de la civilizacion; y despues de sacudir el yugo de España, de estorbar que la dominacion francesa se extendiera á Europa, de luchar en ascendiente con Luis XIV que los habia humillado, y á quien humillaron á su turno, acabaron por dar como reyes á Inglaterra príncipes de los cuales no se habian dignado hacer mas que estatuderes en su patria.

Pero juventud, gloria, fortuna, poderio, todo pasa, tanto para los pueblos como para los individuos. No podian ser base duradera los pescados salados, ni los quesos, primer origen del inmenso

tráfico de los holandeses: su principal industria estribaba en llevar á los unos la de los otros, y descubriéndolo Cromwell, les descargó el golpe de muerte, al introducir con su acta de navegacion en el mundo el principio de que nadie debe trasportar á otros puntos mas que lo que por sí mismo produce. Adoptado brevemente este principio donde quiera, los holandeses, que solo se presentaban en los puertos del globo con producciones de otros países, vieron declinar su prosperidad mercantil muy pronto. Inglaterra les estaba cerrada, y el precio subido de las comisiones en sus puertos hizo pasar á las ciudades de Brema y Hamburgo, menos exigentes y muy bien situadas junto al Weser y el Elba, todo el tráfico de Alemania. Por último durante el siglo XVIII las guerras sostenidas entre Federico el Grande y sus poderosos vecinos, sin que Holanda tuviera que representar papel alguno, demostraron cuanto habia perdido esta nacion en importancia, y que tras de su poder comercial, tambien el político vino por tierra.

Pero, si todo pasa, nada pasa de pronto. Como á los antiguos acaudalados, cuya fortuna no decrece sin dejarles todavia muy ricos, aun quedaban copiosos manantiales de prosperidad á los holandeses. Conservaban numerosas colonias, un gran comercio de géneros ultramarinos, é inmensos capitales por fruto de la economia. Asi, por ejemplo, en azúcares y cafés hacian un comercio particular y de importancia: todo el que deseaba vender estas especies, y no hallaba pronto despacho, tenia seguridad completa de hallar un mercado en los vastos depósitos de Rotterdam y de Amsterdam

donde se les pagaba al contado, y donde se sabia aguardar la hora de la subida de precio para revender con ventaja; de forma que en el mundo entero no habia mayores especuladores de los géneros coloniales. A mayor abundamiento discurrieron elaborar las materias que tenian en tanta copia, y se hicieron habilísimos refinadores de azúcar y preparadores de tabacos. Y por último rebosando de capitales lentamente economizados y muy superiores á su comercio, prestaban á los gobiernos todos, y los empréstitos acabaron por ser su principal industria.

Con estos distintos recursos lograron mantenerse en grande opulencia hasta la época de la revolucion francesa, que les encontró divididos entre un alto estado llano, muy adicto al estatudero y á los ingleses, cuyos usos tenia, lleno contra Francia de preocupaciones que databan de los tiempos de Luis XIV, y un estado llano inferior que aborrecia á los estatuderes, estimaba poco á Inglaterra, y se inclinaba á los franceses, con especialidad desde que sacudieron en 1789 el doble yugo del trono y la Iglesia.

Con todo, el favor de que gozaron los franceses cerca de la democracia holandesa fué de duracion corta, y desvaneciése totalmente cuando les vieron pasar tan pronto de una libertad sanguinaria al despotismo de un soldado, y sobre todo cuando la Holanda vino á estarles sujeta. Casi á la vez se aniquilaron en el país todas las industrias; con la guerra marítima estuvo la navegacion punto menos que interceptada; no pudiendo ser abastecidos los albacenes de Amsterdam y de Rotterdam mas que por los ingleses, y no quedándoles con ellos otra

comunicacion que la del contrabando, las especulaciones sobre los géneros coloniales y el refinamiento fueron heridas al mismo golpe: daño no menor experimentó el tráfico de su tabaco, desde que el gobierno francés decretó el estanco de este producto para la fabricacion y la venta: á la pesca, ya arruinada por los ingleses faltó sal para las salazones, desde que hubo que ir á pagar por ella un derecho de navegacion á Londres. Si á pesar de tantas trabas, algunos buques neutrales ó que decian serlo, llevaban á Holanda productos de las colonias holandesas, emboscados los corsarios franceses á la entrada de los pasos del Escalda, del Mosa, del Zuyderzeo, echábanseles encima y privaban al hambriento pueblo de Amsterdam ó de Rotterdam de ganar algunos jornales con el despacho, el transporte y la elaboracion de las escasas mercancías que se podían librar del bloqueo británico. Ultimamente la industria de los empréstitos padeció tambien de resultas de los apuros universales. España habia hecho bancarota: Austria no cubria sino con mucha dificultad los intereses de su deuda: Inglaterra dedicaba á lo propio un papel desacreditado: Prusia pagaba difícilmente: Rusia con puntualidad, pero no sin daño de sus acreedores; y no habia holandés que no perdiérase el 50 por 100 de los capitales adelantados á los gobiernos de otros países.

No menos atrasada la hacienda del Estado que la de los particulares, y atrasada por servicio de Francia, presentaba 410.000.000 de ingresos con relacion á 155 de gastos, en los cuales solamente la deuda figuraba por 80. Para proporcionarse estos 410.000.000, á pesar de ser insuficientes, hu-

bo que recurrir á los impuestos mas duros y vejatorios. Asi estaban abandonados los trabajos de los arsenales, los operarios y los marineros en fuga hacia Inglaterra, los oficiales de marina en la indigencia. Harto se concibe ante semejante estado de cosas cómo se pudieron despertar de repente los antiguos odios, que desde los tiempos de Luis XIV representaban á los franceses como políticos ligeros y veleidosos, católicos intolerantes, marinos desafortunados, cuya alianza no podia exponer mas que á derrotas, vecinos molestos y tan invasores por la tierra como por el mar los ingleses, y merecedores por tanto de igual desconfianza.

No bien llegado á Holanda el rey Luis hizo lo que todos los hermanos de Napoleon recién elevados al trono, quiso reinar por sí y por sus pueblos, y no por Napoleon y la Francia; aplicóse á dar lo menos posible en tropas y naves, y sobre todo á aguantar lo menos que pudiese tantas restricciones mercantiles. Natural era esta conducta, y así es que Murat en Nápoles, Gerónimo en Casel, José en Madrid, Luis en Amsterdam, decian á Napoleon no sin fundamento: Si nos elevasteis á reyes fué sin duda para que os hagamos honor, para que labremos la ventura de nuestros pueblos, para que fundemos duraderas dinastías, pues de otra suerte os veriais empeñado para sostenernos en guerras sin término y ruinosas. Seguramente (respondia Napoleon en cartas de que reproducimos el sentido y no la amargura) os hice reyes para que reinéis en interés de vuestros pueblos, mas tambien para que comprendáis el interés de estos pueblos como debe ser comprendido; para que, pues

fuisteis elevados á tanta altura por la sangre de mis soldados, y no por vuestros servicios, seais fieles aliados de Francia y no sus contrarios. *Todo por Francia y para Francia* (les repetía de continuo). Un interés supremo teneis todos en vencer la dominacion inglesa, porque vos, Murat, perderiais la Sicilia, vos, José, la América, vos, Luis, las Indias, si Francia no triunfara de Inglaterra en esta decisiva lucha. ¡Perderiais además la libertad de navegar y el honor de vuestro pabellon! Hay, pues, que entender en el sentido de mi política el interés de vuestros pueblos haciéndoles que se penetren de lo propio: conviene que os populariceis no por vuestra condescendencia á sus debilidades, sino por vuestra economía, sobriedad, aplicacion al trabajo, valor en la guerra, finalmente por vuestras virtudes, y asimismo por vuestros miramientos respecto del partido francés, que es en todos los países el partido de la democracia, y que es menester atraerse en todas partes. Pero ansiosos de rodearos de grandes señores, que detestan á Francia, á los Bonapartes y á mí sobre todo, habeis hecho que se retraiga el único partido que puede amarnos, y gracias á vuestras torpezas, ya nos aborrece como todos los demas partidos; de donde resulta que ninguno de vosotros se podría sostener un dia, ni una hora, si yo perdiera una batalla.

Razon tuviera Napoleon sin duda, á no exigir de los pueblos aliados, confiados á sus hermanos, mas que sacrificios moderados, proporcionados á sus fuerzas, y calculados en interés evidente de la política comun; pero, cuando por su ambicion de monarquía universal los condenaba á eterna guerra, á privacion indefinida de todo comercio, á un

alistamiento de tropas de tierra y de mar de que no tenían costumbre y que difícilmente soportáran para sí propios, á gastos enormes, pedía lo imposible, y teniendo razon contra las flaquezas de sus hermanos, se la daba contra la política á que quería sujetarlos. Dificilísimo es de suyo en todas las épocas y en todos los lugares, alcanzar de los pueblos aliados los esfuerzos necesarios á la causa que les es comun; pero desfigurar esta causa por una ambicion sin freno, imponer sacrificios sin límites, encargar que los exijan reyes extrangeros, desagradables por lo menos cuando no son odiosos, era agravar fuera de toda medida la dificultad ordinaria de las alianzas; convertir las amistades nacionales mas naturales en fogosos odios; prepararse en fin desengaños crueles, de los cuales se iba á ver el triste preludio en las disputas de Napoleon y su hermano Luis á proposito de la Holanda.

De su hermano Luis contaba Napoleon haber recibido los agravios siguientes. Se quejaba de no serle Holanda de utilidad alguna para la guerra marítima ni para la represion del contrabando; de que le prestaba muchos menos servicios bajo el centro de su hermano que bajo la república y el gran pensionario Schimmelpenninck. Recordaba que en esta última época mantenía en Boloña una flotilla de cincuenta lanchas cañoneras y de ciento cincuenta bateles tambien cañoneros, una escuadra de línea en el Texel y un ejército sobre las costas, al par que ahora, no teniendo flota en el Texel, apenas juntaba en el Escalda Oriental setenta bateles cañoneros, y á lo sumo algunos miles de soldados insuficientes para guardar su pro-

pio litoral. Se quejaba de que para el comercio inglés era Holanda un ancho puerto, abierto como en plena paz; de que allí eran recibidos los americanos contra sus órdenes expresas, bajo el falso pretexto de ser neutrales; de que en todas las clases reinaba un espíritu hostil hacia Francia, no mas disimulado que en el mismo Londres; de que a este espíritu se habia dado imprudente impulso, favoreciendo al partido aristocratico, enagenándose el liberal, restableciendo la nobleza antigua y creando otra nueva, recargando el tesoro con onerosísimos gastos para la formación de una guardia real, inútil en Holanda, para la creación de mariscales, no mas provechosa, para la institución de dotaciones, nada fundadas en país donde nadie habia alcanzado triunfos.

Apoyándose Napoleon en tales agravios, disimulaba poco el designio que tenia de incorporar la Holanda al imperio, de no darle satisfacción plena. Con este fin declaraba que no podia quedar satisfecho sino á condición de que se mantuvieran, además de una considerable flotilla en los dos Escaldas, una escuadra de línea en el Texel, y sobre el litoral veinte y cinco mil hombres de tropas de tierra, de que se suprimieran la guardia real, los mariscales, las dotaciones nobiliarias, y que á estas economías se añadiera otra que consideraba indispensable, la reducción de la deuda á la tercera parte del capital existente, pues siendo esta deuda de 80.000,000 en un presupuesto de 150, imposibilitaba todo servicio público. No paraba aquí todo: exigia además que se admitiera un sistema de represión enérgica del contrabando, que para asegurar la acción de los corsarios franceses

se atribuyera á su propio tribunal el juicio sobre presas; que se le entregaran por fin en provecho suyo todos los buques de americanos surtos en los puertos de Holanda. Sin explicarse claramente, añadía Napoleon, que la reciente expedición de los ingleses á la isla de Walcheren revelaba en el trazado de las fronteras de Francia y Holanda defectos que reclamarían ciertas rectificaciones hacia los dos Escaldas y quizá hacia el Rhin mismo.

A los agravios de su hermano contestaba el rey Luis completamente en algunos puntos, incompletísimamente en otros. Sostenía que su flotilla no era menor que en el tiempo que Napoleon traía á la memoria; que la mayor parte de esta flotilla custodiaba el Escalda Oriental, de vigilancia indispensable para evitar que las tropas francesas estacionadas junto al Escalda Occidental fueran cogidas por la espalda, y que el resto ocupaba los numerosos golfos de Holanda. Relativamente al desarme de la escuadra del Texel no daba respuesta alguna satisfactoria. De ejército de línea pretendía tener mas de los veinte y cinco mil hombres exigidos, pues fuera de los tres mil enviados á España, fuera de muchos miles encerrados en las plazas fuertes, y de muchos otros atacados de las calenturas de Walcheren, le quedaban quince mil soldados, que se empleaban en guardar la inmensa línea de costas extendida desde las bocas del Escalda á las del Ems. Nada alegaba, ni aun siquiera especioso, para justificar el gasto de la guardia real, del nombramiento de mariscales y de algunas otras creaciones de igual clase. En cuanto al restablecimiento de la nobleza antigua y á la creación de la nueva, respondía que,

habiéndose adherido toda la antigua aristocracia á su gobierno, fué deber suyo galardonarla con la devolucion de sus títulos, y que imaginó la nueva para tener algunas hechuras que personalmente le fueran devotas; que las dotaciones otorgadas consumían muy débil parte del erario para que se tomaran en cuenta; que si se habia alejado del llamado partido francés y acercádose al supuesto inglés, consistió simplemente en que trató de contar á la mas considerable porcion del país por suya.

Aun hubiera podido añadir el rey Luis que no hizo mas que imitar lo practicado por sus hermanos en Cassel, Nápoles, Madrid, su tio el cardenal Fesch entre el clero, y Napoleon mismo en Francia. Pero de estas disputas desprendíase evidentemente que lo que Napoleon queria hacer por sí mismo, no pensaba dejar que lo hicieran sus hermanos, porque á la verdad lo hacia mejor, con mas grandeza, en fin, á su modo, y porque al cabo se llamaba leon y queria y podia ser el amo.

Poco importaba que las razones del uno ó el otro hermano fueran buenas ó malas: se trataba de averiguar solo si se obedecería ó no se obedecería á la voluntad formalmente expresada por el mas fuerte. Ya se resignaba el rey Luis á otorgar ó por lo menos á prometer, ademas del mantenimiento de la flotilla, el equipo de una escuadra de linea en el Texel, la represion rigorosa del contrabando, la exclusion de los americanos de los puertos holandeses, y volver á mirar á los demócratas bátavos de mejor ojo, salvo siempre el cumplir lo que prometia como pudiera. Mas reducir la deuda á la tercera parte, retirar los decretos ya ejecutados relativamen-

te á la nobleza, recoger los títulos conferidos, revocar los nombramientos de mariscales, abandonar los derechos de la soberania holandesa hasta el punto de trasladar á Paris el juicio sobre presas, secuestrar, en fin, á los americanos surtos en sus puertos bajo la fé de su autoridad, parecia-le con razon una série de humillaciones peores que la muerte. Sin embargo, Napoleon insistia con amenazas terribles, y el infortunado rey de Holanda, propenso á ideas sombrías de suyo, exaltabase poco á poco hasta el extremo de no ver en su hermano mas que á un tirano, en sus deudos á parientes egoistas y postrados de hinojos ante el gefe de su familia, y en su muger á una esposa infiel cómplice de todos los males que tenia encima. Aun le excitaban mas los elogios de los holandeses, que conocian su resistencia, y forjaba en su cabeza acalorada los proyectos mas extremados. A veces pensaba no menos que en levantar el estandarte de la rebelion contra su propio hermano (1), en sumergir á Holanda bajo las aguas rompiendo los diques, y aun en echarse en brazos de los ingleses, sin cuya ayuda toda resistencia á Napoleon hubiera sido evidentemente imposible. Hasta habia convenido secretamente, al salir de su reino, con Mr. de Krayenhoff, ministro de la Guerra, en preparar los medios de resistir á Francia, si en Paris le querian apretar mucho, y habia expedido órdenes á los gobernadores de las plazas fronterizas del Brabante, como Bois-le-Duc, Breda, Berg-op-Zoom,

(1) Lo cuenta él mismo en el tomo III, pág. 156 y 157 de sus *Documentos históricos sobre el gobierno de Holanda*.

para que negaran la entrada á las tropas francesas, si pretendian ocuparlas.

Al llegar á París el rey Luis, no quiso morar ni en casa de la reina su esposa, ni en las Tullerías, ni con ninguno de los miembros de su familia, y manifestó intencion de apearse sencillamente en la casa de la legacion holandesa. No obstante, habiéndosele demostrado que irritaria mas á Napoleon con esta conducta, consintió en que le hospedara su madre, que ocupaba en el arrabal de San German un vasto edificio. Su primer acto no bien llegó fué pedir la separacion de su esposa y reclamar un consejo de familia para resolverla; mas se le trajo á la razon en este punto, y se convino en que vivieran separados los dos consortes, sin el importuno estrépito de un divorcio. Orilladas estas cuestiones de familia, tratóse de los graves asuntos de Holanda.

Toda la familia del rey Luis, su madre, sus hermanas especialmente, ocupadas en aplacar su sombría desconfianza, y en avenirle con Napoleon, cuidaban solícitamente de que estas difíciles cuestiones, que le llamaban á París, no se trataran en derechura entre los dos hermanos. Luis adolecía de tristeza, de agitacion y tenacidad; Napoleon era vivo, imperioso por carácter, y ya tan absoluto por la costumbre de mandar, que no había atrevimiento capaz de resistirle; y así era de temer un escándalo violento en poniéndolos frente á frente. Por tanto se habian dispuesto las cosas de modo que Napoleon viera á su hermano en familia y le hablase poco de negocios, y que todo se tratara entre Mr. Roell, ministro de Estado de Holanda, hombre de luces, excelente patriota aun-

que orangista, y el duque de Cadore (Mr. de Champagny), ministro de Estado de Francia, varon tan afable como prudente.

Un personage de mucha nota, cuya carrera iban á interrumpir estos sucesos, y cuya habilidad, segun lo llevamos ya consignado, se hallaba comprometida de continuo por el prurito de meterse en todo, Mr. de Fouché, ministro de Policia, hallando á la sazón coyuntura de ingerirse en las desavenencias interiores de la familia imperial y en los mas graves asuntos de Estado, frecuentó mucho la mansion de la emperatriz madre para visitar al rey Luis y ser cerca de Napoleon mediador suyo. Pero no tenía grandes probabilidades de ser como tal aceptado, porque desconfiando el rey Luis hasta de los hombres mas dignos de su confianza, no se inclinaba á franquearse con Mr. Fouché; y Napoleon, aunque muy superior á la desconfianza, alentaba poco la actividad oficiosa de un ministro á quien se veía intervenir siempre en cosas para que no se le llamaba.

Sin embargo, el rey Luis por necesidad de un apoyo, y Napoleon por una especie de andar que á menudo produce el desden como el aprecio, acabaron por aceptar este negociador tan obstinado en ofrecerse. Así Mr. Fouché vino á ser juntamente con Mr. de Champagny el mediador cotidiano en esta negociacion prolija y tratada, ya verbalmente, ya por cartas, aun cuando estaban en París todos los interesados en ella (1).

(1) Estas cartas y especialmente las de Luis y Napoleon son numerosas: se conservan completas, y trazo esta relacion á tenor de su infalible testimonio.

Napoleon fué muy explícito en la expresion de su voluntad como de costumbre, y de seguida manifestó la resolucion de exigir especialmente tres cosas de Holanda; la represion enérgica del contrabando, la cooperacion formal á la guerra marítima y la reduccion de la deuda. Añadió, y esto era alarmante, que abrigaba el convencimiento de que nunca alcanzaria de su hermano estas tres cosas, ni otras de suma importancia; que el rey Luis jamas se atreveria á indisponerse con el comercio holandés, único medio de atajar el contrabando; ni con los capitalistas, único medio de reducir la deuda y de hacer frente á los gastos de la escuadra; que no se mostraria parco en promesas y que, una vez restituido á su reino, volveria á las andadas; que entonces habria que tornar á estas penosas explicaciones para venir á parar á lo mismo tarde ó temprano; que valdria mas echar desde luego por el atajo é incorporar la Holanda á la Francia; que puesto que á su hermano jamas se le caia de la boca lo del aburrimiento del trono y las delicias del retiro, mejor haria en ceder á sus inclinaciones escogiéndolo sin tardanza, ya que el emperador de los franceses era bastante poderoso y rico para proporcionárselo magnífico, opulento y deleitable; que no debia sentir zozobra acerca de la suerte de Holanda, pues administrándola Napoleon, se encargaba de hacer que reviviera, de sacarla totalmente armada y empavesada de sus aguas languidas ahora, de darla una existencia totalmente nueva afiliándola á Francia, y de asegurarla asi un papel glorioso durante la guerra, inmensamente próspero durante la paz; que por todas estas razones era preferible tratar, sin levantar mano, de la

incorporacion misma, única solucion sencilla, grave y no expuesta á penosos rodeos.

Trasmitida al rey Luis la expresion firme y serena de esta voluntad, abismóle en consternacion verdadera. Aun cuando repitiera sin cesar que estaba cansado de trono y que solo queria bajar sus gradas honrosamente, es la verdad que deseaba con ardor conservarlo, no solo por la ambicion naturalísima de reinar, sino tambien por un sentimiento de amor propio muy natural asimismo, el no dejarlo á semejanza de un prefecto destituido, despues de calificada su insuficiencia y su deslealtad á Francia. Teniéndose siempre por un ser sacrificado, él único infeliz en el seno de la familia mas dichosa del universo, veia en este proyecto de destronarle el horroroso complemento de su destino, veia sobre todo una condenacion ignominiosa pronunciada por su propio hermano, juez á quien el mundo creeria tan recto como bien informado. Esta humillacion le parecia insoportable, y no habia extremidad que no se hallara dispuesto á arrostrar antes que sufrirla.

Asi, deplorando desde el primer momento su venida á Paris para caer en una especie de lazo, queria volver á partir súbito para Holanda, y declarar alli la guerra á su hermano, llamando á los ingleses en su ayuda. Pero creíase muy vigilado, mucho mas que lo estaba realmente, y desesperaba de poder llegar á las fronteras del imperio sin dar en manos de su hermano irritado, á quien su fuga daria luz sobre sus proyectos de resistencia. De resultas variaron sus ideas de rumbo, y echándose á los pies de Napoleon en cierto modo, declaróse dispuesto á hacer cuanto le exigiera, á ceder

sobre todos los puntos cuestionados, á tal de que le dejara su trono, prometiendo, si su hermano consentia en ponerle otra vez á prueba, darle toda clase de satisfacciones.

Napoleon contestaba que Luis no cumpliria su palabra; que, tras de empeñar las mas galanas y aun sinceras promesas, volveria á caer tan luego como retornara á Amsterdam en manos de los defraudadores y de los capitalistas holandeses, y caeria de fuerza para corresponder á ninguno de sus compromisos. No obstante, conmovido al ver á su hermano tan sin ventura, ablandado por los ruegos de su madre y de sus hermanas, todas las cuales pedian por Luis, haciendo justicia á la honradez de éste, á pesar de no ocultársele algunos de sus pensamientos culpables, Napoleon aljó de sus designios absolutos y manifestóse pronto á enviarle á Amsterdam de nuevo, para que allí reinara algun tiempo mas todavía, mediante condiciones que reconcentraran en sus manos el poder todo é hicieran la autoridad régia de Luis casi nominal al menos durante la guerra.

Habiendo producido cierta reconciliacion estas últimas explicaciones, se continuaron las relaciones de una manera algo mas directa, y se vieron los dos hermanos. Napoleon recibió á Luis en las Tullerías, le explicó sus designios, repitióle que su mayor deseo, como que era su necesidad mas perentoria, consistia en arrancar la paz á Inglaterra; que sin esta paz no habia hecho nada, pues su establecimiento y el de su familia quedaban en el aire, y en cuestion la grandeza de Francia; que para arrancar la paz á Inglaterra no habia alianza mas provechosa é indispensable que la de Holan-

da, que de continuo se arrepentia de haber tenido á su disposicion esta comarca, sin hacer de ella el mejor uso; que, para enmendar su falta habia resuelto sacar de allí cuantos recursos contenia, por las manos de su hermano, ó por las suyas propias; y que solo este motivo le inducia á pensar á veces en la incorporacion de aquel Estado, sin que entrara por nada la ambicion de ensanchar un imperio, vasto ya en demasia. Desenvolviendo tal tema con su vigor mental de costumbre, y hasta con buena fé, porque á la sazón le ocupaba mas la idea de vencer á los ingleses que la de ensanchar su territorio, dijo á Luis en una de aquellas entrevistas. Para que veais cuanta importancia doy á la paz marítima y cuán poca á Holanda, os afirmo que si los ingleses quisieran abrir una negociacion y tratar formalmente conmigo, no me ocurriria incorporar vuestro territorio, ni imponeros trabas, cuya dureza no se me oculta, y dejaria á Holanda quieta, independiente é intacta. Luego, como arrastrado por su asunto, siguió Napoleon de este modo. Los ingleses son los que me han obligado á ensanchar de continuo mi imperio; á no ser por ellos no hubiera tratado de la reunion de Nápoles, Portugal y España, pero he querido luchar y extender mis costas para acrecentar mis recursos. Si continúan como hasta ahora, me obligarán á que una la Holanda á mis costas, y luego las ciudades anseáticas mismas y por último la Pomerania y Danzich acaso. Esto es menester que tengan muy bien entendido, y vos deberíais dedicaros á hacer que lo supieran á las claras, ya que tenéis posibilidad de ello por conducto de los negociantes de Amsterdam, socios de casas inglesas: aprovechadla

para que sepan los ingleses lo que les amenaza; informadles que se trata no menos que de la incorporacion de Holanda, que será de inmenso perjuicio para Inglaterra; y añadid que, si quieren abrir una negociacion y hacer la paz, salvarán vuestra independencia y se ahorrarán de un grave peligro. De aquí y acto continuo vino Napoleon á imaginar el abrir una negociacion con Inglaterra, fundada en la misma inminencia de la incorporacion de Holanda. Sus naturales debían explicarse en esta forma. El continente se halla pacificado: Napoleon acaba definitivamente de tomar puesto entre los príncipes legítimos, casándose con una archiduquesa de Austria; ha cubierto con sus tropas todas las playas del Norte; va á reformar el campo de Boloña, á lanzar sobre España una masa enorme de fuerzas, probablemente á repeler hácia el mar á los ingleses, á estrechar el bloqueo continental hasta hacerlo impenetrable, quizá á conquistar la Sicilia, y por consecuencia natural de su plan á ocupar la Holanda y á incorporarla al imperio francés para apoderarse mas por completo de los recursos que contiene. Se podía suponer á los holandeses enterados de tales peligros por declaracion ingénuas que se les habia hecho otorgándoles algunos dias de plazo para ir á Londres á franquearse con aquel gabinete, y suplicarle que pusiera fin á una lucha que desolaba al mundo, y sobre todo que limitara un poder que crecia en proporcion de los esfuerzos que se dedicaba á restringirlo. Despues de concebir Napoleon la idea de este discurso, formó el proyecto de enviar á Mr. Roell á Amsterdam sin demora para convocar allí á los ministros; agregarles algunos miembros del

Cuerpo legislativo holandés; hacerles deliberar juntos sobre la situacion, y despachar despues en su nombre una persona segura á Londres que enterara al gabinete británico de lo que acontecia, y le suplicara que evitara á Europa la desventura de la incorporacion de Holanda á Francia.

Deslumbrado Luis por el proyecto de su hermano, quiso ponerlo en ejecucion sin la menor pérdida de tiempo. No era posible ocultar estos pormenores al duque de Otranto, confidente en toda la cuestion holandesa por la obstinacion que puso en serlo, y fué menester no callarle nada. Inflamándose el espíritu de este ministro como el de Napoleon al punto, discurrió contribuir á la paz y trabajar á fin de conseguirla por su propia cuenta y hasta forzar algun tanto á Napoleon con el mismo objeto, si la necesidad lo reclamase. Ufano de la reciente iniciativa que habia tomado con el armamento de los guardias nacionales al tiempo de la expedicion de Walcheren, halagado por los susurros que sonaron entonces, representándole como un genio osado, cuyo poder personal se habia mantenido hasta al lado de Napoleon, juzgaba que su importancia subiria de punto si, al sobrevenir la paz general, se le podia atribuir alguna parte de este gran beneficio, objeto de los votos del mundo entero.

Algo de tiempo hacia que Mr. Fouché figuraba como protector de Mr. Ouvrard; habíale permitido salir de Vincennes para arreglar sus asuntos rentísticos, y tenia la debilidad de escucharle en toda clase de negocios. Y no solo prestaba oídos á Mr. Ouvrard, sino á ciertos escritores realistas, que forjaban á la sazón planes, ofreciendo adherirse al

grande hombre llamado por la Providencia á cambiar la faz del mundo (1). A su decir convenia aprovechar la ocasion del matrimonio con Maria Luisa para celebrar una paz que abrazara el mar y la tierra, el nuevo mundo y el antiguo, que, dejando á la dinastia napoleónica sobre los tronos que ocupaba, atendiera á la casa de Borbon misma, á la rama que habia reinado en España como á la que habia reinado en Francia; pacificara asi las naciones, las dinastias, los partidos; y permitiera á los hábiles inventores de esta combinacion unirse mas y mas al poder reparador que satisficiera asi todos los intereses, sin excluir los de los Borbones.

Para lograr tales maravillas se necesitaba dividir la Península, dejar la mayor parte á José, y restituir lo demás á Fernando VII, procurando que se casara con una princesa Bonaparte: se necesitaba ademas consentir en la separacion de las colonias españolas ya operada, concederles definitivamente la independencia que por si mismas conquistarían á la postre, si no se adelantaba este paso; pero concedérsela bajo la forma monárquica y darles por rey (¡quién lo creeria!) á Luis XVIII, entonces heredero legítimo de la corona de Francia á los ojos de los realistas, y de quien no se dudaba que se daría por feliz de salir ya de su retiro para ascender al trono del Nuevo Mundo.

Tales eran las invenciones de los rentistas y de los escritores ociosos á quienes Mr. Fouché daba oídos. No citariamos estas puerilidades á no haber tenido gravísimas consecuencias.

(1) Estos planes existen y los he visto manuscritos en los archivos secretos de la secretaría de Estado.

Bajo el pleno influjo de estas inspiraciones é impaciente por contribuir á la paz, Mr. Fouché habia enviado un agente secreto á Londres para tentar al gabinete británico, y le habia enviado sin decir á Napoleon nada. Tan luego como oyó hablar del nuevo proyecto, apresuróse á poner allí tambien la mano, y aun buscó el mediador de la negociacion secreta que debia ser entablada. A la sazón se hallaba en París con motivo de asuntos rentísticos Mr. de Labouchere, gefe respetable de la primera casa de banca de Holanda, socio y yerno de Mr. Baring, que era por su parte gefe de la primera casa de banca de Inglaterra. Mr. Ouvrard, que le habia vendido fondos al tiempo de sus grandes especulaciones con España y hasta se habia servido de su mediacion para realizar en América algunos millones, le puso en relaciones con el duque de Otranto, y éste le trató con los miramientos debidos á un banquero opulento, entendido y probo. Apenas se habló de entablar una negociacion con Inglaterra, Mr. Fouché pensó en Mr. de Labouchere y le propuso; aceptado fué como perfectamente elegido y muy idóneo para una comunicacion de aquella clase, necesitándose un agente no oficial que ni la atencion llamara siquiera, y que sin embargo tuviera bastante peso para que se le recibiera y escuchara formalmente.

Hizose pues que Mr. Roell y Mr. de Labouchere partieran para Amsterdam, y entretanto se suspendieron todas las resoluciones de que podia ser objeto la Holanda. Luis hubiera deseado aprovechar la coyuntura para regresar á su reino; pero, no queriendo Napoleon dejarle marchar mientras sobre los asuntos de Holanda no hubiera nada con-

venido, le retuvo en Paris y obligóle á aguardar las primeras comunicaciones que Mr. de Labouchere trasmitiese.

Algunas dificultades hubo que zanjar sobre la forma en que esta negociacion seria seguida, sobre la autoridad en cuyo nombre habria que presentarse en Lóndres, y sobre la extension que se daria á las aberturas pacificas de que se iba á hacer ensayo. Despues de maduras reflexiones pareció difícil convocar á los ministros holandeses y á los miembros del Cuerpo legislativo sin cacarear todo el asunto, y no conveniente presentarse así á los principales miembros del gobierno holandés hablando de la supresion de su patria, como de una providencia inevitable y casi natural, si Inglaterra no se apresuraba á precaverla con sacrificios. De resultas creyóse mas obvio enviar á Mr. de Labouchere, no en nombre del rey Luis, que no podia entrar en relaciones secretas con los ingleses, sino en nombre de dos ó tres de los principales ministros, como Mr. Roell, Vander Heij y Mollerus, suponiéndose iniciados por su rey en todos los secretos del gabinete de Francia. Por imposible se tenia que á un hombre como Mr. de Labouchere no se diera oídos, cuando llegara de su parte á declarar que, habiendo cambiado la posicion de Napoleón con su matrimonio, se podia obtener la paz si se deseaba sinceramente, y estorbar así nuevas invasiones, desgraciadas para la Europa, y sensibilsimas para Inglaterra. Sin formular condicion alguna, estaba autorizado Mr. de Labouchere para declarar que, si Inglaterra se manifestaba dispuesta á algunos sacrificios, Francia por su parte se apresuraria á concederlos tales que fueran propios

á satisfacer la dignidad y el interés de los dos paises.

Convenido todo de una manera definitiva, Mr. de Labouchere se embarcó en Brielle clandestinamente, valiéndose de los artificios usados por ingleses y holandeses para comunicarse unos con otros, arribó á Yarmouth muy en breve, y al punto salió para Lóndres. Acabamos de decir que monsieur de Labouchere era yerno y socio de Mr. Baring al mismo tiempo; hay que añadir que Mr. Baring, miembro el mas influyente de la Compañía de las Indias, habia estrechado amistad con el marqués de Wellesley, antiguo gobernador de aquellas regiones, y hermano de sir Arturo Wellesley, que mandaba el ejército inglés en España. No necesitaba, pues, Mr. de Labouchere mas que presentarse para ser muy bien recibido, escuchado y creído: por lo que hace al éxito de lo sustancial de su mision, dependia tanto de las ofertas á que su autorizacion se extendia como de la situacion en que el gabinete británico se hallaba entonces, la cual era difícil por extremo.

Despues de la retirada de los lores Grenville y Grey, continuadores de la alianza efectuada entre Mr. Fox y Mr. Pitt, retirada que tuvo la cuestion de los católicos por origen, les sucedieron los exageradores de la politica de Mr. Pitt bajo la presidencia del anciano duque de Portland, y continuaban en el mando á pesar de haber sufrido no escasos reveses. Ante todo, lord Castlereagh y Mr. Canning, el primero firme, laborioso, hábil, mas no elocuente, y el segundo por el contrario poseyendo en talento oratorio toda la superioridad que aquel tenia en el manejo de los negocios, se ha-

bian enclavado, malquistado y ofendido hasta el punto de retirarse del gabinete para batirse en desafío, sin que volvieran á sus puestos. Despues habia sucumbido lord Chatham por consecuencia de la expedicion de Walcheren, y el duque de Portland habia muerto. Su influencia heredaron en el gabinete dos personajes, Mr. de Perceval y el marqués de Wellesley: aquel era un abogado inteligente, dotado de cierta elocuencia, de carácter inflexible é imbuido en las mas ciegas preocupaciones de los torys: éste, por el contrario, llamado á reemplazar á Mr. Canning en el ministerio de Estado, juntaba al talento de mas luces y mas exento de preocupaciones, el raro don de expresarse sencilla y elegantemente. Menos ascendiente que Mr. de Perceval ejercia sobre el partido tory por ser menos apasionado, pero gozaba de consideracion inmensa, que la gloria de su hermano aumentaba de día en día.

No era por tanto grandemente solida la posicion de los ministros ingleses, aun cuando contaran mayoria en el parlamento, y mas alternando sus triunfos con sus desastres. Bien que la victoria de Talavera fuera dudosa y obligara á los ingleses á retirarse á Extremadura, para ellos tuvo dos ventajas, la de mantener al ejército francés lejos de Portugal, y la de conseguir hacer pie en la Península y cara á todo el poder de Napoleon. En desquite era para ellos un descalabro haber salido mal delante de Amberes con cuarenta mil hombres, sacrificando quince mil, unos muertos y atacados otros de calenturas casi incurables. Asi, tanto respecto de la situacion de los ministros como de la opinion del país sobre su política, habia

grande incertidumbre. Teniendo al frente dos insignes varones, lord Grenville y lord Grey, la oposicion en el parlamento, y contando ademas con el favor muy pronunciado del príncipe de Gales, á quien la vacilante salud del rey podia elevar de un momento á otro al trono ó á la regencia, sostenia que la guerra se continuaba mas allá de lo razonable; que por efecto de prolongarla, habia crecido de año en año el coloso, cuya destruccion se pretendia; que si Portugal se conservaba, España y Nápoles se habian perdido, y siguiendo asi, todas las playas del Norte hasta las bocas del Oder se perderian de igual modo; que particularmente la guerra de la Península era muy peligrosa, porque si Napoleon se arrojaba sobre el ejército inglés con cien mil hombres, no quedaria ni un soldado, siendo asi destruida la única fuerza capaz de defender el territorio; que cada día se quedaba Inglaterra sin algun aliado, habiendo perdido ya á Suecia, y estando amenazada de perder á América en breve; que la hacienda se recargaba con un peso enorme; que el papel moneda se envilecia á todas horas y seguia su suerte el cambio; que se acercaba el momento de que las relaciones exteriores fueran ruinosas, y que persistir en política semejante, solo para no darse por vencidos, no era discreto, ni prudente. Tal era la sustancia de los discursos cotidianos de los lores Grenville y Grey, y fuerza es reconocer que alegaban sobrados fundamentos para propender á la paz en dictámen de cuantos no preveian entonces los extravíos á que Napoleon iba á ser arrastrado muy pronto. No obstante, fuera de los millones que anualmente costaba tan prolija lucha, fuera del corto número

de hombres que perecían en el ejército del lord Wellington, no muy considerable y el cual se reclutaba con voluntarios, resentíase poco la población británica del estado de la guerra, á que se puede decir que se había ya acostumbrado. Tampoco padecía aun gran cosa en su comercio, pues si había perdido las salidas en el continente, hallábalas muy importantes en las colonias españolas, recién abiertas á sus productos. No estaba amenazada de graves daños sino en el caso de que Napoleón consiguiera cerrar del todo las avenidas del continente á los géneros coloniales. Hasta entonces mantenía inmensas relaciones fuera, á pesar de la desventaja del cambio: sus manufacturas habían recibido prodigioso impulso: se había captado el afecto de los españoles: comenzaba á no experimentar inquietud por sus tropas, viendo que en la Península se mantenían perfectamente: y por último, salvo algunas quejas lanzadas de vez en cuando contra el *income tax* (contribucion directa) y mas bien por sus vejámenes que por su subida, Inglaterra con su silencio aprobaba la política del gabinete, sin entender que errara la oposición clamando por la paz. De esta suerte el menor acontecimiento podía inclinar á uno ú otro lado la balanza.

Muy de otro modo pensaban los ministros y Mr. de Perceval especialmente, obstinado con el ciego furor de un tory en llevar adelante la guerra. Al revés el marqués de Wellesley, notable por su circunspeccion y por sus luces, no persistía con teson en la política del gabinete, y aun cuando la continuacion de la guerra proporcionaba á su familia mucha gloria, tantos riesgos corría y hacia

correr á Inglaterra, que estaba en continua zozobra. A la paz hubiera propendido por tanto, si se hallara con ofertas de entablar negociaciones formales, y sobre todo un ajuste aceptable relativamente á la España; pero le parecía grave imprudencia, en que no estaba dispuesto á incurrir de modo alguno, agitar la opinion pública por efecto de conferencias insignificantes; desviar los espíritus de la corriente que seguían con mansedumbre, para lanzarlos en la corriente opuesta sin seguridad de buen fruto; desaficionarlos á la guerra é impelerlos hácia la paz sin manera de asegurársela á la postre. Ya había obrado consuecion á ideas tan sanas respecto del agente secreto, enviado por Mr. Fouché recientemente, dándole una respuesta evasiva á tenor de la mision que tenía á cargo. Antiguo oficial en el ejército de Condé e. agente del duque de Otranto, y con algunas relaciones en Inglaterra, hizose presentar por lord Yarmouth, á quien conocía particularmente. Con urbanidad suma le recibió el marqués de Wellesley, y respondióle que, no habiendo abrazado Inglaterra el partido de sostener una eterna lucha, oiría palabras de paz siempre que se las trasmitiesen agentes públicos, suficientemente acreditados y encargados de proponer arbitrios conciliables con el honor de ambas naciones.

Habiendo anunciado Mr. Baring la llegada de Mr. de Labouchere como portador de comunicaciones importantes, lord Wellesley se apresuró á recibirle, tratándole con muchos miramientos y prestándole atencion sama; pero, despues de oírle, manifestó extremada reserva y se redujo á dar seguridades de disposiciones pacíficas en forma ge-

neral y vaga, repitiendo que si Francia se inclinaba á la paz sinceramente, Inglaterra se prestaría á ella de buen grado. Acerca de los verdaderos sentimientos del gobierno francés enuncio las mayores dudas, fundándolas en la misma oscuridad de la mision aquella, enteramente secreta en su forma, vaga por extremo en sus proposiciones, é impropia á zanjar ningun punto. No disimuló que ya se le habia hecho una abertura de igual clase, no ciertamente por varon del respeto que Mr. de Labouchere, pero idéntica en la forma y en la sustancia, por insinuar simplemente disposiciones pacíficas sin ofrecer de ellas el menor significativo testimonio. Con este motivo repitió que toda mision clandestina, toda proposicion incierta, que no diera esperanzas fundadas de un ajuste honroso para Inglaterra, seria completamente infructuosa. Poco afectado se mostro por Holanda y por el peligro de su incorporacion á Francia. Al paso que Napoleón hallaba á Holanda sobrado inglesa, el ministerio británico la hallaba sobrado francesa, llevaba á mal que durante la expedicion de Valcheren hubiera auxiliado tan poco á los ingleses, y daba á entender que entre el estado actual de aquel pais y su incorporacion á la Francia, la diferencia no era grande. No se formaba una idea clara ni preveia la extension de las trabas comerciales con que se amenazaba á Inglaterra, y de todos modos repitió que de mucho tiempo atrás se contaba allí con todos los actos imaginables de tiranía á lo largo del continente de Europa, y que los ingleses se habian resignado á ellos de antemano.

Estas esplicaciones, inciertas como las aberturas

de que Mr. de Labouchere estaba encargado, iban acompañadas de testimonios afectuosos hacia su persona y de la reiterada seguridad respecto del gobierno francés de que si un personage cualquiera portador de poderes ostensibles, se presentara en Londres, podía contar con que seria recibido y admitido á entrar en tratos.

El marques de Wellesley, tan discreto como Mr. de Labouchere, se franqueó mas con Mr. Baring, y le dijo la verdad casi por completo. Afirmaba que ni él ni sus colegas habian formado de la guerra un eterno sistema: se cuidaban poco de restablecer á los Borbones de Francia en el trono de Luis XIV, y estaban prontos á tratar con Napoleón, aunque desconfiaban de la sinceridad de sus intenciones: creian que les tendia un lazo á impulsos del deseo de agitar la opinion pública en Inglaterra con una negociacion simulada, y estaban resueltos á no contribuir á la realizacion de cálculo semejante. Por estas causas no querian admitir mas que una negociacion oficial y solemne. Determinados á no dejar á José la España, á Murat la Sicilia, y á no desprenderse jamás de Malta, querian previamente que todo negociador fuera provisto de poderes tales que sobre estos puntos capitales se pudiera venir á un ajuste.

Adivinando lo que no se le declaraba, Mr. Baring, que era sagaz por extremo, reveló á Mr. Labouchere sus observaciones personales y le dijo que Inglaterra estaba resignada á la lucha, haciéndola ya como por costumbre, y no sufriendo aun lo bastante para ceder un punto: que, zozobrosa acerca de la suerte de su ejército, habia acabado por tranquilizarse, viéndole como en el centro de

la Península se hacia firme, por lo cual, para determinarla á la paz, se necesitaria un descabro á la sazón poco probable; que por entonces, no consentiria en ceder la España á un príncipe de la familia de Bonaparte; que era forzoso tenerlo así muy presente y no forjarse ilusion alguna sobre este punto. Hablando con toda libertad y buscando todas las combinaciones imaginables, Mr. Baring presentó como haecdero, no como seguro, y como emanado de el solamente, un acomodo que, dejando Malta á Inglaterra, adjudicara el reino de Nápoles á Murat, Sicilia á los Borbones de Napoles, y á Fernando VII la España, menos sus provincias hasta el Ebro, que podrian ser incorporadas á Francia por gastos de guerra.

Bien convencido Mr. de Labouchere de que mas larga permanencia en Londres no le suministraría luz nueva, tornó á partir para Holanda á donde arribó por las vias seguidas antes, é hizo llegar á Paris, á fin de que el rey Luis lo supiera, el efecto de la comision que habia llevado y era absolutamente secreta para todo el mundo. Tras estas comunicaciones aparecia evidente que España figuraba como el verdadero obstáculo que se oponia á un acomodo, y que habiendo ya oscurecido la gloria de Napoleon y mermado mucho sus ejércitos y su hacienda, seria en toda negociacion ulterior un estorbo insuperable para la paz; á no ser que en la Península se alcanzara sobre los ingleses un decisivo triunfo.

Por desdicha Napoleon se habia acostumbrado á la guerra de España como Inglaterra á la marítima, que sostenia contra el universo todo. Se resignaba á ella como á una de aquellas dolencias

graves que se aguantan por virtud de una constitucion fuerte, de las cuales se padece en ciertas ocasiones, se experimenta alivio en otras, y con que se vive, haciéndose ilusiones sobre no ser su gravedad tanta. Luego que supo la respuesta de Mr. de Labouchere, cesó de creer que pudiera alterar las resoluciones de Inglaterra, amenazándola con unir la Holanda á la Francia, y abrazó el partido de tratar separadamente y terminar acto continuo lo de las disputas con su hermano. Sin embargo, no queriendo que se disiparan totalmente las relaciones iniciadas por Mr. de Labouchere, dictó una nota de que se pudiera hacer uso, y cuyo sentido conviene conocer en sustancia. Si Inglaterra estaba acostumbrada á la guerra y sufría poco de resultas, estábalo por igual Francia y aun sufría menos. Francia se hallaba triunfante, rica, próspera, y aunque realmente condenada á pagar el azúcar y el café á precio muy subido, no así á carecer de ninguna de las dos cosas; y con efecto, la resarcian en sumo grado los nuevos azúcares inventados por la química moderna. El encarecimiento de las manufacturas habia dado á sus fábricas prodigioso impulso, y de esta suerte un mal transitorio venia á ser prenda de un progreso inaudito. Nápoles, España, el Levante, la facilitaban algodones bastantes en trueque de sus manufacturas, y si el mar estaba cerrado á sus naves, todo el continente proporcionaba ancha salida á sus telas, paños, muselinas y telas estampadas. Por consiguiente, podia sobrellevar tal situacion mucho tiempo. Dos años y medio contaba de duracion la guerra de España por que, obligado á marchar una vez mas contra Viena, no habia podido fijar allí su atencion

de plano; pero, ya en armonia con Austria, preparaba á españoles, portugueses, é ingleses, muy crueles sorpresas. Considerando en conjunto las cosas, no le venia mal una interrupcion de relaciones marítimas que fomentaban las manufacturas francesas, ni la continuacion de una guerra que, reconcentrando las fuerzas inglesas en el continente le iba á proporcionar la ansiada coyuntura de medirse cuerpo á cuerpo con ellas. Si á vueltas de tales circunstancias pensaba en la paz, era por que, unido á una archiduquesa en matrimonio propendiendo á acercarse á la vieja Europa, se inclinaba á terminar la lucha entre el antiguo y el nuevo orden de cosas. No habia que esperar que sacrificase ninguno de los reinos que habia creado; nunca destronaria á sus hermanos José, Murat, Luis y Gerónimo; pero estaba pendiente la suerte de Portugal y de Sicilia; y estos dos paises, Hannover, las ciudades anseáticas y las colonias españolas, podian ser asunto de muy pingües compensaciones. Por otra parte, si era difícil entenderse acerca de estos distintos puntos, cabia en lo posible dar un carácter mas humano á la guerra. Promulgado habia Inglaterra las órdenes del consejo, á las cuales Napoleon respondió con los decretos de Berlin y de Milan, convirtiéndose de esta suerte el mar en un teatro de violencias. Inglaterra estaba mas interesada que Francia en poner término á semejante estado de cosas, como que la podía arrastrar á la guerra con los americanos. Si pensaba de tal modo, no habia mas que desistir de sus leyes de bloqueo; Francia por su parte desistiria de las suyas; entonces Holanda y las ciudades anseáticas quedarian libres é independientes; se vol-

veria á abrir el mar para los neutrales; tomaria la guerra un caracter menos acerbo; y seria posible que este primer sesgo hácia proceder mas moderados, trajera en pos una cabal avenencia entre las dos naciones, cuya lucha dividia, agitaba y atormentaba al mundo.

Tales eran las consideraciones que Mr. de Labouchere debia presentar á Mr. Baring, y este al marqués de Wellesley, siguiendo las vias que uno y otro estimaran mas convenientes para que llegasen á su noticia. Mr. de Labouchere estaba autorizado para entablar correspondencia escrita ó emprender nuevo viage á Londres, si lo creia necesario.

No habia mas remedio que volver á tratar de Holanda y abrazar un partido sobre ella, pues, aplazada indefinidamente la negociacion de que habia sugerido la idea, no podia arbitrar recursos para dirimir en beneficio de la paz las diferencias sobrevenidas. Napoleon queria una resolucion inmediata para llevar sin demora á cabo la clausura completa de las riberas del mar del Norte, y aunque persistiera en considerar la incorporacion de Holanda á Francia como el arbitrio mas seguro de conseguirla, viendo el sentimiento de su hermano, dando oídos á las súplicas de su madre y de sus hermanas, hallabase pronto á desistir de parte de sus exigencias. Ya, por afecto á la reina Hortensia y á la emperatriz Josefina, habia asegurado la suerte del primogénito de Luis, adjudicándole el magnifico ducado de Berg, vacante por el advenimiento de Murat al trono de Nápoles. Lejos de ver Luis en tal paso una muestra de afecto, estaba por el contrario en la persuasion de que se le habia querido ofender qui-

tándole la educación de su hijo que, siendo soberano menor de un principado dependiente del Imperio, iba á pasar bajo la tutela del gefe comun de la familia imperial, de Napoleon mismo. Este conmovido, á pesar de tan locas interpretaciones, por el estado de su hermano, consintió en oír hablar de otro ajuste que el de la incorporacion de su reino á Francia; ajuste que, cambiando la frontera, confirmando á la autoridad francesa la custodia de las costas de Holanda, obligando á ciertos armamentos, pudiera producir algunos de los grandes frutos que se proponía en su mente.

Poseyendo hasta aquí Francia á la Bélgica sin la Holanda, separábase la frontera del Rin por mas abajo del Wesel, pasaba el Mosa entre Grave y Venloo, dejaba fuera el Brabante Setentrional y se unia al Escalda por mas abajo de Amberes, con lo que figuraban como de Holanda, no solo el Wahal, sino el Mosa y el Escalda Oriental, que siempre le habian pertenecido. Al dejar la Holanda á su hermano, quería ahora Napoleon rectificar la frontera, tomar por línea divisoria el Wahal, nombre del principal brazo del Rin luego que entra en Holanda; fijar después el Hollands Diep y el Brammer por límite extremo, lo cual hacia pasar bajo la soberanía de Francia la Zelanda, las islas de Tholen y Schowen, el Brabante Setentrional, parte del Gueldra, la isla de Bommeel, las importantes plazas de Berg-op-Zoom, Breda, Gertruidenberg, Bois-le-Duc, Gorcum, Nimega, es decir, la quinta parte de la población de la Holanda, poco mas ó menos cuatrocientas mil almas del total de dos millones, y posiciones mas importantes aun que los pueblos que pasaban á súbditos del Imperio.

Ademas de este cambio de fronteras queria Napoleon que hasta el fin de la guerra marítima se hiciera el comercio holandés con licencias por él expedidas; que todas las avenidas de Holanda fueran custodiadas por un ejército de diez y ocho mil hombres de los cuales seis mil habian de ser franceses y doce mil holandeses, y mandados por un general francés todos; que fuese juzgada en Paris toda presa; que hubiera una escuadra de nueve navios y seis fragatas en el Texel para el 1.º de julio del año corriente (1810); que se entregaran al fisco francés todos los cargamentos americanos introducidos en Holanda; que al punto fueran revocadas las imprudentes providencias relativas á la nobleza; que no hubiera allí mariscales; y que jamás bajara de veinte y cinco mil hombres el ejército efectivo de tierra.

Entre estas condiciones, tan dolorosas por lo menos como la privacion del trono, habia muchas que afectaban particularmente al hermano de Napoleon, harto castigado así de haber sido rey por algunos años. Doliase, sobremanera, la perdida de los territorios á la izquierda del Wahal, que iba á afligir el patriotismo de los holandeses y á empobrecer mucho su hacienda ya muy atrasada; le dolia que se atribuyera á un tribunal de Paris el juicio sobre presas, lo cual significaba una especie de traslacion de soberanía; y doliase últimamente que el ejército holandés estuviera á las órdenes de un general de Francia, lo cual era á la vez una traslacion de soberanía y una cruel humillacion. Luis rogaba, suplicaba que no se le restituyera su trono bajo condiciones tan duras; y volviéndole á sugerir su dolor la idea de una resistencia desespera-

da, trasmítala calladamente á los ministros Kra-yenhoff y Mollerus la orden de fortificar á Amsterdam y los puntos de Holanda más capaces de defensa; y reproducía lo ya mandado sobre negar á los franceses la entrada en las plazas fuertes de Holanda.

Pero, durante las agitaciones de este príncipe sin ventura habían bajado el Rhin é invadido el Brabante las tropas del antiguo cuerpo de Masse-na, mandadas por el general Oudinot, bajo pretexto de guardar el país contra los ingleses. Habiéndose presentado el general Maison delante de las puertas de Berg-op-Zoom, encontrálas cerradas, é insistiendo en que le fuesen abiertas, vióse con-trenido el gobernador á enseñarle la carta del rey en que se le prescribía negar la entrada á los franceses. Temeroso el general Maison de ir mas allá de las intenciones del gobierno, si, de resultas de su insistencia, se venía á las manos, detúyose bajo el cañon de la plaza con el fin de aguardar nuevas instrucciones. Al mismo tiempo anunciaban avisos procedentes de Amsterdam que en torno de esta población se removía tierra y se construían reduetos y se armaban de artillería.

Napoleon montó en cólera al saber tales ocurrencias: uno tras otro envió al duque de Otranto y al duque de Feltre á ver á su hermano, para exigirle que se le abriera todas las puertas de la Holanda, declarando que las forzaría, si se vacilaba en obedecerle. A Luis y á sus ministros hizo responsables de la sangre que se vertiera, y aun reclamó que se le entregaran los ministros que habían dado órdenes semejantes (1).

(1) Vamos á citar un despacho de Napoleon que de-

Con tan vivos colores pintaron la irritación de Napoleon el duque de Otranto y el de Feltre, muy de la confianza del rey de Holanda, que, espantado éste, cedió en todo, dió orden de recibir las tropas francesas en sus plazas, y consintió en la destitucion de los dos ministros acusados de estimular á la resistencia. «Señor (escribió á su hermano) esta noche despacho un correo con la destitu-

muestra lo muy exasperado que estaba, bien que no se haya de tomar al pie de la letra en todas sus frases, porque en sus iras, sinceras hasta cierto grado, y fuera de este calculadas, amenazaba con mayor mal del que se proponía llevar á cabo.

Al ministro de la Policía.

«Paris, 5 de marzo de 1810.

«Os ruego que leáis esa carta (carta de Mr. de Lar-rochefoucauld anunciando el designio de los habitantes de Amsterdam de defenderse contra los franceses), y que vayais á ponerla en noticia del rey de Holanda. ¿Se ha vuelto este príncipe totalmente loco? Si no existiera mas que la carta de Mr. de Larrochefoucauld la tomara á risa, y tendría la cosa por absurda; pero tras la respuesta del ministro holandés no puedo pensar de este modo. Le direis que ha querido perder su reino, y que nunca haré ajustes que induzcan á aquellas gentes á creer que me han intimidado. Le preguntareis si sus ministros han obrado en virtud de órdenes suyas ó por su cuenta, y le declarareis que si por su cuenta propia se atuvieron á tal conducta, mandaré que los prendan y corten la cabeza á todos. Si han procedido en virtud de órdenes del rey ¿qué he de pensar de este príncipe? ¿Cómo puede ya querer mandar mis tropas, violando así sus juramentos? Citareis á Mr. Roell y á Mr. Verhuel para que asistan á lo que digais al monarca. Cuidad de no despreciaros de esos documentos, y venid á verme al acabar al conferencia.»

cion del ministro Mollerus y de Krayenhoff que lo era de la Guerra; estos son los únicos autores de los preparativos y de la nota de que V. M. ha hablado. Si quiere la destitucion de algun otro, dispuesto estoy á obedecer su voluntad, apenas me sea conocida.

Destrozado por el dolor y el sufrimiento, dirigió además el rey Luis á su hermano la carta siguiente. «Hasta aqui no ha habido imperio de Occidente. Verosímil es que lo haya pronto... Entonces, señor, estará bien seguro de que no podré engañarme ni indisponerle (aquí aludia el rey Luis al estado de vasallage bien definido que resultaría y facilitaría que obedecieran todos). Dignese V. M. considerar que yo carecia de experiencia, rodeado de dificultades, y pensando solo en salir del día. Ya que estoy á punto de perder totalmente vuestra amistad y vuestro amparo, permitidme suplicaros que lo olvidéis todo. Os prometo ser fiel á cuantos compromisos me impongais. Os empeño mi palabra de honor de llenarlos fiel y lealmente tan luego como los contraiga...»

Siendo la sumision del rey Luis completa, ya no podia ofrecer dificultades el arreglo de las cosas de Holanda. Línea del Wahal hasta el Krammer, es decir, línea del Rhin en su mayor extension posible; ocupación de las costas por un ejército, parte holandés, parte francés, á las órdenes de un general de Francia; juicio de presas transferido á Paris, secuestro y abandono á Francia de todos los buques americanos; armamento de una escuadra de nueve navios y seis fragatas para el día 1.º de julio; abolicion de la dignidad de mariscal y de ciertas instituciones nobiliarias; por último, alejamiento

de los ministros que habian alentado al rey en la política anti-francesa; todo fué aceptado y contenido en un tratado, por el cual se comprometió Napoleón de su parte, á mantener la integridad de la Holanda, á lo menos la integridad de lo que no hacia suyo. No se habia excusado á Luis mas que de reducir la deuda pública á la tercera parte solo, con el fin de no malquistarle á los ojos de los holandeses, cuidóse de consignar en un acta diplomática secreta lo relativo al mando del ejército por un general francés, al secuestro de los buques americanos, á la abolicion de ciertas dignidades, á la exoneracion de ciertos ministros. A este acta se añadió una singular condicion, de que el rey Luis no tuviera ya embajadores en Viena, ni en San Petersburgo. Desconfiando Napoleon de las relaciones que sus hermanos pudieran anudar con estas capitales enemigas, virtualmente, impuso la misma condicion á Murat bajo pretexto de economia.

Consentidos estos sacrificios, Napoleon escribió á Luis una carta que indica perfectamente su verdadero pensamiento.

«Al Rey de Holanda.»

«PARIS, 13 de marzo de 1810.»

«Todas las razones políticas aconsejaban que incorporase la Holanda á la Francia: impenitentemente como ley la mala conducta de los hombres encargados de administrarla; pero al ver lo mucho que esto os aflige, por primera vez pospuse mi política al deseo de seros grato. Sin embargo, partid

de la idea de que es menester que los principios de vuestra administracion cambien; y de que, en dándome cualquier motivo de queja, haré lo que no hago ahora. Estas quejas son de dos clases y tienen por objeto, ó la continuacion de las relaciones de Holanda con Inglaterra, ó discursos ó actos reaccionarios y opuestos á lo que de vos debo prométermé. De aquí adelante conviene que toda vuestra conducta propenda á inculcar en los ánimos de los holandeses la amistad de Francia, y no á presentarles cuadros adecuados á excitar su aversion y á fomentar su odio nacional. En vez de hacerme dueño ni aun del Brabante, hubiera aumentado en muchos millones de habitantes la Holanda, si vuestra conducta hubiera correspondido á lo que tenia derecho á esperar de un príncipe francés y hermano mio. Lo pasado ya no tiene remedio: sirvaos lo acontecido de leccion para lo futuro. No imaginéis que hay quien me engaña; de consiguiente á nadie tengais ojeriza: por mí propio leo todos los despachos; y sin duda supondreis que conozco la fuerza de las ideas y de las frases.

«Me habeis escrito en favor de la isla de Java. Cuestion es esta muy prematura, pues siendo tan poderosos por mar los ingleses, antes que pensar en acometer empresas, conviene poner el ahinco en aumentar las fuerzas propias. Cuento con que pronto podreis darme ayuda y conseguir que vuestra escuadra se junte á las mías.»

Tras del ajuste, cuyas condiciones se han expuesto, hubo una especie de reconciliacion entre los dos hermanos. Napoleon amaba á Luis, en cuya mocedad le habia servido de padre, y Luis le correspondia antes de que sombrías visiones se po-

sesionaran de su espíritu receloso. Despues de pasar juntos el tiempo que duraron las fiestas nupciales, marchó Luis en abril para explicar á los holandeses el último ajuste, y hacerles entender que habia tenido que optar entre los sacrificios á que se habia resignado ó la pérdida total de la independencia de Holanda; por lo que no habia titubeado en asentir á lo convenido. Tanto y mas que por él habia obrado en favor de ellos, pues mientras quedara á Holanda el principio de su existencia, podia abrigar la esperanza de ser indemnizada de sus pérdidas actuales un dia ú otro. Ademas, la mayor parte de las condiciones estipuladas solo debian durar hasta la paz, salvo las concernientes á las fronteras. Luis habia suplicado á su hermano que le resarciera de las pérdidas territoriales en Alemania, y lejos de negarse, Napoleon á otorgarlo, siempre dejó traslucir que á tenor de su conducta seria remunerada la Holanda. Para que la apariencia de reconciliacion fuera mas completa, exigió Napoleon que la reina Hortensia llevara á su primogénito, el gran duque de Berg, á Holanda, y pasara allí algun tiempo al lado de su esposo. Su presencia, aunque momentánea, debia servir para que el público se persuadiera de haber sido allanadas todas las dificultades. Mas tarde, cuando se ausentara de nuevo, lo cual sucedió pronto, su salud quebrantada seria la explicacion de su ausencia.

Á tenor de sus vivos deseos Luis marchó, pues, de París al Haya. Por su parte Napoleon dióse prisa á expedir las órdenes que se derivaban del nuevo ajuste. Al mariscal Oudinot mandó ocupar el Brabante Setentrional y la Zelanda hasta el Wa-

hal, poseionarse definitivamente de estas provincias y secuestrar al punto, con ayuda de un destacamento de aduaneros, cuantas mercancías inglesas y cuantos géneros coloniales de fuera posible. Verósimil parecía que unas y otras se encontrarán en grande copia, figurando como depósito la Holanda; y sirviendo principalmente para introducirlos en Francia las provincias fronterizas recién incorporadas al imperio.

Después dispuso Napoleón que el mariscal Oudinot cruzara el Wahal y penetrara con tres regimientos de infantería y dos de caballería en el Norte de Holanda; dejado á Luis, mientras el general Molitor, concentrando su división hacia el Oeste-Frise, se aprestaba á entrar por el Este, si lo exigian los sucesos. El mariscal Oudinot debía establecer su cuartel general en Utrech, reunir una legión de aduaneros franceses y ocupar todos los pasos navegables sin demora. Se le habia recomendado exigir la entrega de los cargamentos americanos y encaminarlos por las aguas interiores á Amberes, donde se iban á abrir el depósito y el mercado de los géneros secuestrados. Además del efecto que por virtud de estas providencias esperaba Napoleón producir en Inglaterra sobre el crédito y por el crédito sobre la opinion pública, discurría añadir al tesoro extraordinario una gruesa suma, y juntar las ventajas rentísticas á las políticas de este modo.

Entre estas ocupaciones diversas vió Napoleón terminar el mes de abril (1810), época la mas favorable para las operaciones militares en España, y este era el momento de que partiera, si persistia en dirigir personalmente la campaña decisiva

que se proponia hacer en la Peninsula aquel año. No obstante de desearlo mucha y tan de veras que habia enviado mas allá de los Pirineos casi toda su guardia, retentándole en el seno del imperio una multitud de razones. Casado el 2 de abril, no era conveniente que por ir á mandar ejércitos se apartara tan pronto de su joven esposa: el bloqueo continental, de que se prometia muy grandes efectos, si lograba hacerlo riguroso, no podia llegar á serlo sino á condicion de que lo procurara por sí mismo: las disputas con su hermano Luis, provisionalmente finalizadas, exigian una vigilancia y una firmeza continuas, para evitar que en breve se volvieran á abrir al comercio británico las aguas de Holanda; el sistema comercial, complicadísimo de resultas de las licencias, reclamaba necesariamente nuevos reglamentos en que Napoleón se hallaba muy ocupado; cuya redaccion no hubiera confiado á nadie, lisonjándose de vencer á Inglaterra no menos por el comercio que por las armas; y finalmente, aun cuando de la negociacion confiada á Mr. de Labouchere esperase poco, no desesperaba tanto que tuviera por oportuno abandonarla enteramente, alejándose de París mientras seguia su curso. Con efecto, se acababa de ver llegar á Morlaix un comisionado británico para el cange de prisioneros, y traia instrucciones que revelaban un notable cambio en las disposiciones del gabinete de Londres, pudiéndose creer producido por las últimas aberturas.

Sobradas razones eran estas para retener á Napoleón en París, sin contar que, á pesar de todos, él queria la guerra de España, y queria que la hiciesen todos menos él; no porque temiera una pu-

ñalada ó un tiro, con cuyos accidentes se le amenazaba segun reiterados informes de la policia, sino porque no veia en la Península, como en Prusia, Polonia y Austria, el medio de llevarlo todo á remate con una diestra maniohra ó con una grande batalla, reduciéndose todo á una interminable série de pequeños combates detrás de un enemigo que se escapaba de entre las manos, asedios mas bien que batallas, una guerra metódica para la cual se requeria mas paciencia que genio, y facil de dirigir desde lejos como desde cerca. Solamente los ingleses podian ofrecer ocasion de importantes operaciones; pero entre los mariscales habia uno que, juntando á una rara energia las altas luces de un general en jefe, y habiéndose cubierto de nueva gloria en la última campaña, parecia idóneo para tarea semejante; este era el mariscal Massena, y no en otro se fijó la eleccion de Napoleon para oponerle á los ingleses. Por otra parte la campaña se iba á abrir con el sitio de las plazas que separan á España de Portugal, y debian trascurrir muchos meses antes de que empezaran las operaciones ofensivas, y siempre quedaba á Napoleon el arbitrio de dirigirlas en persona, si lo creia necesario. Obligó pues al viejo guerrero, cansado, doliente, si bien agradecido á los magníficos galardones que le acababan de ser prodigados, á marchar hácia Portugal para dirigir contra el ejército inglés las operaciones. Le formó el mejor estado mayor que pudo; puso bajo su mando al entendido Reynier, al valiente Henot, al intrépido Ney, y le dió el general Montbrun para mandar la caballería, gefe sin par en tal arma. Además de sus brillantes logar-tenientes prometióle ochenta mil hombres, y

le hizo partir apenas repuesto de sus fatigas, colmándole de halagos, y acompañándole con sus votos y sus mas legítimas esperanzas. ¿Y quién podia suponer realmente que Massena, el primero de nuestros generales despues de Napoleon con un ejército soberbio, no diera buena cuenta de un puñado de ingleses, inferiores en número á nuestros soldados, inferiores hasta en las prendas militares, y solo iguales en la bravura? Pronto se verá lo que decidió el destino.

Despues de adoptar Napoleon estas disposiciones, proyectó hacer á Belgica un viage, aprovechando la primavera, que era muy hermosa aquel año, para enseñar su esposa á las poblaciones anhelantes por verla; para influir con su presencia sobre los belgas, á quienes convenia mucho atraer mas y mas al imperio francés con agasajos; para reconocer con sus propios ojos el teatro de la última expedicion inglesa; para disponer trabajos que imposibilitaran otra expedicion de la misma clase; para revisar las grandes obras públicas de Amberes; para inspeccionar la flota del Escalda; para observar mas de cerca la nueva marcha de su hermano, y aproximarse mas bien que alejarse de la negociacion con Inglaterra. Tratóse pues de los preparativos de este viage á fines de abril y durante mayo.

A este tiempo acababa de tomar un sesgo singular la negociacion con Inglaterra, muy difícil de creer, si documentos auténticos no le comprobaran del todo (1).

(1) Refiero los complicados negocios de Holanda, de la negociacion con Inglaterra, de la intervencion de mon-
Biblioteca popular. T. XII. 44

Napoleon habia indicado con mucha reserva el sentido en que Mr. de Labouchere estaba autorizado para continuar las aberturas comenzadas cerca del gabinete de Londres: habia mostrado cuánto tiempo podia aun sostener Francia la guerra sin padecer mucho, señalado marcadamente los puntos sobre que no transigiria, y dejado vislumbrar aquellos en que no se negaria á sacrificios. Segun el estado de los ánimos en Inglaterra, no suministraban estas indicaciones grandes medios de proseguir la negociacion y menos aun de llevarla á feliz remate. Con razon opinaba así Mr. Fouché, y tenia el buen sentido de querer la paz y de hallarla muy aceptable á tenor de las condiciones que se consideraban admisibles en Londres. Pero al buen sentido de desearla juntaba la demencia de quererla hacer por sí propio y ya que no á pesar de Napoleon sin su noticia, prometiéndose despues de haberla preparado secretamente, presentársela hecha, y fascinarle con la magia de esta inmensa ventaja casi obtenida. Empresa insensata era la de Mr. Fouché á todas luces y bajo todos los gobiernos, mucho mas todavía bajo el de un señor tan absoluto, tan vigilante como Napoleon, y que no se concibe en un hombre de la habilidad de Mr. Fouché sino

sieur Fouché en la misma, con presencia de documentos auténticos, que espero me permitan esclarecer sucesos muy oscuros hasta ahora. Estos documentos consisten en cartas de Napoleon, del rey Luis, del ministro Champagny, de Mr. de Labouchere, de Mr. Fouché, y por último de los interrogatorios á que fueron sujetos todos los personajes comprometidos en la negociacion citada. He leído y releído todos estos documentos originales, y no aventuro ningun hecho sin tener la prueba material á la vista.

por la pasion de meterse en todo, acrecentada con la edad, la importancia adquirida, y aun (fuerza es tambien decirlo para excusarle) con la evidencia de los peligros del imperio. Le auxiliaban ó empujaban en tal camino los proyectistas, de quienes se hallaba rodeado, y de cuyos designios ya hicimos reseña, como el de restituir una porcion de la Península á los Borbones de España, el de adjudicar las colonias á los Borbones de Francia, etc..... A estos designios habian añadido otros, si por ejemplo, Napoleon no queria despojar á su hermano José de ningun territorio y restituir la España ni aun desmembrada á Fernando, cabia en el dictámen de ellos dar á Fernando las colonias españolas, reservando á los Borbones de Francia una indemnizacion bien extraña por cierto, pues era no menos que la América del Norte ¡los Estados Unidos! Véase el origen de esta concepcion fabulosa. De resultados de la ley de embargo se habian indispuerto los Estados Unidos á la par con la Francia y con la Inglaterra, siendo republicanos ingratos respecto de la primera de estas naciones y odiosos para la segunda: Luis XVI habia cometido el yerro de emanciparlos y Napoleon, como reparador de todas las faltas revolucionarias, los debia tornar á poner bajo una autoridad monárquica y europea; y parecia natural que Inglaterra se estremeciera de alborozo, viendo á los Estados Unidos restringidos en su territorio, contenidos en su vuelo y castigados por su rebeldia.

Mr. Fouché estaba dotado de muy buen seso para creer en semejantes quimeras, mas encontraba á Napoleon demasiadamente absoluto en sus condiciones, y discurría necesario que Mr. de Labouchere llevara instrucciones bastante distintas

que las que se le habian dado hasta entonces, sin lo cual la negociacion quedaria rota al comienzo y la paz seria imposible. Estrechado por Mr. Ouvrard, habiendo cometido la torpeza de iniciarle en negoció tan grave, consintió en dejarle ir á Amsterdam con el fin de ver á Mr. de Labouchere y de dirigir su correspondencia con Lóndres de manera adecuada á que la negociacion fuera seguida y no rota. Mr. Fouché estaba persuadido de que á la larga, insistiendo con suavidad y paciencia, y mas si la guerra contra España no ofrecia mejores resultas, se induciria á Napoleon á hacer el sacrificio del trono de José, de quien estaba muy desilusionado, quizá del trono de Luis, de quien estaba mas desilusionado todavia; y de que, si al mismo tiempo se procuraba contemporizar con los ingleses, de modo de no romper los tratos, se acabaria por dar con el punto en que la avenencia fuera posible, y la paz negociable; pero entendia que sin Napoleon era menester prepararlo todo, aunque, por supuesto, mientras se le guardara oculto, no se pudiera concordar nada.

Partió, pues, Mr. Ouvrard totalmente imbuido en las ideas de Mr. Fouché y, lo que era aun peor, en las suyas propias, ufano hasta no mas de intervenir en tan gran negocio, y lisonjeándose de recuperar con un servicio señalado el favor de Napoleon de muy atras perdido. Apenas llegado á Amsterdam habló en nombre de Mr. Fouché, de quien tenia muchas cartas, fué considerado por Mr. de Labouchere como el representante directo y acreditado de aquel ministro, y por consiguiente de Napoleon en persona. Así Mr. de Labouchere cobró brios, por lo que oyó y leyó, para remitir á

Lóndres nuevas comunicaciones mucho mas satisfactorias para la córte británica que las que se le habian dirigido antes. Con efecto, Mr. Ouvrard le dijo que Napoleon no se manifestaria absoluto de voluntad respecto de Sicilia, España, las colonias españolas, Portugal y Holanda; que no habia que pintarle con tal colorido ante Lóndres; que deseaba la paz y la deseaba sinceramente; que padecian engaño en Inglaterra acerca de sus disposiciones; que ademas existia á la sazón un punto comun entre él y el gabinete de Lóndres, cual lo era el deseo de castigar á los americanos por su conducta. Todos estos puntos tocó Mr. Ouvrard de una manera mas ó menos precisa, y escribió muchas notas, apremiando á Mr. de Labouchere de continuo para despacharlas á Lóndres. Teniendo Mr. Fouché la imprudencia de cooperar á negociacion tan extravagante, recurrió á un medio raro, y tal como los puede imaginar la policia, para que Mr. de Labouchere ganara crédito cerca del gobierno británico. Un desconocido, que sonaba como baron de Kolli y parecia pertenecer á la policia inglesa, se presentó en Valenzay con el fin de facilitar medios de evasion á Fernando. Se le puso preso y creyóse hacer una importante captura, que debia contrariar al gabinete británico sobremanera, pues iban á salir á la luz del sol sus maquinaciones. Mr. Fouché autorizó á Mr. de Labouchere para escribir al marqués de Wellesley en el sentido de entregarle aquel individuo, si tales eran sus deseos; con lo que juzgaba dar una prueba de buena voluntad al gabinete de Lóndres y acreditar poderosamente á Mr. de Labouchere cerca del mismo.

Como á la sazón eran raras y difíciles las comu-

nificaciones con Inglaterra, no solo por la imperfeccion de los caminos, sino tambien á causa de las hostilidades, necesitábanse doce ó quince dias para escribir y tener respuesta de una carta escrita de Amsterdam á Lóndres, de modo que esta singular negociacion podia aun durar mucho tiempo antes de llegar á aclaraciones decisivas. Entretanto Mr. Ouvrard escribia á Mr. Fouché acerca de la negociacion y suponiendo progresos que no hacia, y por su parte Mr. Fouché, induciendo tambien á Mr. Ouvrard á engaño, le representaba á Napoleon como enterado y satisfecho de sus conferencias, lo cual era absolutamente falso, pues dilatando monsieur Fouché una revelacion dificil cuanto podia, se reservaba hacérsela á Napoleon cuando tuviera mayor madurez la obra.

A todo esto el emperador habia salido de París con una brillante corte, compuesta de la emperatriz, del rey y de la reina de Westfalia, de la reina de Nápoles, del principe Eugenio, del gran duque de Wurtzburgo, tio de Maria Luisa, del principe de Schwarzenberg, embajador de la corte de Austria, de Mr. de Metternich, primer ministro de esta corte y de la mayor parte de los ministros franceses. Napoleon se proponia visitar á Amberes, Flesinga, Zelanda, el Brabante, provincias recién incorporadas al imperio, y volver por Picardia y Normandia á la capital de Francia.

Siempre los pueblos, hastiados de la monotonía de su existencia, corren y se agolpan al tránsito de los principes, cualesquiera que sean ellos, y tal vez hasta en visperas de una catástrofe los colman de aplausos. Cuando Napoleon se presentaba en qualquiera punto, el sentimiento de la cu-

riosidad y el de la admiracion bastaban para atraer la muchedumbre, y debian de ser mayores el anhelo y el entusiasmo cuando acababa de completar su prodigioso destino enlazándose en matrimonio con una archiduquesa. Y efectivamente, donde quiera que apareció entonces, fueron vivas y unánimes las manifestaciones del regocijo. Ademas su presencia anunciaba la continuacion ó el principio de obras públicas inmensas, y así no solo al grande hombre, sino al bienhechor se dirigian los aplausos.

Saliendo de Compiègne el 17 de abril, llegó á San Quintin por la tarde. Esta ciudad, ademas del establecimiento de la industria de los linones, le debia los magníficos trabajos del canal de San Quintin, seguido y llevado á término desde la época del Consulado. Se habia iluminado el subterráneo donde se unen las aguas del Sena y del Escalda, y Napoleon lo cruzó con toda su corte en barcas elegantemente adornadas, y por decirlo así, como á la luz del dia. Mientras lo atravesaba concedió al ingeniero que habia dirigido aquellas excelentes obras, Mr. Gayant, una buena pension con un grado en la Legion de Honor, y salió en seguida para Cambrai y el castillo de Laeken. Solo al regreso debia visitar á Bruselas.

A 30 de abril se embarcó en el vasto canal que desde Bruselas va á juntarse con el Ruppel y por el Ruppel al mismo Escalda. Todas las cañoas de la grande escuadra de este rio, empavesadas de mil colores y con tripulaciones de las naves á bordo, se adelantaron á su encuentro, y le llevaron por encima de las sometidas aguas de la Bélgica con la velocidad de los vientos. Esta escuadrilla imperial

iba mandada por el ministro de marina Decrès y por el almirante Missiesey, que durante la expedición de Walcheren habia acreditado tanta sangre fría. Muy en breve llegaron á vista de la escuadra de Amberes, creada por Napoleon y recientemente librada de la tea de los ingleses. Todos los navios, fragatas, corbetas, lanchas cañoneras, guarnecian la bahía: María Luisa pasó bajo el fuego inofensivo de mil cañones, que á todos sus sentidos conmovidos ofrecian el testimonio del poderio de su esposo.

Su entrada hizo la corte imperial en Amberes por entre las poblaciones belgas, que se agolparon á recibirla, olvidadas de sus sentimientos hostiles ante espectáculo tan grande. Mucho tenia que hacer Napoleon en Amberes, y se detuvo allí varios días. La paz continental permitiale dar vado á sus proyectos concernientes á la marina del imperio y á la de los estados aliados: de cuarenta y dos navios iba á disponer aquel año, nueve prometidos en el Texel para el día 1.º de julio, diez que á la sazón habia en Amberes, dos en Cherburgo, tres en Lorient, diez y siete en Tolon, uno en Venecia: calculaba tener setenta y cuatro en 1811; ciento ó ciento diez en 1812, capaces, con agregar la cantidad necesaria de fragatas y de corbetas, de recibir á bordo ciento cincuenta mil hombres con rumbo á cualesquiera destinos.

Para llegar á este número necesitaba tener nueve mas en Amberes dentro de un año, y con este objeto aumentar los astilleros y reunir en aquel predilectísimo puerto las maderas y los operarios. Napoleon expidió las órdenes convenientes, é hizo que en su presencia se botara al agua un

navio de ochenta cañones, que entró magestuosamente en el Escalda á los ojos de la emperatriz y ante el clero de Malinas, convidado á esta naval ceremonia. A su lado tenia Napoleon al príncipe Eugenio, á quien deseaba enseñar lo que hacia en las lagunas de Flandes, para que en las del Adriático hiciera otro tanto. Cuando se tiene la tierra, se tiene el mar (repetia espontaneamente) con tal que se anhele y se tenga tiempo, ¡Tiempo! ¡Cabalmente solo se puede ganar con cordura, y pronto Napoleon se iba á privar de tal ventaja!

Su hermano Luis vino á verle, y aun cuando menos agitado, aparecia siempre muy triste, triste de su propia tristeza y de la de su pueblo, sobre el cual cayeron á la vez tantas aflicciones. De animarle trató Napoleon enseñándole todo lo que hacia en Amberes y lo que se proponia llevar á cabo; recomendóle eficazmente que tuviera pronta su escuadra en el Texel para el día 1.º de julio: le reveló los vastos proyectos marítimos; le anunció cómo iba á encaminar sus tropas hacia las costas; que dentro de poco tendria aprestadas en las bocas del Escalda, en Brest y en Tolon vastas expediciones, capaces de llevar á bordo ejércitos enteros: que Massena iria sobre Lisboa al frente de ochenta mil hombres; que dentro de dos meses se estrecharia vivamente á los ingleses en todas partes, y que pronto se les haria insoportable esta guerra, á que parecian estar acostumbrados, sobre todo si con el bloqueo rigurosamente observado se les atacaba fuertemente en los intereses mercantiles.

Con este motivo, Napoleon habló de la negociación de Labouchere á su hermano. Por rara casualidad habia encontrado y visto al paso á mon-

sieur Ouvrard, que iba á Amsterdam á toda prisa, por consecuencia de las extrañas comunicaciones entabladas entre la Holanda y la Inglaterra. Merced á su habitual perspicacia vislumbró Napoleon que, gozando Mr. Ouvrard del valimiento del duque de Otranto y muy ligado con Mr. de Labouchere en materia de negocios, iba á mezclarse en lo que no le atañía, á procurar sorprender algun secreto de la negociacion, quizá á dar consejos que no hacian falta, quizá tambien á plantear alguna especulacion sobre probabilidades de paz. Poseido de tan singulares presentimientos, prohibió á Mr. de Labouchere toda relacion con Mr. Ouvrard, dispuso que se pidieran á aquel todas las cartas cruzadas entre Amsterdam y Lóndres, y añadió la órden de que se le enviaran á donde quiera que se encontrara durante su viage. Luis tomó la vuelta de Amsterdam sin querer asistir á ninguna fiesta, y menos cuando Napoleon iba á entrar en el territorio recién arrebatado á Holanda.

Después de emplear Napoleon cinco dias en disponer las obras necesarias, y sobre todo las nuevas defensas para hacer imposible la toma de Amberes, ordenó á la flota descender hácia Flessinga, y dándola tiempo de que lo hiciera, fué á visitar los nuevos territorios adquiridos entre el Vahal y el Mosa, así como las plazas de Berg-op-Zoom, Breda, Bois-le-Duc y Gertruidenberg.

En Breda recibió al clero protestante y católico entre las autoridades civiles y militares. Emancipados se hallaban los católicos de la dominacion protestante en estos territorios recién incorporados al imperio, y sin embargo, distaban mucho de estar satisfechos. Al par que el principal ministro

protestante, presentóse con las vestiduras de su estado, bizolo el vicario apostólico con simple traje negro, como si hubiera temido vestirse de ceremonia en semejante coyuntura. Ante la sola actitud de los concurrentes adivinó Napoleon todos sus sentimientos, y mas avezado cada dia al funesto vicio de no contenerse, abandonóse á un arrebatado de ira sincera en parte, y en parte calculada. Fingiéndolo al pronto no ver al vicario apostólico, oyó con benevolencia al ministro protestante, que arengándole con suma sencillez y modestia, le dirigió algunas palabras de resignacion, únicas adecuadas en boca de ciudadanos que acababan de ser arrancados á su antigua patria para incorporarlos á otra nueva, grande, pero extraña. «Señor, (dijo el principal ministro del clero protestante) en nosotros veis los ministros de una comunión cristiana, cuya invariable costumbre es adorar en cuanto acaece la mano de la Providencia y dar al César lo que es del César.»

«Teneis razon, respondió Napoleon deseguida, y redundará en vuestro provecho, pues quiero proteger todos los cultos. Mas ¿cómo, señor, estais revestido con el traje de ceremonia de vuestro ministerio?—Así está en el órden, señor.—¿Es costumbre del país, sin duda? repuso Napoleon.—Volviéndose al clero católico, dijo: y vosotros, señores, ¿cómo no traéis las vestiduras sacerdotales? ¿Sois procuradores, notarios, ó médicos acaso? Y vos, señor, (dirigiéndose al representante de la Iglesia romana) ¿con qué funciones estais investido?—Con las de vicario apostólico, señor.—¿Quién os ha nombrado?—El papa.—No tiene derecho para tal cosa. Yo solo dispongo en mi imperio de los obispos

encargados de administrar la Iglesia. Dad al César lo que es del César, no es César el papa, lo soy yo; no al papa, sino á mí ha entregado Dios el cetro y la espada. Vosotros, católicos, sometidos mucho tiempo á la dominacion protestante, habeis sido emancipados por mi hermano que ha hecho iguales todos los cultos: me vais á deber igualdad mas completa. ¡Y empezais por faltarme al respeto! ¡Os quejábais de ser oprimidos por los protestantes! Lo mereciais á juzgar por vuestra conducta, y parece que necesitábais que pesara sobre vosotros una autoridad fuerte; no os faltará de seguro. En la mano tengo la prueba de que desobedecereis á la autoridad civil, negándoos á rogar por el soberano; ya he mandado prender á dos sacerdotes indóciles y quedarán encarcelados. Imitad á los protestantes, que siendo fieles á su fe, son ciudadanos sumisos á las leyes y súbditos leales. ¡Ah! no quereis rogar por mí! (añadió Napoleon con acento de cólera creciente) ¿es quizá porque me ha excomulgado un sacerdote romano? ¿Y quién le habia dado tal derecho? ¿Quién puede aqui bajo relevar á los súbditos del juramento de obediencia al soberano instituido por las leyes? Nadie, y no podeis ignorarlo vosotros, si conoceis vuestra religion. No sabeis que vuestras culpables pretensiones impulsaron á Lutero y Calvino á segregar parte del mundo católico de Roma? Si hubiera sido necesario, si no encontrara yo en la religion de Bossuet los medios de asegurar la independenciam del poder civil, tambien me hubiera apresurado á emancipar la Francia de la autoridad romana y siguiéranme cuarenta millones de hombres. No he querido hacerlo por creer que los principios del

culto católico son conciliables con los de la autoridad civil, pero renunciad á meterme en un convento y á afeitarme la cabeza como á Luis el Benigno. ¡Someteos á mí que soy César! De lo contrario os extrañaré de mi imperio, y os dispersaré como los judíos sobre la haz de la tierra....» Al pronunciar estas últimas palabras la voz de Napoleon era atronadora y su mirada fulminante. Trémulos estaban los infelices sacerdotes que habian provocado esta escena ruidosa. «Sois, (añadió) de la diócesis de Malinas, id á presentaros á vuestro obispo; prestad juramento en sus manos, obedeced el concordato, y entonces veré lo que dispongo de vosotros.»

Esta escena calculada para hacer efecto, lo produjo grande. Trascritas en el mismo instante las palabras de Napoleon y divulgadas con licencia de la policia en la mayor parte de los periódicos del pais, causaron impresion suma.

Abarcándolo todo en su actividad, pasó Napoleon á otros objetos. Visitó á Berg-op-Zoom, Breda, Gertruidenberg, Bois-le-Duc; tomó donde quiera resoluciones provechosas y dictadas por su profundo conocimiento de la administracion y la guerra. Al ver tan fértiles en lino y cáñamo aquellas comarcas, decretó que se diera 1.000.000 al inventor de la máquina de hilar el lino. Tambien halló en aquellas provincias diversas fábricas donde salia el paño barato, excelente para las tropas, y dispuso que se consumiera en grande copia. Llegado á las márgenes del Wahal, que presenta una frontera tan poderosa y tan excelente medio de comunicacion interior, sintió inflamarse el impetu de su ambicion por Francia, é imaginó un regla-

mento para asegurar exclusivamente la navegacion del Rin á los bateleros franceses. Determinó que todo buque no francés, que entrara en el Rin, descargara en Nimega si venia de Holanda, y si venia de Alemania por el Mein en Maguncia, para que el cargamento fuera trasportado por buques franceses, únicos que podrian navegar aquel gran río. Napoleón hacia respecto de las aguas fluviales lo que respecto del Océano los ingleses. Ganoso de tener maderas de construcción para Amberes, dispuso que toda la de esta clase que surcara el Rin se llevara por obligacion á Bélgica y no á Holanda, á donde los holandeses acostumbraban á atraerlas con sus inmensos capitales. Al par formó varios reglamentos para que de Brest, donde por falta de madera se construia poco, fueran á Amberes los operarios que careciesen de trabajo.

Después de visitar las plazas de la frontera y de trasladarse sucesivamente á las islas de Tholen, de Schewen, de Sur y Nord-Beveland y por último de Walcheren, resolvió que, siendo tan funestas las calenturas en aquellas comarcas, no se guardaran mas que los puestos indispensables, cuidando de elegirlos bien y de proporcionarlos toda la fuerza defensiva de que fueran capaces. En Flessinga dispuso diferentes obras para poner la guarnición al abrigo del fuego de los buques y abrumar con proyectiles destructores la escuadra enemiga que intentara forzar el gran paso. Viendo las ruinas de Flessinga manifestóse mas justo respecto del desgraciado general Monnet, que habia sucumbido recientemente sosteniendo la plaza, y expidió las órdenes mejor entendidas para que nada de lo acaecido se pudiera reproducir en lo venidero. Al

tenor de la observacion hecha á menudo sobre estar menos predispuestos los hombres de edad madura y aclimatados á contraer las calenturas que los jóvenes y recién llegados, decretó una organización por cuya virtud la custodia de estas islas habia de ser reservada á los batallones de veteranos y á los coloniales. Quiso que una numerosa escuadrilla de lanchas cañoneras estuviese unida siempre á la escuadra y que los astilleros de Flessinga pudieran recibir hasta veinte navios de línea. Mientras providenciaba estas cosas, su córte daba y recibia fiestas y se ocupaba en la parte frívola del viage, de que él se reservaba la provechosa.

Habiéndose prolongado su mansion en estos puntos hasta el 12 de mayo, remontó el curso del Escalda, no hizo ahora mas que pasar por Amberes, fué á enseñar su esposa en Bruselas, volvió á bajar á Gante y á Brojas, para designar las obras precisas á la izquierda del Escalda, y de allí se dirigió á Ostende, desde donde un ejército inglés que desembarcara hubiera podido marchar sobre Amberes en derechura. Allí señaló Napoleón las obras que podian asegurar á esta plaza fuerza bastante, luego partió hacia Dunquerque, donde ordenó algunas reparaciones, castigó la desidia de algunos oficiales de ingenieros ausentes, visitó el campamento de Boloña, teatro abandonado de sus primitivos proyectos, pasó revistas para infundir inquietudes á los ingleses, se detuvo dos dias en Lila, y por último se trasladó al Havre, ocupándose atentamente en la defensa de este gran puerto. A la caída de la tarde del 1.º de junio estaba en Saint-Cloud de retorno, satisfecho de cuanto ha-

bia visto y mandado, de la acogida hecha á la emperatriz en todas partes, y de las esperanzas que vinculaba al parecer la nacion en esta jóven soberana.

Sin embargo de los numerosos motivos de satisfaccion que le habia proporcionado este viage, lo ponía término con grande enojo, de que era principal objeto el duque de Otranto. Segun Napoleon se lo habia prescrito, pidió el rey Luis á Mr. de Labouche todos los papeles concernientes á las relaciones con Inglaterra, y creyendo este de buena fé que al proseguir por instigacion de Mr. de Ouvrard las aberturas comenzadas, procedia á tenor de las órdenes del duque de Otranto, y por consiguiente de Napoleon mismo, entregó sin rebozo cuanto habia escrito á Londres y recibido en respuesta. Leyendo Napoleon en el camino los papeles, que le trasmitia su hermano, adquirió por su texto la certidumbre de que la negociacion se habia seguido sin su noticia y en términos que no podian convenirle. Estos papeles no revelaban todo lo acontecido, faltando allí la correspondencia entre Mr. Ouvrard y Mr. Fouché, pero daban suficiente luz á Napoleon para comprender que se habia negociado sin su orden y con instrucciones que diferian de las suyas. Sin que pudiera asegurarlo, sospechaba que Mr. Fouché tenia gran parte en aquellos singulares manejos, sobre lo cual se quiso ilustrar cuanto antes.

Al día siguiente de su llegada, esto es, el 2 de junio, convocó en Saint-Cloud á los ministros. Hallándose Mr. Fouché presente, le pidió sin preámbulo alguna cuenta de las idas y venidas de monsieur Ouvrard á Holanda, de las conferencias con

Inglaterra proseguidas, al parecer, fuera de la accion del gobierno. Ademas le preguntó al golpe, si sabia algo de tan extraño misterio, si habia ó no enviado á Mr. Ouvrard á Amsterdam, si era ó no cómplice de estos ineficaces manejos.... Sorprendido Mr. Fouché, que se reservaba informar al emperador más tarde de lo que se habia atrevido á intentar, por aquella revelacion repentina y que le cogió tan de nuevas, atacado á quema-ropa con tan embarazosas preguntas, balbuceó algunas excusas respecto de Mr. Ouvrard, y dijo que era un intrigante que se metia en todo, y que no habia que cuidarse de lo que hiciera. Mal satisfecho Napoleon con tales razones, dijo: no se trata de intrigas insignificantes que merezcan desprecio, sino de prevaricacion tan inaudita como la de permitirse negociar con un pais enemigo, sin noticia de su propio soberano, bajo condiciones que este soberano ignora y que tal vez no admitiria. Es un delito que no se debia tolerar ni aun por el mas débil gobierno. Napoleon añadió, que juzgaba lo sucedido tan grave que disponia que Mr. Ouvrard fuera preso inmediatamente. Temiendo Mr. Fouché que de resultas de tal prision se descubriera todo, quiso en vano calmar la cólera de Napoleon y solo consiguió acrecentarla agravando aun mas sus sospechas y haciendo que recayeran sobre el mismo duque de Otranto. Guardóse muy bien Napoleon de encargar á este la prision de Mr. Ouvrard, que tenia determinada de antemano, por miedo de que le proporcionara la evasion, y saliendo del consejo al punto, fió el encargo á su ayudante de campo Savary, ya duque de Rovigo, honrado con toda su confianza y que frecuente-

mente le había servido, y de ello se puede hacer memoria, para comisiones de esta clase. A las dos ó tres horas ya estaba Mr. Ouvrard hábilmente preso, cogiéndole todos sus papeles, reconociéndose al primer exámen que indudablemente la negociación fué llevada mas allá de lo que se creyó de pronto, y que Mr. Fouché había entrado á lo menos por la mitad en la singular intriga que acababa de ser descubierta.

Muy disgustado estaba Napoleon del espíritu inquieto de este ministro, que ya en diversas ocasiones había tomado una iniciativa desagradable ó excediéndose del objeto fijado, como se pudo notar en la primera tentativa de divorcio, en la extensión excesiva dada al armamento de los guardias nacionales, y finalmente en esta llamante negociación con Inglaterra. Aquí veía Napoleon á la vez un espíritu emprendedor de los mas temerarios, y una ambición de hacer figura que en determinadas ocasiones podía llegar á ser infinitamente peligrosa. Sobre todo descubría en esta impaciencia de celebrar la paz casi á pesar suyo, una censura indirecta de su política y el deseo de contraer méritos á su costa. Conviene añadir que empezaba á concebir un vago descontento respecto de sus antiguos auxiliares, porque parecía que todos, y especialmente los mas distinguidos, desaprobaban á las claras, y cada uno á su modo, cuanto hacia. Mr. de Talleyrand con sus sarcasmos, el sesudo Cambaceres con su silencio, Mr. Fouché con lo mucho que se agitaba para llevar la paz á feliz término, eran otros tantos censores mas ó menos declarados de la política ambiciosa é indefinidamente batalladora del imperio. Mas de una vez había

hecho caer Napoleon sobre Mr. de Talleyrand el peso de su enojo: al silencio del archicanciller Cambaceres respondía con un silencio severo en ocasiones y funesto con especialidad para él mismo, pues se privaba de sus consejos inapreciables, y en cuanto á Mr. Fouché, á quien no protegía una consideración grande, y rendido sin defensa por causa de su reciente culpa, estaba resuelto á no guardarle contemplaciones.

La correspondencia hallada á Mr. Ouvrard no consentía dudas sobre la parte que en la segunda negociación de Mr. de Lahouchere había tomado el duque de Otranto. Al día siguiente, 3 de junio, era domingo. Todos los grandes dignatarios fueron á Saint-Cloud á la hora de levantarse el emperador y para oír misa. Terminada esta, hizo Napoleon que concurrieran á su gabinete los grandes dignatarios y los ministros, exceptuando á Mr. Fouché tan solo, y dirigiéndose á ellos, les dijo: ¿qué idea formaríais de un ministro que, abusando de su posición, hubiera abierto sin noticia de su soberano comunicaciones con el extranjero, entablado negociaciones diplomáticas sobre bases imaginadas por sí propio, y comprometido así la política del Estado? ¿Qué pena hay en nuestros códigos para prevaricación semejante? Al terminar estas palabras miró Napoleon muy atento á cada uno de los asistentes, como provocando una respuesta que le facilitase el sacrificio del duque de Otranto, porque, á vueltas de su omnipotencia, tenía en no poco el desagraciar á este personaje. Buscando los lisonjeros en sus ojos la respuesta que podía mas complacerle, clamaron que era un crimen odioso. Mr. de Talleyraud, que no era blanco de la ira im-

perial ahora, sonreía al descuido: adivinando el archicanciller que de Mr. Fouché se trataba, y persistiendo en su papel habitual de conciliador, aun respecto de un enemigo declarado, respondió que sin duda la falta era grave y merecería realmente severo castigo, salvo si el delincuente se había extraviado por exceso de celo. ¡Exceso de celo (repuso Napoleón) muy extraño y muy peligroso el que lleva á tomar tal iniciativa!... Y á la sazón refirió con gran vehemencia cuanto de monsieur Fouché sabia, acabando por anunciar la irrevocable resolución de destituirle. Acto continuo pidió á los asistentes que para elegir sucesor le ayudaran con sus consejos.

Aquí empezó un gran embarazo para todos, siendo la elección muy difícil de hacer por la inmensa importancia que el ministerio de Policía habia adquirido, gracias á la enorme arbitrariedad que el poder ejercía entonces, y á la manera con que supo Mr. Fouché acrecentar esta importancia y hacerla suya. Además todos recelaban no dar con la elección que Napoleón tenia en la mente y contribuir aun de modo indirecto á la destitución de un ministro, que infundía miedo hasta en su desgracia: así repetían como en competencia que para hallar sucesor á un hombre del porte de Mr. Fouché era necesario mirarse mucho. Solo Mr. de Talleyrand, que asistía silenciosamente á esta escena y con una ligera expresión de ironía en su rostro impassible, dijo inclinándose al que tenia mas cerca, y bastante alto para que se le oyera: sin duda Mr. Fouché ha incurrido en gran yerro, yo también le daría sucesor, pero uno solo, y sería Mr. Fouché mismo. Infortunado por esta reunión,

de que no sacaba grandes luces, y de que le resultaba cierta especie de burla por parte de alguno de los asistentes, dejola bruscamente Napoleón, llevándose al archicanciller consigo. ¡Magnífico recurso por cierto (le dijo) el de consultar á esos señores! Ya veis cuan útiles dictámenes se pueden sacar de ellos... Pero no creáis ni por asomo que pensé en consultarles sin tomar antes mi partido: mi elección está hecha, y el duque de Rovigo será ministro de Policía. Tanto en el ejército como en asuntos interiores habia experimentado Napoleón la destreza y la audacia del duque de Rovigo, conocia su adhesión firme, sabia que no imitaria a monsieur Fouché, y que tampoco se atribuiría exclusivamente los actos de templanza, cargando sobre el jefe del gobierno los de severidad. Además el duque de Rovigo debia inspirar mucho espanto, y á Napoleón no le venia mal que así fuera. Esta elección inquietó al archicanciller á pesar de todo: sin dejar de hacer justicia al duque de Rovigo y de reconocer que valia mas en la realidad que en la apariencia, objetó el efecto que iba á producir esta policía militar, é indicó, sin atreverse á decirlo á las claras, que la opinión pública empezaba á irse alejando, y que un ministro de Policía con uniforme y botas de montar no era idóneo para atraerla. A estas observaciones respondió Napoleón: ¡tanto mejor! el duque de Rovigo es hombre sutil, resuelto y no malo: se le tendrá miedo, y así le será mas fácil proceder suavemente que á otro. No habia réplica posible, y fuerza es reconocer que entre las elecciones que hizo Napoleón por aquellos dias para reemplazar sucesivamente á los personajes insignes de los principios del imperio,

la elección del duque de Rovigo fué la mejor con mucho, pues aunque el elegido moviera á espanto, era inteligente, muy dispuesto, osado, poco escrupuloso sin duda; pero muy distante de perverso, y cuando menos, gracias á su adhesión acrisolada, podía decir la verdad á su amo. Y de seguro no dejó de decirsela en ocasiones con cierta especie de familiaridad soldadesca. Por desgracia la verdad, bajo cualquier fórmula que se adopte para hacerla llegar á oídos de los soberanos, si su espíritu rehusa escucharla, es como ruido inútil é importuno hecho en una puerta que no quiere abrirse.

Visto es como el movimiento de las cosas acababa de dar por tierra en menos de tres años con los dos ministros en la política mas importantes, el de Estado y el de la Policía, Mr. de Talleyrand y Mr. Fouché. Aunque desempeñado el ministerio de Estado por Mr. de Cadore, con modestia, discreción y cordura, parecia vacante desde que Mr. de Talleyrand lo dejó. Un personaje culto y de exterior muy aventajado, Mr. de Bassano, adicto al emperador, deseoso de prestarle buenos servicios, bien que procurando grangearse su confianza con ser en todo de su modo de pensar, y si cabe esforzándolo mas que él mismo, y que á la manera que Mr. de Talleyrand daba en su casa el tono de la burla, él en la suya daba el del entusiasmo, aspiraba al ministerio de Estado, y para facilitarse las vias hubiera deseado empujar al ministerio de Policía á un amigo personal suyo. Este era Mr. de Semonville, espíritu cinico, osado en las palabras, flexible en las obras, y que de ministro de Policía tenia las doctrinas poco escru-

pulosas, mas no el aplomo, el tacto, la vigilancia y el arrojo. A la caída de Mr. de Fouché habia contribuido Mr. de Bassano, haciéndose eco de mas de un rumor en su contra, y preparaba la subida de Mr. de Semonville, encomiando exageradamente algunos servicios secundarios hechos por este personaje en la negociacion del matrimonio. Pero si en Napoleon, como en todos los hombres superiores, habia algun acceso fácil á la mediana complaciente, no era llano influir con pequeños artificios sobre su espíritu poderoso, y menos cuando se trataba de una elección tan importante á su ver como la de un ministro de Policía. Asi mientras Mr. de Bassano envió á Saint-Cloud á Mr. de Semonville para que estuviera á mano en el caso de que Napoleon se dejara vencer, oyóse muchas veces y con precipitación llamar al duque de Rovigo para que fuera al gabinete del emperador en el instante. Llenas estaban las antecámaras de curiosos llegados á Saint-Cloud con la esperanza de asistir á alguna revolucion en los altos empleos. Al cabo de breve rato, llegó en fin el duque de Rovigo, y supo con grande sorpresa lo que por Napoleon le fué anunciado. Ea (le dijo sin preparación alguna) sois ministro de Policía, prestad juramento, é id á poner manos á la obra. El nuevo ministro tartamudeó algunas excusas modestas de que Napoleon no hizo caso; prestó juramento y cruzó en seguida los aposentos imperiales, donde circulaba la nueva de que el duque de Rovigo era ministro de Policía, y de haber caído en desgracia el duque de Otranto, nueva que produjo muy mal efecto, así por el que sabia del ministerio como por el que entraba en aquel instante. Despues de ha-

ber sido Mr. Fouché tiempos antes de gran provecho por su conocimiento de los hombres, por su indulgencia hacia los partidos, por su destreza en calmarlos y corromperlos, disminuyó mucho sin duda el mérito de sus servicios con su actividad indiscreta, pero el público echaba de menos instintivamente, viéndole caído, al hombre que había aconsejado á Napoleon en sus mejores años: sentía respecto de Mr. Fouché la pena que experimentó antes por Mr. de Talleyrand y aun por Josefina, y dolíase de que desaparecieran así los testigos y los actores de un tiempo que había sido excelente y cuya renovación se podía temer que ya no se efectura en el venidero.

Aun desgraciado á Mr. Fouché quiso Napoleon indemnizarle de algun modo y nombróle gobernador de los Estados romanos, donde efectivamente podia usar muy bien de su tacto y de su experiencia de las revoluciones. Dos cartas hizo preceder á esta providencia, una pública y consoladora, otra secreta y mas severa. Aquí se transcribe la segunda como mas conforme á la verdad de las cosas.

«SAINT-CLOUD, 3 de junio de 1810.

«Señor duque de Otranto: He recibido vuestra carta de 2 de junio. Conozco cuantos servicios me habeis prestado, y creo en vuestra adhesión á mi persona y en vuestro celo por mi servicio: con todo, sin faltarme á mi mismo, no es posible que os conserve vuestra cartera. El puesto de ministro de Policía exige una entera y absoluta confianza, y esta confianza no puede existir ya, puesto que en

circunstancias importantes comprometisteis mi tranquilidad y la del Estado, cosa que no excusa á mis ojos ni la legitimidad de los motivos.

«Con Inglaterra se ha abierto una negociacion, y con lord Wellesley han tenido lugar conferencias. Este ministro ha sabido que se hablaba de vuestra parte, y tambien ha debido creer que de la mia; de aquí un trastorno total en mis relaciones políticas, y si lo aguantara, caería sobre mi carácter una mancha con que ni puedo ni quiero avenirme.

«El modo singular con que habeis considerado los deberes de ministro de Policía no está acorde con el bien del Estado. Aunque ni de vuestra adhesión, ni de vuestra fidelidad desconfío, estoy obligado á una vigilancia perpétua que me fatiga y á que no puedo sujetarme; vigilancia indispensable por la infinidad de cosas que haceis por vos y ante vos, ignorando si cumplen á mi voluntad, á mis proyectos, ó si contrarian mi política general.

«He querido enteraros directamente de lo que me induce á quitaros la cartera de Policía. No puedo esperar que varieis de proceder, puesto que no han bastado á conseguirlo muchos años hace ejemplos de bulto y testimonios repetidos de mi desagrado, y que, satisfecho de la pureza de vuestras intenciones, no habeis querido comprender que se podia hacer mucho malo con el desigño de hacer mucho bueno.

«Por lo demas en vuestros talentos y vuestra fidelidad tengo confianza completa, y deseo hallar ocasiones de probaroslo y de utilizar tales dotes en mi servicio.»

Al salir Mr. Fouché del ministerio cuidó de quemar todos los papeles, con la maliciosa idea de no dejar á su sucesor ninguno de los hilos de la trama harto sutil de la policía. Entrado de súbito el duque de Rovigo en tal departamento sin conocer sus vueltas y revueltas, ni menos sus agentes secretos, por no habérselos Mr. Fouché indicado, sorprendióse de pronto y aun se asustó casi de su situación nueva; mas no tardó en tranquilizarse y en discernir lo que al primer golpe de vista le pareció intrincado y confuso. Poco á poco vió tornar á su lado esos agentes misteriosos, de cuyos informes necesita un ministro de Policía, menos útiles de lo que en general se presume, útiles sin embargo pues sirven no en proporcion de su capacidad propia, sino de la del ministro que los emplea; especie de animales tímidos y hambrientos, como todos los que viven entre sombras, fugitivos al menor susto, repuestos pronto y atraídos por el hambre á la mano que se cuida de alimentarlos. Estos pusieron de seguida al duque de Rovigo al corriente de los ardides, pueriles mas á menudo que peligrosos, á que es preciso atender sin que ocupen mucho la mente, y así este ministro estuvo casi instantáneamente muy al cabo de sus funciones. Hasta empezó á infundir algo menos de miedo, sin que á vueltas de todo adquiriera nunca la autoridad de Mr. Fouché, cuyos penetrantes ojos creía tener cada cual fijos en su persona.

De todas las tramas de que el duque de Rovigo debía buscar el secreto, ninguna inspiraba á Napoleon tanta curiosidad como la de penetrar el fondo de la negociacion proseguida sin su noticia. Absolutamente queria saber el papel que Mr. Fou-

ché, Mr. Ouvrard y Mr. de Labouchere habian representado en esta intriga diplomática. Mr. Ouvrard, rigurosamente incomunicado, fué interrogado muy á menudo: Mr. de Labouchere recibió orden de ir á París con todos los papeles que aun tuviera en su poder: confrontádoslos y viéndolos acordes con los hallados á Mr. Ouvrard, y dirigiendo á Mr. de Labouchere las necesarias preguntas, se logró brevemente descubrir la verdad tal como la dejamos expuesta; reconocióse que Mr. de Labouchere se habia portado con discrecion, sinceridad y decoro; que se mezcló en estas aberturas, creyendo obedecer á la voluntad del gobierno; que hasta por una especie de reserva, muy de su genio, no habia ido tan allá como se le decia, y que casi siempre se habia limitado á transmitir las notas enviadas por Mr. Ouvrard; que este, por entrar en relaciones con el gobierno, y Mr. Fouché por conseguir la paz, habian anudado una negociacion casi abandonada, y excedido las primeras instrucciones de Napoleon con mucho; presentándole como dispuesto á sacrificar lo mismo de que no queria desistir á ningun precio. Lo que ofendió particularmente á Napoleon mas que todo, fué la idea inspirada quizá á Inglaterra de que la queria engañar con dobles ardides, sobre todo de que se prestara á transigir en punto á los reinos dados á sus hermanos, y con especialidad al de España. Queriendo conocer toda la extension del mal, hacia que se investigaran de continuo todos los arcanos de este negocio. Una nueva circunstancia contribuyó á alzarle sobremanera, y le decidió á convertir la desgracia medio encubierta de Mr. Fouché en pública y ruidosa. Descubrióse que, fuera de las comunicaciones estable-

cidas por Mr. de Labouchere, hubo otras muy anteriores, que suponían mucha mayor audacia, pues no se trataba de una negociacion reanudada y seguida algo mas allá de sus términos regulares, sino de una negociacion espontáneamente entablada por Mr. Fouché y sin el empuje de un asunto ya comenzado. Con efecto, según ya dijimos, por el mes de noviembre habia elegido Mr. Fouché un mediador llamado Fagan, antiguo oficial irlandés, muy bien emparentado en Inglaterra y amigo de lord Yarmouth, quien le puso en relaciones con el marqués de Wellesley. Habia fundamento para creer que en aquella ocasion mediaron algunas comunicaciones escritas: esta última circunstancia llamó la atención de Napoleon vivamente, dióle en qué pensar mucho, y expidió prontas órdenes á Mr. Fouché para que le entregara todos los papeles que existieran aun en sus manos, haciéndole entrever las consecuencias mas graves, si dejaba de presentar alguno de los documentos pedidos.

Realmente el enviado á que se alude trajo de Lóndres papeles poco numerosos y poco importantes; Mr. Fouché los habia quemado por no ser de interés alguno, y porque ademas aconsejaba la prudencia destruir hasta los vestigios mas insignificantes de iniciativa tan temeraria. Mr. Fouché, á quien se fué á buscar de repente á su posesion de Ferrieres, declaró que habia tenido que quemar muy poco, y que de todas maneras no habia dejado de quemar nada. Sabiéndolo Napoleon, se entregó á los mas violentos arrebatos de ira por temor de que el tenaz disimulo de Mr. Fouché envolviera terribles misterios: quitó á éste el gobier-

no de Roma, y le desterró á su senaduria que era Aix en Provenza (1).

Por lo demas, era facilísimo aclarar las alarmantes dudas concebidas, pues hallábase en París el agente, causa de tantas inquietudes. Mandósele comparecer y respondió sencilla á ingenuamente á todos los puntos, declarando haber visto al marqués de Wellesley, y aun entregando el único documento que recibió suyo. No era mas ni menos

(1) Pocos asuntos hay sobre que los autores de memorias hayan forjado mas fabulas que sobre este. Se ha supuesto con especialidad que Mr. Fouché cayó en desgracia por haberse negado á hacer entrega de las cartas de Napoleon y cartas de gran compromiso. Nada mas inexacto: las cartas de Napoleon á Mr. Fouché eran poco numerosas y de no mayor compromiso que las que escribía á todos sus agentes, y en las cuales, abandonándose á sus impetus naturales, decia á menudo *mandaré cortar la cabeza á fulano ó mengano*, sin pensar en tal cosa. Ademas le importaba poco lo que habia escrito, y no le movia á sonrojo, teniendo tan poca aprension de lo que habia hecho, aun de la muerte del duque de Enghien. La verdad es que se le acaloró mucho el espíritu sobre la ida de Mr. Fagan á Lóndres y creyó que se le hubiera comprometido mas de lo que se le comprometió realmente. Sus órdenes y su correspondencia prueban que la segunda y mas ruidosa desgracia de Mr. Fouché provino de la negativa á hacerle entrega de los documentos relativos á la mision de Mr. Fagan y que ya no tenia. Pero el público, aficionado á los misterios, y sobre todo si son siniestros, creyó, y muchos escritores tan pueriles como el público repitieron, que habia de por medio cartas espantosas, cuya restitution exigia Napoleon, y el negárselas Mr. Fouché dio margen al nuevo estallido de su ira. No hubo nada de esto, ni en todas las suposiciones dichas hay mas que lo que acaba de ser referido.

que una nota de seis líneas, reducida á repetir el tema ordinario de los ministros ingleses en la tribuna; que estaban resueltos á entrar en tratos siempre que se abriera una negociacion sincera, grave y en que se comprendiera á todos los aliados de Inglaterra, y con especialidad á la España.

Bien examinado cuanto subsistia de este gran negocio, limitábase no mas que al extraño atrevimiento de Mr. Fouché, sin nada grave de suyo relativamente á las consecuencias posibles y probables. Sustancialmente el peligro no estaba en que se creyera á Napoleon en Londres demasiado acomodadizo; si peligro habia, estribaba mas bien en que se le creyera muy exigente, y en que se abusase quizá de las proposiciones pueriles de obrar en comun contra la América del Norte, al tiempo en que esta fluctuaba al parecer entre la Francia y la Inglaterra. Entonces no suonia Napoleon que este último efecto fuera el único algo grave que se debiera temer de una intriga mas ridicula que peligrosa. Iluminado muy luego sobre tan extravagante aventura, y avalorando la escasa extension del daño, se calmó sin rehabilitar á Mr. Fouché, que siguió privado de todo empleo y desterrado en su senaduría. Temiendo, no obstante, que se le acusara de sacrificar ligeramente á sus antiguos servidores, hizo juntar los documentos de este negocio, y quiso que fueran comunicados á algunos ministros y grandes dignatarios, testigos de las explosiones de su cólera contra el duque de Otranto. Es menester que se vea, dijo, que cuando castigo á mis antiguos servidores no es gratuitamente y sin causas.

De esta tentativa de negociacion, resulta evidentemente que sin el sacrificio de España, que Napoleon no se prestaba á hacer en manera alguna, la paz era imposible, y que no habia mas que proseguir la guerra con brio y estrechar el bloqueo continental hasta donde fuera dado, por lo cual merecia doble atencion la Holanda, cuya concurrencia al bloqueo era indispensable.

Si el rey Luis hubiera tenido un espíritu dócil y sensato, tomara su partido segun lo que acababa de sucederle, y puesto que se habia resignado, por salvar la independenciam de Holanda, á sacrificar una parte de su territorio, tratara de transmitir su resignacion al corazon de sus súbditos. Sustancialmente los holandeses mas sensatos no deseaban otra cosa. Convencidos estaban de que hallándose debajo del poder de Napoleon, no habia mas recurso que pensar en satisfacerle; y de que en suma Napoleon no era enemigo de ellos, sino aliado exigente, que les imponia crueles condiciones calculadas en interés comun. Por desgracia, Luis tenia el corazon ulcerado, y si un momento le dulcificaron en Paris las pláticas de su familia, vuelto á Amsterdam se le despertaron de nuevo los sentimientos de desconfianza y de irritacion que rebotaban comunmente en su alma, sentimientos mas exacerbados por los sacrificios que se le habian arrancado. Al volver á su capital le parecia como si leyese en el rostro de todos sus súbditos la ignominia de haber abandonado las mejores provincias de su reino, y para no quedarse en zaga, apresoróse á acreditar mas ira que todos. Allí se presentó seguida de la reina, que parecia no menos violentada, y ni mostró á sus súbditos,

fijos atentamente y con inquieta curiosidad en su semblante, mas que una frente abrumada de tedio, ni usó otro lenguaje que el de un oprimido que pensaba mucho mas de lo que decia. No era este el medio de agradar en Paris, ni de originar en Amsterdam la resignacion capaz de precaver estrépitos de mayor monta. Desdichadamente los actos del rey fueron mas imprudentes que su actitud y su lenguaje.

Empezó por escribir cartas las mas afectuosas á los dos ministros, á quienes sacrificó en Paris tan facilmente, Mrs. Mollerus y Krayenhoff; por dar títulos nobiliarios á los personajes que acababan de perder la categoría de mariscales, compensacion quizá conveniente, pero contraria á la politica á que habia prometido atenerse; por destituir al burgomaestre Vander Poll, que no se habia querido prestar al armamento de la ciudad de Amsterdam. Para remate de todo añadió á estos actos otro mas grave. Habiendo tomado aversion á Mr. de Larochefoucauld, embajador de Francia, á quien miraba como un incómodo vigilante colocado cerca de él para inspeccionar su conducta, quiso aprovechar la ocasion de hallarse este embajador ausente, para recibir al cuerpo diplomático y hallarse tan solo en presencia del simple encargado de negocios Mr. Serurier. Este era un hombre prudente y reservado, que se limitaba á ejecutar puntualmente, pero con miramientos las órdenes de su corte, y merecia que se le tratara urbanamente por lo menos. Delante de él pasó el rey sin dirigirle una frase, ni una mirada, y á su lado colmó de agasajos al embajador de la Rusia. Semejante escena fué muy notada,

produjo en Amsterdam ansiedad suma y hubo de ser comunicada á Paris por el agente francés, que no podia callar á su gobierno hechos que llamaban la atencion general como este.

A tales dificultades, emanadas del carácter personal del rey, se agregaron en breve otras nacidas de la misma naturaleza de las cosas. El último tratado imponia los mas duros sacrificios á los holandeses: ante todo debian de entregar los cargamentos americanos introducidos en Holanda bajo el pabellon de los Estados Unidos y secuestrados por exigencia del gobierno francés, y es el caso que la mayor parte eran propiedad de casas holandesas, que hacian por su cuenta el contrabando, ó propiedad de casas inglesas asociadas á negociantes holandeses. Todas estas casas oponian resistencia, alegando que, entre aquellos cargamentos, unos se componian de mercancías holandesas traídas bajo el pabellon americano de las colonias de Holanda; otros formados realmente de mercancías sacadas de América por conducto de los americanos. En lugar de estos cargamentos probó el rey á entregar presas hechas por nuestros corsarios y por tanto de su pertenencia. Y á todo esto la entrega de los cargamentos americanos era el artículo del tratado en que Napoleon hacia mas hincapié, ya para atacar la principal fuente del contrabando, ya para enriquecer el tesoro extraordinario á costa de los defraudadores. Sobre este asunto cruzáronse comunicaciones muy vivas y acres.

No era menos difícil el establecimiento de las aduanas francesas á lo largo de las costas de Holanda. De Boloña, Dunquerque, Amberes, Cleves,

Colonia, Maguncia, habian llegado legiones de aduaneros franceses, ignorantes de la lengua de Holanda, acostumbrados á un rigor de vigilancia excesiva, y dados á poner en el ejercicio de sus funciones un punto de honor militar que les hacia ásperos y poco corruptibles. Para los gobiernos que tienen fronteras que defender esta es la mejor clase de aduaneros, al par que la peor para los comerciantes. Tanto en sus puertos como en sus costas habian de sufrir los holandeses la presencia de estos agentes extranjeros, y su minuciosa visita magnantable para un pueblo casi exclusivamente navegante y habituado en todos tiempos á una gran libertad de comercio. Y aun, si hubieran tenido que sufrirlas únicamente en la frontera exterior, fuera la molestia menos penosa, aunque siempre grande; pero la configuracion del país hacia necesaria su presencia en el mismo seno de Holanda. Con efecto, no solamente la cruzan en todas direcciones multitud de rios y de canales, sino que la penetra en cierto modo un vasto mar, que se denomina Zuyderzeo, y pone en relaciones todas las partes del territorio por medio de una comunicacion tan cómoda como activa. Si este mar, al qual se entra por los pasos del Helder y por algunos otros mas elevados al Norte, no hubiera tenido mas que una salida, guardándola, fuera posible dejar dentro una completa libertad de comunicaciones maritimas y fluviales; pero, como no era así, hubo que erizar lo interior del Zuyderzeo de aduanas, y Frisia, Over-Issel, Gueldra, no podian llevar sus géneros al Norte de Holanda, ni traer los productos exóticos sino por entre la mas intolerable vigilancia. Hacer descargar, por ejemplo, has-

ta los bateles de turba, para asegurarse de que no llevaban contrabando, era impracticable ó irritante. Añádase que, para dar la fuerza de una sancion penal á estas providencias, habia sido menester formar comisiones de aduaneros y militares franceses que juzgaran sumariamente y en cada punto los delitos y los delinquentes. A esta usurpacion de su soberania, no habia el rey Luis asentido, y dispuso que se restituyera la libertad á todos los presos por delito de contrabando.

Fuera de estas dificultades, la ocupacion militar presentaba otra mas grave que todas, y que crecia segun avanzaban hacia Amsterdam los puestos franceses. En Utrech tenia su cuartel general el mariscal Oudinot, jefe de las fuerzas combinadas que debian guardar las avenidas de la Holanda: puestos habia establecido desde Utrech hasta las bocas del Mosa, y remontando las costas del Norte de Holanda, desde las bocas del Mosa hasta la altura del Haya; pero habia que remontarse mas aun para cerrar el Zuyderzeo y la entrada de Amsterdam á los pabellones contrabandistas: y esto no lo queria aguantar el rey Luis por inspiracion propia ó de los parciales secretos de una revuelta. Resignábase á que las tropas francesas fueran á Utrech y hasta al Haya, porque aun así era posible en rigor una defensa desesperada, inundando el resto del país y llamando en ayuda á las flotas inglesas. Con efecto, la riquísima península del Norte de Holanda hubiera quedado completamente dominada por las aguas, elevándose desde las esclusas de Katwyck hasta el Texel, entre el Océano por una parte, el mar de Harlem y el Zuyderzeo por otra, cubierta de verdes pas-

tos, de floridos vergeles, de opulentas ciudades, como Leyden y Amsterdam. Corriendo esta vasta lengua de tierra en Leyden, cubriendo de agua sus avenidas, cabia hacerse allí invencible y disputar á Napoleon la independencia batava por largo tiempo, como se habia disputado dos siglos antes á Luis XIV. Mas, para que esto fuera posible, habia necesidad de impedir que se remontaran mas allá de Leyden las tropas francesas.

Otra razon asistia al rey Luis para obrar de este modo, y era la de no sufrir en medio de la capital de su reino la presencia de soldados extraños y no tener visos de un rey prefecto. Así no cesó de insistir con el mariscal Oudinot á fin de que no pasasen mas arriba de Leyden las tropas francesas, alegando que su honor, su dignidad, no le consentian soportar en su residencia real tropas que, aunque amigas, eran extrañas. Al cabo, presentándose una vanguardia delante de Harlem, cerróse la entrada de esta ciudad á los franceses, y el águila imperial tuvo que retroceder de resultas.

A todos estos hechos, mas ó menos contrarios al tratado, se añadía la no ejecucion de un artículo en que Napoleon ponía empeño imponderable, y era el armamento de la flota del Texel. Algunos buques se habian juntado á las órdenes del almirante Winter, pero apenas contaban doscientos hombres de tripulacion en vez de tener de setecientos á ochocientos; y esta condicion, la de mas fácil observancia, la mas adecuada á calmar á Napoleon, la mas útil para cualquier partido que se tomase, incluso el de la resistencia, no se llevó á cabo por falta de recursos. Cuantos venian del

Texel contaban que los armamentos allí anunciados eran irrisorios.

Conocidas eran del público estas numerosas disputas, envenenadas por los que preferian el arbitrio de echarse en brazos de los ingleses, deploradas por los espíritus sensatos que preveían sus inmediatas consecuencias, y consideradas por la afligida muchedumbre como otras tantas pruebas de la tiranía insostenible que se quería ejercer sobre ella. Fogoso Luis como el último de los jornaleros, que se reunían cotidianamente en los vacíos y desiertos muelles de Amsterdam, en lugar de calmar los ánimos, los excitaba con su actitud y su lenguaje; decía muy alto que no sufriria la ocupacion militar de la capital, y así contraía compromisos de amor propio de que era difícilísimo que retrocediera. Hasta desesperaba de los holandeses cuerdos que temían ver la desaparicion de su patria en medio de semejante conflicto.

A punto habian llegado las cosas que podia producir una explosion la mas mínima circunstancia. Efectivamente, hallándose en la plaza pública cierto domingo un criado de la embajada de Francia con librea, fué reconocido, maltratado de palabra, apaleado luego, y á duras penas pudo ser arrancado de manos de la amotinada plebe.

En cualquier otro tiempo fuera de escasa importancia un incidente de esta clase, pero á la sazón debia producir inevitablemente una crisis. Aun cuando los hechos citados fueran transmitidos sin exajeracion alguna por el mariscal Oudinot y Mr. Serurier, no pudo contenerse Napoleon al saberlos. Su encargado de negocios casi ofendido, sus águilas rechazadas de Harlem, la librea de su

embajador ultrajada, parecíanle afrentas intolerables, y mas siendo mal ejecutadas las condiciones del tratado, ó no siéndolo de ningún modo. Asi dispuso que á Mr. Verhuel, representante de Holanda en París, se le expidieran sus pasaportes, y aunque le estimaba sobremanera, estrechóle á hacer uso de ellos en el instante. A Mr. de Larochefoucault vedóle tornar á su puesto, y á Mr. Serurier presentarse en la corte del rey Luis. Además exigió que se le entregaran sin demora los culpables de la ofensa hecha á la librea del embajador, quiso que el burgomaestre de Amsterdam fuera muy luego reinstalado en su destino, que se abrieran á las tropas francesas, no solamente las puertas de Harlem, sino las de Amsterdam, que el mariscal Oudinot entrara en estas ciudades á tambor batiente y las banderas desplegadas; que sin excepcion alguna fueran entregados los cargamentos americanos; que se recibiera á los aduaneros franceses en todas partes, y que se dieran explicaciones sobre el aumento de la flota prometida para el día 1.º de julio. Por último, anunció que, si quedaba por ejecutar una sola de las condiciones del tratado, iba á poner termino á lo que llamaba ridícula comedia, y á tomar posesion de Holanda, cual lo habia hecho de Toscana y de los Estados Romanos. A la amenaza añadió actos muy significativos, mandando que las tropas de la division de Molitor, que estaban en Embden, entraran en Holanda por el Norte, por el Sur las que se hallaban en el Brabante, y que fueran á reforzar al mariscal Oudinot unas y otras.

Estas noticias fulminantes, tan fáciles de prever, llegaron con poca intermision á Amsterdam,

donde fueron interpretadas de la manera mas alarmante por el almirante Verhuel, que habia de-
jado á Paris á consecuencia de la intimacion que se le hizo y que conocia las intenciones de Napoleon perfectamente. Por esto dió á entender á los hombres que se hallaban al frente de los negocios que no habia que titubear y que era forzoso abrazar el partido de la resistencia, que verosimilmente seria desastroso, ó el de la sumision absoluta, como el único adecuado para conjurar el peligro. El rey Luis recurrió á una gran consulta, llamando, no solo á sus ministros actuales, sino á los pasados, y á los mas insignes varones del ejército y de la marina. Con excepcion de algunos insensatos desprovistos de toda razon, y de algunos interesados adictos á Inglaterra por muy tristes causas, todos los hombres amantes de su pais se pronunciaron en el propio sentido. Aun detestando el yugo de Napoleon, consideraron que el de Inglaterra, por el cual se verian obligados á optar inevitablemente, seria mucho mas tremendo. Fuera de que habria de sacrificarse en los mares por la causa de Inglaterra, que no era la de Holanda, no se podria probablemente disputar á Napoleon mas que una parte del territorio, siendole abandonada por fuerza la mayor despues de terribles destrozos, y no salvandose la mas pequena de sus manos, sino anegandola y entregando á los ingleses los astilleros, los arsenales y las escuadras. No habia hombre que conservara algun seso y algun patriotismo que se pudiera pronunciar por resolucion semejante, á excepcion de dos ó tres fanáticos extra-
viados por ciegos odios. De consiguiente los hombres cuerdos, casi en su totalidad, revelaron, tan-

to en su semblante como en sus discursos, que la resistencia les parecia imposible al par que culpable, de suerte que el rey Luis se vió abandonado muy luego por los mismos á quienes queria sacrificarse. Por otra parte, si el pueblo que nos atribuia su miseria, si algunas familias ilustres enlazadas por interés y por sentimiento á Inglaterra, habian contribuido á formar una opinion pública esencialmente contraria á los franceses, la clase media, adicta á ellos en otro tiempo á causa de sus inclinaciones políticas, segregada ya por efecto de sus sufrimientos mercantiles, empezaba á descubrir el peligro que amenazaba á Holanda; veia que, de seguir así, habria que arrojarla arruinada y destrozada á los pies de la aristocracia inglesa, y se declaraba á su vez contra las imprudencias del gobierno. Como el rey Luis se habia comprometido con sus declaraciones públicas á no sufrir dentro de Amsterdam á los franceses, y al par se hallaba abandonado por los mismos súbditos con cuyas pasiones se habia identificado muy calorosamente, no sabia qué partido abrazar, y padecia en su espíritu extravios y turbaciones.

En tan cruel situacion tuvo todavía como otras veces, el pensamiento de someterse á la voluntad de su hermano, bien que pasageramente cual de costumbre, y de renunciar á una lucha imposible con evidencia. Llamó cerca de sí á Mr. Serurier, encargado de negocios de Francia, á quien habia recibido tan mal pocos dias antes, y esta vez le hizo la mejor acogida; le pidió consejos, ofreciéndole seguirlos con puntualidad rigurosa; ofreció someter á los tribunales á los que insultaron la librea del embajador; reinstalar al burgomaestre

de Amsterdam, poco empeñado á la verdad en volver al ejercicio de sus funciones; entregar los cargamentos americanos; sufrir los aduaneros franceses; acelerar el armamento de la escuadra; todo bajo una condicion sola, y era la de que no se le obligara á recibir en su capital á los franceses, lo cual decia ser para él una humillacion á que no se podia resignar de ningun modo. Tanto habia repetido este principe sin ventura que no toleraria que en su residencia hubiera tropas extrañas, que no creia poder retroceder de este compromiso sin cubrirse de oprobio. Conviene añadir que, en su profunda ó incurable desconfianza, entendia que Napoleon habia resuelto desposeerle, y que, una vez admitidos los franceses en Amsterdam, seria destronado muy pronto, sin tener el triste honor de abdicar siquiera. Insistió pues en obtener un plazo para la entrada de las tropas francesas.

Pero las órdenes de Napoleon eran tan terminantes que ni el mariscal Oudinot ni Mr. Serurier osaron aplazar una providencia tan imperiosamente prescripta. Mr. Serurier instó al rey para que no se alarmara por la presencia de los soldados franceses, compatriotas suyos, que le habian elevado al trono, que respetarian siempre en él al hermano de su emperador, y que además tenian órdenes de proceder como convenia respecto de un monarca amigo, aliado y muy cercano deudo. Mas no podia modificar las instrucciones militares que el mariscal habia recibido, y se vió obligado á dejar que se aproximaran las tropas francesas, saliendo del trance con transmitir á Paris lo que pasaba en Amsterdam.

Colocado entre los holandeses, que no querian una resistencia ruinosa para su pais, y los soldados franceses que avanzaban á Amsterdam de continuo, no viendo otro arbitrio para salvar su dignidad que el de renunciar su trono, resolvió el rey descender voluntariamente sus gradas, único modo de dejarle que le pareció no deshonoroso. Reuniendo á sus ministros, les anunció su resolución con gran secreto; dijoles que iba á abdicar en favor de su hijo y á fiar la regencia á la reina; que una muger, una madre, querida por Napoleon, resignada á hacer cuanto exigiera, le desarmaria por su debilidad misma, y podia ceder á todas sus voluntades sin deshonor. Sus ministros oyeron silenciosamente tales declaraciones; le expresaron algún pesar de verse privados de un rey adicto á la Holanda, pero no insistieron en disuadirle comprendiendo perfectamente que al punto á que habian llegado las cosas, el trono de un niño, bajo la tutela de una muger, era la última forma bajo la cual se podia hacer ensayo de prolongar todavía la independencia de la Holanda. Al tenor de las vivas instancias del rey prometieron guardar el mas impenetrable secreto, á fin de que tuviera tiempo de abdicar y de retirarse en libertad adonde le pluguiera. Esta precaucion, inspirada por la habitual desconfianza de Luis, era superflua porque ni Mr. Serurier ni el mariscal Oudinot podian impedir que abdicara, ni hubieran pensado en poner las manos en su persona.

A los preparativos de esta abdicacion se dedicaron cuarenta y ocho horas solamente, y de ella no supieron nada ni el encargado de negocios de Francia, ni el general en jefe. Convínose en que

el rey partiria sin comitiva, y con disfraz que impidiera reconocerle; en que al punto seria llevada el acta de abdicacion al cuerpo legislativo; en que los ministros, formando consejo de regencia, gobernarían en nombre del rey niño hasta la llegada de la reina, que solo habia estado muy pocos dias en Holanda, y en que seria llamada á Amsterdam esta princesa para que se encargara de la regencia y de la educacion del heredero del trono. Todos estos actos fueron firmados la noche del 2 al 3 de julio de 1810, y tan luego como el rey Luis los hubo firmado, subiendo á un carruaje, se puso en camino, sin que sus ministros, enterados de todo, supieran el retiro adonde tenia proyecto de encerrarse. En la mañana del 3 de julio supieron al propio tiempo esta extrema resolución del hermano de Napoleon la ciudad de Amsterdam con inquietud y con sorpresa, la embajada y el ejército de Francia con profundo asombro.

Acto continuo fueron los ministros á cumplimentar al rey niño, fiado momentáneamente á la solicitud de un ayo respetable. Desde allí se dirigieron al cuerpo legislativo para comunicarle el suceso ya consumado. Aquella tarde llegó á las puertas de Amsterdam el ejército francés y salió á recibirle el antiguo burgomaestre Vander-Poll, ya reinstalado, y las autoridades militares holandesas: casi fué acogido amistosamente, y la plebe no dió señales de resistencia. Sintiendo la multitud de los habitantes haber perdido un príncipe que se habia sacrificado por sus intereses sin mucha prudencia, creyó que ya era forzoso citar en Napoleon toda la esperanza, y buscar en la incorporacion al mas vasto imperio del universo la

compensacion de la independenciam recien perdida, y de los daños que iba á traer consigo el sistema continental rigorosamente ejecutado. Con cierta especie de calma y con curiosidad atenta se esperaron las resoluciones que se providenciaran en Paris por consecuencia de lo acaecido.

Un empleado de la legacion francesa, despachado por Mr. Serurier al punto, llevó á Napoleon la noticia de la extraña abdicacion del rey Luis. Pero el mismo dia de la llegada de este empleado á la capital de Francia, que era el 6 de julio, se habia ya presentado á Napoleon, en cumplimiento de órdenes suyas, una memoria concierne á motivar la incorporacion de Holanda al imperio (1); de consiguiente habia abrazado su partido antes de la abdicacion de su hermano. Con todo, resuelto como estaba, Napoleon sintió en el instante de pasar del simple proyecto á la ejecucion la gravedad del acto que se hallaba á punto

(1) Esta memoria existe en los archivos del ministerio de Estado con fecha 6 de julio, dia mismo en que Mr. de Caroman, portador de la noticia de la abdicacion, llegaba á Paris. Por tanto debia de estar ordenada y redactada antes que la abdicacion de Luis fuera conocida; ademas una de sus frases demuestra ser anterior á la noticia de la abdicacion de aquella memoria, pues decia que *S. M. imperial estaba resuelto á llamar cerca de sí al príncipe que habia tomado en el seno de su familia para darle á la Holanda*. Queda pues fuera de toda duda que, en virtud de lo que acontecia, Napoleon tenia determinado incorporar la Holanda á Francia antes de que se decidiera á abdicar su hermano. Realmente el hecho no tiene grande importancia: sin embargo conviene consignarle en obsequio de la verdad, que se debe de buscar ante todo en la historia, independientemente de las deducciones que se puedan sacar de ella.

de consumir. Y realmente, no bien celebró la paz con Viena y se enlazó con Maria Luisa, dirigió todas sus ideas hácia la paz y distribuyó sus fuerzas de modo de evacuar la Alemania y de tranquilizar á las potencias continentales ¿se podia restituir la soberania á la Europa alarmada, apoderándose en tres meses, primero del Brabante y Zelanda, y despues de la Holanda toda, agregando así dos millones de almas al imperio, llevando sus fronteras del Escalda al Wahal, del Wahal al Ems? ¿No estallaba así nuevamente y de la manera mas alarmante el espíritu de conquista tan echado en cara á la Francia? ¿Y no se mostraria mas irreconciliable que nunca Inglaterra que tenia en sus manos la última y mas apetecible paz, la de los mares, cuando hubiera que hacerla soportar, ademas de la anexion de Amberes y de Flessinga á la Francia, la de Helwoet, Sluys, Rotterdam, Amsterdam y del Helder? A Napoleon se le alcanzaban muy bien todas estas dificultades, pero estremeciéndose de gozo ante la idea de incorporar tales territorios, tales golfos, tales puertos á Francia, y sobre todo de cerrar al comercio británico tan anchas salidas; considerándose ademas absuelto de usurpacion semejante por la situacion forzada en que le ponía la abdicacion de su hermano, ya no se detuvo, y determinó la incorporacion al imperio. Noticioso de lo acaecido el 6 por la tarde, no se tomó mas que dos dias para establecer las condiciones de la incorporacion esta, y decretóla el 9 de julio de 1810.

Al público francés y europeo se dió por razon que, hallándose sin rey la Holanda, por la necesidad de librarla de los ingleses se veia Napoleon

obligado á ponerla bajo la vigilante y vigorosa administracion del imperio; que, incorporada asi la Holanda, proporcionaria á la causa comun fuerzas navales importantes, y una vasta prolongacion de costas vedadas al comercio británico muy rigurosamente. A los holandeses se dió en particular por razon que, situados entonces entre el mar cerrado por los ingleses y el continente cerrado por los franceses, se hubieran visto muy en breve expuestos á morir de miseria y condenados en todo caso á la impotencia bajo el peso de una deuda enorme; que por el contrario, reunidos al mayor imperio del mundo, tendrian, cuando menos, el continente abierto durante la guerra, y durante la paz, ademas del continente, el mar de igual modo: que su comercio se extenderia mas aun que en la época de su prosperidad mas brillante; que su marina, á la sazón aniquilada, luego de reunida á la francesa veria renacer los tiempos gloriosos en que, dirigida por Tromp y Ruyter, disputaba á la Gran Bretaña la dominación de los mares; que sus ciudadanos, siendo iguales á los de Francia, sentándose con iguales títulos en sus consejos, hallarian en una nueva y poderosa patria la compensacion de la patria perdida.

Al tenor de estas razones, que eran especiosas y que el tiempo hubiera hecho verdaderas en parte, si hubiera dorado aquel estado de cosas, Napoleon decretó con una sorprendente audacia de lenguaje que *Holanda quedaba reunida á la Francia*. Ademas decidió que Amsterdam figurara como la tercera ciudad del imperio, habiendo ya providenciado cuatro meses antes que Roma fuera la segunda. Estableció que Holanda tuviera de alli

adelante seis miembros en el senado del imperio, seis miembros en el consejo de Estado, veinticinco en el cuerpo legislativo, dos consejeros en el tribunal de casacion; lo cual era un poderoso incentivo ofrecido á todas las ambiciones; confirmó en sus grados á los oficiales de mar y tierra; agregó la guardia real holandesa á la guardia imperial francesa, y ordenó que los regimientos de línea de Holanda tomaran puesto en el ejército francés á continuacion de los regimientos de línea ya existentes y por orden de números. ¡Nada podia halagar mas al ejército holandés que esta filiacion!

En nueve departamentos fué dividido el territorio, dos de la parte ya incorporada, bajo el título de departamentos de las Bocas del Escalda y de las Bocas del Rhin, y siete de la misma Holanda, bajo el título de departamentos del Zuyderzeo, de las Bocas del Mosa, del Issel Superior, de las Bocas del Issel, de Frisia, del Ems Occidental y del Ems Oriental. Hasta 1.º de enero de 1811 fueron conservadas las contribuciones ya percibidas; desde esta época debian ser establecidos en los nueve departamentos nuevos los impuestos franceses mucho menos onerosos que los holandeses.

Con el aislamiento en que habia la Holanda vivido padecia mas que nada, á la par que su comercio, su hacienda; evidentemente en punto á su deuda convenia abrazar un partido, pues, como ya hemos indicado en un presupuesto de 155.000.000 de gastos y de 110.000.000 de ingresos, figuraba la deuda sola por una suma de 80.000.000. No habia posibilidad de que continuara semejante estado de cosas, y la prueba es que de

hecho los intereses de la deuda no se habían podido pagar ni en 1809, ni en 1808. Solo se ejecutaban los diversos servicios públicos por medio de letras de cambio del Tesoro, que se descontaban con una pérdida considerable y eran una anticipación sobre las rentas. De este modo había venido á caer tanto la marina holandesa que para vivir tres mil marineros se habían resuelto á emigrar á Inglaterra.

Pensando Napoleón que este primer momento de perturbación era el más á propósito para una operación dolorosa, y semejando la situación de Holanda á la de Francia después de la revolución, decretó por el mismo acto de incorporación la reducción de la deuda á la tercera parte; bien que ordenando la solvencia inmediata de los atrasos de 1809 y de 1808; providencia que para muchos pequeños renteros muy apurados era un precioso alivio y les indemnizaba algo de la reducción de sus créditos ya muy prevista. Borrando del gran libro holandés los créditos pertenecientes á diversos príncipes extranjeros enemigos de Francia, como los príncipes de Hesse y de Orange, esperaba Napoleón que bastaría una suma de 20.000.000 anuales para cubrir los intereses de la deuda ya reducida á la tercera parte; que con la supresión de muchos gastos ya inútiles, como los de relaciones extranjeras, lista civil, etc. que componían un total de 14.000.000 bastaría para las administraciones diversas; que entonces se podrían dedicar 20.000.000 al ejército, 26 á la marina, con lo que los gastos solo ascenderían á 80.000.000 y experimentaría la Holanda, agobiada de impuestos, un gran desahogo. Siempre la marina había

sido objeto de predilección para los holandeses. Atendiendo Napoleón á los medios de restablecerla y decretando al punto obras en los astilleros, se lisonjeaba de despertar en los puertos una actividad que regocijara los ánimos y les hiciera presagiar venturas de la incorporación á Francia.

Del comercio holandés faltaba tratar todavía, debiéndole resultar gran beneficio de la abolición de la línea de aduanas entre Holanda y Francia. Sin embargo era imposible decretarla hasta que las aduanas francesas se posesionaran del litoral tan abierto y de tantos accidentes como el de Holanda. Napoleón resolvió que subsistiera la línea de aduanas hasta el 1.º de enero de 1811, época fijada para la completa fusión de los intereses de ambos países. Aun así cabía dar una satisfacción inmediata al comercio holandés, que á la par debía ser muy grata á los consumidores franceses, y consistía en permitir curso expedito por lo interior del imperio á los azúcares, cafés, algodones, añiles, sucesivamente acumulados dentro de Amsterdam y de Rotterdam en grande copia. Proporcionando una inmensa ventaja al comercio holandés esta dispersión de géneros almacenados, debía de hacer mucho menos laboriosa la vigilancia. Pero, á causa de la facilidad de las introducciones, los géneros coloniales no subían en Holanda á la cuarta parte de precio que entre los franceses; y autorizar la introducción de tales mercancías sin que pagaran cosa alguna, fuera proporcionar á los negociantes holandeses un beneficio exorbitante, con que no debieron contar nunca, y causar un grave perjuicio á los negociantes franceses, que habían hecho sus acopios á

precios mucho mas subidos. Allanálo todo Napoleón permitiendo la libre entrada de los géneros coloniales de Holanda en Francia mediante un derecho de 50 por ciento, que aun dejaba á los holandeses beneficios inesperados, hacia la desigualdad menos peligrosa para los comerciantes franceses, y debia de asegurar pingües ingresos al tesoro. A esta providencia añadió otras para el establecimiento de aduanas en las costas desde Flessinga hasta el Texel, ordenó la presa tantas veces exigida de los cargamentos americanos secuestrados, así como su traslación á Amberes; y ofreció por último conceder á los holandeses, por medio de licencias amplias, un comercio tan extendido como lo permitiera el estado del mundo.

Tales fueron las disposiciones generales que acompañaron al decreto de 9 de julio. Aun hubo otras enderezadas á disminuir el inevitable disgusto que la incorporación ocasionaba á los holandeses. Para que Amsterdam no se viera inmediatamente privada de una corte, dispuso Napoleón que en esta ciudad, al modo que en Turin, en Florencia y en Roma, residiera un personaje de viso, de representación suma y que tuviera á cargo ejercer la autoridad imperial con cierta pompa. No pudiendo elegir á ningún príncipe de su familia, y no siendo por otra parte decoroso que reemplazara al rey Luis alguno de ellos, ni de modo que supiera atender á los pormenores rentísticos y administrativos de la incorporación al imperio, fijóse la elección de Napoleón en el architesorero Lebrun, varón afable, conciliador, muy experimentado en materias de hacienda y hábil á veces en insinuar la verdad á su soberano

bajo la forma de una agudeza afectuosa y delicada. No podia Napoleon escoger persona mas adaptable al carácter de los holandeses. Mucho repugnaba Lebrun tomar sobre sí tan difícil encargo; pero, desentendiéndose Napoleon de su repugnancia, envióle inmediatamente con emolumentos muy crecidos y poderes muy amplios. Le dió por adjuntos á Mr. Daru para que tomara posesion de las propiedades del Estado, de los arsenales, y de los almacenes; á Mr. de Hauterive para hacerse cargo de los archivos de negocios extranjeros; á Mr. de las Casas para recoger los mapas y planos de que tenia necesidad con el fin de redondear sus proyectos marítimos; y al hábil ingeniero Mr. de Ponthon para inspeccionar las radas, los golfos y los puertos desde Flessinga hasta Embden. Dentro de quince dias esperaba haber recibido todos los informes reclamados y poder expedir las órdenes necesarias tanto para el establecimiento rigoroso del bloqueo continental como para la defensa del nuevo territorio unido al imperio y para la restauracion de la marina holandesa. Por último hizo partir de seguida al general Lauriston, su ayudante de campo, para que se apoderara del príncipe real y lo llevara á Paris consigo. No imaginaba que hubiera atrevimiento para resistirle oponiendo á su decreto de incorporacion un fantasma de dignidad real holandesa; y en todo caso iba á precaverlo apoderándose del príncipe y entregándole á su madre, encargada de guardarle y educarle. Este príncipe debia llevar el título de gran duque de Berg en compensacion de la corona de Holanda que le acababa de ser arrebatada.

Marchando diligentemente el general Lauris-

ton á Amsterdam llegó allí el 43 de julio, y halló á los mas de los naturales atentos, curiosos y resignados de antemano á una incorporacion harto prevista para que produjera emocion grande. Se le entregó el principe real, que habia sido guardado con respeto, á pesar de la intima conviccion de que no ocuparia el trono. A otro día, 14 de julio, llegó el architesorero Lebrun y tuvo acogida muy decorosa. Se habia convocado á la guardia real, á la guardia nacional y á las autoridades civiles para recibirle á las puertas de la ciudad. Satisfecha la guardia real de pasar á guardia imperial dió algunos vivas al emperador: la muchedumbre estuvo silenciosa: los empleados, con el anhelo de conservar sus destinos, saludaron al nuevo señor como hacen en todos los tiempos y en todos los paises. Al día siguiente prestaron juramento, y uno de los nuevos ministros holandeses fué quien advirtió al principe Lebrun, pues siempre pecó algo de distraido, que se habia olvidado de mandar que oraran por el emperador en las iglesias. Se lo participó á Napoleon el mismo architesorero, haciéndole notar agudamente y con malicia que él no era el mas solícito de sus súbditos en Holanda.

Reposados, sólidos, reservados son los holandeses, y juntan á una verdadera rectitud, mucha sutileza y gran cálculo. En lo general no se querian indisponer con el nuevo señor inevitable que el destino acababa de dar á Holanda como á otros muchos paises, y además conocian que la incorporacion podia tener sus ventajas. No era posible la existencia aislada, agitada, que tuvieron bajo el rey Luis, mas holandés que los mismos holan-

deses. Colocados entre los ingleses y los franceses, condenados á ser tiranizados por los unos ó por los otros, resignábanse á pertenecer á los franceses con la esperanza de ser al retorno de la paz los comisionados del mas vasto imperio del mundo. Esto era especialmente lo que discurrían los hombres sensatos. Su corazón padecía, pero su razón no se sublevaba de resultas. Cierto es que á los tenedores de papel affigia la pérdida de las dos terceras partes de su renta; pero generalmente inspiraban poco interés estos pequeños capitalistas, no bastante ricos para llamar la atención, no bastante pueblo para afectar á la muchedumbre. Mas influyentes los comerciantes en grande escala se mostraban satisfechos del libre curso otorgado á los géneros coloniales. Con abrirse los arsenales al punto se trajo á buenas disposiciones al pueblo de Amsterdam y de Rotterdam, acostumbrado á dominar y á hacerse temer. Queriendo evitar á su país el almirante de Winter nuevas faltas, dedicóse á inspirar á las gentes de mar, de los cuales era muy querido, confianza en las intenciones de Napoleon, y á prometerles la próxima restauracion de la marina holandesa. Todas las clases hallaban pues, cierto motivo de consuelo en lo que habia pasado. Faltaba saber como se tomarian mas tarde los alojamientos de los soldados, las quintas ó conscripciones, la matricula marítima, la clausura prolongada de los mares, las molestias en fin de una dominacion extráñgera, que daba sus órdenes desde lejos y en otra lengua que la nacional.

No bien tuvo Napoleon los primeros informes enviados por sus agentes, redondeó sus proyectos con relación á la marina. Rotterdam y Amsterdam eran

los dos grandes puertos de Holanda, los dos grandes centros de la población jornalera; pero eran puertos de construcción y no de armamento. Las naves construidas en Rotterdam iban por canales interiores á Helwæt-Sluis, los que se construían en Amsterdam eran llevadas por el Zuyderzeo al Helder, al modo que los que salían de los astilleros de Amberes bajaban á Flessinga para ser allí armados y tomar su posición militar. Tres escuadras resolvió Napoleon que hubiera hacia las embocaduras de los Países Bajos, la de Flessinga construida en Amberes, la de Helwæt-Sluis en Rotterdam, la del Helder en Amsterdam. Dispuso que inmediatamente se procediera á construir navíos y fragatas, que se carenasen los buques aun servibles, y que sin la menor demora hubiera prontos en Helwæt-Sluis cinco navíos y ocho en Helder con el proporcionado número de fragatas. Doble debía ser la cantidad de los bageles que fueran contruidos y botados al agua á otro año. Napoleon mandó que se alistaran marineros, y aunque había cierto número de ellos expatriados en Inglaterra, pudo esperar que, pagándolos bien, tendría los suficientes para los armamentos proyectados. No faltaban materias navales, y las que no había en Holanda, se hallaban á la mano en Suiza: consistían en maderas cortadas y no despachadas por falta de dinero. Tampoco podían faltar fondos, puesto que iban á llenar las cajas de los departamentos holandeses, el 50 por 100 asignado á las mercancías, cuyo curso vino á ser libre, y la venta de los cargamentos americanos. Interin se realizaban estos ingresos, Napoleon tuvo á su disposición los billetes de la caja de amortización que

circulaban por donde quiera y eran recibidos como muy buenos valores. De ellos hizo que se prestara á Holanda una suma de 20.000.000, y en cambio transmitió á la caja de amortización un almacén de especias que valía 40.000.000, mas 10 de bienes raíces de las mejores propiedades nacionales de los nuevos departamentos. Estos 20.000.000 de bonos de la caja de amortización, tomados de buen grado por los capitalistas holandeses, que conocían su mérito, hicieron las veces de dinero constante, y permitieron que todo se pusiera en movimiento en los puertos y en los astilleros de Holanda.

Operóse, pues, la incorporación con mas facilidad de la que se pudo suponer al pronto, y la acción del bloqueo continental se pudo extender hasta las bocas del Ems sin obstáculo alguno. Del rey Luis, que por decirlo así había huido, despues de haber abdicado, se supo que estaba en los baños de Teplitz. Napoleon hizo que se expidieran órdenes á sus agentes diplomáticos para que le trataran con las mayores contemplaciones, y atribuyeran en su lenguaje á la mala salud del rey cuanto había pasado, y pusieran á su disposición los fondos de que necesitara. Así todas las dificultades de esta incorporación se allanaban por el momento; pero ¡qué de pasos en seis meses! Despues de la paz, despues de su matrimonio no pensaba Napoleon mas que en aplacar á la Europa, en calmar las inquietudes de los gabinetes, en evacuar la Alemania, en retroceder á sus dominios, en concentrar sus empresas á la guerra vigorosa que quería dirigir contra los ingleses militar y comercialmente, y ya por el desseo de cerrar con mas

exactitud sus costas, de trazar mejor su frontera, de comprender dentro, tanto la embocadura de los rios que llamaba franceses, como los golfos que parecian á propósito para sus numerosas escuadras, se habia dejado arrastrar á extender su territorio desde el Escalda al Wahal, desde el Wahal al Mosa, desde el Mosa al Helder, desde el Helder al Ems. ¿Dónde hacer alto por tal via? ¿Y qué decir á las potencias europeas para justificar á sus ojos tan peligrosas invasiones?

A la verdad Napoleon no se inquietaba por las explicaciones que habria de darles: con una movilidad de espíritu á tenor de la misma vivacidad de sus sensaciones, ya habia olvidado casi su deseo de tranquilizar á la Europa, á fuerza de ocuparse en el bloqueo continental y en la reorganizacion de la marina europea. Así apenas se dignó presentar algunas explicaciones insignificantes á los diversos gabinetes para darles razon de este aditamento vasto al territorio del imperio. A monsieur de Caulaincourt hizo que dijera en Rusia con cierta especie de negligencia que por resultas de la incorporacion no habia realmente cambiado Holanda de soberano, pues bajo el rey Luis pertenecia á Francia ni mas ni menos que ahora; que á mayor abundamiento no habia podido proceder de otra suerte, habiendo abrazado su hermano por efecto de su mala salud el partido de abdicar la corona; que en Holanda no habia mas que lagunas, puertos, astilleros, agenos al continente, noivos no mas que á Inglaterra, pues no ofrecian puntos ofensivos sino contra ella sola; que el bloqueo continental no comenzaria realmente mas que desde esta incorporacion; que serian aumentadas

las fuerzas navales de los aliados, y que se obtendria mas prontamente la paz general, objeto de los votos de todos.

No fueron tan largos los discursos que dirigió Napoleon al Austria, y ni palabra dijo á los otros Estados. Los gabinetes á quienes se dignó hablar, no respondieron nada, pues nada habia que decir efectivamente: observaban, pensaban, callaban, aguardando en silencio el acontecimiento imprevisible que les permitiera dar vado á los sentimientos interiores de que su corazon estaba lleno. Conviene hacer notar, sin embargo, que el Austria, muy sensible por la parte de Trieste, era indiferente hácia la de Amsterdam, y que Rusia no hallaba que el Helder estuviera bastante cerca de Riga para hacer causa comun con la Holanda.

Por esta época dejó Mr. Metternich á Paris con el objeto de ponerse definitivamente á la cabeza del gabinete austriaco. Como se recuerda sin duda, habia ido á Francia despues del matrimonio de Maria Luisa, con una mision secreta del emperador Francisco. Bajo pretesto de servir de guia á la jóven emperatriz en los primeros instantes de su instalacion en Paris, debia observar de cerca á Napoleon para ver si el matrimonio sosegaria al conquistador ó si no produciria mas que un aplazamiento momentáneo de sus proyectos relativamente á la Europa, y si en suma se podia contar con un reposo durable ó solo con una tregua. Al ponerse Mr. de Metternich en camino escribió á su emperador que, bien examinado todo, habia que atenerse á la última de estas suposiciones.

Aguardando Napoleon las consecuencias de su política invasora, que se complacia en disimularse,

y dedicado á la sazón á la obra importante del bloqueo continental exclusivamente, no pensaba mas que en hacerle eficaz del todo, aprovechando los territorios recién adquiridos. A pesar de la mas rigurosa vigilancia, á pesar de las severas penas impuestas á todo el que hacia contrabando, siempre se introducía en el continente cierta cantidad de géneros coloniales y de manufacturas inglesas. Mediante el pago del 40 ó del 50 por 100 á los contrabandistas, aun se lograba la introduccion de las mercancías vedadas, bien que no tan á menudo como antes; pero, operándose á este precio, la pérdida del comerciante inglés era de importancia; el envilecimiento de los valores acumulados en los depósitos británicos debia hacer rápidos progresos, y los industriales del continente que trataran de hilar y tejer el algodón, de extraer el azúcar de la uva ó la remolacha, la soda de la sal marina, ó los tintes de las diversas combinaciones químicas, debian hallar en una diferencia de precio, que era frecuentemente de 50, 60 y hasta de 80 por 100, un estímulo suficiente á su trabajo. Así notábase grande actividad en las fábricas del continente, y sobre todo en las de Francia. Es verdad que lo caro de su fabricacion recaía sobre los consumidores, mas resignábanse como á una condicion de la guerra, y se lograba así un doble objeto, el de crear la industria francesa y el de amenguar los valores sobre los cuales descansaba el crédito de Inglaterra.

Con todo, fuera del disgusto de sobrellevar una prima de 50 ó 60 por 100 en favor de los defraudadores de todas las naciones, habia en semejante estado de cosas el inconveniente grave de ha-

cer pagar los productos á los consumidores franceses mas caros que á todos. Así, á medida que se alejaban de Paris, bajaban de precio los azúcares, cafés, algodones, añiles. Estas mercancías eran menos caras en Amberes que en Paris, en Amsterdam que en Amberes, en Hamburgo que en Amsterdam; fenómeno comercial que consistia sencillamente en que la vigilancia era menor y menos eficaz á medida que se alejaba del centro de la administracion francesa. Sin duda la ocupacion de Holanda, la presencia del mariscal Davout con sus tropas en el litoral del mar del Norte iban á disminuir mucho esta diferencia, haciendo mas igual la vigilancia, pero no cabia lisonjarse de conseguir que se nivelaran los precios.

En una especie de tortura ponía al espíritu de Napoleon este doble inconveniente de pagar una prima enorme á los contrabandistas, y de pagarla mayor en Francia que en otras partes, de modo que los franceses padecian por resultas de tener una administracion mas perfecta. De súbito el espectáculo de lo que acababa de pasar en Holanda sugirióle una solucion adecuada á satisfacerle. No habiendo querido que se vieran privados del beneficio de la incorporacion los holandeses, habia permitido que las mercancías coloniales acumuladas por ellos penetrasen en Francia, sujetándolas á un derecho de 50 por 100, á fin de no galardonar demasiado su larga insubordinacion y de no dañar tampoco mucho al comercio francés ya provisto á precios muy altos de los géneros de cuya introduccion se trataba. Esta combinacion habia satisfecho á los holandeses y proporcionado cuantiosos ingresos al tesoro.

Napoleon sintióse como herido por un rayo de luz al recorrer los estados de las aduanas que revelaban estos hechos. Hasta dos consejos de comercio celebraba cada semana, y en ellos se le importunaba de continuo con la objecion de que despues de todo y á pesar de sus afanes, el contrabando forzaba sus fronteras y percibia sobre los géneros fraudulentamente introducidos una prima muy fuerte y mas fuerte de los consumidores franceses que de los otros puntos.—¡Pues bien! dijo un dia, ya he encontrado una combinacion por virtud de la cual desbarataré los calculos de los ingleses y de los defraudadores. Voy á permitir la introduccion de los géneros coloniales mediante un derecho muy subido, el del 50 por 100, por ejemplo; así conservaré entre los depósitos de Lóndres y los mercados del continente el obstáculo que mantiene á tan bajo precio estas mercancías en la plaza de Lóndres, y á precio tan alto en las plazas de Hamburgo, de Amsterdam y de Paris, obstáculo cuya importancia explica del todo una diferencia de 50 por 100. Lejos de aliojar en mi vigilancia, la haré cada vez mas rigurosa, y no permitiré las importaciones sino mediante el pago de este derecho, de manera que los ingleses, vendiendo sus géneros coloniales como aun hoy llegan á conseguirlo, no podrán venderlos mas caros, puesto que las condiciones serán iguales, puesto que se verán tambien obligados á sobrellevar los mismos gastos de transporte, las mismas comisiones, la misma prima de introduccion. Solo habrá una diferencia, y es que pagarán esta prima de introduccion á mis aduaneros en vez de pagarla á los contrabandistas; y perpetuando para ellos el

envilecimiento de sus géneros, conservaré para mis fabricantes los altos precios que les sirven de incentivo. Finalmente, mi tesoro percibirá así todos los beneficios del contrabando, y obligaré á los ingleses á sufrir los gastos del restablecimiento de mi marina.

Napoleon hizo que le presentaran informes recogidos en las diversas plazas de Europa, y despues de numerosas comparaciones reconoció efectivamente que el derecho de 50 por 100 mantendria en Lóndres los precios envilecidos que arruinaban á los ingleses, en el continente los precios altos que protegian á las manufacturas francesas, y ademas que la carestia, que proseguiria imponiendo á los consumidores del continente, por causa de la guerra, seria igual para los de Paris, de Amsterdam, de Hamburgo, de Suiza, y en una palabra, que los hiladores de Mulhouse no pagarian mas caro el algodón que los de Zurich. Finalmente, esperaba de la nueva tarifa los ingresos de que su mermada hacienda sacaria gran beneficio, y desde luego esta última consideracion le hacia tanta fuerza como las otras.

Resuelto á cargar el derecho que acabamos de indicar sobre todos los géneros coloniales, y no queriendo desmentir su sistema de bloqueo continental por efecto de combinacion semejante, mantuvo Napoleon en todo su rigor teórico la prohibicion de comunicarse con los ingleses, de recibir sus manufacturas ó sus géneros coloniales, y decidió que, á la manera que hasta entonces, toda mercancía de estas dos clases que se cogiera con prueba de su procedencia, seria inmediatamente apresada y confiscada. Pero habia para los géne-

ros coloniales otras procedencias, que se llamaban á la sazón *origenes permitidos*, y eran, por ejemplo, las ventas que procedían de las presas de nuestros corsarios ó de los corsarios aliados, los cargamentos traídos en buques provistos de licencias ó por neutrales verdaderamente neutrales. Napoleón decretó que los géneros coloniales que tuvieran estas distintas procedencias circularán libremente concertificados de su origen y pagando el 50 por 100. Mas como así no hubieran bastado al surtimiento del continente, ni provisto de abundantes recursos al tesoro, entendiéndose que no se obraría rigurosamente en punto á la investigación de las procedencias (1), que se tendrían por válidos los certificados de esta especie fabricados en Londres ó dados por cónsules corrompidos (y desgraciadamente había mas de uno que mereciera este dictado), que se permitiría la entrada y circulación de todos los géneros coloniales, mediante el derecho de 50 por 100 que se exigiría á su introducción en el continente ó al paso de toda frontera. Debiendo ser difícil la recaudación de derecho tan alto antes de la venta de las mercancías, se convino en que se podría pagar en dinero ó en letras de cambio, ó en especie, esto es, dando en este último caso la mitad de la misma mercancía en peso.

Una vez sentado este principio, todo género colonial debía haber pagado el derecho en cualquier punto donde se le hallase, y de no poder

(1) Esta tolerancia, en que consistía la combinación toda, fué autorizada por la correspondencia de las aduanas formalmente, y aun se conserva en los archivos de esta administración.

probar que ya lo había así cumplido, se le declaró introducido fraudulentamente y confiscado. De resultas Napoleón añadió á su sistema la providencia de que simultaneamente y donde quiera que hubiese medios hábiles para conseguirlo, se practicasen visitas repentinas, con el fin de averiguar la existencia de los géneros coloniales, de hacer que pagaran el derecho, si eran declarados sinceramente como tales, ó de confiscarlos, si su existencia se encubría; con lo que esperaba apresarlos al mismo tiempo casi en todas partes, y tomar para su tesoro ó para el de los Estados aliados, la mitad en el caso de declaración, y el todo en el caso de disimulo. Ya se comprendió lo que podía producir tal providencia aplicada á la vez á casi todo el continente, y cuanto terror debía infundir á los numerosos cómplices del comercio británico. No solo se hallaban en Holanda vastos depósitos de géneros coloniales procedentes de las infiltraciones del comercio clandestino, sino en Brema, en Hamburgo, Holstein, Pomerania, en Prusia, en Dantzich, en las grandes ciudades mercantiles de Alemania tales como en Leipsich, Francfort, Augsburgo, en Suiza, que había venido á ser una especie de sucursal inglesa y por último en toda la Italia, en Venecia, Génova, Liorna, Nápoles. Dichas visitas practicadas en estos numerosos receptáculos del contrabando no podían menos de sujetar al pago del derecho ó á la confiscación valores muy considerables.

Con todo, si Napoleón consentía en dejar introducir los géneros coloniales pertenecientes á Inglaterra, tales como azúcar, café, cacao, algodón, añil, cochinilla, palo de tinte, tabaco, cueros,

bajo condiciones tan onerosas para el comercio británico como ventajosas para el tesoro de Francia, quería hacer que sufrieran algo más que un envilecimiento de precio los productos manufacturados, procedentes, no del comercio, sino de las fábricas de los ingleses. Por ejemplo, quería hacer una guerra de destrucción á las telas de algodón de Manchester, á la quincallería de Birmingham, y determinó que las manufacturas inglesas, fáciles de reconocer de suyo, fueran confiscadas y quemadas públicamente donde quiera que fueran halladas y cualquiera que fuese su dueño.

Establecido fué este sistema por decreto de 5 de agosto, y apenas publicado, despachó Napoleón correos á todos los Estados de la confederación del Rin, á Italia, Suiza, Austria, Dinamarca, Suecia, Prusia y á la misma Rusia. Con sus apremiantes argumentaciones imponía Napoleón este sistema á los unos, encarecía para con los otros, y decía á todos que, forzando con la espada de los aduaneros los depósitos de los géneros coloniales, se les podría cargar el derecho del 50 por 100 ó sujetar á confiscación las grandes cantidades de tales mercancías fraudulentamente introducidas por los ingleses, tomando de esta suerte para sí la mitad ó el todo, y logrando al par la triple ventaja de enriquecerse á expensas del enemigo, de descargar un funesto golpe á su comercio, y de hacer para lo porvenir casi imposible el fraude despues de la dispersion de estos inmensos cúmulos interiores de mercancías, que siempre hubiera sido difícil vigilar rigerosamente.

Napoleón apresuróse á inculcar esto mismo con el ejemplo, y dispuso que se ejecutaran sin

demora las presas. Pero no era precisamente en lo interior del Imperio donde podrian ser mas fructuosas, dado que las aduanas francesas no habian dejado introducir muchos géneros prohibidos. Sus depósitos se hallaban establecidos clandestinamente, sobre todo hácia las fronteras; y Napoleón tuvo la audacia de declarar que todo depósito establecido á cuatro jornadas de las francesas revelaba la intencion evidente de perjudicar á la Francia, y que constituyendo esto un delito cometido contra ella, se creía autorizado para castigarlo haciendo que allí se llevaran á cabo las citadas visitas. Consiguientemente mandó á los generales que ocupaban el Norte de España que practicasen registros en los lugares sospechosos: prescribió al príncipe Eugenio que enviara improvisamente seis mil italianos al canton del Tesino, para coger allí un depósito que desparramaba géneros por toda Italia: respecto de la parte de Suiza que miraba á Francia como Berna, y Zurich sobre todo, no quiso emplear tropas francesas y limitóse á despachar allí á un director de nuestras aduanas para dirigir á las tropas suizas en sus investigaciones: en Francfort dispuso que hicieran la presa los soldados del mariscal Davout que allí se encontraban de paso: en Stuttgart, Baden, Munich, Dresde y Leipsich, donde se consintió en adoptar el decreto de 5 de agosto, ejecutóse inmediatamente: en Brema, Hamburgo, y Lubeck, sin hacer caso Napoleón de las autoridades de estas poblaciones, descubrió depósitos vastos y se apoderó de ellos: lo mismo hizo en Stettin y Crustin, ciudades prusianas, y en Danzich, ciudad polaca, todas las cuales tenian guarniciones francesas,

como se recuerda sin duda. A Prusia, que tambien consintió en el decreto de 5 de agosto, le fué anunciado que las mercancías que se cogieran en su territorio serian vendidas y que lo que produjerén se descontaría de su deuda.

Entre los países que aceptaron el decreto de 5 de agosto, contóse Dinamarca, que, aun permaneciendo fiel á la causa de los aliados, habia dejado introducir mucho contrabando en Holstein bajo pretexto de vender allí las presas de sus corsarios. Desconfiando Napoleon algun tanto de la ejecución de sus providencias donde no mandaba directamente, imaginó una combinacion digna de la fiscalización mas sutil. Además de estar lleno Holstein, en torno del territorio de las ciudades anseáticas, de géneros coloniales, tenia una frontera de difícil custodia. Asi Napoleon prefirió esparcir de una vez aquel cúmulo de mercancías prohibidas, concediendo por dos meses la facultad de meterlas todas en Alemania, previo el pago del consabido y ventajoso 50 por 100. Asi quedó el depósito suprimido y asegurada la recaudacion del derecho sobre cantidades de nota.

A Suecia reiteró Napoleon la declaracion amenazadora y grave á todas luces de romper la paz recientemente establecida y de ocupar otra vez la Pomerania sueca, si permitia que en Stralsund se formara un nuevo depósito de contrabando.

Como se ve, todos los Estados, menos la Rusia, se sometieron al decreto de 5 de agosto: sin embargo, esta potencia no se opuso á lo que se hacia casi en todas partes: limitóse á manifestar que la nueva tarifa, buena tal vez en otros puntos, no le convenia de ningún modo; que por tanto no la

adoptaria, pero que, fiel á la alianza y comprometida directamente en la guerra contra la Gran Bretaña, no cesaria de oponer los obstáculos que tenia interés en multiplicar á su comercio. Al propio tiempo expresó cierta inquietud de ver á las tropas francesas extenderse sucesivamente á lo largo de los mares del Norte en términos de tener ya en Danzich una cabeza de columna. Por lo demás, al presentar estos reparos, hizolo con extrema mesura y con los miramientos de una potencia que se halla en estado de observacion y no de hostilidad. Asi, excepto Rusia, que hizo estas timidas manifestaciones, excepto Austria, que no tenia puertos, todos los gobiernos, incluso el de Prusia, se adhirieron al sistema de Napoleon tan violento como lucrativo, y si todos no ejecutaban el decreto de 5 de agosto como él, porque no todos tenían tanto interés en ejecutarlo, sus aduaneros íntegros y puntuales hallaron y cogieron masas enormes de mercancías. Ellos lograron operar numerosas capturas en el Norte de España, en Italia, en Liorna, en Génova, en Venecia y particularmente en el Tesino. Contrariados los suizos en su fraude, elevaron algunas reclamaciones, pero Napoleon les respondió que no toleraria que un país por él pacificado, por él restituido al reposo y á la independencia, viniera á ser cómplice de sus contrarios y escollo de su poderio. En Francfort, en Brema, en Hamburgo, en Stettin, en Danzich, fueron inmensas las cantidades impuestas ó confiscadas. Se concedió á los aduaneros y á los soldados la quinta parte de las presas, y fué suficiente á inspirarles tanto júbilo como celo.

Independientemente de los ingresos en metá-

lico, que se calculaban en cerca de 150.000.000 para este año, recurso importantísimo entonces, hallóse el tesoro dueño de repente de gran copia de mercancías, procedentes del pago del derecho en especie ó de confiscaciones. A Amberes fueron despachadas por los canales todas las que procedían de Holanda; las cogidas en el Norte de Alemania se almacenaron bajo tiendas en los bastiones de Magdeburgo, destinando Napoleon los carros de artillería que tornaban á Francia, para trasportar estas mercancías á Estrasburgo, Maguncia y Colonia. Una subasta pública, á la cual acudieron todos los mercaderes de géneros coloniales del imperio, se abrió en Amberes y continuó por muchas semanas á los precios mas ventajosos. Otras semejantes se debían de celebrar en Estrasburgo, Maguncia, Milan y Venecia. Al par que se apresaban en todo el continente los azúcares, los cafés, los algodones, los añiles, y que el tesoro francés, principal detentor por tanto de estas preciosas mercancías, las vendía en subasta, se quemaban públicamente los tejidos ingleses allí donde eran descubiertos. De mucho bulto era la cantidad de estos tejidos, particularmente en Alemania, y su reduccion á cenizas causó un verdadero terror al comercio de contrabando. Tambien el efecto de tales providencias fué en la Gran Bretaña muy grande, y una circunstancia accidental contribuyó á hacerlo todavía mas rudo. Muchos buques ingleses habian sido retenidos á la entrada del Báltico por vientos contrarios, y á la vista de Suecia y de Dinamarca se habian acumulado mas de seiscientos ó setecientos que recalaban donde podían bajo la proteccion de las escuadras

británicas. Llegando á sorprenderles en el mismo instante la noticia de tales rigores, casi todos pensaron en retroceder al mismo tiempo, aunque, para atraerlos, habia disminuido Napoleon la vigilancia á la entrada de los puertos, y unos cayeron en poder de nuestros corsarios, otros fueron á aumentar la masa de las mercancías no vendidas que atormentaban á Inglaterra y le hacian experimentar la miseria en medio de la abundancia. Con el anhelo de reducir el comercio británico al último apuro, Napoleon preparó muy secretamente en la embocadura del Elba y del Weser una pequeña expedicion naval que debía tomar dos ó tres mil hombres á bordo, trasladarse rápidamente á Heligoland y hacerse dueña de aquella madriguera de contrabandistas cargada de riquezas entonces.

Insaciable por el triunfo de la industria francesa como de sus ejércitos, y no guardando ninguna mesura en los medios, así para la administracion como para la guerra, dedicóse aún Napoleon á combatir á otros rivales que los ingleses. Le habian desagradado los suizos por ser grandes contrabandistas, y despues de los ingleses los mas temibles competidores respecto de nuestras manufacturas. Ellos hilaban y tejían el algodón menos bien, pero mas económicamente que los franceses, por efecto del infimo precio de la mano de obra en sus montañas y de las fraudulentas complicaciones por las cuales se proporcionaban la primera materia con suma baratura. Así vendían sus tejidos como ingleses en Alemania y en Italia. Por de pronto Napoleon prohibió al príncipe Eugenio recibir semejantes tejidos, escribiéndole que bien

podía Italia hacer algunos sacrificios por Francia, que tantos había hecho por ella, y que no la trataría mejor que a Holanda si procedía de igual modo. Aun le impuso otra traba. Italia exportaba considerable cantidad de seda en mazos, que iba por Alemania a Inglaterra, y que, después de elaborada, salía de allí para surtir á la América toda. En una tercera parte subió el derecho de salida de la seda en mazos cuando pasara por la Suiza y el Tirol, á fin de quitársela á Inglaterra y de atraerla á Francia por Chamberi y por Niza, procurando por este medio que Lion llegara á ser el primer mercado de seda del mundo, y que los lioneses pudieran reunir á su habilidad sin par la elección de las primeras materias mejores.

En su afán de ajustarlo todo á su voluntad, completó Napoleón su sistema de licencias, generalizándolo y aplicándolo á todo el comercio. Al principio no hubo mas que ciertos barcos que navegaran con licencia: desde entonces todo el que surcara el Océano ó el Mediterráneo, para no ser buena presa de corsarios, debía proveerse de licencia donde se especificara el lugar de donde partía, aquel á donde iba á hacer rumbo, y la clase de cargamento, así á la ida como al retorno. Disimulando su nacionalidad, le era lícito hasta dirigirse á Inglaterra, á pesar de los decretos de Berlin y de Milan, con tal que llevara productos nacionales y no trajera mas que ciertas mercancías determinadas. Los buques despachados de Francia ó de los países aliados, podían cargar á la salida granos, lienzos, sedas, paños, objetos de lujo parisiense, vinos sobre todo, e introducir al retorno materias navales, algodones de América, añil, cochinilla,

palo de tinte, arroz, tabaco, etc.: el azúcar y el café se excluían con toda euidado. Por el Mediterráneo en particular podían los buques franceses llevar granos, aceites, vinos, paños, cristalería, jabones y otros productos franceses y traer mercancías de origen cierto, como algodones llamados de Levante, café de Moca y drogas diversas. Así el conjunto del comercio se halló establecido por decreto de manera de hacerlo punto menos que imposible. Efectivamente, todo el arte de el mundo no bastaba á conseguir que, no queriendo nosotros los productos de Inglaterra, le obligáramos á tomar los nuestros. Sin embargo, el fruto logrado realmente por Napoleon era el de descargar un rudo golpe al crédito británico con envilecer todos los géneros que servían de fianza al papel del banco de Inglaterra, apelando á medios de singular violencia, pero también de suma eficacia. A fuerza de perseverar en esta vía, sin desviarse jamás del objeto, era imposible prever dónde pararian las resultas de providencias tan formidables (1).

Mientras Napoleon hacia al comercio inglés esta guerra tan activa y ruinosa, le preparaba otro peligro, el de una ruptura con los americanos. Aun apresandoles sus buques bajo pretexto de que al-

(1) Para poder trazar este cuadro de las combinaciones y efectos del bloqueo continental he leído toda la correspondencia de las aduanas, del ministro de lo Interior, de los ministros de Hacienda y del tesoro, y por fin, de nuestros cónsules en el extranjero. Así creo estar en el caso de afirmar la exactitud perfecta de los pormenores dados en que he entrado, y que me parecen útiles para el conocimiento de los tiempos cuya historia escribo.

gunos franceses habian sido apresados en América por virtud de la ley de embargo, no habia interrumpido su correspondencia con el gobierno de la Union, ni cesado de declararle que estaba dispuesto á revocar para él solo los decretos de Berlin y de Milan, si América hacia que su neutralidad fuera respetada por Inglaterra. Además habia halagado singularmente la ambicion de este gobierno, expresándole que Francia no se opondria á que se apoderara de la Florida, que España era incapaz de conservar á todas luces, ni á que fuesen libres las colonias españolas. A consecuencia de sus declaraciones, anunció Napoleon por un decreto, que á contar desde el 1.º de noviembre inmediato (1810), no estarian comprendidos en los decretos de Berlin y Milan los americanos, y podrian por tanto entrar en los puertos de Francia, siempre que hubieran obtenido de los ingleses la revocacion de las órdenes del consejo, ó rehusado someterse á ellas y tomado providencias para sustraerse á su observancia.

Nada mejor calculado que política semejante, pues cuando Francia les restituia el derecho de neutrales, no se podian dispensar los americanos de exigir lo propio á la Gran Bretaña, aun á costa de una guerra. Y á la verdad parecia que las cosas caminaban por este rumbo. Se ha visto que los americanos, quejosos por igual de las dos naciones beligerantes, prohibieron á todo ciudadano de la Union el navegar en los mares de Europa, y á todo francés ó inglés aportar á América, á no ser forzado por los temporales. A este acto, rigoroso de sobra aun para ellos mismos, pues les castigaba por las culpas ajenas, acababan de sustituir

otra providencia, cual era la de prohibir á sus naturales las relaciones con Francia é Inglaterra tan solo, y declarar al par que estaban resueltos á revocar esta prohibicion respecto de aquella de las dos potencias que renunciara á su sistema de violencia contra los neutrales. Tratando tambien Inglaterra de acariciar á los americanos, acababa de revocar sus órdenes del consejo relativamente á ellos y les habia dispensado de recalar en el Támesis para pagar allí tributo, pero habia sustituido á este derecho de navegacion su famoso sistema de bloqueo sobre el papel, y declarado que los neutrales podrian ir á todas partes, excepto á los puertos del imperio francés, que proseguian bloqueados desde Embden hasta España, desde Marsella hasta Orbitello, desde Trieste y Venecia hasta Pésaro.

Con razon decian los americanos que eximiéndoles de ir á recalar al Támesis y del pago del tributo, se estaba lejos de haberles concedido lo que se les debia, pues en principio nada se habia hecho, si por un bloqueo ficticio y general se les vedaba tocar en vastas comarcas que no podian ser ni sitiadas, ni bloqueadas. En vano les respondia Inglaterra que ya era una inmensa concesion la revocacion de las órdenes del consejo para ellos solos, y que Napoleon les hacia promesas galanas para no cumplirles ninguna, pues acababa de manifestar secretamente al gabinete de Londres las disposiciones mas hostiles hacia ellos, con lo que aludia á las ridiculas proposiciones transmitidas por cuenta del duque de Otranto; los americanos no daban oídos á tales respuestas. Afianzado el presidente de la Union con la prenda del decreto de

Napoleon que declaraba plenamente restablecidas las relaciones comerciales con los americanos para el 1.º de noviembre, si estos hacian respetar su pabellon, anunció por una proclama que si el 2 de febrero siguiente (1811) no habia revocado Inglaterra todas sus disposiciones, inclusa la del bloqueo ficticio, se alzaria la incomunicacion comercial respecto de Francia y se mantendria contra Inglaterra con todo el rigor que estuviera al alcance de los americanos. De la incomunicacion de relaciones mercantiles con la Gran Bretaña a la guerra no habia mas que un paso, siendo probable que los ingleses no dejaran entrar los buques americanos en los puertos franceses, que los capturaran en la travesia, y que, por dispuesta que estuviera América á la paz, no pudiese aguantar que sus barcos tuvieran que torcer rumbo y fueran apresados en alta mar, sin vengar su honor ultrajado, su seguridad comprometida.

Tales fueron los medios empleados por Napoleon durante el curso de 1810 para arruinar el comercio británico, mientras sus generales trabajaban en la Peninsula por empujar hácia el mar á los ejércitos ingleses. Estos medios, que revelaban á la vez la extension de su genio, la profundidad de sus cálculos y el arrebató de sus pasiones, podian conducir al objeto, pero tambien llevar mas allá todavía. Con efecto convenia estar muy sobre aviso, no fuera que por disputar á Inglaterra el acceso del continente, lo cual habia arrastrado á apoderarse de la Holanda y á oprimir á los Estados del Norte y del Báltico, se la proporcionaran tantos aliados secretos como se adquirian cooperadores aparentes del bloqueo: convenia estar muy

sobre aviso: no fuera que, por sostener esta guerra de aduanas, se viniera muy pronto encima otra de diferente clase con los que rehusaran someterse á las mismas privaciones que se querian imponer á Inglaterra. Así importaba no prolongar un estado de trabas odioso para todo el mundo, y dedicarse con este fin nada mas que á una guerra, la de España, aplicarla todos los recursos para dar á la Gran Bretaña el golpe decisivo que, junto á sus sufrimientos comerciales, le obligaria probablemente á firmar la paz y á suscribir á la trasformacion de la Europa. De consiguiente en España se iba á decidir y se estaba decidiendo efectivamente, como se verá ahora, la suerte del Imperio, y por aquel lado se necesitaba herir fuerte y herir pronto, si no se queria prolongar mas allá de la paciencia de todos una situacion que, antes de ser insostenible para Inglaterra, podia muy bien llegar á serlo para los aliados forzados de Francia, quizá para sus amigos mas sinceros, y aun acaso para ella misma.

LIBRO TREINTA Y NUEVE.

Torres-Vedras.

Vicisitudes de la guerra de España hacia fines de 1809.—Retirada de los ingleses despues de la batalla de Talavera y su larga inaccion en Extremadura.—Descredito de la Junta central y reunion de las Cortes españolas resuelta para principios de 1810.—Sucesos en Cataluña y Aragon.—Hábiles maniobras del general Saint-Cyr en Cataluña para cubrir el sitio de Gerona.—Larga y heroica defensa de esta plaza por los españoles.—Desgracia del general Saint-Cyr y su remplazo por el mariscal Augereau.—Conducta del general Suchet en Aragon despues de la toma de Zaragoza.—Combates de Alcañiz, de Maria, de Belchite.—Ocupacion definitiva de Aragon y hábil administracion del general Suchet en esta provincia.—Auge de las guerrillas en toda España y particularmente en el Norte.—En vez de atenerse á esta clase de guerra quieren los españoles volver á las grandes operaciones contra el dictamen de los ingleses, y avanzan sobre Madrid.—Batalla de Ocaña dada el 19 de noviembre y dispersion del último ejército español.—Espanto y desorden en Sevilla.—Proyecto de retirarse á Cadiz la Junta.—Principio del año 1810.—Planes de los franceses para esta campaña.—Empleo de los numerosos refuerzos enviados por Napoleon.—Situacion de José en Madrid.—Su corte.—Su sistema politico y militar opuesto al de Napoleon.—José quiere aprovechar la victoria de Ocaña para invadir la Anda-

lucía, con la esperanza de hallar en esta provincia grandes recursos.—A pesar de su determinacion de reunir todas sus fuerzas contra los ingleses, consiente Napoleon en la expedicion á Andalucía, con la idea de encaminar desde allí á Portugal sus tropas.—Marcha de José á Sierra Morena.—Entrada en Bailen, Córdoba, Sevilla, Granada y Málaga.—Por el error de no ir á Cadiz en derechura, logran retirarse allí la Junta y las tropas españolas.—Principio del sitio de Cadiz.—El ter. cuerpo es destinado á este sitio; el 5.º es enviado á Extremadura; el 4.º á Granada.—Funesta diseminacion de las tropas francesas.—Durante la expedicion á Andalucía, convierte Napoleon las provincias del Ebro en gobiernos militares, con la segunda intencion de incorporarlas al imperio.—Desesperacion de José, quien envia á Paris dos de sus ministros para que reclamen contra la incorporacion proyectada.—Despues de largas dilaciones, comienzan al fin las operaciones de la campaña de 1810.—Mientras el general Suchet asedia las plazas de Aragon, y el mariscal Soult á Cadiz y Badajoz, el mariscal Massena debe tomar á Ciudad Rodrigo y Almeida, y marchar en seguida sobre Lisboa al frente de 80,000 hombres.—Sitio de Lérida.—Habiendo aceptado el maris. al Massena contra su gusto el mando del ejército de Portugal, llega en mayo de 1810 á Salamanca.—Triste situacion en que halla las tropas que deben operar en Portugal.—Mal espíritu de sus lugartenientes.—Debiendo constar el ejército de 80,000 hombres, se reduce todo lo mas á 50,000 en el momento de entrar en campaña.—Esfuerzos del mariscal Massena por suplir todo lo que le falta.—Sitio y toma de Ciudad Rodrigo y Almeida en julio de 1810.—Despues de la conquista de estas dos plazas, se dispone el mariscal Massena á invadir á Portugal por el valle del Mondego.—Dificultades que encuentra para proporcionarse viveres, municiones y medios de transporte.—Pasa la frontera el 15 de setiembre.—Sir Arturo Wellesley nombrado lord Wellington.—Sus miras políticas y militares sobre la Peninsula.—Eleccion de una posicion inexpugnable delante de Lisboa para resistir á todas las fuerzas que Napoleon pudiera enviar á España.—Lord Wellington se prepara á retirarse allí destruyendo todos los recursos del país al tránsito de los franceses.—Retirada del ejército ingles sobre Coimbra.—El mariscal Massena persigue á los ingleses por el valle del Mondego.—Dificultades de su marcha.—Los ingleses hacen alto en la sierra de Alcoba.—Batalla de Busaco, dada el 26 de setiembre.—No habiendo podido los franceses forzar la posicion de Busaco logran salvarla por el flanco.—Retirada precipitada de los ingleses sobre Lisboa.—Persecucion enérgica por parte de los franceses.—Los ingleses entran en las líneas de Torres-Vedras el 9 y 10 de octubre.—Descripcion de estas líneas famosas.—Despues de practicar el mariscal Massena un reconocimiento exacto desespera de forzarlas.—Se decide á bloquearlas hasta la llegada de nuevos refuerzos.—Entretanto toma una posicion sólida junto al Tajo entre Santarém y Abrantes, y se aplica á construir un tren de puen-

to para maniobrar sobre las dos orillas del río y venir á costa de la rica provincia del Alentejo.—Es enviado el general Foy á Paris con el objeto de enterar á Napoleón de los sucesos de la campaña y de pedirle instrucciones al par que socorros.—Estado del ejército inglés en las líneas de Torres-Yedras.—Altercados de lord Wellington con el gobierno portugués; sus dificultades con el gobierno británico.—Estado de los ánimos en Inglaterra.—Inquietudes concebidas sobre la suerte del ejército inglés; tendencias á la paz, especialmente por efecto del bloqueo continental.—Advenimiento del príncipe de Gales á la regencia.—Disposicion de este príncipe respecto de los partidos que dividen al parlamento.—El mas leve incidente puede inclinar la balanza en favor de la oposicion y producir la paz.—Viage del general Foy por la Península.—Su llegada á Paris y su presentacion al emperador.

Tras de la batalla de Talavera y la pérdida del puente del Arzobispo, se replegaron ingleses y españoles precipitadamente del Tajo al Guadiana. Aunque indecisa aquella batalla, como produjo la reunion en torno de Madrid de las tropas francesas, tuvo para ellos el efecto de una derrota, no quedándoles mas recurso que meterse á toda prisa en el Mediodia de la Península, aun á costa de abandonar sus heridos, sus enfermos y hasta su material en parte. A Andalucía se refugiaron los españoles detrás de Sierra Morena; sir Arturo Wellesley fué á tomar posicion á Extremadura en las cercanías de Badajoz. Quejándose allí, como de costumbre, de la débil cooperacion de los españoles, sobre todo de su negligencia en proporcionarle víveres cual si hubieran debido proveer á las necesidades de sus tropas sin saber como alimentar á las suyas; situado por lo demas en un país fértil en cereales y rico en ganado, con retirada segura á Portugal; resuelto á no aventurarse incautamente en lo interior de la Península, despues de

avalorar el peligro de que se acababa de librar por milagro; alegaba por motivo de su inaccion los sofocantes calores de aquel año; y aconsejaba á los españoles evitar las batallas campales, tomar una buena posicion en Sierra Morena, defender allí bien la Andalucía, aguardar los efectos del tiempo, siempre funesto para el invasor en un clima como el de España, y aprender en fin á gobernarse, á administrarse y á disciplinar sus tropas.

Estos consejos muy sensatos, bien que mas fáciles de dar que de seguir, y expresados en un lenguaje mal á propósito para que fueran aceptados, no podian aprovechar mucho á los españoles, lanzados por amor al trono á una revolucion casi tan violenta como aquella en que el amor á la libertad precipitó á los franceses veinte años antes; dedicando á cuanto hacian el ardor natural de los pueblos meridionales, y teniendo que vencer la doble dificultad de gobernarse y de defenderse contra una invasion formidable. En semejante situacion pueblos menos apasionados y menos inexpertos que los españoles, se hubieran podido mostrar tan inhábiles como ellos y dificilmente tan firmes. A mayor abundamiento, no aceptando para sí las ofensivas reconveniones de sir Arturo Wellesley, trasladábanlas á la Junta central, que habia sucedido á la regencia de Aranjuez, y á la cual era entonces costumbre achacar cuanto acontecia, no bueno y malo, sino malo tan solamente. Si los ingleses estaban disgustados, si tenian mas necesidades que las que podian ser satisfechas, si tropas indisciplinadas y acaudilladas por frailes no podian hacer cara á las veteranas bues-tes de Napoleón, culpa era del mal espíritu ó de

la incapacidad de la Junta central, segun el decir de las gentes. Aquella infortunada Junta contaba por elementos de censura, ademas de todos los partidos que no pensaban como ella, las juntas provinciales, celosas de la autoridad superior como de costumbre. La junta provincial de Sevilla, importunada al ver á la Junta central gobernar en su casa, la junta provincial de Valencia blasfemando de invicta, la junta provincial de Badajoz haciéndose eco de los ingleses retirados á su territorio, prodigábanla ultrages de toda especie y la intimaban de continuo que al punto convocara las Cortes, nuevo remedio del cual se esperaba entonces la curacion de todos los males.

Nada mas sencillo que corresponder á este anhelo, y la Junta central, cansada de representar un papel no menos triste que peligroso, se hubiera apresurado á resignar su autoridad en el seno de las Cortes, si fueran unánimes los pareceres en punto á la oportunidad de la convocatoria. No lo eran ni con mucho: aunque España no comenzara su revolucion como Francia en 1789 por una explosion de liberalismo, sino por una explosion de realismo, muy en breve llegó al mismo punto, y agitó cuantas cuestiones trataron los franceses por aquellos dias en la Asamblea constituyente. Un partido existia de hombres ilustrados, ganosos de que se aprovechase la ausencia del monarca, para efectuar las reformas que exigia el tiempo, y entregarle á su retorno la España restaurada y rejuvenecida; creídos en tener para obrar de este modo, sobre el derecho natural de toda nacion, el adquirido por su adhesión á la dinastía, y que bajo el punto de vista de la defensa de la independen-

cia, consideraban hasta hábil extinguir por sí mismos los abusos, y quitar á Napoleon el único pretexto con que pudo cohonestar su conducta; el de haber invadido la España para regenerarla tan solo. Asi pensaba la clase media, bien que participaban del propio dictámen muchos miembros de la nobleza española, y varones instruidos pertenecientes á todas las clases y reunidos por las circunstancias en un solo partido que los sucesos hacian poderoso. Tambien se hallaba esparcida en todas las clases la opinion contraria, y con especialidad entre la parte poco ilustrada de la nobleza, el clero, la magistratura, el ejército, alguna porcion de la clase media y ciertas personas de mérito á quienes la revolucion francesa habia llenado de espanto. Mientras, inclinados los unos á la reforma completa de la monarquía, solicitaban que se reunieran las Cortes, único instrumento para una revolucion social, opuestos á la revolucion los otros, clamaban por que, lejos de empeñarse mas en el régimen de las asambleas, se tornara cuanto antes al de una regencia, por el cual se habia en Aranjuez empezado, y que se compusiera de cinco ó seis personages de nota escogidos entre los generales, individuos del alto clero y antiguos ministros de la corona. Al frente de este partido figuraban los Palafox, defensores de Zaragoza, el duque del Infantado, el general don Gregorio de la Cuesta, el conde de Montijo, hombre singular que vivia entre el pueblo y se gozaba en inflamar sus pasiones, el marqués de la Romana, caudillo del ejército español en el Norte, y por fin el antiguo ministro conde de Florida-Blanca. Como gefes del otro partido se contaban

el célebre Jovellanos, y muchos varones como el conde de Toreno, don Agustín Argüelles y otros, menos conocidos entonces que lo fueron mas tarde, y que se ensayaban ya para dar á su país un gobierno digno de una nacion civilizada.

Una circunstancia imprevista produjo el desenlace de la larga lucha entre estos dos partidos. Se habia descubierto una especie de trama urdida entre personajes ilustres, gefes del partido contrario á toda revolucion, para disolver la Junta central, hacerse señores del mando y gobernar monárquicamente y sin reformas. Queriéndose asegurar del apoyo de los ingleses, insinuaron algo á Enrique Wellesley, embajador de Inglaterra y hermano de Arturo, general en jefe del ejército británico en España. Aun cuando Inglaterra no estaba por la Junta central ni por una general reforma, su embajador tuvo la lealtad de avisarlo á los principales miembros de dicha Junta. De esta suerte se deshizo la trama, y conociendo la Junta central lo imposible de sostenerse mas largo tiempo, quiso que los verdaderos representantes de la nacion vinieran á sustituirla, y decretó que para principios de 1810 fueran convocadas las Cortes, reservándose fijar mas tarde la forma, el lugar y el instante de la convocatoria, segun las circunstancias de la guerra. Convencida al par de lo necesario de una autoridad mas reconcentrada, instituyó una comision ejecutiva de seis miembros, encargándola todas las providencias gubernativas, y siguiendo solo con las legislativas á su cargo. Entre los miembros de esta comision ejecutiva figuraba el marqués de la Romana, personaje inquieto, que prometia siempre mucho y nunca

hizo nada mas que escaparse con su division de Dinamarca. De Castilla la Vieja habia sido trasladado á Andalucia para organizar allí las tropas.

Por esta época se hallaban divididas las fuerzas de los españoles en ejército de la izquierda, que disputaba á los generales Kellermann, Bonnet y al mariscal Ney Castilla la Vieja, el reino de Leon, Asturias y Galicia; en ejército del centro, que guardaba la Estremadura, la Marcha, Andalucia y habia perdido las batallas de Medellin, Ciudad Real, Almonacid, y creia haber ganado la de Talavera, porque defendieron bien su posicion los ingleses; y en ejército de la derecha, que á las órdenes de los generales Reding y Blake habia tratado de arrancar durante el año de 1809 al general Suchet Aragon y al general Sain-Cyr Cataluña.

Crear un poderoso ejército del centro deseaba la nueva comision ejecutiva, para ir por la Mancha á reconquistar á Madrid contra el rey José, que habiendo reunido en torno suyo los cuerpos de los mariscales Victor, Mortier, Soult, de los generales Sebastiani y Dessoles, podia hacer operar á una no menos de ochenta mil hombres de las primeras tropas del mundo. En vano sir Arturo Wellesley aconsejaba no arriesgar batallas campales mientras no fuera posible oponer á los franceses tropas mejor organizadas, pues los nuevos gefes del gobierno español no hacian caso de sus dictámenes y se agitaban mucho por la organizacion de este nuevo ejército del centro. Para formarlo allegaron las tropas que á las órdenes de don Gregorio de la Cuesta se habian batido en Talavera, las que á las de Venegas habian perdido la batalla de Al-

monacid y constituian entonces los ejércitos de Extremadura y de la Mancha: le agregaron un destacamento de valencianos, y para el material emplearon lo que diariamente recibian de los ingleses. De este modo se lisonjaban de juntar un ejército de cincuenta á sesenta mil hombres, con buena caballeria y la mejor artilleria de España. Al principio se pensó que lo mandara el orgulloso don Gregorio de la Cuesta; pero la Junta le estimaba poco, y algunas insinuaciones de dimitir el cargo, segun su costumbre de amenazar siempre con retirarse, bastaron para que le cogieran la palabra y le dieran por sucesor al general Egüía, cuyo único mérito consistia en no haber perdido las últimas batallas. Pasados los calores se proponia tomar la ofensiva contra las tropas que José habia reunido en rededor de Madrid, y entretanto se estrechaba á los ejércitos de la izquierda y de la derecha á que maniobraran á retaguardia de los franceses, para obligarlos á desguarnecer á Madrid por trasladar sus fuerzas al Norte.

Con efecto, á la sazón ocurrían graves sucesos en Cataluña y Aragon por un lado y en Castilla la Vieja por otro. Todo el año 1809 habia luchado el general Saint-Cyr en Cataluña contra sus naturales y contra las tropas del general Reding, y hasta repelerle hacia Tarragona. Luego fue á Barcelona para introducir allí algun orden, almacenar víveres y extraer los prisioneros hechos en las cuatro batallas que habia ganado á los ejércitos de Cataluña. Habiéndolos conducido hasta la frontera, empezó el sitio de Gerona, señalado algo ligeramente por Napoleon como facil empresa, que habia de coronar sus gloriosos servicios. Al general Verdier

tocó dirigir los trabajos de ataque, y el general Saint-Cyr se reservó la tarea de protegerlos. No se conocia bastante, aun despues del sitio de Zaragoza, que los sitios eran en España grandes operaciones de guerra, mucho mas difíciles que las batallas, y que apenas lograria el mas hábil jefe, con la mas perfecta unidad de mando, triunfar de las fortalezas españolas. Nos lo debian enseñar sitios inmortales y terribles.

Dejando Saint-Cyr á Verdier todas las fuerzas de que pudo privarse, y no llevando consigo mas que doce mil hombres, sorprendió hábilmente la fértil llanura de Vich, proporcionóse allí para sí y para el general Verdier viveres abundantes, y luego tomó posicion á propósito para detener á las fuerzas que no podian menos de acudir en socorro de Gerona.

Llegada al fin la artilleria de grueso calibre, esperada por largo tiempo, Verdier comenzó los trabajos de aproche. Gerona, situada á orillas del Ter, á la falda de alturas fortificadas, ceñida de obras regulares, llena de una poblacion fanática, en que hasta las mugeres hacian papel activo con el nombre de compañía de Santa Bárbara, defendida por una guarnicion de siete mil hombres, y por su heróico jefe don Mariano Alvarez de Castro, habia prometido inmortalizarse por su resistencia, y se va á ver hasta qué punto cumplió su palabra. Además el largo espacio de tiempo invertido en preparar el ataque, de resultas de la dificultad de los trasportes, le habia permitido proveer completamente á la defensa.

Habiendo decidido el general Sanson, hábil oficial encargado de dirigir los trabajos del arma

de ingenieros, que habia de empezar por la conquista de las alturas, abrióse trinchera delante del fuerte de Monjuich, donde tras largos trabajos preparatorios se consiguió abrir brecha. Por desgracia, no estando dirigido el sitio con la precisión debida, se dejaron correr muchos dias desde que el asalto fue posible hasta que fué dado, de suerte que el enemigo pudo aprestarse á una resistencia brava. Detenidas nuestras tropas por el denuedo de los sitiados, y especialmente por los obstáculos acumulados detrás de la brecha, fueron repelidas, y esto produjo en la poblacion una exaltacion extraordinaria.

Tras prueba semejante pareció mal escogido contra el fuerte de Monjuich el punto de ataque, y se emprendieron contra otro bastion los trabajos de aproche. Ya se alcanza cuanto habian de costar de tiempo, de sangre y de esfuerzos infructuosos tales variaciones en la direccion del sitio. Ante lo que pasaba, no se debía enardecer el celo de nuestros soldados, ni de entibiarse el fanatismo de los habitantes. Por último, practicable otra vez la brecha, y conociendo ahora los españoles que no podian disputarnos el fuerte de Monjuich, lo evacuaron durante la noche, y así vino á ser conquista nuestra, después de costarnos un número igual de dias al de los mayores asedios.

Fatigados del tiempo invertido en las operaciones militares emprendieron nuestros soldados el ataque de la plaza, bajando á las orillas del Ter y yendo á establecerse bajo el fuego de alto á bajo de las cumbres que aun quedaban en poder del enemigo. Contra el recinto de la ciudad se emprendió nuevo cerco, y cuando estuvo accesible la

brecha, se resolvió dar el asalto. Don Mariano Alvarez de Castro, al frente de la guarnicion y teniendo detrás todos los habitantes, hombres y mugeres, habia jurado morir antes que rendirse y oponer contra los franceses montones de cadáveres á falta de murallas, derruidas por los cañones. Dióse efectivamente el asalto con el mayor arrojo, y despues de rechazado, se renovó con mayor encarnizamiento bajo el fuego de la plaza y de las alturas, al ruido de las campanas y de los gritos de una poblacion fanática. Muchas veces nuestros bizarros soldados llegaron á trepar á lo alto de la muralla, y siempre encontraron allí una multitud de hombres furiosos, agolpándose ante ellos y presentando masas impenetrables. Mugeres, niños, sacerdotes, aparecian entre los soldados sobre aquella brecha inundada de sangre, cubierta de fuego, y hubo que ceder al noble delirio del patriotismo español; segundo asalto frustrado durante este sitio. Nada semejante nos habia sucedido desde San Juan de Acre, y no nos debia volver á suceder ni en los sitios de España. Hubimos de renunciar á los ataques á viva fuerza y de recurrir al bloqueo, que á la verdad parecia bastante, porque la peste y el hambre devoraban á la heroica poblacion de Girona y arrebataban á sus últimos defensores. Ya estaba acometido de una enfermedad mortal aun el mismo caudillo.

Desde entonces el impedir que la plaza se avituallara de nuevo constituia la sola condicion del triunfo, y al general Saint-Cyr correspondia este cuidado. Este general acababa de incurrir en desgracia, fácil de prever, manifestando con muy po-

co miramiento, la irreflexion de las órdenes enviadas de París. Reemplazóse uno de los antiguos compañeros de armas de Napoleon, el mariscal Augereau, sin empleo desde Eylau y deseoso de volver al servicio. Mas despues de ansiar el mariscal este nombramiento, no se dió gran prisa á cumplir sus deberes, y fué preciso que Saint-Cyr continuara en la mas difícil coyuntura al frente de un ejército que habia dejado de pertenecerle y que solo estuvo á sus órdenes unos pocos dias.

Noticioso por entonces el general Blake de que Gerona estaba amenazada de rendirse por hambre, reunió las reliquias de los ejércitos de Cataluña y Aragon, y se adelantó con un convoy de mil acémilas para abastecer á la plaza. Rápidamente situóse el general Saint-Cyr en el camino de Barcelona para hacer frente á los catalanes en la parte mas accesible y amenazada de la linea de bloqueo. Verdier tuvo á cargo defender las orillas del Ter y las avenidas próximas al recinto. Tres dias cabales permanecieron unos frente á otros envueltos en espesa niebla, por entre la cual se oia la voz de los hombres sin distinguirlos. Pero mientras Saint-Cyr detenia á aquel enemigo invisible, la division Lecchi del cuerpo del sitio, fué sorprendida, y el general español pudo hacer entrar en Gerona, ademas del convoy de viveres, un refuerzo de cuatro mil hombres, socorro mas peligroso que útil, como que los sitiados no carecian de brazos, sino de subsistencias.

Viendo el infeliz Alvarez de Castro que con esta operacion no se aumentaban sus recursos, hizo llegar al general Blake un aviso secreto para que le enviara nuevos socorros; y éste se esforzó

una vez mas para introducir otro convoy en la plaza á costa de cualquier peligro, pues Cataluña clamaba porque se salvara Gerona á todo trance. Efectivamente, por caminos tortuosos y difíciles consiguió aproximarse con gran copia de provisiones; mas ahora el general Saint-Cyr, no fiándose mas que de si mismo, adoptó las mejores disposiciones y ocultó sus fuerzas de modo que pudiera llegar el convoy y las tropas que lo custodiaban hasta las puertas de Gerona. De súbito sus columnas hábilmente escondidas, atajaron el frente, acometieron de flanco y por la espalda el convoy y la escolta; se apoderaron de muchos miles de acémilas ricamente cargadas e hicieron tambien muchos miles de prisioneros. Desde lo alto de los muros vieron los pobres sitiados pasar al campamento de los sitiadores los viveres de que sentian necesidad urgente, y pronto, diezmos por las calenturas, la peste, el hambre, privados de su caudillo, que estaba casi agonizando, se vieron obligados á capitular el 11 de diciembre al cao de seis meses de asedio, dejando un recuerdo inmortal en la historia. A poco de rechazar el cuerpo de Blake partió el general Saint-Cyr, y así no tuvo la honra de recibir la rendicion de Gerona; bien que le cupiera el mérito de ella. Hasta fué arrestado por haber partido demasiado pronto, y el mariscal Augereau, llegado solo á tiempo de abrirse las puertas de la plaza, obtuvo de Napoleon las mayores felicitaciones. Así el gobierno imperial procedia ya como los gobiernos debilitados y ciegos, que prefieren los favoritos que les adulan á los buenos servidores que les importunan con la independenciam de sus consejos.

Tales habian sido los sucesos de Cataluña hasta fines de 1809. En todo el año de 1810 no debia intentar nada importante esta gran provincia, desconsolada, mas no sometida de resultas de la rendicion de Gerona. Tambien en Aragon habian tenido cierta gravedad los sucesos. Despues de la toma de Zaragoza, el quinto cuerpo, á las órdenes del mariscal Mortier, se habia dirigido hácia el Tajo, quedando en Aragon el tercero, agotado de fuerzas por aquel asedio terrible. Afortunadamente á su cabeza acababa de ser colocado un gefe tan prudente, hábil y firme como el general Suchet, sobresaliente por igual en la direccion de las operaciones militares y en la administracion de los ejércitos; doble mérito raro entre los lugartenientes de Napoleon, acostumbrados mas á obedecer que á mandar, y que sabia á la vez captarse el amor del soldado y la estimacion de los pueblos, sin embargo de los padecimientos inevitables de una guerra horrorosa. Su cuerpo se componia de los tres antiguos regimientos de infanteria, el 4.º y el 44.º de línea y el 5.º de ligeros, de cuatro nuevos, el 114.º, 115.º, 116.º, 117.º de línea, de tres regimientos de infanteria polaca, del 43.º de caraceros (solo cuerpo de este arma que se hallaba en España), de alguna caballeria ligera, y por último de una artilleria excelente. Apoderóse del ánimo de estas tropas y se esforzó por imbuir en su corazon el sentimiento del deber, asi como la resignacion á una guerra que el sitio de Zaragoza les habia hecho odiosa. Tras de proporcionarles algun reposo llevólas via recta contra el enemigo. Como ya se ha dicho, el general Blake mandaba todos los ejércitos de la derecha (segun la deno-

minacion española); viendo partir al quinto cuerpo, quiso aprovechar la coyuntura para lanzarse sobre Aragon y reconquistar á Zaragoza; mas para evitarlo Suchet no aguardó su ataque, sino que fué á Alcañiz en su busca. Pronto observó, no obstante, que la fatiga, el disgusto y una organizacion incompleta habian producido en sus tropas mas malos efectos que supuso al principio, y se vió obligado á retroceder despues de una conducta bastante blanda por su parte. Dicha fué suya que, no aprovechándose Blake de esta primer ventaja, le dejara tiempo de reconcentrar sus fuerzas en Zaragoza, de completar allí sus regimientos con algunos nuevos soldados sacados de Navarra, de organizarlos, de equiparlos con los recursos del pais, de aliviarlos de sus padecimientos, de reanimarlos, de restituirles, en fin, la firmeza y el ardimiento para el combate. Cuando Suchet los vió como alentados de espíritu nuevo aguardó al ejército de Blake en Maria, á donde llegaba reforzado y lleno de confianza, aceptó la batalla en una posicion defensiva muy bien elegida, y pasando de la defensa al ataque, luego que se resfrió el primer ardor de los españoles, arrollólos por espantosos barrancos y causóles una pérdida considerable. Seguro ya de sus tropas fué detrás del ejército español á Belchite, le halló de nuevo formado en batalla y dispuesto á la resistencia, asaltóle briosamente y le quitó la artilleria y muchos miles de prisioneros.

Desde este dia el general Blake hubo de renunciar á disputar los campos aragoneses al general Suchet, quien ya no tuvo que habérselas mas que con las guerrillas y plazas fuertes. A él

y al mariscal Augereau tocaba apoderarse de Lérida, Mequinenza, Tortosa, Tarragona, antes de que pensaran penetrar en el reino de Valencia. Pero el sitio de Gerona puede dar idea de lo que debían ser los asedios en aquellas comarcas.

Dueño el general Suchet de Zaragoza y de las fértiles campiñas de Aragón, aplicóse al punto á calmar el país, á hacer que allí renaciera algo de orden, á ahuyentar las guerrillas, á sacar los recursos necesarios para sus tropas con el menor daño posible de los naturales, y á preparar finalmente el inmenso material de sitio que era indispensable para la conquista de las plazas. Sabiendo por larga experiencia que en un país rico, aunque muy pesada sin duda, no es ruinoso la carga de un ejército conquistador, siempre que, para adquirir lo preciso, se emplee, en vez de la mano devastadora del soldado, la mano discreta de una administración inteligente y proba, convocó á los antiguos miembros del gobierno de la provincia y entre ellos al arzobispo de Zaragoza, y les expuso las necesidades de su ejército, el deseo que tenía de tratar bien á los naturales, en proporcionando bastimentos, y su voluntad firme de labrar hasta donde pudiera su ventura, si cooperaban á sus benéficas intenciones. Ellos en su lenguaje persuasivo, en su semblante dulce é inteligente, reconocieron al varón hábil y honrado que, encargado de someterlos, no quería oprimirlos, y resolvieron ayudarle con todas sus fuerzas. Zaragoza, con su heroica resistencia, creía haber pagado su deuda á la independencia de España, y la había pagado en efecto. Además todos los caractéres apasionados é implacables habían perecido ó se ha-

llaban dispersos, y el resto de la población clamaba por un reposo á tan caro precio comprado. Oportunamente vino esta disposición de los ánimos en ayuda de los designios del general Suchet, y al cabo de muy pocos meses semejó como que Zaragoza renacia de sus cenizas. El general restableció los antiguos impuestos, los antiguos recaudadores, las antiguas autoridades, con acuerdo de los miembros de la administración provincial ordenó que todas las rentas ingresaran en las cajas de la provincia; cedió para las necesidades del país gran parte de ellas, y para las necesidades de su ejército aplicó lo restante, empujando la promesa, que cumplió escrupulosamente, de respetar las personas y las propiedades. Aun no permitiéndole que sus tropas carecieran de nada, tuvo arte para hacer con oportunidad ciertos gastos adecuados á lisonjear el ánimo de los naturales. En lugar de vender la plata del templo de Nuestra Señora del Pilar, objeto de la veneración general, restituyóla toda; dedicó algunos fondos al restablecimiento del canal de Aragón, lateral al Ebro, así como á la reparacion de los edificios más deteriorados por la guerra, y entretanto haría juntar y componer la artillería de grueso calibre que trajo y la que halló en España, preparándola así todos los medios de sitiar las importantes plazas de Lérida y de Mequinenza, cuya toma era necesaria antes de que el ejército de Cataluña pudiera ni aun aproximarse á Tortosa y á Tarragona. A la pacificación completa de Aragón no había más obstáculo que las guerrillas. Mientras la Junta central de España, cuya triste historia se ha visto, se esforzaba desde Sevilla, donde residía, por

organizar ejércitos regulares siempre reunidos, se formaban espontáneamente tropas irregulares, por nadie creadas, en cuya direccion y subsistencia no pensaba nadie, que brotando por decirlo así del mismo suelo, guiadas por el instinto, maniobrando según las circunstancias del momento, no carecian de nada porque se sustentaban por sí mismas y con sus propias manos, reducian á los franceses al extremo de carecer de todo, asomaban improvisamente allí donde se las esperaba menos, se dispersaban si el enemigo tenia mucha fuerza, volvian á aparecer si se mostraba diseminado en destacamentos ó custodia de convoyes, renunciaban á vencerle en masa, pero le destruian hombre á hombre; y como la humanidad no era la calidad de la nacion española, ni el deber de un pueblo pérfidamente invadido, no escrupulizaban degollar al último de los heridos, á los enfermos y á sus escoltas. A la larga tal sistema de hostilidades, infatigablemente seguido, hubiera acabado con los ejércitos mas numerosos y valientes, como que no siempre están reunidos en masas, ni lo están sino raras veces, y una parte notable de su efectivo se halla de continuo en su linea de operaciones empleada en buscar víveres, en llevar municiones, en custodiar enfermos, heridos, reclutas. Un ejército á quien se destruyen los destacamentos es como un árbol á que se cortan las raíces y destinado, despues de languidecer algun tiempo, á secarse y morir muy pronto.

Hasta lo infinito se multiplicaron las guerrillas, que ya nos habian molestado mucho, desde la destruccion de los ejércitos regulares de España, y se veia próximo el momento en que no que-

dara allí mas que un ejército organizado, el de los ingleses y miles de partidas, que seria imposible contar y hasta designar por sus nombres; sin que se pudiera afirmar si contribuian mas á la defensa de la península el ejército inglés, que daba batallas, ó estos miles de corredores que, sin dallas, nos arrebatában los frutos de la victoria y nos hacian desastrosas las resultas de los descalabros.

Ya un oficial que despues de la dispersion de los ejércitos habia quedado sin destino, ya un fraile bullicioso, ya un cura resuelto á defender su lugar, ya un labrador perturbado en el cultivo de sus tierras, ya un estudiante que abandonaba de buen grado las aulas, ó un pastor que dejaba de apacentar su rebaño para abrazar una vida nueva, ya un contrabandista, privado de su trato, unos impulsados por el patriotismo, otros por la religion, por el espíritu de aventuras ó por la codicia, allegaban aquí y allí algunos hombres, sobre todo algunos dispersos de los ejércitos batidos, algunos prisioneros escapados de manos de los franceses; cobraban brios si obtenian algun triunfo, ó iban á juntarse con otros que habian adquirido renombre; hacian mansion en ciertas provincias; allí dominaban á los habitantes por la comunidad de sentimientos ó por el terror; alcanzaban de ellos noticias seguras, víveres, asilos; estorbábanles someterse; castigaban terriblemente al que pasaba por amigo de los franceses: si eran perseguidos ó tenian alguna operacion que combinar, se trasladaban de una provincia á otra, y así atormentaban á sus vencedores, no les consentian el menor reposo, y los reducian á tanta desventura, turbacion y desnudez como si figuraran ven-

cidos. Al par que el centro de Aragón era sometido por las armas y la política del general Suchet, todo el contorno de esta hermosa provincia se había cubierto en pocos meses de partidas osadas y á veces numerosas. Un oficial procedente de Lérida, llamado Renovales, se estableció en el valle de Jaca, al Sur de los Pirineos, en un convento casi inaccesible y veneradísimo en la comarca, el de San Juan de la Peña. En el seno de Navarra un joven estudiante, cuyo nombre debía ser en breve famoso por sus hechos y los de su tío, Mina, de diez y ocho años entonces, se puso á la cabeza de algunos centenares de hombres, é interceptaba completamente el gran punto de comunicacion con el ejército de Aragón que era el camino desde Pamplona á Zaragoza. Al Mediodía de la provincia, un antiguo oficial, Villacampa, reuniendo en su rededor los restos de los regimientos de Soria y de la Princesa, con cierto número de paisanos fanáticos, dominaba las cercanías de Calatayud, dándose la mano con el coronel don Ramon Gayan, que estaba apostado sobre la sierra de Montalban en la célebre ermita de Nuestra Señora del Aguila al frente de unos tres mil hombres. Ambos se hallaban en relaciones con un guerrillero no menos famoso, el Empecinado, que obstruía el camino desde Zaragoza á Madrid por Calatayud, Sigüenza y Guadalajara. Por último, apoyándose en Tortosa, hácia el bajo Ebro, Garcia Navarro á la cabeza de dos mil quinientos insurgentes, remataba en cierto modo la línea de acometida trazada al rededor de la provincia de Aragón que, muy apaciguada en el centro, se hallaba conmovida en toda la circunferencia.

Después de haber dispersado Suchet el ejército regular de Blake y restablecido el orden en la provincia, puso se á hacer guerra á las bandas. Al general Harispe dio el cuidado de perseguir á Mina: tras de una persecucion encarnizada acabó por prender al joven guerrillero, y sin fusilarle, á tenor de la orden que desde Paris se le despachara, le envió á Francia, donde debía ser encerrado en Vincennes como prisionero. Mas no bien Mina fué cogido, cuando celoso de su gloria un tío suyo, juntó los restos de su guerrilla y se empezó á mostrar en Navarra. Una expedicion dirigida por Suchet sobre Jaca é hizo que arrebatara á Renovales el monasterio de San Juan de la Peña. De esta suerte, sin limpiar del todo los Pirineos, se había conseguido desembarazar la carretera de Navarra. Hácia el Mediodía de la provincia el coronel Henriod había batido y dispersado por algun tiempo la guerrilla del intrépido é infatigable Villacampa, quitándole á Orihuela: otro destacamento francés, había sorprendido la ermita de Nuestra Señora del Aguila y dispersado á don Ramon Gayan y su gente: expeditos estaban los caminos de Valencia y Madrid de resultas de estos felices golpes de mano, y se podia esperar que, tomadas las plazas de Lérida y de Mequinenza y después las de Tortosa y Tarragona, quedase pacificada la provincia de Aragón y quizá la de Cataluña.

Tanto á la habilidad administrativa como á la habilidad militar de Suchet se debía este progreso, que se estaba muy lejos de conseguir en Vizcaya, en el antiguo reino de Leon y en las dos Castillas. Thouvenot en Vizcaya, Bonnet en Asturias, Kellerman en Castilla la Vieja, se afanaban en vano

por correr tras de las guerrillas, y ya no sabian que hacerse. Verdad es que el pais se prestaba sobremanera á las correrias vagabundas de aquéllas partidas y que otras circunstancias locales redundaban por igual en ventaja suya. Asi, fuera de la naturaleza del terreno, muy escabroso en Vizcaya, en Asturias, en los alrededores de Burgos y Soria, solo en los padecimientos del pais habia causas continuas de sublevaciones. Desde Bayona á Búrgos, desde Búrgos á Segovia, ó desde Búrgos á Somosierra, segun que se tomara el camino de la derecha ó de la izquierda para ir á Madrid, arruinaba al pais el incesante paso de tropas, y esto bastara para impulsarle á la rebeldia hasta contra un gobierno á quien hubiese amado. Además de tener que satisfacer la codicia de las guerrillas, necesitaba aprontar las contribuciones exigidas en viveres ó dinero por las tropas francesas en marcha. Generales no dotados de la cordura de Suchet y sin pensar mas que en alimentar de prisa á las tropas de paso, juntaban donde podian granos, ganado, forrage; á menudo arrancaban de los campos las mieses, ó las daban á comer á sus caballos como yerba, sin cuidarse de mañana, ni del reparto igual de las cargas, y tomando lo que habian menester en cualquier punto á la aventura, y hasta arrebatándolo á la miseria de poblaciones ya arruinadas. Si para colmo de males, el gefe, en vez de ser un militar humano, era un oficial empedernido por veinte años de guerra, agriado por los padecimientos, irritado por los crímenes cometidos contra nuestros soldados, fusilaba á infelices que no habian hecho daño alguno, que á lo mas habian procura-

do defender el pan de sus hijos, y los fusilaban en represalias de los asesinatos consumados por las guerrillas. Estas iban luego detras de nuestros destacamentos y colgaban de los árboles á los soldados franceses que encontraban por los caminos, y junto á ellos y mas de una vez á pobres españoles acusados de haber prestado ayuda á los enemigos comunes; y frecuentemente sobre las victimas se hallaron carteles, donde se explicaban con atroces razones muy atroces asesinatos. Asi en estas desventuradas provincias, maltratadas por los españoles no menos que por los franceses, reinaba una desesperacion sombría, y como en último análisis se atribuian á nuestra presencia todos los infortunios, sobre nosotros solos se cargaban tanto los excesos de nuestros soldados como los crímenes de los españoles.

Numerosísimas eran las partidas en estas comarcas. El Pastor en Guipuzcoa, Campillo en Santander, Porlier en Asturias, Longa entre Aragón y Castilla, Merino en torno de Burgos, el Capuchino y el cura Tapia en las llanuras de Castilla, don Bartolomé Amor en Rioja, Duran en las montañas de Soria, don Camilo Gomez en los alrededores de Avila, en los de Salamanca don Julian Sanchez, bizarro militar, á quien habia arrancado de los campos y henchido de furor la muerte dada á su padre, á su madre y á una hermana, y otra infinidad cuya enumeracion fuera prolija, corrian las montañas á pie, las llanuras á caballo; ya se juntaban para grandes expediciones, ya se separaban para eludir la persecucion de nuestras tropas, y aun á veces, como hizo Porlier en Asturias, si se veian estrechados de cerca,

se embarcaban á bordo de buques ingleses para tomar tierra en otras playas. Sus crímenes eran espantosos y sus destrozos sin medida. Fuera de los heridos y de los enfermos, á quienes degollaban implacables, fuera de los despachos que nos cogían y que revelaban nuestros planes á los ingleses; fuera de la oscuridad que mantenían en rededor nuestro y del atraso á menudo fatal que ocasionaban en la transmisión de las órdenes de unos á otros lugares; fuera de las sumas que hacían propias, de la continua inquietud en que obligaban á vivir tanto á los agentes franceses como á los agentes españoles que habían tomado partido por nosotros; estorbaban toda clase de avituallamiento capturando los caballos, las mulas, los conductores, y hasta imposibilitaban el reclutamiento de nuestros ejércitos obligando á los batallones ó escuadrones en marcha á detenerse en el Norte ó á agotar sus fuerzas en correrías infructuosas antes de incorporarse á los regimientos de los cuales iban á completar las filas.

Segun su costumbre enviaba Napoleon en batallones ó escuadrones provisionales de marcha los soldados que debían ingresar en los diferentes cuerpos. Reclutas eran á quienes apuntaba apenas el bozo, guiados por oficiales de desecho, sin capacidad para mirar con esmero por su gente, y sobre todo para mandarla en el peligro, y sin que tampoco dedicaran á su conservación un interés grande. No bien estos destacamentos llegaban á Pamplona, Tolosa, Vitoria, Burgos, Valladolid, se echaba mano de ellos para las necesidades locales. A estos reclutas, no hechos á la fatiga, se les obligaba á correr detrás de guerrillas infatigables,

y siendo noveles en los combates ó inferiores individualmente á los *bandidos*, cuya persecucion tenían á cargo, se les condenaba de este modo á hacer un aprendizaje mortal en tan cruda guerra. A los quince dias los mas de ellos iban á podrirse á los hospitales, que no eran sino conventos ó templos espaciosos, desprovistos de ropa blanca, de medicinas y hasta de camas, infestados de sarnas asquerosas, de devorantes calenturas y presentando en suma el espectáculo mas repugnante. Asi de tantos hombres enviados á los ejércitos de operaciones, una cuarta parte de ellos se les incorporaba á lo sumo. No era menor que la destruccion de los hombres, la de los caballos, y tanto que tropas de trescientos ginetes vieron reducidos en pocos dias á ochenta ó cien hombres montados. Tan luego como se llegaba á estas primeras estaciones del ejército de España se respiraba una atmósfera pestilenciada y sentíase profundísimo desaliento. Soldados y oficiales se consideraban como sacrificados de antemano á una muerte inútil y sin gloria; y este sentimiento de repulsion y desesperacion subía de punto con la certidumbre ó casi certidumbre de que jamás verian alli á Napoleon á su frente.

Con el fin de destruir las guerrillas que originaban tantos daños, cada uno de los generales que mandaban las diferentes estaciones, se abandonaba á lo que su imaginacion le sugeria para proponer medios ridiculos ú odiosos, tales como dar por el pie á los árboles á cierta distancia de los caminos, desjarrotar las mulas y los caballos del país (1) con el designio de privar á los guerrilleros

(1) Aqui hablo á tenor de la correspondencia autén-

de estos recursos, quemar ó diezmar los lugares que tenían mozos en las guerrillas. Kellerman, el mas sensato de ellos, no sabiendo ya que hacerse, dirigia desde Valladolid al mayor general Berthier estas reflexiones:

«La fuerza de que dispongo es insuficiente á todas luces, pues, además de los cuerpos enemigos á los cuales es preciso hacer cara, hay que guardarse de los numerosos enjambres de *bandidos* y de las fuertes partidas organizadas que infestan el país, y que por su movilidad y sobre todo por lo que les favorecen los habitantes, eluden todas las persecuciones, y tornan á asomar á nuestra espalda al cuarto de hora de vuestro paso. Este es el sistema de ardidés que al parecer han adoptado los *insurgentes*.

«Permitid, príncipe, que os declare mi opinión con toda franqueza. No es asunto ordinario la guerra de España: sin duda que no hay que temer reveses ó descalabros desastrosos, pero esta nación tenaz mina el ejército con su resistencia en detalle. Vanamente se derriban por un lado las cabezas de la hidra, pues renacen por otro, y sino se opera una revolución en los espíritus no conseguireis sujetar esta vasta península en largo tiempo, y absorberá la población y los tesoros de la Francia. A ganar tiempo aspira y á cansarnos con su constancia: solo por laxitud y por el aniquilamiento de la mitad de la población llegaríamos á dominarla. Tal es el espíritu que á esta nación anima, que ni aun es posible crearse aquí algu-

tica de los generales y del ministro de la Guerra, y nada añadido á los tristes colores del cuadro.

nos parciales. En vano se usa con ella de templanza, de justicia, porque esto apenas os vale alguna consideración, algunos epítetos menos duros, y en un momento apurado un gobernador ó un jefe cualquiera no hallaría diez hombres que osaran armarse en defensa suya.

«Necesítase, pues, de gente; quizá el emperador se enoja de enviarla, pero se necesita para acabar del todo ó contentarse con hacer pie en media España para lanzarse despues á la conquista de la otra media. Entretanto se disminuyen los recursos, se destruyen los medios de la agricultura, se agota ó desaparece el dinero; por mas que uno se rompe la cabeza no se sabe de donde sacar para el sueldo, para la manutención de los soldados, para las urgencias de los hospitales, y finalmente, para los inmensos detalles de cuanto ha menester un ejército que carece de todo. La miseria y las privaciones aumentan las enfermedades y debilitan el ejército de continuo, al par que por otra parte las guerrillas cruzan en todas direcciones, y se apoderan cotidianamente de pequeñas partidas ó de soldados aislados que se aventuran al campo con extremada imprudencia á pesar de las prohibiciones mas terminantes y reiteradas.

«Cuando me engolfo en tales reflexiones me pierdo en ellas, y me confirmo en que se necesitan la cabeza y el brazo de Hércules. Solo él, con la fuerza y la maestría, puede terminar este asunto, si este asunto puede ser terminado. (Carta del general Kellerman al príncipe de Neufchatel, que existe en el archivo de la Guerra.)

Todo lo cual significaba que, además de fuer-

zas inmensas, se necesitaba la misma presencia de Napoleón para acabar esta guerra odiosa. Aun cuando el cuadro bosquejado por el general Kellerman nada tuviese de exagerado, y bien que el odio de la nación española hacia nosotros fuese tan ardiente como lo describía, no eran realmente las dificultades graves por igual en todas las provincias. Con tiempo, con perseverancia, destruyendo primero los ejércitos regulares, dedicándose sobre todo a expulsar á los ingleses, y aplicándose, tras de quitar así á los españoles toda esperanza de formal resistencia, á administrar bien el país, resignándose á gastos de mucha para aliviarle del peso de la guerra, lo cual suponía un enorme empleo de hombres y de dinero, cabía en lo posible salir adelante con la empresa. Sobreviniendo en seguida la paz general, podía quedar por segunda vez consumada la obra de Luis XIV en circunstancias tan difíciles cuando menos como las que halló Felipe V, mas la primera condicion estribaba en aplicar todos los recursos de Francia y todo el genio de Napoleón exclusivamente á esta obra.

Segun acabamos de manifestar, la sumision de las provincias del Norte era la que, tanto por la naturaleza del terreno como por la exasperacion de sus pobladores, ofrecia mayores dificultades. Además de las partidas habia que vencer alli el ejército regular del duque del Parque, llamado ejército de la izquierda, y que estuvo á las órdenes del marqués de la Romana. Este ejército se componia de tropas allegadas de Asturias, de Galicia, de Leon, que el mariscal Soult habia descuidado para meterse en Portugal, que el mariscal

Ney habia rechazado, mas no destruido, y á las cuales fuéle forzoso abandonar Castilla la Vieja para dirigirse hácia el Tajo, cuando se le previno que fuera á unirse á espaldas del ejército británico á los dos mariscales. Tras de la jornada de Talavera encaminóse el mariscal Ney á París á fin de explicar á Napoleón todos los motivos de las disputas que le habian indispuesto con el mariscal Soult gravemente. Su cuerpo, que era el sexto, reducido á nueve mil combatientes por las fatigas y las enfermedades de otoño, se encontraba á fines de octubre de 1809 delante del duque del Parque y de sus treinta mil soldados. Por consecuencia de los reiterados avisos de la Junta sobre que se iba á volver á tomar la ofensiva y aun á marchar contra Madrid con el ejército del centro reorganizado adelantóse el duque del Parque á Tamames, camino de Ciudad-Rodrigo á Salamanca, para ver de contribuir de algun modo á las miras ambiciosas del gobierno de Sevilla. Aprovechándose del ejemplo de los ingleses, situóse con prudencia y alguna habilidad sobre una cadena de lomas de no fácil acceso, y desde cuyas cumbres una infantería que tirase bien podia atajar el paso á las mas bizarras tropas, si no eran guiadas con precaucion suma. Inflamado el general Marchand del espíritu de osadía de su jefe, acostumbrado á no contar los españoles, avanzó el 18 de octubre á Tamames, y no vaciló en atacar la posicion del enemigo, asaltándole en tres columnas y á paso de carga. Delante de las alturas ocupadas por los españoles habia algunos cañones cubiertos por la infantería: de ellos se apoderaron nuestros ginetes en un abrir y cerrar de ojos y despues de acuchi-

llar á los artilleros, mientras que uno de los batallones de nuestra infantería marchaba adelante, recibía á la caballería española con las puntas de las bayonetas y la dispersaba á fusilazos. Pero necesitábase forzar la posición misma, ya logrado este fácil triunfo. A nuestra izquierda dos regimientos, el 6.º de ligeros y el 69.º de línea, al querer trepar á las alturas bajo el fuego de quinientos hombres á quienes su situación tranquilizaba, experimentaron un instante pérdidas enormes, y fueron conducidos á retaguardia por el general Marchand, temeroso de que le costara demasiada gente un ataque tan temerario. Toda la línea siguió este movimiento retrógrado, y por vez primera el intrepido sexto cuerpo se detuvo delante de los españoles. Tanto era el fuego que no pudimos conservar la artillería ganada al enemigo, por haber sido muertos los caballos todos que tiraban de ella.

Insignificante como era este descalabro, bastaba para exaltar á los españoles y alentarles en su proyecto de campaña ofensiva. Y á la verdad ninguna dicha mayor podíamos apetecer que verlos venir sobre nosotros en grandes masas, pues minados por los combates en detalle dia tras dia, solo en batallas campales ganábamos triunfos. El gobierno central residente en Sevilla, ya muy dispuesto, sin embargo, de los consejos de sir Arturo Wellesley, á hacer que una vez mas avanzara el ejército del centro, despues de la batalla de Tamames, no vaciló en ordenar la marcha sobre Madrid, ardientemente deseada por muchos personajes que desde la salida de la capital se hallaban confinados en Andalucía. Como la Junta

central creyese al general Egüa demasiado tímido para la empresa, reemplazóle con don Juan Areizaga, joven oficial que se habia distinguido en la batalla de Alcañiz contra las tropas del general Suchet. Atribuyendo este nuevo gefe, dotado de alguna actividad y alguna energía, solamente á los oficiales los reveses de los ejércitos españoles, reformó algunos de ellos, y les sustituyó individuos jóvenes y mas acostumbrados á los grandes peligros de la actual guerra. Su espíritu reformador alcanzó aplausos, y á pesar de las manifestaciones despreciativas de sir Arturo Wellesley, se alimentaron halagüeñas esperanzas de volver á entrar en Madrid muy pronto. Dijose que pues los ingleses no querian manobrar en ningun sentido, se pasarían bien sin ellos, y á tal extremo llegó la confianza, que en el seno del gobierno central se discutieron las providencias que convendría adoptar luego que en Madrid se hiciera asiento.

Reuniendo don Juan Areizaga en Sierra-Morena las tropas de Extremadura, antes acaudilladas por don Gregorio de la Cuesta, las de la Mancha mandadas por Venegas, y además un destacamento de valencianos, atravesó la Mancha durante noviembre y avanzó sobre el Tajo por mas arriba de Aranjuez y hacia Tarazona. A sus órdenes contaba mas de cincuenta mil infantes, algo mejor acostumbrados á mantenerse en línea que los otros soldados de España, ochenta bocas de fuego bien servidas y de siete á ocho mil buenos ginetes. Ocioso es decir que este ejército llamado del centro iba animado de la confianza comun entre los españoles. En Madrid se supo con alborozo

la aproximacion de estos, preparándose á hacerles muy buena acogida.

El mariscal Soult, mayor general del ejército de España desde la partida del mariscal Jourdan, y encargado por consiguiente de regular las operaciones de los diversos cuerpos, anduvo no poco vacilante al pronto en punto á las intenciones que el general español llevaba y que era harto difícil discernir sin duda ninguna. Podia venir el enemigo por el camino de Extremadura desembocando de Trujillo sobre Almaraz y el puente del Arzobispo, por el camino de la Mancha desembocando en Madrideojos sobre Ocaña y Aranjuez, y finalmente por el camino de Valencia desembocando de Tarazona sobre Fuentidueña y Villarejo. Tendiendo el mariscal gran parte de sus tropas detrás del alto Tajo, hacia Aranjuez, hallabase en proporción de hacer cara al enemigo en todas direcciones, y no tenia que atropellarse para abrazar cualquier partido. Sus tropas se encontraban situadas de este modo. El sexto cuerpo á las órdenes del general Marchand, habia vuelto á Castilla la Vieja, donde segun se ha visto, vino á las manos con el duque del Parque en la batalla de Tamames. El segundo, que habia mandado personalmente el mariscal Soult y que á la sazón estaba á las órdenes del general Heudelet, se encontraba en Oropesa detrás de los puentes de Almaraz y del Arzobispo, observando el camino de Extremadura. El quinto, bajo el mariscal Mortier, estaba en Talavera dispuesto á apoyar al segundo. El cuarto, mandado antes por el mariscal Lefevre y ahora por el general Sebastiani, se hallaba repartido entre Toledo y Ocaña. El primero, siempre á las órdenes del maris-

cal Victor, estaba delante de Aranjuez mas allá del Tajo, guardando las llanuras de la Mancha hasta Madrideojos. La division Dessoles y la guardia real de José ocupaban á Madrid. Con los cuerpos segundo, quinto, cuarto y primero podia juntar el mariscal Soult lo menos sesenta mil hombres de tropas excelentes, doble número del que era menester para dispersar á todos los ejércitos regulares de España. En la imposibilidad de adivinar los planes de un enemigo, que no los tenia, adoptó el mariscal Soult las disposiciones convenientes para ocurrir á todas las eventualidades. De Oropesa trasladó á Talavera el segundo cuerpo del general Heudelet con orden de no apartar los ojos del camino de Extremadura, por donde habrian de venir los ingleses, caso de que se movieran por aquel punto. De Talavera trajo á Toledo el quinto cuerpo del mariscal Mortier, y concentró el cuarto del general Sebastiani entre Aranjuez y Ocaña. El primero, que estaba mas allá de Aranjuez, en medio de la Mancha, fué replegado sobre el Tajo. En esta situacion se podian reunir en dos marchas tres de los cuatro cuerpos para operar en un mismo punto, y por consiguiente se habian previsto todos los casos.

Hacia el 15 de noviembre, habiendo dejado el enemigo completamente el camino de Sevilla por el de Valencia y aparentado dirigirse contra nuestra izquierda, el mariscal Soult llevó el primer cuerpo hacia Santa Cruz de la Zarza é hizo que el general Sebastiani se moviera en el propio sentido. Entretanto don Juan Areizaga, despues de algunas vacilaciones, temió que se le cortara el camino de Sevilla y se le empujara hacia el de Valencia, lo

cual hubiera dejado la Andalucía al descubierto, y así cambió de dirección y marchando por su izquierda encaminóse sobre nuestra derecha hácia Ocaña y frente por frente de Aranjuez. Siguiendo el mariscal Soult atentamente los movimientos del enemigo, trajo el cuarto cuerpo del general Sebastiani de izquierda á derecha y le mandó pasar el Tajo cerca de Aranjuez por el puente de la Reina. De Toledo llamó á Aranjuez al mariscal Mortier con el quinto cuerpo. Con designio de asegurar la unidad de mando puso los cuerpos cuarto y quinto bajo la autoridad superior del mariscal Mortier y los previno que en el día desembocaran sobre Ocaña. Al mariscal Victor le prescribió que con el primer cuerpo cruzara el Tajo entre Villarejo y Fuentidueña, sobre la izquierda de los cuerpos de Sebastiani y Mortier; movimiento algo descosido, y que podia inutilizar la operacion del general Victor, pero que no ofrecia peligro alguno ante un enemigo á quien no tenia por qué temer uno de nuestros cuerpos de ejército, aun hallándose solo. Personalmente partió el mariscal Soult de Madrid con el rey José, la guardia española de este príncipe y el resto de la division de Dessoles.

Durante la tarde del 18 el general Sebastiani se aproximó al Tajo con los dragones de Milhaud, de los cuales solos tres regimientos, el 5.º, 16.º, el 20.º, se hallaban á la sazón á la mano, habiendo ido los otros dos de reconocimiento. Por el puente de la Reina pasó el rio con su caballería, dejando detrás su infantería que estaba aun en marcha. Cuando se abandonan las márgenes del Tajo, para seguir el camino de la Mancha, se sube por pendientes bastante rápidas la falda de una vasta me-

seta, que desde Ocaña se extiende casi hasta Sierra Morena, y compone lo que se denomina llanura de la Mancha. Llegado Sebastiani al borde extremo de esta llanura, divisó la caballería española que cubria el grueso del ejército de Areizaga en marcha desde Santa Cruz de la Zarza á Ocaña. Aquella tropa presentaba una masa de cerca de cuatro mil ginetes, bien montados y de muy buen aspecto. No teniendo Sebastiani mas que de ochocientos á novecientos dragones, encontrábase en embarazosa desproporcion de fuerzas. Por fortuna el mariscal Mortier, llegado á Aranjuez al instante, dióse prisa á correr en su ayuda y á enviarle el 10.º de cazadores con los lanceros polacos, de cuyas resultas Sebastiani tuvo á sus órdenes alrededor de mil quinientos caballos.

Inmediatamente asomó sobre la meseta el general Paris que mandaba el 10.º de cazadores y los lanceros polacos, y operó por nuestra izquierda un movimiento ofensivo sobre la caballería española á fin de cogerla de flanco. Hasta entonces esta caballería habia manifestado firmeza, mas, viéndose amenazada por la derecha, quiso replegar parte de su línea hacia atrás para hacer frente al ataque de flanco. Aprovechando la coyuntura el general Milhaud cargó de frente con sus dragones, mientras el general Paris cargaba de flanco con el 10.º de cazadores y los polacos, y aquella masa, tan imponente al principio, fué instantaneamente desbaratada: los lanceros polacos destruyeron un regimiento casi del todo, y cayeron muertos, heridos ó prisioneros de cuatrocientos á quinientos ginetes, quedándonos cerca de quinientos hermosos caballos para remontar nuestra caballería. Por

desgracia el general París recibió una herida mortal cargando personalmente con la mayor bravura. Este brillante hecho de armas era de feliz agüero para la jornada del día siguiente, de la cual se veían ya los preliminares. Con efecto, detrás de la cortina ya desgarrada de la caballería española, distinguióse el grueso del ejército de Areizaga, que iba desde Santa Cruz á Ocaña para presentar allí batalla.

A otro día, 19 noviembre, el mariscal Mortier, general en jefe de los cuerpos cuarto y quinto reunidos entonces, hizo sus preparativos para la jornada: del propio modo que la víspera estuvo la caballería á las órdenes del general elástiani; á las del general Leval los polacos y los alemanes del cuarto cuerpo; á las del general Girard la primera división del quinto, única en línea, pues la segunda se hallaba todavía en Toledo; á las del general Dessoles, además de la parte de su división allí presente, los regimientos franceses del cuarto cuerpo. Detrás se encontraba la guardia real de reserva. Todas las tropas no subían á mas de veinte y tres ó veinte y cuatro mil combatientes, número muy bastante para desbaratar los cincuenta ó cincuenta y cinco mil hombres del general Areizaga.

La pequeña villa de Ocaña, alrededor de la cual se había concentrado el ejército español, hallase al borde de la meseta elevada, extensa y casi unida de la Mancha. En torno de la villa hay una quebrada que se derriba hácia el Tajo y presenta allí una defensa natural con que se habían cubierto los españoles. Esta quebrada empezaba por nuestra izquierda formando un declive casi insensible,

luego corria delante de nuestro centro, y por nuestra derecha iba á morir al Tajo, formando una cavidad mas abierta y profunda. Mas allá de obstáculo semejante habia, pues, que ir á buscar y á vencer á los españoles. Con mucho seso discurrió el mariscal Mortier que convenia atacarlos por nuestra izquierda y su derecha, allí por donde era fácil trasponer la quebrada apenas naciente. Al general Leval que, como se ha enunciado, llevaba consigo los polacos y los alemanes, fió la cabeza del ataque, é hizo que los excelentes regimientos del general Girard le dieran apoyo. En el centro puso al general Dessoles con encargo de hacer sus disparos por encima de la quebrada y de ocupar así á los españoles hácia su frente. Toda la caballería debió seguir el movimiento de la izquierda para cruzar la quebrada en su origen y caer sobre el ejército español cuando nuestra infantería le hubiera roto. Segun todas las apariencias, la batalla iba á reproducir el encuentro del día antes y se puede decir que bajo la inspiracion del terreno, pues dictaba igual maniobra. Llegando el mariscal Soult con el rey José en el instante en que se ejecutaban estos movimientos, no tuvo mas que confirmar las órdenes por el mariscal Mortier dadas.

A las once de la mañana, acercándose el general Leval briosamente á la derecha del ejército enemigo, cruzó la quebrada en su nacimiento, y se presentó en columna cerrada por batallones. Adivinando el general Areizaga la intencion de los franceses, trajo hácia su derecha toda la artillería con sus mejores tropas. Esta artillería, bien servida, cubrió de proyectiles á los polacos y á los alemanes, que no perdieron el orden de formacion

á pesar de todo. Sin embargo, la infantería española, ya aproximada al pliegue de terreno que habíamos de pasar nosotros, hizo fuego muy nutrido de fusilería que produjo alguna fluctuación en las filas de nuestros aliados. Gravemente herido cayó el general Leval, dos de sus ayudantes de campo quedaron muertos, y desmontados muchos de sus cañones. Entonces el mariscal Mortier mandó al general Girard que entrara en acción inmediatamente, pasando por los huecos de nuestra primera línea, y formando al punto á los regimientos de infantería 34.^o, 40.^o y 61.^o en columna, mientras oponía el 88.^o á la caballería española, que amenazaba su flanco izquierdo, cruzó la quebrada, pasó por entre los huecos de los polacos y alemanes, operó este paso de líneas con notable aplomo, bajo el fuego de la caballería contraria, y cargó resueltamente á los españoles. Ante este ataque, ejecutado con tanta precisión como bizarria, los españoles comenzaron á ceder el terreno, cuando hacia Ocaña. Apoyados los regimientos del quinto cuerpo por los del cuarto, que se les unieron por la espalda, prosiguieron su ataque, y vióse á poco iniciarse algun desorden en la masa del ejército enemigo. A este tiempo el general Dessoles, que se había contentado hasta entonces con cañonear á los españoles por encima de la quebrada, cuya profundidad por aquella parte ofrecía un obstáculo embarazoso, no vaciló en cruzarla, al ver que los españoles parecían desordenados. Bajóla, subióla y desembocó súbito sobre Ocaña, de la cual se hizo dueño. Nuestra caballería, situada en el ala opuesta, cayó á la sazón al galope sobre la caballería española, que cubría los

bagajes hacia el camino de Santa Cruz á Ocaña, la deshizo, y precipitóse seguidamente en medio de las masas rotas y fugitivas de la infantería. En breve no hubo ya más que una confusión horrible: habiendo procurado los españoles esta vez mantenerse firmes, pudieron ser alcanzados, envueltos y cogidos: en pocos momentos cayeron cuatro ó cinco mil bajo el sable ó la bayoneta de nuestros soldados, y quedaron en nuestro poder cuarenta y seis bocas de fuego, treinta y dos banderas, quince mil prisioneros, cogiéndose además muchos bagages y por lo menos de dos mil quinientos á tres mil caballos de silla y de tiro.

Tres horas bastaron para dar cima á esta acción dirigida con tanta prudencia como bizarria. El ejército español se podía considerar destruido, como que de cincuenta mil hombres perdió veinte mil por lo menos, y aun no se había llegado al término de las resultas de esta jornada. Con efecto, á otro día los restos del ejército español fueron perseguidos de muerte: los paisanos de la Mancha, menos animados contra nosotros que los de otros puntos, y que distaban mucho de apetecer que hiciera asiento la guerra en su territorio, revelaban á nuestra caballería las direcciones por donde iban los fugitivos. Aun se juntaron de cinco á seis mil prisioneros, lo cual hizo subir á veinte y cinco ó veinte y seis mil el número de soldados perdidos por don Juan de Arceizaga. Por algunos días no hubo mas que dispersos, y no mas llegaron á Sierra-Morena que bandas desorganizadas casi sin artillería ni caballería. Además del efecto moral, que debía ser grande, el ejército francés había adquirido considerable cantidad de

bagajes, y muchos miles de excelentes caballos, de que tenia una necesidad extremada. Por Madrid se hicieron desfilir cerca de veinte mil prisioneros, que inmediatamente fueron dirigidos á Francia. Solo faltó á este triunfo ser alcanzado contra ingleses.

Naturalmente la agitacion fué vivísima en Sevilla, y produjo contra la Junta central un nuevo desencadenamiento de pasiones. Mas osadamente que nunca se reprodujo entonces el proyecto de sustituirla una regencia: pero el marqués de la Romana, empeñado antes en destronar á aquella Junta, ahora que habia recibido de ella la principal parte del poder ejecutivo, apresuróse á reprimir á sus mas inquietos contrarios, y mandó prender á don Francisco Palafox y al conde de Montijo. Por desgracia las malas nuevas sucedianse de la manera mas alarmante: se sabia en aquel momento que se habia rendido Gerona; que el general Kellermann, unido al general Marchand, habia vengado el descalabro de Tamames y rechazado al duque del Parque en la batalla de Alba de Tormes; que se habia firmado la paz entre Francia y Austria; que Napoleón habia vuelto á Paris victorioso, y que dirigia sobre la Peninsula numerosas tropas á marchas forzadas; que, finalmente, los ingleses, censurando mas que nunca la imprudencia de la última campaña, se metian en Portugal, para buscar allí la seguridad en la distancia. A tan repetidos golpes, no viendo la Junta mas asilo que en el fondo mismo de la Peninsula, detrás de las lagunas que cubren á Cádiz, resolvió que se reuniria en la isla de Leon á principios de 1810, á fin de preparar allí la convocatoria y la reu-

nion de las Cortes para el dia 1.º de marzo.

Asi, á pesar de las numerosas dificultades inherentes á la guerra de España, á pesar de todos los tropiezos de este año de 1809, durante el cual se habia hecho tan triste uso de las admirables tropas acumuladas en la Peninsula, se puede decir que la campaña terminaba ventajosamente y hasta con brillo. Lícito era, pues, esperar, si realmente se sabia sacar partido en 1810 de las fuerzas preparadas por Napoleón, si, sobre todo, él mismo dedicaba aplicacion bastante á los asuntos de España, sin desviarse de su objeto por otras empresas; lícito era esperar, repetimos, un término feliz y quizá cercano á tan larga como cruel guerra.

Pero, como sucede á menudo y casi siempre, el apuro, el pesar, no reinaban solo entre los vencidos; tambien habia sobra de miseria, de enojo, de angustia en Madrid, en la corte del rey actualmente triunfante. José no tenia en España menos desvelos y motivos de disputas con su poderoso hermano que Luis en Holanda, y si no se sentia tan agitado, era por su menor energia de sentimiento y por su mayor seso y cordura. Ya se ha visto que no carecia de aspiraciones militares; que ademas se creia hábil para cautivar los corazones, prudente y sensato en el arte de gobernar; que estaba persuadido, de que si se le dejara obrar á sus anchas, llegaria mas facilmente á vencer á los españoles con halagos que su hermano con la pólvora; que por una propension común á todos los reyes, ascendidos á tales por la gracia de Napoleón, habia abrazado la causa de sus nuevos súbditos, sobre todo contra los ejércitos franceses encarga-

dos de sujetarlos á su cetro; que se quejaba de continuo de los malos tratamientos de los franceses contra los españoles, y que Napoleon, despues de haberse mofado de su genio militar y de su arte de seducir á los pueblos, considerando menos de broma esta parte de su política, se encolerizaba vivamente cuando veia que á los ojos de José eran mas caros los españoles que los soldados franceses, que derramaban su sangre para afirmarle en el trono de España. Se entregaba á singulares arrebatos, que, trasmitidos á Madrid sin contemplaciones, producian entre ambas córtés una irritacion de las mas importunas y sobre todo de las menos decentes. Con efecto, los ingleses habian recogido de manos de los guerrilleros mas de una carta interceptada á correos franceses (1), y no dejaban de ostentar en sus periódicos el triste espectáculo que la familia imperial ofrecia.

(1) En Inglaterra poseen una parte de la correspondencia privada de José, particularmente con la reina su esposa, que se habia quedado en Paris, y le referia menudamente cuanto le interesaba, propendiendo mas á calmar que á irritar realmente. En nuestros archivos existe la correspondencia autógrafa de José con Napoleon, la del embajador de Francia Mr. de Laforest, la de un gefe de la policia francesa en España, hombre agudo y templado, por último, la del general Belliard, gobernador de Madrid; y en estos documentos auténticos, frecuentemente contradictorios, pero fáciles de concordar cuando se sabe descubrir la verdad por entre las pasiones contemporáneas, he adquirido los pormenores que aqui reuno, y de cuya exactitud rigorosa respondo. Segun mi costumbre, suavizo los colores para ser mas verdadero, porque los colores de cada tiempo son siempre exagerados, y no quiero lundar mi relacion sino en la parte incontestable de los documentos de que hago uso.

Naturalmente el rey José, á semejanza de sus hermanos en Amsterdam, Cassel y Nápoles, quiso crearse en Madrid una corte. Algunos franceses lisonjeros, militares ó administradores mediocres, algunos españoles parciales de la nueva dinastía, aunque sonrojándose á los ojos de sus compatriotas del partido que habian abrazado de buena fé á pesar de todo, componian aquella córte, á la cual José dispensaba toda confianza, revelaba su espíritu de buen grado, distribuia las únicas mercedes de que disponia, y que en cambio admiraba su superior talento, su rara bondad, su arte de tratar con los hombres, le hallaba diferente sin duda de su glorioso hermano, pero no tan inferior como se complacian en divulgarlo en Francia. Estos aduladores de José se esmeraban en repetir que Napoleon estaba rodeado de aduladores, que exageraban su mérito á expensas del de sus hermanos; que, sin contradiccion, tenia ungenio militar que no podia desconocerse, pero sin ninguna mesura, sin ninguna prudencia; que nada sabia hacer sino por la fuerza y con precipitacion desordenada; que quizá llegara tiempo en que se perdiera y perdiera á su familia; que, por el contrario, José, mas dulce, mas político, tan grato á los ojos de Francia y menos odioso á los de Europa, valdria mejor para llevar la obra imperial á dichoso remate. Algunos de estos aduladores de Madrid, tan buenos jueces de los aduladores de Paris, cometieron durante la campaña de Wagram la imprudencia de calcular las eventualidades que amenazaban la cabeza de Napoleon, y aun, encomiando su personal bravura, dijeron que sin duda seria un doloroso accidente la muerte de tan

grande hombre, y un luto profundo para todo el que amara el genio y la gloria, pero que este infortunio no sería tan de bulto como se imaginaba para el imperio; que la paz vendría á ser tan fácil como era difícil entonces; que se podrían restituir á Europa los países temerariamente incorporados á Francia, satisfacer á Inglaterra, permitir que el papa volviera á Roma, aliviar á las poblaciones agobiadas de fatiga, conseguir abundancia en la hacienda, hacer el ejército francés mejor que era, no conservando mas que los hombres dedicados por costumbre y por afición al ejercicio de las armas, y enviar los demás á sus hogares, poner la misma familia imperial bajo una autoridad mas suave y conciliadora que la de Napoleón, dar en fin á Francia y Europa un reposo ardientemente deseado, una estabilidad que faltaba al bienestar de todo el mundo. Estas cosas, que no carecían de verdad, decíanlas imprudentemente los familiares de José delante de generales, que las trasmítian á Napoleón por odio á la corte de España; delante del embajador de Francia, que por deber daba cuenta de ellas; delante de una policía, que las comunicaba por oficio, y ya se concebía la irritación que en París habian de producir sin remedio.

Bien hubiera querido José pagar la admiración de sus aduladores, pero en sus escaseces no podía valerles de mucho. Todas sus rentas se reducían á las contribuciones de Madrid, pues de ninguna de las provincias ocupadas por nuestras tropas le enviaban dinero. La única bien administrada, que era Aragon, apenas alimentaba al ejército, y Cataluña, Navarra, Asturias, Casti-

lla la Vieja, horrorosamente destrozadas, se hallaban en la imposibilidad de contribuir á otras cargas que las que se satisfacían en especie para la manutención de las tropas de paso. Contando lo que percibía de Madrid y de su provincia, no percibía José mas que 4.000.000 mensual, necesitando tres por lo ménos para las necesidades indispensables de su casa, de su guardia y de los funcionarios que recibían sus órdenes. No le quedaba mas recurso que el de la creación de vales sobre los bienes nacionales, especie de asignados que servían para comprar las fincas ocupadas á los frailes y á las familias proscritas. (Sin embargo, Napoleón se habia reservado las posesiones de las diez primeras casas de España). Este recurso, que subía nominalmente á unos 400.000.000, por efecto del descrédito del papel se reducía á 30 ó 40. José acababa de agotarlo, después de absorber el precio de las lanas cogidas en Burgos, y de las cuales solo habia recibido una parte. Con esta suma distribuyó algunas mercedes á sus favoritos, añadió algunos títulos de nobleza, algunas condecoraciones, y por último, algunos grados en su guardia; que tambien habia creado una guardia, que le costaba mucho y se componía de prisioneros españoles, que aceptaban este servicio por no ser llevados á Francia, y desertaban en seguida, llevándose los magníficos uniformes que se les habian dado.

Para justificar estos actos decía José que preciso era que un rey tuviese que dar algo, que pudiese recompensar á los franceses unidos á su suerte, pues le habian seguido de París á Nápoles, de Nápoles á Madrid, é indemnizar á los españoles

que, por adherirse á su servicio, se habian separado de sus compatriotas; y que ademas estaba obligadísimo á formar un núcleo de ejército español, porque España no podia ser guardada de continuo por los franceses. Todo esto era muy sostenible.

Sin embargo, José tenia por qué arrepentirse de otras debilidades. Bastante friamente acogido por las tropas francesas, que no veian en él un amigo, ni un general; mas friamente aun por sus súbditos de Madrid, que no veian en él á su príncipe legítimo, vivia en el fondo de su palacio, ó en el Pardo, sitio real en que hacia muchos gastos por tener, como Felipe V, su Granja. Allí pasaba una gran parte del tiempo, rodeado de los amigos lisonjeros, de cuyos discursos acabamos de dar noticia, y tambien habia encontrado allí una princesa de los Ursinos en una señora hermosa y de talento, que se contaba entre el escaso número de damas españolas que se atrevian á aparecer en la corte.

No habia pues que tachar en la conducta de José mas que algunas debilidades como las que se hallan en toda corte antigua ó moderna; pero Napoleon, implacable respecto de los caprichos que se queria perdonar á sí propio, y no á sus hermanos, por no tener como él la brillante excusa del genio y de la gloria, irritado por una porción de malévolas relaciones, y sobre todo por la idea de que torpes cortesanos buscaban quizá en tal miembro de su familia un sucesor al Imperio, no contemplaba mas á la corte de Madrid que habia contemplado á la de Amsterdam, y aun cabe decir que mucho menos, pues á las causas de enojo, que acabamos de referir, se añadian de continuo las

mortificantes desazones de la guerra de España. Decia á la esposa de José, retenida por razon de salud en Paris, al mariscal Jourdan, vuelto á Francia, á todos los generales, que iban y venian, á Roederer, que frecuentemente habia servido de mediador entre los dos hermanos, que José no tenia idea alguna de la guerra; que tampoco tenia genio ni carácter; que, á no ser por los franceses, en número no de trescientos, sino de cuatrocientos mil, que iban á ser necesarios muy pronto, José no permaneceria mas de ocho dias en España; que las pretendidas seducciones de su carácter le llevarian dentro de poco tiempo á Bayona como en 1808: que, echándosele de emperador en un consejo de Estado, en medio de algunos personajes mediocres, que sabian de administracion poco y bien ó mal hablaban de algunos negocios administrativos, nadie era político, así como nadie era general por seguir un ejército y dejar hacer al jefe de estado mayor, ó no dejarle, lo cual era peor todavía; que la dulzura podria tener su valor, pero nunca antes de haber prevalecido la fuerza; que hasta el presente habia que hacerse formidable, fusilando sin piedad á los *bandidos*, que degollaban á nuestros soldados, y ocuparse en proporcionar alimento á los franceses, antes de pensar en guardar contemplaciones á los españoles; que sin duda esta era una manera de reinar muy penosa, muy cruel para un carácter tan dulce como el de José, pero que, bien mirado todo, él, Napoleon, no le habia forzado á ser rey de España, habiéndoselo ofrecido, mas no impuesto, y siendo menester, ya que habia aceptado, que llevase esta corona por pesada que fuese; que relativamen-

te á los apuros rentísticos, solo eran imputables á la incapacidad de José y de sus ministros; que ya habia costado España al tesoro imperial de doscientos á trescientos millones, y no era cosa de arruinar por ella la Francia; que España era rica, contenia recursos inmensos, y si él, Napoleón, pudiera venir á su seno, se encargaria muy bien de hacer vivir á sus ejércitos y de encontrar ademas el aditamento necesario para los servicios civiles; que iba á enviar ciento veinte mil hombres de refuerzo para acabar esta guerra importuna, pero que á los gastos de equiparlos, de armarlos, de instruirlos, no podia añadir el de alimentarlos; que, á lo sumo, podria suministrar dos millones mensuales para el sueldo (ya hemos referido esta resolucion de Napoleón y explicádola al referirla), pero que fuera de aqui no haria nada, porque á lo imposible no está obligado nadie; que cuando se experimentaban apuros, como los que en son de queja decia padecer su hermano, no se debian tener favoritos, ni favoritas, ni prodigar los escasos recursos que hubiera á lisonjeros sin utilidad alguna; que la creacion de la guardia real era inútil y aun peligrosa, pues absorberia infructuosamente un dinero necesario para otros usos, fuera de que á la primera coyuntura desertaria toda entera; que tomar prisioneros de Ocaña, como se habia hecho, para trasformarlos en guardias del rey era un escándalo y una insensatez, pues equivalia á dar calor á enemigos en el propio seno, que al menos por algunos años no habia mas arbitrio que contentarse con soldados franceses; que vanamente se aspiraria con la creacion de un ejército español á la independenciam de Francia, im-

posible en el estado actual de las cosas; que rayaba en el colmo de lo ridiculo esta independenciam con cuatrocientos mil franceses dentro de España; que era menester resignarse ó á no ser rey, ó á serlo por Napoleón, á su albedrío, segun sus miras y voluntades; que seria gran fortuna que pudiera ir allí á pasar algun tiempo (lo cual temia la corte de José sin disimular sus temores); que con su presencia pondria orden en todo y enmendaria muchos yerros, pero que á falta de su presencia era necesario someterse á su voluntad; que, por lo demas, si no se trataba de gobernar y administrar de otra manera que hasta entonces, recurriria á un medio tan sencillo como el de convertir en gobiernos militares las provincias ocupadas por los ejércitos franceses, sin perjuicio de restituirlas al rey cuando la paz se celebrara, bien que en este caso convendria quizá que obtuviera Francia una compensacion por sus esfuerzos y sus gastos; compensacion que la naturaleza de las cosas indicaba harto á las claras, si al cabo habia que apelar á este recurso, pues no seria otra que la de las provincias comprendidas entre los Pirineos y el Ebro.

Estos designios, trasmitidos sin exageracion alguna, siendo imposible exagerar las palabras de Napoleón, puesto que revelaban siempre hasta la extremidad de sus ideas, sumian al infortunado rey en el desconsuelo. A su decir, ya era muy digno de lástima por efecto de las inconveniencias sin número de algunos generales franceses, pero que, si ademas tenia que aguantar gobiernos militares, en sus territorios y que pasar por la amargura de anunciar á su pueblo la desmembracion

de la monarquía, entonces, no cuatrocientos mil hombres, sino un millon de ellos se necesitaria para contener á los españoles, y aun este millon no seria bastante, y aun cuando pasara los Pirineos toda Francia, no vendria al cabo de tales designios, si no mataba cada francés á un español para ocupar en la Península su puesto. Destinarle semejante papel, equivalia á querer que reinara sobre cadáveres; y mas valia destronarle de un golpe que mantenerle á tal costa en el trono.

Ya se puede notar que, bajo formas diferentes, la querrela de Luis con Napoleon se reproducia en España, y que Napoleon no ganaba mucho en emplear como instrumentos de su dominacion á sus hermanos, pues, á pesar de ellos, trasformábanse de seguida en representantes de los intereses, que ansiaba inmolar á sus inflexibles designios. En su hermano Luis habia visto ingerirse con fuerza el espíritu independiente y mercantil de los holandeses; en José veia reproducirse la impresion de parte de los padecimientos, que pesaban sobre la España sin ventura. De temer era que, tanto en un país como en otro, la fuerza de las cosas menospreciada se sublevara antes de mucho con una energia vengadora, de la cual los hermanos de Napoleon, sin que lo echaran de ver ellos ni él mismo, no eran mas que precursores muy flojos.

Sea como quiera, consolado José en aquel momento por la victoria de Ocaña y por la toma de Gerona de las pesadumbres de este año; recibiendo de sus emisarios en Andalucía la seguridad de que el mediodía de España, tras la fatiga de la agitacion de los partidos, no deseaba mas que ver-

le para adherirse á su causa, se lisonjeaba de llegar al término de sus penas; y por su parte Napoleon, con las decisivas resultas de los grandes recursos acumulados para 1810, se lisonjeaba de llegar al término de sus sacrificios. La esperanza templaba la desesperacion del uno y la imperiosa cólera del otro, y ninguno de los dos pensaba mas que en hacer tan fructuosa como fuera posible la campaña que iba á tener principio.

José queria comenzar esta campaña por una expedicion á Andalucía. Sus ministros, españoles adictos á la nueva dinastia y varones de algun mérito, como los señores Ofárril, Azanza, Urquijo, pensando, ni mas ni menos que él, que valia mas la suavidad que la fuerza; que se necesitaban en España pocos franceses y muchos millones; que era menester hablar de Napoleon poco, de José mucho, y de desmembraciones de territorio nunca, discurrían haber hallado en la conquista de Andalucía una coyuntura de hacer prevalecer sus intentos. Dando oídos á españoles residentes en Sevilla, que pintaban á Andalucía cansada del gobierno de la Junta, y pronta á rendirse á la nueva dinastia, figurábanse poder llegar á este objeto sin resistencia; que, teniendo la fuerza escasa parte en la conquista, conservaria alli poco imperio; que José, con su arte de ganarse los corazones, seria el conquistador único de tan hermosa provincia, cabiéndole así la gloria y á la par el provecho; que Granada y Valencia imitarián en breve á Sevilla, y Cadiz lo propio; que así tendria bajo su autoridad directa casi todo el Mediodía de España; que alli podria encontrar recursos rentísticos abundantes; que en estos recursos y en la

distancia hallaria cierta independencia de su hermano; que, en suma, no empezaria á ser rey de España mas que en Andalucía, y que allí se verificaria el triunfo de su sistema, de su persona y de su trono. José, á quien era fácil persuadir de estas cosas, solicitaba con vivas instancias en Paris el permiso para hacer la conquista de Andalucía. Viendo el mariscal Soult las mismas facilidades, especialmente de resultas de irse metiendo en Portugal las tropas inglesas, deseando dar cima á tal empresa para borrar el recuerdo de Porto, esforzaba cerca de Napoleon la idea de una expedicion á Andalucía, y para alentar mas á José mostrábasele como lugarteniente sumiso y devoto.

Napoleon vacilaba á pesar de todo, y como no solia cuando se trataba de resoluciones militares. Sensible era á las ventajas de poseer inmediatamente la Andalucía y quizá por el estímulo del ejemplo los reinos de Valencia, de Murcia y Granada, sometiéndosele de esta suerte el mediodía de la Península de un golpe; mas su gran tacto militar le inducia á pensar que el ejército inglés era su primero y capital enemigo en España; que ante todo convenia dedicarse de lleno á vencerle, para obligarle á que se reembarcara; que, una vez expulsados de la Península, seria fácil ir á caer desde Portugal, á donde habria sido indispensable perseguirle, sobre Andalucía, donde los españoles, ya solos, carecerian de fuerza y hasta de ánimo para la resistencia; que, si aun la ensayaban algunos dias, no seria de larga duracion su defensa, porque la expulsion de los ingleses produciria la paz general sin remedio, y, terminada la paz general, serian las pasiones de los españoles como fue-

go sin pábulo y destinado á apagarse pronto. De consiguiente en su sentir el plan mas militar, y el mas político al mismo tiempo, era marchar en derecha y ante todo contra los ingleses, y efectivamente, con esta mira habia juntado una abrumante masa de fuerzas para lanzarla sobre lord Wellington desde luego. Desgraciadamente se dejó desviar de este proyecto saludable por la seguridad que se le dió de señorear la Mancha y Andalucía sin disparar un solo tiro, y de que por tanto una marcha sin obstáculos proporcionaria las riquezas de Granada y Sevilla y ademas la posesion de Cádiz, con lo que se quitaria á los ingleses el recurso de establecerse en este gran puerto, pues era de temer que, si se les expulsaba de Portugal antes de poseer la Andalucía, se embarcasen en Lisboa para tomar en Cádiz otra vez tierra, lo cual fuera un infausto accidente. Sobre todo dejóse vencer por la consideracion de que las tropas, que encaminaba hácia la Península y que debian invadir á Portugal, no habian aun llegado, ni estarian en disposicion de maniobrar antes de abril ó mayo; de que para entonces ya estaria acabada la empresa de Andalucía, para la cual se pedian quince dias tan solo, y de que, llevadas las tropas que en esto se hubieren empleado hácia Badajoz, todas estarian á las puertas de Portugal, y asi podrian auxiliar por la izquierda del Tajo á las que bajaran por la derecha. No previendo entonces Napoleon cuan grande seria el consumo de hombres cuando se extendieran por aquella comarca devoradora, y no considerando la expedicion de Andalucía mas que como un empleo momentáneo de las hermosas tropas que habia en torno de Madrid, empleo que

permitiría trasladarlas inmediatamente de Sevilla á Lisboa, consintió en la expedición de Andalucía, sin cuidarse de las consecuencias de esta resolución funesta. Según se ha visto anteriormente, había preparado cerca de ciento veinte mil hombres de refuerzo y pensaba elevarlos á ciento cincuenta mil contra España. Estos ciento cincuenta mil hombres, todos en marcha, se habían reunido del modo siguiente.

Primeramente habían ingresado en los depósitos acantonados en las costas de Bretaña y á lo largo de los Pirineos, y cuyos regimientos unos pertenecían al ejército de Portugal y otros á los ejércitos de España, los treinta y seis mil reclutas sacados algunos días antes de la paz de Viena para las necesidades de la Península. Estos depósitos pudieron proporcionar inmediatamente en reclutas de los anteriores alistamientos, y ya instruidos, unos veinte y cinco mil hombres de infantería, reemplazados por los dichos treinta y seis mil reclutas al punto. Con aquellos veinte y cinco mil hombres formó dos excelentes divisiones, una á las órdenes del general Loison, antiguo y vigoroso oficial que había hecho la campaña de Oporto, y otra á las órdenes del general Reynier, oficial distinguido del ejército del Rhin, poco ocupado despues de los acontecimientos de Egipto, y mas prudente que feliz en la guerra.

Estas dos divisiones, enviadas á toda prisa, sirvieron de pronto para relevar á una porción de destacamentos, retenidos en las provincias del Norte, y no incorporados por consiguiente á los cuerpos de que iban á completar el cupo. Despues una de ellas, la del general Reynier, fué disuelta,

y los batallones que la componían pasaron á sus regimientos respectivos. La otra, formada toda de batallones pertenecientes al sexto cuerpo, fué agregada al mismo para formar una tercera división mandada por el general Loison. Napoleon quería elevar este cuerpo á treinta mil hombres y que con el mariscal Ney á la cabeza fuera parte principal del grande ejército destinado á Portugal contra los ingleses. Así, despues de oír al mariscal Ney, hizo-le partir de Paris, diciéndole que de su energía no podía hacer mejor uso que el de volverle á enviar á España contra el ejército de Inglaterra. Con efecto, el mariscal vino á ponerse al frente del sexto cuerpo reforzado y estableció su cuartel general en Salamanca.

A este primer envío ejecutado con urgencia añadió Napoleon otro. Anteriormente había reunido en Suabia á las órdenes del general Junot, cierto número de los terceros y cuartos batallones de los regimientos que servían en España, á fin de componer una reserva en vista de la guerra de Austria. Celebrada la paz, dirigiólos de nuevo hácia los Pirineos, despues de completarlos en el camino, unos para incorporarse en España á sus regimientos respectivos, cuando la inmediatecion de los campamentos lo permitiera, otros para formar á las órdenes del general Junot un segundo cuerpo de treinta mil hombres, destinado al ejército de Portugal de igual modo. Quedaba un tercer cuerpo en los depósitos de infantería estacionados junto al Elba y el Rhin, donde había una multitud de jóvenes ya instruidos y sin ocupacion alguna en el Norte. Cuadros destacados de estos depósitos debían conducirlos á España, y despues de dejarlos

alli volverian al Norte, su habitual morada. Estas diversas combinaciones podian suministrar al rededor de ochenta mil hombres de infanteria. De nueve á diez mil ginetes debian proporcionar los dragones, cuyos escuadrones terceros y cuartos iban á retornar á España, de donde fueron segregados por un momento. Otros cinco ó seis mil ginetes debian salir de los depósitos de doce regimientos de caballeria destinados á España. Este refuerzo total, con las tropas de los trenes, de ingenieros y de artilleria, constaba de mas de cien mil hombres; y completarian los ciento veinte y cinco mil, cuya reunion estaba proyectada, quince ó diez y ocho mil soldados de la guardia ya partidos, y siete ú ocho mil sacados del Piamonte, donde residian los depósitos del ejército de Cataluña. Por último quedaban dos hermosas divisiones, las que en la última campaña de Austria habian servido á las órdenes del mariscal Oudinot, al lado de la heroica division de Saint Hilaire y aprendido la guerra en Essling y Wagram. Se componian de cuartos batallones: los pertenecientes á regimientos estacionados en el Norte, fueron destacados para regresar á sus cuerpos: los pertenecientes á regimientos de los que servian en España fueron encaminados hácia el oeste de Francia, donde descansaban á las órdenes del general Drouet (conde de Erlon) prontos á formar una nueva reserva detrás del grande ejército de Portugal. De esta suerte entendia Napoleon proporcionarse el refuerzo de ciento cincuenta mil hombres que pensaba enviar á la Península en 1810, y que completaba la masa de mas de cuatrocientos mil hombres dedicados á esta guerra devoradora.

Permitiendo Napoleon la expedicion á Andalucía, que debia ejecutar José al frente de setenta mil veteranos reunidos junto á Madrid, discurrió que, terminada aquella, se podrian destacar lo menos treinta mil de estos soldados y trasladarlos hácia el Alentejo; que, dirigiéndose sobre Lisboa estos treinta mil hombres por la izquierda del Tajo, mientras Massena marchaba allá por la derecha con los sesenta mil hombres de Ney y de Junot, con los quince mil de la guardia, con los diez mil ginetes de Monthbrun, sin meter en cuenta la reserva de Drouet, seria imposible á los ingleses resistir una masa tan agobiadora de fuerzas, y que haciéndose inevitable su embarque, la campaña de 1810 seria quizá la última de la guerra de España. Antes de haber aprendido por una cruel experiencia lo que venian á ser los ejércitos bajo el clima de la Península, se podian concebir, hasta con la gran perspicacia de Napoleon, tan lisongeras esperanzas.

Por consiguiente, sin desviarse de su objeto esencial, que era de continuo la expulsion de los ingleses, permitió Napoleon la expedicion de Andalucía, la cual no debia ser á sus ojos mas que el empleo útil de las fuerzas concentradas en rededor de Madrid, mientras se reunieran en Castilla los elementos del grande ejército de Portugal destinado á marchar sobre Lisboa al mando del ilustre Massena.

Al consentir Napoleon en la expedicion de Andalucía, prescribió á José las precauciones que se debian observar en tal empresa. Mapdóle marchar con tres cuerpos, el cuarto bajo el general Sebastiani, el quinto bajo el mariscal Mortier, el prime-

ro bajo el mariscal Victor, quedando la division Dessoles en reserva. Respecto del segundo, que habia pasado sucesivamente de manos del mariscal Soult á las del general Heudelet y recientemente á las del general Reynier, le previno que le dejara junto al Tajo enfrente de Alcántara para observar á los ingleses, cuyos designios, despues de su movimiento retrógado hácia Portugal, no estaban al alcance de nadie. Le recomendó que llevara consigo artilleria de grueso calibre, á fin de que no se le detuviera delante de Sevilla, como se detuvo al mariscal Moncey delante de Valencia por falta de artilleria de sitio. Con los tres cuerpos que llevaba y las antiguas divisiones de dragones iba á tener José unos sesenta mil hombres, sin contar la reserva del general Dessoles que debia guardar sus espaldas, sin contar el cuerpo de observacion del general Reynier que debia velar sobre su derecha, lo cual componia un total de ochenta mil hombres por lo menos. Mucho mas era de lo que hacia falta en el actual estado de fuerzas de los españoles para invadir la Extremadura, la Andalucia y los reinos de Granada y de Murcia. En cuanto á lo de guardar estas provincias era otra tarea en que aun no se pensaba por el momento.

Expedidas estas instrucciones, Napoleon intimó al general Suchet que ocupara en tomar á Lérida y á Mequinenza el tiempo que empleara José en conquistar la Andalucia. Ayudado Suchet á esta empresa por el mariscal Augereau, podria á su vez ayudar á éste en la toma de Tortosa y de Tarragona, y marchar seguidamente sobre Valencia, donde la conquista del Mediodia, comenzada por José,

se llevaria á final remate. Durante el mismo tiempo debia el mariscal Ney organizar su cuerpo en Castilla la Vieja, dar caza á los *insurgentes* de Leon, alargar la mano al general Bonnet en Asturias, preparar los sitios de Ciudad Rodrigo y Almeida, por los cuales debia ser inaugurada la campaña de Portugal, y aguardar asi en una actividad poco fatigosa á que todos los elementos del ejército de Portugal estuvieran reunidos completamente.

Cuando José recibió la autorizacion para efectuar la expedicion á Andalucia, experimentó un verdadero alborozo, sobre todo porque iba á obrar á distancia de Napoleon y tan solo con el consejo del mariscal Soult, que le servia de mayor general y que á la sazón se le manifestaba muy deferente. No estaba el mariscal menos gozoso de marchar sobre Andalucia, donde no habia ingleses, y por tanto solo eran de temer, ó mejordicho, de esperar batallas de Ocaña.

José hizo preparativos suntuosos y muy semejantes á los de Luis XIV al marchar con su corte á Flandes. Llevaba consigo cuatro ministros, doce consejeros de Estado, sus cortesanos habituales y una innumerable servidumbre. A fin de adquirir el dinero necesario para representacion tan fastuosa, hubo de descontar á toda costa vales sobre los bienes nacionales y letras de cambio sobre Burdeos, hipotecando para el pago las lanas y los géneros coloniales que se habian cogido en España. Por enero salió de Madrid y el 15 de este mes llegó á los desfiladeros de Sierra Morena. El mariscal Soult, que dirigia las operaciones, encaminó el cuarto cuerpo del general Sebastiani por el camino de Valencia sobre San Clemente y Villamanri-

que, para sortear por la izquierda la garganta principal de Despeñaperros que desemboca en Bailen. Por el camino real de Sevilla hizo que marchara el quinto cuerpo del mariscal Mortier hacia el mismo Despeñaperros, y por Almaden el primer cuerpo del mariscal Victor, para sortear este desfiladero por la derecha y bajar al Guadalquivir entre Bailen y Córdoba. Desde las desdichas del general Dupont pesaba una especie de terror supersticioso en punto á las gargantas de Sierra Morena; y naturalmente no podían menos de fiarse en ellas los españoles y de temerlas los franceses. Sin embargo, ni las minas que se decia haber preparado allí los españoles, ni las reliquias del ejército batido en Ocaña, allí allegadas confusamente, eran capaces de contener á las tropas admirables que iban con José una sola hora.

Aun cuando fuera muy incierta la autoridad de José sobre los cuerpos que no estaban á sus inmediaciones, valiéndose de su nombre el mariscal Soult escribió al general Suchet para hacerle abandonar la idea del sitio de Lérida y comprometerle á ir sobre Valencia con el fin de cubrir la izquierda del ejército de Andalucía. Despachando una orden semejante al mariscal Ney, le recomendó que comenzara de seguida el sitio de Ciudad Rodrigo para atraer hacia el Norte de Portugal á los ingleses y guardar la derecha de este ejército de Andalucía protegido de todos modos cual si corriera los peligros mas graves.

Tomadas estas precauciones se hizo punta hacia Sierra Morena con el objeto de atacar el 19 y 20 de enero de 1810. Siempre el general Areizaga mandaba el ejército español medio destruido en

Ocaña y diseminado en los numerosos repliegues de Sierra Morena. Encargado de reorganizar este ejército el marqués de la Romana, prometió mucho sin hacer casi nada: apenas ascendia á veinte y cinco mil hombres desmoralizados, desprovistos de todo y repartidos en tres divisiones casi de cara á los tres pasos de Almaden, de Despeñaperros y de Villamanrique. Una division destacada del ejército de Castilla la Vieja á las órdenes del duque de Alburquerque, habia pasado por cerca de Alcántara el Tajo y marchaba hacia Sevilla para ampararla.

El 18 de enero movióse el mariscal Victor de Almaden á Sierra Morena por un camino poco á propósito para la artillería, y se adelantó el 20 por entre montañas de manera de desembocar en Córdoba, costeando así la garganta de Despeñaperros. No halló delante mas que tropas en fuga y corriendo precipitadamente hacia Córdoba sin hacer jamás alto. De frente abordó el mariscal Mortier el dia 20 el principal desfiladero de Despeñaperros, que desembocaba en la Carolina y Bailen, lugares testigos de sucesos tan infaustos. No bien fué descubierto, haciendo saltar los españoles algunas minas, que no obstruyeron el camino por ningún lado, se pronunciaron en huida de cumbre en cumbre, tirando á distancia y sin fruto. Siguiéndolos llegó á la Carolina y Bailen, donde entró despues de cogerles alguna artillería y mil prisioneros. Desembocando al par de Villamanrique sobre la garganta de San Estéban el general Sebastiani encontró algo mas de resistencia, merced á la cual pudo obtener mas importantes ventajas, como que se apoderó de tres mil hombres, de banderas y de cañones. A la caída de la tarde del 20 ya todo el ejérci-

to francés hallábase reunido hácia el Guadalquivir, de Baeza á Andújar, de Andújar á Córdoba, y aquellos formidables desfiladeros, rodeados de un prestigio tan horroroso, ya no eran mas que un fantasma desvanecido.

Las tropas que á las órdenes de Areizaga habian defendido tan mal las gargantas de San Estéban y Despeñaperros, se replegaron á todo correr sobre Jaen para cubrir á Granada; las de Almaden, que retrocedieron á Córdoba, operaron su retirada, no sobre Sevilla, de la cual se aguardaba poca resistencia, sino sobre Cádiz, donde esperaban hallar asilo seguro, detrás de las lagunas de la isla de Leon y bajo el cañon de las flotas inglesas. El ejército francés siguió esta doble direccion en parte. Formando nuestra izquierda el cuarto cuerpo á las órdenes de Sebastiani, persiguió hácia Jaen á las dos divisiones que se retiraban á Granada, para quitarles este reino y el puerto de Málaga. Formando nuestro centro el quinto cuerpo del mariscal Mortier, llegado que hubo al Guadalquivir, torció á la derecha y fué á juntarse al primer cuerpo del mariscal Victor, que bajó á Córdoba. De Córdoba se encaminaron á Sevilla, de donde se recibian noticias continuas, todas las cuales llamaban al ejército francés bajo promesa de una rendicion inmediata. Marchando sobre Carmona, se hizo alto en esta pequeña ciudad próxima á Sevilla. José, que no se inclinaba á tomar ciudades por asalto, quiso permanecer en Carmona, á fin de aguardar el efecto de las relaciones secretas que los señores Ofarrill, Azanza y Urquijo entablaron con personas que residian en Sevilla.

Mientras se esperaba este pacífico desenlace,

mas bien que permanecer inactivos en Carmona, fuera preferible dejar á la derecha á Sevilla, y correr á Cádiz en derechura para interceptar las tropas, el mater al, y sobre todo los miembros del gobierno que iban allá á buscar refugio. Con efecto, la posesion de Cádiz importaba mucho mas que la de Sevilla, pues siempre habia seguridad de derribar los muros de esta ciudad á cañonazos, y no la habia igualmente de atravesar las lagunas que separan á Cádiz de la costa firme de España, y solo una sorpresa, una aparieion repentina de nuestras tropas, podia poner en nuestras manos una ciudad tan importante, si alguna probabilidad existia de hacer su conquista de pronto.

José propuso que se dirigiera un destacamento sobre Cádiz para interceptar cuanto se dirigia á aquel punto y marchar únicamente con el primer cuerpo sobre Sevilla. Mejor fuera de cierto correr en masa hácia Cádiz que dividirse y llegar divididos delante de los dos puntos principales de la provincia, pero tal cual era esta proposicion valia mas que resolver no enviar contra Cádiz á nadie. Por muchos generales fué apoyada y por el mariscal Soult combatida, preocupándole, para oponerse á ella con todas sus fuerzas, el temor de hallar como en Valencia, puertas bien cerradas ó un sitio formidable como en Zaragoza (1). Hasta objetó que har-to se habian ya debilitado con enviar al general

(1) Aquí sigo la relacion del mariscal Jourdan en sus memorias manuscritas: se apoya en el testimonio de muchos generales que se hallaban presentes y en una carta muy precisa del rey José, en que expone menudamente las circunstancias del consejo de guerra celebrado en Carmona.

Sebastiani hácia Granada, y que no convenia debilitarse mas dirigiendo á Cádiz un destacamento; que, tomada Sevilla, Cádiz se rendiría sin remedio (lo cual no debian justificar las resultas) y dijo á José.—Respondedme de Sevilla y os respondo de Cádiz.—La autoridad del mariscal hizo desistir á José de su primera idea, y en vez de extender un brazo hácia Cádiz, para interceptar por lo menos cuanto allí se dirigia, y de extender otro hácia Sevilla para señorearla, pensóse en Sevilla tan solo, y con los cuerpos reunidos de los mariscales Victor y Mortier, se marchó seguidamente sobre ella. Ahora se verá que para entrarla no se necesitaban cuarenta mil hombres. Junto á los desfiladeros de Despeñaperros entre Valdepeñas, la Carolina y Bailén, quedó el general Dessoles con la reserva.

A la aproximacion de los franceses estalló en Sevilla una agitacion extraordinaria. Previendo lo que iba á acontecer la Junta Central, decidió por decreto su traslacion á Cádiz y dejó á la comision ejecutiva el cuidado de la defensa de Sevilla, como que le atañia exclusivamente. Al ver partir uno tras otro á los miembros de la Junta Central, divulgóse que abandonaban en el instante del peligro la nueva capital de la monarquía; varios de ellos fueron ultrajados y maltratados, y despues se hizo lo que se habia anunciado muchas veces, insurreccionarse, proclamando á la Junta de Sevilla junta de defensa, y sacando de la cárcel al conde de Montijo y á don Francisco Palafox para disputar á los franceses la capital de Andalucía. A la junta provincial fueron agregados los generales marqués de la Romana y Egüa, y desencadenando un pueblo furioso por las calles, tocando á rebato,

arrastrando tumultuosamente cañones á una especie de espolon de tierra, que se habia levantado en torno de Sevilla, creyóse hacer mucho por su defensa. No habia arbitrio para hacer mas y es menester decirlo como excusa de los que obraban de este modo. No era el espíritu de esta poblacion como el de Zaragoza, cuando tan heroica ciudad juró perecer y pereció en efecto casi entera por resistir á los franceses. Se habia agotado la energia de Sevilla en disensiones intestinas: todos los partidos habian disgustado á la poblacion sucesivamente, y aun casi inspirado el deseo de ver llegar al rey José, á quien se representaba como hombre de carácter benévolo y dulce. Realmente una porcion notable del pueblo se hallaba en grande efervescencia, y pedia á todo trance la cabeza de los que llamaba traidores, nombre que la muchedumbre da de buena gana á todo aquel á quien no estima, y sobre quien se quiere vengar de su miedo; pero nadie se brindaba á dirigirla, y el clero intimidado y receloso de que se castigara en los bienes y aún en la persona de alguno de sus individuos la resistencia que se encontrase, no estimuló de ningun modo á una defensa tal como la de Zaragoza ó la de Gerona.

Durante aquellas estériles agitaciones se adelantaron los franceses hasta las puertas de Sevilla por el camino de Carmona. Llegado antes el duque de Alburquerque con una division bastante considerable del ejército de Castilla la Vieja, pasó por junto á Sevilla sin meterse dentro al ver que encerrarse allí no ofrecia ventajas, y ganó el camino de Cádiz por Utrera á semejanza de las tropas que se habian retirado de Córdoba delante del cuerpo

del general Victor. Unos y otros se daban prisa á llegar al bajo Guadalquivir para albergarse dentro de la isla de Leon. Ya el día 9 el cuerpo del mariscal Victor dió vista á Sevilla: todas las campanas de la ciudad sonaban á un tiempo: agolpado el pueblo en los muros y en las azoteas lanzaba gritos furibundos: detrás del espolon de tierra alzado en torno de la ciudad habia montados algunos cañones, pero con tan escasos medios no habia manera de detener á los franceses. Desde luego el mariscal Victor intimó la rendicion á la plaza, anunciando que, si no se le abrian las puertas, atacaria sin demora y pasaria á cuchillo á cuantos opusieran resistencia. Estas amenazas y las relaciones secretas que se mantenian con algunos de dentro, originaron parlamentos durante los cuales las personas de mas nota se escaparon de Sevilla, yendo á la cabeza el marqués de la Romana. Entonces la junta provincial consintió en rendir la capital de Andalucía, que el 1.º de febrero abrió al ejército de José sus puertas, por donde entró á tambor batiente y banderas desplegadas.

Casi desierta estaba Sevilla: á Cádiz, á las provincias limítrofes ó á Portugal habian huido las familias acomodadas: tambien los frailes habian procurado librarse de los vencedores; y el pueblo, bajo la impresion del primer susto, se habia desparamado por los campos circunvecinos. Pero ningun desmán cometieron los franceses, y limitándose á tomar víveres para sus urgencias, respetaron las personas y propiedades. Ganoso José de aplicar allí su sistema, prometió perdon absoluto á todos los que regresaran á sus hogares, halagó al clero muy dispuesto á prestarle oídos, y al cabo de po-

cos dias atrajo al pueblo, cuya ira pasó con el miedo, y á quien mortificaban en los campos cercanos el hambre y el frío. En Sevilla se hallaron víveres, municiones, artilleria, y especialmente en tabaco y azogue de las minas de Almaden valores muy considerables; recursos todos que se necesitaban sobremanera y de que se hizo pronto uso.

Ahora faltaba saber si, como el mariscal Soult habia anunciado, seria la conquista de Sevilla prenda infalible de la rendicion de Cádiz; ya el movimiento de nuestros diversos cuerpos de ejército nos lo iba á revelar sin demora.

El quinto cuerpo, dirigido hacia Extremadura, dispersó en el camino algunos destacamentos guiados por el marqués de la Romana é hizo presas de alguna importancia en bagajes ó dinero á los numerosos fugitivos que iban á buscar refugio detrás de las fuertes murallas de Badajoz. Al llegar á sus puertas intimó la rendicion de la plaza, cuyas fortificaciones considerables y en buen estado se hallaban ocupadas por una guarnicion poderosa, cuyas provisiones eran abundantes, habiendo ademas facilidad de renovarlas, cuya poblacion aumentada con los españoles que se habian refugiado detrás de sus muros, llevando consigo lo mas precioso, clamaba por no ser entregada á los franceses. Así el gobernador respondió en nombre del marqués de la Romana que la plaza estaba resuelta á defenderse y que opondria la resistencia que era de esperar de su fuerza natural y de los bríos de los que allí tenian mando. Careciendo el mariscal Mortier de todo lo necesario para un asedio, tomó una fuerte posicion junto al Guadiana y se puso en comunicacion con el segundo cuerpo del general Rey-

nier apostado primero junto al Tajo y avanzando ahora hasta Trujillo.

Por su parte el general Sebastiani, ahuyentando con su cuarto cuerpo los restos de las tropas de Arcizaga, entró sucesivamente en Jaen y Granada y asomó despues delante de Málaga, donde el pueblo furioso anunciaba una violenta resistencia, pero asaltando súbito la ciudad una vanguardia de caballería y de infantería ligeras, comprimieron los furros del populacho y alcanzaron la pronta rendicion de aquel puerto de mar importante. Asi el cuarto cuerpo se podia prometer un establecimiento pacífico en el reino de Granada.

Por desgracia hacia Cádiz, punto el mas importante de todos, distaban mucho de tomar tan favorable sesgo las cosas. Los ministros del rey José habian escrito á varios individuos del gobierno y á diferentes generales, que aun en Sevilla parecian dispuestos á rendirse, causados como estaban de una guerra devastadora y de las interminables disensiones civiles; pero contenidos por todo lo que les rodeaba al presente, ya no respondian mas que de una manera vaga y poco satisfactoria. Respecto de los habitantes de Cádiz, muy confiados en la fuerza natural de su ciudad y en el apoyo de las tropas inglesas que tenian seguro, no es maravilla que pudiesen soltar la rienda á sus pasiones, replicar á las intimaciones de los franceses con ofensivas baladronadas, agitarse, dividirse, degollarse unos á otros y todo casi impunemente.

Allí se habia formado una junta insurreccional, y apoderádose de la defensa de la plaza. Ufana esta junta de ver á Cádiz trasformada en sede del gobierno de España, no maltrató á la Junta Cen-

tral á la manera que lo hicieron los habitantes de Sevilla, antes bien proporcionó todo lo preciso para que hiciera allí morada, y acogió perfectamente á todos los personajes civiles y militares de nota que buscaron asilo dentro de sus muros. A estos importantes refugiados políticos juntáronse el duque de Alburquerque con su division y las tropas que desde Almaden se habian retirado á Córdoba y desde Córdoba á la isla de Leon. Sin entregar el grande arsenal de la Carraca á los ingleses, ni abrir la rada interior á su escuadra, les abrió la exterior la junta de Cádiz y consintió en recibir cuatro mil soldados suyos dentro de la plaza. Teniendo ya diez y ocho mil españoles sobre las armas entre los de la ciudad y la isla, y ademas el gobierno y las córtes, cuya reunion estaba cercana, no temia verse expuesta á una dominacion incómoda por parte de los ingleses, ni menos á ver pasar á sus manos las riquezas de la marina española.

Con tales recursos no podia Cádiz pensar en rendirse. Allí fermentaban las pasiones mas vehementes y todo el movimiento político interrumpido en Sevilla por la llegada de los franceses, iba á continuar en Cádiz con una violencia mas grande y al abrigo de obstáculos naturales y militares casi insuperables.

El primer efecto de este movimiento, proseguido y acelerado, debia ser y fue la disolucion de la Junta Central, pues convencida ella misma de la imposibilidad de conservar el poder por mas tiempo, se determinó á resignarlo. Entre universales aplausos de los habitantes y de los refugiados de Cádiz, convocó inmediatamente las córtes, esbleció la forma de la convocatoria, y nombró una

regencia para que tuviera el poder ejecutivo á su cargo. Esta regencia se compuso de cinco miembros, el obispo de Orense, espíritu mediocre y fanático; el general Castaños, personage hábil y de buen seso, aunque mas hábil en eludir las dificultades que en resolverlas; el consejero de Estado don Francisco de Saavedra, antiguo funcionario, muy versado en materia de administracion española; un marino de fama, don Antonio Escaño, y un español de las colonias de América, don Miguel de Lardizabal, llamado á representar en el gobierno á las provincias ultramarinas. Despues de estos dos actos disolvióse la Junta, y no apreciando ni remotamente su desinterés, los que la perseguian furiosos, agobiaron á sus individuos con los peores tratamientos, llegando al extremo de detener á algunos y de registrar sus equipages para ver si se llevaban fondos del Estado, ultrage inmerecido á todas luces, pues se les reputaba generalmente como varones muy honrados.

Apenas instalada la nueva regencia apoderóse del mando, y bien ó mal hizo con la junta de Cádiz la division entre las atribuciones locales y las gubernamentales, y manifestó barto á las claras el desco de retardar la convocacion de las córtes. Pero el pueblo de Cádiz queria la reunion proxima de esta asamblea, los refugiados la anhelaban del mismo modo, y á fin de hacerla mas segura, se estableció que para las provincias ocupadas por los ejércitos franceses, se verificaran las elecciones en Cádiz mismo con intervencion de los refugiados; todo á fin de que en el mes de marzo se pudieran abrir las córtes tan deseadas.

Tal era la situacion de las cosas cuando el pri-

mer cuerpo á las órdenes del mariscal Victor llegó delante del canal de Sancti Petri, dos ó tres dias despues de la entrada de los franceses en Sevilla. Si se hubiera presentado á las puertas de Cádiz con fuerzas imponentes cuando el gobierno, los ejércitos y los espíritus mas fogosos se encontraban aun en Sevilla, quizá hubiera logrado sorprender la plaza y determinar la rendicion de ella. Mas locura fuera esperarla despues de haber tenido espacio para abrigarse detrás de sus muros los miembros de todos los poderes, tropas numerosas y las cabezas mas exultadas, y despues de haber acudido allí tambien los ingleses. Asi, á pesar de algunos tratos secretos, las respuestas públicas fueron altaneras y hasta ultrajantes, y hubo necesidad de resolverse á hacer los preparativos de un largo y difícil asedio.

Todo el mundo conocia la posición de esta gran plaza marítima, centro del antiguo poder naval de España y asentada en las bocas del Guadalquivir, cual lo está Venecia en las del Po y el Brenta. Una especie de roca algo elevada, que domina al mar algunos centenares de pies y termina en meseta en todos sentidos, cubierta de numerosas y ricas habitaciones, forma la misma ciudad de Cádiz, y luego por una angosta lengua de tierra llana y arenosa se junta á las numerosas lagunas que se extienden á lo largo de la costa meridional de España. Forma la rada interior el espacio comprendido entre Cádiz y estas lagunas, unas cultivadas, otras cubiertas de salinas, y en medio de las cuales se eleva el famoso arsenal de la Carraca, comunicándose con la rada por muchos grandes pasos. Siempre en torno de estas lagunas,

un canal ancho, profundo, tan difícil de cruzar como un río, extendiéndose desde Puerto Real hasta el castillo de Sancti Petri, separa de la tierra firme este conjunto de establecimientos, excepto el cuerpo mismo de la Carraca, y señala el límite detrás del cual se halla lo que se denomina la isla de Leon. Por consiguiente para señorear esta isla y la ciudad de Cádiz había que pasar a viva fuerza el canal de Sancti Petri, delante de un ejército contrario y a pesar de las numerosas escuadrillas de los españoles y de los ingleses, y que avanzar luego por entre las lagunas y salvando una porción de fozos, todos de muy fácil defensa, y que conquistar uno tras otro los edificios de la Carraca situados mas allá del canal, y que marchar, en fin, sobre la lengua de tierra que conduce a la roca de Cádiz, tomando por medio de un ataque regular las fortificaciones de que está cubierta.

Es verdad que desde algunos puntos salientes de la playa, como el del Trocadero, situado a la derecha y fuera del canal de Sancti Petri, se podían arrojar proyectiles incendiarios sobre Cádiz, y cabía quizá ahorrarse de este modo un ataque regular y directo, pero esta era operación muy difícil, muy dudosa y que exigía previamente otras muchas. Ante todo había que apoderarse del Trocadero para restablecer el fuerte de Matagorda, desde donde era posible disparar sobre Cádiz: luego había que levantar a lo largo del canal de Sancti Petri una serie de pequeños campos atrincheros para formar la línea de ataque a la isla de Leon: además se necesitaba traer de Sevilla la artillería indispensable para estas diferentes obras, y aun fundirla en parte en el arsenal de aquella

ciudad, pues la que allí existía no era de bastante fuerte calibre, faltando morteros de grande alcance y siendo menester crearlos; finalmente, no se podía menos de tener una escuadrilla, ya para salvar el canal de Sancti Petri, ya para cruzar la rada interior en el momento del ataque decisivo, ya tambien para mantener a distancia las escuadrillas enemigas que no dejarían de presentarse a estorbar los trabajos de los sitiadores y a cañonear sus obras. En Puerto Real, en el Puerto de Santa Maria y aun en la Carraca (en la parte mas aca del canal) había elementos para una escuadrilla, bien que los españoles, al aproximarnos a aquel punto, hubiesen hecho pasar todos los buques de la rada interior, a donde podíamos llegar con proyectiles, a la rada exterior que estaba fuera del alcance de nuestros fuegos. Independientemente del material de esta escuadrilla, teníamos en los marinos de la guardia un personal del todo organizado para tripularla, pero requería mucho tiempo la reunion de estos diferentes medios de ataque, y además en todos los espíritus influía una consideración de gran bulto, ya que se ocupaba la inmensa comarca que de Murcia se extiende a Granada, de Granada a Cádiz, de Cádiz a Sevilla, de Sevilla a Badajoz; era que nuestro hermoso ejército, dos veces mas numeroso por lo menos que el que hubiera sido menester para invadir el Mediodía de España, difícilmente bastaría para guardarlo. Con sus veinte mil hombres apenas tenía el mariscal Victor con que formar la embestida a la isla de Leon y con que contener a la guarnición de esta isla, mas numerosa, aunque por dicha menos valiente que el primer cuerpo, y si tenía bastantes tropas

con que preparar el asedio, no podía tenerlas de modo alguno para ejecutarlo. Obligado el quinto cuerpo del mariscal Mortier á guarnecer á Sevilla y á mantener un cuerpo de observación delante de Badajoz, había de hallar grandes dificultades en el cumplimiento de esta doble tarea. No tenía un soldado de mas el general Sebastiani en el cuarto cuerpo, precisado á sostenerse en Málaga, á ocupar á Granada y á hacer cara á los *insurgentes* de Murcia, á quienes daban apoyo los valencianos. Toda la división del general Dessolés apostada en las gargantas de Sierra Morena, para mantener expeditas las comunicaciones, hacía allí falta, pues además de aquellos desfiladeros tenía que guardar á Jaén que domina el camino de Granada, y las llanuras de la Mancha que era menester cruzar para dirigirse á Madrid. Y también en Madrid, donde solo se habían dejado algunos españoles y los enfermos, se necesitaba de una guarnición de franceses. De la división de Dessolés tenía que salir sin remedio, con lo cual iba á tener á cargo dos atenciones á riesgo de no poderlas cumplir de plano. Por último, el segundo cuerpo á las órdenes del general Requier y situado junto al Tajo entre Almaráz, Trujillo y Alcantara, no podía ser retirado sin imprudencia de aquel punto, dado que por allí habían pasado los ingleses el año anterior para dirigirse desde Abrantés á Talavera. Todo lo mas que se podía hacer, dejando este cuerpo junto al Tajo, era llevarlo mas adelante hácia Portugal, si un ejército francés se adelantaba sobre Lisboa, y hasta juntársele podía; pero entonces todo el curso del Tajo, desde Madrid hasta Alcantara, quedaria á merced de los numerosos partidarios de

Avila, de Salamanca, de Plasencia y de Extremadura. Véase, pues, este ejército numeroso y brillante, el mas valiente de los del imperio, sin otro rival que el cuerpo del mariscal Davout en Hannover, con cerca de ochenta mil hombres, que diseminados en las provincias de Granada, de Andalucía, de Extremadura, hasta el punto de no tener en parte alguna bastante fuerza, ya no podían prestar ayuda al ejército que fuera á operar en Portugal contra los ingleses. Por consiguiente la esperanza de poder enviar algunas de sus tropas á Lisboa, que hizo consentir á Napoleon en la expedición á Andalucía, iba á quedar frustrada muy pronto, y á ceder su puesto al temor de ver que todos aquellos soldados fueran insuficientes para conservar la Andalucía.

Con efecto, ya la guarnición de Cádiz se movía y presentaba cabezas de columnas hasta el extremo de hacer recelar subitas apariciones en tierra firme: las poblaciones medio salvajes de la Serranía de Ronda, aumentadas con los contrabandistas de Gibraltar recorrían y talaban el campo todo, y los cuerpos refugiados en Badajoz, y unidos á un fuerte destacamento de ingleses, probaban con sus movimientos que los españoles en ninguna parte querían permanecer ociosos.

Gobernando la nueva regencia la *insurrección* desde el centro de las lagunas de Cádiz, dispuso que el marqués de la Romana se encargara del mando de las tropas de Extremadura acampadas en torno de Badajoz: también llamó al general Blake de Cataluña, donde nombró al general O'Donnell en lugar suyo, y le puso á la cabeza del ejército del centro, cuyos restos se habían refugiado al

reino de Murcia con el general Areizaga. Blake debía juntarlos y dirigir, de concierto con la guarnición de Cádiz, expediciones á Granada, Sevilla y donde quiera que pudiese, á fin de sostener á las guerrillas de Ronda. Hay que añadir que se habia frustrado la doble diversion ordenada sobre nuestras alas para empujar al mariscal Ney sobre Ciudad-Rodrigo, y al general Suchet sobre Valencia.

A una vana alharaca se habia reducido la orden irreflexiva dada al mariscal Ney de ir á atacar la importante plaza de Ciudad-Rodrigo, sin artillería de sitio y á la inmediación de los ingleses, que habian marchado hácia el norte de Portugal. Se hubo, pues, de limitar Ney á disparar contra los muros de la plaza algunas balas con su artillería de campaña, y á intimar la rendición al gobernador, quien le dió la respuesta que merecía: tal tentativa. De resultas volvió á Salamanca. Por su parte el general Suchet, en la persuasión de que la orden de marchar sobre Valencia se habia concertado con Napoleon, y debía prevalecer sobre la de sitiar á Lérida, Mequinenza y Tortosa, avanzó en dos columnas, una á lo largo del mar, otra por las montañas de Teruel, y despues de juntarse en Murviedro, se presentó á vista de Valencia, y hasta se apoderó del Grao, y disparó balas contra la ciudad, que mas de un informe pintaba como dispuesta ya á rendirse. Pero los valencianos por toda respuesta prendieron y persiguieron á los habitantes reputados por sospechosos ó adictos á la paz, y especialmente al arzobispo de Valencia, y opusieron una resistencia que no se podia vencer sino con artillería de grueso calibre. A toda prisa

tuvo por tanto que retirarse el general Suchet hácia Aragon, y este era el segundo ejército de franceses (contando el del mariscal Moncey) que, despues de asomar delante de Valencia, se veia obligado á retroceder sin haber podido forzar las puertas de aquella ciudad orgullosa. No maravilla que la exaltación de los valencianos se aumentara singularmente.

Apesar de todo, nada habia que temer en Andalucía con el ejército allí reunido, y el mal, bien grave sin duda, consistia solo en paralizar á ochenta mil viejos soldados. Por de pronto dominabase completamente de Murcia á Granada, de Granada á Córdoba, de Córdoba á Sevilla, sometidas se hallaban estas importantes ciudades y pagaban contribuciones: como rey se paseaba José de una en otra, y atrayendo la curiosidad en toro suyo cierta afluencia, proporcionándole el caudancio de la guerra algunas adhesiones, hacia un viage que sus cortesanos llamaban triunfal, y que á las personas sensatas parecia muy poco significativo. Hay que reconocer, sin embargo, que el movable é inconsecuente populacho de las ciudades, detestando á los franceses y todo, aplaudia á este rey francés de manera de ilusionarle; y por eso sus aduladores no cesaban de repetir que se habia acertado en pensar que con su gracia personal y su bondad alcanzaria mas que Napoleon con sus terribles soldados, y que si le dejaban obrar con holgura sojuzgaria brevemente á la España; olvidando los que se explicaban de este modo que tenian en su rededor ochenta mil de aquellos terribles soldados para protegerles y facilitar al rey José los medios de ensayar sus seducciones respecto del pueblo de Anda-

lucía. Se mostraba, pues, José satisfecho, y el mariscal Soult se lisonjaba de aumentar de esta suerte la suma de títulos que le hacían falta ante el severo tribunal de Napoleón, según su creencia.

Pero mientras se congratulaban uno y otro de haber efectuado aquella expedición á Andalucía, arrancó de París un rayo que vino á trocar las alegrías de José en amargas tristezas. Se habían llenado los primeros meses de 1810 en España con la expedición de Andalucía, y á la sazón era cuando mas arreciaban las graves disputas de Holanda. No solo tenía Napoleón disensiones con el rey Luis, sino tambien con el rey Gerónimo respecto de Hannover y de las condiciones rentísticas inherentes á la cesion de este territorio. Fatigado de encontrar cerca de sus hermanos dificultades tan continuas, no sabiendo reconocer que en realidad no eran mas que agentes pasivos de la resistencia de las cosas, se enfurecizaba vehementemente contra ellos, y les imputaba, no tan solo las faltas de que eran autores, sino las suyas propias; porque en suma, ¿quién sino él habia creado los obstáculos con que tropezaba á cada paso, por querer tentar en todas partes lo imposible? Bajo estas disposiciones irritables, recibiendo sobre la corte de José porcion de noticias, sobre el lenguaje que allí se usaba, sobre el sistema que se apetecia, que prevaleciera, sobre algunas liberalidades para con ciertos favoritos, adoptó providencias muy duras y nada adecuadas á obviar la turba de José en España. Desde luego le pareció muy mal que se hubiera distraído el general Suchet del sitio de Lérida para hacerle ir contra Valencia sin artillería de grueso calibre, lo cual expuso al ejército francés á pre-

sentarse á vista de los muros de aquella ciudad dos veces y en vano; y de resultas reprendió á José y aun al general mismo, prohibiéndole obedecer á otra autoridad que á la de París de allí adelante. No menos desaprobó el imprudente avance que se hizo efectuar al mariscal Ney sobre Ciudad-Rodrigo, y ahora achacó tambien la culpa al estado mayor de Madrid que habia prescrito este movimiento. Pero distaron mucho de parar aquí las muestras de enojo.

Sobre toda ponderacion le habia desagradado ver dar dinero, por poco que fuese, á favoritos, cuando donde quiera se carecia de recursos. — «Puesto que hay (decia) de qué dar á ociosos, á intrigantes, debe de haber con qué sustentar á los soldados que por el rey José prodigan su sangre; y puesto que no se quiere proveer á sus necesidades, voy á hacerlo yo por mi propio.» — Dicho esto, convirtió en gobiernos militares á Cataluña, Aragon, Navarra, Vizcaya, que comprendían las cuatro provincias á la izquierda del Ebro: dispuso que en estos gobiernos ejercieran los generales en jefe la autoridad tanto civil como militar, que percibieran todas las rentas por cuenta de la caja del ejército, y no tuvieran con la autoridad de Madrid relaciones de obediencia ni de contabilidad, sino de deferencia aparente. A él solo debian los gefes de los cuerpos, Augereau, Suchet, Reill, Thouvenot, dar cuenta de sus actos, y de él solo habian de recibir sus instrucciones. Despues de tomar asi posesion militar de los territorios situados á la izquierda del Ebro, escribió Napoleón secretamente á cada uno de aquellos generales con el fin de revelarles su verdadero pensamiento, que era agregar la orilla

izquierda del Ebro á Francia, para indemnizarse de los sacrificios que hacia por asegurar la corona de España sobre las sienes de su hermano. Sin embargo, no queriendo anunciar aun este proyecto, les recomendó la mayor discrecion; bien que para el caso en que de Madrid se les enviaran órdenes contrarias á las de Paris, autorizóles á decir que se les habia vedado obedecer al gobierno español; é intimado no obedecer mas que al gobierno francés. Semejante resolución era muy grave, no solamente para España, sino tambien para la Europa. Con efecto, parecia que Napoleón, insaciable tanto en la paz como en la guerra, cuando no conquistaba con su espada, queria conquistar con sus decretos; acababa de reunir al imperio la Toscana, los Estados romanos, la Holanda; sin decirlo, pensaba entonces en hacer lo mismo con el Valais y las ciudades anseáticas; y agregar á estas adquisiciones el lado opuesto de los Pirineos hasta el Ebro, equivalia á decir al mundo que nada podia estar libre de su codicia, y que toda tierra sobre la cual fijaba su terrible mirada era tierra perdida para su poseedor, aun cuando este poseedor fuera hermano suyo. ¡Extraña irrisión la de pretender que la izquierda del Ebro viniera á ser compensación de los gastos de Francia en España! Sin duda, y salvos los justos recelos de España y de Europa, se hubiera podido concebir que, si Napoleón dejara á Fernando su trono y le ayudara, por ejemplo, á conquistar el Portugal de los ingleses, le pidiera por via de indemnizacion la izquierda del Ebro; pero imponer á España una dinastía á pesar suyo, forzar á esta dinastía (pues José no se hallaba menos violentado que los españoles) á reinar, y

exigir despues á una y otra que pagaran este beneficio con una desmembracion de territorio, era una verdadera locura de ambicion; era agregar á las numerosas causas que excitaban el odio de los españoles contra nosotros otra causa mas poderosa que todas, la de ver aquella Península, tan cara á su corazon, invadida, fraccionada por un ambicioso vecino, que, despues de haberles privado de su dinastía, les privaba tambien de parte de su territorio; era, en fin, reducir á la desesperacion y lanzar para siempre á las filas de la insurreccion á todos aquellos que, animados de la esperanza de mejorar de sistema, y sintiendo vivamente la necesidad de una regeneracion politica, se habian adherido á la nueva dinastía por un momento.

No era posible que por mucho tiempo se guardara el secreto encomendado á los generales sobre la agregacion de las cuatro provincias á Francia. A falta de otra indiscrecion, el establecimiento de los gobiernos militares en ellas hubiera bastado por sí solo para revelar el verdadero pensamiento de Napoleón, y con efecto, nadie cayó en engaño, como se verá muy en breve. Y no paró todo en esta providencia; pues Napoleón adoptó otras que limitaron á las mismas puertas de Madrid la autoridad real de José. Además de los mandos ya mencionados, dividió en tres los ejércitos de operaciones, uno del Mediodía, otro del Centro, y otro de Portugal. Al frente del ejército del Mediodía puso al mariscal Soult, cuya conducta en Oporto habia renunciado á investigar despues de bien reflexionado, y le fió los cuerpos cuarto, primero y quinto, que ocupaban á Granada, Andalucía y Extremadura. Con la sola division del general Dessoles

formó el ejército del Centro y puso al rey José á su cabeza, debiéndolo engrosar los depósitos establecidos en Madrid generalmente. Por último, el de Portugal debió formarse, como se ha visto, de todas las tropas reunidas ó por reunir en el Norte para marchar sobre Lisboa á las órdenes del mariscal Massena. Teniendo cada uno de los generales en jefe de estos ejércitos de operaciones la autoridad que corresponde al que manda una fuerza armada sobre el terreno donde opera, no debía de obedecer mas que al ministerio francés, es decir, á Napoleón, que ya habia tomado el título de generalísimo de los ejércitos de España, y nombrado su mayor general al príncipe Berthier. Así José nada tenia que mandar á los gobernadores generales de provincias del Ebro, nada á los jefes de los tres ejércitos de operaciones, y solo tenia derecho de dar órdenes al ejército del Centro como jefe suyo; pero este ejército era el menos numeroso y su tarea insignificante; se componia de veinte á veinte y cinco mil hombres entre sanos y enfermos, y no mas que doce mil á lo sumo se encontraban en estado de llevar armas. No podia ser su autoridad mas restringida y mas de nombre, y ciertamente no era este el modo de realzarle á los ojos de los españoles. Tan severas como las prescripciones sobre la gerarquía militar fueron las relativas á la hacienda: á los ejércitos, que ocupaban las provincias del Ebro, se dieron las rentas que fueran allí recaudadas; sobre el país donde hicieron la guerra se habian de mantener los ejércitos de operaciones, y como era posible que no hallaran bastante numerario para su sueldo, consintió Napoleón en remitir solamente 2.000,000 mensuales. Por consi-

guiente, José, reducido ya en punto á mando á las tropas estacionadas en derredor de Madrid, iba á quedar reducido en punto á rentas á lo que se percibiera en Madrid igualmente, es decir, á las contribuciones de esta capital, y el odio que le profesaban los españoles, no por él, sino por la invasion extranjera, de la cual era representante, se iba á convertir en un sentimiento mas formidable todavía, el del desprecio.

José recibió estas nuevas en Sevilla con extremada pesadumbre. ¿Qué decir ante estos actos á sus súbditos, tanto *rebeldes* como sumisos, tanto adictos como propensos á adherirse? ¿Aun prescindiendo de su autoridad rebajada y expuesta á la arrogancia de los generales, la desmembracion del territorio debia inspirar una verdadera desesperacion á todos los españoles sinceros. Ya veian escapárseles las colonias, pero añadir á esta pérdida la de los Pirineos y las provincias á la izquierda del Ebro, era sufrir á la vez todas las calamidades. Además, el pretendido secreto habia penetrado así en las provincias *insurreccionadas* como en las sometidas, los enemigos triunfaban por esta desmembracion próxima que justificaba su odio, y los amigos aparecian consternados, pues así se quitaba á su sumision toda excusa. Hasta habiéndose consumado la regeneracion de la monarquía, nada era á costa de la desmembracion del territorio; fuera de que esta regeneracion tan prometida se habia limitado hasta entonces al estrago del país y á la efusion de sangre. Ofarril, Urquijo, Azanza, Almenara, que habian acompañado á José á Sevilla, estaban sumidos en pesar muy hondo. De este modo, como se ve á las claras, no era José mucho mas

feliz que Carlos IV confinado en Marsella, que Fernando VII, prisionero en Valenzay, y que tantos otros reyes vencidos y destronados, unos privados de parte y otros de la totalidad de sus estados.

Herido José por tan rudo golpe, no tuvo ya gusto para permanecer en Sevilla, pues su presencia, precedida ó seguida de tales actos, no podria ejercer sobre sus nuevos súbditos el efecto que habia esperado. Además, en Andalucía se hallaba sin autoridad alguna, siendo el mariscal Soult nombrado general en jefe del ejército del Mediodía, y necesitaba tambien acercarse á Francia para tratar con su hermano y exponerle las resultas probables de las providencias últimas que desde Paris habia tomado. Partió, pues, con sus ministros, dejando al mariscal Soult dueño absoluto de Andalucía, y gozoso de desembarazarse de una autoridad real de nombre, que era mas que importuna, para su autoridad real efectiva. Asi ochenta mil hombres, los mejores que hubo en España, acababan de ser paralizados para hacer, no á José, sino al mariscal Soult rey de Andalucía.

José recorrió velozmente y sin fausto, aquella comarca, donde poco antes daba paseos triunfales, y cruzando los desfiladeros de Sierra Morena, en que estaba acantonada la division de Dessoles, única fuerza activa que le quedase, aproximóla á Madrid, pues con los enfermos, los heridos, los depósitos, los soldados del parque general, trenes y bagages, y los españoles que tuvo la imprudencia de reclutar entre los prisioneros de Ocaña, apenas contaba con fuerzas bastantes para guardar la capital y sus menos lejanos alrededores. Dejó algu-

na infantería en las gargantas de Sierra Morena, uno ó dos regimientos de dragones para batir la Mancha, y concentró en Madrid las escasas tropas que pudo.

Tan pronto como retornó á su capital, adonde, aunque vencedor en Andalucía, llevaba un pesar muy amargo, recibió de Sevilla las comunicaciones mas extrañas. No considerándose el mariscal Soult bastante rico en tropas con los tres cuerpos que se le habian confiado, y que contenian lo mejor que habia en España, se propasaba á pretender que dependieran de su mando cuantas tropas estuviesen en el distrito del Mediodía, y por consiguiente intimaba á la brigada situada entre Andalucía y la Mancha que se le acercara para recibir ordenes suyas. El general Lahousaye, á quien iban dirigidas estas intimaciones, respondió que dependia del estado mayor de Madrid, y que sin autorizacion de éste no podia abandonar el puesto que estaba ocupando. Le replicó el mariscal Soult acompañando sus ordenes con las amenazas mas severas si no le obedecia: José mantuvo lo mandado, y prohibió al general Lahousaye obedecer al mariscal Soult. Mientras mantenía tal disputa, experimentó un nuevo disgusto no menos penoso que los otros. Los generales que hacían mansion en el reino de Leon y Castilla la Vieja, practicaban el principio sentado por Napoleon de que debia vivir cada ejército sobre la provincia que ocupaba, é imponían contribuciones sin que los agentes rentísticos de José interviniéran para nada y sin hacer de su autoridad ningún caso. Tan repetidos golpes humillaron á José hasta el último extremo. Habiendo ya pensado en dejar á Madrid y volver á Nápo-

des, ahora estaba pronto á abdicar sin la recompensacion más leve la pesada carga de la corona de España. Sostenido, no obstante, por sus ministros y por algunos hombres de su confianza, que no querian de ningún modo ver desaparecer al rey á quien se habian adherido, encargó á su esposa, residente en París, y á dos de sus ministros, los señores Azanza y Hervás, próximos á marchar á aquel punto, que negociaran con su hermano para hacerle comprender que la pérdida de las provincias del Ebro, le exponia al odio de los españoles, la reduccion de su autoridad al desprecio, y que más valia retirarle desde luego de la Península que mantenerle bajo tales condiciones.

Sin dureza, aunque con algo de desden, recibió Napoleón á los ministros españoles; calificó de la manera más despreciativa la política de José, que se imaginaba que con dinero y sin soldados se podría sojuzgar á una nacion implacable; á la cual no se podia pensar en tender la mano sino despues de haberla abatido del todo: mostrase inflexible en lo relativo á la hacienda: declaró que le era imposible subvenir á los gastos de la guerra; que, si no se pagaban á las tropas, se veria obligado á llamarlas; que, no sabiendo ó no queriendo José sacar el dinero que habia en España, menester era que él mismo lo hiciese por mano de sus generales; que además los vigilaria de cerca, obligándoles á que derramaran en el erario de José lo que les sobrara despues de atender á las necesidades de sus soldados; que á mayor abundamiento quedaban á José para percibir contribuciones Castilla la Nueva, la Mancha, Toledo, provincias casi sometidas; que en subsidios enviados de Francia nada podia añadir

á los 2.000,000 que habia prometido para proporcionar la porcion del salario, pagadera en dinero; que á lo sumo consentiria en que el ejército del centro, fiado á José, entrara á la parte de estos 2.000,000; que no podia alterar la distribucion de los diversos mandos; que se necesitaban dos grandes ejércitos, el del Mediodía y el de Portugal, para concurrir á la expulsion de los ingleses; que él solo era capaz de dirigirlos, y que, dejando entre ambos el del Centro, habia hecho todas las concesiones posibles, fiándolo á José para que lo empleara como le pareciere más oportuno; que en definitiva, los generales en jefe de los ejércitos activos no tenían autoridad más que en lo concerniente á las operaciones militares y al sostenimiento de sus tropas, siendo simplemente para todo lo demás huéspedes del rey de España, y debiéndole respetar como á monarca y hermano del emperador; que iba á reprender acremente á los que le habian faltado (al mariscal Soult sobre todo), pero que el mando militar debia ser absoluto y no compartido.

Relativamente á las provincias del Ebro, donde habia instituido gobiernos, no disimuló Napoleón su proyecto de reunirlos más tarde á Francia, para indemnizarse de sus gastos; bien que añadió que no lo haria sin resarcimiento, y que Portugal unido un dia á España podría proporcionarle excelente; pero que antes de cederle era menester conquistarle, y que para esto habia que expulsar á los ingleses, y despues de haberlos expulsado, arrancarles la paz, lo cual no era tan llano. Por de pronto reconoció la dificultad de instituir nada, el peligro de anunciar algo y la conveniencia del aplaza-

miento y del silencio. Tras de repetir en mas de una ocasion estos discursos, Napoleon retuvo cerca de sí á los ministros de su hermano, y pareció como que anhelaba remitir su resolucion sobre los puntos difíciles hasta despues de los sucesos de la campaña de 1810 que, terminando quizá en el año la guerra, haria cesar las perplejidades de José y zanjaria dichosamente las cuestiones ya suscitadas. Así quedaron en Paris los ministros españoles, á fin de negociar y de aprovechar todas las coyunturas de influir sobre la inflexible voluntad de Napoleon.

Desde luego prometióles éste aumentar con algunas tropas el ejército del Centro; reconvinó al general Soult por la manera de tratar al rey; se opuso á su pretension de atraer á sí la brigada de la Mancha, y se ocupó en fijar definitivamente la marcha de las operaciones para 1810. Desdicha verdadera habia sido no arrojarse de seguida sobre los ingleses desde el mes de febrero ó el de marzo, con todas las fuerzas disponibles, pues en el Mediodía de España podia empezar muy temprano la estacion de las operaciones militares. Efectivamente, sin aguardar las tropas del general Junot, solo con las divisiones de Reynier y Loisson, de las cuales una habia servido para completar los antiguos cuerpos y la otra para engrosar el sexto del mariscal Ney, con la parte que habia llegado de la guardia, y con los ochenta mil veteranos reunidos junto al Tajo despues de la batalla de Talavera, posible hubiera sido marchar antes de los calores contra los ingleses y empujarlos vivamente hácia Lisboa. Pero diseminados ya los ochenta mil veteranos, que estuvieron acampados al rededor de Ma-

drid, entre Bailen, Granada, Sevilla, Cádiz, Badajoz, para que el ejército de Portugal contara tropas suficientes habia que esperar la llegada de todas las tropas que se encaminaban hácia los Pirineos. Por tanto no se podia hacer contra los ingleses una campaña de primavera, sino de otoño, pues durante el verano, sobre todo en el Mediodía de la Península, por efecto de los calores, venian á ser casi imposibles las operaciones militares. Y aun así habia que emplear fructuosamente los meses de mayo, junio, julio, agosto. Viéndose Napoleon reducido, por consecuencia de la falta cometida en Andalucía, á una guerra mas lenta, imaginó hacerla metódica; asediando las plazas antes de invadir á Portugal nuevamente. Ya se habia acordado que el general Suchet sitiara á Lérida y Mequinenza, que el mariscal Augereau sitiara á Tortosa y á Tarragona, antes de que se marchara otra vez sobre Valencia. Además Napoleon determinó que, probando siempre á tomar á Cádiz, intentara el mariscal Soult apoderarse de Badajoz en la frontera de Portugal; que por su parte el mariscal Massena, mientras su ejército se formaba del todo, ejecutara los sitios de Ciudad-Rodrigo y Almeida, que eran las llaves de Portugal por el lado de Castilla, y que, asegurados estos puntos de apoyo, se tomara la ofensiva por setiembre, marchando todos juntos sobre Lisboa; el mariscal Massena por la derecha del Tajo y el mariscal Soult por la izquierda. Con arreglo á este nuevo plan se debia dedicar todo á llevar los sitios á cabo; y así se expidieron órdenes para emplear las fuerzas en tal objeto con la mayor actividad posible.

Con efecto, el general Suchet emprendió desde

abril la tarea que le estaba asignada, pues reparando prontamente la falta que se le hizo cometer al dirigirle contra Valencia, se trasladó á Lérida para ponerla cerco. El 10 de abril estableció su cuartel general en Monzon, á orillas del Cinca, punto donde había reunido de antemano el material de sitio, como artillería de grueso calibre, fascinas, cestones y útiles de toda especie. Su cuerpo, cuyo efectivo ascendía á mas de treinta mil hombres con la llegada de los nuevos refuerzos, no podia presentar mas que de veinte y tres á veinte y cuatro mil combatientes. Cerca de diez mil dejó para guardar á Aragon, y con trece ó catorce mil marchó sobre Lérida con el proposito de embestirla por las dos orillas del Segre. En rigor bastaban estas fuerzas para el ataque de la plaza, bien que hubiera lugar á temer que fueran insuficientes si habia que cubrir el asedio contra las tentativas muy verosimiles de fuera. Verdad es que Napoleon había ordenado á los dos ejércitos de Cataluña y Aragon, mandados por el mariscal Augereau y el general Suchet, que aprovecharan su proximidad para socorrerse uno á otro; por lo cual el mariscal Augereau debia cubrir los sitios de Lérida y de Mequinenza, mientras el general Suchet los llevaba á remate, y el general Suchet debia cubrir los de Tórtosa y Tarragona, mientras el mariscal Augereau dedicaba sus fuerzas á ejecutarlos. Desgraciadamente el ejército de Cataluña, dividido entre mil diversos cuidados, ya ocupado en cubrir la frontera francesa, que las partidas llegaban á insultar cotidianamente, ya obligado á correr á Barcelona para socorrerla, y á vituallarla, ya en fin, llamado á Hostalrich, á cuya acom-

tida se habia dado principio, solo conseguia á menudo faltar á estos distintos objetos por quererlos abarear todos. Se hubiera necesitado á la vez el talento mas ingenioso y mas activo para llenar tantos deberes, y el anciano Augereau, sucesor del general Saint-Cyr, no era este raro talento. A la sazón hallabase delante de Hostalrich y no en las cercanías de Lérida. Solo llegó, pues, el general Suchet á vista de esta plaza, y no se alteró lo mas leve, porque, sabiendo atender con oportunidad ya á las operaciones del sitio, ya á la expulsion del ejército que llegara á turbarlo, se lisonjaba de dar cima á la doble tarea que le estaba fiada.

Célebre es la plaza de Lérida en la historia, pues desde César hasta el gran Conde ha representado un papel importante en las guerras de todos los siglos. No pudo el gran Conde tomarla, como nadie ignora; ganola el duque de Orleans en la guerra de sucesion de España, y podíase fracasar en esta empresa sin que nada hubiera de extraordinario. Asentada está la ciudad á la orilla derecha del Segre, que corre perpendicularmente hacia el Ebro y le lleva lo menos la mitad de las aguas de la cadena de los Pirineos. Se halla Lérida al pie de una roca sobre la cual se alza un castillo, construido entre la cima y el Segre, y las aguas de este rio delienden la plaza por una parte de su frente, y los fuegos de alto á bajo del castillo, por las otras. Cortada casi á pico la roca, donde el castillo se levanta, no es accesible sino hacia el Sudoeste por una cuesta algo suave que se prolonga mas allá de la ciudad; pero hacia el extremo esta cuesta se hace agria de pronto, y presenta diversos puntos salientes, en los cuales se habian

alzado el fuerte de Garden y los reductos de San Fernando y el Pilar, de modo que el mismo lado accesible del castillo se hallaba defendido por excelentes obras. Bajo el fuego del castillo habia, pues, que tomar la plaza, y despues de la plaza el castillo, forzando las obras que defendian el apóche, á menos que por un ataque bien entendido se dirigiera el asedio de modo que arrastrara la caída de la ciudad y del castillo casi al mismo tiempo; y realmente un buen método de operaciones podía producir este doble fruto casi el mismo dia.

Dentro contenia la ciudad diez y ocho mil almas de una poblacion fanática, y ademas una guarnicion de siete u ocho mil hombres, mandada por un jóven y brioso candillo, Garcia Conde, que se habia distinguido en el sitio de Gerona. No carecia de viveres y municiones ni para un largo asedio.

El hábil oficial de ingenieros Haxo resolvió comenzar el ataque de la ciudad por el Nordeste, es decir, entre el rio y el castillo y por su parte menos poblada, de manera de poner el valor de los habitantes á muy ruda prueba. Cierto es que así se arrostraban todos los fuegos del castillo, pero la naturaleza del terreno hacia fácil el trabajo de las trincheras, y acercándose allí rápidamente habria menos que temer por ser aquellos fuegos muy de arriba á abajo. Ademas, atacando por aquella parte se contaba con la ventaja de no tener detrás el fuerte de Garden, como situado al lado opuesto de la roca.

Mientras se disponian á abrir trinchera, una carta interceptada enteró á Suchet de que el gene-

ral español O'Donnell llegaba con las tropas de Cataluña y de Aragon para hacer levantar el sitio. No se apresuró Suchet á salirle al encuentro por no querer alejarse de Lérida ni muy pronto, ni á larga distancia; mas tenia puentes sobre el Segre, y en pocas horas podia cruzarlo y conducir delante del enemigo la masa de sus fuerzas, dejando á vista de la plaza una retaguardia bastante para contener á la guarnicion.

Supose con efecto el 22 de abril que el general O'Donnell se aproximaba hasta el punto de no distar ya mas que una marcha. De Cataluña venia y por la izquierda del rio Segre, al par que lo mismo que la ciudad se hallaban á la derecha los sitiadores. Sus providencias tomó Suchet de modo de hacer cara al enemigo de fuera y al de dentro. En el puente de la ciudad sobre el Segre, por el cual se hubiera podido comunicar la guarnicion con el ejército de socorro, se quedó el general Harispe, debiendo contener á la guarnicion y al cuerpo de O'Donnell. Situado un poco mas arriba en Alcoletge junto al Segre, el general Musnier estaba en proporcion de pasar el rio sin demora y de atacar al enemigo por el flanco, presentándose delante del puente guardado por el general Harispe.

Al despuntar la aurora del 23 de abril asomó el general O'Donnell á la extremidad de la llanura de Margalef, que se extiende á la izquierda del Segre, y entró en accion al instante. Le precedia una vanguardia de infanteria y de caballeria ligeras, y marchaba en dos columnas, fuertes ambas de nueve á diez mil hombres, una á la derecha y otra á la izquierda del camino, y eran las mejores tropas de Aragon y de Cataluña. Apenas despertó

al general Harispe el fuego de las avanzadas, montó a caballo con el 7.º regimiento de husares é hizo que le siguieran dos compañías de cazadores de los regimientos 113.º y 117.º de línea, y no vacilando ante la vanguardia enemiga, cargóla á toda rienda y la arrolló á lo lejos de la llanura. Esta primera ventaja le daba tiempo de volver sobre la ciudad para contener á la guarnición, que toda junta empezaba á desembocar por el puente del Segre y en medio de los gritos de júbilo de los habitantes. El general Harispe con el regimiento 117.º de línea y su bravo jefe el coronel Robert, atacó á esta guarnición á la bayoneta y la rechazó sobre el puente, forzándola á meterse de nuevo en la plaza.

Estas dos rápidas acciones dieron tiempo á la division de Musnier para pasar el río por Alcoetge, mas arriba de Lérida, segun se ha dicho, y para trasladarse al campo de batalla. En vez de bajar á lo largo del Segre para juntarse al general Harispe y dar frente en union suya al camino real por donde avanza el enemigo, cayó Musnier diagonalmente y por la línea más corta sobre el flanco de las dos divisiones españolas en la llanura de Margalef. Delante de su infantería iba el regimiento 13.º de coraceros, único de caballería de esta clase que servia á la sazón en España, fuerte de mil doscientos caballos y mandados por un oficial excelente, el coronel de Aigremont. Apenas llegados á alcance del enemigo se alinearon los coraceros en batalla, teniendo cañones en las alas y amenazando el flanco de los españoles. Después de un fuego bastante vivo de artillería, avanzó la caballería enemiga para cubrir su infantería, y los

coraceros la cargaron y arrollaron al galope. Entonces los guardias walones formaron el cuadro para proteger á su vez á la caballería; pero, continuando los coraceros la carga, rompieronlo seguidamente y deshicieron á cuantos quisieron imitar el ejemplo de los walones. Poco después obligaron á mas de seis mil hombres á rendir las armas, y dispersáronse los demas á todo correr por los caminos de Cataluña. Se les cogió gran cantidad de cañones, de banderas y de bagajes.

Tras de esta brillante victoria no habia ya que temer que fuera perturbado el asedio. Queriendo averiguar Suchet si este combate, que debía privar á la plaza de todo socorro, habia desalentado á sus defensores, desplegó sus prisioneros en la llanura, ofreciendo al gobernador que enviara un oficial para contarlos, é intimándole de paso que se rindiera. Briosamente le respondió el gobernador que jamas la guarnición, para defenderse, habia contado con extraño socorro, y menester fue por tanto emprender el sitio.

Abrióse el 29 de abril la trinchera. Dificiles fueron los trabajos, no á causa de la dureza del terreno, sino de las aguas del Segre que se esparcian por los alrededores, de la primavera muy lluviosa y de la artillería del castillo, que molestaba mucho. Se practicaron presas en ciertos canales para alejar las aguas de nuestras trincheras, y se evitaron cuanto fue posible los fuegos del castillo. Mientras se proseguia el avance, juzgando el coronel Haxo que seria muy ventajoso tomar el fuerte de Gardén, que era la verdadera llave del castillo, hizo que los dos reductos de San Fernando y el del Pilar fueran atacados. Se venció en uno y se fra-

casó en otro y hubo necesidad de renunciar á los dos por entonces.

Durante este tiempo se continuaron los trabajos de aproche, dirigiéndose sobre dos bastiones, los del Carmen y la Magdalena, y se rechazó una fuerte salida de la guarnicion. Hallándose el 6 y el 7 de mayo construidas y armadas todas las baterías, una para derruir los parapetos y hacer callar la artillería de la plaza, otra para disparar fuegos curvos sobre el castillo, se comenzó el cañoneo. Nuestra artillería lo sostuvo al principio con gran viveza, pero tuvo que sufrir mucho de la del castillo, que la desmontó varias piezas y la obligó á suspender el fuego para disponer nuevas baterías y modificar la direccion de las antiguas. Una se estableció á la izquierda del Segre, para batir el puente y disparar de rebote contra los bastiones atacados. En estas nuevas obras se gastó desde el 6 hasta el 12 de mayo, día en que se volvió á romper el fuego con buen fruto, apagándose el de la plaza, y haciendo menos peligroso el del castillo por la circunstancia de estar ya mas cerca. Al cabo se pudo batir el muro y abrir una ancha brecha de modo de ser practicable el asalto.

Hasta aquí la idea del general Suchet y del coronel Haxo habia sido caer á la vez sobre la ciudad y el castillo, dirigiendo el ataque de suerte que se amontonara en el castillo la poblacion toda, y solo algunos dias tuviera con que alimentarse. Para asegurar este efecto habia que poseer el fuerte de Garden ó al menos las obras exteriores en las cuales pudiera la poblacion hallar asilo.

En la tarde del 12 de mayo hizo el general Suchet atacar los reductos del Pilar y de San Fernan-

do, así como el hornabeque que los unia al fuerte de Garden, por tres columnas escogidas, á cuya cabeza iban los generales Verges y Buget y el oficial de ingenieros Plagniol. Tomado fué el reducto del Pilar y también el hornabeque, parte por escalada, parte por un ataque directo á una de las entradas, cuya barrera fué abierta por el sargento Maury á hachazos. Igualmente se tomó el reducto de San Fernando por escalada. Perdimos en estas diversas acciones como cien soldados, y no bajaron de trescientos ó cuatrocientos los que murieron del enemigo. Aunque el fuerte de Garden no quedara por nuestro, se habia logrado el designio, pues á la poblacion de la ciudad no podian servir de refugio los terrenos comarcados.

Alcanzada del todo esta precaucion bien entendida, el general en jefe y el coronel Haxo quisieron asaltar el 13 de mayo la plaza. Enteramente practicables eran las brechas en los bastiones del Carmen y la Magdalena, y no habia mas que tomarlas. Dos columnas estaban destinadas para subir á la par al asalto; una por la izquierda y á lo largo del rio debia atacar el bastion del Carmen, mientras, forzando el general Harispe el puente del Segre, intentaba coger de revés á los defensores de este bastion; otra á la derecha debia asaltar el bastion de la Magdalena, mientras una compañía de minadores iba á derribar á hachazos una puerta cerca de aquel punto, para que por allí entraran las tropas. A la cabeza de las reservas se debian de mantener el general en jefe y el coronel Haxo en las trincheras, para acudir á donde la necesidad lo exigiese. Por hallarse de servicio aquel día en las trincheras, el general Haubert y el coronel

Rouelle eran los que mandaban las columnas de asalto.

A la caída de la tarde y previa la señal de cuatro bombas, se lanzaron las dos columnas de las trincheras a las brechas y treparon á lo alto de ellas á pesar de un espantoso fuego de frente y de flanco. Cuando llegaron al baluarte se desordenaron un momento, pero el general Haubert las volvió á llevar adelante espada en mano, y penetraron en la ciudad que hallaron barreada detrás de los bastiones, que acababan de ser tomados. Destinados estaban á proveer á esta dificultad los ataques accesorios. Despues de un combate cuerpo á cuerpo, el teniente de minadores Romphleur hizo abrir la puerta situada cerca del bastion de la Magdalena e introdujo por allí las columnas que aguardaban fuerza. Estas columnas avanzaron por la calle Mayor, tambien barreada: el capitán de ingenieros Valentia, con el sargento de zapadores Baptiste, saltó por entre un fuego de los mas vivos á la principal barricada y la echó abajo, y así se hizo que cayeran uno tras otro los obstáculos interpuestos detrás del bastion de la Magdalena. Igual fué el éxito á la parte del bastion del Carmen: tomando el general Harispe el puente del Segre, ya penetraron en la ciudad todas nuestras columnas, lanzando remolinadas á la poblacion y á la guarnicion hacia las rampas del castillo. Muy pronto esta poblacion espantada se precipitó detrás de la guarnicion a la misma fortaleza, y buscó refugio dentro de sus fosos. Toda la noche el general Suchet abrió con metralla, bombas y granadas aquel estrecho recinto atestado de hombres, mujeres y niños que lanzaban alaridos horribosos;

escena terrible é inevitable, porque el éxito del asedio dependia de la desesperacion á que se redujera á aquellos infelices habitantes amontonados en el castillo.

Por mucha que fuera en efecto la decisión de la guarnicion y de su jefe, no habia posibilidad de dar á aquella poblacion abrigo ni alimento y menos dejarla morir indiferentemente al estallido de las bombas y las granadas. Al medio dia del 14 de mayo Garca Conde enarbolo bandera blanca y rindió la guarnicion prisionera de guerra, despues de oponer á los franceses cuanta resistencia fué posible.

Este excelente asedio, que nos costó un mes de embesida, quince dias de trinchera abierta y seiscientos hombres muertos ó heridos, nos proporcionó ademas de la plaza mas importante de Aragón, siete mil prisioneros, ciento treinta y tres bocas de fuego, un millon de cartuchos, gran cantidad de pólvora y de fusiles y almacenes muy bien provistos, habiendo ascendido á mil doscientos hombres la pérdida de los contrarios. Tal conquista produjo viva sensacion en aquella parte de España, y disminuyó mucho la confianza que los habitantes habian adquirido en sus murallas á vista de la resistencia de Gerona.

Descontento muy pronto Napoleon con el mariscal Augereau, le acababa de dar por sucesor al mariscal Macdonald, que era de gran peso en un campo de batalla, bien que poco idóneo para una guerra de ardidés, la cual requería juventud, presteza y seguridad de recursos. Queriendo Napoleon dejar á cargo de Suchet esta guerra de sitios, en que parecia excelente, le agregó la mitad del

ejército de Cataluña con la mitad del territorio de esta provincia larga y estrecha, y para cuando llevara á remate la toma de las plazas de Aragón, le fió la difícil tarea de conquistar asimismo las de Cataluña, especialmente Tarragona y Tortosa, situadas una á orillas del mar y otra en las bocas del Ebro. Su acción debía reconcentrar el mariscal Macdonald entre Barcelona, Hostalrich, Gerona y la frontera, sin perjuicio de acudir á donde pudiera cooperar á los grandes asedios que Suchet tenía ya á cargo.

Mientras en Aragón se verificaban estos sucesos, Napoleón había obligado por fin al mariscal Massena á trasladarse desde París á Salamanca. Ya hemos dado á conocer los motivos que, imposibilitándole colocarse personalmente á la cabeza de sus ejércitos de España, le decidieron á conferir el mando principal á Massena. Dos veces probado el mariscal Soult contra los ingleses, en la Coruña una y en Portugal otra, no acreditó vigor bastante para inducir á que se les opusiera de nuevo. Por el contrario el mariscal Ney estaba dotado de la energía necesaria para luchar contra tales enemigos, pero nunca había mandado en jefe, y ante un capitán de la perspicacia de lord Wellington se necesitaba un general consumado que juntara á una gran energía de carácter aquel hábito de mando que dilata el espíritu y temple el alma á todas las ansiedades de una responsabilidad superior; y nadie en el imperio estaba más cortado para papel de esta importancia que el mariscal Massena, con su talento natural y pronto, su golpe de vista bien ejercitado y su alma de hierro. Este mariscal famoso, con Ney y Junot por lugartenientes, debía su-

perar todas las dificultades, si Ney quería consentir en ser el segundo, y si Junot olvidaba que en Portugal había ya mandado en jefe. Por desgracia Massena, experimentado en veinte años de campañas, se resentía ya de sus largas fatigas. Dotado de un juicio político igual á sus talentos militares, no necesitaba de la sangrienta y gloriosa lección de Essling para concebir que bajo el reinado actual se traspasaban los límites de la prudencia en todo y se caminaba á una catástrofe á pasos de gigante. Habiendo hecho toda clase de guerras en Calabria, Italia, Alemania y Polonia, nada bueno auguraba de la que tan pertinazmente se sostenía en España, y de ningún modo sentía deseo de ir á comprometer su alto renombre sobre un teatro donde parecía que se juntaban á la vez todas las dificultades suscitadas por Napoleón contra su fortuna. Así á encargarse de la campaña de Portugal manifestó gran repugnancia, y estrechado por Napoleón á dar las razones que le servían de fundamento, sobre las de las dificultades de la operación y la insuficiencia de recursos, que sospechaba sin conocerla, alegó las de su salud ya hártamente quebrantada, de su fuerza moral debilitada con su salud acaso, y de mandar á lugartenientes que se consideraban sus iguales y no acostumbrados á obedecer más que á Napoleón mismo. Condiendo en París el susurro de las disensiones entre el mariscal Ney y el mariscal Soult, desalentábase más esta circunstancia para aceptar el mando que se le ofrecía. Napoleón con aquella familiaridad seductora y dominante, de que sabía usar respecto de sus antiguos compañeros de armas, acarició al veterano, recordóle su gloria, su proverbial brio, le

dijo lo que siempre gusta oír repetir aunque no se crea, que nunca se había mostrado mas joven y vigoroso que en la última campaña; que en el ejército sonaba su nombre de boca en boca; que ninguno de sus lugartenientes tendría tan poco talento que se considerara igual suyo; que si con otros que él habían escatimado la obediencia, ninguno de ellos se atrevería a negarla a su superioridad, á sus años, á la confianza imperial con que estaría manifiestamente investido; que si eran mariscales y duques, él era príncipe y era Massena; que á mayor abundamiento se proveería á todo y se avasallarian las malas voluntades, reduciéndolas á nada; que respecto de su salud, el clima de Portugal era el mas benéfico que podía hallar para reponerla; que descanso ya había gozado y gozaria mas aun, pues había que emplear tres ó cuatro meses en asedios antes de comenzar las operaciones ofensivas, que medios se le proporcionarían en abundancia y no tendría menos de ochenta mil hombres á sus órdenes y con un material inmenso; que así había mas de lo que se necesitaba contra treinta mil ingleses, aun cuando les ayudaran el clima y la insurrección portuguesa; que todo se limitaba á una buena embestida, y que, fiándole esta operacion, le reservaba la última gloria que había por conquistar acaso, pues la paz se seguiría probablemente, y el nombre de Massena, uno de los primeros que se habían pronunciado el empezar las guerras del siglo, sería aun el postreco que resonara en los oídos de la generacion presente; que figuraría á la vez como el mas glorioso y popular soldado de Francia, yendo á conquistar esta paz marítima, única deseada por ser la sola

aun no obtenida. Todas estas reflexiones acompañadas de mil propósitos familiares y halagüenos, sin persuadirle, arrastraron al viejo Massena, que ademas nombrado príncipe de Essling pocos meses antes, colmado de honores y de riquezas, nada podía negar al mas dadivoso de los soberanos. Sometióse, pues, con la tristeza de un talento penetrante, que por gratitud y por obediencia, podía rendirse, pero nunca hacerse ilusiones.

Habiendo admitido Massena el mando del ejército de Portugal de buen ó mal grado, encaminóse á Salamanca donde su llegada infundió espanto á los *insurgentes*, confianza á los soldados y algun disgusto á Ney y á Junot, sus dos principales lugartenientes. Junot había sido en Portugal general en jefe, casi monarca, y volver allí de lugarteniente costaba no poco á su orgullo. Ney, que había servido á pesar suyo bajo las órdenes del mariscal Soult, á quien se consideraba superior, servía con menos despecho á las órdenes de Massena, reputado como el primer hombre del ejército francés; pero había esperado la honra de ser personalmente opuesto en primera línea á los ingleses, y experimentaba un penoso chasco, viéndose llamado á mandar en calidad de segundo. Sin embargo, no manifestó todo el desagrado que sentía, ya por respeto á un gran nombre, ya tambien por temor á las severidades de Napoleón, que estuvo á pique de sufrir el año antecedente. Pero los sentimientos disimulados no tardan en revelarse, y sobre todo en las almas fogosas vehementemente excitadas por los terribles sacudimientos de la guerra. Ney y Junot debían suministrar la prueba muy pronto.

Para colmo de desdicha, Massena poseía el vi-

gor, mas no la dignidad del mando. Sencillo, sin exterior que impusiera, no procurando jamas hacer gala de su talento a pesar de ser muy notable, negligente hasta cuando desplegaba toda la actividad de la juventud, ya muy hastiado de la guerra, sacrificando mucho a sus placeres, no tenia aquella elevacion de actitud, natural ó estudiada, que impone a los hombres, que constituye uno de los talentos de mando, que el mismo Napoleon descuidaba a veces, bien que la supliera con la magia de su genio prodigioso, de su gloria deslumbrante y de su sin par fortuna. Llegando Massena á su cuartel general con muy poco aparato, acogiendo á sus lugartenientes, ya descontentos, con una sencillez amistosa, pero poco expresiva, llevando un séquito nada selecto y especialmente una cortesana, quejándose indiscretamente de su fatiga, no cautivó el afecto ni la veneracion de los que debian ser en su ayuda. *Massena ha envejecido*, fué la frase que seguidamente se oyó repetir alrededor del mariscal Ney en Salamanca y alrededor del general Junot en Zamora. Ya fuera que efectivamente Ney y Junot creyesen envejecido á Massena, ya que sus lisongeros (pues en los estados mayores no abundan menos que en las córtes) adivinasen que el decirlo así era una manera de agradarles, esta frase desatenta se oyó muy luego casi en todas las bocas. Además Ney y Junot, a causa de su importancia personal, presumieron de no ser lugartenientes ordinarios y de no estar reducidos á la comun obediencia. De prestarles asenso, Massena se debia limitar á dirigir el conjunto de las operaciones, dejando á cada uno de ellos en su cuerpo el papel de general en jefe. Massena no

podia ignorar tales discursos y pretensiones, pues si hay aduladores que inventan frases, háilos tambien que dan noticia de ellas: — Me hallan envejecido! exclamó con enojo; yo les haré ver que mi voluntad no ha envejecido por lo menos, y que sé hacerme obedecer de los que estan bajo mi mando. Esto era comenzar una campaña difícil bajo malos auspicios, y era una conducta punible por parte de los lugartenientes de Massena, y sobre todo por parte del general Junot, que no tenia el grado ni el mérito del mariscal Ney, cuyo orgullo por consiguiente merecia menos excusa, y que habiéndose hallado, jóven aun, á las órdenes del mariscal Massena, debia estar acostumbrado á obedecerle. Otro lugarteniente, el general Reynier, cuyo cuerpo habia de juntarse al ejército de Portugal, se portó mejor, á lo menos en el principio. Educado en el ejército del Rhin, habituado á la disciplina, poco mimado por la fortuna, acogió la llegada de su general en jefe con el respeto de un oficial modesto y grave, y lo acreditó con una correspondencia llena de exactitud y de deferencia (1).

(1) A menudo, cuando se quiere entrar en tales particularidades, hay el riesgo de no dar mas que pormenores imaginarios. Por fortuna aqui se pueden puntualizar con exactitud las escenas pasadas entre el general en jefe y sus lugartenientes, pues, además de muchas correspondencias de oficiales, existe la del intendente general de policia de Portugal, de quien ya he hablado, el cual era un hombre agudo, benévolo, extraño á todos los partidos que dividian al ejército, interesadísimo en el éxito de la expedicion, mirando solo á los que la comprometieron de mal ojo, dedicando infinito esmero á decir la verdad á Napoleon, en cuyas manos ponia directamente su correspon-

Estas dificultades de personas no eran las menores ni las mas graves entre las que iba á encontrar Massena. A la verdad Napoleon habia preparado muchos cuerpos, que juntos presentarían una fuerza imponente; pero no estaban organizados todavía en ejército. No habia estado mayor general, ni intendencia militar, ni hospitales, ni medios de transporte, ni parque general de artillería, ni sobre todo artillería de sitio. Para adquirir el material necesario hubiera sido menester dinero contante, porque, si echando mano implacablemente sobre el terreno á la hacienda de los habitantes, se hallan trigo, vino, ganado, no así cañones, morteros, cureñas, útiles, cajones; pero Napoleon, como se ha visto, no queria ya enviar mas fondos á España, á fin de hacer que se los proporcionaran sus generales. Fatigado además de esta guerra que consumía secretamente las fuerzas de su imperio y empezaba á aburrirle, no le dedicaba atención bastante. Hacia leer al mayor general Berthier la correspondencia, contestaba por conducto de este confidente laborioso, y su voluntad que, expresada con su boca sobre el mismo terreno, con la vehemencia que nace de la vista de

dencia el duque de Rovigo. Esta correspondencia muy detallada, pinta todas las fases de la campaña con una verdad sorprendente y una sinceridad que seduce á la primera lectura. Merced á esta correspondencia he podido reproducir ciertas particularidades preciosas, sin dar á la historia colores de capricho, como se corre riesgo de emplearlos, cuando se quiere hacer obrar ó hablar con demasiados pormenores á personajes que ya no existen y que llevaron al sepulcro el recuerdo de lo que se hizo ó se dijo en su presencia.

las cosas, apenas hubiera bastado á superar las dificultades peculiares de España, su voluntad formada por análisis de correspondencia, transmitida por intermediarios, no era mas que un son repetido y debilitado por lejanos ecos. Así no se ejecutaba sino raras veces y en minima parte.

Al llegar Massena á Salamanca halló por donde quiera el triste efecto de semejante estado de cosas. Sin duda se habian recibido algunos porciones de material enviadas de Francia despues de la paz con Austria, algunas mulas, algunos caballos, algunos cajones; pero cada cuerpo se apoderaba de lo que podia coger al paso, y gastabalo en sus cotidianas necesidades antes de la entrada en campaña. Fuera de esto, aun mas horroroso que en Aragón, habia sido el tiempo en las Castillas, y tanto que de Salamanca á Ciudad-Rodrigo un tiro de doce caballos apenas podia hacer andar á una pieza de á veinte y cuatro cada dia dos leguas. Juntese á todo la presencia de las guerrillas, mas numerosas y mas audaces que nunca, interceptando los convoyes, si no iban escoltados por fuerzas considerables, y aun se distará mucho de formar idea cabal de los obstáculos que habia de superar Massena. Tamien la urgencia de las necesidades del ejército habia engendrado abusos que no reprimian los gefes por complicitad ó por fatiga. Soldados y algunos oficiales arrancaban á los paisanos trigo ó ganado, no para alimentarse, lo cual es siempre una excusa entre gente de guerra, sino para revenderlo y proporcionarse así algun dinero. Asimismo se entregaban al contrabando de los géneros coloniales, dejando pasar recuas de mulas cargadas de tales mercancías, mediante un tributo, y hasta

se proponían á vender su libertad á los prisioneros españoles, consintiendoles por dinero la fuga. Aunque poco severo, afligióse extremadamente Massena al ver rebajada á tal punto la disciplina del ejército francés en comarca que tan fatal le era. Solo una cosa halló inalterable en el rostro curtido de aquellos antiguos compañeros de armas, la moralidad nunca ajada por el infortunio y con la que ni toda Europa reunida un día sobre París conseguiría dar al traste.

Independientemente de esta situación general del ejército, cada cuerpo tenía sus miserias particulares. Prontos á operar inmediatamente no había en Castilla la Vieja mas que el sexto cuerpo del general Ney y el octavo del general Junot, y aun este último se había visto precisado á extenderse hasta Leon, es decir, á treinta ó cuarenta leguas de distancia. Quedado había el segundo cuerpo del general Reynier junto al Tago, á la otra parte de la sierra de Guadarrama, y no debía juntarse al ejército de Portugal hasta dar cima á los sitios que tenía á cargo. Por tanto, la fuerza de estos cuerpos no era la que Napoleón había esperado y prometido: el del mariscal Ney que, luego de unirsele la division de Loisson, debía constar de treinta mil hombres, no pasaba de veinte y cinco ó veinte y seis mil; tanto disminuía el efectivo de los cuerpos la sola entrada en España. A la verdad, salvo los recién llegados con Loisson, se componía de soldados admirables, endurecidos en la fatiga, que habian figurado en Elchingen, Jena, Friedland, así como en todas las grandes jornadas de la guerra de España, prontos á acometerlo todo, éntusiastas por su gefe, pero no obedeciendo mas

que á él de buen grado. El octavo cuerpo que en el principio debió ascender á cuarenta mil hombres, y á treinta mil luego, despues de enviar á otros cuerpos destacamentos numerosos, no contaba mas que de veinte á veinte y un mil soldados. Recientisimamente se le habia disminuido una division para velar por las comunicaciones, providencia que hizo que el despacho del general Junot subiera de punto. Por lo que hace á este cuerpo, se hallaba formado completamente de reclutas, lo cual era una gran causa de debilidad, no para el combate, sino para la resistencia á las fatigas. Llegados en parte los terceros y cuartos escuadrones de dragones y unidos, despues de muchos trabajos de conjunto á los escuadrones primeros y segundos, proporcionaban al general Montbrun una reserva de cuatro mil excelentes ginetes, lo cual elevaba á cincuenta y uno ó cincuenta y dos mil hombres el ejército del general Massena dispuesto á operar inmediatamente, bien que le debiera aumentar el segundo cuerpo destinado á unirsele mas tarde. Este, despues de lo que habia padecido á las órdenes del mariscal Soult en Portugal y mas recientemente junto al Tago, apenas contaba quince mil hombres, privados de sueldo hacia muchos meses, casi desnudos, pero tan briosos y aguerridos como los del mariscal Ney, y prontos, aunque descontentos, á llevar á cabo lo mas difícil en materia de operaciones de guerra. Llamando, pues, cerca de sí á Reynier podia contar el general en gefe con sesenta y seis mil soldados á lo sumo; pero las enfermedades del verano, los sitios que se iban á emprender, las guarniciones que seria forzoso dejar en las plazas conquistadas, debian

mermar la total fuerza en quince ó diez y seis mil hombres y reducir el ejército de Portugal á cincuenta mil combatientes. Ya la guardia imperial era llegada á Burgos, pero queriendosela reservar Napoleon por si iba personalmente á España, vedó moverla de allí á no haber una necesidad apremiante. Quedaba el cuerpo del general Drouet, compuesto de las dos antiguas divisiones de Oudinot, calculado primero en diez y ocho mil hombres, conteniendo treinta y cinco mil solamente, y que aun se ocupaba en rehacerse sobre las costas de Bretaña. De consiguiente, Massena solo tenia á su disposicion los cuerpos de Ney y Junot por el momento, y el de Reynier cuando atravesara la frontera de Portugal, pero en ningun caso podia reunir mas de cincuenta mil hombres, dado que la llegada de las tropas de Reynier seria apenas compensacion bastante de las perdidas que resultarían de los sitios, de las guarniciones y de la estacion. A vista de cuanto acababa de descubrir sobre el mismo terreno, inferioridad de número, falta de material, mal espíritu de los gefes, destruccion de la disciplina, Massena columbró grandes infortunios, y escribió á Napoleon cartas tristes, mas profundamente sensatas, y tales, en fin, como correspondia que las escribiera uno de los hombres de guerra mas perspicaces y mas experimentados de este siglo. Dijo la verdad sin debilitarla ni exagerarla, y reclamó todo lo que hacia falta, no afirmando el buen éxito ni aun cuando se le remitiera todo lo que pedia, tan difícil consideraba hacer la guerra, no contra los portugueses y los ingleses, sino contra el suelo, el clima, la esterilidad de Portugal. Viejo, fatigado y desprovisto de ilu-

siones, se puso á la obra con mas aplicacion que habia acreditado en ninguna época de su vida.

Se le habia dado un intendente de su eleccion, el comisionado en gefe Lambert, un oficial de artilleria consumado, el general Eble, un buen oficial de ingenieros, el general Lazowski, y por último, un gefe de estado mayor que le era devoto y que tenia juicio, exactitud, denuedo, el general Fririon. Ayudado por estos colaboradores y por el general Thiebault, gobernador de Salamanca, dedicóse á crear lo no existente y á reparar lo destruido. Para lograrlo empezó por hacer que ingresaran en la caja central del ejército, las contribuciones que cada cuerpo habia impuesto para su uso en las provincias que ocupaba. No dejaron los gefes de oponer resistencia, pero exigiólo Massena y lo obtuvo. Con instancia pidió que de Paris se le enviaran algunos fondos para pagar el sueldo atrasado, y luego con los recursos que se habia proporcionado esmeróse en formar almacenes generales en Salamanca. Atrajo allí las mulas compradas en el Mediodia de Francia para las necesidades del ejército de Portugal; hizo montar cuanto artilleria de grueso calibre pudo reunir sobre cureñas de sitio, aceleró su transporte á Ciudad-Rodrigo, y agregó los útiles y las municiones con que pudo cargar los caminos. Ciudad-Rodrigo, distante tres ó cuatro marchas de Salamanca, está situada en una llanura árida, desierta, de veinte ó treinta leguas de anchura, adonde era indispensable llevarlo consigo todo, pues apenas habia ni aun verde para los caballos. Massena hizo llevar cuanto pudo á fin de proveer á la subsistencia de los soldados que allí iban á reunirse. Estos solda-

dos eran los del mariscal Ney, y mandóles Massena que se aproximaran á la plaza; que construyeran hornos, barracas para los viveres y municiones y que formaran en suma el establecimiento necesario para un asedio. Como podia acontecer que los ingleses, encaminados de la Extremadura española al norte de Portugal despues de nuestra entrada en Andalucia, probaran á interrumpir nuestras operaciones, dispuso que el general Junot dejara á Leon y Benavente y se situara entre Ledesma y Zamora, á fin de poderse concentrar sobre la derecha del mariscal Ney en caso necesario. Gracias á estas ordenes, á cuya ejecucion atendia Massena con una vigilancia que no solia, comenzó á reunir en Salamanca el material de un ejército considerable, y á concentrar en torno de Ciudad-Rodrigo parte de lo que requeria un grande asedio. Por desgracia el camino entre Ciudad-Rodrigo y Salamanca, casi intransitable de resultas de acarreos muy numerosos, hallábase ademas infestado por los guerrilleros, que osaban mostrarse á pesar de la presencia continua de nuestras tropas, y que frecuentemente lograban producir importunas perturbaciones. Asi el mariscal Massena no dejó de escribir á París con objeto de que se acelerara el pronto arribo del cuerpo del general Drouet, afirmando que, tan luego como se moviera hácia Portugal, quedarian sus comunicaciones interceptadas, si no se destinaban numerosas fuerzas para cubrirlas.

Mientras se iba á empezar así la nueva campaña contra Portugal por el sitio de Ciudad-Rodrigo, suscitóse la primera cuestion entre Massena y sus lugartenientes. Hallábanse los ingleses situados en

Viseo, á tres jornadas de la frontera: se calculaba muy variamente el número de sus soldados, haciéndolo subir de veinte á cuarenta mil hombres, porque se confundia á ingleses y á portugueses, pero nadie atribuia mas de veinte y cuatro mil á los primeros. Esta proximidad hacia fermentar el fogoso valor de Ney: le parecia muy largo, muy fastidioso ejecutar dos sitios como los de Ciudad-Rodrigo y Almeida, agotar así contra murallas el noble ardor de sus soldados para alcanzar un mediano fruto, el de poseer plazas que sin duda serian un estorbo menos en el camino de Portugal, pero que no serian de grande ayuda en la guerra de partidas con que estaban amenazados á la espalda. Por el contrario discurria que, marchando contra los ingleses en derechura, yendo á atacarlos de improviso con los cuerpos sexto y octavo, con la caballeria de Montbrun, esto es, con cerca de cincuenta mil hombres, habia gran probabilidad de batirlos y quizá de ver de resultas caer por sí mismas todas las plazas, con lo que desde los primeros instantes casi se habria logrado el objeto de la guerra.

Ney propuso esta manera de operar al general en jefe, la sostuvo con el calor que le era propio, y al mismo tiempo escribió al general Junot para sugerirlela de igual modo y para que, acordes de pareceres, hicieran los dos cierta especie de violencia á Massena. Tan eficaces eran las cartas de Ney á Junot y proposiciones contenian tan opuestas á la sumision de un lugarteniente, que se podia considerar como terminante la violacion de la disciplina. No faltaba mas que el escándalo, pues dichosamente eran secretas aquellas cartas.

El impetuoso Junot unió sus instancias á las de Ney, como que participaba de su impaciencia, bien que nada obtuvo de la firmeza del general en jefe. Este, por una singularidad de situacion, estaba reducido á resistir á sus lugartenientes, opiñando lo propio que ellos, pues gustaba mas de batallas que de sitios, como que tenia el genio de las unas y muy poca paciencia para los otros; pero las órdenes de Napoleon eran formales, y antes de ninguna operacion ofensiva le obligaban á tomar las plazas de Ciudad-Rodrigo y Almeida, tiempos antes construidas una contra otra, hoy dirigidas ambas contra nosotros; á no avanzar á Portugal hasta el fin de los grandes calores y á reunir un convoy para alimentar al ejército por espacio de quince ó veinte dias. Ante instrucciones tan precisas no cabian vacilaciones, pensábase lo que se pensara, y no habia mas que seguir la voluntad de un señor absoluto y sin par en las luces. Massena respondió á sus lugartenientes comunicandoles las instrucciones de Paris recibidas, y estos, lejos de tener la buena fé de atribuir á Napoleon el plan que iba á ser ejecutado, divulgaron en sus dos cuerpos de tropas ser Massena quien, en vez de una campaña activa y decisiva, preferia asedios morlíferos y fatigosos, y que evidentemente habia ya envejecido y era otro hombre. Estos decires propalados por todas partes fueron el primer escándalo que desdeñó Massena, aun cuando al saberlo, no pudo menos de resentirse vivamente.

A todo esto unos y otros erraban en no ejecutar las órdenes de Napoleon mas que constreñidos y forzados. Sin duda que si el general inglés mostrara propósito de aguardarles en Visco, no debie-

ran vacilar en correr en su busca, por ser de inmensas consecuencias batirle al principio de la campaña, y además viveres para algunos dias llevados acuestas por los soldados fueran suficientes para una operacion á tan corta distancia. Pero el general inglés no era hombre para conducirse al capricho de sus adversarios: no los hubiera aguardado en Visco: se retirara al acercarnos, como lo efectuó pronto; se hiciera seguir por nuestros bizarros soldados, jadeantes de sed y moribundos de hambre, y luego se abrigara tras de las obras de Lisboa, ó se deluviera en terreno bien elegido, donde nos fuera imposible batirle, y de donde necesitaríamos retroceder sin un pedazo de pan y teniendo dos plazas enemigas á la espalda. Evidentemente era mas prudente, mejor calculado, más digno bajo todos conceptos de la alta sagacidad de Napoleon el plan de diferir tal operacion hasta que el material estuviera junto, hasta que, llevando viveres, se pudiera seguir al enemigo por todas partes, de aguardar así el fin de los grandes calores, y de desembarazarse entretanto de dos plazas muy peligrosas para dejadas á la espalda. Aunque Napoleon se engañara á veces en esta guerra, por no ver de cerca las cosas, ahora tenia plena razon contra sus lugartenientes.

A mayor abundamiento los designios del general inglés eran la mas completa justificacion de sus miras. Sir Arturo Wellesley habia adquirido con el gobierno y aun con el público de Inglaterra gran crédito de resultados de sus últimas operaciones. Desde la retirada precipitada del general Moore, que pudo ser tan desastrosa, se estremecian los ingleses de continuo de ver lanzados al

mar sus soldados, y solo temblando les dejaban en el territorio de la Península. Sin embargo, viendo á su nuevo general Arturo Wellesley que, lejos de ser de allí expulsado, expulsaba al mariscal Soult de Portugal, y luego se atrevía á ir por el Tajo hasta Talavera para dar á las puertas de Madrid una batalla, y se retiraba despues muy tranquilamente á Extremadura delante de los ejércitos franceses reunidos, empezaron á cobrar confianza y colmaron á Arturo Wellesley con aquellos inauditos honores, que en nuestro siglo han ensalzado tanto á este general como á la nacion que le testificaba un agradecimiento tan justo. Le acababan de conferir el título de lord Wellington, recompensas pecunarias de monta, y para obviarle mas todo se habia enviado á Enrique Wellesley, hermano suyo, cerca de la Junta central en calidad de embajador de la Gran Bretaña. Su otro hermano, el marques de Wellesley era, como se ha visto, ministro de relaciones exteriores. No podia ser mas considerado ni tener mas firme apoyo en Inglaterra. Con todo, ni los servicios ya prestados á su país, ni la gran reputacion que empezaba á ganar, le ponian á cubierto de los ataques de la oposicion que anhelaba la paz, ni de las objeciones del gobierno, que no cesaba de temer un desastre. Así el gobierno británico mantenía á gran costa en las bocas del Tajo una inmensa escuadra, á fin de que estuviera siempre en aptitud de recoger su ejército en el caso de ser batido. La paz de Francia con Austria acrecentaba su zozobra, pues discurría ser imposible que Napoleon no dirigiera pronto sobre la Península su mejor ejército y su mejor general, es decir, él en persona, y ante esta idea la

Inglaterra toda temblaba de susto por lord Wellington y el ejército que tenia bajo su mando.

En este acrecentamiento de zozobra, originado de la paz con Austria, el público inglés atormentaba al gabinete y el gabinete atormentaba á lord Wellington con la expresion de continuos terrores. Se le suplicaba que fuera prudente, y lejos de prodigarle recursos en proporecion del peligro, se le escatimaban algun tanto, por miedo de alentarle demasiado á permanecer en la Península. Lord Wellington sentía sobremanera estas contrariedades, porque las almas templadas para superar los grandes peligros no tienen á menudo insensibilidad mas que por de fuera: se dominan sin que experimenten menos que los demas las angustias de las situaciones dificultosas. Sufria el intrepido general mucho, pero aun no era bastante poderoso para atreverse á manifestar lo que sentía, ya al gabinete, ya al parlamento de la Gran Bretaña. Aguantaba á sus enemigos y respondía con circunspeccion á sus gefes, aunque á menudo estoviera tentado á obrar de otro modo. Con una penetracion rara juzgó la marcha de las cosas de la Península mejor que Napoleon mismo, no porque le igualara en talento ni con mucho, sino porque las juzgaba sobre el terreno, y no le extraviaban las ilusiones que Napoleon, ya empeñado en mala via, se forjaba á su antojo. Habia avalorado la fuerza de resistencia que los odios nacionales, el clima y las distancias oponian á los franceses, el agotamiento de sus fuerzas cuando llegaban al fondo de la Península, el desbarahuste de sus operaciones bajo la direccion de generales divididos, la inverosimilitud de la llegada de Napoleon á un

teatro de guerra tan lejano, y por último, el desacuerdo de éste con José; desacuerdo que probaba á las claras que el sistema excesivo de Napoleón comenzaba á sobrepasar hasta el celo de sus mismos hermanos, y de resultas abrigaba el íntimo é irresistible convencimiento de que aquel inmenso aparato de grandeza estaba minado por todas partes; de que sin duda Napoleón podría ocupar la mayor parte de la Península, bien que no conquistando nunca ciertos puntos extremos, como Cádiz, Gibraltar, Lisboa, protegidos por la distancia y por el mar; de que si desde estos puntos extremos continuaba Inglaterra excitando y sosteniendo con auxilios el odio de portugueses y españoles, veríase renacer de continuo aquella lucha que agotaba las fuerzas del imperio; de que tarde ó temprano se rebelaría Europa contra el yugo de Napoleón, y de que este no podría ya oponerla más que ejércitos medio destruidos por una guerra interminable y atroz. La opinión, que honra en el mas alto grado el juicio militar y político de lord Wellington, vino á ser una idea invariable en su mente, y perseveraba en ella con una seguridad de talento y una tenacidad de carácter muy dignas de ser admiradas (1). Pero en este plan de conducta dependía todo de la resistencia que se pudiera oponer á los franceses, cuando hubiera que replegarse, como era de esperar, á las extremidades de la Península; y así lord Wellington había

(1) Perfectamente conocido es el pensamiento de lord Wellington respecto de la guerra de la Península desde la publicación de su correspondencia. En todas sus páginas se halla consignado y honra sobremanera su sagacidad y la solidez de su talento.

buscado con atención suma y descubierto con singular golpe de vista una posición casi inexpugnable, desde donde se lisonjaba de desafiar todos los esfuerzos de los ejércitos franceses. Esta posición, que él hizo inmortal, era la de Torres-Vedras, cerca de Lisboa. Con efecto, entre el Tajo y el mar se había fijado en una península de doce ó quince leguas de longitud y seis ó siete de anchura, fácil de interceptar con una línea de obras así invencible, y detrás de la cual estarían fuera de alcance la capital de Lisboa, su gran rada, la escuadra de embarque y los viveres y municiones de las tropas. Una vez elegida posición semejante, por sí mismo trazó en grande á sus ingenieros el plan de las obras que habían de ser levantadas, dejandoles el cuidado de los detalles. No habiendo revelado su plan á nadie, no teniendo que temer la publicidad de los periódicos de Lisboa, á la sazón nula, había reunido, sin que se supiera en Europa, muchos miles de paisanos portugueses, que se ganaban la vida construyendo bajo la dirección de ingenieros ingleses las famosas líneas de Torres-Vedras. Apenas se sabía en el ejército inglés tampoco, y se confundían estos trabajos con algunas obras defensivas que era natural que se abriesen en torno de Lisboa. Mas de seiscientas bocas de fuego portuguesas é inglesas se preparaban para armar los numerosos reductos que se levantaban por entre la península del Tajo.

Después trató lord Wellington de adaptar sus fuerzas á este plan tan profundamente combinado. Por el año de 1810 el ejército inglés que servía inmediatamente bajo sus órdenes, se elevaba á cerca de treinta mil hombres; además había algunos mi-

les de soldados ingleses de guaruicion, en Gibraltar unos y en Cádiz otros. Casi todos los treinta mil soldados que tenia lord Wellington bajo su mando inmediato, se hallaban presentes y sobre las armas, gracias a su llegada por mar, a la lentitud de sus movimientos, a la abundancia de que gozaban, y últimamente, a la madurez de su edad, pues la mayor parte eran veteranos que habian hecho la guerra en Flandes, Egipto, Dinamarca y España. Pero con la organizacion del ejército portugués habia dado lord Wellington singular extension a sus fuerzas, siendo el mariscal Beresford quien tuvo esta organizacion a cargo. Primeramente se le dieron muchos oficiales ingleses, despues un material considerable y fondos para el sueldo que bajo la forma de un subsidio a Portugal facilitaba la Gran Bretaña. Respirando odio el soldado portugués contra los franceses, sóbrio, ágil, valiente, y equipado ademas, alimentado é instruido cual los mismos ingleses, casi les igualaba cuando se batia al lado de ellos, y valia mas que el soldado español en todos los casos, no por ser mejor por naturaleza, sino por superarle incomparablemente en la disciplina. Pagado el ejército portugués para constar de treinta mil hombres, solo tenia en realidad veinte mil efectivos; se le agregó una milicia bien equipada y en estado de prestar muy buenos servicios, por introducirse en sus filas los oficiales portugueses, cuyo puesto habian ocupado en la tropa de linea los de Inglaterra, y no ascendia á menos de treinta mil hombres: finalmente, un alzamiento en masa, provocado por los hidalgos en las provincias invadidas, animado de pasiones furiosas, era el postrer re-

curso de que se podia sacar partido, sollándole á la espalda de los franceses. De consiguiente, sin enumerar el alzamiento en masa, lord Wellington tenia á su disposicion como ochenta mil hombres, ingleses ó portugueses, soldados regulares ó milicianos, de los cuales cincuenta mil por lo menos eran muy capaces de batirse en linea y treinta mil excelentes para empleados en una posicion defensiva. Siete ú ocho mil mulas españolas bien pagadas acarreaban detras cuanto le hacia falta. Estas fuerzas costaban á Inglaterra no menos de 450.000.000 de francos al año, que se pueden calcular en 3.0 de nuestros dias.

Compuesto el gobierno portugués de un regente refugiado en el Brasil y de una regencia colectiva residente en Lisboa, subvencionado por la Inglaterra, no viviendo mas que por su amparo, contrariaba á menudo á lord Wellington, bien que se sometia al punto en que este fruncia su temible entrecejo. Lord Wellington era, pues, dueño de aquella parte de la Peninsula, y podia allí hacer la guerra segun mejor le pareciere. A los españoles daba consejos que no seguian, y así no los contaba mas que como uno de los obstáculos naturales opuestos por el suelo de la Peninsula á los franceses, y dirigia sus operaciones independientemente de toda concurrencia de su parte.

Tan luego como los franceses invadieron la Andalucia, apresuróse lord Wellington á evacuar la Extremadura, no queriendo verse comprometido en operaciones comunes con los españoles, y retiróse á Portugal, con el anhelo de dedicarse exclusivamente á la defensa de este país, de cuyo modo ajustaba plenamente su conducta al texto de sus

instrucciones, y satisfacía por completo sus miras, importando poco que los ingleses estuviesen en España ó en Portugal, pues bastaba su presencia en un punto cualquiera de la Península para sostener las esperanzas de los *insurgentes* y perpetuar allí la guerra. Con el pensamiento de limitarse ahora a la defensa de Portugal, tomó la posición mas adecuada al designio que se propuso.

Los franceses podían invadir a Portugal por el Norte, desembocando de Galicia sobre Oporto, ó por el Este, trasladándose desde Salamanca a Coimbra, ó por el Mediodía dirigiéndose desde Badajoz a Elvas, para penetrar por el Alentejo. Su allegamiento de fuerzas en rededor de Salamanca, muy cerca de Ciudad-Rodrigo, inducían a discurrir que este punto iba a ser su base de operaciones, y que así la invasión tendría lugar por el Este. Dudas hubieran podido suscitar las tropas del mariscal Mortier reunidas en torno de Badajoz, á no ser poco numerosas y activas. Pero la fuerza de las tropas congregadas en Salamanca y la actividad desplegada delante de Ciudad-Rodrigo no consentían dudar sobre la dirección verdadera de los franceses, y probaban que iban a marchar por el camino de Salamanca a Coimbra, siguiendo el valle del Mondego, camino sobre el cual habian construido los españoles a Ciudad-Rodrigo y los portugueses a Almeida, para resistirse unos a otros.

En consecuencia lord Wellington con el grueso de sus fuerzas, esto es, con veinte mil ingleses y quince mil portugueses, situóse en Viseo, a la entrada del valle del Mondego. No contando enteramente con la inactividad de los franceses a la parte del Mediodía, entre Badajoz y Elvas, colocó allí al

general Hill, su mejor lugarteniente, con seismil ingleses y diez mil portugueses. Entre ambos y sobre la doble vertiente de la Estrella, que es continuación de la cordillera de Guadarrama, y que prolongándose de Este a Oeste separa los dos grandes valles del Duero y del Tajo, dispersó algunas milicias para que sirvieran de lazo de sus dos cuerpos principales. Un camino interior, cuya construcción exigió imperiosamente a los portugueses, y que iba de Norte a Mediodía en dirección de Coimbra a Abrantes, le permitía concentrarse rápidamente cuando retrocediera sobre Lisboa. No suponiendo proximo el principio de las operaciones habia dejado su caballería junto al Tajo. Su proyecto consistía en vigilar desde Viseo los movimientos de los franceses, en no esperarlos si se adelantaban a darle batalla, en retroceder a su vista hasta hallar una posición fuerte, y que por la longitud de la travesía les hubiera cansado mucho, en admitir entonces la lucha teniendo a su favor todas las probabilidades, sin aventurar nada por salvar las plazas españolas ó portuguesas, ni por evitar los estragos del enemigo en las provincias de sus aliados. Su resolución incontrastable era subordinarlo todo al buen éxito de la guerra. Hasta habia dictado providencias crueles, intimando a los portugueses bajo pena de la vida que le siguieran cuando se retirara, y que al retirarse lo destruyeran todo, anunciando que él mismo quemaría cuanto no hubieran destruido. Habiendo hecho la regencia de Portugal algunas objeciones á semejante sistema de guerra tan ruinoso para el país, respondió Wellington que era menester elegir entre la obediencia á sus mandatos ó la par-

tida de sus tropas; que, si no se hacia lo que preceptuaba, tornaria á embarcarse y abandonaria el pais á los franceses, los cuales no le tratarian mejor que el de seguro. Callose de consiguiente la regencia, bien que maldiciendo á este aliado casi tanto como á un enemigo.

Para los franceses el plan que consistia en tomar á Ciudad-Rodrigo y luego á Almeida, en crear grandes almacenes, en no emprender la marcha sino con viveres llevados por mulas, era el único practicable, puesto que Wellington estaba resuelto á no admitir la batalla que se le diera, y á retirarse para que al seguirle pereciéramos de hambre. Aun hubiera sido este plan mas juicioso no emprendiendo el sitio de Ciudad-Rodrigo hasta reunir todos los medios necesarios, no solo en viveres, sino en útiles, en artilleria gruesa y municiones. Sin embargo, era difícil retardar el sitio mas tiempo, sin reducirse á la imposibilidad de empezar la campaña ofensiva á fin de verano; razon por la cual Massena autorizó á Ney para embestir la plaza en los primeros dias de junio, aproximando allí el cuerpo de Junot por si intentaban los ingleses perturbar nuestras operaciones. Con su ejercitado tacto habia discernido perfectamente Massena el sistema defensivo de su contrario, y cabalmente porque esto fuera lo mejor para nosotros, discurria que lord Wellington no avanzaria á darnos batalla á nuestro propio terreno, donde teniamos asegurada la subsistencia. Asi, aunque tomara precauciones contra la aparicion de los ingleses, no creía que se verificase, y mientras el mariscal Ney iba á emprender el sitio de Ciudad-Rodrigo, se quedó en Salamanca para preparar los almacenes del

ejército y enviar á las tropas sitiadoras artilleria, municiones y útiles de que tenian necesidad suma.

A principios de junio el mariscal Ney embistió á Ciudad-Rodrigo. Se halla situada esta plaza junto al Aguada, riachuelo que nace en la sierra de Gata, la cual forma parte de la de la Estrella, para desaguar en el Duero. A la sazón corria muy caudaloso este riachuelo por causa de las lluvias. Sobre una altura cortada á pico del lado del Aguada, que la baña al Sur, se alza la ciudad, y defendiala por allí suficientemente el escarpe del lecho del rio. Al Este y al Norte domina de igual modo los alrededores, bien que se une á ellos por una cuesta suave que naturalmente la hace accesible por los dos lados; así hacia el Este y el Norte habia ya multiplicado sus defensas el arte. Al antiguo recinto de la edad media, consistente en un grueso muro flanqueado de torres cuadradas, se habia agregado en los tiempos modernos un recinto con bastiones de frentes desiguales, con terraplen y foso revestido por los dos lados. Al Sudeste el arrabal de San Francisco se hallaba flanqueado por bien construidos conventos, que se habian atrincherado y enlazado por medio de obras. Al Noroeste habia otro gran convento, el de Santa Cruz, bien defendido y capaz de resistir la artilleria. Viejo, pero lleno de saber y energia era el gobernador de la plaza, el general Herrasti. Advertido por los preparativos de los franceses tomó precauciones sin tasa. Bajo blindages puso á cubierto los viveres y las municiones con que la plaza estaba abundantemente provista, y revistió con tierra muchos edificios para que aguantaran las bombas. Cuatro mil hombres de guarnicion tenia y ademas una poblacion faná-

tica de seis mil almas, aumentada con hacendados ricos que habian buscado asilo en la plaza para si y lo que pudieron llevar consigo, y formaron un excelente batallon de milicia de ochocientos hombres. Su artilleria era numerosa y estaba bien servida, y se le habia unido el bizarro guerrillero don Julian con algunos centenares de ginetes para ayudarle hasta donde pudiese. Todo se hallaba, pues, en Ciudad-Rodrigo á punto de oponer larga y vigorosa resistencia.

Aun no habia llegado el general Lazowski, gefe de ingenieros; se detuvo el general de artilleria Eblé en Salamanca á fin de preparar el material grueso, y así el mariscal Ney se valió de oficiales de ingenieros y de artilleria de su cuerpo para dar principio al asedio. Despues de consultarles, fijóse muy bien en el verdadero punto de ataque, y eligió el lado del Norte para comenzar los trabajos; esto es, el lado por donde no habia mas que defensas artificiales que se podian derribar á cañonazos. Como ya se ha dicho, la parte del Mediodía era inaccesible á causa del escarpe del Agueda, pero allí tenia un puente de piedra, y al remate un arrabal no defendido, que se llamaba del Puente; dos puentes de caballetes para el servicio del ejército echó Ney sobre el Agueda algo mas arriba de la ciudad, trasladó á la otra margen ademas de su caballeria una brigada de infanteria, é hizo tomar este arrabal y el puente de piedra de modo de completar la embestida y de hacer imposibles las comunicaciones con los ingleses.

Tras de estas operaciones preliminares el mariscal hizo comenzar los trabajos de apuro. Al Norte de la plaza se alzaba una ancha meseta, lla-

mada el Teso, á tiro de cañon no corto. Desde aquel terreno elevado se podian descubrir los dos recintos, el moderno bastionado y el antiguo flanqueado de gruesas torres, y en el uno y en el otro habia posibilidad de abrir brecha aun á tan larga distancia. Así se pensaba abreviar mucho los trabajos de sitio, y apoderarse de la plaza, no bien fuese practicable la brecha, por uno de aquellos atrevidos ataques de que los soldados de Ney eran mas capaces que todos de dar ejemplo.

Atacando los sitiadores por el Norte, sobre el terreno elevado del Teso, tenian á su derecha el convento de Santa Cruz, á la izquierda el gran convento de San Francisco y el arrabal del mismo nombre. En la noche del 15 al 16 de junio, sin hacer caso de la claridad de la luna, se abrió trinchera á quinientos metros de la plaza en la extension de mil trescientos. Para distraer la atencion del enemigo habia mandado el mariscal Ney ejecutar un falso ataque hácia el puente de piedra del Agueda y al convento de San Francisco. Gracias á esta doble diversion nos perjudicó poco el fulgor de la luna, pues el enemigo no echó de ver nuestros trabajos hasta que los soldados habian ya cavado tierra bastante para cubrirse de sus fuegos. Sin embargo, tuvimos ochenta hombres fuera de combate, diez muertos y setenta heridos. Se continuaron los dias siguientes con actividad las obras de ataque, extendiendo la trinchera por la derecha hácia el convento de Santa Cruz y por la izquierda hácia el convento y el arrabal de San Francisco. Nuestros trabajos probaron á interrumpir los españoles con reiteradas salidas, que no alcanzaban éxito grande contra los soldados del sexto cuerpo: cuantas veces

aparecieron delante de nuestras trincheras fueron repelidos á la bayoneta y vueltos á lanzar con no escasas pérdidas á la plaza.

Mucho mas daño que las salidas del enemigo nos causaron las lluvias que tras de durar todo el mes de mayo, se prolongaron la primera quincena de junio. Hasta sobre la misma altura del Teso hicieron á veces inhabitables nuestras trincheras, y bajo el fuego de los españoles hubo que abrir canales para desecarlas. Habiendo retardado la llegada de la artillería gruesa el mal estado de los caminos, nuestros soldados se veían obligados á trabajar sin la protección de los cañones. Ney suplió esta falta formando para mientras durara el sitio seis compañías de los mejores tiradores de sus tropas, y distribuyéndolos delante de las trincheras en grandes hoyos, que se abondaron para ponerlos á cubierto, se dispusieron de modo que dieran cabida á tres hombres con viveres y cartuchos para veinte y cuatro horas. Desde este abrigo nuestros tiradores hacían tal fuego sobre los artilleros enemigos que disminuyeron mucho para nosotros el inconveniente de trabajar ante una artillería que no era contestada por otra.

Adelantados ya bastante los trabajos de la trinchera y prevenido el lugar de cada una de las baterías, se comenzaron á colocar allí cañones, parte de los cuales habían llegado, solo del calibre de 12 y 16, quedando aun detras los de á 24. Hallándose las obras de avance á tal punto, Ney y los oficiales de ingenieros de su cuerpo fueron de parecer de apoderarse del convento de Santa Cruz, que por su posición molestaba mucho la derecha de nuestro ataque. De consiguiente en la noche del 21 al 22

de junio trescientos granaderos, formados en dos columnas, fueron lanzados contra el convento: una á las órdenes del capitán de ingenieros Maltzen con veinte zapadores armados de sacos de pólvora debía procurar introducirse por una puerta situada á la espalda, mientras con otra el capitán de infantería Francois atacaría por el frente. Ya de noche, las dos columnas avanzaron con osadía. Maltzen con el auxilio de sacos de pólvora hizo saltar una puerta, despues otra, y fué á dar la mano á Francois, lanzado contra el convento en derecha. Habiendo traspuesto las tapias exteriores ambos, persiguieron á los españoles que, viendo forzadas las puertas, se acogieron á las partes mas retiradas y mas altas del edificio. A la cabeza de sus soldados y bajo un mortífero fuego recibieron los capitanes Maltzen y Francois heridas mortales; mas, lejos de retroceder sus valientes, siguieron disputando palmo á palmo el convento á los españoles furiosos. Por entre una granizada de balas fué el capitán de ingenieros Treusselt á colocar al pie de una de las paredes un barril de pólvora que produjo una explosión horrorosa sin abrir brecha, y no teniendo otro recurso trató de prender fuego. De aquí provino una escena espantosa, como que varios españoles perecieron entre las llamas, bien que los demas apagaron el incendio y se mantuvieron firmes sobre algunos puntos de los humeantes escombros. De esta suerte poseimos la mitad del convento y guardaron la otra mitad los españoles. Siendo evidente que la constancia de nuestros soldados no podia suplir á la artillería contra espesos muros, aplazóse el remate de esta conquista para cuando se pudiera abrir brecha.

A este tiempo el general en jefe llegó al campo de los sitiadores el 24 de junio por la tarde. Después de ver y aprobar los trabajos apresuró sobremanera el establecimiento de las baterías para que se tirara á abrir brecha al punto. Al día siguiente 25 empezó el cañoneo por la mañana. Cuarenta y seis bocas de fuego, disparando unas de derecha é izquierda á fin de batir de revés las fortificaciones de la plaza, jugando las otras de frente para derribar el muro del recinto, causaron muy grandes destrozos en las obras de los contrarios. Vióse que saltaban muchos depósitos de municiones, al par que estallaba el incendio en algunas casas, y que el coronamiento de ambos recintos rodaba á los fosos. No obstante, la artillería de la plaza respondió á la nuestra y hasta nos hizo algunos estragos, desmontándonos muchas piezas y dejando buen número de artilleros fuera de combate. Todo el día 26 duró el fuego, y ya trataron los sitiadores de desembarzarse del convento de Santa Cruz que, aun cuando conquistado en parte, siempre molestaba la derecha de nuestras trincheras, por lo cual hubo empeño de ganarlo definitivamente. Trescientos granaderos se arrojaron á la empresa por una abertura que practicaron nuestros zapadores de ingenieros, y desalojaron de allí á los españoles, ya obligados de consiguiente á acogerse al recinto de la plaza. A la izquierda procuróse hacer otro tanto con el convento de San Francisco, pero enlazado al arrabal del mismo nombre, formaba un conjunto de obras que no permitia que se improvisara el ataque, y hubo que renunciar á la tentativa.

Entretanto no se interrumpió nuestro fuego, bien que al mariscal Massena le pareciera poco nu-

trido y se quejara de los oficiales del sexto cuerpo, de cuyas resultas mandó imperiosamente al general Eblé tomar el mando directo de la artillería. Este fué un nuevo disgusto para el mariscal Ney, que cuidaba mucho de ir contando todos los que sufría evitables ó inevitables. Algunos cambios introdujo el general Eblé en la disposición de las baterías, consiguió hacer mas destructores nuestros fuegos, y ya el día 28, merced á sus afanes, los dos recintos, que por la situacion dominante del Teso se pudieron batir desde larga distancia, no presentaron mas que ruinas que cegaban el foso. A juzgar desde el punto de embestida eran practicables las dos brechas, y así el mariscal Massena quiso inmediatamente dar el asalto, porque la acumulacion de las tropas sobre terreno tan ingrato, las exponia á enfermedades, y porque los ingleses, á pesar de la inverosimilitud de que se arrojaran á una operacion ofensiva, habian cruzado el Coa, riachuelo paralelo al Agueda, y amenazaban aproximarse. Intimose la rendicion al general Herrasti diciéndole que harto habia hecho por su honra; que no podia abrigar la presuncion de detener junto á una brecha la bravura del ejército de Portugal, y que si se obstinaba en la defensa se exponia á que su guarnicion pereciera pasada á cuchillo.

Con efecto, ya empezaban á flaquear los soldados, pero los frailes seguian excitando al pueblo, y tambien se oponian á la entrega de la plaza los refugiados del pais que allí habian llevado consigo lo mas precioso. Una circunstancia favorecia su propósito de resistencia. Habiendo sido abierta la brecha de lejos, antes de llevar los franceses hasta el borde del foso sus trabajos de aproche, estaba

intacta la parte del muro opuesta á la plaza á que se da el nombre de contraescarpa. Por consiguiente la brecha, ya practicable hácia el lado de la ciudad no lo estaba hácia el lado del campo, no pudiendo saltar al foso para subir al asalto sino precipitándose desde la altura de un muro. Y empeñado el general Herrasti, no por fanatismo, sino por honor militar, en llenar su deber de la manera mas cumplida, hizo valer esta circunstancia para desechar la intimacion del mariscal Massena, y despachó á lord Wellington un emisario á fin de suplicarle que acudiera en su ayuda.

Esta resistencia inesperada desazonó grandemente á Massena. Congregados su estado mayor y el del mariscal Ney de resultas, disputóse como de costumbre sobre la causa del contratiempo y se la achacaron unos á otros. Para excusarse los oficiales del sexto cuerpo expresaron que se habia querido ir demasiado aprisa, y que habiendo tratado de abrir brecha antes de derribar la contraescarpa, acontecia que no se hubiese ganado mucho tiempo. Razón les asistia sin duda, mas ello es que habia que tornar á emprender los trabajos de apoché y que dirigirlos desde el Teso hácia el glasis y el borde del foso.

Impacientado el general en jefe eligió en el octavo cuerpo un oficial de mérito sumo, el coronel Valazé, que ya se habia distinguido en el sitio de Astorga, y le encargó que dirigiera la continuacion de los trabajos con el fin de llegar cuanto antes al tan deseado borde del foso: se habló de doce dias, y Massena recomendó con grande instancia que no fueran mas que siete ú ocho los que se invirtieran en dar cima á las obras, pues los víveres escaseaban de

manera que estaba ya á media racion el sexto cuerpo.

A este punto llegaba el sitio cuando hubo una falsa alarma, que retardó la concentracion del octavo cuerpo sobre la derecha del sexto, concentracion que era mas de desear cada dia á causa de la proximidad de los ingleses. Noticias llegaron de que un destacamento de tropas inglesas, desembarcado en la Coruña, atacaba á Astorga, y así el general Junot vióse obligado á alargar su derecha para proteger esta plaza, que cerraba las avenidas del reino de Leon á los *insurgentes* de Galicia. Por fortuna esta noticia resultó muy exagerada, pues los que amenazaban á Astorga eran gallegos con uniformes encarnados de que les habian provisto los ingleses. Pronto fueron reconocidos y rechazados, y pudo por fin el octavo cuerpo ir sobre la derecha del sexto situándose en San Felices.

A la verdad esta concentracion, dictada por la prudencia, era menos urgente de lo que se habia creido. Lord Wellington habia avanzado hasta las márgenes del Coa, mas rehusaba dar batalla. En vano los emisarios de Herrasti llegaron á estrecharle para que socorriera á Ciudad-Rodrigo; en vano el marqués de la Romana fué desde Badajoz para suplicarle que interrumpiera las operaciones de los franceses, pues respondió que sin dar batalla no se podia salvar la fortaleza española, y que estaba firmemente resuelto á no arriesgar la suerte del ejército inglés por conservar una plaza casi perdida. Esta dura respuesta, aunque apoyada en razones muy juiciosas, desesperó á los españoles, y les encolerizó contra el que llamaban frio egoismo de los ingleses.

Casi estaban ya terminadas las nuevas obras

dispuestas por Massena, bien que habiendo costado los diez ó doce dias fijados al principio, y así fué que, á pesar de los esfuerzos del coronel Valazé, no se pudo llegar al borde del foso hasta el 5 ó el 6 de julio. Aun cuando el general Simon se habia apoderado á la bayoneta y con singular bravura del convento y del arrabal de San Francisco, para dejar expedita la izquierda de nuestras trincheras, no apareció decaida de aliento la plaza, y fué menester llegar por continuos caracoleos, y bajo un fuego que no alojaba nunca, á la contraescarpa. Por último, para atacarla, se entró en galería cubierta la noche del 6 al 7 de julio, y al dia siguiente se puso fuego á una mina de 400 kilogramos de pólvora que, al estallar, derribó la mampostería sobre el foso. Por desgracia el coronel Valazé, herido en la cabeza por una granada mientras dirigia los trabajos, quedó por muerto algunas horas; mas no por esto se interrumpió el designio, y en breve estuvo practicable la brecha por los dos lados del foso, esto es, á la bajada y á la subida.

Todo lo dispuso el general en jefe el 9 de julio para el asalto. Aun ordenó que la artillería se preparara á la última jornada de fuego con el fin de allanar mas las brechas y de destruir la artillería de la plaza. Desde las cuatro de la mañana nuestras baterías que ascendian ya á doce, empezaron á vomitar sobre la infortunada Ciudad-Rodrigo una granizada de balas, bombas y granadas. Al principio respondieron los contrarios con alguna viveza hasta que de allí á poco su artillería, batida de frente y de revés á un mismo tiempo, hubo de cesar en sus disparos. Ya trabajadas por nues-

tra artillería las dos brechas solo presentaban montones de escombros accesibles á la agilidad de nuestras tropas. Entre tres y cuatro de la tarde el arma de ingenieros declaró completamente practicable las brechas y Massena ordenó el asalto. Dos columnas escogidas formó el mariscal Ney á las órdenes de los generales Simon y Loisson, y colocólas en las trincheras con la música al frente y prontas á desembocar á la primera seña. Segun costumbre pidió algunos hombres que voluntariamente quisieran ir á arrostrar el fuego del enemigo y delante de los dos ejércitos probar la subida de las brechas. En momentos tan solemnes, y sobre todo entre tropas en quienes el sentimiento del honor es vivo, el denuedo llega á su colmo; así se necesitaban tres hombres y se presentaron hasta ciento. Ney envió á la brecha á los llamados Thirion, cabo de granaderos, Bombois carabinero, y Billeret cazador. Estos tres bizerros individuos treparon á paso de carrera á la brecha del primer recinto, despues á la del segundo, y ya en lo alto hicieron fuego al grito de viva el Emperador! Ilesos volvieron y entre las aclamaciones de todas las tropas. Ney dió la señal entonces. Hasta el pie de la primera brecha se lanzaron las dos columnas, y cuando se aprestaban á trasponerla, vióse alzada bandera blanca en signo de rendicion sobre la segunda. A tratar se presentó un anciano de venerables canas, el general Herrast, avistándose con el mariscal Ney en las mismas ruinas de sus murallas, y allí discutieron las condiciones de la capitulacion juntos. Ney le estrechó la mano como á un valiente, le concedió los honores de la guerra por lo brillante de la defensa, y permitió que

los oficiales españoles conservaran la espada y los soldados la mochila. Acordadas estas condiciones entraron nuestras tropas en la plaza donde penetró por la brecha el general Loisson con sus columnas de asalto, entrando el resto del sexto cuerpo por las puertas de la ciudad entregadas inmediatamente á nuestras tropas.

Ya era tiempo de que fuese vencida esta larga resistencia, porque nuestros soldados empezaban á carecer de lo preciso. Dentro de Ciudad-Rodrigo se hallaron menos recursos que se había esperado: con todo, se recogieron harinas, galletas, carne salada, líquidos, y en suma con que mantener al ejército aquellos días: se hallaron también mas de cien bocas de fuego, muchos cartuchos, pólvora y fusiles ingleses: se hicieron tres mil quinientos prisioneros, pues la guarnición había perdido cerca de quinientos hombres. A nosotros no nos costó menos de mil doscientos, de los cuales cien muertos y mil cien heridos, algunos de gravedad suma, como generalmente casi todos los que lo son en los asedios. Desgraciadamente, viniendo los calores sin intermision tras las lluvias, nos causaron gran número de enfermos, no bajando de tres á cuatro mil los que ya había.

Este primer acto de la campaña de Portugal salió bien. A pesar del espíritu indócil de los gefes y de la indisciplina engendrada por la miseria, las tropas acreditaron la bizarría acostumbrada: delante del enemigo todo se podía aguardar de ellas. El coronel Valazé reparó las primeras faltas cometidas en la direccion de los trabajos, y si no se superó antes la resistencia de los españoles, fué cabalmente por haberla querido superar harto

pronto, pues la historia de la guerra de sitios prueba que el trabajo que se quiere economizar, siendo preciso, hay que ejecutarlo mas tarde con mayor pérdida de tiempo y de hombres.

Tomada Ciudad-Rodrigo había que atacar á Almeida; mas ahora Massena estaba resuelto á no atropellar nada, y á no perder tiempo á fuerza de querer ahorrarlo. Ciudad-Rodrigo cayó el 9 de julio: no se podian empezar las operaciones ofensivas hasta el final de los calores, es decir, hasta el mes de setiembre. Se contaba, pues, con los meses de julio y agosto para sitiar á Almeida, y así determinó volver en persona á Salamanca para acabar de formar los almacenes, de reunir medios de trasporte, y de crear un parque de artillería gruesa mas completo que el de que se sirvió contra Ciudad-Rodrigo. Por mejor fortificada y artillada que esta plaza se reputaba la de Almeida, y no quería emprender su sitio hasta juntar los medios de llevarlo á pronto remate.

Antes de abandonar á Ciudad-Rodrigo dispuso que se repararan las brechas y se pusiera en estado de defensa la plaza. Dentro de sus muros se hallaban los hacendados mas ricos de la comarca: Massena les impuso una contribucion de 500,000 francos, de que tenia grande urgencia para pagar los gastos de las armas de artillería y de ingenieros; y acto continuo regresó á Salamanca, donde durante su ausencia las cosas mas apremiantes habían hecho escasos progresos, no porque sus agentes pecaran de inactivos, sino porque les faltaba autoridad para remover las dificultades. Por consecuencia de la concentracion en Ciudad-Rodrigo, sus tropas fueron reemplaza-

das en Leon por las del general Kellerman y en Valladolid por las de la guardia, y sus gefes no le querian entregar las contribuciones recaudadas en nombre del ejército de Portugal. Un acto de autoridad se requeria para asegurar el ingreso de las sumas que pertenecian á estas tropas, y Massena no tuvo mas arbitrio que el de forzar las cajas de los pagadores para extraer de ellas los fondos indebidamente depositados. Repugnancia tenia Massena de mezclarse en asuntos de esta clase desde las rudas lecciones que Napoleon le dió en Italia, y esta violacion imprescindible de las cajas de la pagaduría fué á sus ojos una nueva causa de disgusto. Resignóse á ella sin embargo, y gracias á lo que obtuvo por este medio, gracias á una remesa de fondos de París, pudo satisfacer algunos meses de sueldo atrasado, bien que no alcanzara á pagarlo todo. Tres meses de salario se quedaron debiendo aun al segundo cuerpo, y dos al sexto y al octavo. Despues logró Massena juntar granos, bueyes, mulas, pollinos sobre todo, y pudo tener la esperanza de entrar en Portugal con víveres para veinte dias, mitad repartidos á los soldados en raciones y llevándolos cada uno, mitad en acémilas; todo tras de dejar á Ciudad-Rodrigo y Almeida abastecidas por muchos meses. Ademas reunió unas sesenta piezas de artillería gruesa, y encaminólas de Ciudad-Rodrigo á Almeida. Estando ya maduras las mieses se proporcionó en el país hoces é hizo que las segaran los cuerpos sexto y octavo, tarea que no desagradaba al soldado y que le habia de valer gran abundancia, pues aquel año era magnífica la cosecha en España. Por desgracia la mitad de las tierras no estaban sembradas, ó habian sido ya de-

vastadas para dar forrage á los caballos. Con todo lo que todavía quedaba debia proporcionar, ademas de la actual subsistencia, un útil complemento para los almacenes.

Durante este tiempo dispuso el general en jefe que se procediera á la acometida de Almeida. Adelantándose habia Ney con el sexto cuerpo, seguido del octavo, para arrollar á los ingleses sobre el Coa, riachuelo que, como el Agueda, corre de la sierra de Gata ó de la Estrella al Duero, pasando á tiro de cañon de Almeida. Esta plaza se halla situada á la derecha del Coa, y por consiguiente, hacia donde estábamos nosotros. Persistiendo Lord Wellington en su inmovilidad, á pesar de los gritos de maldicion de los españoles, irritados hasta el extremo de no comunicarse con él para nada, estaba acampado en Alberca, sobre el declive de las alturas que forman el recinto del valle de Mondego, y desde allí observaba friamente lo que pasaba. Solo tenia una vanguardia de sus tropas ligeras á la derecha del Coa, á las órdenes del general Crawford, y fuerte de seis mil infantes y unos mil ginetes. El general en jefe previno al mariscal Ney que se alejara de esta vanguardia, y que le avisara sin demora si los ingleses parecían dispuestos á hacer cara, lo cual no hubiera concordado con su actitud de entonces. Viendo acercarse el momento de las operaciones ofensivas, prescribió á Reynier que pasara el Tajo con el segundo cuerpo y fuera á tomar posicion al otro lado de la gran cordillera que, segun se ha dicho, se llama Guadarrama, entre Segovia y Madrid, sierra de Gata entre Ciudad-Rodrigo y Alcántara, y de la Estrella cuando penetra en Portu-

gal. Mandó tener sus avanzadas hacia Alfayates y Sabugal, junto al desemboque de las montañas, sin abandonar aun á Coria para observar el valle del Tajo.

Los calores y los trabajos del último sitio habían fatigado sobremanera al sexto cuerpo y reducido al hospital á muchos de sus soldados. Por esto el mariscal Ney hubiera querido ir á buscar frescura en la parte montuosa de la comarca, y aguardar allí descansado el fin de los calores, para operar durante el otoño contra Almeida, y contra el ejército inglés despues de tomada la plaza. Tras de conceder el general en jefe un descanso de quince ó veinte dias en julio, quería que Almeida cayera en agosto, para tomar la ofensiva en setiembre, y así mandó proceder, inmediatamente á la acometida de Almeida.

Ney ejecutó las órdenes dadas y con singular energía, como se verá ahora. Obligó á la retaguardia de los ingleses á replegarse precipitadamente, empujándola de continuo hasta el fuerte de la Concepcion, obra regular situada en el camino de Ciudad-Rodrigo á Almeida y en la cumbre de una meseta, que domina dicho camino. Minado habían los ingleses este fuerte, no queriendo privarse de una guarnicion para defenderlo, ni dejarlo en manos de nuestras tropas; pero tan velozmente avanzó nuestra caballeria que no les dió tiempo mas que para volar dos bastiones. Fácilmente se podía reparar la obra, bien que no se pensó en tal cosa, pues tampoco á los franceses convenia guarnecer aquel punto. Con la caballeria de Montbrun y la infanteria de la division de Loisson, llegó Ney el 24 de julio delante de Almeida, estrechando muy

de cerca al general Crawford, situado, como hemos dicho, á la derecha del Coa, al frente de seis mil infantes y mil caballos. Este general se retiraba en línea plegada, apoyando su derecha en el Coa y su izquierda en Almeida al amparo de los fuegos de la plaza. Ney, cuyo ardimiento se inflamaba á la vista de los ingleses, propontase cortar primero á los de Almeida, y despues lanzarlos á la quebrada profunda del Coa. Hizoles cargar sobre su izquierda hacia Almeida por Montbrun con la caballeria ligera, con un regimiento de dragones y con las compañías de tiradores formadas durante el último asedio: ademas, dispuso que la infanteria del general Loisson atacara al par y vivamente su centro y su derecha. Aunque los ingleses no fueran grandes andarines podian forzar el paso durante algunas horas, y no perdieron tiempo en acercarse al Coa, tratando de hacerse firmes á alcance de los fuegos de la plaza que les cubria y del puente que debian cruzar al cabo. Ney los perseguia tan de prisa como ellos ejecutaban su retirada. Bajo el mismo fuego del cañon de Almeida atacólos Montbrun con su caballeria y sus tiradores, y los obligó á alejarse, mientras cayendo Loisson sobre su infanteria los arrollaba hacia el puente. De llevar menos delantera ni un solo hombre se libertara de este cuerpo, y aun así costóle de setecientos á ochocientos soldados entre muertos y prisioneros, pérdida sensibilisima para los ingleses por su número escaso y por la presuncion que tenían de no dejarse envolver nunca. Despues de tan brillante golpe de mano se embistió á Almeida, y se comenzaron los establecimientos necesarios para el sexto cuerpo, encargado de

este sitio, cual lo estuvo del precedente. Junot hubiera deseado que cupiera tamaño honor al octavo cuerpo, mas para hacerlo así hubiera sido menester cambiar el orden de batalla, y el general en gefe no lo quiso de ningun modo.

Sabiendo Ney que habria que pasar dos meses en aquellos acantonamientos, hizo que se construyeran barracas para sus tropas, y luego envió á sus soldados á la siega. Soberbio era el trigo, no faltaba ganado, y el ejército pudo permanecer allí sin sufrir privacion alguna. Despues se estendió á distancia á fin de cortar las faginas de que necesitaba forzosamente para los trabajos del sitio, mas que nada por la naturaleza del terreno.

Almeida era un pentágono regular perfectamente fortificado, completamente armado, guardado por cinco mil portugueses y situado sobre un terreno de roca, donde habia dificultad de abrir trinchera. De consiguiente, para cubrirse, necesitábanse muchos sacos de tierra, muchas faginas, muchos cestones. Toda la primera quincena de agosto se dedicó á la siega, á proveerse del material indispensable y á esperar la artillería de grueso calibre; ya el 15, día del santo de Napoleon, se abrió trinchera. Massena se habia trasladado al terreno, y eligióse por punto de ataque el fuerte del Sur, así como el bastion de San Pedro, por parecer menos defendido que los otros. No permitia la naturaleza pedregosa del suelo meterse allí mucho y fué menester cubrirse con sacos de tierra. Ahondóse la trinchera los dias siguientes y se prolongó á derecha é izquierda á fin de que fuera posible establecer fuegos de revés contra el bastion atacado en posiciones acomodadas. Estos trabajos cos-

taron hombres y tiempo á causa de haber mal abrigo, y de estar determinado no hacer uso de la artillería hasta que pudieran jugar á la vez todos los fuegos. Para suplirla se colocaron tiradores dentro de hoyos, á la manera que en Ciudad-Rodrigo, encargándoles disparar contra los artilleros contrarios. Sin embargo, se adelantaba lentamente, porque á cada instante se encontraba la roca viva, y habia que recurrir á la mina para ahondar la trincheras. No bien estuvo abierta la primera paralela en su extension toda, se desembocó en zigzag para proceder á abrirla segunda, y llevóse muy cerca del bastion de San Pedro sin disparar un cañonazo.

Mientras se ejecutaban los trabajos de aproche, construyéronse once baterías, y se armaron con sesenta y cuatro piezas de grueso calibre, llevadas de Ciudad-Rodrigo y de Salamanca. Estando pronta la artillería la mañana del 26 de agosto, mandó el mariscal Massena romper el fuego. Al caer los proyectiles en todas direcciones sobre una plaza pequeña, que, aun cuando bien fortificada, podía ser casi envuelta por las baterías de los sitiadores, causaron grandes destrozos. Con vigor respondió el enemigo, pero sin poder hacer frente á nuestra artillería, servida con tanta exactitud como viveza. Muchos edificios eran consumidos por las llamas. De noche, cayendo una bomba felizmente dirigida sobre el almacen de pólvora que se hallaba en el mismo centro de la ciudad y en el castillo, produjo una explosion espantosa. Varias casas se vinieron abajo, y perecieron unos quinientos hombres entre soldados y vecinos: tambien rodaron al foso algunas piezas de artillería, y se

resquebrajaron diversos trozos de baluartes. Nuestras trincheras quedaron atestadas de tierra, de guijarros y de escombros de todas clases hasta el extremo de necesitarse grandes trabajos para limpiarlas.

Al despuntar la mañana del 27 fué cuando se descubrió especialmente en todo su horror el desastre de la plaza. Conternados clamaban los habitantes porque no se les expusiera á aquellos estragos de la pólvora por mas tiempo; indignadas las tropas de Almeida, como los defensores de Ciudad-Rodrigo, de resultas de la perseverante inmovilidad de los ingleses, decian que no se les debia sacrificar mas tiempo al egoismo de un ahado implacable, y hablaban tambien de rendirse. Juzgando Massena con tino del desorden que debia reinar en la plaza, intimó la entrega el dia 27, escribiendo al gobernador que, tras un accidente como el que acababa de abrumarle, no era posible llevar mas adelante la resistencia; y así el gobernador se puso á parlamentar y á disputar sobre las condiciones. Entretanto un general portugués, el marqués de Alorna, que iba con nosotros, lo mismo que varios oficiales compatriotas suyos, presentóse junto al baluarte á fin de ensayar su influencia sobre los portugueses, y habló con algunos oficiales de la guarnicion de la plaza, siendo amigablemente recibido. Todo probaba que aquella guarnicion no queria ya defenderse: sin embargo, habiendo aun disputado el gobernador todo el dia, Massena mandó romper de nuevo el fuego, bien que solo hubo que disparar algunos cañonazos, pues á las once de la noche fué aceptada la capitulacion bajo las condiciones dictadas por nosotros.

A otro dia, 27 de agosto, el sexto cuerpo, que tuvo la gloria de este segundo sitio como la del primero, entró en Almeida, y empezó así la invasion de Portugal con dos hechos de armas gloriosos. Cerca de cinco mil hombres se hallaron dentro de la plaza, bastantes provisiones de boca y una excelente artilleria. Aquellos cinco mil prisioneros de la guarnicion eran del regimiento de linea portugués número 24 y de milicias. Todos, y particularmente los últimos embarazaban mucho á Massena, y como los ingleses habian tratado de persuadir á los habitantes de Portugal que los franceses tenian costumbre de matar á cuantos caian en sus manos, creyó muy provechoso desmentir semejantes rumores soltando á los milicianos, pertenecientes la mayor parte al paisanage, y encargándoles decir á sus compatriotas que los que no se defendieran serian tratados con la misma indulgencia. Por consejo del marqués de Alorna, propuso Massena al 24.º regimiento de linea que entrara al servicio de Francia, á imitacion de otros portugueses, que ya militaban en nuestras filas, y hallóle propicio á admitir la propuesta. Todos aceptaron, soldados y oficiales, unos para desertar de allí á poco, otros por resentimiento contra los ingleses, que les dejaban batirse sin llevarles socorro. Massena hizo reparar á Almeida de seguida para ponerla en estado de defensa.

Estaba, pues, felizmente llevada á remate la primera parte del plan de campaña, que consistia en señorear las fortalezas de la frontera. Se tenia una buena base de operaciones, buena con tal de que se lograran abastecer las plazas conquistadas, crear hospitales, almacenes, y situar allí fuerzas

bastantes para tener expeditas las comunicaciones. Solo que había mucho con Ciudad-Rodrigo y Almeida, por ser dos y no una las guarniciones que había que dejar á la espalda, doble el abastecimiento que había que proporcionarse, doble el cuidado de defensa para un mismo objeto, hallándose tan próximas las dos plazas que la una servía para el mismo uso que la otra. Así Massena quiso destruir á Almeida, y esto fuera lo mas acertado; pero, ignorando que Napoleon en París opinaba lo mismo sobre este punto y no sabiéndolo hasta mas tarde, prescribió que se reparara y pusiera en estado de defensa la plaza y dedicose finalmente á adoptar las ultimas disposiciones para su entrada en Portugal.

Setiembre corria á la sazón y del 12 al 15 pensaba cruzar la frontera. Despues de felicitarle mucho Napoleon por la toma de Ciudad-Rodrigo y de Almeida, aguijonóle para moverse con actividad suma y lanzarse, una vez emprendida la marcha, sin reparar sobre los ingleses. — «No son mas de veinte y cinco mil (le escribia); á cerca de sesenta mil deben ascender vuestros soldados aun despues de los sitios y de las enfermedades estivales. ¿Cómo veinte y cinco mil ingleses han de poder resistir á sesenta mil franceses confiados á vuestro mando? Vacilar sería un escándalo de debilidad que no es de temer en un general como el duque de Rivoli y príncipe de Essling.» — No necesitaba Massena que se le estimulara á arrojarse resueltamente sobre los ingleses cuando los cogiera por delante, pero veía con dolor las ilusiones que Napoleon se forjaba sobre la fuerza de ambas huestes, y le mortificaba el presentimiento vago de que él

sería la primera víctima de tales ilusiones, mientras que Napoleon lo era á su turno, lo cual nadie previa entonces, salvo quizá el general británico por ser el único bien situado en Europa aquellos días para juzgar atinadamente.

Por desgracia Massena distaba de tener lo que Napoleon suponía, y los ingleses contaban con muy otras fuerzas que imaginaba. No de ochenta mil hombres, como en París se creía, sino de sesenta y seis mil constaban los tres cuerpos de Ney, Junot y Reynier, y para entrar en Portugal podían reunir unos cincuenta mil á lo sumo. Con efecto, los sitios habían costado al cuerpo del mariscal Ney como dos mil hombres; habiendo pasado rápidamente la estación de las lluvias continuas á los calores sofocantes, se había mermado el cuerpo de Ney, y mas el de Junot, compuesto de jóvenes casi todo, lo menos en siete u ocho mil hombres. En las plazas de Almeida y de Ciudad-Rodrigo, había que dejar guarniciones que no podían bajar de mil doscientos hombres en la una, y de mil ochocientos en la otra, en totalidad tres mil soldados. Además convenia dejar algunas tropas válidas á retaguardia, y no obstante su deseo de no diseminar fuerzas, independientemente de las guarniciones de Almeida y de Ciudad-Rodrigo, resolvió el general en jefe dejar al general Gardanne una columna de tres mil hombres, compuesta de mil dragones y dos mil soldados de infantería para mantener desembarazados los caminos entre las plazas que formaban nuestra base de operaciones, para acabar los vastos almacenes que importaba tener á la espalda y para recoger á los hombres que salieran de los hospitales. Por estos diversos

motivos el mariscal Massena no se podia poner en marcha sino con cincuenta mil hombres á lo sumo. Corto número en verdad contra lord Wellington, que acababa de atraer al general Hill sobre Abrantes, tan luego como descubrió el movimiento del general Reynier hácia Sierra de Gata, y que, con los veinte mil ingleses y quince mil portugueses que ya tenia, juntaba cincuenta mil hombres de excelente calidad. Para lidiar con igual ventaja hubiéramos necesitado poseer una tercera parte mas cuando menos contra las posiciones defensivas que en Portugal se encontraban á cada paso, y que Wellington sabia elegir y disputar á maravilla. Al retirarse lord Wellington iba á ver aun su ejército aumentado con el repliegue de los portugueses, con la incorporacion de los españoles de Badajoz y con la llegada de los refuerzos de Cádiz á Lisboa. Asi bajo los muros de esta plaza iba á contar ochenta mil hombres, ademas de las líneas de Torres-Verdras, cuya existencia era ignorada por los franceses. ¿Y á qué número irian reducidos cuando se presentaran al frente de estas líneas los cincuenta mil hombres de Massena, obligados á llevarlo todo consigo, teniendo que sostener muchos encuentros y aun que dar alguna gran batalla probablemente? No era hacer una suposicion muy exagerada la de creerlos reducidos á cuarenta mil hombres, moribundos de hambre frente de los ochenta mil ingleses, portugueses, españoles, de lord Wellington, que estarian bien provistos de todo, y atrincherados en alguna fuerte posicion defensiva, con el mar y las escuadras británicas por apoyo. Y no paraban aqui las dificultades, pues Massena debia llegar por la izquierda del Tajo, que entre

Abrantes y Lisboa es un rio anchuroso, y encontrarse sin medios de pasarlo en presencia de los ingleses, quienes con su material marítimo estaban en posesion de las dos orillas. Se hubiera necesitado, pues, que veinte y cinco ó treinta mil hombres, partiendo de Andalucía con un tren de puente que se pudiera hacer bajar de Alcántara, fuesen á dar la mano á Massena bajo Abrantes; que este mariscal en vez de cincuenta mil contara setenta mil combatientes, y así, descontadas las pérdidas, hubiera tenido contra Wellington probabilidades de triunfo, salva siempre la dificultad de vivir, aunque se hubiera disminuido en gran manera con la ocupacion de las dos orillas del Tajo, porque el Alentejo ofrecia recursos de los cuales se hubieran podido apoderar los franceses procedentes de Badajoz antes que los ingleses tuvieran tiempo de destruirlos.

Sin dejar de resignarse á la obediencia, Massena escribió á Napoleon de nuevo para decirle que sus fuerzas eran insuficientes con relacion á las de los ingleses; que los caminos ponian espanto; que para vivir no hallaria nada; que tan luego como se pusiera en marcha serian interceptadas todas sus comunicaciones; que apenas lograria mantenerlas con Salamanca y Ciudad-Rodrigo; que no podria recibir nada; que por consiguiente era un problema el averiguar cómo conseguiria subsistir ante los ingleses, provistos de todo, muy aumentados, al par que él se hallaria muy reducido; y que no tendria eventualidad de buen suceso, si no se hacia llegar prontamente sobre su espalda un cuerpo considerable, que llevara, no solo socorro de hombres, sino provisiones de boca y guerra y caballos

de tiro. Lo que en su prevision concebía Massena, se les alcanzaba á sus lugartenientes de igual modo. Ney, Junot, Reynier, sobre quienes á la verdad no pesaba el difícil cargo de contradecir al emperador, declaraban todos los días que la empresa no era prudente con los medios de que se disponía; que en París era muy fácil redactar planes, y lejos de la realidad de las cosas expedir órdenes inejecutables sobre el terreno; que había que atreverse á dirigir al emperador formales representaciones y á resistirse á marchar interin no enviara lo necesario para salir bien del empeño. Por desgracia Massena, que segun hemos dicho, acababa de ser colmado de favores y que temía pasar por tímido á los ojos de un soberano muy exigente en punto á energía, cometió un yerro, el único grave de esta campaña, yerro en que incurren á menudo aun los caractéres mas independientes bajo señores no contradichos, el de aceptar un encargo contra lo que dicta la razon sana; y así determinó marchar adelante. Además contaba con la llegada del general Drouet al frente de veinte mil hombres, con la del general Gardanne al frente de ocho ó de nueve mil y hasta con la concurrencia probable de las tropas de Andalucía: contaba con la fortuna que jamás le fué adversa en veinte años; y últimamente, cansado como estaba y todo, sentía en lo íntimo de su alma la confianza de que, si lograba dar alcance á los ingleses en cualquier punto, les haría experimentar tal descalabro que se concluyera la guerra en una batalla, y no mas que restos de la fuerza enemiga tuviera ya que perseguir hasta las playas del Océano.

Aun despues de recibir las cartas persistió Na-

poleon en su idea, por la costumbre que tenía desde muy atrás de oír á los generales exagerar los recursos de los contrarios y disminuir los suyos propios, no contando en el ejército británico mas que ingleses, que al tenor de falsos informes calculaba en veinte y cinco mil hombres á lo sumo; no considerando por nada los españoles y portugueses; figurándose por tanto que cincuenta mil franceses serian muy bastantes para vencer á veinte y cinco mil ingleses del todo; ignorando la existencia de las líneas de Torres-Vedras: no imaginando cuantos recursos valdrian al enemigo la distancia, el clima, la esterilidad de los lugares; y habiendo, por último, contraído la costumbre de creer en la realizacion de todo lo que deseaba, costumbre que solo debiera ser propia de medianías, pero que, merced á la lisonja, lo es á veces hasta del genio. A todas las objeciones respondió que era menester marchar adelante, y echarse encima de los ingleses cuando los encontrara. Massena se decidió, pues, á partir al cabo, esperando que se le enviara cuanto se le había prometido, y que jamás le abandonarán la fortuna y su gran denuedo. Había señalado el 10 de setiembre para el paso de la frontera, y aplazólo hasta el 16 con el fin de estar mejor preparado y de dejar pasar los calores que á la sazón eran todavía muy fuertes. Se había lisonjeado de poder almacenar víveres para medio año en Ciudad-Rodrigo y Almeida, con provisiones bastantes para el caso de que el ejército emprendiera la retirada: tambien se había prometido llevar consigo subsistencias para veinte días, lo cual suponía un millon de raciones, siendo cincuenta mil los soldados. En esto como en todo fué la rea-

lidad muy inferior á la esperanza. Llegada la hora de la partida, no habia podido encerrar viveres mas que para cuatro meses en las dos plazas; hubo de renunciar á formar almacenes á retaguardia de sus tropas, ni logró juntar mas subsistencias que las necesarias para veinte dias, y esto arruinando todos los medios de transportes del pais desde Burgos á Salamanca. Verdad es que ajustes ya hechos y requisiciones decretadas debian producir aun un millon doscientos mil raciones de granos, y que dejaba á sus agentes en Salamanca el encargo de entenderse con el general Gardanne para que en su ausencia se siguieran ejecutando sus mandatos. De los viveres que juntó para diez y seis dias, llevaba á costas los de seis cada soldado, y los de los otros diez iban detrás en mulas, pollinos y bueyes. En vez de cien bocas de fuego que no hubieran representado mas que dos por cada mil hombres, apenas podia enganchar setenta y dos á causa de la necesidad que tenia de llevar municiones de guerra para toda la campaña. Sus caballos de artillería estaban ya fatigados por los dos sitios en que se les habia empleado, bien que dos mil bueyes les ayudaban á acarrear el material grueso. Detrás de cada cuerpo de ejército iban rebaños de carneros de los cogidos en la comarca; y en suma, todo estaba prevenido como para cruzar el desierto. A pesar del mal humor de algunos gefes, el ejército demostraba alborozo por salir al fin de su inaccion larga y marchar en busca de los ingleses. Los cuerpos de Ney y Reynier se componian de soldados experimentados: solamente los de Junot eran bisonos, aunque instruidos y ya inflamados en el espíritu militar al contacto de sus ca-

maradas. A mayor abundamiento se habia desembarazado de todos los endebles y malsanos, dejando cinco mil hombres por veinte mil en los hospitales. Confianza respiraba la infanteria, mal vestida, pero bien calzada y armada, madura de edad y experiencia. Tostados por el sol, muy prácticos en el ejercicio á caballo, armados con largos sables de Toledo, que á cada tajo causaban heridas mortales, iban los dragones, principal fuerza de la caballeria. Si alguna vez pudiera vencer el valor la naturaleza de las cosas, este ejército merecia intentarlo. Habiendo estado concordes Massena, Ney, Junot, Reynier, no eran inferiores á tamaña empresa, y probabilidad habia de que al frente de tales soldados la llevaran á dichoso remate.

Acabados los últimos preparativos, Massena puso en movimiento su ejército el 16 de setiembre por la mañana. Antes de montar á caballo despachó al emperador otro ayudante de campo con objeto de repetirle cuanto ya se ha manifestado sobre las dificultades de la empresa, y de demandar con instancia el pronto envio de socorros en hombres y en material, é inmediatamente despues emprendió la marcha. Allende las fronteras de Portugal desembocó el ejército en tres columnas. Llevado de la vertiente del Sur á la del Norte de la Estrella, el cuerpo de Reynier, que era el segundo, debia de juntarse al ejército en Celórico y formar su izquierda. Yendo Ney con el sexto cuerpo al mismo punto en derechura, formaba el centro. Con el octavo cuerpo y formando la derecha, habia de pasar Junot por Pinhel y mantenerse algo á la espalda para proteger el enorme convoy de bueyes, mulas

y pollinos, que marchaba detrás de las tropas, llevando lo que mas falta hacia, pan y cartuchos.

Ya los primeros pasos que se dieron en aquel funesto pais justificaron todo cuanto se habia temido. Arido se esperaba encontrarle, porque ya lo habian pisado muchos soldados, mas viósele ademas talado por el hierro y el fuego. Por donde quiera se hallaron desiertos los lugares, inservibles los molinos, ardiendo los graneros y los pajares. Cuanto dejaron por destruir los habitantes, lo destruyeron los ingleses: ni un goia se presentaba de que fuera posible servirse: apenas se hallaron algunos viejos que no pudieron seguir á la poblacion fugitiva, y de los cuales no se obtuvieron muchos informes. Suplióse la falta con tres ó cuatro oficiales portugueses incorporados al ejército, y con los pocos soldados del 24.º regimiento de naturales que no habian aun desertado. Se adquirieron de estos guias todas las luces que fué posible, por caminos que aun para malos carros de labor estaban casi practicables. Sin embargo, en medio de aquel desierto pedregoso, desecado por el cielo, incendiado por los hombres, ya que no trigo, ni ganado, halláronse patatas, judías y coles de excelente calidad con que el soldado se complació en llenar su rancho.

Massena retuvo algo el 17 la marcha del sexto cuerpo, que era el mas diligente, para dar lugar á que se le juntara el segundo. Con el grueso del ejército hizo alto en Juncals, camino de Viseo. Junot seguia trabajosamente y bastante detrás con la masa de los bagajes.

Se trataba de saber qué ruta se seguiria por aquel valle del Mondego, que lleva al Océano las

aguas de la vertiente septentrional de la Estrella. Bajando del Norte de esta sierra el Mondego iria a desaguar en el Duero, si otra cordillera secundaria, denominada de Caramula, no le atajara el curso, haciéndoselo torcer hácia el Oeste y obligándole á desembocar en el Océano después de pasar por Coimbra. Este rio corre, pues, entre los estribos de la Estrella y las menos enhiestas cumbres de Caramula, encerrado así en una especie de cauce redondeado hasta que sale de él por una angosta cavidad violentamente abierta poco antes de llegar á Coimbra.

Ora pasara Massena á la derecha, ora á la izquierda del Mondego para dirigirse á Coimbra, donde debia hallar abundantes recursos y el camino real de Oporto á Lisboa, necesitaba superar numerosas dificultades. A la izquierda se habia de encontrar con los estribos escarpados de la Estrella, á la derecha con las ásperas ondulaciones de la sierra de Caramula, unos y otras de facilísima defensa, y en ambos casos, en el fondo del valle á su desemboque en Coimbra, con una especie de garganta que los ingleses no dejarían de cerrar. Teniendo, pues, que vencer los mismos obstáculos, tanto á uno como á otro lado, prefirió la orilla derecha á la izquierda, porque en las pendientes menos agrias de la sierra de Caramula tenia probabilidad de hallar mas cultivo y mas recursos para sus tropas; y cuantos viveres lograra recoger al paso eran una economía oportuna de los que llevaba consigo. Así, llegado á Celórico, dejó Massena la orilla izquierda por la derecha del Mondego, y encaminóse hácia Viseo, pequeña ciudad de siete á ocho mil almas, donde habia

un gran mercado de ganado de todas clases (1). El segundo y el sexto cuerpo llegaron el 19 á Visco, cuya poblacion toda habia apelado á la fuga, excepto algunos desvalidos, hombres ó mugeres, que no pudieron marcharse. Aunque los ingleses hubieran destruido los hornos, los molinos, los graneros, y prendido fuego á las ruedas de moler granos, recogieron bastantes legumbres y

(1) El duque de Wellington en su correspondencia tan juiciosa y tan imparcial comunmente, censura mucho al mariscal Massena por haber tomado el camino de Visco, pretendiendo ser el peor que el mariscal pudiera haber escogido, bien que no aduce ninguna razon valedera. Puesto que no se arrancaba desde Galicia como se habia efectuado sin exito en la precedente campaña, puesto que no se bajaba hasta Extremadura, lo cual hubiera ocasionado un largo rodeo para ganar el Alentejo, no habia mas que seguir el valle del Mondego al Norte de la Estrella; y en el valle del Mondego por su mayor fertilidad, era la orilla derecha preferible sin duda, y no ofrecia posiciones mas favorables que la izquierda al genio defensivo de los ingleses. Verdad es que se hubiera podido pasar por la vertiente Sur de la Estrella en vez de pasar por la del Norte; pero allí se hubiera encontrado el camino de Castel Blanco, donde Junot estuvo á pique de perecer tres años antes. No tenia, pues, Massena otro camino que seguir que el de Visco, y razon hay para extrañar una critica repetida á menudo en la correspondencia impresa del duque de Wellington, sin apoyo de ningun firme fundamento. Se puede decir que no es digna de la solidez y rectitud de sus juicios, y es de sentir que el ilustre general británico no se mostrara mas equitativo respecto de un rival no menos ilustre que él. Cierto es que los despachos del noble duque estaban destinados á su gobierno, dictados por la impresion del momento, y que mas tarde, juzgando á su rival con la elevacion que cumpla á su gloria, hacia al mariscal Massena muy cabal justicia, y especialmente con referencia á esta campaña.

hasta algun ganado, y las tropas que habian creído no hallar nada mas que lo que llevaban encima, se mostraron satisfechas y confiadas. Algunos soldados hasta tuvieron la imprudencia de tirar por los caminos la galleta de que llevaban lleno el sacco, echando cuentas de que ya se compondrian para vivir bien en todas partes.

La porcion de ejército mas digna de lástima era la artillería, y principalmente el cuerpo encargado de la custodia de los bagajes. Casi estaban impracticables los caminos, y bastaron tres dias para agotar las fuerzas de los caballos y poner en malísimo estado los carros de la artillería. Hasta una viva alarma habia sufrido la columna de los convoyes, pues el coronel Trent, partidario muy usado, seguido de ingleses y portugueses, aprovechóse de un instante en que la escolta se hallaba lejos para asaltar la columna de los bagajes, mas revolviendo aquella de pronto, obligóle á soltar su presa, no perdiéndose mas que algunas carretas sorprendidas aisladamente en el camino.

Massena, á quien nada apremiaba y que, muy ganoso de venir á las manos con los ingleses, queria mejor darlos alcance en terreno mas descubierto, concedió dos dias de reposo á sus tropas con el fin de reunir el octavo cuerpo y de componer los carros de la artillería.

No mas deferente el mariscal Ney respecto de sus inferiores que de sus superiores, se habia indispuerto con el antiguo general Loison, y Massena arregló á este de resultas, una division de vanguardia con las tropas ligeras, haciéndole marchar al frente del ejército y junto á la caballería de Montbrun. A ambos ordenó que prosiguieran ade-

lante, mientras el grueso de las tropas descansaba en Viseo, y encargóles restablecer los puentes destruidos por los ingleses sobre los dos riachuelos Dao y Criz, que bajan de la sierra de Caramula al Mondego. Monthrun y Loison emplearon los días 22 y 23 en reparar los puentes y en cruzar los riachuelos, sobre los cuales estaban echados, dando á cada paso pequeños combates á retaguardia y con buen suceso todos.

Reynier á la izquierda, Ney en el centro, pasaron con sus cuerpos el riachuelo Criz el día 25: Junot á la derecha salió de Viseo: Monbrun y Loison se adelantaron á orillas del Mortao, último rio que había que atravesar para hallarse en el fondo del valle del Mondego, y esta vez hallaron mas tenaces á los ingleses, bien que les obligaron á que se replegaran y les abandonaran el lecho escarpado de aquel pequeño rio.

Ya en este punto se pisaba el fondo del valle por donde corre el Mondego, y del cual no sale, segun se ha dicho, sino por una garganta angosta, para cruzar la ciudad de Coimbra. Evidentemente allí era donde los ingleses iban á procurar hacernos cara, pues en ambas orillas tenían posiciones igualmente fuertes desde donde resistirnos. Si pasábamos el Mondego, para trasladarnos á la izquierda, encontrábamos una cumbre desprendida de la Estrella y llamada sierra de Murcelha, que se alzaba delante de nosotros como un obstáculo casi insuperable. Quedándonos á la orilla derecha, teníamos enfrente la sierra de Caramula, que torciendo para cerrar el cauce del Mondego, y tomando aquí el nombre de sierra de Alcoa, nos presentaba un obstáculo no menos difícil de ven-

cer, aun cuando no tan elevado. Dos caminos casi paralelos permitian trasponer esta sierra de Alcoa para bajar despues hacia Coimbra y tomar el camino real de Oporto á Lisboa. Tanto en el uno como en el otro, se veian numerosos puestos para obstruirlos, y por encima, sobre cumbres cubiertas de matorrales, de olivos y de pinos, se divisaban tropas que al parecer iban de nuestra izquierda á nuestra derecha. Los paisanos decian que mas allá había una llanura. ¿Acaso era una meseta que coronaba la cordillera y desde la cual se bajara despues al llano de Coimbra, ó era por ventura este mismo llano? ¿Se tenía delante el ejército inglés con ánimo de disputar el Portugal sobre aquellas cumbres tan bien acomodadas á su manera de pelear, ó se limitaba su fuerza no mas que á dos grandes retaguardias sin otro designio que el de disputarnos aquel paso para detener nuestra marcha, y dar lugar á los enemigos de evacuar por completo á Coimbra?

Segun lo que se tenía ante los ojos, igualmente verosímiles eran ambas suposiciones. De igual dictámen fueron Ney y Reynier luego que se comunicaron sus impresiones particulares. Cualquiera que fuese el propósito de los ingleses, no parecía que estuvieran aun bien establecidos sobre el terreno donde se les divisaba, y convenia asaltarlos al punto para arrollarlos de repente si iban en retirada, ó para forzarlos en su posicion antes de que hicieran allí pie firme, si se proponian aceptar el combate. Ney y Reynier discurrían muy cuerdamente; mas por desgracia no estaba aun Massena sobre el terreno, á donde no llegó hasta la tarde, ya porque la fatiga, á la cual em-

pezaba á ser muy sensible, retardara su marcha, ya porque le ocupara el cuidado de hacer avanzar la cola de su ejército, compuesta de carros toda ella, que producian grande embarazo. No habiéndose atrevido sus lugartenientes á empeñar una acción general durante su ausencia, aguardaron á que llegara, y cuando ya estuvo presente, quedaba tiempo cuando mas, para practicar un reconocimiento y deliberar sobre la conducta que conviniere seguir á otro dia.

Después de reconocer el general en jefe la posición del enemigo, fué de igual parecer que sus lugartenientes, y conjeturó que los ingleses se disponian á dar batalla sobre el terreno. Dificultoso era evitarla. De trasladarse á la izquierda del Mondego, que fuera forzoso vadear por falta de puentes, para tropar en seguida á la sierra de Murcelha, encontrárase allí probablemente á los ingleses que, descubriendo desde las alturas que ocupaban todos nuestros movimientos, no dejaran de seguirlos y aun quizá de arrojarse sobre nosotros durante esta marcha de flanco. Meterse en la garganta misma del Mondego para pasarlo siguiendo á lo largo y desembocar mas allá de Coimbra, era imposible, angostando las alturas el rio por aquel parage, de tal modo, que ni á derecha ni á izquierda habia practicable paso ninguno. Solo quedaban, pues, los dos caminos que habia de frente, cruzando en derechura uno y otro la sierra de Alcoba, á no ser que se tratara de pasar á la derecha, hácia la parte donde esta sierra se une á la de Caramula, de que es prolongacion simplemente. Con efecto, hácia aquella parte se notaba una depresion de terreno capaz de dar paso á las tropas, bien que los

paisanos, mal interrogados sin duda, afirmaban que por aquel lado no habia ningun camino practicable para carruages. De consiguiente no habia mas arbitrio que optar entre hacernos dueños de la posición que allí nos oponia estorbo, ó retirarnos. Así y todo, hubo divergencia de pareceres. Poco antes el mariscal Ney opinaba por trabar el combate, y ya habia mudado consejo. Dijo que hubiera convenido acometer á los ingleses sin demora y antes de que en su posición se hicieran firmes; que ya era tarde; que valia mas retroceder que perder una batalla en aquellas gargantas espantosas, sin saber cómo retirarse luego que se tuviera siempre encima un enemigo victorioso. A estas razones añadió consideraciones diversas, ya intempestivas, sobre una campaña empezada con medios poco proporcionados á las dificultades que ofrecia.

Massena rechazó vivamente la proposicion de retirarse, que Ney pudo hacer sin empacho como que la responsabilidad no habia de pesar sobre sus hombros. Dijo que tal consejo no era digno del mariscal, y que era menester dar batalla. Reynier, circunspecto ordinariamente, opinando al revés de su carácter ahora, como Ney al revés del suyo, fué del mismo dictámen que Massena, y afirmó que, después de haber estudiado bien la posición, creia posible tomarla. A este parecer se atuvo Massena, y se resolvió la batalla para el otro dia. Habiéndose considerado fuerte Reynier para tomar la posición aquella, correspondiale atacarla antes que á otro alguno, y se convino en que desde muy temprano probará á penetrar allí por el camino de la izquierda, denominado de San Antonio, mientras

Ney tratara de penetrar por el de la derecha, llamado de Moína, el cual desemboca en la cartuja de Busaco; en que Junot, que habia llegado muy entrada la noche, se quedaria á retaguardia para proteger la retirada, si no se alcanzaba el triunfo; en que Montbrun con toda su caballeria se mantendria en batalla á la falda de las alturas para acuchillar á los ingleses, si trataban de bajar á ella; y en que la artilleria, imposible de llevar consigo al asalto de aquellas quebradas, se colocaria sobre muchos ribazos, desde donde podria disparar balas sobre el enemigo. Massena se situaria entre las dos columnas de ataque para dictar las disposiciones que requirieran los sucesos de la jornada.

No se engañaban los generales franceses al suponer que lord Wellington estaba resuelto á pelear sobre aquellas cumbres. Con efecto, el caudillo inglés, aunque muy prudente, no se queria meter dentro de sus lineas en ademan de fugitivo, y para cuando encontrara una de aquellas posiciones, contra las cuales parecia que se habia de estrellar la impetuosa bravura de los franceses, tenia determinado dar una batalla defensiva, que le permitiera retirarse mas tranquilamente que afianzara la fuerza moral de sus tropas en el caso de que debieran defender las lineas de Torres-Vedras, y hasta que le evitara el replegarse sobre Lisboa, si del todo redundaba en ventaja suya. Con esta idea juzgó que le ofrecieran el apetecido campo de batalla la sierra de Alcoba ó la de Murcelha que, segun se ha dicho, van á juntarse por mas arriba de Coimbra en las márgenes del Mondego. Ignorando cual de ellas tratarian de forzar los franceses, colocó sobre la sierra de Murcelha al general Hill

con su cuerpo, que recientemente habia traído á su lado, y personalmente situóse con su cuerpo de ejército principal, sobre la de Alcoba. Habiendo distinguido desde la posicion dominante que ocupaba, la marcha de los franceses y su reunion en la orilla derecha del Mondego y á la falda de la Sierra de Alcoba, atrajo á sí el día 26 el cuerpo del general Hill, y le hizo pasar el Mondego y trepar á la sierra de Alcoba, lo cual dió lugar á aquellos movimientos observados por los franceses por entre los pinos y matorrales que coronaban las alturas.

De consiguiente, el 26 por la tarde casi todo el ejército anglo-portugués se hallaba junto sobre la meseta de la sierra de Alcoba, desde las cumbres que dominan á pico el Mondego hasta la cartuja de Busaco. Lord Wellington habia colocado el destacamento portugués, que servia á las órdenes del general Hill, á la misma extremidad de la sierra y contra el Mondego. Despues tirando á su izquierda y á nuestra derecha se hallaba la division de Hill, que era la segunda, despues la quinta al mando de Leith, cerrando en parte el camino principal de San Antonio, por donde Reynier habia de dar la embestida; y la tercera division, guiada por Picton, acababa de cerrar este paso. En seguida la primera division á las órdenes de Spencer ocupaba una posicion intermedia entre el camino de San Antonio y el de Moira y podia acudir á uno ú á otro. Torciendo aqui la sierra de Alcoba para juntarse á la de Caramula forma hácia la cartuja de Busaco una linea curva, en cuyo centro desemboca el camino de Moira, por donde Ney debia ir al avance. Esta última posicion ocupábala

el general Crawford con las tropas ligeras inglesas y el grueso de los portugueses; de suerte que los fuegos de los generales Spencer y Crawford batían á la vez el camino de Moira que va á la cartuja de Busaco. Por último, la cuarta division á las órdenes de Cole formaba la extrema izquierda del ejército británico hacia la parte en que la sierra de Alcobá se une á la de Caramula. Creyendo lord Wellington ni mas ni menos que Massena que mas allá no habia algun camino practicable, limitó al envio de alguna caballeria ligera mandada por el partidario Treat su vigilancia hacia aquel punto. En lo alto de la sierra hay una meseta de ciento ó doscientas toesas de anchura, muy pedregosa, bien que no falta espacio para el despliegue de fuerzas. Sobre esta meseta dispuso lord Wellington fuertes reservas de infanteria y de artilleria, para caer improvisamente sobre las tropas que se atrevieran á trepar por la posición hasta su cumbre. Estaba, pues, mas sólidamente establecido en Busaco que en Talavera, y así, aun cuando con alguna ansiedad, esperaba sin turbación la jornada del 27.

Vistos los franceses de todas partes y viendo apenas á sus contrarios, inquietábanse poco de los obstáculos acumulados á su paso. Cerca de cincuenta mil eran como los ingleses y reputándose superiores á estos en la llanura, creían poder hallar en su osadía una compensación á las dificultades que les costara el triunfo. Al despuntar la aurora del 27 se hallaban ya formados los cuerpos de Reynier y de Ney, uno delante de San Antonio y otro delante de Moira, prontos á trepar á la sierra: tomaba la artilleria posición sobre al-

gunas lomas en frente del enemigo; y la caballeria y el octavo cuerpo estaban sobre el llano en batalla con el fin de recoger el ejército si era repellido. Su puesto ocupó en el centro de la línea Massena sobre una alta cima, desde donde estaba expuesto al fuego de toda la artilleria contraria, y aun así apenas podia divisar los dos puntos de ataque; tanto el pais, de perfecta claridad para los ingleses, era difícil y oscuro para nosotros.

Desde la alborada entró Reynier en acción antes que otro alguno, conforme lo habia prometido. A la cabeza marchaba la division Merle, guiada por el capitán Charlet, que en medio de los mayores peligros hizo la vispera un esmerado reconocimiento de aquellos lugares: detrás seguia la brigada de Foy de la division de Heudelet. Una espesa niebla envolvía nuestras dos columnas.

Después de seguir algun tiempo el camino de San Antonio de Cantaro, que en forma de rampas iba y venia por la ladera de la montaña, se lanza la division de Merle á la derecha y se esfuerza en subirla por entre los árboles y la maleza de que está cubierta. Conducido el 2.º de ligeros y el 36.º de línea por el general Sarrut y el 4.º de ligeros por el general Graindorge, trepan afanosamente agarrándose á los arbustos que coronan aquellas cumbres, mientras por el camino continúan marchando en columna el 31.º de ligeros de la division de Heudelet, y detrás de éste el 17.º de ligeros y el 70.º de línea de la division misma, formando la brigada de Foy. Al cabo de una hora de afanes, la division de Merle, protegida por la niebla algun tiempo, llega á la cima jadeando y muy fatigada. No bien asoma al borde de la me-

zeta, se lanza sobre el 8.º portugués al cual arroja y arrebató su artillería. Pero allí está la división de Picton entera, apoyada á un lado por la división de Leith, á otro por una fuerte batería y por la división de Spencer, que acude al peligro desde la posición intermedia que ocupa. Apenas la división de Merle trata de desplegarse, es recibida de flanco por la metralla de la artillería situada á su derecha, y de frente por la fusilería de la división de Picton haciendo fuego á quince pasos. Bajo estas mortíferas descargas, el general Merle, el coronel Merle del 2.º de ligeros, el general Graindorge, que marchaba á la cabeza del 4.º, y el coronel de este mismo regimiento, Desgraviers, caen mortalmente heridos; y lo son igualmente gran número de oficiales subalternos y de soldados. Viendo Picton el éxito de sus fuegos y estando apoyado á derecha é izquierda, avanza con los regimientos 88.º, 45.º y con el 8.º portugués ya rehecho, y carga á la bayoneta á nuestras tropas sofocadas aun de su penosa trepada, privadas de casi todos sus gefes, y las obliga á replegarse á la extremidad de la meseta. En este mismo instante, precediendo á la brigada de Foy, desemboca el 31.º de la división de Heudelet por el camino á la derecha de la división de Merle; pero asaltado antes de que pueda formarse, por la metralla y la fusilería, privado de su coronel Desmeuniers, es arrollado hasta el desemboque del camino. Nuestros soldados, tan inteligentes como valerosos, lejos de dejarse precipitar de la posición de arriba á abajo, se detienen en el nacimiento del escarpe, y desde cuantos puntos pueden ocupar hacen un fuego de tiradores mortífero para el enemigo. Asi

dan tiempo á que la división de Foy llegue. Después de seguir el camino real asoma al fin sobre la meseta, acompañándole el regimiento 31.º, á quien ha rehecho, teniendo á derecha é izquierda los restos de la división de Merle allegados por el general Sarrut. Mas entonces lord Wellington, que ha dirigido la división de Leith sobre nuestra izquierda, y la división de Spencer sobre nuestra derecha, con todas sus reservas de artillería, lanza á la pelea mas de quince mil hombres, muy descansados y perfectamente establecidos sobre un terreno sólido, contra nuestros soldados, en número de siete ú ocho mil, agobiados de fatiga, pudiendo apenas hacer pie firme al borde de un precipicio y totalmente desprovistos de artillería. Después de acribillarlos á metralla, lord Wellington hace que les ataque á la bayoneta la masa entera de sus infantes. Acometidos así nuestros soldados por dos fuegos espantosos, empujados hacia un terreno en declive por dobles fuerzas, son arrollados inevitablemente, y se retiran llevando en sus brazos, además de los ya citados gefes, al general Foy gravemente herido. Reynier, que seguía el ataque, contaba aun á su disposición el resto de la división de Heudelet; pero teniendo ya dos mil quinientos hombres fuera de combate, temía debilitarse demasiado por consecuencia de una obstinación imprudente, la cual además no tenía probabilidades de buen suceso sino cuando Ney atrajera hacia sus tropas á parte de las de los ingleses.

Efectivamente, durante este tiempo el mariscal Ney había entrado en línea, un poco tarde por desgracia, lo cual se explica por la distancia que

hubo de cruzar, estando la aldea de Moira, su punto de partida, mas lejos que la de San Antonio, desde donde Reynier se puso en marcha. No eran menores las dificultades por aquel lado, pues, formando la sierra hacia nuestra derecha una curva, para unirse á la de Caramula, habia que aguantar para treparla una formidable convergencia de fuegos. Trazado el camino sobre la cresta de una loma, iba á desembocar en el parque de la cartuja de Busaco, que estaba cubierto con derribos y ocupado por toda la masa de las tropas portuguesas. Delante iba la division de Loisson, seguida á alguna distancia por la division de Marchand en columna cerrada, y formando la division del general Mermet la reserva.

Tras de un fuego de guerrillas bastante vivo, en el cual teniamos la ventaja de la inteligencia y la desventaja del terreno, el mariscal Ney lanza contra la posicion sus tropas. Loisson se aparta del camino con sus dos brigadas, y procura escalar el flanco de la montaña, interin Marchand prosigue avanzando por la carretera. A este flanco de la montaña se halla como adherida la aldea de Sul, edificada á media ladera á lo largo de una rampa. Sobre ella se precipita osadamente el general Simon á la cabeza del 16.º de linea y de la legion del Mediodia. De alli desaloja á los portugueses, les coge cañones y forma un punto de apoyo para ensayar la subida á la cumbre de la montaña. Algo á la derecha de la brigada de Simon y junto al mismo escarpe, la brigada de Ferrey, compuesta del 32.º de ligeros, del 66.º y del 82.º de linea, trepa dificultosamente la altura, sin el obstáculo de la aldea de Sul, mas tambien sin su apoyo. A fuer-

za de constancia y de teson, asiéndose á cada roca y á cada arbusto, y á pesar del mortifero fuego de los portugueses, llegan las dos brigadas á la cumbre, cuando de repente la artilleria de Crawford les cubre de metralla casi á boca de jarro. Entonces mismo este general manda calar bayoneta á la division ligera y á la brigada portuguesa de Colman, y arrolla á nuestros regimientos antes de que puedan formarse y oponer alguna resistencia. Se detiene la brigada de Simon en la aldea de Sul, despues de haber perdido á su general, que, herido, queda en poder del contrario. No hallando la brigada de Ferrey donde hacer pie firme es repelida hasta la falda de la montaña. En este momento la division de Marchand, siguiendo el camino y llegando al punto en que lo hubo dejado la division de Loisson para apoderarse de la aldea de Sul, se ve colocada en el centro de un semicírculo de fuegos que parte de todas las alturas. Víctima por su derecha de una granizada de balas de las tropas inglesas y portuguesas del general Crawford, en vez de lanzarse á paso de carga sobre la cartuja de Busaco, vacila, y tirándose hacia la izquierda del camino, llega á abrigarse detrás de un escarpe casi á pico. Recibiendo alli por encima de la cabeza algunos fuegos de la division de Spencer que vuelve de batir á Reynier, y de flanco todos los fuegos de la division de Crawford, que ha querido evitar, se encuentra en un atolladero, pues ni puede trepar al escarpe detrás del cual se ha guarecido, ni tornar á la carretera que ha abandonado y donde le aguardan miles de proyectiles. Ya de consiguiente es pasado para esta division el instante de apoderarse de la cartuja de

Busaco en vigorosa acometida. Habiendo perdido el mariscal Ney dos mil hombres, entre ellos muchos generales y coroneles, discurre como Reynier y aplaza para una nueva tentativa de éste el esfuerzo desesperado que hubiera de decidirlo todo.

Desgraciadamente era ya demasiado tarde para acometer de nuevo con tropas abrumadas de fatiga y procurar vencer á un enemigo victorioso, y ya mas confiado en su posicion y en sus fuerzas. Massena que, mandando una simple division, hubiera probablemente renovado el ataque y triunfado quizá de todos los obstáculos por su teson sin par, como general en jefe, juzgó que era muy sobrado haber ya perdido cuatro mil quinientos hombres, entre muertos y heridos, en una tentativa infructuosa, y sin que desesperara de desalojar de allí á los ingleses, determinó procurarlo de otra manera. En torno suyo congregó á sus lugartenientes, á los cuales podia dirigir mas de una observacion sobre aquella jornada. Reynier cumplió su palabra é hizo cuanto pudo; pero Ney atacó tarde, y ciertamente no se mostró tan osado como en Elchingen. Con efecto, si mientras el general Loisson escalaba la montaña, hubiera soltado la division de Marchand contra el parque de la cartuja, haciéndole apoyar por su tercera division que era inútil dejar en reserva, dado que Junot formaba la del ejército todo, quizá ganara el triunfo, y forzando una de las avenidas ayudara á Reynier á forzar la otra. No les dirigió Massena reconvenccion alguna, y oyóles con la imperturbable sangre fria que conservaba en las mas difíciles situaciones. Reynier expuso su conducta y era intachable: Ney di-

jo que obró lo mejor que supo, é hizo nuevas re-
criminationes contra una empresa acometida sin los recursos necesarios y contra lo mal que se procedia en no hablar al emperador á las claras. Sin rebozo insinuó que lo mas cuerdo seria desandar camino y esperar entre Almeida y Ciudad-Rodrigo. Massena no aspiró á descargarse de las resultas de la jornada, acusando á sus lugartenientes, exhalando su pesar en vanas disertaciones sobre lo que se pudo hacer en ella, especie de lamentaciones en que las almas débiles hallan alivio; y limitóse á rechazar con altivez toda idea de marcha retrógrada, y despues de ordenar á sus lugartenientes juntar al pie de la sierra sus tropas, recoger los heridos y estar prontos para moverse, retiróse á providenciar lo mas oportuno. Tales momentos eran el triunfo de esta alma fuerte. Massena conceptuó que despues de todo tambien los ingleses debian haber experimentado pérdidas de cuantía, y que sin duda no osarian bajar de las cumbres al llano, donde, ademas de nuestra infantería siempre muy resuelta, encontrarán nuestra caballería y nuestra artillería, con las cuales no habian tenido que habérselas en la cima de la montaña; y el mariscal estaba en lo cierto, pues los ingleses recelaban un nuevo ataque y no se atrevian á desamparar su posicion. Ademas conceptuó que sin duda debia haber algun desemboque, y especialmente hácia la derecha sobre las deprimidas cumbres por las cuales se enlaza la sierra de Alcoba á la de Caramula; que se habia dado crédito con harta ligereza á los primeros informes recogidos sobre los lugares, y que no era posible que hácia la parte donde el terreno se presentaba menos es-

cabroso no hubieran los habitantes establecido comunicaciones. De resultas envió al general Montbrun y á un oficial de mérito raro, el coronel Sainte-Croix, con los dragones hácia la derecha del ejército para que exploraran durante la noche si por allí habia algun paso. No pensaba de ningun modo en salir por la izquierda, pues hubiera necesitado cruzar el Mondego á la vista de los ingleses, sin saber si hallaria vados y apoderarse de posiciones tan dificiles como las de Busaco. Ya tomadas sus providencias, aguardó pacientemente el efecto de la exploracion determinada.

Montbrun y Sainte-Croix corrieron hasta las menos elevadas lomas que unen las dos sierras, se engolfaron por sus sinuosidades, y con aquella sagacidad que desarrolla el hábito de la guerra, descubrieron un camino ni mejor ni peor que los demas de Portugal y practicable para la artillería. Se trataba de averiguar hasta donde les conduciría. Llegados casi á la cresta de aquellas cumbres á un punto desde donde se podia divisar el llano de Coímbra y el camino real de Lisboa, tropezaron con un paisano, quien les informó de que aquel camino se extendia hasta la llanura é iba á juntarse á la carretera de Coímbra cerca de un lugar llamado Sardao. A la sazón estaban en una aldea nombrada Boyalba, algo situada al otro lado de la sierra, y que no habia pensado en ocupar el brigadier Trent. Allí dejaron Montbrun y Sainte-Croix un regimiento de dragones con artillería; escalonaron otros tres á la espalda, ordenándoles defender la aldea de Boyalba á toda costa; despues bajaron al galope hasta Sardao para asegurarse de que no les habia engañado el paisano; reconocieron la

exactitud de sus informes, y tornaron á toda prisa para llevar á Massena la nueva de su feliz descubrimiento.

Massena la recibió al dia siguiente de la batalla, esto es, el 28 á medio dia. Contenidos los ingleses ante el ejército francés, cuidadosos de lo que intentaria, no se habian movido, y casi parecian tan paralizados como si no hubieran salido triunfantes. Sin pérdida de tiempo ordenó Massena á Junot, cuyo cuerpo se hallaba intacto y mas próximo que los demas al camino de Boyalba, que levantara en silencio el campo á la caída de la tarde; que, guiado por los dragones de Montbrun, se dirigiera al camino recién hallado, y que ocupara la llanura que se extendia á la otra parte. A Ney mandó que siguiera á Junot; á la columna de bagajes cargada con tres mil heridos, pero descargada de los víveres ya gastados, que siguiera á Ney; y á Reynier que cerrara la marcha con su cuerpo. La mitad de los dragones, que no acompañaron á Montbrun á Boyalba, debia formar la extrema retaguardia.

Con efecto, en la noche del 28, cuando la oscuridad era completa, se levantó el campo sin ruido. Junot, por la posición de su cuerpo, estaba muy próximo al camino de Boyalba, y marchando toda la noche, llegó sin tropiezo á la aldea, en donde encontró á los dragones, á quienes no habia pensado en inquietar el enemigo, y al amanecer del 29 bajó á la llanura de Coímbra, que figuraba entonces como una tierra de promision, aun cuando fuera tan árida y pobre como era fértil y rica. Ney experimentó algun trabajo en seguir á Junot, porque, no observando los bagajes y los heridos el ór-

den prescrito de marcha, por miedo de quedarse detrás, interrumpian á cada paso el desfile de las columnas. Sin embargo, el 29 todo el cuerpo de Ney pasó mas allá de Boyalba, y aquel dia se empeñó Reynier en el mismo camino, sin que le persiguiera un solo piquete de ingleses. Paso á paso consiguieron nuestros dragones llevar adelante los bagajes y los heridos sin que se perdiera uno solo.

Cuando el general inglés descubrió en fin, el movimiento de nuestras tropas fué el 29 por la noche. Dos dias estuvo inmóvil en su posicion, echando cuentas sobre el designio de su adversario, y sin ocurrirsele indagarlo por medio de reconocimientos bien dirigidos. No lo adivinó sino cuando los cascos de los dragones fulguraron sobre la llanura de Coimbra. Vencedor el 27 por la tarde, se hallaba el 29, por decirlo así, vencido, y mientras se celebraba en Coimbra con iluminaciones la pretendida victoria de Busaco, hubo que prepararse á huir de aquella ciudad infortunada, destruyendo cuanto no se podia salvar. Así fué que Wellington levantó el campo sin tardanza y cruzó presurosamente por Coimbra, obligando á los habitantes á desamparar la ciudad y á destruir cuanto no pudieran llevar consigo. Persiguiendo Monthrun y Sainte-Croix á todo trance á los ingleses y portugueses, que custodiaban los bagajes, acuchillaron á algunos de ellos.

Tal fué el primer encuentro del ejército francés con el ejército inglés bajo las órdenes de Massena. A menudo se ha censurado á este mariscal, y con fundamento hasta cierto punto, por haber dado batalla sin probabilidad suficiente de victoria y haber así comprometido estérilmente la vida de

muchos soldados. Pero se echa mucho en olvido que, á no ser por el combate mortífero de Busaco, que retuvo intimidados en su posicion á los ingleses, no hubiera podido Massena ejecutar sosegadamente el movimiento de flanco sobre Boyalba, por cuyo medio hizo caer la posicion de su contrario. Sin duda fuera preferible reconocer el camino de la derecha sin aguardar á que un descalabro obligara á hallarlo á toda costa; buscarlo antes, ya que el simple aspecto del terreno indicaba su existencia, y ya encontrado, no hacer mas que una demostracion contra Busaco para engañar á los ingleses, mientras el grueso del ejército desfilara sobre Boyalba. Así se consiguiera ocupar á lord Wellington sin grande efusion de sangre, tomarle la delantera en la llanura de Coimbra, y volverle á atacar allí en terreno descubierto y donde estaban todas las probabilidades por los franceses. Mas para ser justo hay que guardarse de estos fallos fundados en circunstancias averiguadas con posterioridad al suceso, y que el general, cuya conducta se avalora, no conocia ni podia conocer facilmente. Sea como quiera, si Massena no consiguió el efecto que se propuso el dia de la batalla, alcanzólo al siguiente; y á decir verdad, el general inglés cayó en grave falta, porque, establecido de tiempo atras sobre aquel terreno, rodeado de todos los informes sobre el país en que operaba, situado sobre alturas desde las cuales se descubria la comarca entera, sorprende que á la sola vista del terreno y de la posicion de las aldeas, no comprendiera que necesariamente habian de existir comunicaciones entre el valle del Mondego y la llanura de Coimbra, por la parte mas baja de las sierras de Alcoba y de

Caramula. Y como en la guerra es frecuente experimentar el castigo de las faltas el mismo día, en pocas horas perdió el fruto de sus juiciosas providencias, y vióse obligado á abandonar el Portugal hasta Lisboa, pero hasta Lisboa tan solo, como se verá por lo que se ha de referir muy en breve.

Cuando los franceses entraron en Coimbra hallaron la mayor parte de la poblacion fugada, y todos los habitantes ricos embarcados, con lo que tenían mas precioso, en bageles, cuyos cables se cortaban para descender al mar por el Mondego. Casi todas las casas habian sido devastadas por los ingleses, no por los habitantes, que no tenían el menor deseo de destruir sus haciendas por reducir al hambre á los franceses. Deseando Massena hacerles ver cuan errados andaban en seguir el consejo de lord Wellington, hubiera querido no destruirles nada, para convencerles de que, conservando sus ciudades, las conservaban mas para ellos que para los franceses. De consiguiente habia mandado á todos los generales que las propiedades fueran respetadas, pero era difícil imponer la disciplina á soldados hambrientos y acostumbrados á ver á los portugueses arruinar sus mismas viviendas. Entrando en casas medio vacias, ya saqueadas, hallando los granos esparcidos, las cubas destapadas, no escrupulizaban acabar un destrozo comenzado por los mismos dueños ó sus aliados. Además hay que repetir que tenían hambre, y que habiendo tirado muchos su carga de gallea con la esperanza de vivir sobre el pais, trataban de realizarla á costa de los lugares donde estuvieran aunque de paso. Muy bien hubieran podido vivir en Coimbra, por ser ciudad de harta

importancia para que en algunas horas hubieran podido destruir ó llevarse cuanto contenia los ingleses. Con efecto, en casas y almacenes habia subsistencias. Por desgracia Junot cometió el yerro de no dedicarse á reprimir tales desórdenes de lleno, y los almacenes fueron inútilmente desperdiciados. Ni se conservaron mejor otros, formados por los ingleses en Montemor junto al bajo Mondego. Allí fueron enviados los dragones de Montbrun, pero la falta de medios de trasporte no permitió que se utilizaran debidamente; se consumió de ellos lo que se pudo y lo demás fué destruido.

Conociendo Massena que, usando precauciones se podrian hallar en Portugal comestibles, y sobre todo interesar á los portugueses en conservarlos, reprenió con ardor á sus lugartenientes, y á Junot mas que á nadie, con cuya reprension no les predispuso mas en favor suyo. Con todo, trató de atajar el estrago, de tranquilizar á los habitantes y de atraerlos á Coimbra. Y á la verdad logró suavizar á algunos y hacer que regresaran á sus hogares abandonados.

Tras de poner algun orden en la ciudad, pensó en confiarla un depósito muy precioso, el de sus heridos recogidos en el campo de batalla de Busaco, los cuales ascendian como á tres mil y eran llevados por mulas y pollinos. Un hospital hizo prevenir espacioso, provisto de todo lo necesario, y colocó allí parte de los oficiales de sanidad del ejército, y una guardia de unos cien marinos agregados á la expedicion de Portugal, guardia bastante para afianzar la seguridad del hospital contra un desorden interior, mas no para defender la ciudad contra un ataque de fuera, dado que no se podia

hacer cara á tal peligro con menos de tres mil hombres. Como habia perdido Massena hasta cuatro mil en Busaco entre muertos y heridos, y cerca de mil desde Almeida, que enfermaron por el camino, le quedaban no mas que cuarenta y cinco mil combatientes al llegar á Coimbra. Si hubiera tenido que privarse de otros tres mil, y de reducirse á cuarenta y dos mil contra los ingleses, que al aproximarse á Lisboa se iban á aumentar lo menos en una tercera parte, y con los cuales se li-songeaba de tener pronto un nuevo encuentro, fuera fiar mucho al acaso, y así quiso mejor apelar en favor de sus heridos á la fe de los habitantes que exponerse á perder una batalla por insuficiencia de fuerzas.

Por tanto, juntó á los principales vecinos de Coimbra, les recomendó sus heridos, prometió galardónarles los cuidados que les dedicaran en los miramientos con que el pais sería tratado, y amenazó á la ciudad con un terrible castigo, si acontecia alguna desgracia á los soldados impotentes que fiaba á su humanidad. Terminadas estas providencias en el menos tiempo que pudo, es decir, en tres días, continuó Massena su camino hácia Lisboa. A las órdenes de Montbrun puso una nueva vanguardia, formada de toda la caballería ligera y de parte de los dragones, dejando el resto de ellos á retaguardia con el general Freilhard por gefe. Hizo que esta vanguardia, reforzada con alguna infantería ligera, picara vivamente la retaguardia de los ingleses, á fin de no consentirles tiempo de destruirlo todo en la retirada. Con efecto, al dejar á Coimbra para dirigirse á Condeixa, hallaron almacenes que salvar, no destruidos por los ingleses;

bien que todavía Junot no impidió que fueran desperdiciados por sus tropas, lo cual le valió nuevas manifestaciones por parte del general en gefe. Se continuó en perseguir al enemigo por Fombal y Leiria.

Marchando de Norte á Sur hácia Lisboa, á lo largo de esta cordillera baja que, segun se ha dicho, es prolongacion de la de la Estrella, como la de la Estrella no es mas que prolongacion de la de Guadarrama, y que, declinando siempre, va á concluir entre el mar y la embocadura del Tajo, se podian seguir tres caminos; el camino del Tajo, que se gana cruzando la cordillera desde las alturas entre Pombal y Thomar, y yendo luego al hilo de la corriente desde Abrantes á Santarem y desde Santarem á Lisboa; el camino del centro, trazado cerca de la cresta de las alturas por Pombal, Leiria, Moliato, Candieros, que descende tambien á la orilla del Tajo por Alcoentre y Alenquer; y finalmente, el camino de la orilla del mar, que pasa por Alcobaza, Obidos y Torres-Vedras. Llegado á Pombal el caudillo inglés, desembarazóse del cuerpo de Hill, á quien fió lo que le servia de embarazo, dirigiéndole hácia Thomar, con órdenes de no perder instante en llegar al Tajo, embarcar allí sus mas pesados equipages, y ampararse del río si le perseguian los franceses. Reiteróle el precepto de destruirlo todo, y con especialidad las bareas que hubieran podido servir para echar puentes sobre el Tajo. Con la parte mas sólida de sus tropas tomó los otros dos caminos, yendo las divisiones de Leith y de Spencer por el del centro, las divisiones de Cole y de Picton por el del mar, y dándose cuanta prisa pudieron unas y otras para li-

brarse de la viva persecucion de nuestra vanguardia.

Ciertamente Montbrun, en union del valiente Sainte-Croix, cuya capacidad y bravura corrían parejas, continuaba siempre encima de los ingleses, y todas las tardes acuchillábales algunos. A Leiria llegaron el 6 de octubre, estrechando al enemigo muy de cerca, bien que no bastante para salvar las provisiones que esta poblacion contenia. Yendo el ejército á una jornada de distancia, presentóse allí al dia siguiente. Dudoso Massena de la direccion tomada por los ingleses, pues se les divisaba á la vez por los tres caminos, habia adoptado el del centro, por ser mas corto, no el mas malo, y porque, en caso de duda, le alejaba del enemigo lo menos posible.

Ya el dia 8 la vanguardia, guiada siempre por Sainte-Croix, traspuso las alturas para descender al Tajo, tropezó de nuevo con los ingleses y les quitó algunos barriles de pólvora y de galleta. A Alenquer se trasladó el 9 é hizo allí prisioneros cien hombres, y dejó fuera de combate otros tantos. Un reconocimiento practicó sobre la importante ciudad de Santarem, que está detrás y junto al Tajo, y de donde se supo que el general Hill habia partido el dia antes, diciéndose que lo habia destruido todo. A otro dia, el 10, la vanguardia llegó á Villa-Nova, que encontró bien abastecida de toda clase de provisiones, y persiguió hasta la falda de las cumbres de Alhandra á las retaguardias de los generales Crawford y Hill, que desaparecieron detrás de trincheras de un aspecto imponente.

Todo el ejército se reunió sucesivamente el dia 11 y fué á tomar posicion delante de Alhandra y

Sobral, en frente de las obras ocupadas la vispera por los ingleses. Donde quiera que se fijara la vista descubriase cumbres coronadas de redutos; redutos se divisaban en la vertiente que va á rematar junto al Tajo, y pasando á la opuesta vertiente se distinguían hasta el mar de igual modo. Ya se habia susurrado por el camino que los ingleses tenian construidas fortificaciones delante de Lisboa, aunque ignorándose de qué especie, y estábase muy lejos de suponer que nos atajaran el paso por largo tiempo. Los muy escasos habitantes, detenidos por los franceses, al llegar delante de Alhandra, Sobral y Torres-Vedras, hablaban de una primera linea de redutos armados con muchos cientos de cañones, despues de otra segunda linea bastante mas fuerte, que seria menester asaltar luego de poseida la primera, y por último, de otra tercera linea muy limitada, que cubria un puerto de embarque, donde toda la escuadra inglesa estaba pronta constantemente á recibir á lord Wellington y sus soldados. Para los nuestros, que llegaban llenos de ardimiento y de confianza, sin perder lo mas mínimo de fuerza moral por lo de Busaco, y antes bien convencidos de su superioridad sobre los ingleses, clamando á grandes gritos que hicieran alto para medirse con ellos, y prodigándoles, cuando se retiraban, mil epitetos injuriosos, fué una desagradable sorpresa ver que el enemigo, á quien perseguían, se les escapaba de pronto y se encerraba en un asilo de tan formidable apariencia. Sin embargo, fiados en sí mismos, en Massena, en la reunion de fuerzas que no podían menos de operar delante de Lisboa, no miraron aquel obstáculo mas que como una dificultad

pasajera de la cual triunfarian en breve, derramando una sangre de que no eran avaros.—Ya vencemos á la postre (decían á una) como vencieramos en Busaco, si no hubiera cesado el ataque. ¡Admirable espíritu el de este ejército, malamente sacrificado á una política desnuda de toda razón! Ahora conviene decir que el obstáculo de que se hablaba con tanta ligereza era harto mas difícil de superar que lo que se suponía.

Tiempo es ya de dar á conocer estas famosas líneas de Torres-Vedras, de las cuales indicamos antes la situación, el objeto y el nombre. Como ya se dijo, hacía el mes de octubre del año anterior fué cuando pensó lord Wellington en asegurarse á la extremidad de la Península una posición atrincherada, tan inexpugnable como fuera posible, para resistir desde ella á las fuerzas acumuladas de los franceses, y esperar la decadencia del sistema imperial, cercano según su dictamen. Avanzando entre el Océano y las aguas esparcidas del Tajo, denominadas mar de la Paja, el promontorio formado por la extremidad baja de la Estrella, parecióle el lugar mejor adaptado á su proyecto. Por de pronto, hallándose algunas leguas delante de Lisboa las diversas líneas de las obras proyectadas para obstruir aquel promontorio, y no pasando tampoco por Lisboa los caminos que enlazaban unas con otras, debía blasonar por completo de independiente de la población de aquella capital, la mas numerosa de la Península, la mas agitada, queriendo ya una cosa, ya otra, y rara vez lo que el general inglés quería. Este, habituado á las instituciones de su país, teniendo la singular cordura de amarlas, no obstante de que por resultados de

ellas padecía á menudo, aborrecia las agitaciones populares con que la libertad comenzaba á despuntar en el continente. Hombre de seso, yendo implacablemente á su objeto, no vacilando nunca en inmolar los pueblos, cuya independencia iba á defender, á sus planes, no se acomodaba á que un día se le obligara á dar batalla por poner término á los padecimientos inherentes á un bloqueo, ni que otro día un pueblo amotinado le estorbara llevar el ancla, si la seguridad de su ejército le exigía que se embarcase. Por estas razones había querido ser independiente del pueblo de Lisboa, y no tener siquiera que inquietarse por proporcionarle subsistencias, resuelto como estaba á alimentar primero á su ejército, despues al ejército portugués del cual sacaba gran partido, y por último á la población de paisanos que llevó detras de su huella y le proporcionaba útiles operarios. Esta población, que excedía en número á los ejércitos inglés y portugués reunidos, á la cual había arruinado del todo, y cuyos robustos y pacientes brazos le servían alternativamente para elevar ó abatir montañas, vino á ser objeto de sus bien calculados cuidados. En vez de dejarla acumulada en las calles de Lisboa, expuesta á la peste, al hambre, á las revueltas, tenía en sus líneas al aire libre, distraída por el trabajo, sustentada por la marina inglesa, y ocupada cuotidianamente en construir nuevas obras ante el paso de los franceses. Véase el plan de las tales obras.

Á nueve ó diez leguas delante de Lisboa, entre Alhandra á la márgen del Tajo y Torres-Vedras, hacía el Océano, pensó en levantar una primera línea de trincheras, que á doce leguas cuando me-

nos de su remate en el mar debia cortar el promontorio. Esta primera linea se componia de las obras siguientes. A la vertiente del Tajo, cayendo por un lado aquellas alturas sobre sus márgenes á pico y remontándose hasta Sobral por el otro, formaban un espacio de cuatro ó cinco leguas de casi inaccesibles escarpas, bañadas en toda su extension por el riachuelo de Arruda. Con barricadas armadas de cañones cortóse el camino entre la falda de estas alturas y el Tajo, por cuya orilla va hasta Lisboa. Desde alli y subiendo hasta Sobral se escarparon á mano de hombre todas las colinas ó ribazos que no ofrecian bastante difícil acceso. En las hondonadas de las torrenteras, que presentaban gargantas capaces de ser traspuestas no á mucha costa, se establecieron bien reductos ó bien terraplenes para cerrar todo el paso. Finalmente, en las mas empinadas cumbres, se construyeron fuertes armados con artilleria de grueso calibre, flanqueándose unos á otros, y dominando á lo lejos las avenidas por donde pudieran asomar los franceses.

Una meseta habia en el mismo Sobral, que formaba el punto de partida entre las dos vertientes, y el menor relieve de aquel terreno suplióse con obras de la mayor fuerza, y aun sobre una altura, que se denomina Monte a graza, edificóse una verdadera ciudadela, de la cual no hubiera sido posible triunfar sino al cabo de un sitio en regla. Mas allá empezaba la vertiente marítima por donde se extendia una nueva cadena de cumbres, prolongadas hasta el mar y bañadas por el Sizambro. Este riachuelo en sus recodos pasa por Torres Vedras, de donde las lineas de que se trata recibieron su

inmortal nombre. Alli como por la parte de Alhandra, ora se escarparon á pico las laderas de las alturas, ora se cerraron las gargantas con terraplenes ó reductos, se coronaron y enlazaron unas á otras las cumbres con fuertes, y sobre todo se hizo casi impracticable el curso del Sizambro, construyendo en su lecho presas que atajaban las aguas y mantenian en toda estacion los pantanos.

Entre las obras de fortificacion las menos estaban abiertas por la gola y las mas cerradas. Todas tenian glasis de tierra, foso, escarpas de piedra seca, almacenes de madera para los víveres y municiones. Habialas con seis bocas de fuego, y las habia con cincuenta desde el calibre de seis y de ocho hasta el de diez y seis y veinte y cuatro. Sobre cureñas de posicion hallábanse todas montadas, de manera de no poder servir al enemigo en caso de movimiento retrógrado de una linea á otra. Todo el rico arsenal de Lisboa se habia vaciado para proporcionar aquella artilleria, y todos los bueyes del pais se habian empleado para transportarla á su puesto. Permanentes eran las guardaciones y á mil hombres ascendian algunas. Entre las diversas obras se practicaron faciles y espaciosos caminos á fin de que pudieran llegar con extrema rapidez los refuerzos. Un sistema de señales, tomado del de la marina, pues el telégrafo estaba á la sazón en la infancia, podia comunicar en algunos minutos al centro de la linea la noticia exacta de lo que pasaba en las extremidades. A su misma entrada, es decir, frente por frente de Sobral, habia un campo de batalla preparado de antemano, adonde el ejército inglés pudiera acudir todo enteró por la parte más accesible y juntar

su fuerza propia á los mil fuegos de las obras circunvecinas. Naturalmente los portugueses fueron situados en las fortificaciones, y se les agregaron tres mil artilleros, tambien portugueses, muy instruidos en el ejercicio del cañon y buenos tiradores. Todo el ejército inglés y la parte del portugués mas disponible y mas selecta destinóse á los principales campamentos, hábilmente prevenidos en los supuestos puntos de ataque. Todo se habia preparado con el mayor esmero para que estuviese allí bien abrigado, bien alimentado, y para que pudiera compartir el tiempo entre el descanso y las maniobras.

El general Hill, que al retirarse echó por la orilla del Tajo, tomó posición detrás de las alturas de Alhandra: entre este punto y la meseta de enfrente de Sobral, establecióse el general Crawford: el general Picton, que siguió el camino del mar, fué á situarse junto á las márgenes del Sizambro y sobre las cumbres de la espalda hasta Torres-Vedras: el general Leith guardaba la entrada de este inmenso campo atrincherado, sosteniéndole las divisiones de Spencer, Cole, Campbell, que operaron su retirada por el camino del centro, y debian presentarse en masa, si el enemigo intentaba asaltar las líneas por la parte menos escarpada.

Habiendo pedido lord Wellington al marqués de la Romana que abandonara á Badajoz, cuya defensa importaba menos que la de las líneas de Torres-Vedras, y que fuera á juntarsele en Lisboa, éste le llevó cerca de ocho mil españoles, excelentes para el papel defensivo á que se les destinaba. Por consiguiente Wellington contaba á sus órdenes

treinta mil ingleses, mas de treinta mil portugueses y ocho mil españoles, setenta mil hombres en total de tropas regulares para defender estas posiciones; y ademas tenia milicias y una numerosa poblacion de paisanos, cuya manutencion costaba sin duda, pero que trabajaba sin cesar en nuevas construcciones de defensa.

Resta añadir que tres ó cuatro leguas detrás se desplegaba una segunda línea de obras, obstruyendo igualmente del Tajo al Océano el promontorio, en una longitud de siete á ocho leguas, dominada por las cimas de Mafra y Montachique, y accesible por un solo punto, el desfiladero de Bucellas, que se habia transformado en un verdadero mal paso para todo el que allí se metiera. Por último, detrás de esta segunda y formidable línea, á la misma extremidad del promontorio, se encontraba un postrer abrigo, especie de reducto consistente en un semicírculo de montañas escarpadas y erizadas de cañones, inabordable por el lado de tierra, y ofreciendo en su concavidad de cara al mar una recalada segura, donde toda la escuadra inglesa podia abrigarse. Suponiendo que las dos primeras líneas de obras fuesen tomadas, este último reducto se debia de mantener aun muchos dias, es decir, el tiempo necesario para embarcar las tropas y librarlas de un enemigo victorioso.

Tal era el sistema colosal de líneas defensivas, digno de la nacion que lo concibiera y del enemigo á cuyo poder se trataba de poner coto. Miles de operarios trabajaban allí mas de un año hacia bajo la dirección de ingenieros ingleses y la custodia de dos regimientos portugueses de línea. Casi rematado en la época de la entrada de los ingleses,

no lo estuvo del todo hasta algunos meses mas tarde, no contando menos de ciento cincuenta y dos reductos y cerca de setecientas bocas de fuego en batería. Menester fué dar por el pie á cincuenta mil olivos que con las cepas formaban la principal vegetacion de aquel suelo. Se pagó muy bien á los paisanos, cuyos brazos se ocuparon en esta tala, pero muy mal á los propietarios, cuyos árboles vinieron por tierra. A los ojos de los ingleses destrozár á Portugal no era nada, á tal de que se consiguiera disputárselo á los franceses, y así su protección le era mas dañosa que lo fuera nuestra invasion misma; y por lo que hace á la independencia no les dejáramos tampoco menos que la que lord Wellington les consentía.

Estas obras que acabamos de describir se habían á la derecha del Tajo. También á la izquierda habia ejecutado algunos trabajos, bien que poco importantes, á pesar de las vivas instancias de la regencia portuguesa. Aun aqui se habia revelado en su cruel simplicidad la política militar del general británico. Al desembocar en el Océano el Tajo, se aproxima la orilla izquierda á la derecha y forma al aproximarse aquella entrada del río tan celebrada en las relaciones de los viajeros por su pintoresca perspectiva, y por la muchedumbre y belleza de los palácios que tiene en torno. Desde la margen izquierda se puede bombardear á Lisboa, incendiar el templo y el palacio de Belen, el palacio de Queluz, todos los edificios de la capital, y renovar así de mano de hombre los estragos del terremoto del último siglo. Mas poco ó nada despertaba la solicitud de lord Wellington este punto tan vulnerable. Sensible era sin duda

que se arrojaran bombas sobre la hermosa ciudad de Lisboa, pero, en su sentir, poco grave para la defensa del precioso promontorio de la margen derecha, desde donde podia tener en jaque el poder de Napoleon y provocar á un levantamiento general á las naciones europeas. De defender la orilla izquierda habiera necesidad de debilitarse por extremo á la orilla derecha, y á esto no se avenia á ningun precio. Verdad es que se le propuso construir en aquella orilla izquierda, entre Aldea Galega y Setubal un campo atrincherado, adonde fueran atraidas todas las poblaciones del Alentejo; pero lord Wellington las consideraba incapaces de defenderse, y en el caso, para él no dudoso, de que el campo fuera tomado, temia que resultara un trastorno moral entre los defensores de las líneas de Torres-Vedras. Además decia con mucho seso, que los franceses no tenían bastantes fuerzas en Andalucía para operar una invasion en el Alentejo; que si se presentaban allí seria para unirse hácia Abrantes al ejército del mariscal Massena, y encarnizarse en union de éste contra los defensores de Torres-Vedras: que de consiguiente ningun peligro formal corria Lisboa por aquel lado: que si le tocaban algunas balas no se le ocurría el remedio, y que era menester dejarle quieto y libre para ocuparse en una tarea ya muy difícil de suyo, la de defender la orilla derecha, de la cual dependia la salvación del Portugal y de la Europa. Sin embargo, para responder al clamoreo de los habitantes de la capital habia consentido en levantar algunas obras sobre las cimas de Almada, frente por frente de Lisboa, aunque bien seguro de que al primer ataque formal serian tomadas. Pero

todos los palacios de Lisboa no valian á sus ojos lo que un reducto de Torres-Vedras, y tenia razon militarmente hablando.

Apoyado asi lord Wellington sobre tres lineas de trincheras formidables, que defendia con setenta mil hombres y el numeroso paisanage alli refugiado, podia mirar con alguna seguridad al valiente ejército francés que tenia delante, aun cuando, segun todas las probabilidades, debierade aumentarse mucho. Asi consultado por su gobierno acerca de su situacion, en el mismo momento en que tomaba posicion tras de aquellas lineas, y acerca de la posibilidad de desprenderse de la flota de transporte, que por si sola costaba á Inglaterra mas de 75.000,000 al año, respondió que se creia en perfecta seguridad sobre Torres-Vedras; que si absolutamente se queria despojarle de la flota de transporte, libre era el gobierno para efectuarlo, pues no se juzgaria perdido de resultados de tal providencia, mas que esto no sería conforme á las reglas de la cordura, pudiendo el ejército francés ser reforzado á la hora menos pensada, por tropas idas de Castilla la Vieja y por tropas destacadas de Andalucia; que si llegaba orden de París, el mariscal Massena daria el ataque, y ante semejante general y semejantes soldados, á pesar de todas las probabilidades, habia que guardarse de responder de las resultados; que asi, por costoso que fuera, se haria bien en dejarle la flota de transporte, aun cuando entendia no necesitar de ella. A la postre añadia, y esto honra su inteligencia política en alto grado, que lo verosímil era que no fuera socorrido Massena sino débilmente por Castilla la Vieja, y de ningun modo por Andalucia.

Tal era el obstáculo imprevisto que acababa de atajar el paso del general en jefe Massena y sus tropas. Nadie sospechaba la existencia de este obstáculo antes de haberlo visto, y aun despues de verlo, necesitóse un reconocimiento de muchos dias para avalorar toda su fuerza. Ya el cuerpo de Junot habia llegado sobre la meseta de Sobral desde el 12 de octubre: al dia siguiente, queriendo juzgar Massena de la posicion y de los intentos del enemigo, mandó que aquel cuerpo atacara el pueblo de Sobral, situado fuera de las lineas y casi junto á las fuentes de los dos riachuelos el Arruda y el Sizambro. Con brio disputaron el lugar los ingleses, bien que solo por el honor de las armas, pues no habia interés absoluto en defender mas que el recinto de las trincheras. Al cabo Junot quitóles á la bayoneta aquel punto, matándoles como doscientos hombres; pérdida á la cual se igualó poco mas ó menos la de nuestros soldados. Apenas dueños de Sobral y al querer desembocar mas adelante, un fuego violento partido de todas partes indicó la linea de obras enemigas, su fuerza y su enlace. Ya no podia haber duda sobre la existencia de un campo atrincherado, abarcando todo el promontorio de Lisboa de vertiente á vertiente, desde el desagüe del Arruda en el Tajo hasta el de Sizambro en el mar.

Antes de resolver Massena cosa alguna, hizo que sus tropas tomaran una posicion de expectativa. Junot permaneció en Sobral y colinas cercanas, frente por frente de las avanzadas inglesas: Reynier se estableció en Villa-Nova cerca del Tajo; Ney hacia Alenquer y por consiguiente á la espalda. No siendo obedecidos los ingleses á las

puertas de Lisboa como en las provincias del Norte, que ocupaban militarmente, y habiendo cruzado el pais á la carrera, no pudieron destruir ellos, ni hacer que destruyera el paisanage los recursos de esta provincia, una de las mas ricas del reino. De consiguiente habia para subsistir algunas semanas y tomarse tiempo de reflexionar antes de abrazar un partido sobre la conducta que se debia seguir por mas acertada. Massena se dedicó á reconocer en persona la posicion del enemigo á una y otra vertiente, y empleó muchos dias en practicar este reconocimiento por sus propios ojos. Hallándose el 16 de octubre bajo una de las baterias contrarias y observándola apoyado en la tapia de un jardin con un antejo, los oficiales ingleses, que distinguian muy en claro al mariscal ilustre, experimentaron á su vista un sentimiento digno de las naciones civilizadas, cuando se ven reducidas á la desventura de hacerse la guerra. Con descargar todos sus cañones podian acribillar á balazos al estado mayor del general en jefe, y aun probablemente dejar fuera de combate su persona: solo hicieron un disparo á fin de avisarle del peligro, y con tan buena punteria, que echaron abajo la tapia en donde apoyaba su antejo; Massena comprendió la cortés advertencia, saludó á la bateria, y montando de nuevo á caballo se colocó fuera de alcance. Despues de lo visto, sabia harto bien y sin ningun linage de duda, el valor de las vastas obras que tenia delante. Algunos paisanos cogidos en los alrededores, algunos individuos atraidos fuera de Lisboa por los oficiales portugueses que militaban á las órdenes de Massena, afirmaron unánimemente que detrás de aquella primera linea de

trincheras estaba la segunda, y por último, la tercera. armadas las tres con setecientas bocas de fuego, guardadas lo menos por setenta mil hombres de tropas regulares, sin contar las milicias y el paisanage allí refugiado. No era, pues, un simple campo atrincherado, cuyo ataque se pudiera hacer de repente con osadia, sino una serie de obstáculos de la naturaleza, cuya dificultad habia aumentado de un modo singular el arte, obstáculos enlazados ademas por fortificaciones cerradas la mayor parte á gola, imposibles de arrebatarse en un momento de arrojó, y no menos dificiles de caer por sorpresa, pues mientras los ingleses, gracias á los caminos que habian abierto y á las señales que habian establecido, podrian trasladarse en pocas horas de una á otra vertiente y reunir toda la masa de sus fuerzas en el punto atacado, á los franceses un accidente del terreno les estorbaba una maniobra de esta clase. Y á la verdad en la parte del promontorio ocupada por ellos separaba las dos vertientes una alta cumbre llamada Monte Junto, sin ningun camino, y no permitia que, fingiendo atacar la una, se fuera á atacar súbito la otra. Por necesidad á la misma vertiente en que se desplegaran nuestras tropas habrian de dar el ataque, y asi no podian dudar de hallar á los setenta mil hombres del ejército inglés juntos en su contra.

Bien considerado todo, la posicion pareció inatacable, á lo menos por entonces, y esto demuestra que no por energico dejaba Massena de ser prudente. De seguro nada hubiera convenido mas, tanto á su carácter como á su situacion, que una tentativa osada, cuyo feliz desenlace hubiera

terminado la guerra, pero tuvo el buen seso de comprender que, tentativa semejante, no presentaba suficientes eventualidades de triunfo para que debiera efectuarla, á la par que el mal suceso, muy probable, le exponia á una pérdida infalible. Mucho distaba á la sazón de tener los cincuenta mil hombres con que hizo en Portugal la entrada. Muertos ó heridos le habia costado cuatro mil quinientos el ataque de Busaco, y la marcha como dos mil entre enfermos y cogidos por los contrarios. Verdad es que los heridos levemente en Busaco se habian incorporado ya á sus tropas, y que no tardarian en imitarles, ya restablecidos, algunos de los que enfermaron en la marcha, y que cuando unos y otros acabaran de ingresar de nuevo en las filas, contaría verdaderamente en estado de pelear, unos cuarenta y cinco mil soldados. Tropas excelentes eran sin duda, capaces de emprenderlo todo. ¿Mas qué podian contra setenta mil enemigos, que en campo raso de seguro no les hicieran cara, pero que detrás de sus posiciones defensivas valian tanto como las mejores tropas del mundo? Para apoderarse de aquellas líneas fuera necesario tener de noventa á cien mil hombres, conducir veinte mil por la orilla izquierda del Tajo, y setenta ú ochenta mil, por la orilla derecha; acometer, no solo por las dos márgenes del rio, sino por las dos vertientes del promontorio situado á la derecha; turbar al enemigo con la simultaneidad de los ataques; obligarle á lo menos á dividirse; tomar, si era preciso, por asedios regulares algunas de las principales obras; escalar las otras; abrir así un agujero para forzar la entrada de la línea á fuerza de hombres, y ser bastante fuerte para no tener que te-

mer, en caso de descalabro, el día siguiente. Pero si Massena con cuarenta y cinco mil hombres, con la posesion de una sola orilla del Tajo, hubiera atacado las líneas y sacrificado diez mil hombres entre muertos y heridos sin fruto, según acontecería de positivo, ¿cómo reducido á treinta y cinco mil hombres pudiera á otro día retirarse ante un enemigo envalentonado por la victoria, persiguiéndole sin descanso por entre poblaciones furiosas y un país ya esquilado, sin hallar hora de respiro, ni un pedazo de pan siquiera? Probablemente perdiera casi todo su ejército antes de llegar otra vez á Almeida, y su campaña, que debiera de ser conquista, fuera un verdadero desastre. Añádase que Massena obligado á llevarlo consigo todo, así víveres como municiones, tenia aun bastantes de ellas para dar una batalla, mas para dos de ningún modo, y que, después de consumirlas delante de las líneas, no le quedara apenas con que defenderse en su retirada.

Sin vacilaciones habia, pues, que renunciar á atacar inmediatamente las líneas de Torres-Vedras, pero de que no fueran inmediatamente atacadas no se infería que no lo serian mas tarde, y que entretanto nada habia que hacer junto á las márgenes del Tajo entre Abrantes, Santarem y Alhandra. Ante todo, haciendo allí pie firme, se conseguia el primer efecto de tener bloqueados á los ingleses y en continuas perplejidades, de que no tardaria en participar su gobierno: si se les bloqueaba largo tiempo, se obtenia el segundo de privarles de subsistencias, no solo para ellos, sino para la inmensa poblacion de Lisboa, que no recibiendo de lo interior del país cosa alguna, habria de vivir de lo

que le llegara por mar, y pronto á precios tan exorbitantes, que hicieran la alimentacion del pueblo portugués imposible. Asi, por mucho desden que manifestara lord Wellington respecto de los movimientos populares, no alcanzaria á resistir á un pueblo hambriento que clamara por que se le alimentase ó se dejara el paso libre á los franceses, y abiertas á estos las puertas de Lisboa á la orilla izquierda del Tajo por el pueblo vencido del hambre, no tardaran en caer por sí mismas las líneas de Torres-Vedras. No dejaba, pues, de haber eventualidades favorables para nosotros en permanecer delante de las líneas inglesas, bien que bajo la principal condicion de estar largo tiempo, y de que al procurar reducir á los ingleses al hambre, no empezara esta á matarnos á nosotros. Se necesitaba indispensablemente que ocupáramos las dos márgenes del Tajo, á fin de obstruir para el enemigo todos los manantiales de abastecimiento, y de proporcionarnos todas las subsistencias de la fértil provincia del Alentejo, lo cual no era posible, si un fuerte destacamento del ejército de Andalucía, despues de tomar á Badajoz, no avanzaba por la orilla derecha del Tajo sobre Lisboa. Previamente habia que establecerse de una manera sólida junto al Tajo, entre Alhandra, Santarem y Abrantes; proporcionarse medios de vivir en estos puntos; echar un puente sobre el Tajo á fin de maniobrar por ambas riberas; noticiar á Napoleon la situacion exacta para que de Castilla la Vieja enviara todos los refuerzos que fuera posible, y ordenara que todo el ejército de Andalucía marchara sobre Lisboa; aguardar así el efecto de tales providencias, y cuando llegaran los auxi-

lios, tentar con fuerzas considerables un ataque furioso á las líneas inglesas, dado que el bloqueo no hubiera sido bastante á causar su caída.

Situado Massena á quinientas leguas de París, y á cien leguas de Salamanca, en un pais horroroso, entre poblaciones feroces, con las comunicaciones tan interceptadas que no habia recibido un solo pliego desde su partida de Almeida, sin medios seguros de subsistencia, detenido ante un obstáculo que se reputaba casi insuperable, y no pudiendo ir mas allá en busca del enemigo, al paso que este á cada instante se le podia venir encima con fuerzas superiores, no se turbó por nada, impuso á todos la resolucion que tenia en la mente, dedicóse, á pesar de que sus lugartenientes hablaban aun de retirarse, á persuadir á todo el ejército de la necesidad de saber obrar con paciencia, de perseverar donde se estaba, de aguardar los refuerzos cuya llegada no tardaria, y de que, lejos de considerar las líneas como invencibles, aprestaran su valor á embestirlas, tan luego como hubiera el número suficiente de soldados y la cantidad necesaria de municiones para lanzarse á ellas con probabilidades de victoria.

Su primer cuidado fué elegir un campo de batalla para el caso en que llegaran á atacarle los ingleses. Siempre Junot se hallaba expuesto en Sobral á una acometida del enemigo, y así Massena le trazó su línea de retirada hacia las colinas de Aveiras, situadas á la espalda, sobre las cuales Ney se encontraba ya establecido, y á donde Reynier podia acudir prontamente, con lo que, reconcentrando el ejército entero en pocas horas, se hallaria en disposicion de escarmentar á los contra-

rios, si osaban tomar la ofensiva. Hecho esto se puso á buscar subsistencias.

A la parte del Tajo ocupada por los franceses era Santarem la ciudad de mas importancia. Abandonada la hallaron y medio destruida, y los soldados hambrientos aumentaron aun mas los destrozos del enemigo. Con el fin de ponerlos coto envió allí Massena al administrador principal del ejército, y á Eblé, general de su artillería. Después de algunas investigaciones reconocióse que en lo interior de Santarem quedaban aun recursos de bastante monta; que los habia en las aldeas circunvecinas, y que, reuniéndolos con cuidado y distribuyéndolos con orden, se podrian mantener durante algun tiempo las tropas. Allí se estableció un hospital para dos ó tres mil enfermos, y en muebles, camas y ropa blanca se juntó con que proveer este hospital de todo lo necesario. Además se descubrieron otros comestibles con que los portugueses tenian costumbre de alimentarse, tales como tocino, pescado salado, aceite, legumbres secas, azúcar, café, rom, vinos excelentes. Defuera se reunió algo de trigo, mucho maiz, y en las islas del Tajo no pequeña cantidad de ganado. También en las pequeñas islas cercanas habia provisiones, que los ingleses no tuvieron poder ni tiempo de hacer que fueran destruidas. Solo estaban del todo arruinados los molinos, y aun su mecanismo sencillísimo se hallaba mas bien dislocado que destrozado. Entre los soldados de artillería y de ingenieros habia operarios que, aun cuando hubieran dejado de mucho tiempo atrás su oficio, estaban dispuestos á ejecutarlo á medida de las necesidades de las tropas. Con su ayuda el ge-

neral Eblé pudo reparar los molinos y moler en breve cuantos granos fueron hallados. Ya desde entonces se hicieron distribuciones regulares, y dispuso Massena que se formara en cada cuerpo un abastecimiento de reserva con lo que sobrara del cotidiano. Desde Santarem subiendo hácia el Zezere y hácia Abrantes, se extiende la rica llanura de Gólgao, por donde el cuerpo de Ney se habia ya derramado, y donde habia certidumbre de proporcionarse grandes recursos. Se empezó, pues, á no padecer inquietudes relativamente á subsistencias, y á pesar del pan de maiz que no tenian costumbre de comer nuestros soldados, la abundancia de carne, de pescado salado, de vino, de azúcar, de café, de licores, les hacia soportable la vida. Solo carecian de zapatos, mas por fortuna en Santarem se encontró cuero, y bien ó mal se pudo componer el calzado. A esta márgen del rio apenas quedaban en villas y aldeas algunos cientos de habitantes. Se vivia de cuanto habian abandonado los otros.

Massena hubiera querido que la administracion central del ejército recogiera estos recursos y los administrara en interés comun de las tropas, mas se alzaba un clamor general contra esta administracion cual si fuera culpable de las privaciones padecidas. Hubo, pues, que dejar que se administrara de por sí cada cuerpo, ya bajo la direccion de su general, ya bajo la de su gefe de estado mayor; y cada cual por consecuencia se arregló lo mejor que pudo, segun los lugares y las circunstancias. Con todo, la mayor dificultad del momento no provenia de las subsistencias. Antes de mucho, ora para bloquear á Lisboa por ambas

orillas, ora para abrirse el Alentejo, ora para dar la mano al ejército de Andalucía si llegaba en ayuda, ora, en fin, para tomar la importante ciudad de Abrantes, por mas arriba ó mas abajo de esta ciudad era preciso pasar el Tajo. En esta operacion capital habia que poner la mira y faltaban trenes de puentes, sin los cuales no se podia llevar á cabo. Por todo recurso, halláronse dos barcas en Santarem, por haber destruido el enemigo ó llevándose las demas. Y se necesitaban muchas, pues el Tajo (desigual como el Loira en Francia, como todas las vias fluviales que no nacen en montañas nevosas, y que debiendo su raudal á las lluvias se muestran alternativamente mermadas de aguas ó torrentosas) subia ó bajaba por veces muchos pies y para abarcar toda su anchura se necesitaban no ménos de cien grandes barcas. Tambien el Zezere, que alli se junta y nos separaba de la no pequeña poblacion de Punhete y de la ciudad de Abrantes, merecia que se le echara un puente, sobre todo para abrirse el camino de Castel-Blanco, uno de los que permitian comunicarse con la frontera de España. Se necesitaban ciento veinte barcas para estos dos puentes.

A pesar de su habilidad suma se le acababan de ir de las manos al general Montbrun veinte y cinco grandes barcas de una isla cerca de Chamusca, por lo que para proporcionárselas en el país no quedaba ya arbitrio. Eblé, antiguo general de artillería, distinguido no menos por su alta inteligencia que por su adhesión y actividad ilimitadas, se encargó de construir barcas siempre que se le dieran operarios. Fraguas habia en Santarem, hierro que se podia sacar de las demolicio-

nes y hasta madera; pero herramienta se contaba muy poca. Despues de reunir Eblé los operarios de la artillería, les hizo fabricar hachas, sierras y martillos: luego dispuso que se echaran abajo casas á fin de tener madera, bien que de la obtenida por tal medio no se podian sacar gruesas tablas. Habiéndose descubierto á corta distancia de Santarem un bosque bastante bueno, se cortaron alli árboles que se trasladaron á la ciudad colocando uno de sus extremos encima del juego delantero de la cureña de los cañones y arrastrándolos de esta suerte. Por desgracia con trabajo tan fatigoso se gastaban los hombres y los caballos. Y costaba no poco hallar operarios, pues solo se vivia medianamente en lo interior de los cuerpos, donde el merodeo estaba regularmente organizado. Para todos trabajaban los soldados en los talleres, y no saliendo al merodeo, se exponian á carecer de lo necesario. Asi iban de mal grado á los talleres de Santarem y se escapaban de ellos tan luego como tenian coyuntura. Castigarlos ligeramente no produjera ningun fruto, y para castigarlos con severidad nadie tenia corazon en la posicion en que se estaba: aun quedaba el recurso de pagarlos, pero se carecia de dinero. Massena echó un guante entre los oficiales, quienes escotaron para anticipar 20 ó 25,000 francos á la caja del ejército, y gracias á estos esfuerzos comenzaron las construcciones, y no se desesperó de poseer pronto los medios para cruzar el Tajo.

Mientras bajo la direccion del general Eblé se trabajaba con este objeto, se quiso extender Massena hasta Punhete y Abrantes, lisonjeándose de hallar alli grandes recursos. Con efecto, Loisson

y Montbrun pasaron el Zezere á fuerza de audacia y destreza, le echaron un puente de caballetes, y acabaron por establecerse á las dos orillas, sin embargo de serios peligros, pues el puente era tan frágil y el Zezere iba tan caudaloso que la comunicación se podia interrumpir á cada instante. Con todo, se consolidaron al fin los caballetes, y entrando en Punhete se encontraron allí provisiones. Muy luego hasta se creyó oportuno trasladar á aquel punto el establecimiento y los talleres de Santarem, por ser mas facil de echar enfrente de Punhete el puente, cuyos materiales costaba tanto trabajo reunir sobre el Tajo, á causa de no haber aun recibido allí el caudal del Zezere. Decidióse, pues, que los talleres se trasladaran á aquel pasaje, y como las barcas ya construidas se podían subir por agua, no se perdió nada de lo hecho.

Conquistada Punhete el general Montbrun avanzó con sus reconocimientos hasta las mismas puertas de Abrantes; pero la poblacion de esta ciudad, numerosa y enardecida, apoyada por tropas anglo-portuguesas, habia levantado defensas en torno, y para quitarselas se necesitaba un ataque en regla, ejecutado con artilleria de grueso calibre, y por otra parte este ataque no tenia probabilidad de buen suceso mientras los sitiados pudieran recibir los socorros de lord Wellington por la izquierda del Tajo. Se aplazó pues esta conquista importante hasta que se estuviera en proporcion de operar sobre las dos orillas del rio.

Cuando el mariscal Massena descubrió la posibilidad de establecerse junto al Tajo, de vivir allí y de cruzarlo, aguardando asi sin zozobra las resoluciones ulteriores de Napoleon, dedicó sus cui-

dados á buscar un campamento mas seguro, mas tranquilo, mejor adaptado á sus dos operaciones esenciales, que consistian, segun se acaba de ver ahora, en la creacion de un tren de puentes y en la conquista de Abrantes.

Obligado en este momento á tocar en Sobral con su cabeza y en Abrantes con su cola, nuestro ejército se hallaba demasiado extendido y cotidianamente expuesto á combates mortíferos y sin fruto. Por otra parte, el terreno que ocupaba delante de las lineas inglesas estaba ya devorado, y no era posible subsistir allí por mas tiempo. Massena pensó pues en replegarse algunas leguas á retaguardia, situándose entre Santarem y Thomar á lo largo del Tajo, con una division en Leiria para vigilar el descenso de la Estrella y guardar el camino real de Coimbra, ora contra un retroceso ofensivo de los ingleses, ora contra las irrupciones de los *insurgentes* españoles y portugueses, que iban molestándonos mucho, pues luego de la partida del ejército habian invadido á Coimbra y hecho prisioneros, aunque esta vez sin degollarlos, á los heridos que dejamos dentro de sus muros. Aun colocándonos en la nueva posicion que se trataba de elegir entre Santarem y Thomar á algunas leguas de las lineas inglesas, no nos impedía de ningun modo bloquearlos rigurosamente, á lo menos por la orilla derecha del Tajo, única de que éramos dueños, y á la par nos proporcionaba un establecimiento mas pacífico y mas seguro. Asi tambien se nos ahorraban las cotidianas escaramuzas, que puede apeteecer un ejército poco aguerrido, pero que fatigan inútilmente á un ejército bien probado; y por lo que hace á un ata-

que serio, único deseable para nosotros, no podía ser intentado, á causa de la distancia que nos separaba, sin que el enemigo desenmascarara sus miras, lo cual imposibilitaba toda sorpresa. Por último esta posición nos aproximaba mas á Punhete, donde estaban nuestros talleres, y á Abrantes de que importaba apoderarse.

De consiguiente el 14 de noviembre, al cabo de un mes de mansion delante de las líneas inglesas, trajo Massena su ejército á retaguardia, operacion en que desplegó mucho arte. Naturalmente convenia ocultar el movimiento de Junot á los ingleses, con los cuales todos los dias se venia á las manos, sin que le cayeran encima en masa y le hicieran sufrir una gran derrota. A fin de engañarlos Massena hizo correr la voz de que iba á atacar las líneas inglesas, lo cual regocijó á nuestros soldados é inquietó á los ingleses hasta el punto de retenerlos inmóviles detrás de sus obras. Luego mandó á Junot, que estaba en Sobral y hácia la meseta central, y á Reynier, situado en Villa Nova junto al Tajo, que enviaran por delante sus enfermos, sus heridos y la parte embarazosa de su artillería. De noche hizo que Junot levantara á toda prisa su campo, manteniendo sobre las armas á Reynier que mandaba mas aguerridas tropas, y que á mayor abundamiento ocupaba el ancho camino del Tajo, por donde era fácil la retirada. Al amanecer se hallaba Junot fuera de alcance y Reynier empezaba á su vez á levantar su campo, mientras atentos los ingleses á la custodia de sus trincheras, no pensaban en perseguirnos ni por asomo.

Ya habia Ney llegado á Thomar; pasando por Santarem le siguió Junot, y á otro dia Reynier

fué detrás de Junot echando por el mismo camino, y teniendo á su entrada en Santarem una falsa alarma. Cuando los ingleses echaron de ver su engaño, emprendieron trás de nosotros, inquietos con la idea de que pensábamos tomar á Abrantes por asalto y naturalmente con gran prisa por estorbarnos el designio. Llegado Reynier á Santarem, posicion dominante sobre el Tajo á donde conduce un camino abierto por entre los pantanos del rio, y que puede ser evitado porque nose enlaza estrechamente con la Estrella, vióse perseguido por fuerzas de consideracion y temió un instante ser envuelto: se turbó de resultas y pidió socorro á Massena, que, desdeñando por extremo su susto, no le socorrió sino tarde. Ninguna consecuencia tuvo la alarma, y antes bien estuvieron á punto de ser copados dos regimientos ingleses que quisieron ganar terreno sobre el flanco de nuestras tropas. Esta aventura solo produjo la fatal consecuencia de que muchos heridos y enfermos del hospital de Santarem, á impulsos de la alarma del gefe, saltaron precipitadamente de su cama, y de que algunos cayeran muertos por las calles.

Bién pronto se hizo pie firme en la nueva posicion elegida, estableciéndose Reynier en las cumbres de Santarem, donde estaba cubierto por pantanos, escarpas, barrancos, por las aguas del rio Mayor, y enlazado á la cordillera principal de la Estrella por una brigada de Junot, acantonada desde Tremes á Alcanhede. Solo estaba mal distribuido bajo el aspecto de las provisiones, bien que para resarcirle se le abandonó parte de la rica llanura de Gologao; hácia el centro de ella acampó Junot en Torres-Novas; Ney situó su cuartel gene-

ral en Thomar, teniendo la division de Ioisson en Punhete, dos en Thomar mismo, y una brigada de infantería con toda su caballería en Leiria, al descenso de la Estrella, de modo de ocupar el camino de Torres-Vedras á Coimbra. Así podía cubrir los talleres de Punhete, amenazar á Abrantes y trasladarse por un movimiento de izquierda á derecha sobre Leiria, si lord Wellington trataba de cogernos por la espalda.

Al par que inexpugnable era adaptada esta posición á los distintos objetos en que se tenía puesta la mira, como que estribaban en preparar el paso del Tajo, en tomar á Abrantes, en bloquear, en fin, las líneas inglesas, mientras llegaban los refuerzos pedidos á Napoleón. Habitualmente descontento el mariscal Ney de lo que en el cuartel general se mandaba, hubiera querido que se reuniera todo el ejército entre Leiria y Coimbra; pero desviarse hasta este punto de Lisboa, era empezar una especie de retirada, abandonar la orilla del Tajo, y renunciar al paso de este río, así como á todo proyecto concerniente á Abrantes, sin proporcionarse mas seguridad, ni mas probabilidades de comunicarse con Almeida. Por el contrario, teniendo únicamente la caballería y una brigada de infantería en Leiria, había certeza de volver á ganar el camino de Coimbra á Almeida, siempre que se considerara oportuno, sin renunciar á ninguno de los objetos proyectados. Además, teniendo puestos junto á Zezere, se estaba mas cerca de Almeida que en Leiria misma, habiendo proporcion de comunicarse con la frontera española por un camino no tan infestado por las bandas de Trent, dado que pasaba hácia el Sur de la Estrella.

En esta nueva posición pareció el ejército confiado, bastante satisfecho de su manera de vivir y muy esperanzado en volver de nuevo á su empresa, cuando se le juntaran los refuerzos procedentes de Castilla la Vieja por el camino de Almeida ó por el de Badajoz desde Andalucía. Entretanto ocupaban sus brazos y su espíritu los preparativos para cruzar el Tajo y para acometer á Abrantes. Massena dióse prisa á emplear los medios necesarios para hacer llegar á Paris noticias de su situación y de sus necesidades. Si fuera ejército español el que tuviera delante, no hubiera por qué se inquietara mucho, mas necesitando habérselas con un ejército inglés, mandado por un prudente y hábil caudillo, y hallándose á gran distancia de su base de operaciones, en la necesidad de vivir del merodeo durante el invierno que se acercaba, y con el campamento cerca de un río, del cual tan solo una orilla era suya, al par que poseía las dos su contrario, contando una tercera parte de fuerzas menos que éste, sin municiones mas que para una batalla, por todas partes rodeado de partidas que no dejaban pasar ningún correo, lo menos que le podía acontecer era no llenar el objeto de la campaña, y retirarse sin forzar las líneas inglesas, pudiendo á cualquier momento experimentar un desastre, si á fuerza de vigilancia, de firmeza y de discernimiento en la elección de las posiciones no sabía hacerse inatacable. Determinóse, pues, á enviar á Paris un oficial entendido y bizarro, haciendo que le acompañara un pequeño cuerpo de tropas, ya que solo á esta condición había manera de llegar á la frontera española. Para este encargo excogió al general Foix, á quien tenía á sus órde-

nes desde Zurich, hombre de sumo despejo y atractivo, dotado del talento de explicar muy bien sus ideas, y decorado además con una herida recibida en Busaco. Le fió el cuidado de exponer las operaciones del ejército desde su salida de Almeida hasta su establecimiento en Santarem: además de los despachos que puso en sus manos, le encargó que se lo explicara todo al emperador verbalmente, y le pidiera para dentro de brevísimo plazo municiones, víveres, refuerzos, ya por Almeida, ya por Badajoz, prometiendo acabar pronto la guerra contra los ingleses, si á tiempo llegaban estos socorros, y pronosticando grandes infortunios, si se le hacia estar en espera.

No podian, pues, atenerse á distinta conducta que la que observaban en este instante los dos guerreros superiores, á quienes el destino acababa de colocar en las extremidades de Portugal uno frente de otro. Wellington no podia defender mejor el postrer límite de aquel pais, única porción que le quedaba en el territorio de la Península, y Massena no se podia preparar mejor á atacarlo. De este promontorio extremo iba á depender la suerte de las naciones europeas, como que, una vez expulsados de Portugal los ingleses, todo debia propender á la paz general en Europa, y al contrario, en consolidándose su situacion en aquel suelo, en viéndose obligado Massena á desandar camino, la fortuna del imperio empezaba á retroceder delante de la fortuna británica para abismarse quizá en medio de una catástrofe cercana. De consiguiente la cuestion era de trascendencia suma, bien que dependia menos de los dos generales encargados de resolverla con las armas, que

de los dos gobiernos encargados de suministrarles recursos: á ellos tocaba la solución de esta cuestion grave, que era no menos que la del imperio del mundo. Ahora se va á ver qué ayuda recibieron estos dos generales, uno de una patria agitada por los partidos, y otro de un soberano cegado por la próspera suerte.

Por serios que sean los apuros de un jefe de ejército en la guerra, hay que guardarse de creer que el adversario no tiene los suyos. Napoleon, que habia adquirido en el mas alto grado la filosofía de la guerra, como los hombres que viven mucho acaban por adquirir la filosofía de la vida, gustaba de decir que despues de una batalla cada cual tenia que *ajustar sus cuentas*, y que si se convencian de esta verdad los generales, no se desanimarian por las apariencias ni aun por la realidad de una derrota, y antes bien perseverando conseguirian á menudo la ocasion de atraerse la fortuna. Con efecto, si Massena se hallaba en una situacion grave, la de Wellington no era desembarazada tampoco; al par que el general francés consideraba difícil tomar las líneas de Torres-Vedras, el general inglés consideraba difícilísimo defenderlas, si los franceses se atemperaban á la conducta mas naturalmente indicada. Asi lord Wellington se hallaba expuesto á dos peligros; uno que los franceses juntaran todas sus fuerzas hácia Lisboa para abrumarle con ellas; otro que el gobierno británico, dividido como debia estarlo todo gobierno libre ante cuestion de tal magnitud, le llamara de Portugal ó adoptara providencias que hicieran su perseverancia imposible; dos peligros que, igualmente graves, aunque no probables del

mismo modo, se presentaban cada cual con harta verosimilitud para inquietar profundamente su alma, por fuerte que fuera.

En cuanto á la concentracion de las fuerzas de los franceses delante de Lisboa, que podia resultar á la vez de llegar las tropas reunidas á las órdenes del general Drouet en Castilla la Vieja, ó de refluir hácia Portugal los ejércitos de Andalucía, era muy de prever, y tan indicada, que se necesitara estar ciego para no temerla. A la verdad se hablaba mucho de la llegada de las famosas divisiones de Essling (las que de manos del mariscal Oudinot habian pasado á las del general Drouet) y de su influencia probable sobre la suerte de la guerra; se hablaba tambien de la aparicion del quinto cuerpo á las órdenes del mariscal Mortier, trasladado de Sevilla á Badajoz, como se ha visto. Relativamente á las divisiones de Essling, recién entradas en el territorio de Castilla la Vieja, lord Wellington, por lo comun bien informado, pensaba que no eran tan numerosas como se pretendia, que hácia el Norte de la Peninsula tendrian mucho en qué ocuparse, que á lo mas llegarían á reforzar á Massena por la orilla derecha del Tajo, y que no le llevarían un medio mas de los que tuviera á su alcance para pasar á la orilla izquierda. Aun cuando la llegada de estas dos divisiones fuera un hecho alarmante, habia otro que temer de mas bulto, el de que refluyeran las tropas de Andalucía hácia Lisboa, dado que, parcialmente ó en masa, podían ir á alargar la mano á Massena por la orilla izquierda del Tajo, asegurándole de consiguiente ambas riberas y proporcionándole medios de atacar las lineas de Torres-Vedras con fuerzas

formidables. Tal era el principal desvelo del general inglés, quien temia mas que nada que los franceses, descuidando los sitios de Cádiz y de Badajoz, se trasladasen en masa hácia Lisboa para ayudar á Massena á apoderarse de las lineas de Torres-Vedras. Asi estrechaba vivamente á la regencia española á dar á los franceses cuanta mas ocupacion pudiera delante de Cadiz, á cortar todos los puentes del Guadiana para oponer grandes dificultades á su paso, y á hacer de Elvas, de Campomayor y de Badajoz fortalezas tan importantes que no se atreviesen á descuidarlas para marchar sobre Lisboa. Y como lord Wellington dudaba mucho que sus consejos se siguieran exactamente, hubiera querido convertir la hermosa provincia del Alentejo en un desierto, cual lo hizo con la de Coimbra, para que si la invadian los franceses no pudieran vivir en ella, pero lo solicitaba sin fruto de la regencia de Portugal, que, por quitar viveres á los franceses, no queria privarse tambien de ellos, y que frecuentemente le decia con acritud que, en vez de combatir á los franceses con el hambre, medio igualmente funesto para ambos partidos, haria mejor en combatirlos con las armas y en libertar á Portugal en vez de arruinarlo.

Estas respuestas irritaban al general inglés sin alterar su resolucion muy juiciosa, que era de continuo la de no arriesgar una batalla contra los franceses, estando mas seguro de destruirlos con la miseria que con hechos de armas, dudosos cuando menos, si se determinaba á tomar la ofensiva; por atinado que este plan fuera, costábale no poco perseverar en llevarlo á cabo. Ya los comestibles costaban enormemente caros en Lisboa, bien que

el mar estuviese abierto y protegido por el pabellon de la Gran Bretaña. No faltaba trigo, ni pescado salado tampoco, pero escaseaba mucho la carne, las legumbres frescas habian desaparecido, y los comestibles todos, cualesquiera que fuesen, solo estaban á alcance de la opulencia, hasta el punto de que en lugar de satisfacer al pueblo de Lisboa sus jornales en dinero, hubo que pagárselos en raciones; y hasta fué preciso poner tasa al precio de las habitaciones para los infelices que habian refluído en la capital desde las provincias. A estos vivos padecimientos se juntaban ansiedades continuas, porque á cada movimiento de los franceses se anunciaba un ataque, y se predecia su triunfo. En el ejército inglés mismo, á pesar de su disciplina rigurosa, á pesar de la estimacion que profesaba á su caudillo, se levantaba mas de un murmullo y hasta entre los oficiales. A los soldados de lord Wellington y á los numerosos refugiados tendidos por tierra en medio de las líneas de Torres-Vedras, no convenia estarse á pie quieto, expuestos sobre aquel alto promontorio de Lisboa á todos los vientos del Océano y á no interrumpidas lluvias, en vez de marchar y de combatir, que es para la gente de guerra la mejor distraccion de los sufrimientos. Muchos oficiales se quejaban sin rebozo, escribian á sus compatriotas cartas fatales, y ayudaban á fomentar las inquietudes que sobre el ejército británico se concebían en Inglaterra.

Pocas personas creían en Lóndres, aun entre los miembros del gobierno, que mantenerse en Portugal fuera posible. A cada instante se temía saber que el ejército se hubiera embarcado, y se deseaba que lo hiciera espontáneamente, lejos de

esperar á que los franceses le obligaran á apelar á este último recurso. Asi el ministerio, mas vigorosamente atacado que nunca, no cesaba de recomendar á lord Wellington la prudencia, y de recomendarla hasta importunarle, hasta hacerle temer un próximo abandono, ó cuando menos una debilísima ayuda. Un fatal accidente sobrevenido en Inglaterra habia de súbito agravado la situacion del gabinete y hecho de resultas la de lord Wellington aun mas embarazosa. Jorge III acababa de sufrir en su salud una recaída, siendo atacado de enagenacion mental por segunda vez. De pronto se forjaron ilusiones, persuadiéndose de que sin duda seria pasajero el ataque, y ganóse un mes antes de acudir al parlamento, para adoptar las providencias que requeria tal invalidez de la autoridad real; á lo cual el parlamento y el público se habian prestado de buen grado por respeto á Jorge III y por desvío al príncipe de Gales, llamado á ejercer la autoridad real bajo el titulo de regente. Sin embargo, despues de esperar lo mas posible, fué necesario dirigirse al parlamento y solicitar que confiriera la regencia al príncipe de Gales, amigo de todos los gefes de la oposicion y de quien por lo mismo no se dudaba que les confiase entonces el mando. Asi el antiguo partido de Mr. Pitt, el único partido ministerial á través de todas las trasformaciones del gabinete británico, el único sobre todo parcial de la guerra, hizo todo lo posible por limitar los poderes del regente, á la par que la oposicion se esforzó por ampliarlos cuanto pudo. A consecuencia de una contradiccion de las muy frecuentes entre partidos, aparecia la oposicion mas monárquica en sus doctrinas y el

gobierno menos en las suyas. Sustentaba la oposicion que no habia ley que dar, porque una ley, segun la constitucion inglesa, suponía la accion de los tres poderes y la sancion real sobre todo, imposible ahora estando el rey incapacitado para todo acto. A consecuencia de tales principios, queria la oposicion que se redujera todo á presentar un mensage al regente para que ejercitara la autoridad real, que le correspondia de pleno derecho durante la incapacidad de su augusto padre, y para que la ejercitara de plano, pues la autoridad real era una, indivisible, y no debia sufrir aminoracion en ningun caso, si se trataba de conservar intacto el equilibrio de los poderes. Al revés el ministerio sostenia que se necesitaba un bill, supliéndose la sancion real con una orden del parlamento en que se prescribiera á los depositarios del sello real que dicho bill fuera sancionado por ellos; que debiendo ser temporal la autoridad del regente (asi se esperaba á lo menos), no podia ser entera como si fuera definitiva; que seria inconveniente darle facultad para invertir el orden de cosas, de modo que si el rey se restablecia, hallara tan cambiada la marcha del gobierno que no pudiera volver á seguir la politica de su reinado. Esta argumentacion era sofisticada hasta lo sumo, y demostraba que el interés extraviaba al ministerio en su lógica, al modo que el interés habia ilustrado á la oposicion en la suya. Pero, hecha la ley naturalmente por la mayoria, se confirió por un bill la regencia al príncipe de Gales, y confiriósele incompleta, pues fué con prohibicion de nombrar pares, de ocuparse en la custodia del rey, de elegir los oficiales de su casa. Con todo, no se le

habia podido privar del nombramiento de los ministros, y se esperaba que para formar el gabinete llamara á lord Holland, á lord Grey, á lord Grenville, deudos ó antiguos colegas de Mr. Fox; pero, aunque el regente no estimara á los ministros actuales, y en particular á Mr. Perceval, temia operar á la sazón un cambio de harta monta, llamando á sus amigos de la oposicion, y cargar con una responsabilidad demasiado grande, pasando al sistema de la paz desde el de la guerra. Antes de resolverse queria saber si la enfermedad del rey seria bastante larga para que valiese la pena de introducir una modificacion notable en la politica del Estado, con cuyo fin consultó á los médicos, y expuso á los lores Holland, Grey y Grenville sus dudas.

Esta crisis en los negocios interiores de Inglaterra tenia lugar por diciembre de 1810, época en la cual el mariscal Massena y lord Wellington se hallaban frente uno de otro delante de las líneas de Torres-Vedras. Comúnmente la esperanza redobla el ardimiento y la actividad de los partidos. Conociendo la oposicion inglesa que de un triunfo ó medio triunfo en el parlamento dependeria la conducta del príncipe regente, multiplicaba sus ataques al gabinete, y fuerza es reconocer que los sucesos daban un verdadero valor á sus censuras, que vieran á ser verdaderas del todo, si Francia hubiera procedido de la manera que debía.

Fuera de las incesantes inquietudes que excitaba la guerra y de las enormes cargas que traian consigo, la oposicion tenia que hacer valer los inmensos daños de una crisis comercial de las mas graves y mas extrañas, á que daban origen las pro-

videncias de Napoleon unidas á ciertas circunstancias. Habiéndose negado á reconocer la autoridad de José las colonias españolas, y aprovechando la coyuntura para declararse independientes, habian franqueado al comercio británico sus puertos. Sabedores los fabricantes ingleses de esta nueva, y obrando con la ceguedad de la codicia, que no es menos grande que la de la ambicion, manufacturaron mucho mas de lo que todas las Américas hubieran podido consumir y pagar sobre todo. Masas inmensas de mercancías enviaron á las colonias españolas, y parte retornó sin que pudiera ser vendida: toda la parte que halló compradores fué pagada en géneros coloniales, que vinieron á aumentar el entorpecimiento del mercado. Mientras acontecian en América estas cosas, los seiscientos ó setecientos buques partidos del Tamesis al Báltico con una porcion de surtido, hubieron de tornar, como se ha visto, á Inglaterra en su mayor parte, y de resultas fué extremado el envilecimiento de los géneros coloniales. Además, habiéndose concedido la facultad de depositar en Londres sus mercancías á los colonos españoles y portugueses, y aun á los colonos franceses, cuyas posesiones habian sido invadidas, aumentóse la masa de los géneros exóticos no vendidos hasta el punto de que muchos cargamentos de azúcar, café, algodón, tabaco, madera, anil, no valian ya los gastos del almacenaje. Careciendo de precio el papel emitido sobre estos valores y protestándose las mas veces, el Banco, que lo tenia en su cartera, se hallaba en los mas serios apuros. Una nueva baja habian experimentado los billetes de banco, y el cambio inglés, ya muy á menos, habia descendido de 46 y

17 por 100 á mas de 20, de modo que Inglaterra, obligada este año á pagar en el extranjero muchos centenares de millones para el sostenimiento de su ejército y su marina, ignoraba cómo componerse á fin de realizar estos pagos. Se acababa de votar un socorro de 5 á 6.000.000 de libras esterlinas para el comercio y la industria, débil alivio en situacion tan angustiosa. Unos la achacaban á la imprudencia de los fabricantes, otros al Banco, y casi todos al gobierno que, por su obstinacion en proseguir la guerra, y sobre todo por sus órdenes del consejo, era autor de los males que se deploraban entonces.

Ya se comprende todo lo que una oposicion, próxima á conquistar el mando y sincera además en sus censuras, hallaba que decir en semejantes circunstancias. — Véase, exclamaban los lores Grey, Holland, Greenville, y los diputados de la cámara de los Comunes Tierney, Burdet, Broughan, Huskisson, véase adonde nos ha traído una guerra continuada mas allá de toda razon. Por haber querido humillar á la Francia, se le ha empujado de grandezas en grandezas á la dominacion de la Europa, se le ha hecho soberana de parte de Alemania, de Italia, de España, recientemente de Holanda, y si asi se sigue ¿quién sabe donde parará la extension de su poderio? Percibimos (añadian estos oradores) 37.000.000 de libras esterlinas de impuestos (925.000.000 de francos) y gastamos 56 (1.400.000.000) lo cual exige 19 de empréstito al año (475.000.000 de francos.) Imposible es pedir al crédito cada año esta suma sin arruinarse, y á la par no se pueden aumentar las contribuciones indirectas, habiendo llegado á su último límite las

de consumos, ni tampoco las directas, estando ya el *income-tax* enormemente recargado. Pronto la masa de papel moneda de continuo aumentada, hará imposibles las transacciones mercantiles dentro, é impracticables fuera de los servicios de la guerra y de la marina. Menester es de consiguiente poner término á esta guerra ruinosa con una paz decorosa, fácil de concluir si se quiere. Las victorias de que se hace gala son el mas peligroso de todos los cabos, pues aunque el ejército británico se haya portado admirablemente, se encuentra en una situación alarmante para los buenos ciudadanos. Mientras se conceden á su caudillo títulos y pensiones, que merece sin duda, ha dejado que á su vista sean tomadas dos fortalezas importantes, Ciudad-Rodrigo y Almeida; verdad es que ha repelido á los franceses en Busaco, mas para perder al dia siguiente á Coimbra y el Portugal todo. Relegado ahora á una lengua de tierra, donde no vive mas que del pan que le llega por mar, expuesto á un ataque de los franceses, que andarían desaconsejados si no juntaran todas sus fuerzas para abrumarle, no existe sino de milagro y á cada instante puede experimentar un desastre. ¿Qué sería de Inglaterra, si este ejército, nuestra única esperanza contra la invasion, llegara á sucumbir ó á firmar una capitulación que le constituyese prisionero de guerra? ¿Cuáles son las ventajas políticas, cuáles las conquistas territoriales que pueden contrapesar tales peligros?... Así se expresaba la oposicion todos los dias, y hay que decir que si los ingleses, acostumbrados entonces á impuestos muy gravosos, á un papel moneda desacreditado, á empréstitos anuales, se resignaban á

estos daños en consideracion del desarrollo inaudito de su comercio, se estremecian al pensar en la situacion de su hueste: les hacia temblar la idea de verla expuesta á los golpes de Napoleon, y del todo simpatizaban con la oposicion bajo este aspecto. Por consiguiente el dia menos pensado podía un voto imprevisto obligar al principe regente á mudar de gabinete y á sustituir la política de la paz á la política de la guerra.

Recibiendo el ministerio el rechazo de todos estos temores, de todas estas agitaciones, no cesaba de escribir á Lisboa los despachos mas mortificantes para lord Wellington. Su mismo hermano, el marqués de Wellesley, tocado de la inquietud general, llegaba hasta á temer que su hermano, por obstinacion de caracter, por ambicion quizá, cometiera alguna imprudencia y comprometiera el ejército por permanecer demasiado tiempo en el continente. Llena estaba la correspondencia ministerial con el caudillo inglés de estas aprehensiones, y llena tambien de lamentaciones sobre los gastos excesivos de la guerra, gastos que, prestando del subsidio otorgado al gobierno portugués, no eran menores de 250.000.000 de francos al año, de los cuales 75 ú 80 consumia la flota de transporte. Se le preguntaba si no le sería posible imitar el ejemplo de los generales franceses, que vivian sobre el país donde hacian la guerra y que si no podría ya pronto pasarse sin aquella inmensa escuadra de transporte, siempre á la vela y que costaba tan cara: se le suplicaba que no se obstinara sin motivo y que se retirara mas bien que exponer en la Peninsula á un grave peligro á aquel ejército británico, tenido entonces por escudo de Inglaterr-

ra contra una invasión, que ya se temía menos sin duda, pero cuyo antiguo material de Boloña, aunque medio podrido, era un fantasma inquietador siempre

Estos despachos inspiraban al caudillo del ejército de Portugal un despecho, que no se atrevía á revelar del todo, porque aun no había adquirido bastante ascendiente para permitirse las libertades de lenguaje á que se dió luego: alguna parte descubría con todo, diciendo que era muy penoso para él que, á pesar de su larga experiencia de aquella guerra, á pesar de llevar pasados dos años en la Península en frente de los franceses, no inspirara ya confianza, y no viniera de Inglaterra un correo, un oficial ni un curioso, que no le transmitiera la expresión de aquellas dudas humillantes; que si permanecía en el territorio de Portugal era por creer que lo podía ejecutar sin peligro, á lo menos según todos los cálculos de la prudencia humana; que cuando fuera real el peligro no titubearía en retirarse antes que comprometer el ejército británico y su propia gloria; que, si á pesar de esta confianza, deseaba conservar la flota de transporte, aun siendo tan costosa, consistía en parecerle temeridad demasiada juzgar como cierto lo que no era mas que probable, y privarse de todo medio de transporte cual si no corriera ningún riesgo de que se le expulsara de la Península; que creía entrever que Napoleón no enviaria ya muchas mas fuerzas á España que las enviadas hasta entonces, bien que podían llegar al fin las divisiones de Essling, de que se hablaba tanto, y que el ejército de Andalucía podía destacar una fuerza considerable sobre Lisboa; que si por ejemplo, iban quince mil fran-

ceses á las órdenes del general Dronet desde Salamanca, y veinte y cinco mil de Cádiz y de Badajoz á las órdenes del mariscal Mortier, se hallaria en breve con noventa mil hombres á quienes combatir en las dos márgenes del Tajo, cuyos noventa mil hombres á la primera orden del mariscal Massena se lanzarian como furias sobre las líneas de Torres-Vedras; que no habiéndolos visto, no se podia formar idea de lo que eran capaces, y que seria grande temeridad asegurar que no se apoderaran al cabo del primer recinto; pero que aun en este caso le quedarian el segundo y el tercero, y que gracias á la triple línea de sus trincheras tendria tiempo de embarcarse; que la reunión de la escuadra y de las trincheras era la que hacia que su seguridad fuera tan grande, y despojaba á su conducta del caracter de imprudencia; que de buen grado se le achacaba tan á menudo que en cuanto á los gastos no estaba á su alcance el disminuirlos, que alimentar la guerra con la guerra, cosa tan fácil con los franceses, era un delirio pretenderlo con los ingleses; que el ejército francés no era un hacinamiento de hombres tomados de lo peor de su país, y domados por una disciplina de hierro, sino sacados por la ley de la masa de la nación, mezclados buenos y malos en junto, y siendo muchos mas los buenos; que así iban á buscar víveres á veinte ó treinta leguas, y despues tornaban puntualmente á sus banderas sin que faltara casi un solo hombre: que si se imaginaba poder hacer con los ingleses lo que el mariscal Massena hacia con los franceses, se caía en muy grande engaño; que despues de conceder á los soldados ingleses para vivir algunos dias de

merodeo, ni un solo hombre retornaría á sus banderas; que además convenia reflexionar sobre si el libre pais de Inglaterra sufriría que se tratara la vida de soldados mercenarios como Napoleon trataba la de soldados ciudadanos, llamados por la ley, y de los cuales parecia una mitad de miseria todos los años, sin que los periódicos de París diesen á la nacion cosa alguna; que no podia tener soldados sino alimentándolos, pagándolos, manteniéndolos bajo banderas puntualmente; que, si abandonaba la Peninsula, daría la señal de la sumision general á España, y quizá á Europa, y el gasto que no se quería soportar para sostener la guerra junto á Lisboa, habria que hacerlo para sustentarla entre Douvres y Londres; que en Lisboa defendia de invasion á Inglaterra mas seguramente que entre Londres y Douvres; y que finalmente no habia mas remedio que el de que Inglaterra aguantara el gasto y la zozobra, cuando el y su ejército aguantaban cosas mucho peores, como formidables combates y padecimientos horribles.

Tales eran las dificultades que encontraba este hábil y firme caudillo por parte de un pais libre, donde la idea de la guerra y la de la paz contrapuestas de continuo una á otra, con casi igual fuerza de razones, producian inevitables angustias en un ministerio que ya no tenia gefe. Al parecer, no teniendo que ver el ilustre adversario de lord Wellington, el mariscal Massena, mas que con un hombre de genio, con Napoleon, el cual no tenia que sostener lucha mas que contra si mismo, y desgraciadamente sostenia muy poca, hubiera debido encontrar toda especie de auxilios para la solucion de una cuestion militar de que dependia

la suerte del mundo. Con efecto, para Napoleon, instruido de lo que pasaba en Londres y en Lisboa, este era el caso de desplegar los vastos recursos de su genio administrativo, á fin de realizar todos los temores de lord Wellington y todos los deseos de su lugarteniente Massena. Ya se juzgará de lo que hizo por la relacion contenida en el libro que sigue.

Despachado el general Foy de Santarem para esforzar en Paris las instancias de su general en gefe y responder de viva voz á todas las preguntas del emperador, ejecutó la travesia mas peligrosa al par que la mas feliz que se pudiera imaginar por España. Se le dieron cuatrocientos buenos andarines y buenos tiradores, elegidos de diferentes regimientos; señalándole como camino mas seguro el valle de Zezere, que pasa al Sur de la Estrella, y va por Sobreira-Formosa, Sarceda y Belmonte á Ciudad-Rodrigo. Desde los puestos de donde debia emprender la marcha, dirigió el general Loisson un gran reconocimiento sobre Abrantes, para asustar á la guarnicion é impedirle que detuviera el destacamento del general Foy á la primera jornada. Espantada la guarnicion de Abrantes creyó que fuese la vanguardia del ejército frances aquella escasa tropa viagera, y cerrándose dentro de sus muros, dejóla el paso libre. Apresuróse el general Foy á proseguir su marcha por entre un cuerpo de españoles, situado en Villa-Vella á orillas del Tajo y los corredores de Trent y de Silveira que andaban por los alrededores. No tropezó mas que con una banda de doscientos hombres del levantamiento en masa portugués, llamada la Ordenanza, rompió por medio de ella, sin mas

LIBRO CUARENTA.

Fuentes de Oñoro.

Disposicion de animo de Napoleon en el momento de la llegada del general Foy a Paris.—Acozida que le hace y largas explicaciones con él.—Necesidad de un nuevo envio de sesenta u ochenta mil hombres a España, e imposibilidad actual de disponer de semejante socorro.—Causas recientes de esta imposibilidad.—Ultimas usurpaciones de Napoleon en el litoral del mar del Norte.—Incorporacion de las ciudades anseaticas, de parte del Hannover y del gran duque de Oldemburgo al imperio.—Descontento del emperador Alejandro al saber la desposicion de su tio el gran duque de Oldemburgo.—En vez de guardar contemplaciones al emperador Alejandro, insiste Napoleon de una manera amenazadora en hacerle adoptar sus nuevos reglamentos sobre comercio.—Resistencia del czar y sus explicaciones con Mr. de Caulaincourt.—No desea el emperador Alejandro la guerra, mas la aguarda, y dispone que se hagan algunas obras defensivas junto al Dwina y el Dnieper.—Informado Napoleon de lo que pasa en San Petersburgo se apresura a armarse, mientras empeñada Rusia en Oriente no puede responder á sus armamentos con hostilidades inmediatas.—Primera idea de una grande guerra en el Norte.—Inmensos preparativos de Napoleon.—No queriendo distraer ninguna parte de sus fuerzas para enviarlas a la Peninsula, se limita á mandar á los generales Dorsenne y Drouet y al mariscal Soult que pres-

ten ayuda á Massena.—Ilusiones de Napoleon sobre la eficacia de este socorro.—Vuelta del general Foy al ejército de Portugal.—Larga mansion de este ejército junto al Tajo.—Su industria y su sobriedad.—Excelente espíritu de los soldados y desánimo de los gefes.—Actitud firme de Massena.—Partiendo el general Gardanne de la frontera de Castilla al frente de un cuerpo de tropas con el fin de llevar despachos al ejército de Portugal, llega casi á sus avanzadas, y sin comunicarse con él desanda camino.—El general Drouet, cuyas dos divisiones forman el noveno cuerpo, atraviesa la provincia de Beira con la division de Gonroux y llega á Leiria.—Alegria del ejército a la aparicion del noveno cuerpo.—Su abatimiento cuando sabe que el socorro que le lleva se reduce á siete mil hombres.—Llegada del general Foy y comunicacion de las instrucciones que trae.—Junta de los generales en Golezo, para confereciar sobre la ejecucion de ellas y resolucion de permanecer junto al Tajo, procurando cruzar este rio para vivir con los recursos del Alentejo.—Divergencia de pareceres sobre los medios de pasar el Tajo.—Admirables esfuerzos del general Eblé á fin de crear un tren de puente.—Para ejecutar el paso del rio se resuelve esperar á que el ejército de Andalucía llegue á dar la mano al ejército de Portugal por la orilla izquierda.—Sucesos ocurridos en el resto de España durante la invasion junto al Tajo.—Continuacion de los asedios efectuados por el general Suchet en Aragon y Cataluña.—Embustida á Tortosa á fines de 1810 y toma de esta plaza en enero de 1811.—Preparativos para el sitio de Tarragona.—Sucesos en Andalucía.—Desarmamiento del ejército de Andalucía entre las provincias de Granada, Andalucía y Extremadura.—Embarazo del cuarto cuerpo, obligado á dividir su atencion entre los insurgentes de Murcia y los de la serrania de Ronda.—Esfuerzos del primer cuerpo con el fin de empezar el sitio de Cadix.—Dificultades y apuros para este sitio.—Operaciones del quinto cuerpo en Extremadura.—No creyendo el mariscal Soult poder llevar su tarea á remate con las tropas que manita, pide un socorro de veinte y cinco mil hombres.—A este tiempo recibe la orden de ayudar á Massena y se niega absolutamente á ponerla en planta.—Emprende el sitio de Badajoz en vez de marchar sobre el Tajo.—Batalla del Gévora.—Destruccion de las tropas españolas que van en socorro de Badajoz.—Lentitud con que se vuelven á ejecutar los trabajos del sitio.—Escasos del ejército de Portugal mientras asedia á Badajoz el ejército de Andalucía.—Extramada miseria del cuerpo de Renier y necesidad indispensable de apelar á la retirada.—No pudiendo ya pasar por otro punto, se decide Massena á un movimiento retrógrado sobre el Mondego para establecerse en Coimbra.—Retirada empezada el 4 de marzo de 1811.—Brillante marcha del ejército y persecucion por parte de los ingleses.—Llegado Massena á Pombal determina hacer alli dos dias de alto para dar tiempo á que desfilen sus enfermos, sus heridos y sus bagages.—Fugoso atrevido con el general Drouet.—Temores del mariscal Ney por su cuerpo

de ejército y sus disputas con Massena sobre este asunto.—Su retirada sobre Redinha.—Brillante combate de Redinha.—Evacua Ney precipitadamente á Condixa, lo cual obliga al ejército entero á trasladarse al camino de Ponte-Murcelha y á renunciar á su establecimiento en Coimbra.—Marchas y contramarchas durante la jornada de Casal-Novo.—Choque en Foz de Aranza.—Retirada sobre la sierra de Murcelha.—Un falso movimiento del general Reynier obliga al ejército á entrar definitivamente en Castilla la Vieja.—Espectáculo que presenta el ejército en el instante de su vuelta á España.—Obstinacion de Massena por volver á empezar las operaciones ofensivas al punto y su resolucion de tornar por Alcántara al Tajo.—Niega el mariscal Ney á obedecerle.—Acto de autoridad del general en jefe y destino del mariscal Ney á espaldas de las tropas.—Dificultades que estorban á Massena la ejecucion de su proyecto de marchar sobre el Tajo y le obligan á diseminar su ejército por Castilla la Vieja para proporcionarle algun descanso.—Horrorosa desnudez de este ejército.—Vanias promesas del mariscal Bessieres como general en jefe de las provincias del Norte.—Ventajosa situacion de lord Wellington despues de la retirada de los franceses y triunfo del partido de la guerra en el parlamento británico.—Lord Wellington deja una parte de su ejército delante de Almeida y envia la otra á Badajoz para hacer levantar el sitio.—Tardia llegada de este socorro y toma de Badajoz por el mariscal Soult.—Dueño ya de la plaza trasladase á Cádiz para apoyar al mariscal Victor.—Buen combate dado por éste á los ingleses en Barosa.—Desembarazadas de los enemigos que los amenazaban encuentra Soult las lineas de Cádiz, mas en breve le llama á Badajoz la aparicion de los ingleses.—A su vez pide socorro al ejército de Portugal á quien no habia el socorrido.—Embisten los ingleses á Badajoz.—Esta desgraciada ciudad, sitiada y tomada por los franceses, es sitiada de nuevo por los ingleses.—Proyecto formado por Massena entretanto.—Aunque muy mal ayudado por el ejército de Andalucía, piensa en prestarle un grande servicio, yendó á arrojarse sobre los ingleses que bloquean á Almeida.—Retardado esta proyecto por las lentitudes del mariscal Bessieres, debiéndose haber empezado á ejecutar el 21 de abril, no tiene principio hasta el 2 de mayo.—A consecuencia de este retraso logra lord Wellington el tiempo bastante para volver de Extremadura y ponerse á la cabeza de sus tropas.—Batalla de Fuentes de Oñoro dada los dias 3 y 5 de mayo.—Grande energia de Massena en esta memorable batalla.—Mauda quemar á Almeida, no pudiendo librarla de bloqueo.—Heróica evasion de la guarnicion de la plaza.—Massena vuelve á entrar en Castilla la Vieja.—Acudiendo el mariscal Soult á Extremadura para socorrer á Badajoz, empeña la batalla de la Albuera, y no consigue alejar de allí á los ingleses.—Grandes pérdidas por ambas partes y continuacion del asedio de Badajoz.—Excelente defensa de la guarnicion.—Situacion difícil de los franceses en España.—Resúmen de sus operaciones durante 1810 y 1811, y cau-

sas de que fracasaran sus esfuerzos en estas dos campañas que debian decidir sobre la suerte de España y de Europa.—Faltas de Napoleon y de sus lugartenientes.—Injusta de gracia de Massena.

Foy, tan célebre despues como orador, juntaba á su mucha capacidad y bravura una imaginacion viva, á menudo desordenada, pero brillante, y que se retrataba en rasgos de fuego, sobre una fisonomia franca, atractiva, sumamente caracterizada. Napoleon amaba la agudeza de su genio, aunque le inspirase desconfianza. Le encantó el general con su manera de explicarse y sintióse éste fascinado, por ser la vez primera que le admitia familiarmente á su presencia. Noticias del ejército de Portugal se ignoraban hasta que se recibieran por este conducto, y de tal modo que antes se buscaron en los periódicos ingleses. Intimamente convencido halló el general Foy á Napoleon de la importancia de la cuestion que se iba á ventilar junto al Tajo, pues sobre la situacion general sabia mas que nadie, y estaba en la persuasion firme de que batiendo á los ingleses, ó teniéndolos siquiera en jaque largo tiempo delante de Lisboa, adquiriria la paz europea muy grandes probabilidades. Con todo encontróle Foy no poco ilusionado todavía sobre las condiciones de la guerra de España, harto cambiadas desde 1808, sobre el grande consumo de hombres que exigia, sobre el trabajo que costaba hacer vivir en la Península á las tropas, sobre la dificultad de batir á los ingleses; encontróle injusto respecto de Massena, queriendo mejor cargar la culpa á este ilustre lugarteniente por no haber ejecutado lo imposible, que echársela á si

propio de resultas de haberlo mandado. Nunca se le caía á Napoleon de la boca el falso guarismo de setenta mil franceses y veinte y cuatro mil ingleses, cual si fuera uno de aquellos principes desdichados é ignaros que juzgan de las cosas por lo que les dicen ministros palaciegos, y que son demasiado apáticos para investigar la verdad, ó harto poco inteligentes para comprenderla. Napoleon, que habia reiteradamente prescrito dar batalla, quejábese ahora de que se hubiera intentado el ataque de Busaco; el que habia querido que se acosara á los ingleses sin consentirles ningun respiro, quejábese ahora de que no se hubiera hecho alto en Coimbra; y á pesar de su sagacidad prodigiosa, se le hacia muy cuesta arriba figurarse cómo, en vez de setenta mil franceses arrollando á tambor batiente á veinte y cuatro mil ingleses, no éramos sino cuarenta y cinco mil soldados valientes viviendo por milagro delante de setenta mil anglo-portugueses, bien alimentados y casi invencibles detrás de formidables trincheras. Sin embargo, sustancialmente la dificultad de convencerle no provenia de la dificultad de ilustrar á tan admirable talento, sino de la imposibilidad de hacerle admitir verdades que contrariaban sus cálculos de enton ces.

Muy bien defendió el general Foy á su gefe, y probó que las operaciones censuradas al mariscal Massena fueron siempre exigidas por las circunstancias. Sostuvo que, una vez delante de Busaco, menester era pelear ó retirarse vergonzosamente con mengua del honor de las armas: que, si no fué posible tomar la posicion aquella, se redujo por lo menos á los ingleses á la inmovilidad recelosa que

permitió burlarles; que detenerse en Coimbra, ya allí llegados, hubiera sido una declaracion de impotencia tan perniciosa como lo fuera el rehusar la lid en Busaco; que ademas en Coimbra se ignoraba la existencia de las lineas de Torres-Vedras, siendo menos de extrañar que el que se ignoraran en Paris, centro de todos los informes; que no habia por qué sentir el estar delante de aquellas lineas, aun sin hacer ningun movimiento, dado que allí se bloqueaba á los ingleses y se les hacia vivir en continuas perplejidades; que hasta se alcanzarian pronto decisivas resultas, si oportunamente llegaban socorros bastantes por las dos orillas del Tajo; que, en suma, si todo estaba empeñado, nada habia comprometido, con tal de que, á tenor de la enseñanza de la experiencia, se proporcionaran medios adecuados al grande fin á que se propendia.

Caloroso el general Foy en obsequio de su gefe, cuando hubo de pintar las desconsoladoras realidades de la guerra de España, mostróse tan veraz como lo permitia su deseo de ser grato, no al poder, sino al genio. Con todo, no era menester decir mucho á Napoleon para ilustrarle, y así, al separarse del general, conoció gran parte de la verdad. Lo que se necesitaba hacer harto bien lo sabia. ¿Y quién lo hubiera sabido si él lo ignorara?

Con efecto, aunque la guerra de España empezara á costarle tantas fatigas de espíritu como costaba de cuerpo á sus tropas, y delegara por este motivo al mayor general Berthier el cuidado de seguir los detalles de ella, no habia cesado, aun antes de la llegada del general Foy, de expedir órdenes en sentido de las necesidades y los deseos

de Massena. Muchas veces recomendó al general Drouet que acelerara su movimiento, que llevara su primera division cuando menos hasta Almeida, que reuniera allí cuantos hombres hubiera dejado Massena á su espalda, cuantos salieran de los hospitales, y que al frente de estas fuerzas barrera los caminos á fin de que las comunicaciones con Portugal volvieran á quedar expeditas. A los gefes de las provincias del Norte, al general Thouvenot, gobernador de Vizcaya, al general Dorsenne, gobernador de Burgos, había mandado que no retuvieran la segunda division del general Drouet, sino que la encaminaran sin demora hácia Salamanca. Hasta previendo una gran pérdida de hombres había preparado una division de reserva con reeltas de los depósitos de los ejércitos de Andalucía y de Portugal, agregándola algunos ginetes sacados de los depósitos de la caballería de España, y además dos batallones de guardias nacionales, únicos que ya quedaban del gran levantamiento de Walcheren é incorporados á la guardia imperial muy luego. Estos destacamentos, que formaban de diez á doce mil hombres, fueron enviados á las órdenes del general Caffarelli á Castilla, para servir allí á retaguardia hasta que pudieran ingresar en sus respectivos cuerpos, y dejar entretanto las dos divisiones de Drouet disponibles. A mas Napoleon reconvinó severamente al mariscal Soult por el poco partido que había sacado de los tres cuerpos de que constaba el ejército de Andalucía, cuerpos que calculaba en ochenta mil hombres, como calculaba en setenta mil el ejército de Massena: le reconvinó tambien por llevar flojamente las operaciones del sitio de Cádiz, no defendida á su decir mas que

por canalla; por haber permitido al marqués de la Romana ir sobre el flanco de Massena, en vez de fijarle en Extremadura, atacándole allí de continuo; por haber tenido encerrado en Sevilla á todo el quinto cuerpo durante el verano, y en suma por estar en Andalucía ya había diez meses sin hacer otra cosa que tomar á Sevilla, cuyas puertas encontró abiertas. Le había prescrito, pues, que destacara al punto diez mil hombres sobre el Tajo, para dar la mano al mariscal Massena. No menos censuró al gefe del ejército del centro, esto es, á su hermano José, por haberse confinado en Madrid con unos veinte mil hombres, limitándose á insignificantes correrías contra los guerrilleros y en direccion mal elegida, pues fueron encaminadas por Cuenca y por Guadalajara contra el famoso Empecinado, y no hácia Toledo y Alcántara, donde hubieran podido ser para el ejército de Portugal de sumo provecho. Para apoyar esta censura le dijo, como al mariscal Soult y como al general Drouet, que en Sautarem, entre Abrantes y Lisboa, era donde se decidía á la sazón la suerte de la Península y probablemente de Europa.

De consiguiente Napoleon había columbrado esta situación aunque de lejos y previsto en parte las disposiciones que exigía; mas al saber de plano la posición de Massena, resolvió hacer convergir hácia él tanto las tropas disponibles en Castilla la Vieja como las que desaconsejadamente se habían empeñado en Andalucía, y preparó las órdenes mas terminantes para los generales que debían concurrir á Portugal á fin de operar esta reunión de fuerzas. Con todo, si sacrificando al objeto principal muchos secundarios, se podían acrecentar gran-

demente los recursos de Massena y colocarle en situacion de llenar parte de su encargo, ¿no era este el caso de hacer un esfuerzo supremo, y puesto que se habia cometido el error de comprometerse en España, comprometerse ya del todo para acabar en breve; de apartar de las márgenes del Rhin y del Elba uno de aquellos ejércitos, aunque útilmente situados sin duda, para emplearlo mas útilmente en otra parte; de ir con ochenta mil hombres en socorro de Massena; de ir en persona; de conducir por este movimiento irresistible á Soult, á Drouet, á Dorsenne, delante de Torres-Vedras; y de poner fin á la lucha europea con un rayo fulminado desde Lisboa? Si en desguarnecer el Norte habia peligro, ¿no desapareciera con la paz general conquistada en las extremidades de la Peninsula de Iberia? Tranquilo se hallaba el imperio: privada de su independencia la Holanda, estaba, aunque consternada, sometida: ya la jóven emperatriz llevaba en su seno al heredero del grande imperio, y aun cuando tuviera que abandonarla su esposo, ya se sabe que éste anteponia siempre sus designios á sus afectos, ¿qué razon podia, pues, impedir una resolucion tan indicada como decisiva? Por desgracia mientras pasaban en la Peninsula los sucesos ya referidos, Napoleon habia provocado otros muy graves en el Norte, y la situacion que habia creado con su ambicion desapoderada, le tiranizaba mas que él tiranizaba á la Europa. Este glorioso déspota, como acontece á menudo, era esclavo, esclavo de sus propias faltas.

Se ha visto como despues de terminar la campaña de Wagram, quiso atraerse el Austria; apaciguar la Alemania; distribuir los territorios que le

quedaban todavía, á fin de poder evacuar los países allende el Rhin del todo; dedicar exclusivamente sus cuidados á la guerra de España, y constreñir á la paz á Inglaterra por el doble medio del bloqueo continental y de un gran revés causado á lord Wellington en la Peninsula, bien que á pesar de estas pacíficas intenciones por dar al bloqueo continental mas eficacia, habia incorporado la Holanda al imperio; extendido sus ocupaciones militares por las playas del mar del Norte hasta la frontera del Holstein; imaginado un vasto sistema de tarifa sobre los géneros coloniales, muy lucrativo para él y para sus aliados, pero extremadamente vejatorio para los pueblos, y prescrito por fin á unos, recomendado á otros, sin excluir á Rusia, la práctica de este sistema punto menos que intolerable. Ya, por una consecuencia forzosa, esta política, que tenia la paz por objeto, mas cuyos medios eran las ocupaciones militares, las usurpaciones de territorio, las confiscaciones violentas, las exacciones ruinosas, habia despertado todas las desconfianzas que Napoleon queria desvanecer en vano. Y á la verdad, el convertir en departamentos franceses, no solo á Roma, Florencia y el Valais, sino tambien á Rotterdam, Amsterdam y Groninga, no era el modo mas adecuado para tranquilizar á los que atribuian á Napoleon el proyecto de avasallar á su dominacion universal todo el continente. Ni aqui se detuvo Napoleon tampoco, pues considerando embarazoso hasta lo sumo no tener en las ciudades anseáticas mas que una autoridad puramente militar, parecióle muy útil dilatar el territorio del imperio, ya llevado hasta el Ems por la incorporacion de la Holanda, hasta

el Weser y el Elba por la incorporacion de Lubeck, de Brema y de Hamburgo; que así envolvería en la vasta extension de sus playas, los mares en cuyo seno se alza Inglaterra, y la frente amenazadora de Boloña, tan importuna para ella, se extendería hasta Lubeck de este modo. ¿Qué dificultades podían estorbar la consumacion de tal designio? Tenia las ciudades anseáticas bajo su mano; el Hannover, del cual había que tomar algunas porciones, pertenecía á su hermano Gerónimo, que no había cumplido las condiciones con que se le cedió aquel reino, ya por no pagar puntualmente á las tropas francesas, ya por no hacer en favor de los donatarios franceses lo que había ofrecido: los territorios de varios príncipes alemanes, con especialidad de Aremberg y de Salma, que debía absorber esta demarcacion nueva, se ha laban tan á su disposicion como los de un súbdito de Francia. Respecto de estos príncipes todo obstáculo quedaba orillado con dejarles sus bienes patrimoniales y resarcirles de lo demas con dotaciones constituidas en la nacion francesa. Cierta es que había un príncipe, el de Oldemburgo, cuyo territorio, situado entre la Frisia y el Hannover, entre las bocas del Ems y las del Weser, no podia ser exceptuado; príncipe que era tío del emperador de Rusia. Necesariamente hacer de este príncipe, tan caro á su sobrino, un simple súbdito del imperio francés había de parecer una conducta muy ultrajante. Mas casualmente aun teníamos en nuestras manos un fragmento de aquellos numerosos estados germánicos recién distribuidos por Napoleon, y era Erfurt, verdadera migaja caída de la mesa del conquistador. Otorgando Erfurt al duque de

Oldemburgo creía Napoleon colmar la medida de los buenos procederés respecto de Rusia. Por último, quedaba el gran duque de Berg, hijo de Luis, todavía en edad muy tierna, indemnizado con aquel excelente ducado de la corona de Holanda, un momento depositada sobre su cuna, y se necesitaba de parte del tal territorio para completar las nuevas demarcaciones, bien que este era un arreglo de familia por el cual no había que pasar inquietudes. Una vez combinado en la mente de Napoleon todo, al instante se puso en planta.

Ya Napoleon, como se ha visto, había convertido en departamentos franceses la Toscana, los Estados romanos y la Holanda: por un decreto seguido de un senado consulto de 13 de diciembre de 1810, convirtió en tres departamentos franceses, llamados del Ems superior, de las bocas del Weser, de las bocas del Elba, el ducado de Oldemburgo, el territorio de los príncipes de Salma y de Aremberg; una porcion del Hannover, los territorios de Brema, de Hamburgo y Lubeck, y se apoderó tambien del Valais, aprovechando la coyuntura, bajo el título de departamento del Simplon. Una simple notificacion fué dirigida á los príncipes desposeidos, y por lo que hace al príncipe de Oldemburgo, tío de Alejandro, se le anunció que se le concedía en resarcimiento la ciudad de Erfurt por consideracion al emperador de Rusia. Tentado se sentía Napoleon tambien á incorporar los dos principados de Mecklemburgo, lo cual le diera en el Báltico una gran extension de costas y colocara la Pomerania sueca bajo su mano: sin embargo, no osó ir tan lejos, y se contentó con declarar á los dos príncipes de Mecklemburgo

que les dejaba de buena gana sus estados, bien que á condicion de que le serian tan útiles en la lucha contra Inglaterra cual si perteneciesen al imperio, esto es, que le suministrarían marineros, que armarían á Rostoch y á Vismar, de manera que no dejarán estacionar allí á los ingleses, y por último, que cerrarían sus costas al comercio británico tan bien como pudieran hacerlo los aduaneros franceses; entendiéndose que si quedaba por cumplir una sola de estas condiciones, se seguiría la agregacion de sus Estados al imperio tan luego como la infraccion se comprobara, pues no tenia que guardar miramientos á nadie, ya que en sus providencias marítimas no los guardaban los ingleses tampoco.

No era Prusia, ocultando su odio bajo una sumision profunda y teniendo además que devorar otras muchas penas; no eran los principes alemanes, unos destronados y sustituidos por el nuevo rey de Westfalia, otros unidos al imperio por el temor á la complicidad en los ensanches territoriales, ni aun el Austria en fin, reducida á concentrar su ambicion en la conservacion del territorio que le quedaba, á quienes podian sublevar tales providencias, bien que todo principe que llevara corona debiera temblar á la vista de semejante conducta. Pero Rusia, tratada tan ligeramente en ocasion del matrimonio del emperador con una archiduquesa, ofendida y alarmada por la negativa á firmar la convencion concerniente á Polonia, muy puntualmente informada del aumento progresivo de la guarnicion de Danzick, asombrada al ver la frontera de Francia dejarse atras sucesivamente la Holanda, Hannover, Dinamarca, llegar á Suecia,

acercarse á Memel y Riga; Rusia vencida en Austerlitz y en Frieland, pero no abatida hasta el extremo de pasar por todo, naturalmente habia de estar muy preocupada de resultas de estas extensiones territoriales, y de sentirse ultrajada de la manera expeditiva de tratar á un pariente cercano, por quien mas de una vez habia manifestado el interés mas vivo y especialmente en la época de los arreglos de Alemania de 1803 y de 1806. Al menos las formas debieran atenuar algun tanto lo alarmante y ofensivo de tales actos: desgraciadamente las formas fueron casi tan violentas y rudas como los actos mismos.

Ya Napoleon habia requerido á Alejandro para que no recibiera á los americanos, que segun él, eran falsos neutrales, y que aplicara á los géneros coloniales la tarifa francesa del 5 de agosto, por la cual se admitian estas mercancías, cargándolas el 50 por 100 de derechos. No quedando satisfecho de las respuestas recibidas de San Petersburgo, habia renovado el requerimiento con instancias casi amenazadoras; habia hecho decir con lenguaje lleno de amargura que en las ferias de Leipsick y de Francfort se habian visto grandes cantidades de mercancías coloniales, que remontándose á la precedencia de ellas se habia averiguado cómo llegaron á Alemania en carros rusos, siendo evidentemente producto de un contrabando tolerado por Rusia con infraccion de la alianza de Tilsit; que por su parte se hallaba pronto á cumplir todas las condiciones de esta alianza, siempre que se observaran respecto de él; que entre estas condiciones hacia principal hincapié en las que propendian á destruir el comercio británico; que su observancia

era indispensable para conducir á Inglaterra á una paz de que necesitaba todo el mundo. Rusia lo mismo que los demas Estados; que para él á este precio era la alianza con Rusia, y no solo la alianza, sino hasta la paz, resuelto como estaba á no aguantar en parte alguna complicidad pública ó simulada con Inglaterra, y que volveria á empezar las hostilidades contra el continente entero antes que permitirlo, por ser este el único medio de obtener la paz marítima, es decir, la paz general.

A estas reconvenções que expedia á San Petersburgo, en vez de las explicaciones que hubiera debido enviar sobre las últimas usurpaciones territoriales, Napoleon se contentó con añadir, en términos á la verdad muy corteses, el conciso anuncio de la incorporación del país de Oldemburgo al imperio, y de la compensación de Erfurt otorgada, según decía, por consideración al emperador Alejandro.

Tantos actos alarmantes ú ofensivos, acompañados de un lenguaje tan mal adecuado á atenuarlos, por fuerza debían afectar sobremanera al emperador de Rusia, especialmente cuando venían á continuación de un matrimonio vivamente solicitado al principio y luego desdenosamente olvidado, á continuación de la negativa justa, mas perentoria, de todo empeño tranquilizador en punto al restablecimiento de Polonia, y probaban que con Napoleon era rápida la pendiente que conducía del resfriamiento á la guerra. No hubiera querido el emperador Alejandro recorrer esta pendiente tan de prisa, y aun hacer alto en ella le acomodara mas que nada, pues desde luego tenia muchas ra-

zones para evitar la guerra ó para retardarla, si evitarla le era imposible. Aun cuando tuviera confianza en sus fuerzas, en el poder de las distancias, en la ayuda que los odios europeos pudieran prestarle, no deseaba ni con mucho arrostrar otra vez los peligros que habia ya corrido en Eylau y en Friedland. Además él era el autor de la política de la alianza con Francia, política que le habia valido muy amargas censuras, tanto en sus dominios como fuera, y se le hacia muy cuesta arriba darse por vencido ante sus censores, volviendo tan pronto de la alianza á la guerra. Mas, de verse reducido á esta extremidad á la postre, no queria romper la alianza antes de que le produjera los frutos que de ella se habia prometido, pues eran los únicos que podían justificar su conducta á los ojos de los severos censores con quienes se habia encontrado. Ya le pertenecía Finlandia, pero las Provincias danubianas aun no eran suyas, y las queria señorear antes de exponerse de nuevo á los formidables azares de una ruptura con la Francia. Bien habia salido de la campaña de 1810 contra los turcos, aun cuando hubieran sido harto lentos los progresos de los generales de Rusia. Después de haber invadido la Moldavia y la Valaquia los años anteriores, cruzaron este el Danubio por Hirschova y Silistria, se apoderaron de estas dos plazas, marcharon sobre Roustchouk por su derecha, sobre Varna por su izquierda, tomaron á Bajardjik por asalto, bombardearon á Varna sin fruto, fracasaron delante de Sehúmla, donde tenían los turcos un campamento considerable, bien que se apoderaron de Roustchouk y ganaron una victoria importante en las cercanías de esta plaza. Sin embargo, aun batién-

dose los turcos con una torpeza igual á su bravura, todavía no habian perdido del todo la línea del Danubio y se necesitaba de triunfos mas decisivos para imponerles los grandes sacrificios de territorio que les exigía la Rusia. Con efecto, pretendia arrancarles, no solo la Moldavia, sino la Valaquia, adoptando por límite el lecho del viejo Danubio, que va de Rassoia á Kustendje, ademas la soberanía de la Servia que se empeñaba en hacer independiente, una porcion de territorio á lo largo del Cáucaso, y una suma de dinero que representara los gastos de la guerra. Para obtener tales concesiones de la Puerta, determinada á mantener la integridad de su imperio, todavía se necesitaba lo menos una campaña, y de las mas felices.

Por todos estos motivos, el emperador Alejandro no buscaba guerra con Francia, y sobre todo, si se veía reducido á hacerla, deseaba aplazarla; pero sacrificios habia que estaba resuelto á no conceder en manera alguna, rehusándolos no obstante con formas que pudieran al menos hacer tolerable la negativa ó retardar sus consecuencias. Aquellos sacrificios á que no queria resolverse eran comerciales.

Muchos habia hecho declarando la guerra á la Gran Bretaña, principal consumidora de los productos naturales de Rusia, y cuya ausencia de sus mercados empobrecia mucho á los grandes propietarios del imperio; mas se habia resignado á tal guerra por ser condicion de la alianza con Francia, y ser esta alianza condicion de las dos conquistas en que tenia puesto el empeño, Finlandia al Norte y las Provincias danubianas al Mediodia. Ir mas allá, y despues de privarse del todo del

comercio con Inglaterra, interrumpir el que hacia con los americanos, era cosa á que deseaba sustraerse para no irritar á sus súbditos demasiado. Y no eran de gran fundamento las razones que alegaba en excusa, siendo casi todos los americanos defraudadores, pues ó habian salido de América durante el embargo, segun se ha dicho, en cuyo caso eran defraudadores hasta para la autoridad americana, ó habian salido despues de alzado el embargo, y la mayor parte, como se sabia de cierto, iban á la Habana, á Tenerife y aun á Lóndres, á comprar géneros coloniales de propiedad inglesa, haciéndose convoyar en seguida por el pabellon de la Gran Bretaña, para llegar así escoltados á los puertos rusos, donde vendian azúcares, café, algodones, palo de tinte, que tanto anhelaba el continente por no entrar mas que escasas porciones despues de la policía continental por Napoleon establecida, y traian á Lóndres granos, hierros, cáñamos, que componian el precio de su cargamento. Y no eran solamente los americanos los falsos neutrales, á quienes quiso recibir Rusia, siendo los suecos intermediarios no menos cómodos para ella y mas descarados en fingir su clase. A pesar de que Napoleon habia concedido la paz á los suecos á condicion de que rompieran toda relacion mercantil con Inglaterra, establecieron en Gothemburgo, en el fondo del Cattogat, un inmenso depósito, donde bajo pretexto de admitir neutrales, y con especialidad americanos, admitian simplemente ingleses, sin comprobar siquiera la nacionalidad del pabellon, cargaban despues las mercancías que habian recibido en sus propias naves, y bajo su nombre las trasportaban á los puer-

tos rusos. Verdad es que, deseando Alejandro encerrarse en la observancia estricta de los tratados, habia erigido un tribunal de presas para condenar á los americanos, no procedentes de América con evidencia, ó á los suecos portadores de mercancías inglesas harto á las claras. De esta suerte apresaba y confiscaba cierto número de bageles; pero, si consentia en entorpecer y disminuir su comercio, no se atemperaba á destruirlo. Aun los negociantes en grande podian cambiar los granos, las maderas, los cáñamos por azúcares, cafés, algodones, que despachaban en Rusia, ó que por un vasto acarreo, muy lucrativo para los aldeanos rusos, trasportaban á Königsberg en la frontera de la vieja Prusia, ó á Brody en la frontera de Austria, desde donde eran conducidos á Leipsick y Francfort en carros alemanes. Siendo muy alto el precio á que el bloqueo continental habia hecho subir estas mercancías, cabia pagar su transporte por costoso que fuera, y acontecia que una porcion de azúcares producidos en la Habana, trasladada de la Habana á Inglaterra, de Inglaterra á Suecia por buques ingleses, y de Suecia á Rusia por buques americanos ó suecos, bajara despues de Rusia á Alemania, acarreándola carros rusos.

Aun cuando este tráfico no fuera expedito ni con mucho, todavía Alejandro se prestara á ponerle algunas mas trabas, pero nunca á suprimirlo del todo. Otro interés habia para su comercio que estaba determinado á no sacrificar de manera ninguna. De un modo alarmante bajaba el cambio, y habia lugar á temer que las relaciones externas se imposibilitaran completamente, si aun por largo tiempo era menester dar tan grande cantidad de

valores rusos para proporcionarse valores alemanes, franceses, ingleses, á fin de pagar en Francfort, París y Lóndres, lo que allí se habia comprado, consistiendo en el papel moneda la primera causa de la baja del cambio. Con efecto, acontecia al rublo lo propio que á la libra esterlina, y nada mas natural que los extrangeros no aceptaran sino con arreglo al descrédito del papel la libra esterlina y el rublo: segunda causa de esta baja era la disminucion que se manifestaba en la exportacion de los productos rusos por consecuencia de la guerra; y estribaba la tercera en la inferioridad de los rusos bajo el aspecto de la fabricacion, inferioridad que les obligaba á adquirir fuera todos los objetos de lujo. No habia modo de que cesaran las dos primeras causas, pues se necesitara sustituir oro y plata al papel moneda, ó dar á las exportaciones de Rusia una facilidad incompatible con la guerra; pero los comerciantes rusos se habian figurado que, si se prohibian los paños, las sedas, las telas de algodón y otros objetos procedentes del extrangero, los produciria la industria rusa, y desapareceria de consiguiente una de las causas de la baja del cambio. Posible era que se verificara así andando el tiempo, mas pensar que se consiguiera al instante, no pasaba de ser una de las esperanzas ilusorias que constituyen el consuelo comun de los intereses lastimados. Tales reclamaciones habia elevado con este motivo una comision de negociantes rusos, formada cerca del gobierno, que Alejandro se vió obligado á expedir un ukase prohibiendo todas las manufacturas inglesas, muchas manufacturas alemanas y algunas manufacturas francesas, por considerarse

que hacian concurrencia á la industria rusa, tales como los paños y las sedas. Por el ukase este se establecieron penas severas y muy semejantes á las introducidas por Napoleón en su código de aduanas, pues eran la confiscacion y la guerra.

Tal era el modo con que Alejandro pretendia corresponder á los empeños que en Tilsit contra-jo. Viendo á Napoleón no tener reparo en sus combinaciones mercantiles, y tan pronto prohibir con terribles penas los productos ingleses como admitir grandes cantidades de ellos bajo un impuesto muy lucrativo; viéndole igualmente rechazar del suelo francés los productos de naciones amigas, tales como los suizos ó los italianos, cuando hacian concurrencia á la industria francesa; se propuso tambien procurar sus conveniencias particulares, ateniéndose á la letra material de los tratados muy estrechamente entendida. Sentados estos límites, decidióse á parapetarse en ellos, con suavidad en la forma, con obstinacion en el fondo, y á mantenerse allí sin ruptura con Francia mientras le fuera posible, y en todo caso á no exponerse á la guerra hasta que se desembarazara de los turcos, pero á aceptarla antes que suprimir las reliquias de su comercio.

Temiendo, no obstante, que para con un carácter de la entereza del de Napoleón aun las mas suaves formas alcanzasen á precaver una ruptura, determinóse á tomar algunas precauciones militares, no amenazadoras aunque si de eficacia. Nada quiso hacer muy cerca de las fronteras polacas, dado que eran hasta cierto punto fronteras francesas; y así, abandonando la línea del Niemen, eligió su línea de defensa mas á la espalda, esto

es, junto al Dwina y el Dnieper, rios que, naciendo uno cerca de otro, trazan en su curso, el primero hácia el Báltico, el segundo hácia el mar Negro, una gran línea transversal del Noroeste al Sudoeste, que es en lo interior la verdadera línea defensiva de Rusia. Delante de un adversario tan impetuoso como Napoleon era menester dejar campo y establecer en el corazon del imperio el terreno de la resistencia. Ocupándose Alejandro personalmente en los detalles militares con hombres experimentados, dispuso que se construyeran obras de fortificacion en Riga, en Dunaburgo, en Vitpeck, en Esmolensko, y sobre todo en Bobruisk, plaza asentada junto al Berecina, en medio de los pantanos que hay á las márgenes de este rio. A estas obras defensivas que, en su concepto, no debian ser mas provocantes que las que Napoleon hacia construir en Danzick, en Mollin, en Torgau, añadió algunas providencias de organizacion militar. Desde la guerra con los suecos habian quedado en Finlandia cierto número de regimientos pertenecientes á divisiones estacionadas habitualmente en Lituania. A este punto hizo venir tales regimientos, y dedicóse ademas á mantener en pie de guerra todas las divisiones establecidas en las fronteras de Polonia, la mayor parte de las cuales se hallaba desde la paz de Tilsit en los mismos acantonamientos.

Adoptadas estas disposiciones, se esmeró Alejandro en atemperar á su política su lenguaje. Con Mr. de Caulaincourt se tenia que explicar sobre la admision de los neutrales en los puertos rusos, sobre la extension de las fronteras francesas hasta Hamburgo, sobre la toma de posesion del país de

Oldemburgo, sobre la formacion evidente, aunque disimulada, de una poderosa guarnicion en Danzick, puntos todos sobre los cuales resolvió explicarse con dulzura, y al mismo tiempo con firmeza, de modo de probar que tenia buenos informes, que no buscaba la guerra, pero que la haria en exigiéndosele ciertos sacrificios á que no se prestaba en ningun concepto, de modo, en fin, de no atropellar cosa alguna y de no producir una crisis cereana.

Algo de frialdad habia manifestado á Mr. de Caulaincourt despues del matrimonio que se descompuso, y despues de la negativa á la convenion referente á Polonia; frialdad que se dirigia al gobierno francés, y que procuró con mucho tacto que no fuera personal hácia Mr. de Caulaincourt. De éste sabia que, conociendo hasta qué punto se hacia su situacion dificultosa y deseando volver á Francia para casarse, habia solicitado y conseguido su relevo: no queria, pues, despedir descontento á un hombre á quien estimaba y amaba; y ademas ponia el anhelo en dar á su lenguaje un carácter amistoso que ya no se veia en sus actos. Por estas diversas razones afectó mantener al embajador de Francia el mismo favor de que habia gozado en San Petersburgo; vióle frecuentemente, con la misma familiaridad que antes, y con él multiplicó intimas conferencias de cuya sustancia ordinaria hay que dar idea.

Al decir de Alejandro, Napoleon habia variado visiblemente respecto de su persona, y de aliado íntimo en Tilsit, no menos íntimo en Erfurt, ya figuraba como uno de aquellos amigos indiferentes, próximos á declararse contrarios. Lo consideraba

y le dolia profundamente, porque no deseaba una ruptura y hacia todo lo posible para evitarla. Prescindiendo de lo que la guerra tenia de azaroso contra tan gran capitán como Napoleon y tan valiente ejército como el francés, era para él una humillacion verdadera, pues envolvia la condenacion del sistema de alianza que de tres años atrás, él solo y Mr de Romanzoff sostenian en el imperio. En este sistema de alianza persistia, y no disimulaba lo ventajoso que le era para obtener la Finlandia y las provincias del Danubio, estas últimas no conquistadas todavia, quizá por culpa de Francia hasta cierto punto, por no haber ayudado bastante á Rusia en Constantinopla. Mas si Rusia ganaba en este sistema, ¿qué no ganaba Francia, que desde 1807 habia invadido la España, arrancado al Austria la Iliria y una parte de la Galitzia, y convertido recientisimamente en departamentos franceses los Estados romanos, la Toscana, el Valais, la Holanda y las ciudades anseáticas? ¿Acaso se podian equiparar la Finlandia y las provincias danubianas con tan vastos reinos, con tan excelentes posesiones continentales y maritimas? Aunque pudiera quejarse de este modo de mantener el equilibrio entre los dos imperios, y sobre todo, de la extension de territorio que, ensanchando la Francia hasta Lubeck, la hacia frontera de Dinamarca y de Suecia, y casi vecina de Rusia, preferia no efectuarlo por el deseo de acreditar á Napoleon que ninguna rivalidad le animaba en su contra. Con todo, si renunciaba á lamentarse de la falta de igualdad en los provechos que sacaba cada cual de la alianza, ¿cabia que guardara silencio sobre la ocupacion de aquel ducado de Oldembur-

go, de tan tenue importancia para Napoleon y de tanto interés para la familia reinante de Rusia, y del cual no hubiera debido apoderarse puesto que, ganando tan poco, ocasionaba tanta pena á un aliado, acreedor cuando menos á que se le guardaran consideraciones? ¿No era irrisoria la indemnización de Erfurt que se ofrecía, y no semejaba añadir la burla al perjuicio causado? Sobre este perjuicio, manifestaba Alejandro que hubiera tomado su partido, reservándose indemnizar por sí á un tío á quien amaba tanto, pero que la falta de miramientos á Rusia le conmovía profundamente, menos por él que por la nación rusa, susceptible y altiva cual convenia á su grandeza. De esta suerte se daba por bueno lo que los enemigos de la alianza, tan numerosos en Europa, habian dicho sobre que Napoleon trataria al czar como á un jóven sin experiencia y sin carácter, á quien miraba como á un cliente maniático y sumiso, y de quien se cuidaba tan poco que le ocasionaria todas las desazones que pluguiera á su indole caprichosa. ¿Por ventura convenia darles la razon tan pronto y tan completamente?

Insistiendo en lo de la ocupacion de Oldemburgo, expresaba que le habia conmovido con especialidad por el efecto que produjo así en la córte como en el público, efecto deplorable, segun afirmaba, aun prescindiendo de todo vano amor propio. Respecto de la indemnizacion de Erfurt, sin caer en ridiculo no podia aceptarla, y por lo demas, rehusandola, nada pedía, pues nada se le podia ofrecer que no fuera arrebatado á algun pobre príncipe de Alemania, inocentísimo de todo el daño, y no queria que se le acusara de contribuir

á uno de aquellos violentos despojos que, ya hacia veinte años, estaban sublevando el sentimiento moral de la Europa. Sin duda no tenia necesidad de declarar que por el ducado de Oldemburgo no haria la guerra, pero deseaba no ocultar que estaba agraviado, sobre todo ofendido, y que, sin exigirle, sin designarla, esperaba una reparacion que satisficiera la dignidad ajada de la nacion rusa.

Y mientras tantos motivos le asistian de queja, decia ademas Alejandro, se le acababa de suscitar una disputa á causa de los neutrales admitidos en sus puertos, y sobre todo, á causa del ukase del 31 de diciembre. Ahora bien, declaraba con toda lisura que insistir en tal punto equivalia á exigirle la ruina total del comercio ruso, ya muy restringido por mil trabas, en lo cual no podia consentir de manera alguna. No á todos se alcanzaba en Europa el interés que tenian las naciones marítimas en resistir las pretensiones de Inglaterra, imponiéndose por tal motivo crueles privaciones, y no era de extrañar que en Rusia costara trabajo comprenderlo. Solo Alejandro y algunos súbditos ilustrados del imperio conocian este interés, no así la muchedumbre, pues no veia en el bloqueo continental mas que una de aquellas voluntades despóticas de la Francia, que era muy duro soportar cuando se estaba tan lejos de ella y con poder bastante para hacerse respetar en todo caso. ¿Y con qué título exigia Napoleon aquellos últimos sacrificios? ¿Acaso en nombre de los tratados? Fielmente practicaba el de Tilsit la Rusia: allí habia prometido ser hostil á Inglaterra, proscribir su pabellon desde entonces, y suscribir á los cuatro artículos del derecho de los neutrales, cumpliéndolo

asi todo. Declarado habia la guerra á la Gran Bretaña sin interés peculiar suyo: cerrado habia al pabellon británico sus puertos, buscándolo tan diligentemente bajo el disfraz americano que en aquel año habian sido apresados, condenados y confiscados mas de cien buques á pesar de suponer su procedencia americana; y ninguno habia sido admitido sin preceder un detenido exámen de sus papeles, practicado de acuerdo con monsieur Adam, ministro de los Estados Unidos. Verdad es que Napoleon pretendia que todos los americanos admitidos habian tocado en territorio de Inglaterra ó sido convoyados por sus bageles, lo cual probaba una connivencia interesada con ella, y era contrario á los decretos de Berlín y de Milán. ¿Pero habian de ser acaso obligatorios para Rusia estos decretos, que plugo á Napoleon agregar al derecho marítimo á título de represalias, y que declaraban desnacionalizados todos los barcos que hubiesen tocado en Inglaterra ó sufrido su convoy ó su vi-ta? ¿Se habria concertado Napoleon con la Rusia para dictarlos? ¿Y bastaba que él decretara en París cualquiera cosa para que desde el mismo instante hubiera obligacion de obedecerla en San Petersburgo? ¿Porque fueran aliados los dos imperios se habia de entender que se confundieran bajo la autoridad de un mismo soberano? Muchos hombres ilustrados cuestionaban hasta en la misma Francia sobre la eficacia de las nuevas providencias, y pretendian que de ellas les resultaba tanto perjuicio como á los contrarios. ¿No era lícito pensar en Rusia de igual modo y proceder á tenor de lo que se pensaba? ¿Qué caso hacia el mismo Napoleon de sus propios decretos? Después

de dictarlos, después de quererlos imponer no solo á Francia, sino á todo el continente, no acababa de quebrantarlos de la manera mas extraña adoptando el sistema de las licencias, segun el cual todo buque podia ir á los puertos de Inglaterra y volver cargado de productos británicos mediante ciertas condiciones? ¿No habia hecho mas con la tarifa del 3 de agosto, y autorizado introducciones inmensas de productos ingleses mediante un derecho de cincuenta por ciento? Ahora bien, suponiendo que los americanos admitidos en los puertos rusos fueran todos ingleses, lo cual distaba mucho de lo positivo ¿habia Rusia nada mas extraño que lo realizado por Francia con sus últimos decretos? Y si era lícito á ésta violar el bloqueo á condicion de que se exportaran sus vinos ó sus sedas y de que se le pagara un impuesto enorme, ¿no seria lícito á aquella admitir productos, quizá ingleses, pero mas probablemente americanos, á fin de despachar sus maderas, sus cáñamos, sus hierros y sus granos? Cuando Francia no sabia aguantar las privaciones del bloqueo por una causa que era suya, ¿se habia de obligar á las demas naciones, por una causa que no les tocaba sino de una manera accesoria, á sacrificios y á una abnegacion de que no se les daba ejemplo? Semejante sumision no se podia exigir mas que de esclavos pródigos de su vida para defender á un amo, que ni aun se digna exponerse al peligro. Rusia no se hallaba en este caso respecto de nadie: ella habia contraido el empeño de ser hostil á Inglaterra y lo cumplia exactamente: habia excluido el pabellon británico, seguia excluyéndolo y buscándolo bajo sus diversos disfraces, pe-

ro no iria mas allá, y continuaria reconociendo y admitiendo á los neutrales. En cuanto al ukase del 31 de diciembre no habia que decir palabra para quien quisiera considerar el verdadero derecho público de las naciones. Sin ponerse en hostilidad con una potencia, cada cual era dueño de excluir productos determinados exteriores por favorecer la creacion de productos semejantes dentro del pais propio. Esto no era hostilidad ni aun signo de malevolencia, pues, sin dejar de profesar amistad á un pueblo, licito era á cada cual preferir el suyo. Ahora bien, Rusia juzgaba que la compra demasiado cuantiosa de las manufacturas extranjeras contribuia á la baja del cambio en su casa, baja que habia llegado á ser alarmante; creíase tambien idónea para fabricar tejidos de algodón, paños, telas de seda, espejos, y queria probarlo. Nadie le podia disputar este derecho: ni por tibieza, ni por enojo contra Francia excluia tales ó cuales mercancías suyas, sino porque á su vez se proponia fabricarlas; y la prueba era que por el mismo acto acababa de prohibir todas las manufacturas inglesas y muchas manufacturas alemanas. ¿No habia procedido Francia del propio modo y con análogas miras respecto de ciertas procedencias rusas como, por ejemplo, las potasas? No hay de consiguiente (repelia Alejandro) nada por qué reconvénirme, pues soy rigurosamente fiel á la alianza. Cierito es que admito á los americanos, algunos de los cuales pueden ser ingleses, á pesar de las indagaciones que practico para no caer en engaño, pero los necesito, pues sin ellos una parte de mis súbditos pereceria de hambre. Con esto no faltó mas que á los decretos de Berlin y de Milan, á cu-

va observancia no estoy obligado, y á los cuales Napoleon falta antes que nadie, como lo testifican sus licencias y su tarifa de cincuenta por ciento, y debe dejarme en paz ya que me atengo á la conducta que él mismo sigue, mas que yo, menos legitimamente que yo, pues no seria mucho pedir que se atuviera á observar sus propios decretos. Por lo demas, francamente declaro que no puedo ceder en este punto; no cederé, tenedlo entendido, y no me atormentéis sin fruto, pues me forzaréis á la guerra y no la deseo, antes bien ansio perseverar en la alianza. Esta alianza tiene para mí de bueno y de malo, pero entré en ella y quiero seguirla; en primer lugar por decoro, y por interés en segundo, pues un sistema no produce sus frutos si hasta que maduren no se persevera. He adquirido la Finlandia, lo reconozco: adquiriré la Moldavia y la Valaquia, si me sirven bien mis generales y si mi aliado no me desampara en Constantinopla: convengo en que son buenos frutos de la alianza, aunque no tan buenos como la España, los Estados romanos, la Toscana, la Westfalia, la Holanda, las ciudades anseáticas. No obstante, sin comparar los provechos, quiero perseverar en la alianza y hacer que de ella se derive la paz con Inglaterra, que consolidará todas nuestras adquisiciones, y que no se puede obtener sin perseverancia. Algunas barricas de azúcar ó de café, que pueda yo tomar en Lóndres sin saberlo, ó sabiéndolo como el emperador Napoleon lo hace, no valen la pena de un resfriamiento, ni como inconvenientes son para comparados á los propósitos que origina ya y originará mas todavia nuestra desavenencia. Cien veces mas satisfaccion causará á In-

glaterra la esperanza de desunirnos que la que experimentalmente resulta de la introducción de todo el azúcar y todo el algodón acumulados en Londres. Permanezcamos unidos, firmemente unidos, perdonándonos unos á otros muchas cosas inevitables y necesarias, y ahorrándonos sobre todo de inútiles disputas que, con gran daño de la alianza y de la paz general, serán divulgadas bien pronto. En cuanto á mí sé todo lo que se prepara en Danzick, todo lo que dicen los polacos y no me ofusco; ni un paso daré hácia adelante, y si se ha de disparar el cañon, dejaré que lo disparen los primeros. Entonces invocaré á Dios, á mi pueblo y á la Europa por jueces, y espada en mano moriré con mi nacion toda antes que doblar la cerviz á un injusto yugo. Por grande que sea el genio de Napoleon, por valientes que sean sus soldados, la justicia de nuestra causa, la energía del pueblo ruso, la inmensidad de las distancias, nos aseguran probabilidades muy ventajosas en una guerra que por nuestra parte no será mas que defensiva. Pero dejemos pronósticos tan tristes (añadía Alejandro estrechando afectuosamente la mano á monsieur de Caulaincourt); os aseguro, bajo mi palabra de honor, que no quiero la guerra, que la temo y que se opone á todas mis miras; pero que si á ella se me obligare, haréla enérgica y desesperada; pero no la quiero, os lo aseguro como soberano, como hombre de bien, como amigo, pues bajo todos estos títulos me avergonzaria de engañaros.

Siempre que Alejandro expresaba estas cosas, y acontecia muy á menudo, hacíalo con un acento de verdad contundente, con una mezcla de gracia,

de dulzura y de fuerza (1), que conmovia y apuraba á Mr. de Caulaincourt, el cual no sabia que responder á tantas razones, unas verdaderas, otras menos plausibles.

En cuanto á mí, como historiador sincero, amando á mi pais mas que á nada en el mundo, bien que no hasta el extremo de hacerle el sacrificio de la verdad, declaro, despues de haber consultado todos los documentos, que en mi opinión el emperador Alejandro no queria la guerra. Temíala profundamente, y aun cuando empezara á prepararse para ella, por desconfianza del carácter de Napoleon, hubiera hecho todo lo posible á trueque de evitarla, pues era para él, además de un grande peligro, la condenación de su política personal, una manifestación de haberse engañado al adoptar la alianza francesa en Tilsit, la renuncia á la Moldavia y la Valaquia (segun lo han acreditado los sucesos), y por último una temeridad inútil y sin objeto. Solo una cosa habia que pudiera determinar á Alejandro á la guerra, y era el interés de su comercio. Entorpecerlo mas allá del limite que se habia trazado, le era imposible segun el estado de los ánimos en Rusia. Bajo el

(1) Aquí he reproducido con exactitud muy escrupulosa las conversaciones de Alejandro contenidas en cien despachos, y debo de decir que, leyéndolos, se sorprende uno del conocimiento que ya este príncipe habia adquirido por entonces. De cierto el mas hábil consejero de estado francés ó ruso no hubiera expuesto mejor las razones que deducia el czar de los tratados y de la legislación para sostener la tesis que habia adoptado, y que desde su punto de vista estaba delicada y sólidamente razonada.

punto de vista del estricto derecho fundaba muy bien su dicho al sostener que no le obligaban los decretos de Berlín y de Milan, á cuyo tenor se quería prohibir la admision de los americanos que se hubieran comunicado con los ingleses: bajo el punto de vista de la alianza, y á título de amistad, sin duda hubiera debido excluir á los americanos convoyados por los ingleses en su mayor parte; pero habiendo Napoleon permitido por las licencias y por la tarifa del 3 de agosto la introduccion de los géneros coloniales ingleses, no podíamos en realidad exigir á favor de nuestra causa un celo que no manifestábamos nosotros; y conviene añadir que despues de los procederés en el asunto del matrimonio, despues de la negativa, aunque muy honrosa sin duda, á la convencion relativa á Polonia, no teníamos fundamento para reclamar y esperar una adhesion ilimitada. Digámoslo de una vez, habia tibieza en el emperador Alejandro, pero no proyecto de ruptura. A nosotros nos incumbia resolver si nos acomodaba pasar, lo cual era fácil de todo punto, de la tibieza á las hostilidades.

Tales eran las disposiciones de la corte de Rusia por consecuencia de las incorporaciones territoriales que habian llevado hasta Lubeck las fronteras francesas, y de las nuevas exigencias significadas por Napoleon sobre la ejecucion del bloqueo continental. Mr. de Caulaincourt, con perfecta sinceridad, comunicó á Paris todo, expresando su sentimiento personal de que el czar no queria la guerra. Solo habia callado una cosa, por ignorarla, y era el principio de los aprestos militares ya mencionados como resulta de las desconfianzas concebidas por el emperador Alejandro. Mas lo que no

pudo descubrir desde San Petersburgo, lo que no pudo recoger en medio del silencio que reinaba en su rededor, penetraronlo muy en breve los polacos del gran ducado y los del ejército sobre todo, y lo probaron con su vivacidad acostumbrada. Ansiando de corazon la guerra, pues de ella esperaban la completa restauracion de su patria, situados de avanzadas en las fronteras de la Rusia, no habian tardado en saber, sin embargo de lo mucho que se esmeraba la policia rusa en interrumpir las comunicaciones, que se removia tierra junto al Dwina y el Dnieper; que se ejecutaban trabajos en Bobruisk, en Vitepsk, en Esmolensko, en Dünaburgo y hasta en Riga; y averiguaron ademas que retornaban tropas desde Finlandia á Lituania. Con la mejor fé del mundo tomaron estos hechos por signos infalibles de una guerra cercana, y abultáronlos al trasmitirlos al general Rapp, gobernador de Danzick, quien se los participó á Napoleon, segun debia. Al cabo de pocas semanas ya habia sonado el rumor en toda Polonia de una ruptura cierta entre Francia y Rusia, y mil ecos llevaron este rumor de Polonia á Alemania. Francia fué el único pais que no lo reprodujo, por estar mudos todos sus ecos; mas lo supo el comercio por cartas y lo propaló de resultas.

Noticioso Napoleon por Mr. de Caulaincourt de las respuestas que Alejandro oponia á sus manifestaciones, y por el general Rapp de los hechos averiguados por los polacos, sintió una impresion muy profunda: experimentó y manifestó mucho enojo contra Mr. de Caulaincourt, diciendo que éste no conocia las cuestiones tratadas por el emperador de Rusia, y que se habia manifestado muy

débil en las cuestiones que tuvo con este soberano: mandó replicar sin demora que los americanos eran todos ingleses, sin lo cual los ingleses no les dejaran libre paso; que era menester no reconocer ningun neutral, pues ya no le habia; que las licencias de que se sacaba un argumento en su contra no tenian la menor importancia; que necesitando los ingleses de granos, se los enviaba en cantidad exígua y se los hacia pagar á precio muy caro, obligándoles á recibir ó vinos ó sedas; que respecto de la introduccion mas considerable sin duda de los géneros coloniales mediante el derecho del cincuenta por ciento, habia que tener presente que para el comercio inglés era ruinosa; que, permitiéndola, no se hacia mas que sustituirla al contrabando, el cual con una prima de cincuenta por ciento lograba siempre introducir azúcares y cafés á pesar de cuanto se ejecutara para impedirlo: que por lo demas consentia en este método de introduccion, y aun habia instado al emperador Alejandro á que lo adoptara en Rusia, de lo cual sacara grande provecho su tesoro; que el mejor medio de alcanzar la paz marítima era la guerra á los productos ingleses; que las combinaciones que proponia eran las mas ajustadas á las dificultades naturales de la empresa, debiendo sus aliados fiar del todo en su experiencia, si eran sinceros, pues no podria reputarlos sino bajo esta condicion como verdaderos aliados.

Pero Napoleon experimentó otro sentimiento muy distinto de la irritacion ó del deseo de argumentar al saber la ejecucion de los trabajos junto al Dwina y al Dnieper y los movimientos de tropas desde Finlandia á Lituania. Con la presteza

comun de su espíritu y de su carácter vió al punto en estas simples precauciones la guerra proyectada, declarada, comenzada, y concibió el deseo impetuoso de que no le cogiera desprevenido. Tantas veces habia ya experimentado con Inglaterra en 1803, con Austria en 1805 y 1809, con Prusia en 1806, con Austria en 1805, como de lo que al pronto era tibieza se derivaba la desconfianza, de la desconfianza los preparativos y de los preparativos la guerra, que, imbuido del todo en este encadenamiento rápido de consecuencias, no tuvo la duda mas remota de que dentro de un año ó de algunos meses se le vendria encima la Rusia. De haber sabido hacerse justicia á sí propio y comprender por cuánto entraba su carácter en esta pronta sucesion de las cosas, reconociera que, aun cuando se armara la Rusia á impulsos de muy natural desconfianza, á su arbitrio estaba la guerra del todo, con libre eleccion de tenerla ó de no tenerla, á tal que supiera refrenar sus pasiones, pues evidentemente Rusia no la queria, á no ser que se le exigiera mas de lo que se hallaba dispuesta á consentir relativamente al comercio. Y lo que Napoleon reclamaba de Rusia no era indispensable para el logro de sus designios, dado que, exigiendo de ella la ejecucion del bloqueo continental de continuo, y aun exigiéndosela mas rigurosa, lo cual cabia en lo posible, manteniéndose en paz con ella, quedando por tanto en libertad de llevar nuevas fuerzas á la Peninsula contra los ingleses, perseverando en el sistema adoptado de hacerles sufrir grandes apuros mercantiles y un revés militar importante, debia así venir á parar muy en breve á la paz marítima, es decir, general, y á obtener al

cabo la consagracion de sus grandezas por todo el mundo. Pero acostumbrado á mandar como amo; irritado de hallar oposicion alguna por parte de una potencia á la cual habia vencido, bien que no abrumado; pensando que era menester darle una nueva y última leccion; forjando con este motivo sofismas amoldados á sus pasiones, como se los forjan hasta los talentos mas eminentes; diciendo que necesitaba aprovecharse de ser aun jóven para anonadar todas las resistencias europeas y dejar al inmediato sucesor del imperio una dominacion universal y definitivamente aceptada; comenzando sobre todo con la movilidad de un carácter ardiente á bastarse del plan reducido á buscar en España el término de sus largas luchas; fatigado de los obstáculos con que allí tropezaba, de las lentitudes que retardaban sin cesar la consumacion de sus designios; achacando estas lentitudes, no á la naturaleza de las cosas, sino á sus lugartenientes; embelesado súbito con la idea de encargarse de la gran solucion en persona, aun á costa de descuidar el Mediodía por ir á dar al Norte una de aquellas terribles estocadas con que sabia herir tan atinadamente, á impulso de tanta fuerza y á tan larga distancia, y de llevarlo así todo á feliz remate dentro de algunos meses, en vez de arrastrarse todavía por entre las intrincadas dificultades de la guerra de la Península durante años; arrebatado, dominado, obcecado por una porcion de pensamientos que llegaron á la vez á asaltarle, vió de pronto una nueva guerra con Rusia como cosa escrita en el libro del destino, como el término de sus gigantescos trabajos, y dentro de sí halló firmemente arraigada la resolucion de hacerla, sin

que se pudiera dar cuenta del dia y la hora en que esta resolucion se habia formado.

Vivamente concebida en su espíritu idea semejante, lanzóse con increíble prontitud á ponerla en planta. Sin investigar si la culpa era suya ó de Rusia, si la causa del conflicto previsto estaba en él ó en ella, si dependeria de su voluntad sola, de su voluntad mejor ilustrada, el precaver la guerra, tuvo por seguro que Rusia se la haria dentro de poco; que, para declararsela, elegiria el momento en que victoriosa de los turcos, por haberles arrancado el abandono de las Provincias danubianas, pudiera disponer libremente de todas sus tropas; que entonces ajustaria la paz con Inglaterra, y despues de haber obtenido por sí la Finlandia, la Moldavia, la Valaquia, trataria de obtener por Inglaterra la Polonia, con grave perjuicio y para eterna confusion de la Francia; y de todo esto dedujo la necesidad de adoptar precauciones en el instante y de estar prevenido aun primero que Rusia. Desde entonces (enero y febrero de 1811) comenzó los aprestos para una guerra decisiva en las vastas llanuras del Norte. Ya resuelto á no guardar consideracion alguna á Rusia, á someterla absolutamente como á Prusia y á Austria, le asistia razon para poner manos á la obra lo mas pronto posible, antes de que aquella quedase desembarazada de la guerra contra los turcos.

Para la guerra del Norte la principal dificultad que habia que vencer era la de las distancias. Llevar del Rhin al Dnieper de quinientos á seiscientos mil hombres; llevarlos con un enorme material de trenes de puentes á fin de cruzar los mayores rios del continente, con una considerable cantidad

de raciones tanto para los hombres como para los caballos, á fin de subsistir en un país donde los terrenos puestos en cultivo eran tan escasos como los habitantes, y que probablemente se hallaria devastado de igual modo que Massena halló á Portugal; ir con este material detrás de un pueblo desesperado por entre llanuras sin límites que se extienden hasta los mares polares, era una dificultad prodigiosa y por el arte militar no superada todavía, pues cuando los bárbaros en lo antiguo se arrojaron sobre el imperio romano, y los tártaros sobre la China y la India, vióse á la barbarie invadir la civilización y vivir con la fecundidad de sus recursos; al paso que la civilización, por hábil y animosa que sea, necesita superar una dificultad de monta si quiere invadir la barbarie para arrollarla, y es la de llevar consigo cuanto no ha de hallar en su marcha.

Aunque de la memoria de Napoleon se hubieran borrado algun tanto los obstáculos de todas clases con que tropezó en 1807, previendo por las devastaciones de lord Wellington en Portugal los medios desesperados que no dejarían de emplear sus enemigos, conocia que las distancias serían el principal escollo que le opondrían los hombres y la naturaleza. Para salvarlo tenia que cambiar su base de operaciones, estableciéndola, no ya junto al Rhin, sino junto al Oder ó junto al Vistula, y hasta si podia ser junto al Niemen, esto es, á trescientas ó cuatrocientas leguas de las fronteras de Francia, y con su vasta inteligencia, ya Napoleon habia trazado rápidamente su plan de campaña, como que era extraordinario y sin par en semejantes combinaciones.

Junto al Elba tenia la importante plaza de Magdeburgo, precioso resto de la corona del gran Federico, resto quedado en su poder y apenas dado á su hermano Gerónimo: junto al Oder tenia á Stettin, Custrin, Glogau, otros restos de la monarquía prusiana, retenidos en prenda hasta el pago de las contribuciones debidas por Prusia: además junto al Vistula tenia á Danzick, gran plaza y ciudad alemana y eslava, prusiana y polaca, constituida en ciudad libre bajo la protección de Napoleon, pero libre como con tal protector cabia serlo, y ocupada ya por una guarnición francesa. Por último, entre estas diversas plazas se hallaba el cuerpo del mariscal Davout que podia servir de núcleo al ejército mas brillante. De todos estos escalones proyectaba Napoleon servirse para hacer llegar sin tardanza y aun sin ruido un inmenso material de guerra, y con este material una inmensa reunión de tropas del Rhin al Elba, del Elba al Oder, del Oder al Vistula, del Vistula al Niemen. Conseguirlo esperaba ocultando sus primeros movimientos á los ojos del enemigo, alegando falsos pretextos cuando ya no pudiera tenerlos ocultos, declarando el proyecto de una negociación armada luego que ni los pretextos valieran de nada, y finalmente, en el postrer momento trasladándose por una marcha rápida desde Danzick á Koenigsberg, de manera de dejar á la espalda y de librar de manos de los rusos las ricas campiñas de Polonia y la antigua Prusia, apropiarse los recursos de ellas y economizar de esta suerte el mas tiempo que pudiera los recursos que hubiere reunido. Sirviéndose de estos mismos escalones queria Napoleon llevar su base de operaciones tres-

cientas ó cuatrocientas leguas adelante para hacer que el Rhin estuviera junto al Vistula y el Niemen, que Estrasburgo y Maguncia estuvieran en Thorn y en Danzick, y aun quizá en Elbing y Koenigsberg.

Pero por mucho que se esmerara en ocultar, ó á lo menos en disimular la intencion de estos movimientos de hombres y de cosas, siempre chocaria bastante á los ojos menos perspicaces para que, advertida á tiempo la Rusia, tomara tambien sus precauciones y se lanzara de pronto sobre las comarcas á cuya ocupacion queria Napoleon anticiparse, y tratara asi de hacer mas extenso el espacio devastado que nos separara de ella. En este caso, ademas del peligro de dejar en el poder de sus tropas los campos mas fértiles del Norte, habia el inconveniente de hacer inevitable la guerra, pues si el gran ducado de Varsovia era invadido por la Rusia, ya no permitia el honor que duraran las paces. Ahora bien, considerando Napoleon inevitable la guerra con esta potencia, no apetecia mas que anticiparsela en los aprestos militares, pues hay que repetir que, al acometer tan pronto á unos como á otros, ya no cedia á su gusto por la guerra, sino á su pasion de dominacion, y calculaba que, haciendo sus preparativos al punto, interim Rusia ocupada en Oriente se veia obligada á aplazar sus represalias, podria estar dispuesto y armado del todo junto al Vistula, cuando ella volviera de las márgenes del Danubio; que por tanto se encontraria en proporcion de libertar de sus estragos la Polonia y la antigua Prusia, y quizá lograria intimidarla hasta el extremo de obtener de ella, por medio de una negociacion armada, la sumi-

sion á sus miras que estaba resuelto á conquistar por la guerra, si de otro modo no podia alcanzarla. Y aun llevaba los delirios de su vasta imaginacion hasta esperar que, merced á sus inmensos recursos, merced á sus numerosas poblaciones, que conjeturaba hacer francesas, colocandolas dentro de cuadros franceses, merced á sus riquezas, fruto de su economía y de sus exacciones comerciales, podria á la vez continuar la guerra en el Mediodia y prepararla en el Norte, perseguir á los ingleses hasta las extremidades de la Peninsula por un lado y acumular por otro tantos soldados en Polonia, que espantada Rusia se doblara á sus voluntades ó quedara anonadada. ¡Fatal pretension la de abarcarlo todo, que debia serle funesta, pues por grande que fuera, habia de abrigar temores de que sus dos brazos no se pudieran extender desde Cadiz hasta Moscou, ó que, si podian alargarse á tanto, no fueran tan fuertes como se necesitaba para descargar golpes decisivos, sobre todo cuando para llegar junto al Volga fuera menester atravesar campos cubiertos de ruinas, erizados de hielos, sembrados de odios!

Tal fué, pues, la idea de Napoleon al empezar sin demora sus preparativos; ante todo, si era inevitable la guerra, hacerla antes que Rusia se embarazase de Turquía; despues, elegir para armarse el momento en que, ocupada esta potencia en otro punto, no pudiera responder á un acto amenazador con un acto agresivo, encontrarse asi junto al Vistula antes que ella y con fuerzas tales que, sin venir á las manos, pudiera obtener los resultados de la guerra.

En el conjunto de providencias indispensables,

Danzick, por su situacion junto al Vistula, por su extension, por sus fortificaciones, debia ser el principal objeto de nuestros cuidados, pues estaba destinada á figurar como depósito no menos vasto que seguro de todos nuestros recursos materiales. Despues de Danzick merecian atencion muy privilegiada las plazas de Thorn y Modlin junto al Vistula, de Stettin, Custrin y Gólgau jnto al Oder, de Magdeburgo junto al Elba. Ya Napoleon habia reforzado la guarnicion de Danzick, dando órdenes de seguida para que ascendiera á quince mil hombres: aumentó las tropas de artilleria y de ingenieros que eran francesas; agrególas un regimiento francés de caballeria ligera, y dispuso que se enviara allí un nuevo regimiento de infanteria polaca, tan segura como la nuestra. Esta infanteria, sacada de las plazas de Thorn, Stettin, Custrin, Gólgau, fué allí reemplazada por regimientos del mariscal Davout, de modo que tales movimientos fueran poco notados por hacerse á cortas distancias. A su hermano Gerónimo, al rey de Wurtemberg, al rey de Baviera, pidió Napoleon que le proporcionaran un regimiento cada uno con el fin de tener en Danzick tropas alemanas de toda la Confederacion. A sus expensas completó el abastecimiento de las plazas de Stettin, Custrin, Gólgau, Magdeburgo. Del rey de Sajonia exigió que volviera á empezar los trabajos de Thorn junto al Vistula, de Modlin en la confluencia del Vistula y del Burg, plaza importante que, segun se debe de tener presente, hacia de Varsovia una capital de dificilissima defensa. Careciendo de recursos rentisticos el rey de Sajonia, ideó Napoleon distintos medios para proporcionárselos: desde luego tomó

á sueldo de Francia los dos nuevos regimientos polacos que acababa de pedirle, despues hizo que en Paris se abriera un empréstito en favor suyo por medio de la casa de Laffite, que debia dirigir al tesoro sajón los fondos procedentes de este empréstito como si los recibiera del público, siendo asi que realmente los recibia del tesoro imperial. Ademas envió Napoleon cañones y cincuenta mil fusiles á Dresde, bajo pretexto de una liquidacion pendiente entre Francia y Sajonia, y que se saldaba con remesas de material, segun se decia. Llamó, distrayéndole de los asedios que tenia á cargo en Cataluña, al general Haxo para que fuera á trazar el plan de las nuevas fortificaciones, tanto en Danzick como en Thorn, unas y otras á costa de Francia. Abundando en Danzick hierro y madera, dispuso Napoleon construir allí muchos trenes de puentes que, llevados en carros debian ser arrastrados por miles de caballos y de servir para cruzar todos los rios, ó como decia Napoleon, *para devorar todos los obstáculos*. Por los canales que unen á Westfalia con Hannover, á Hannover con Brandeburgo, á Brandeburgo con Pomerania, despachó un inmenso convoy de bateles cargados de balas, de bombas, de pólvora y de municiones confeccionadas. Un destacamento francés debia ir en custodia de estos bateles y á su bordo, y de sacarlos de los pasos dificiles que hubiese. Bajo pretexto de abastecer á la guarnicion de Danzick, dióse al general Rapp orden de que comprara grandes cantidades de trigo y avena, y de hacer una pesquisa secreta de las porciones de cereales que existian habitualmente en esta plaza, con el fin de apoderarse de ellos en un momento dado. Siendo Danzick el granero del

Norte, se podía allí encontrar alimento para un ejército de quinientos á seiscientos mil hombres. Sobre todas las cosas que iban á pasar por su mano, debía el general Rapp, según Napoleón le escribía, *obrar y cortar su lengua.*

Además de los puntos de apoyo que Napoleón tenía en el Norte, tales como Danzick, Thorn, Stettin, Custrin, pensaba en crearse en el centro de Alemania un depósito que fuera tan vasto y seguro como el de Danzick, bien que situado entre el Oder y el Rhin y capaz de contener á un enemigo que viniera por mar. En tal posición ya tenía á Magdeburgo, pero esta plaza de gran fuerza y en la cual se necesitaba hacer poco, estaba muy arriba en el Elba, demasiado lejos del mar, y no situada de manera de contener á Hannover, á Dinamarca, á Pomerania. Por el contrario, todas las ventajas de situación de que Magdeburgo carecía, juntábalas Hamburgo: si el numeroso vecindario de esta ciudad ofrecía algún peligro de revueltas, también abundaba en material de todas clases, y Napoleón juzgaba con fundamento que un ejército no halla los inmensos recursos de que tiene urgencia, sino en el seno de poblaciones acumuladas, provistas de todo lo necesario para el mantenimiento, la vivienda, el vestido, el acarreo. Igualmente reflexionó que, siendo Hamburgo principal cabeza de los tres nuevos departamentos anseáticos, siempre habría allí aduaneros, recaudadores de contribuciones, gendarmes, marinos, soldados salientes de los hospitales, batallones de depósito, diez ó doce mil franceses, que juntos compondrían una guarnición poderosa, y más dejando constantemente en la plaza un núcleo de tropas de

artillería é ingenieros. Además Hamburgo tenía la ventaja de poder abrigar en sus aguas la escuadrilla de las costas, pues recibía en sus aguas grandes corbetas y hasta fragatas. De consiguiente Napoleón ordenó que se ejecutaran importantes trabajos para abarcar, ya que no en un recinto continuo, al menos en una serie de obras bien enlazadas, esta vasta ciudad anseática, que iba á ser cabecera de nuestro establecimiento militar en el corazón de Alemania y camino de Rusia.

A los numerosos puntos de apoyo situados en esta vía, necesitaba Napoleón añadir medios extraordinarios de transporte, para superar la formidable dificultad de las distancias, que según se ha visto, era la principal de la guerra que se prevenía. Ya había hecho mucho á favor de esta parte importante de los servicios militares. Con efecto, en las guerras de principios del siglo, los viveres, las municiones y aun la artillería se fiaban á simples carreteros, ó se exigían sobre los lugares, ó eran suministradas á compañías de asentistas, llenando muy mal sus deberes, sobre todo en los momentos de peligro. Napoleón había fiado antes que otro alguno la artillería y las municiones, cuyo transporte y cuya custodia tiene á cargo esta arma, á conductores soldados, gobernados como los demás por la disciplina y honor militares. Lo propio había hecho respecto de los bagajes de las tropas, tales como viveres, útiles, camillas, formando batallones denominados del tren, que custodiaban cajones numerados á las órdenes de oficiales y de sargentos. De estos batallones había en Francia, en Italia, en España: habiendo perdido los que se hallaban en este último punto sus carros y

sus caballos, casi estaban en cuadro, y así no podían prestar en la Península ningún servicio. Después de reunir Napoleón en un pequeño número de estos cuadros las reliquias de hombres y de caballos, dirigió hacia el Rhin los cuadros ya disponibles, ordenando que fueran completados, y sin revelar el motivo, dispuso que en Placencia, en Dole, en Besanzon, en Hamburgo, en Dantzick, se fabricaran numerosos cajones. No faltaba más que proporcionarse caballos, bien que se podían comprar á última hora en Francia, en Suiza, en Italia, donde abundan los de tiro. Fuera de los vastos almacenes establecidos junto al Vistula y junto al Niemen, proyectaba Napoleón llevar consigo víveres para veinte ó treinta días y para cuatrocientos mil soldados. Nunca se había concebido la guerra en tamañas proporciones, y si causas morales no venían á desbaratar estos esfuerzos prodigiosos, la civilización iba á ofrecer en el año de 1812 el espectáculo de la mayor dificultad superada jamás por hombres.

Para hacer frente á todos estos dispendios, tenía Napoleón el producto de las presas de los géneros coloniales, que habían proporcionado sumas cuantiosas, sobre todo en el Norte, con lo que se hallaba el dinero á mano. A los cuidados para el material se debían unir los cuidados para el personal del futuro ejército de Rusia. Por primera vez desde muy atrás había trascurrido un año, el de 1810, sin conscripción ó quinta: cierto es que el cupo de 1810 se había sacado en 1809 por la costumbre ya establecida de exigir con un año de anticipación cada cupo; mas al cabo á los ojos de la población se había descansado por un año del es-

pectáculo aflictivo de los sorteos, y la quinta de 1811 se hallaba intacta á principios de año, sin haber sido llamada antes de cumplir la edad del servicio. Napoleón determinó que se sacara inmediatamente, reservando para 1812 la del mismo año, si de los preparativos se pasaba á la guerra. Mandó, pues, al ministro Clarke, duque de Feltre, que de los quintos batallones, que eran los del depósito, pasaran á los cuartos los reclutas ya instruidos, y dejara en dichos quintos batallones, lugar para la conscripción que iba á ser efectuada. Determinó que los soberbios regimientos del cuerpo del mariscal Davout, que debían servir de núcleo al grande ejército, se aumentarán con un regimiento ligero, lo cual les haría subir á diez y seis, y recibirían inmediatamente su cuarto batallón, no teniendo allí más que tres cada uno, y se les agregaran los regimientos holandeses recién incorporados al ejército de Francia, los tiradores del Pó y también los tiradores corsos. Esta excelente infantería, con cuatro regimientos de coraceros, seis regimientos de caballería ligera y ciento veinte bocas de fuego, debía presentar un cuerpo de ochenta mil hombres, sin par en Europa, salvo entre ciertas tropas del ejército de España. Napoleón decretó que se completaran inmediatamente los coraceros, los cazadores y los húsares, desparados por los acantonamientos de Picardía, de Flandes y de Lorena, comprendiendo más de veinte regimientos, pudiendo suministrar aun veinte mil ginetes cabales, dignos compañeros de la infantería del mariscal Davout. Tanto en las orillas del Rhin como en las costas del canal de la Mancha y de Holanda había regimientos de infantería de

Las famosas divisiones de Boudet, Molitor, Carra-Saint Cyr, Legrand, Saint-Hilaire, que habian sostenido los combates de Essling y de Aspern. Trasládando á mas de los batallones de depósito, á los batallones de guerra á los reclutas ya instruidos, se podian proporcionar á estos regimientos tres excelentes batallones, y mas adelante cuatro, si la guerra no tenia lugar hasta 1812. Asi debian presentar los elementos de un segundo cuerpo tan poderoso como el primero, escalonado algo mas alla del Rhin, y con destino á reemplazar junto al Elba al mariscal Davout, cuando este se adelantara hácia el Oder. Quedaba el ejército de Italia, apoyado por el de Iliria á la derecha, y por el de Nápoles á la espalda. Ya Napoleon habia traído á Lombardia muchos regimientos del Friuli, sustituyéndolos en esta provincia con un número igual de regimientos de Iliria: tambien habia llamado de Nápoles á muchos regimientos que á Murat no le hacian falta. No temiendo desguarnecerse por la parte de Italia en el estado de sus relaciones con Austria, proponíase formar entre Milan y Verona un buen cuerpo de quince á diez y ocho regimientos de infantería, de diez regimientos de caballería, al cual vendrian á juntarse los treinta mil lombardos que componian el ejército propio del reino de Italia, siendo fácil completarlos con los hombres ya instruidos en los depósitos, y que iban á ser reemplazados por la conscripcion de 1811. De consiguiente al desemboque de los Alpes se podía tener muy en breve un tercer cuerpo, que á la primera señal pasara del Tirol á Baviera, de Baviera á Sajonia, donde encontraría ya preparados y aguardándole á los ejércitos sajón y polaco.

El proyecto de Napoleon, si la guerra con Rusia le sorprendia este mismo año, es decir, en 1811, lo cual no creia, estribaba en llevar sin demora junto al Vistula el cuerpo del mariscal Davout, fuerte de ochenta mil hombres, y cuyas avanzadas se encontraban ya junto al Oder, movimiento que se podia ejecutar en un abrir y cerrar de ojos, tan luego como los rusos inspiraran una inquietud seria. Estos ochenta mil franceses debian encontrar á cincuenta mil sajones y polacos escalonados desde el Wartha al Vistula, una guarnicion de quince mil hombres en Dantzick, presentando asi al enemigo una primera masa de cerca de ciento cuarenta mil combatientes, muy bastante para contener á los rusos, si estos habian desplegado una actividad poco presumible. Veinte mil coraceros y cazadores, los mas veteranos ginetes de Europa, habrian de ir detrás sin tardanza: aprestado estaria con pocos dias de intervalo el cuerpo formado junto al Rhin y fuerte de sesenta mil hombres; y con un mes de posterioridad, el ejército de Italia, los contingentes alemanes y la guardia imperial harian subir á trescientos mil hombres las fuerzas del imperio contra la Rusia. Muy dudoso era que los rusos, aun sacrificandola guerra de Turquía, hubiesen podido reunir en igual espacio de tiempo medios de tanta monta.

Así, dando por supuesta una sorpresa, poco verosímil, es decir, las hostilidades en 1811, Napoleon debia estar mejor preparado que los rusos. Pero si, como parecia indicarlo todo, la guerra era á la vez inevitable y diferida, teniendo tiempo de llamar la conscripcion de 1812 despues de la de 1811, Napoleon estaba en proporcion de juntar fuer-

zas todavía mucho mas impouentes, dado que podia elevar los regimientos del mariscal Davout á cinco batallones de guerra, los del Rhin á cuatro, los de Italia á cinco, todos sus regimientos de caballeria á mil doscientos hombres, y hacer ingresar finalmente el sobrante de las conscripciones de 1811 y de 1812 en cierto número de cuadros de batallones sacados de España, cuidando de no tomar mas que el cuadro, y de dejar en España todo el efectivo. Gracias á estos diversos medios podia Napoleón presentar trescientos mil franceses y cien mil aliados junto al Vistula, una reserva de cien mil franceses junto al Elba, ciento treinta y cinco batallones de depósito ocupados dentro del imperio en instruir á los reclutas y en guardar las fronteras, sin que por virtud de estas diversas medidas se hubieran debilitado las tropas destinadas á la Peninsula de un modo sensible: armamento formidable que debia hacer temblar á la Europa, embriagar de orgullo demente al conquistador que poseia estas muchedumbres armadas, y aun quizá asegurar el triunfo de sus gigantes pretensiones, si el lazo que unia esta inmensa máquina de guerra no llegaba á ser roto por accidentes físicos siempre de temer, ó por causas morales ya fáciles de columbrar.

No se limitó Napoleón á estas precauciones militares, antes bien dió á su diplomacia un sesgo en armonía con sus designios, y particularmente en lo relativo á Turquía y á Austria.

En Turquía habia sido fiel á los empeños contraídos con el emperador Alejandro, tanto en Tilsit como en Erfurt, y nunca habia ejecutado cosa que pudiera hacer desistir á la Puerta de abando-

nar las provincias danubianas á Rusia. De continuo dijo allí por conducto de su encargado de negocios, Mr. de Latour-Maubourg, y en secreto á los turcos, que no les creia en estado de disputar á la Rusia por largo tiempo la Moldavia y la Valaquia; que les aconsejaba por tanto la cesion de estas provincias, pero de nada mas que ellas, pues, si Rusia llevaba mas lejos sus pretensiones, se hallaba dispuesto á dar apoyo á su resistencia. Efectivamente, cuando, á propósito de los limites de la Besarabia y de la Moldavia, se habia tratado de adelantar la frontera rusa hasta el viejo Danubio, cuyo lecho se halla entre Rasowa y Kustendje, aconsejó á los turcos que rehusaran la concesion esta, y aun les ofreció un tratado de garantia, por el cual, una vez estipulada la frontera del Danubio con Rusia, se comprometia á mantener la independencia y la integridad del imperio otomano mas allá de esta frontera.

Pero al dar la diplomacia francesa tales consejos y muestras de interés á los turcos, hallóles malisimamente dispuestos respecto de ella. Desde las entrevistas de Tilsit y de Erfurt, cuyos pormenores comunicaron los ingleses á la Puerta, exagerándolos en gran modo, se consideraron absolutamente abandonados los turcos á la Rusia por Francia, la cual, al decir de ellos, habia hecho traicion á una amistad que databa de muchos siglos. A tal punto habia llegado su desconfianza que nada se prestaban á creer de cuanto les decia la legacion francesa, reducida entonces á un simple encargado de negocios. No solo se sentian profundamente lastimados en su interés mas apremiante, el de las provincias danubianas, sino ofendidos en su orgu-

Hó, pues Napoleón, por descuido ó por resultas del primer fervor hácia la alianza rusa, no habia dado respuesta á la carta notificatoria en que el sultan Mahmoud, al suceder al desgraciado Selim, le dió parte de su advenimiento al trono. Así los turcos apenas aguantaban al representante de Francia en Constantinopla, no le hablaban sino para quejarse de lo que llamaban traicion nuestra, no le oían sino para manifestarle una desconfianza casi oprobiosa. Al consejo de ceder las provincias danubianas respondieron muy indignados, declarando que jamas abandonarían ni un solo palmo de territorio, y á la oferta de apoyarles, si se les exigía algo mas allá de la línea del nuevo Danubio, respondieron con una indiferencia demostrativa de que no contaban con nuestro apoyo en ningun caso.

Napoleón se habia lisonjeado de que á las primeras sospechas de nuestras desavenencias con Rusia cambiaria esta situacion de repente; de que la misma Inglaterra, deseando poner término á las hostilidades entre turcos y rusos, para proporcionar á estos el libre uso de sus fuerzas, se inclinaria á aconsejar al divan la cesion de las provincias danubianas; de que desde entonces se sentirian los turcos tan mal dispuestos hácia Inglaterra como lo estaban á la sazón hácia Francia; de que, viéndonos enemigos de los rusos, otra vez nos empezarian á mirar como amigos, y de que ya así se lograria hacerles oír propuestas de alianza. De consiguiente previno á Mr. de Latour-Maubourg, encargándole la mayor reserva respecto de la legacion rusa, que nada perdonara á trocque de bienquistarse con los turcos; que les declarara á medias palabras el resfriamiento entre Francia y Rusia; que les hicie-

ra comprender cómo Rusia se veria obligada en breve á llevar sus fuerzas á otra parte desde el Danubio; que se abstuvieran por tanto de celebrar con ella una paz desventajosa, y que por el contrario siguieran la guerra estipulando una sólida alianza con Francia. Dispuso que Mr. de Latour-Maubourg les explicara lo pasado por las propias faltas de ellos; por la muerte de Selim, el mejor amigo de Francia, á quien habian degollado cruelmente; por la debilidad, por la movilidad con que se abandonaron á Inglaterra, lo cual habia obligado á Francia á aliarse con Rusia. Sin embargo, Mr. de Latour-Maubourg debia decir que era menester olvidar lo pasado, pasado ya desvanecido y sin ninguna fatal resulta para los turcos, á tal de que se volvieran á intimar con Francia, y se le unieran francamente, pues de este modo salvarian las provincias danubianas, que estaban amagados de perder á consecuencia de una paz con Rusia.

Mr. de Latour-Maubourg no debia decir esto sino poco á poco, una cosa tras otra; y cuando sucesivamente llegara á noticia del público la indisposicion de Francia con Rusia, se podian presecutar á esta nacion como efecto de su propia conducta las propensiones de Francia á entenderse al fin con la Puerta. Ordenes tenia Mr. de Latour-Maubourg para ser muy prudente y para portarse de modo que pudiera retroceder á tiempo en el caso de que se operara una avenencia imprevista con el gabinete de San Petersburgo. Se le debia de avisar del momento en que las relaciones con este gabinete no consintieran ya ninguna esperanza de acomodo, y en que se pudiera proceder á cara descubierta.

Respecto de Austria se debieron hacer aberturas de la misma clase y con no menos prudencia. No eran tan grandes los tropiezos en Viena como en Constantinopla, pues el matrimonio había unido á las dos cortes y á los dos pueblos, y el alumbramiento de la emperatriz María Luisa, que se aguardaba de un día á otro, facilitaría aun más la intimidad completa; y sobre todo si era varón el que naciera. Napoleón había despedido á Mr. de Metternich á Viena con la carta más amistosa para su suegro, y con la renuncia al artículo más importante del último tratado que limitaba á ciento cincuenta mil hombres el ejército de Austria, lo cual era una muestra de confianza y un signo muy marcado de afecto. Además Mr. de Schwarzenberg había hecho algunas insinuaciones de que se podía inferir la posibilidad de una alianza. Abandonando Napoleón la alianza rusa tan pronto como en Tilsit la contrajo, ordenó á Mr. Otto que en sus conferencias con Mr. de Metternich figurara no comprender lo que deseaba la Rusia; se mostrara incomodado, fatigado del espíritu inquieto, inconstante, ambicioso de esta corte; espresara un vivo sentimiento con motivo de las provincias danubianas que había empeño en abandonar á los rusos; y añadiera que, ya que un matrimonio unía á las dos cortes de Schoenbrum y de las Tullerías, y ya que parecía que iba á nacer un heredero de este enlace, llegado era el caso de no sacrificar el Oriente de Europa á odios extinguidos por dicha entre Francia y Austria. Estas aberturas debían ser hechas con mesura, muy despacio, por medio de palabras sueltas y que no se harían significativas del todo interin los representantes de Austria

en París y en Viena no manifestaran deseos de entenderse más de plano. Respecto de la legación rusa en Viena se recomendaban á Mr. Otto sumo secreto y grandes consideraciones.

Imposible era que tantos movimientos militares, tantos regiros diplomáticos fueran por largo tiempo un arcano para la corte de Rusia. A mayor abundamiento existía el llamamiento de la conscripción de 1811, que, ejecutándose en virtud de un decreto del senado, era un acto público destinado á ser universalmente conocido el mismo día en que se llevara á cabo. Con todo, Napoleón estaba resuelto á disimular estas operaciones hasta donde le fuera posible, y á no llegar á las declaraciones sino en el último extremo, queriendo siempre hallarse establecido sólidamente sobre el Vistula antes de que tuvieran tiempo de presentarse allí los rusos. Por consecuencia reguló el lenguaje de sus agentes para con el gabinete de San Petersburgo en esta forma.—Respecto de la guarnición de Danzick, que iba á ser aumentada, se debía decir que un inmenso armamento inglés dirigido hácia el Sund y con tropas de desembarco, exigía que una ciudad como Danzick no se dejara expuesta á las empresas de la Gran Bretaña, añadiendo además que las tropas en marcha hácia esta ciudad eran alemanas, y que por tanto no debían inspirar recelo ninguno. Del propio modo habría que explicar las remesas de material que iban del Rhin al Vistula por los canales alemanes. En cuanto á los fusiles y cañones despachados á Sajonia, se debía alegar que, teniendo que recibir el monarca sajón algunas cantidades de Francia y careciendo de un material proporcionado á sus nuevos estados, se le pa-

gaba en productos de las manufacturas francesas, reputadas entonces como las primeras de Europa para la fabricacion de armas. Acerca de la conscripcion se debía manifestar que, no habiéndose sacado la que al año de 1810 correspondia, y absorbiendo muchos hombres la guerra de España, se llamaba ahora para esta guerra únicamente parte del cupo del año de 1811. Por último, cuando estuvieran agoladas todas estas explicaciones y acabaran por no tener valor alguno, Mr. de Caulaincourt estaba autorizado para declarar que efectivamente podía suceder que Francia se armase con doble idea, contra los ingleses y los españoles por un lado, y contra los rusos por otro; que sin duda á estos no se les quería hacer guerra, pero que se abrigaba mucha desconfianza respecto de sus intenciones; que se acababa de saber que llegaban tropas de Finlandia á Lituania, y se construian trincheras junto al Dwina y el Dnieper, y por consiguiente, si el gabinete de San Petersburgo quería saber la causa verdadera de los armamentos de Francia, debía buscarla en los armamentos de Rusia; que si pedia una explicacion aquel gabinete, se le reclamara oportunamente otra, pues, hablando con franqueza, se suponía que Rusia, segun sus preparativos, segun su conducta á propósito de los neutrales, pensaba terminar pronto la guerra de Turquía, y tras de obtener el precio de su alianza con Francia por la agregacion de Finlandia, Moldavia y Valaquia al imperio de los czares, celebrar la paz con Inglaterra y disfrutar así lo que hubiese adquirido, abandonando al aliado á quien se lo debía todo; que bajo esta hipótesis misma, no la peor imaginable, pues no era traicion, sino sola-

mente abandono, como que no se avanzaba hasta suponer que Rusia declarara la guerra á Francia, era menester no hacerse ilusiones teniendo Napoleón tomado su partido, y que la simple paz con la Gran Bretaña, sin añadir las hostilidades contra Francia, se consideraria como una declaracion de guerra y obligaria á empuñar al punto las armas.

Por tanto Mr. de Caulaincourt tenia ordenes para oponer pregunta á pregunta, queja á queja, y sobre todo á no precipitar nada, pues Napoleón quería ganar tiempo con el fin de poderse adelantar hacia el Vistula poco á poco, mientras Rusia se hallaba junto al Danubio retenida por el deseo y la esperanza de conseguir que las provincias danubianas fueran al cabo suyas.

Tales habian sido las providencias de Napoleón á los primeros signos de mala voluntad que descubrió por parte de la Rusia y que se atrajo él con sus propios actos, tratandola chauto ligeramente á propósito del proyecto de matrimonio con la gran duquesa Ana: negándose á firmar la convencion relativa á Polonia (único punto sobre que tenía razón); ensanchando sus ocupaciones de territorio hacia el Báltico de una manera alarmante para los Estados del Norte; tratando, en fin, al duque de Oldemburgo con extraño olvido de los miramientos debidos á un cercano paciente del emperador Alejandro. Cualesquiera que fuesen las causas de la situacion esta, los hechos eran irremediables, y queriendo Napoleón estar pronto en aptitud contra Rusia, no podia ya dedicar mas que á medias atención y recursos á España. Ya no habia que pensar en su presencia, que por sí sola valiera muchos batallones, y sus ejércitos, privados de él

en 1809 por la guerra de Austria, en 1810 por el matrimonio con María Luisa y las cosas de Holanda, iban á padecer igual privacion en 1811 por los preparativos de la guerra de Rusia. Tampoco habia ya que pensar, segun el estado de las cosas, en una fuerza suplementaria de sesenta ú ochenta mil hombres que fuera de súbito á abrumar á los ingleses en Torres-Vedras, pues se trataba de preparar rapidamente tres cuerpos de ejército entre el Rhin y el Vistula. No obstante, quedaba el empleo mas ó menos hábil de las fuerzas existentes en la Península. Ya Napoleon, con algunos cuadros sacados del Piamonte y de Nápoles, habia organizado una division de reserva para Cataluña, á fin de acelerar los sitios de Tortosa y de Tarragona. Con los reclutas, sacados de los depósitos y destinados á completar los ejércitos de Andalucía y de Portugal habia organizado otra division de reserva para enviarla á Castilla. No queria revocar ninguna de estas providencias, y con tales recursos, con el cuerpo del general Drouet, con el ejército de Andalucía, esperaba proporcionar al mariscal Massena auxilios bastantes para ponerle en situacion de que triunfara de los ingleses. Por consecuencia, completando, precisando mas, despues de haber oido al general Foy las órdenes que tenia ya dadas, prescribió al general Caffarelli que apresurara la marcha de la division preparada para Castilla; prescribió al general Thouvenot, que mandaba en Vizcaya; al general Dorsenne, que con la guardia se hallaba establecido en Burgos; al general Kellermann, que se extendia desde Valladolid á Leon con la division de Seras y algunos destacamentos, no retener ninguna de las tropas del gene-

ral Drouet y dejarle pasar con sus dos divisiones sin hacerle perder un instante. A éste habia intimado que se diera cuanta prisa pudiese; que reuniera entre Ciudad-Rodrigo y Almeida todos los dragones que Massena habia dejado á su espalda, los soldados salidos de los hospitales, los viveres y las municiones que se debian haber preparado; que les agregara una por lo menos de sus dos divisiones, si no podia moverlas ambas, y marchara con estas fuerzas y un gran convoy en socorro del mariscal Massena, restableciera con él las comunicaciones á toda costa, no perdiendo, al restablecerlas, las suyas con Almeida y Ciudad-Rodrigo, y prestara en suma al ejército de Portugal todos los servicios que dependieran de él sin consentir que le cortaran por la parte de Castilla la Vieja, llamando al general Dorsenne, si necesitaba ser socorrido. A éste habia preceptuado Napoleon al mismo tiempo que ayudara al general Drouet, sobre todo si habia algun empeñado lance con los ingleses, bien que no dispersandose, no fatigando á la guardia, que en ciertas eventualidades podia ser llamada á retroceder camino hácia el Norte.

Sobre estas órdenes expedidas á Castilla la Vieja despachó Napoleon otras no menos terminantes para Andalucía. Al general Soult previno que enviara hácia el Tajo el quinto cuerpo, mandado por el mariscal Mortier y compuesto, segun suponía, de quince á veinte mil hombres, aunque para ejecutar estas instrucciones fuera menester debilitar el cuarto cuerpo, que guardaba el reino de Granada. De un pequeño tren de sitio se debia proveer el quinto cuerpo á fin de concurrir al ataque de Abrantes, atropellando á las miserables tro-

pas que, bajo las órdenes de Mendizabal, O'donnell y otros, formaban una especie de ejército de observacion en torno de Badajoz, de Olivenza, de Elvas, y yendo seguidamente á toda prisa á ayudar al mariscal Massena á ocupar las dos orillas del Tajo. Además, estrechó á su hermano José para que se privase de las tropas que no le fueran indispensables y las enviara sobre Alcántara; aceleró la formación de la division de reserva destinada á Cataluña para reforzar al mariscal Macdonald, que debia ayudar al general Suchet en la ejecucion de los sitios de Tortosa y de Tarragona; recomendó al general Suchet que apresurase estos asedios con el fin de que pudiera marchar mas pronto contra Valencia, y apoyar despues al mariscal Soult hacia Portugal en sus operaciones; y por último ordenó al almirante Gaucete que estuviera pronto á embarcar á bordo de diez y ocho navíos algunos miles de hombres que se hallaban en Tolón juntos. Con esta especie de reflujó de todas las fuerzas de la Península sobre el Tajo, se lisonjeaba de proporcionar á la vez un socorro material y moral á Massena, pues hacia que se inculcara á todos los que debian dar auxilio al ejército de Portugal que nada de la Península igualaba en importancia á lo que acontecia entre Santarem y Lisboa, como que de ello dependia quizá hasta la suerte de toda Europa.

Adoptadas por Napoleon estas providencias, y despues de haber otorgado al general Foy las recompensas que merecian sus servicios, confiriéndole el grado de general de division y el descanso de que necesitaba á causa de su herida, le hizo volver á partir á Portugal con el fin de entregar al

mariscal Massena instrucciones, aunque ya despachadas por conducto de muchos oficiales. En ellas Napoleon anunciaba á este mariscal todos los socorros que le estaban destinados, todas las órdenes expedidas tanto al general Drouet como al mariscal Soult para que llevasen la concurrencia de sus fuerzas junto al Tajo; le recomendaba asegurarse de las dos márgenes de este rio, á fin de poder maniobrar sobre la una y sobre la otra; echar un puente, sino dos, segun se habia ejecutado en Viena para no verse expuesto á perder sus comunicaciones, y prepararlo todo en suma para la agrecion del quinto cuerpo, y, ya unido con el mariscal Mortier y el general Drouet, atacar al frente de ochenta mil hombres las lineas inglesas, y, si no podia ganadas, permanecer por lo menos delante de ellas, estar allí lo mas posible, apurar á los ingleses, reducir al hambre á la poblacion de Lisboa y multiplicar, en fin, para el enemigo las pérdidas de hombres y de dinero, pues, mientras esta situacion durara, la ansiedad en que se tenia al gobierno y al pueblo de la Gran Bretaña habia de producir tarde ó temprano, y mas con el aditamento de los sufrimientos mercantiles, una revolucion en la politica de Inglaterra, y por consiguiente la paz general, objeto en aquel instante de todos los esfuerzos de la politica francesa.

Mientras se consumaban en el Norte los sucesos cuya relacion acaba de leerse, el mariscal Massena, pasando el invierno de 1810 á 1811 á las orillas del Tajo, entre Santarem y Punhete, haciendo los mayores esfuerzos por alimentar allí sus tropas y preparar el paso del rio, no habia recibido desde la partida del general Foy ninguna noticia

de Francia. De consiguiente, se hallaba en aquel punto, cerca habia de cinco meses, sin comunicacion de su gobierno, sin socorros, sin instrucciones, y desplegando toda la fuerza de su carácter para sostener la moral de su ejército, no entre los soldados que habian tomado alegremente su situacion extraña, sino entre los gefes, que estaban descontentos, desunidos, unos humillados de no mandar, otros disgustados de una campaña, donde no habia proeza que llevar a cabo, y si que acreditar mucha paciencia y resignacion grande.

Los soldados se habian creado costumbres singulares, que revelaban la indole flexible y enérgica de nuestra nacion. Careciendo de trigo, se habian habituado á vivir de maiz, de legumbres, de pescado salado, qual si hubieran nacido en las latitudes mas meridionales de Europa. De este régimen, tan nuevo para ellos, les resarcia el carnero, la vaca, el vino, que todavia no les faltaba; mas solo conseguian proporcionarse estos alimentos á costa de las mayores fatigas, y á menudo estaban obligados á irlos á buscar á tres ó cuatro jornadas del campamento, sobre todo, luego de agotar los alrededores. A esto iban en partidas á las órdenes de sus oficiales, y despojaban las haciendas, registraban los bosques, donde hallaban á veces á los paisanos escondidos con sus rebaños, y como en campos atrincherados, trababan con ellos la lucha cuando no podian obrar de otro modo, y despues de haber vivido bien durante la travesia, traian fielmente el botín con que debian vivir las tropas. En tal existencia habia una mezcla de buena y de mala fortuna, de combates, de aventuras extrañas, que agradaban á su imaginacion atrevida. Nadie puede ne-

gar que se cometieron muchos excesos en este despojo continuo del pais, que habia venido á ser su único medio de subsistencia, y á nadie puede causar maravilla. Solo es licito afirmar, por testimonio del general inglés mismo, que los franceses, siempre humanos, trataban á los portugueses, sus enemigos, mucho mejor que los ingleses, sus aliados. Órdenes del dia las mas enérgicas habia publicado el mariscal Massena para reducir al menor estrago posible aquel modo de alimentar la guerra con la guerra. ¿Y qué podia hacer cuando su gobierno le habia puesto en situacion de serle imposible mantener su ejército de otro modo? Además, conviene añadir que estos soldados, á pesar de tan largas excursiones para alimentarse ellos y alimentar á sus camaradas, volvian casi todos al campamento, y que, despues de muchos meses de semejante linage de vida, apenas faltaban algunos centenares de ellos; ejemplo bien raro, pues hay muy pocos ejércitos europeos que no se hubieran desbandado del todo de resultas de tan rudas pruebas. Sin embargo, se habian formado algunas tropas de merodeadores alemanes, ingleses, franceses (estos últimos en número escaso) que, graneciéndose en las aldeas abandonadas y dando allí toda nacionalidad y todo deber al olvido, vivian en el seno de una verdadera abundancia que se habian proporcionado con su culpable industria. Lo mas singular es que los franceses, siendo los menos numerosos de estas bandas, diéronlas gefe en un sargento diestro y tunante, que se puso á su frente y logró que le prestaran obediencia. Sin concertarse los dos generales en gefe, francés é inglés, coincidieron en el designio de hacer la guer-

ra á estos merodeadores, y los fusilaban implacablemente cuando les llegaban á echar mano.

Massena quiso que con el producto del merodeo regularizado se proporcionara cada cuerpo una reserva de galleta para diez ó doce dias, con el fin de poder subsistir si habia que concentrarse de pronto, ya para atacar al enemigo, ya para resistirle. Disgustados los cuerpos de la administracion general, á quien echaban muy injustamente la culpa de sus padecimientos, excluyéronla de toda participacion en su subsistencia, y se crearon efectivamente sus almacenes particulares con un verdadero egoismo por el cual nadie pensaba mas que en sí propio. No pudiendo así la vista del general en jefe penetrar en sus cosas, se llegó á hacer imposible averiguar lo que poseian respectivamente, obligarles á que se ayudaran unos á otros, y sobre todo abastecer los hospitales que á menudo carecian de lo necesario. Cuerpo habia, como el de Reynier por ejemplo, que situado en las estériles cumbres de Santarem, obligado á mantener muchos hombres sobre las armas, por la proximidad del enemigo, y no pudiendo enviar mas que muy pocos al merodeo, estaba frecuentemente reducido á la mas extremada penuria y se quejaba con vehemencia de su estado. Al principio, con el fin de igualar los padeceres se convino en que fuera Ney con el sexto cuerpo, á relevarle; despues éste, en el momento de cumplir su palabra, imaginó mil pretextos para excusarse, y limitose á enviar algunos quintales de granos á sus camaradas del segundo cuerpo. Con todo, le proporcionaron el pan y la carne, de que iba á carecer del todo, distintos hallazgos felices en las cercanias de Santarem y en

Santarem mismo, dentro de las casas abandonadas, y algunos audaces descensos á las islas del Tajo. En suma hasta el presente no se habia aun hecho sentir el hambre, y mucho mas se padecia bajo el aspecto del vestido. Destrozados estaban tanto el traje como el calzado; pero aun bajo este aspecto no faltó á los soldados industria. Con cueros cozidos aqui y alli se remendaron los zapatos, y los que carecian de ellos se arreglaron abarcas al modo que los montañeses de todos los paises las usan de la piel de los animales que les dan alimento. Con paño de todos los colores se compusieron los vestidos, y rotos ó extravagantemente remendados, atestiguan su noble miseria, sin quitar nada á su marcial porte.

Solo eran dignos de lástima los oficiales, pues nada habia que se igualara con sus escaseces. No teniendo para alimentarse mas que lo que debian al afecto de los soldados; no pudiendo como estos remendarse con sus propias manos el vestido, ni ponerse en los pies abarcas, hallábanse reducidos á pagar precios enormes por el mas mínimo servicio á los muy pocos operarios que habian quedado en Santarem y en algunas aldeas circunvecinas. Hasta cincuenta francos costaba la remonta de un par de botas, y para atender á estos gastos no habia ni el recurso del sueldo, atrasado ya en muchos meses. Así sufrían á la vez por la necesidad y la humillacion de su estado; con todo, les sostenia el sentimiento del deber, como el buen humor y el espíritu de aventuras sostenian á la masa de los soldados. Habiéndoles persuadido Massena de que estaban junto al Tajo para un grande objeto, de que muy pronto serian socorridos por fuerzas con-

sidrables, de que entonces podrían precipitar al mar á los ingleses, y de que entretanto era necesario ver de pasar el rio, ya para recoger las riquezas del Alentejo; ya con el fin de preparar las operaciones futuras, les absorbía completamente este paso del Tajo, sobre lo cual disertaban sin tasa. ¿Se podría echar el puente, se encontrarían los materiales, se lograría emplearlos despues de poder reunirlos, y en todo caso, valdria la pena de ser tentada esta operación azarosa? ¿Seria prudente, despues de efectuada, estar divididos en las dos márgenes del Tajo, ó valdria mas, ya echado el puente, aguardar á que un cuerpo francés viniera de Andalucía á dar la mano al ejército de Portugal? Tales eran las cuestiones que agitaban todos en diversos sentidos, y con la audacia de raciocinio peculiar de los ejércitos franceses, acostumbrados á discutir sobre todas las resoluciones que no ocupan mas que á los estados mayores en otros puntos.

La creación del tren de puente sin útiles, sin madera, casi sin operarios, era el primer problema que el general Eblé se habia lanzado á resolver con una perseverancia y una fecundidad de talento dignas de ser admiradas. Como se ha visto, hubo de disponer que le fabricaran azadones, hachas, sierras, y despues de proporcionarse estas herramientas indispensables, hubo de enviar á que se derribaran árboles á un bosque no lejano del campamento, los cuales, ya cortados, se fijaban por un extremo en la parte delantera de la cureña de los cañones, y arrastrando el otro por tierra, eran así conducidos á orillas del Tajo, por los caballos de la artillería, ya fatigados, desherra-

dos y mal alimentados; y hubo de hacer que aquellos troncos se serraran en tablas y que, arqueadas estas, fueran formando barcas capaces de sostener el tablero del puente. Por fortuna se hallaron algunos serradores portugueses, con cuya ayuda se pudo dar prisa á la aserradura de las maderas. Un préstamo de algunos miles de francos hecho, segun se ha visto, por los oficiales superiores y por los empleados del ejército, permitió pagar á estos operarios, pues desde la entrada en Portugal no se percibió la mas leve suma, ni allí se encontró una sola moneda, á causa del cuidado que pusieron los habitantes en llevarse consigo ante todo cuanto poseian en dinero. Por lo que hace á los operarios sacados del ejército, costó mucho determinarles á este trabajo, no habiendo manera de darles jornal, y no pudiendo el jornal proporcionarles tampoco ningun goce en un pais desierto. Alimentarlos bien era el único medio de retenerlos, y el general Eblé, aun prestándole Massena la ayuda de su autoridad, no lograba sino muy difícilmente que las divisiones próximas á los talleres alimentaran á algunos centenares de soldados que trabajaban para todos. Por dicha el excelente general Loisson, desviviéndose por el bien del ejército de continuo, costárale lo que le costara, aplicóse lo mejor que pudo á abastecer los talleres de los viveres necesarios. Merced á estos inauditos esfuerzos de inteligencia y de voluntad, el general Eblé adelantaba en su tarea, bien que resultara el inconveniente de la ruina de los caballos de artillería y de los bagajes. No habia granos que darles, y el forrage se limitaba á un poco de verde, pues en Portugal no se hallaba por el invierno; pero este alimento no

les daba gran fuerza, y así es que morían muchos. Ya el tren de artillería se había disminuido en cien carros y más, é iba á ser preciso reducir cada división á menos de dos piezas de artillería por cada mil hombres, proporeion la más restricta que puede admitirse. Sin embargo, este mal producía una ventaja, aunque á la verdad harto triste, la de inutilizar cierta porcion de cartuchos de cañon que se convirtieron en cartuchos de fusil para suplir los que el merodeo consumía de cotidiano.

Aun quedaba por vencer la última dificultad para reunir los materiales del tren de puente, y era proporeionarse cuerdas y medios de atraque, como anclas, ganchos, etc. Por un postrer milagro de industria, el general Eblé logró tener cordage, ya usando cáñamo, ya cuerdas viejas que en Santarem fueron halladas. También á falta de anclas hizo forjar ganchos, capaces de morder en el fondo del rio, y si conseguía botar las barcas al agua y colocarlas delante del enemigo, casi estaba ya en proporeion de fijarlas en ambas riberas.

Más ¿se podría echar el puente á la vista de los contrarios? Cuestion grave era esta que preocupaba á la sazón los ánimos de todos.

Trasladado fué, según se ha dicho, el taller de construcción desde Santarem junto al Tajo á Punhete junto al Zezere, y ocupáronse además entrambas márgenes de este rio con sólidos puentes de caballetes. Allí se estaba á alguna distancia del desemboque del Zezere en el Tajo, teniendo á la izquierda, y muy cerca á Abrantes, á donde lord Wellington había enviado todo el cuerpo del general Hill, y á la derecha, bien que mucho más abajo, á Santarem, á donde el mismo lord Welling-

ton había llevado sus avanzadas. Para echar el puente se necesitaba ante todo llevar las barcas del Zezere al Tajo, lo cual era fácil, pues no había más que abandonarlas á la corriente; más, después de llevarlas al Tajo, se necesitaba hacerlas remontar su curso para tratar de pasar al otro lado cerca de Abrantes, ó bien hacerlas seguir al hilo de las aguas para tratar de que cerca de Santarem fuera el paso. Si se hacían subir las barcas hasta las inmediaciones de Abrantes, se lograba la ventaja de encontrar el Tajo más encajonado por aquel punto y menos caudaloso por no haber aun recibido al Zezere, pero se tenían delante enemigos numerosos y bien situados, no pudiéndose operar contra ellos sino con parte de las fuerzas, pues el cuerpo del general Reynier tenía que permanecer en su campo de Santarem para hacer cara al grueso del ejército de los ingleses, si se lanzaban fuera de sus líneas con el fin de atacar las nuestras. Por el contrario, si se quería bajar hasta Santarem, como había manera de hacerlo, pues no era absolutamente imposible llevar allí las barcas sin que fueran destruidas, se obtenía la ventaja de operar con todo el ejército reunido, más se hallaba el Tajo de muy desmesurada anchura, y alternativamente angostándose ó ensanchándose de modo que no se sabía donde echar el puente ni cómo se harían practicables las avenidas. Se equilibraban, pues, las razones para decidirse por la una operación ó la otra. Cerca de Abrantes era más fácil de echar el puente, pero había que maniobrar con el ejército dividido: cerca de Santarem se concentraban muy bastante las tropas con el fin de defender nuestras líneas y de proteger el paso, pero el rio

era de una anchura y una desigualdad tales, que no permitian abarcar sus dos márgenes harto extendidas. Por último, tras de cualquier partido que se adoptara, y aun saliendo perfectamente, ¿no había que dividirse en las dos orillas del río, y que temer, si solo se dejaba a la izquierda un destacamento poco numeroso, que el puente sustentado con debilidad fuera destruido, y que, si por el contrario, se dejaba un cuerpo bastante, se le expusiera a perecer por un accidente como el que en Essling había ocurrido? Tales eran las diversas eventualidades que discutian los soldados con rara inteligencia y con prodigiosa sangre fría, pues no se echaba de ver el menor trastorno moral en las tropas. Por supuesto que cada cual resolvía la dificultad á su manera. Y la misma cuestion existía en los estados mayores. Reynier, que se hallaba mal situado y quería mudar de puesto, sustentaba que el paso del río era tan urgente como practicable, y aun se comprometía, mientras se ejecutara, á escarmentar á los ingleses, si les daba gana de atacar la posición de Santarem; pero el mariscal Ney, sobre quien pesaba la responsabilidad del paso, por estar situado detrás hácia el Zézère, y porque su posición, su energía y el recuerdo de Essling le designaban para esta operacion atrevida, sin negarse á echar el puente, parecía como que dudaba del éxito con el material de que se disponía y en presencia de un enemigo tan avisado como lord Wellington; y aun despues de ejecutado el paso, no respondía de ningún modo de las resultas que pudiera traer la rotura del puente. En cuanto á Junot, variable como el viento, tan pronto argumentaba en un sentido como en otro, con

Reynier opinaba por el paso del río, cuando estaba cerca de Ney lo consideraba imposible, y no podía ser útil sino en el instante de romperse el fuego.

Estas divergencias de pareceres no hubieran producido inconvenientes graves, á no ser por las expresiones amargas que se usaban respecto del general en jefe, como si fuera responsable de la extraña situación en que se encontraban junto al Tajo y no figurara cual la primera víctima de una voluntad inflexible, que adoptaba resoluciones lejos del terreno y de los sucesos, y con absoluto olvido de la realidad de las cosas. No se cesaba en cada cuartel general de usar un lenguaje sobremanera destituido de fundamento contra Massena, y de dar un peligroso ejemplo, el de la indisciplina de los espíritus, que en los ejércitos es la mas funesta de todas, pues, destruyendo la unidad de pensamiento y de voluntad, imposibilita la unidad de acción. Hasta Reynier, agriado por los padecimientos de sus tropas, se comenzaba á quejar y á no tener el juicioso comportamiento que antes. Junot, según su costumbre, explicándose como Ney en Thomar, como Reynier en Santarem, y no atreviéndose, vuelto al cuartel general, á llevar la contraria delante de Massena, á quien tenía poca estima, no se extraviaba, sin embargo, hasta el punto de faltarle al respeto exterior debido. Reynier acreditaba también este respeto en cierto modo. Al revés Ney había convertido su cuartel general de Thomar en un centro donde se reunían los descontentos de todo el ejército y donde en pública se pronunciaban las frases mas inconvenientes. Los miembros de la administración, á quienes la des-

confianza de los soldados habia privado de toda participacion en la subsistencia de los cuerpos, llevaron á Santarem su ociosidad murmuradora, y entre ellos no era el menos malévoló en el lenguaje el ordenador principal, deudo de Ney, y vuelto al servicio activo por la proteccion de Massena. Allí todas las providencias del cuartel general eran amargamente censuradas, y los padecimientos de una larga espera se imputaban, no á la política imperial, sino al general en gefe, bien inocente á la verdad de cuantos males se estaban sufriendo. A punto habian llegado las cosas que, desde que se tomó la nueva posicion junto al Tajo, no habia ido Ney á ver á Massena y permanecia en Thomar, cual si él fuera el general en gefe y Thomar el cuartel general de las tropas. Naturalmente á oídos de Massena llegaban todos estos pormenores, y aun cuando se irritaba á veces, muy luego recaia en su negligencia y sus desdenes habituales, dando bajo el aspecto de las costumbres un ejemplo mal adecuado á atraerse el respeto de sus subordinados, bien que bajo el aspecto de la firmeza y de la sangre fria dándolo tal que sus lugartenientes debieran imitarlo, de lo cual distaban en gran manera. Por lo demas esta triste indisciplina no habia descendido de los generales á los soldados: extraños estos á las envidiosas declamaciones de sus inmediatos gefes, confiados en el carácter, la gloria y la fortuna de Massena, contando con pronto socorros de Napoleon, pues no suponian que les enviara tan lejos para acosar á los ingleses sin propocionarles en breve el medio de salir con la empresa, aun esperaban llevar á cima las grandes cosas que se habian prometido de esta

campana; solo que, si estaban prontos á sacrificarse en las ocasiones de trascendencia, les repugnaba hacerlo en las que no lo eran de modo alguno. El triste estado de los hospitales, donde se carecia de medicinas, de camas y casi de alimentos, donde no llegaban los víveres sino por un esfuerzo enérgico y todos los días renovado de la voluntad del general en gefe, engendró en ellos la opinion de que hombre enfermo ó herido era hombre muerto. Así resueltos á morir en jornada decisiva sin quedar uno, los soldados pedian que se les ahorrara de escaramuzas, cuya necesidad no estaba demostrada. Sabedores ademas de que escaseaban las municiones, querian que se reservaran su sangre y sus cartuchos para el momento de decidirse en una gran batalla sobre la suerte de la Peninsula y de la Europa. Así este ejército, constante en su adhesion y su heroismo, soportando las privaciones y los padecimientos con una paciencia y una industria admirables, no habia perdido nada de su valor sino bajo el aspecto de la disponibilidad de todos los instantes: de continuo se le podian pedir grandes cosas, pero no siempre las pequeñas.

Ante situacion semejante se pueden avalorar la oportunidad, la utilidad, la exacta relacion con los hechos de las instrucciones imperiales, que recomendaban á Massena asegurarse el medio de maniobrar sobre las dos márgenes del Tajo; echar sobre este rio, no un puente, lo cual no era bastante seguro, sino dos, como se habia hecho sobre el Danubio; crearse vastos almacenes de víveres y municiones, á fin de poder prolongar su estada bajo los muros de Lisboa, tomar sobre todo á Abran-

tes, donde se debian hallar grandes recursos; hostigar á los ingleses de continuo; procurar atraerlos fuera de sus líneas para batirlos, etc. Sabias lecciones, sin duda, que no habia podido olvidar Massena, pues habia contribuido á asegurar el triunfo sobre el Danubio; pero de las cuales el mismo que las daba, grande como era y todo, se hubiera visto muy apurado en hacer aplicacion sobre el Tajo, sin madera, sin hierro, sin pan, sin los grandes recursos de la ciudad de Viena, sin la fertilidad de Austria, sin comunicaciones con Francia, sin obediencia á sus miras, sin ninguno de los medios, en fin, que le permitieron operar el paso del Danubio el mismo dia de la batalla de Wagram. Si Napoleon hubiera nacido sobre el trono, y figurara como heredero de veinte reyes, y no mirara sino como régia diversion la guerra, no adaptara de otro modo sus órdenes á la realidad de los sucesos. ¡Tan presto ciega la fortuna aun á los hombres superiores cuando se empeñan en querer sujetar, no sus deseos á la naturaleza de las cosas, sino la naturaleza de las cosas á sus deseos!

Contando siempre el ejército con prontos é importantes socorros estaba alerta á los menores indicios, á los menores rumores que pudieran revelar la aproximacion de tropas amigas. Un vago susurro, llegado á las avanzadas, hizo por un momento esperar la aparicion de un ejército francés y produjo una emocion de alegría desgraciadamente pasajera. Con efecto, una columna de nuestras tropas habia casi llegado á nuestras avanzadas junto al Zezere, mas tan pronto como hubo asomado desapareció de todo punto, y costaba mucho dar con la explicacion de este singular aconteci-

miento, que era bien sencillo á pesar de todo.

El general Gardanne, á quien el general Foy habia transmitido la orden de incorporarse al ejército con la brigada de dragones dejada á la espalda, con los hombres salidos de los hospitales, con los convoyes de viveres y de municiones, no habia podido juntar mas que trescientos ó cuatrocientos ginetes y de mil quinientos á milseiscientos infantes, sin añadir tampoco ni un saco de harina, ni un barril de cartuchos, ni un carro de transporte. Asi era realmente, pues faltó, desde la partida de Massena, de medios para proteger los caminos, estuvo en la imposibilidad de continuar el almacenaje de Salamanca y el abastecimiento de las plazas de Ciudad-Rodrigo y Almeida. Como todos los gefes de las provincias del Norte, solo habia vivido para salir del dia, pudiendo apenas extender su accion á algunas leguas de distancia y devorando todos los viveres que lograba proporcionarse. Al recibir por conducto del general Foy la orden antedicha, se puso en marcha con una columna de dos mil hombres, pasó por el Sur de la Estrella, siguió el valle del Zezere, segun se le habia indicado, y adelantóse hasta llegar á una jornada de las avanzadas del general Loisson delante de Abrantes. Allí, completamente preocupado de los peligros desconocidos que le rodeaban, habiendo oido decir y asistiéndole razon para creer que el ejército de Portugal tenia tantos enemigos detrás como delante, concibió miedo de que le cayera encima un cuerpo numeroso, y no hallando las avanzadas francesas, suponiendo que una fuerza erecida les hubiera obligado á replegarse, se volvió á toda prisa á Almeida, arrojando en este movimiento mas peli-

gros que los que le ponian en fuga. Sin embargo de esto, el general Gardanne era un militar entendido y valiente, pero en esta guerra de sorpresas y de aventuras, en la cual era de esperar todo, se temian tantos peligros como forjaba la fantasia. De vuelta en Almeida encontró alli al general Drouet, tantas veces anunciado y llegado á la postre, no con las dos divisiones de Essling, sino con una sola, la del general Conroux, pues la division de Claparede estaba detrás y muy lejos. Bajo el aspecto de la gente nada dejaban que desear estas dos divisiones, pues, aunque jóvenes, en la campaña de 1809 habian hecho un rápido y rudo aprendizaje de la guerra. Por desgracia ya iban muy fatigadas y disminuidas tras de atravesar la mitad de Francia y de España para trasladarse desde las costas de Bretaña á Castilla la Vieja. Todo lo mas contaba la division de Conroux siete mil hombres en estado de servicio. Mil menos tenia la division de Claparede, todavía en marcha, y así todo el cuerpo no podia reunir mas de quince mil hombres en disposicion de llevar armas.

Estrechado por las reiteradas instrucciones de Napoleon y con especialidad por las mas recientes á encaminarse á Portugal, á volver á abrir á toda costa las comunicaciones con Massena, á prestarle en fin cuantos servicios le fuera posible, el general Drouet no tenia que hacer mas que entrar inmediatamente en campaña, aun cuando no tuviese mas que la division de Conroux á la mano, no siendo menester que aguardara á la division de Claparede, pues señalando las instrucciones de Napoleon al noveno cuerpo el doble objeto de socorrer al ejército de Portugal y dejar con el espe-

ditas las comunicaciones, de manera que no tornaran á ser interceptadas, podia el general Drouet cumplir con la division de Conroux la primera parte de su encargo, y fiar á la division de Claparede el cuidado de cumplir la segunda. Aun cuando estuviera autorizado para requerir la espada del general Dorsenne, no pensó en efectuarlo, pues encontró apuradísimo en correr tras los guerrilleros, apesarado por las fatigas y la dispersion de la joven Guardia, y poco dispuesto, de consiguiente, á enviar hasta las fronteras de Portugal un destacamento de ella. Por único servicio le pidió que no detuviera á la division de Claparede, y dejando orden á ésta de situarse lo mas pronto posible á la entrada del valle de Mondego, entre Almeida y Viseo, de caer á todo trance sobre las partidas de Trent y de Silveira, y de mantener siempre desembarazado el camino hasta Coimbra, decidióse á marchar personalmente con la division de Conroux á fin de aproximarse al Tajo. Se agregó el destacamento del general Gardanne, de cuyo modo hizo subir el tan decantado socorro de las famosas divisiones de Essling solamente á nueve mil hombres. Verdad es que el general Drouet habia recibido el mando de la division de Seras, destacada del cuerpo de Junot anteriormente y destinada á guardar el reino de Leon, mas la encontró alli tan ocupada, que no hubiera sido cuerdo distraerla de su destino. Siguiendo el valle del Mondego se puso, pues, en camino al frente de sus nueve mil hombres, número que no bastaba para socorrer á Massena, pero con que habia de sobra para atropellar á todos los enemigos que pudiera encontrar al paso, aun cuando el rumor público elevaba su

guarismo á proporciones espantosas. Por lo demas, el general Drouet, al modo que el general Gardanne, no llevaba consigo ni dinero, ni víveres, ni municiones: inutilmente se hubiera comprometido el dinero, no pudiendo ser provechoso en las poblaciones desiertas que ocupaban las tropas: víveres y municiones no habia, y en todo caso menos hubiera habido aun medio de transportarlas. Hasta vióse obligado durante su permanencia en Castilla la Vieja á vivir de las provisiones de las plazas de Almeida y de Ciudad-Rodrigo, lo cual era una verdadera desgracia, puesto que una y otra podian ser embestidas por el enemigo tarde ó temprano.

Habiendo echado el general Drouet por el valle del Mondego, con el fin de acortar siguió la orilla izquierda y no la derecha de este rio: casi sin obstaculo traspuso la sierra de Murcelha, desembocó junto á Leiria, viviendo de lo que hallaba por el camino y sin que le costara trabajo dispersar á los corredores que rondaban en torno suyo. El ejército de Portugal, á cuyos oidos habia llegado el rumor de la tentativa del general Gardanne, experimentaba impaciencia muy viva por ver asomar una tropa francesa, aun cuando fuera una simple columna de algunos centenares de hombres. Se suspiraba por la comunicacion con Castilla la Vieja, y por Francia tanto como por los socorros; se queria, en fin, saber por todos si se les habia echado ó nó en olvido, si estaban ó nó destinados á realizar alguna cosa grande, practicable, sencillamente inteligible, dado que ningun correo se habia recibido de Francia desde el 16 de setiembre de 1810, dia del paso de la frontera de Portugal,

y era ya mediado enero de 1811. Asi, á pesar de la repugnancia á los combates en detalle, todos se habian prontos á los mas atrevidos reconocimientos, practicados con columnas de mil doscientos á mil quinientos soldados en todas direcciones, á lo largo del Tajo hasta Villa-Velha, á lo largo del Zezere hasta Pedragosa, junto al Mondego hasta Coimbra. Siempre fueron puestos en fuga el paisanage y los milicianos de Trent y Silveira, y todo se redujo á matar gente, quemar lugares, coger ganados, á veces granos, consuelo verdaderamente precioso en el estado de penuria que amenazaba, pero que no resarcia de las nuevas esperadas con tanta impaciencia y tan sin fruto. Especialmente de algunos dias atrás se habian visto á la orilla izquierda del Tajo masas de paisanos echando por delante sus rebaños á través de las llanuras del Alentejo, llevando sobre acémilas su ajuar, ganando las cercanías de Lisboa, cual si el ejército de Andalucía fuera tras de su huella, é infirióse que Napoleón habia quizá dado orden á Soult para que marchara á incorporarse al ejército de Portugal y que el mariscal la ponía en planta; de cuyas resultas fué general aunque de corta duracion la alegría en el campamento.

Por fin, al cabo de muchos dias de esta anhelante espera, una tropa de dragones, guiada por el general Gardanne, se juntó á las avanzadas de Ney entre Espinhal y Thomar. Se reconocieron, se abrazaron con efusion, se contaron por una parte las perplejidades de una larga y angustiosa expectativa de muchos meses, por otra los azares amenazadores arrostrados en vano con el fin de incorporarse al ejército. Deplorando el general Gardanne

ne su expedicion del mes anterior mas vehementemente que nadie, creyó enmendar sus yerros, por los cuales no habia quien pensara en reconvenirle, con anunciar maravillas á sus camaradas impacientes de cerciorarse de lo que se iba á hacer por ellos. A su decir, ademas de su propia brigada, traia el general Drouet una fuerte division, no parando en esto, pues detrás seguia otra; que el noveno cuerpo reunido no bajaria de veinte y cinco á treinta mil hombres; que lo acompañaria la abundancia, como que en Salamanca existia un tesoro, y que, ya restablecidas las comunicaciones, todo llegaria holgadamente, asi los viveres como las municiones. Sabido es cuantas exageraciones, á la verdad muy dignas de excusa, nacen de estas efusiones entre militares que se vuelven á ver tras de grandes peligros. Apenas tuvo lugar este encuentro, esparcióse desde Thomar á Santarem en todo el ejército la noticia de la aparicion del general Drouet, que produjo una especie de entusiasmo. Contando con la próxima llegada de treinta mil camaradas suyos, los soldados de Massena, se creyeron capaces de intentarlo todo muy luego y se abandonaron á las esperanzas mas halagüeñas. Bastante corto el invierno en aquellas regiones iba á ceder el puesto á la primavera: delante se hallaban las lineas de Torres-Vedras, que no parecian insuperables á un ejército de setenta mil franceses; á la izquierda el Tajo, que no debia ya oponer un estorbo, y mas allá la fértil llanura del Alentejo, donde se cogeria en abundancia lo que empezaba ya á escasear en la llanura de Gólgao, casi enteramente devorada.

Massena vió al general Drouet y recibió de él

una porcion de despachos atrasados que aun no habian podido llegarle: unos no tenian con la situacion actual relacion alguna y solo daban testimonio de las ilusiones que se acariciaban en París: otros, mas recientes y escritos despues de la ida del general Foy, contenian muchas criticas no acalladas por los esfuerzos justificativos de este gefe, y de las cuales por lo demas no habia mas que sonreirse, bien que tristemente al ver los errores en que Napoleon se obstinaba. Sin embargo, estas criticas se hallaban compensadas con galanas promesas de socorro, con el anuncio de la pronta llegada del general Drouet, con la noticia de las órdenes expedidas al mariscal Soult, con la aprobacion mas completa dada al establecimiento junto al Tajo, ésta acompañada de las mas vivas instancias para continuar allí indefinidamente. Por poco adecuadas que muchas de las prescripciones llegadas de Paris fueran á las actuales circunstancias, con todo, siempre era algo aquella aprobacion dada á la permanencia junto al Tajo, y aquella voluntad firmemente expresada de que se prosiguiera. Con esto habia muy bastante para quilar al general en gefe toda ansiedad sobre la conducta á que debia atenderse, y para infundir al ejército plena confianza en la marcha por él adoptada, pues era la misma que Napoleon habia ordenado desde lejos como la mejor y mas conforme á sus grandes designios. Pero se trataba, en fin, de saber qué medios enviaria Napoleon para ejecutar la resolucion en que se mantenía firme de forzar la posicion de los ingleses, ó de bloquearlos de modo que se vieran obligados á abandonarla. Aquí por desgracia todo era chasco y asunto de pena. Anunciado como

compuesto de treinta mil hombres, apenas constaba de quince mil el noveno cuerpo: de estos llevaba siete mil el general Drouet, no contando los dos mil del general Gardanne, reducidos ya á mil quinientos por resultas de un doble viage. En Visseo, esto es, á sesenta leguas á la espalda, habia dejado á los ocho mil hombres del general Clapartede para mantener las comunicaciones; y aun no podia dejar de una manera permanente en Thomar los siete mil hombres del general Conroux que llevaba consigo, pues intimándole formalmente sus instrucciones mantener expeditas las comunicaciones con la frontera de España, veíase obligado á retroceder camino para dispersar de nuevo á la *insurreccion*, que se habia tornado á juntar á su espalda, como se juntan las olas detrás de la nave que las ha hendido para cruzarlas.

Aun era vivo el júbilo entre las tropas, cuando ya Massena se sentia lleno de pesadumbre y desengañado sobre la realidad de los socorros que tanto se le habian prometido. ¡Ni una fanega de grano, ni un barril de pólvora, ni un saco de dinero, aunque hubiera millones en Salamanca, y en vez de treinta mil hombres, nueve mil á lo sumo, y siete mil de ellos prontos á retroceder en la marcha, y no habiendo ido mas que para escoltar insignificantes despachos, mas bien que una aparicion venturosa que habia llenado al ejército de ilusoria alegría, era una especie de aparicion funesta! ¡Cien veces mas valiera no recibir nada, ni despachos; ni refuerzos, que recibir aquel socorro irrisorio, pues al menos quedaria viva la esperanzal

Con todo, Massena estaba resuelto á no consentir que el general Drouet partiera, pues su mar-

cha, despues de una permanencia de algunos instantes, podia desesperar á las tropas, y de seguro le habia de quitar los medios de pasar el Tajo, despojándole del valor de ponerlo por obra. Y no pasar el Tajo equivalia á resolver la retirada, puesto que al cabo de pocos dias seria imposible vivir en la orilla derecha, ya por completo devorada. Massena hizo conocer al general Drouet todos estos inconvenientes. Limitarse hubiera podido á darle, bajo su responsabilidad, órdenes formales, pues habiendo caido el general Drouet en la esfera de accion del ejército de Portugal, se hallaba con evidencia bajo la autoridad de su general en jefe; pero, menos imperioso que enérgico, prefirió Massena persuadir á Drouet y conseguir su asentimiento para lo que le hubiera podido exigir su obediencia. Nada de mala voluntad ponía el general Drouet en esto de su parte, aun cuando no tenia mucha gana de incorporarse á un ejército comprometido, bien que imbuido en sus instrucciones y temeroso de infringirlas, alegaba su texto, que desgraciadamente era terminante. Con efecto, estas instrucciones decian que al llevar socorro al ejército de Portugal, convenia no dejarse cortar por Almeida, y no perder sus propias comunicaciones por restablecer las de Massena. Ahora bien, en Thomar, á donde el general Drouet habia llegado, en Leiria, donde se trataba de situarle, se hallaba tan cortado de la frontera de Castilla la Vieja como el mismo Massena. Sin embargo, habia que argüirle que, si persistia en cumplir la parte de sus instrucciones que le recomendaba expresamente el cuidado de sus comunicaciones, quebrantaba otra mucho mas importante, la que le in-

timaba llevar socorro al ejército de Portugal, y en la forzada alternativa de violar la una ó la otra, valia mas observar la mas trascendente y mas conforme al espíritu de su encargo, que era auxiliar al ejército de Portugal, y que, lejos de auxiliarse con su aparicion, le comprometiera y perdiera acaso en retirándose tan pronto. Harto habia ya con haber anunciado treinta mil hombres y no llevar mas que siete mil de ayuda! Ademas le quedaba la division de Claparede, mas fuerte que la otra, para velar por sus comunicaciones y cumplir la segunda parte de su tarea. A todos estos argumentos añadió Massena el mas decisivo, diciéndole que ponía bajo su responsabilidad personal los sucesos que pudieran seguirse, si retrocedia inmediatamente y dejaba el ejército de Portugal entregado á sí propio.

El general Drouet, que era un hombre honrado, victima de las instrucciones poco adecuadas á las circunstancias (1), no vaciló ya despues de oír al

(1) Esta célebre campaña de Portugal ha dado naturalmente asunto á vivas disputas, dividiéndose en distintos dictámenes los escritores militares. Recientemente un hábil defensor del mariscal Massena, el general Koch, en una obra notable, ha acusado al general Drouet, y con fundamento sin duda, de haber aumentado sobremanera los apuros de toda especie que asaltaron al mariscal Massena en esta deplorable campaña. Si el general Koch hubiera conocido la correspondencia de Napoleon, se enterara de que la culpa no estuvo en el general Drouet, sino en Napoleon mismo, que, totalmente lleno de ilusiones, figurándose que el cuidado de las comunicaciones podía y debía ser en Portugal lo que era en Alemania, le daba la extraña orden de socorrer á Massena junto al Tajo y de conservar las comunicaciones hácia Almeida. Citamos las propias cartas de Napoleon, las cuales, sin

general en jefe y consintió en quedarse con el ejército de Portugal. Hizole el general en jefe tomar posicion en Leiria, al respaldo de la Estrella, donde impedia que por el camino del mar se cogiera

destruir las aserciones del general Koch relativamente á los apuros ocasionados por el general Drouet á Massena, demuestran á quien se debe hacer subir el cargo que al general Drouet se dirige. Por los demas no hay que culpar aqui al genio de Napoleon, pues si alguién en el mundo habia capaz de dar instrucciones, era el sin duda, sino á su política, que por abarcar todas sus empresas, le educia á expedir órdenes indignas de él, indignas de su alta prevision. Para corroborarlo véase el contenido textual de las cartas á que se hace referencia.

«Al mayor general.

«FONTAINEBLEAU, 5 de noviembre de 1810.

«He recibido la carta del general Drouet fechada en Valladolid el 22 de octubre.

«Las disposiciones que adopta para volver á abrir las comunicaciones con Portugal no me parecen satisfactorias. Reiteradle la instrucción de ir á Almeida y de reunir fuerzas considerables para poder ser útil al príncipe de Essling y ayudar á abrir sus comunicaciones.

«Convendria que al general Gardanne ó á otro cualquier jefe se diera una fuerza de seis mil hombres con seis piezas de artilleria para volver á abrir la comunicacion, y que otro cuerpo de igual fuerza se situara en Almeida para estar con él en correspondencia. Por último, es importante que las comunicaciones del ejército de Portugal sean restablecidas, á fin de que la retaguardia del príncipe de Essling esté asegurada todo el tiempo que tarden los ingleses en reembarcarse.

«Enviadle el *Monitor* de hoy, donde hay noticias de Portugal llegadas de Lóndres.

«Tan luego como se reembarquen los ingleses, trasladará su cuartel general á Ciudad-Rodrigo, no siendo mi

al ejército hacia la espalda, mientras estuviera acampado junto al camino del Tajo. Otra ventaja tenía el establecimiento del general Drouet en Lei-

intencion que el noveno cuerpo se empeñe en Portugal, á menos que los ingleses prosigan haciéndose firmes, y aun así el noveno cuerpo no se debe dejar cortar de Almeida, sino que debe maniobrar entre Almeida y Coimbra.

«Escribid al general Drouet que tardan mucho en llegarme noticias de Portugal; que esto es importante bajo todos aspectos, y que así hay necesidad de abrir las comunicaciones, para que, va que no todos los días, me lleguen de allí nuevas todas las semanas.

«Preguntadle por el estado de las tropas dejadas á su espalda, por la division de Seras, por lo que dejó detrás el príncipe de Essling de infantería, de caballería, de artillería, y en fin, por lo que hay en el sexto gobierno.»

«Al mayor general.

«PARIS, 20 de noviembre de 1810.

«Adjunto hallareis el extracto de los últimos periódicos ingleses. Comprenderéis la importancia de despachar un oficial de estado mayor al general Drouet para participarle que el 4.º de noviembre aun no se había empeñado batalla; que el ejército francés tenía su izquierda en Villafranca y su derecha en Torres-Vedras, y que el ejército inglés estaba á cuatro leguas de Lisboa; que diez mil hombres de milicias ocupaban á Coimbra e interceptaban el camino; que la caballería no es de ningún uso; que importa por tanto que no divida sus tropas, y que abra las comunicaciones con el príncipe de Essling empleando un fuerte cuerpo; que por lo demás cuente con su prudencia para que no se deje cortar de Almeida.

«Segun los periódicos ingleses, la guarnicion de Coimbra se hubo de dejar sorprender del 12 al 13 de octubre y dejó que el enemigo se apoderara de mil quinientos enfermos que habia en esta plaza.

ria, y era la de relevar las tropas de Ney y permitir su concentracion entre Thomar y Punhete, punto donde se hacian los preparativos para el paso del rio. Sia embargo, de no subir el socorro, aun incluyendo el destacamento del general Gardanne, mas que á unos nueve mil hombres, de resultas ascendia á cerca de cincuenta y tres mil el ejército de Massena, con lo que vió este un medio, no de atacar las líneas inglesas, pero sí de hacer infinitamente menos peligroso el paso del Tajo. Con efecto, dejando veinte y tres mil hombres á la orilla derecha y trasladándose con treinta mil á la orilla izquierda, infundiria menos zozobra la posicion de las dos fracciones del ejército separadas

«Reiterad á los generales Caffarelli, Dorsenne y Reille, las órdenes para ejecutar los movimientos ya prescritos, es decir, que la guardia se junte en Burgos; que cuanto pertenezca al general Drouet le sea enviado. Recomendad al general Kellerman que no detenga la division de Conroux, y antes bien le deje ir sobre Salamanca.

«¿Cuándo llegan los fusileros de la guardia á Bayona? Dad orden de que descansen allí dos días. Los destacamentos que se hallan en el campo de Marac incorporarán sus compañías.

«Escribid al duque de Dalmacia para que se entere de lo que dicen los ingleses del ejército de Portugal, y comprenda la importancia de hacer una diversion en favor del mismo.»

Como se ve, estas cartas son anteriores en un mes ó dos á la situacion que pintamos, pero contienen expresamente el principio de todas las instrucciones dadas después al general Drouet por el ministerio de la Guerra, y explican la posición ambigua de este general entre el deseo de socorrer á Massena y el de no perder sus comunicaciones, por lo que fué para el ejército de Portugal de mas embarazo que provecho.

una de otra por un gran río, aun cuando el peligro siguiera siendo grave para ambas si se rompía el puente, como en Essling el del Danubio. Sin embargo, siendo ya, por efecto del refuerzo que acababa de ser recibido, mucho menor la temeridad de dividirse en las dos riberas, afirmóse Massena en la idea de cruzar el río, porque, posesionándose del Alentejo, podría vivir tres ó cuatro meses mas en las cercanías de Santarem, cumplir las instrucciones de Napoleon que le encomendaban persistir en el bloqueo de las líneas de Torres-Vedras y aguardar así el socorro tan anunciado del ejército de Andalucía. Si llegaba este socorro, entonces el destino del ejército de Portugal cambiaba completamente; de la defensiva podía pasar á la ofensiva, y terminar bajo los muros de Lisboa la larga guerra que desolaba á Europa ya había veinte años.

Si Massena había tomado su partido despues del desengaño que acababa de experimentar al recibir, en vez de un cuerpo de treinta mil hombres encargados expresamente de socorrerle, una division de siete mil soldados y estos con equívocas instrucciones, el ejército no sobrellevó pacientemente aquel triste chasco. Del entusiasmo pasó al desaliento: murmuró sin rebozo y murmuró contra el emperador porque le dejaba en situacion semejante, sin viveres, sin municiones, sin socorros. ¿A qué bueno (decía) condenarle á consumirse junto al Tajo, si en breve no se le habían de facilitar los medios de obrar ofensiva y eficazmente? Sin duda se ocasionara un daño trascendental á los ingleses, encerrándolos definitivamente dentro de Lisboa, para que se escatimaran los mas penosos sa-

crificios; pero dejarles en libertad de recorrer todo el Alentejo, consentirles alimentarse allí á sus anchas, era apurarles muy poco y en realidad ser tan solamente para nosotros los apuros: ellos vivían bien y nosotros vivíamos mal, y dentro de poco, si tal situacion se prolongaba, continuando ellos en vivir muy bien y nosotros muy mal, acabáramos por sucumbir de inanición. Así el ejército de Portugal, á semejanza de todas las tropas enviadas á España, vino á experimentar el sentimiento de que se le sacrificaba sin compasion y sin probabilidad alguna de gloria á la tarea ingrata de crear troncos de familia. A la verdad esta disposicion de ánimo hubiera desaparecido instantáneamente delante del enemigo para ceder el puesto al honor militar y al valor mas noble; muy pronto lo acreditarán así los hechos.

Habiendo llegado en el cuerpo de Reynier los sufrimientos á su colmo, no se oía mas que este grito —pasemos el Tajo ó partamos. Efectivamente, el general Eblé había terminado su creacion portentosa, y poseía ya cien grandes barcas con cuerdas y ganchos de cierta solidez para echar el puente aguardado con tanta impaciencia. Además había asegurado nuestro establecimiento sobre las dos orillas del Zezere, consolidando allí el puente de caballetes y añadiendo un puente de barcas, sin distraer nada de lo preciso para el gran puente sobre el Tajo. Aunque difíciles de reunir los medios materiales no constituían la principal dificultad en la ejecucion de tal maniobra. Esta emanaba de la doble cuestion militar de un paso á viva fuerza delante de un contrario muy sobre aviso, y de la division del ejército en las dos márgenes de un río cauda-

loso; cuestion cuyo exámen y cuya resolucio[n] se necesitaban sobre todo.

No habia quien no se ocupara en discutirla, cuando llegó el general Foy con un nuevo destacamento como de dos mil hombres, con las instrucciones verbales de Napoleon y las inspiraciones adquiridas en sus entrevistas numerosas. Llegado el general Foy á Ciudad-Rodrigo á fines de enero, aguardó allí muchos dias antes de que se pudiera juntar con reclutas, enfermos y heridos salidos de los hospitales una escolta suficiente para proteger su marcha y llevar un pequeño refuerzo á las tropas: interin se le formaba, aprovechóse de la ocasion de ir un ayudante de campo á Sevilla para escribir al mariscal Soult las mas apremiantes cartas sobre la necesidad de unir al ejército de Portugal todo o parte del ejército de Andalucía. Habiendo servido Foy á las órdenes de Soult, asistiale fundamento para creer en la benevolencia del mariscal hacia su persona: inspirándose, pues, con lo oido á Napoleon en sus entrevistas, le expuso la situacion de Europa, particularmente la de Inglaterra, y la esperanza no dudosa de traer la política británica de la guerra á la paz, si se hacia sufrir á lord Wellington un gran descalabro. No le presentó estas observaciones como suyas, sino como peculiares de Napoleon, y autorizóse con lo que habia oido de su boca para aseverar que la voluntad positiva de éste era que el ejército de Andalucía marchara sobre el Tajo, prescindiendo de otra operacion cualquiera; y al terminar añadia las consideraciones siguientes:

«Os conjuro, señor mariscal, en nombre del sentimiento sagrado para todos los corazones fran-

ceses, del sentimiento que á todos nos inflama por los intereses y la gloria de nuestro augusto soberano, á que presenteis lo mas pronto posible un cuerpo de tropas á la orilla izquierda del Tajo en frente de la embocadura del Zézere. Una marcha, un destacamento hacia este punto no puede comprometer al ejército de vuestro mando. Apenas hay cuatro jornadas desde Badajoz hasta Brito, lugar situado enfrente de Punhete. Los ingleses son poco numerosos á la orilla izquierda del Tajo, y allí no se pueden atrever á nada sin comprometer la seguridad de sus formidables trincheras delante de Lisboa; las cuales no distan mas que ocho leguas del puente de Rio Mayor. Señor mariscal, tanto la suerte de Portugal como el cumplimiento de la voluntad del emperador están en manos de V. E. Segun las disposiciones que adopteis, el ejército del señor príncipe de Essling pasará el Tajo, dará la ley á los ingleses en las dos márgenes del rio, los fatigará, los carcomerá, los mantendrá en su inacción tan trabajosa como ruinosa, formará entre ellos y los asedios que teneis á vuestro cargo una barrera adecuada para acelerar la rendicion de las plazas; ó bien, careciendo este ejército de un paso ya indispensable, se verá constreñido á alejarse del Tajo y de los ingleses para hallar qué comer, y de consiguiente dará la ventaja á nuestros eternos enemigos en una lucha en la cual todas las probabilidades han estado hasta ahora de nuestra parte. Agotado y devastado por completo el país que se extiende entre el Mondego y el Tajo, no es ya cuestion para el ejército de Portugal de retroceder cinco ó seis leguas, antes bien les volverá á lanzar el hambre hasta las provincias del Norte, y son in-

calculables las consecuencias de semejante retirada, es incumbente, señor mariscal, ser á la vez el salvador de un grande ejército y el principal instrumento de las concepciones de nuestro glorioso soberano. El día en que las tropas vuestras asomen junto á las márgenes del Tajo, y faciliten el paso de rio tan caudaloso, vos sereis el verdadero conquistador de Portugal.»

Escritas estas cartas y formada su columna, se puso el general Foy en marcha el día 27 de enero y presentóse en el cuartel general el 5 de febrero. La llegada produjo en el ejército una sensación harto viva, porque, lleno de las impresiones recibidas en Paris durante sus entrevistas con el emperador, traía la convicción de que el ejército de Portugal era instrumento de grandes designios; de que sus largos sacrificios no serian infructuosos; de que se le iban á enviar socorros proporcionados á la importancia de su empresa, y de que se necesitaba un poco de paciencia para que estuviera en aptitud de llevarla á glorioso remate. Sus discursos, pronunciados delante de todos los generales y repetidos á muchos oficiales por ellos, establecieron la opinion de que no se les sacrificaba á un objeto insignificante, y de que para obtenerlo convenia ante todo permanecer donde estaban entonces y despues operar el paso del Tajo. Gran bien fué este para la moral del ejército, y compensó en parte el mal efecto producido por la debilidad de los últimos socorros. Por desgracia la llegada del general Foy aumentó los apuros del general Drouet, pues los despachos, que á la sazón se le entregaron en un paquete, contenian la instruccion mas formal que nunca de socorrer á Massena, pero sin dejarse

cortar de ningun modo de Almeida y de Ciudad-Rodrigo; y permaneciendo con el ejército de Portugal se hallaba tan cortado como Massena de estas plazas. De consiguiente hubo que hacer nuevos esfuerzos para persuadirle, bien que, llegada la hora de pasar el Tajo, la inminencia de esta operacion fué un argumento al cual Drouet no opuso resistencia. Una vez mas consintió en quedarse en Leiria á la espalda y hacia el flanco del ejército de Portugal.

Con las últimas tropas llevadas por el general Foy, ascendia este ejército á una fuerza total de cincuenta y cinco mil hombres. Massena estaba determinado á operar el paso del rio, mas sobre esto se habian suscitado muchas objeciones, y asi quiso conferenciar con sus lugartenientes para concordarles sobre una operacion que no podia tener buen suceso sin la concurrencia firme é ilimitada de todos. Ademas, la presencia del general Foy, depositario de la voluntad terminante de Napoleon, habia de ser de excelente efecto ante los generales reunidos. Decidióse, pues, á congregarlos, bien que, no queriendo apelar al aparato de un consejo de guerra, hizo que la mayor parte de los gefes del ejército, cuyos dictámenes era bueno oír, se juntaran en un almuerzo dado por el general Loisson en Gulgao.

Allí se verificó efectivamente el 18 de febrero esta junta, que bajo una forma amistosa debia tener toda la importancia de un consejo de guerra. El mariscal Massena como general en jefe, el mariscal Ney y los generales Neynier y Junot como gefes de los tres cuerpos de ejército, el general Fririon como gefe de estado mayor, los generales

Eblé y Lazowski en calidad de gefes de artilleria y de ingenieros, y por último los generales Foy, Loisson y Solignac por diversos títulos, se hallaron sentados á la misma mesa. Una vez terminado el almuerzo, dijo Massena que de buen grado aprovechaba la ocasion de ver reunidos á sus lugartenientes en torno suyo, para oír su dictámen sobre la conducta que debía seguirse; pues era urgente adoptar un partido, no pudiendo ya vivir el ejército donde estaba, muriéndose cotidianamente de fatiga y de inanición los caballos de la artilleria y de todos los escuadrones, siendo por tanto apremiante la necesidad de mudar de puesto, y cabiendo elegir entre la retirada sobre el Mondego, donde aun quedaban algunos recursos, y el paso del Tajo que permitiría vivir sobre el Alentejo sin alejarse de Lisboa, y que, aun cuando muy difícil y peligroso, habia venido á ser practicable, merced á la diligencia y habilidad del general Eblé. Solicitando sus pareceres, añadió Massena que antes de darlos convenia que se enteraran de las intenciones del emperador recogidas de su propia boca por el general Foy, que se hallaba presente y podia exponerlas. Entonces Massena invitó á Foy á referir todo lo que habia oido á Napoleon en sus diversas entrevistas.

Tomando el general Foy la palabra repitió lo que hemos dicho ya tantas veces sobre la grande utilidad de mantener en jaque bajo Lisboa á los ingleses hasta obligarlos á retirarse ó por el hambre ó á la fuerza; sobre la necesidad que, para lograr este designio, habia de cruzar el Tajo á fin de alimentarse en el Alentejo, y de dar la mano al quinto cuerpo, que, segun las órdenes terminan-

tes expedidas desde Paris, se debia de presentar dentro de muy poco; y por último sobre la persuasión positiva en que estaba el emperador de que se alcanzaria un inmenso resultado político expulsando de Portugal á los ingleses, puesto que asi se les atraeria á una paz inmediata. Hablando el general Foy de lo que en sus conferencias con el emperador habia oido, hablando con el calor que le era propio, infundió en cuantos le escuchaban la idea imperial y el deseo de atenerse á ella. Por discutir quedaban los medios de operar el paso del Tajo.

Entonces Massena sentó las cuestiones siguientes, ¿se ha de pasar el Tajo? ¿Por qué punto y por medio de qué operacion se ha de pasar? Si se descubrian grandes dificultades en pasar este rio á la vista de los ingleses, ó ya pasado, en estar divididos en ambas riberas con un puente de solidez insegura ¿no seria mas cuerdo, en la imposibilidad de vivir ya donde estaban entonces, ejecutar un movimiento retrógrado de poca importancia, retirándose por ejemplo sobre el Mondego, cuyo valle no habia sido aun devastado y que ofrecia por principal establecimiento la ciudad de Coimbra, desde la cual se podria tener en jaque á los ingleses hasta recibir de Francia los socorros que eran tan necesarios?

Apenas sentadas estas cuestiones, con un fervor de palabra, al que hubiera sido menester que correspondieran mas los hechos, se lanzaron todos á la última cuestion cual si se presentara la primera y no hubiera otra, cual si fuera un crimen suscitarla, y se la declaró indigna de ser discutida, como que era diametralmente opuesta á la volun-

tad del emperador. El mariscal Ney que veia dificultades en quedarse y en irse, en pasar el Tajo y en no pasarle, manifestó que á ningun precio queria la retirada sobre el Mondego, ante todo por ser contraria á las intenciones del emperador, y despues por estar erizada de inconvenientes, pues, en su concepto, se hallarian destruidos todos los caminos y tan devastado como el pais de Santarem, el de Coimbra, porque la artilleria y los escuadrones acabarian de perder sus caballos en la travesia, y habria que sacrificar el tren de puente construido á tan grande costa, y porque, aun cuando se retrocediera á mitad de camino tan solo, á los ojos del enemigo tendria este movimiento apariencias de un ejército definitivamente en retirada y se comprometeria de esta suerte el honor de las armas. Despues de la alocucion del mariscal Ney, cada cual encareció su dictámen y sostuvo con ardor extremado la idea del emperador, explicada por el general Foy, como si alli estuviera el emperador en persona, y se quemó á la imagen del dios ausente todo el incienso que se hubiera quemado si se hallara delante.

Segregada la idea de la retirada sobre el Mondego, quedaba la de pasar el Tajo. Por peligrosa que esta operacion fuera, y segun lo antedicho parece que debieran haberse dedicado á descubrir las facilidades de ella mas bien que sus dificultades. No fué asi, sin embargo, pues, ya probado el celo por cumplir la voluntad del emperador, quedaban los peligros de la operacion que todos conocian muy á las claras. Desde luego se partió de la idea de elegir á Punhete por punto del paso, hallándose alli los talleres establecidos, y echados

dos puentes sobre el Zezere, y cerca asi el ejército de Abrantes, y por consiguiente en aptitud de embestirlo y tomarlo. Con fuertes cabeceras de puentes sobre el Zezere y sobre el Tajo, con toda una division dejada para su custodia y para conservar la posesion de la orilla derecha, se podia ocupar con el grueso del ejército la llanura del Alentejo, vivir alli y alargar la mano al quinto cuerpo. Junot apoyaba mucho este proyecto, cuando el general Loisson, que conocia mejor que él la confluencia del Zezere y el Tajo, como que estaba acampado en ella, dió á conocer los peligros del plan propuesto. Segun su dicho habria que guardar estas cabezas de puente por un lado contra el ejército británico salido de sus lineas y por otro contra la guarnicion de Abrantes, que de resultas de la union del cuerpo de Hill era un verdadero ejército. Aunque muy fertil el Alentejo, estaria agotado en las cercanias del Tajo por los forrages alli hechos para alimentar las tropas inglesas; habria que alejarse para encontrar viveres. ¿Y qué seria entonces de la division dejada á la derecha del Tajo? ¿No correria los mayores peligros? ¿No seria este el caso de examinar seguidamente la cuestion referente á pasar el Tajo todas las tropas, replegando á la orilla izquierda el tren de puente y buscando alli sitio donde estuviera á buen recaudo para hacer de él uso en el caso de que se necesitara?

Al instante fué rechazada por Junot la idea de que el ejército hiciera asiento principal en la llanura del Alentejo, y á la verdad ofrecia grandes dificultades, porque era aun mas difícil para un simple puesto que para una division mantenerse á la orilla derecha del rio para conservar el tren de

puede. Así por este sistema había que sacrificar todo el material del paso por completo, se perdía además la orilla derecha, y el ejército de Portugal cambiaba su papel por el ejército de Andalucía, y tenía que tomar á Lisboa por la orilla izquierda del Tajo. Usualmente por allí no estaban las líneas formidables de Torres-Vedras, pero defendía el río á Lisboa, como situada á la orilla derecha: delante de la ciudad tiene el Tajo una legua de anchura y toma el nombre de mar de la Paja, y aun cuando se angosta de nuevo frente por frente de Lisboa, todavía presenta un brazo de mil metros por lo menos, mas allá del cual podían alcanzar algunas bombas, pero sin gran fruto, sin muchas probabilidades de conseguir que lord Wellington se moviera de sus líneas de resultas. Con evidencia todo proyecto de ataque fundado en una sola ribera pecaba de falso en principio, dado que la una presentaba el obstáculo de las líneas de Torres-Vedras, la otra el obstáculo del Tajo, y la única idea admisible era ocupar á la vez ambas, para hacerlas base de un doble ataque y de un completo bloqueo.

Peró las dificultades de la division del ejército en las dos orillas con un puente inseguro, con fuerzas que no permitian tener á cada lado un cuerpo numeroso, se reproducian de continuo. Así se vino á examinar la idea de pasar por mas abajo, esto es, cerca de Santarem, donde por decirlo así serian invencibles, al menos según opinaba el general Reynier, que conocia bien esta posicion como que la ocupaba ya hacia cinco meses. Este afirmaba con efecto que todo el que atacara de frente la posicion de Santarem seria arrollado á la falda de las alturas, y que todo el que la quisiera salvar, pa-

sando el Rio Mayor que la une á la cadena de la Estrella, seria envuelto y cogido. Admitiendo este doble aserto como positivo y pasando cerca de Santarem el Tajo, se podia dejar al general Reynier flanqueado por Drouot sobre la derecha del río, trasladarse en seguida con el grueso del ejército á la izquierda, y próximos así unos á otros, teniendo medios de ayudarse mutuamente durante el paso, contando, ya operado este, sobre la derecha con la fuerza de la posicion de Santarem y sobre la izquierda con la fuerza de las dos terceras partes del ejército, ya era lícito contemplarse muy poco menos que seguros. Por la eleccion de este punto se hallaban de consiguiente las ventajas todas, salvo una dificultad que ya dimos á conocer antes y que era la capital por desgracia; consistia en el ensanche que delante de Santarem tiene el Tajo, y sobre todo en las continuas variaciones de su anchura según la crecida ó el descenso de las aguas. Sin embargo, sacrificando algo de la ventaja inherente á la proximidad á Santarem, cabia hallar harto mayores facilidades en la existencia de una isla situada junto á la embocadura del Alviela, riachuelo que se lanza en el Tajo al amparo de las cumbres de Boavista. Hallándose asentada esta isla mas allá de la mayor anchura del río, como la de Lobau con relacion al Danubio, luego que se llegaba á ella no habia mas que atravesar un corto brazo. Ocupándolo durante la noche con las fuerzas necesarias, era fácil adherir á ella el puente, que iria así á parar á un punto fijo, invariable, fácil de defender, y entonces se podia considerar el brazo restante no mas que como una especie de foso, encima del cual bastaria tener un puente levadizo.

A esta manera del operar habia una objeccion tan sola, que por desgracia pareció al general Eblé mucho mas grave de lo que en realidad era. El tren de puente se hallaba en Punhete; llevarlo por tierra hasta la embocadura del Alviela hubiera exigido fuerzas de traslacion de que se carecia, estando fatigadísimos todos los caballos, y exigia ademas tiempo de sobra para que el enemigo se penetrara de nuestro proyecto; bajarlo hasta allí por las aguas del Tajo, exigia mas de una noche, y obligaba á pasar, siguiendo los recodos del rio, ó lo largo de la ribera enemiga, y tan cerca del fuego de los ingleses que el tren de puente corria riesgo de ser destruido.

La grande autoridad del general Eblé, que habia operado una especie de maravilla creando este tren de puente y cuya opinion fué apoyada por Massena, arrastró todos los pareceres, y sin que nadie lo sospechara, se volvió la espalda á la fortuna, descuidando la isla, que hubiera sido una segunda Lobau; por qué Napoleon, cuyo superior golpe de vista supo tan perfectamente hallar el medio de cruzar el Danubio delante de doscientos mil austriacos, no se encontraba allí en lugar de permanecer en Paris ocupado en preparar la funesta expedicion á Rusia!

Sea como quiera, desechada la posibilidad de pasar junto á Santarem, no se sabia á que plan atenderse; despues de desaprobado tambien el paso por cerca de Abrantes á causa de las razones referidas. Divagabase de consiguiente, cuando el general Foy, imbuido en la idea de que las ordenes imperiales serian fielmente ejecutadas, y de que el mariscal Soult no resistiria al persuasivo fervor de sus car-

tas, dijo que segun todas las probabilidades dentro de ocho ó diez dias debería aparecer el quinto cuerpo á la izquierda del Tajo y que entonces caerian por si mismas todas las dificultades, pues los ingleses á la vista del quinto cuerpo no perseverarian frente por frente de Punhete, quedaria limpia la orilla izquierda, y como en plena paz se pasaria el Tajo por este punto. Ademas añadió que luego que se les reuniera el quinto cuerpo no habria motivo para inquietarse por la division del ejército en las dos orillas del rio, y cruzado este, se podria bajar el puente hasta la embocadura del Alviela y lograr así la ventaja de la concentracion de fuerzas cerca de Santarem. Tambien era probable que se tomase á Abrantes y que así hubiera manera de hacer sólido el puente, prescindiendo de que del mismo Abrantes no partirian ya los medios de destruirlo.

Tan verosímil parecia la llegada del quinto cuerpo, segun lo que se habia anunciado, que todos se rindieron á las razones del general Foy; y con efecto, si el quinto cuerpo habia de llegar á Badajoz, no habia que vacilar en esperarle diez dias y aun veinte. El mariscal Ney, que permaneció silencioso por largo tiempo, apoyó mucho este dictámen: todos los asistentes se adhirieron á él con ahinco porque esta solución les sacaba de embarazos, excepto, sin embargo, Reynier, que afirmaba no poder vivir mas de cinco á seis dias donde estaba sin apurar cuanto tenia de reserva. Cuando se está muy interesado en una eventualidad se cree alternativamente en ella demasiado ó harto poco. Reynier dijo que se contaba con la llegada del quinto cuerpo, que tambien él queria

contar con ella, pero que la hallaba mucho menos cierta de lo que se pretendia; que las órdenes se podian haber atrasado en el camino; que, aun despues de llegadas, era menester prepararlo todo para cumplirlas; que acaso el mariscal Soult quisiera tomar á Badajoz antes: que asi podria muy bien no tener efecto aquella llegada anunciada una vez y otra tan pronto como se creia; que entretanto sus soldados se moririan de hambre; que en el estado angustioso en que se hallaban no respondia de su obediencia; que unos dias antes ó despues habria que adoptar un partido y con muchos mas apuros entonces, pues se habrian consumido los viveres de reserva en gran parte y perdido una mitad mas de los caballos de la artilleria y los escuadrones, por lo cual valia mas aventurar una tentativa sin demora, fuera la que fuera; que en caso de necesidad se podia emplear todo el ejército en el paso, dado que él solo se encargaba de guardar el campo de Santarem hasta las fuentes del Rio Mayor.

Réplias provocó el calor de Reynier muy vivas, y se iba á disputar en vez de tomar una resolución, cuando Massena interrumpió la conferencia. Bien veia que generalmente se inclinaban todos á aplazar la operacion hasta la llegada del quinto cuerpo, llegada que se esperaba de buena fé sin duda, y anunció que en efecto estaba determinado á aguardar unos dias. Para aplacar á Reynier se convino en que le ayudaran á vivir todos y en que se le permitiera registrar las islas del Tajo, donde habia grandes recursos, y donde no se habia querido presentar por miedo de atraer allí al enemigo y de comprometer algunas de las barcas construidas tan laboriosamente. Decididas estas cosas, se

separaron con la esperanza de ser zanjadas muy luego todas las dificultades de resultas de la aparicion del quinto cuerpo, y con la opinion de que era menester esperar, opinion de que participaban todos, salvo Reynier, por las razones que se han expuesto, salvo Massena, cuyo espíritu sencillo, positivo y de una exactitud infalible, nunca se mecia en vanas ilusiones. A su superior golpe de vista sobre el campo de batalla juntaba Massena un juicio delicado y seguro, desarrollado por las contrariedades de la vida militar, en que los hombres no son otros que fuera de ella, y de ningun modo se lisonjeaba de que el mariscal Soult corriera en su ayuda. Harto conocia la España y los hombres para que creyera en tal socorro, y asi se inclinaba á emprender de seguida la retirada sobre el Mondego, porque no vislumbraba auxilio por el lado del Mediodia, y la llegada del general Drouet le habia enseñado á no esperar por el lado del Norte. Coimbra, posicion á la verdad menos molesta para los ingleses, menos ofensiva respecto de ellos y menos imponente por tanto, pero situada en un pais todavia nuevo, cerca de la frontera de España, á alcance de los recursos que se podian sacar de ella, á alcance por lo menos de la division Claparede, le parecia muy sensato que se tomara desde luego, antes de que la necesidad apretara, antes de que se perdiera mayor número de caballos del tren y de la artilleria. Pero habiendo impedido la adulacion del emperador aun desde lejos que se concediesesiquiera á este dictámen el honor de ser examinado, se le hacia al mariscal Massena muy cuesta arriba adoptarlo á pesar de la opinion de todos los generales del ejército: ademas, fundándose este

dictámen en la inverosimilitud de los socorros anunciados, ¿quién hubiera creído al mariscal, salvo Reynier a quien iluminaba el hambre, si dijera que el ejército de Andalucía no asomaría por debajo de Abrantes ni dentro de diez días, ni dentro de veinte? ¿No se le hubiera censurado universalmente por abandonar el Tajo sin una necesidad demostrada?

Cada cual se retiró á sus cuarteles despues de la conferencia de Gólgao, aguardando á falta de los socorros que no habian ido de Castilla la Vieja, los que debian llegar de Andalucía. Fuertes detonaciones oídas de vez en cuando hacía la parte de Badajoz, distante unas veinte leguas, hacian suponer que el mariscal Soult asediaba esta plaza, y que, terminado el asedio, se encaminaria sobre el Tajo. Cuotidianamente se aplicaba el oido á tierra para percibir de una manera mas distinta estos signos de proximidad dados por los franceses, y segun el giro del viento los traia ó los desviaba, sentíase alegría ó tristeza en el ejército de Portugal tan cruelmente abandonado, aun cuando en él reposaban los destinos de la guerra y del imperio.

Para juzgar de la probabilidad de los socorros tan prometidos y tan impacientemente esperados, es menester trasladarse á otro punto, y saber lo que pasaba en Andalucía y hasta en Aragon, provincias cuyas operaciones se enlazaban unas con otras. Se ha visto en el libro precedente que la hábil direccion dada por el general Suchet al sitio de Lérida, le habia valido el encargo de asediar sucesivamente á Mequinenza, Tortosa y Tarragona; que por este motivo parte de Cataluña habia sido agregada á su mando, y que, terminados es-

tos sitios, el general debia bajar hácia Valencia. El mariscal Macdonald, gefe de Cataluña, tenia que combinar sus movimientos de modo de ayudar al gefe de Aragon en los suyos. Administrando siempre el general Suchet con la misma solicitud su provincia y su ejército, habia conseguido mantener éste en veinte y ocho mil combatientes de cuarenta mil hombres de efectivo. De estos, doce mil guardaban los puestos importantes, y diez y seis mil ejecutaban las operaciones activas. Prestando no menos atencion al material que al personal de su ejército, supo Suchet reunir poderosos medios de ataque, y tomo en pocos dias á Mequinenza, plaza muy pequeña, bien que de difícil acceso é importantísima porque domina parte del curso del Ebro. Le quedaban por tomar Tortosa y Tarragona, dos plazas las mas fuertes de Cataluña y Aragon, y aun quizá de España, si se exceptua Cádiz. Tortosa se halla situada en el bajo Ebro, casi en su embocadura y domina, ademas del desagüe de este rio en el mar, la comunicacion directa entre Cataluña y Valencia. Tarragona, situada mas al Norte, entre Tortosa y Barcelona, á orillas del mar, en el centro de un pais fértil, rodeada de fortificaciones formidables, defendida á la vez por los españoles á la parte de tierra y por los ingleses á la parte del mar, tenia la doble importancia de su fuerza y de su posicion, y era el Noroeste de la Peninsula, lo que Cádiz en el Mediodia y lo que Lisboa en el Nordeste. De Tarragona, como de un centro, arrancaba la insurreccion española de Cataluña, Aragon y Valencia, bajo las órdenes del general Blake, y mas recientemente bajo las del general O'Donnell en todas direcciones, para pene-

trar por Lérida en Aragon cuando aun no habia caído en nuestro poder esta plaza, para amenazar á Barcelona por el camino del Ordal, para desembocar por Tortosa y el Bajo Ebro sobre Valencia. Pero convenia aislar á Tarragona primero de lanzarse á tomarla, y con esta mira despues de apoderarse el general Suchet de Lérida, que la enlazaba con Aragon, queria apoderarse de Tortosa, que la enlazaba con Valencia.

A esto dedicó Suchet los últimos dias de 1810 y los primeros de 1811. La gran dificultad que tenia que superar este caudillo para asediar á Tortosa, consistia en el transporte de un gran material de artilleria; mas por fortuna la toma de la pequeña plaza de Mequinenza habíale proporcionado, además de muchos objetos útiles para un asedio, las gargantas por entre las cuales corre el Ebro hacia el mar. Con lo mejor que habia en Lérida y en Mequinenza compuso el hábil general Valeé un inmenso parque de artilleria; le agregó los útiles y las municiones necesarias, y poniéndolo todo en veinte grandes barcas, aguardó al pie de Mequinenza las crecidas del rio para descender hasta Tortosa. Sin embargo, como estas crecidas podian no tener lugar antes del invierno, emprendió el general Suchet la construccion de un camino de tierra que, cruzando las montañas de la baja Cataluña, desembocara por la via mas corta en el bajo Ebro. Trabajando en medio de los calores y de las picaduras de los mosquitos padecieron allí cruelmente los soldados como en todos los puntos de España; pero, bien alimentados, bien pagados, sobrellevaron con paciencia sus sufrimientos y ejecutaron con vigor la tarea que se puso á su cargo.

Mientras se trabajaba en este camino, el general Suchet embistió á Tortosa por las dos márgenes del Ebro, llevando á la division de Haber por la izquierda, á la division de Leval por la derecha del rio y repelió uno despues de otro á O'Donnell hacia Tarragona y á Caro con los valencianos hacia Valencia. Por último para que el mariscal Macdonald, encargado de tomar posicion cerca de él y de darle ayuda, no hallara dificultad en los mantenimientos, abandonóle porcion de almacenes que su prevision habia formado.

Estas operaciones militares exigieron no menos que muchos meses, y viniendo al cabo el otoño y permitiendo las crecidas del agua conducir á Tortosa la parte de material imposible de transportar por tierra, el general Suchet abrió trincheras delante de la plaza del 19 al 20 de diciembre.

Tortosa, situada á la márgen izquierda del Ebro, no lejos de su embocadura, aunque si lo bastante para que la marina inglesa no pudiera llevarla socorro, está construída á la falda de los estribos que se desprenden del Alba, parte á orillas del rio, parte sobre la extremidad de las cumbres, de manera que su recinto prolongándose alternativamente por el llano, ó trepando á las colinas, seguia todas las sinuosidades del terreno. Estaba regularmente fortificada, guarnecida por un recinto con bastiones, y tenia además un castillo y muchas obras avanzadas. La parte de la ciudad á orillas del Ebro tenia por defensa el mismo rio y mas allá una cabecera de puente sólidamente construído. Una guarnicion de once mil hombres encerraba la plaza, con un buen caudillo y provisiones en abundancia.

Al general Haxo, llamado á Danzick, habia reemplazado el general Rogniat, espíritu extravagante, pero enérgico y oficial de mérito sumo. Hacia el Sur se habia elegido el punto de ataque, entre las montañas y el rio, sobre un terreno llano, delante de los bastiones de San Pedro y San Juan, á causa de la facilidad de los trabajos hacia aquel punto. Apoyandose nuestro ataque principal en la izquierda del Ebro, debia ser apoyado por un ataque accesorio, el de la cabecera del puente. A la derecha estaba expuesto á los fuegos de un fuerte exterior, denominado de Orleans, en memoria del duque de Orleans que en 1708 tomó la plaza por este lado. Abrióse, pues, trinchera delante de este fuerte, para distraer sus fuegos y tomarlo oportunamente cuando llegara el momento de los asaltos.

Abierta atrevidamente la trinchera muy cerca del recinto, fué adelantada con vigor y de modo de perder poco tiempo en trabajos de aproche, y efectivamente á los pocos dias se llegó al pie de las obras y casi al camino cubierto. La guarnición multiplicaba sus salidas con la intencion de entorpecer nuestros trabajos, y especialmente el 2.º de diciembre ejecutó una impetuosa, no sobre los frentes del Sur que eran los atacados, sino sobre los del Este, á fin de sorprender nuestras trincheras por la espalda. Tres mil hombres briosamente conducidos asaltaron de súbito á nuestros operarios, mataron á muchos oficiales de ingenieros y comenzaron á poner en desórden nuestras trincheras, cuando acudiendo los generales Habert y Abbé con las reservas de los regimientos 44.º y 116.º de línea, y del 3.º de ligeros les atajaron el paso y les volvieron á encerrar en la plaza, pinchandoles con

las bayonetas, despues de causarles una pérdida de cuatrocientos hombres entre muertos y prisioneros. En esta accion vigorosa vióse á un oficial destinado á hacer una brillante carrera, el capitán Bugeaud, acosar al frente del regimiento 4.º 6.º á los españoles hasta el pie de los muros con una intrepidez admirada de todas las tropas. A pesar de esta salida enérgica la ruptura del fuego no se dilató un solo dia, y al siguiente, que era el 29 de diciembre, despues de algunas reparaciones indispensables en nuestras obras, cuarenta y cinco bocas de fuego, divididas en diez baterías, vomitaron sobre la plaza una granizada de granadas, bombas y balas y desmantelaron por donde quiera las murallas contra que se daba el ataque. Ya el 30 se empezaron á formar dos brechas, una á la derecha sobre el elevado fuerte de Orleans, y otra á la izquierda en el bastion de San Pedro y prometian para de allí á dos dias libre acceso al arroyo de nuestros soldados. Despues de emplear el dia 31 en perfeccionar los aproches, tornóse á romper el fuego el 1.º de año, con lo que las brechas se hicieron practicables del todo. Los valientes soldados del ejército de Aragon, habilísimos ya y muy osados en esta guerra de asedios, clamaban por el asalto á grandes voces, cuando anunció la intencion de capitular una bandera blanca enarbolada sobre la plaza. Pero habiendo solicitado el gobernador que la guarnición se pudiera retirar libremente á Tarragona, negóse el general Suchet á la demanda é hizo que se rompiera otra vez el fuego, de cuyas resultas al punto apareció segunda vez la bandera blanca sobre las murallas. Por informes llegados de lo interior de Tortosa se supo que

aquellas vacilaciones consistían en la negativa de la guarnición á quedar prisionera y á obedecer á su jefe. Entonces el general Suchet se presentó audazmente á las puertas del castillo y entró allí con algunos oficiales, amenazó al gobernador con pasar á la guarnición al filo de la espada si no se le entregaba el castillo, hizo que se le posesionara de las puertas, y obtuvo que el 2 de enero se rindiera la ciudad y que nueve mil cuatrocientos prisioneros desfilaran por delante de él y depusieran las armas.

Este excelente asedio, dirigido todavía mas vigorosamente que el de Lérida, costó al ejército de Aragón diez y siete dias, de ellos trece de trincheras abiertas, y de quinientos á seiscientos hombres. El general de ingenieros Rogniat, el general de artillería Valeé desplegaron allí tanta habilidad como energía.

Muy de otra manera difícil y largo debia de ser el asedio de Tarragona, y todo auguraba que el ejército seria retenido en Cataluña parte del año de 1811. Por consiguiente, no habia posibilidad de que de él pudiera recibir próximo socorro el ejército de Andalucía.

Durante este tiempo, desde junio de 1810 hasta enero de 1811, no habia estado menos ocupado el ejército de Andalucía que el ejército de Aragón.

Como se ha visto, la Junta Central, refugiada en Cádiz despues de la toma de Sevilla, habia dimitido sus funciones en favor de una regencia y de las córtes. Estas se reunieron en Cádiz con mucha solemnidad el 24 de setiembre de 1810, y despues de asistir á una gran ceremonia religiosa, esta célebre asamblea comenzó por declarar que

la soberanía nacional residia en las córtes; que la dignidad real seria conservada á la casa de Borbon; que hasta que Fernando VII obtuviera su libertad esta dignidad real seria representada por la regencia recientemente instituida y que las córtes ejercerian en la mayor amplitud el poder legislativo. Luego de dar estos decretos, la asamblea de Cádiz exigió que la regencia fuera á aceptarlos y á prestar juramento. Habiendo querido eludirlo el obispo de Orense, vióse obligado á someterse tras de una escena harto ridicula para él, y acabados estos preliminares, se puso la asamblea á discutir leyes para operar la reforma de la monarquía española. La regencia, y en la regencia el general Castaños muy particularmente, concertaban con el general Blake, con los otros gefes de ejército y con Enrique Wellesley, hermano de lord Wellington, las operaciones militares.

Cádiz y la isla de Leon estaban abundantemente provistas de hombres y de toda clase de recursos, y de los que se pueden proporcionar por mar sobre todo. Lord Wellington envió allí al principio cinco mil soldados, de los cuales se le autorizó á retirar tres mil despues de la entrada en campaña del mariscal Massena. Muy pronto á los dos mil restantes se agregaron otros cinco mil llegados de Sicilia, por culpa de Murat, que despues de haber hecho todos los aprestos para una expedición contra esta isla, anunció seguidamente que renunciaba á ella. Sobre los siete mil hombres de tropas inglesas aun encerraba Cádiz de diez y siete á diez y ocho mil soldados, reliquias de todos los ejércitos regulares de España. Los trigos, la carne salada traída de América, los vinos sacados de todas

las costas, abundaban en la plaza aunque á precio bastante subido. Solo se carecia de carne fresca y de forrages, pero esta privacion era de poquísimo efecto en medio de la exaltacion que animaba á los habitantes, al ejército y á las córtés. Nada mas faltaba que union, y aun la union renacia en los peligros extremados.

A esta fuerza reunida en Cádiz juntábase á la derecha (á la derecha para los españoles) en la provincia de Murcia un conjunto de unos veinte mil hombres compuesto de las tropas, que se habian retirado de los desfiladeros de Sierra Morena y de los *insurgentes* de Murcia, ayudados con frecuencia por los valencianos. Al centro, entre Granada y Sevilla, se hallaban, ademas de los ferocísimos serranos de Ronda, los contrabandistas de los alrededores de Gibraltar, á la sazón ociosos y muy hábiles en el ejercicio de guerrilleros. Por último, á la izquierda, junto á la embocadura del Guadiana, en el condado de Niebla, otros contrabandistas muy activos, y mas arriba por el mismo Guadiana, entre Badajoz, Olivenza, Elvas, Campomayor, Alburquerque, estaba el ejército de la Romana, fuerte de veinte y siete á veinte y ocho mil hombres, de los cuales siete ú ocho mil se habian incorporado á lord Wellington á las órdenes del marqués mismo.

Con estas diversas reuniones de gentes, favorecidas por el terreno y por el clima habian logrado los generales Blake y Castaños paralizar completamente los tres cuerpos que formaban el ejército de Andalucía. Su plan estribaba en aprovecharse de la presencia de las tropas inglesas y españolas reunidas en Cádiz y en Gibraltar, para ha-

cer frecuentes salidas sobre el frente y las alas del primer cuerpo y contrariar cuanto les fuera posible al mariscal Victor en sus preparativos encaminados á sitiar la plaza; para sostener con otras salidas, tanto de Cadiz como de Gibraltar, á los serranos de Ronda y atormentar de todas maneras al general Sebastiani por el lado de Granada y de Malaga; para ejecutar, en fin, continuos descensos á las bocas del Guadiana, dar allí la mano á los *insurgentes* del condado de Niebla y correr sin descanso entre las cinco plazas de Olivenza, Elvas, Badajoz, Campomayor y Alburquerque, de modo de no dejar un momento de respiro al quinto cuerpo, ni al mariscal Mortier que lo mandaba. Nada les importaba ser batidos á tal de no someterse nunca, de no estar un solo dia parados, de no consentir á los franceses un solo instante de reposo. Ya desechado por los españoles el amor propio de ganar batallas, esta guerra de partidas, apoyada en Valencia, Murcia, Gibraltar, Cádiz, el mar, el Guadiana y las cinco plazas de Extremadura, debia serles tan ventajosa como la que hacian en el Norte; y efectivamente, realizando todo el año de 1810 sus esperanzas, se habia puesto en claro el error cometido por los franceses al trasladarse á Andalucía antes de haber pacificado el Norte de España y expulsado de Portugal á los ingleses.

Ocupado alternativamente el general Sebastiani en Ronda y en las Alpujarras, vióse obligado una vez á marchar en masa contra Blake, á quien batió en Baza, y otra á dar batalla en Fuenciróla á los ingleses, á quienes compelió á reembarcarse. Por último, reunido á un destacamento del quinto cuerpo, procedente de Sevilla, le forzó la necesi-

dad á quemar los principales lugares de Ronda, sin sofocar la *insurreccion*, aun habiendo logrado repeler á Gibraltar á las tropas que fomentaban de continuo las turbulencias de aquella serranía.

Menos cansada habia sido la campaña del primer cuerpo, menos costosa en hombres, porque no se habia tenido que mover tanto de su puesto, sin que á pesar de todo dejara de ser laboriosa á causa de los trabajos de embestida que constituian su tarea. Auxiliado el mariscal Victor por el hábil general de artillería Senarmont, que tanta osadía y presencia de ánimo habia acreditado en Frieland y en Uclés, abarcó por medio de una serie de reducidos perfectamente colocados y muy bien adaptados á su objeto, todo el espacio que se extiende desde el Puerto de Santa María á Puerto Real y desde Puerto Real á Sancti Petri. Armólos con doscientas cincuenta bocas de fuego del mayor calibre, fundidas todas en Sevilla: á viva fuerza tomó al enemigo el Trocadero y el fuerte de Matagorda, que formando una punta saliente en la rada, podia cubrir á Cádiz de proyectiles: hizo fundir en Sevilla un mortero de nueva invencion que disparaba bombas á distancia de dos mil cuatrocientas toesas, alcance muy bastante para incendiar á la infortunada ciudad de Cádiz; y dispuso que se aprestaran gran número de esta clase en Sevilla para colocarlos en el fuerte de Matagorda. Además cogió y mandó carenar y aun construir ciento cincuenta lanchas cañoneras armadas de gruesos cañones, con bateles de trasporte para diez mil hombres, y mandólas llevar, costeando la playa, desde las bocas del Guadalquivir á la embocadura del Guadalete; mas para trasladarlas desde este punto á la

rada interior de Cádiz, donde se necesitaba de ellas, habia que doblar la punta del fuerte de Matagorda, tan próxima á los fuegos enemigos que peligrara mucho esta preciosa escuadrilla de resultas. A fin de eludir la dificultad, dispuso el mariscal que se colocaran sobre ruedas y se condujeran por tierra desde el Puerto de Santa María hasta Puerto Real. Por consiguiente los trabajos preliminares iban ya muy adelantados. Con todo, aun faltaban marineros para tripular la escuadrilla, no siendo bastante numerosos los marineros de la Guardia; faltaban artilleros para servir esta inmensa artillería, y faltaba una masa de proyectiles y de municiones proporcionada al uso extraordinario que se debia hacer de ella. Se hubiera necesitado por fin un refuerzo de infantería, pues el mariscal Victor, que de un efectivo de mas de treinta mil hombres habia conseguido poner en línea de veinte y uno á veinte y dos mil combatientes, apenas tenia quince mil disponibles ahora.

No cesaba de decir que si se le proporcionaran quinientos ó seiscientos marinos mas, unos mil artilleros, pólvora y proyectiles en cantidad bastante y un refuerzo de algunos miles de hombres de infantería, pasaria el canal de Sancti Petri con ayuda de su escuadrilla, se apoderaria despues de la isla de Leon á la bayoneta, y de allí marcharia sobre la plaza de Cádiz por el arrecife, mientras el fuerte de Matagorda disparara sobre ella una masa formidable de fuegos. Además añadía que, con presentarse por algunos dias una escuadra francesa delante de Cádiz, donde solo habia ocho navios ingleses, la ciudad se rendiria sin demora, y que ya en nuestro poder la plaza, nada

tendría que temer del enemigo esta escuadra, y antes bien estaría allí tan seguramente como en Tolon. ¡Qué resultado no obtuvieran á la verdad los diez y ocho navíos del almirante Ganteaume presentándose con doce ó quince mil hombres de desembarco y un gran cargamento de municiones! Probablemente hubieran hecho cambiar la faz de las cosas en la Península, pues tomada Cádiz se pudieran enviar acto continuo treinta mil hombres sobre Lisboa, lo cual hiciera casi segura la caída de las líneas de Torres-Vedras! Después de haber entregado tantas veces las escuadras francesas á la aventura, ¡qué ocasion mas propicia para arriesgar otra aunque hubiera de perecer entera! Jamás la grandeza del objeto justificara mejor la grandeza del sacrificio.

No solo no recibia el mariscal Victor el socorro naval que habia solicitado tantas veces, sino que el mariscal Soult no le auxiliaba de ningun modo. Estos dos gefes militares vivian muy mal avenidos. En la persuasion estaba el mariscal Victor de que el sitio de Cádiz, como que debia ser su obra y su triunfo, no gozaba del favor del mariscal Soult; y á la verdad este, lejos de reforzarle, quitábale á menudo destacamentos para enviarlos, ya á la seranía de Ronda, ya al condado de Niebla, y de los diversos objetos, el del sitio de Cádiz parecia ocuparle menos que todos.

El modesto mariscal Mortier, que en ninguna parte oponia estorbo, y donde quiera se sabia hacer de provecho, conteniéndose en segundo término siempre, no llevaba una existencia menos trabajosa que el general Sebastiani en Granada y el mariscal Victor en Cádiz. Obligado á correr con el

quinto cuerpo, ora hácia Badajoz contra las tropas del marqués de la Romana, ora al condado de Niebla contra los *insurgentes* de esta comarca y los destacamentos salidos de Cádiz, ora hasta Jaen para ayudar allí al general Sebastiani, habia tenido que operar en un radio de sesenta leguas, y asi sus tropas estaban agobiadas de fatiga. Sin duda habia alcanzado triunfos, pues cogió ó mató dos mil hombres á Mendizabal cerca de Llerena y destruyó á la caballería portuguesa en Fuente de Cantos, pero vuelto á Sevilla á fines de 1.º 10, de un efectivo de veinte y cuatro mil hombres, no contaba mas que con ocho mil capaces de ponerse en marcha.

Aun cuando en realidad contasen ochenta mil hombres, no hubieran podido presentar cuarenta mil los tres cuerpos que formaban el ejército de Andalucía, bien que, llegado el invierno, la porcion disponible aumentóse considerablemente, merced al término de los calores, al reposo y á la salida de los hospitales. Napoleon habia censurado severamente las operaciones del mariscal Soult que mandaba los tres cuerpos en calidad de general en gefe, y le reconvino á la vez por falta de energía y por falta de combinacion en el empleo de sus tropas. Verdad es que, después de haber cometido el error de dispersar sus fuerzas en España con la prematura invasion de Andalucía, se renovaba el mismo error en esta comarca por querer abarcar simultáneamente todos los objetos. Querer á un mismo tiempo amenazar á Murcia y Valencia, ocupar Granada, Málaga, Jaen, sojuzgar á Ronda, cerrar Gibraltar, conservar Sevilla, sitiár á Cádiz, Elvas, Badajoz, Campomayor, era exponerse á arruinar completamente el ejército sin alcan-

zar ninguno de todos estos fines. Aunque lo mejor fuera desde el principio, según se ha insinuado, abrir ante todo una campaña decisiva contra los ingleses, sin embargo, ya abrazado el partido de ejecutar la campaña de Andalucía al propio tiempo que la de Portugal, hubiera sido menester acumular todas las fuerzas sobre Cádiz y establecer simples puestos en Córdoba y en Sevilla para tener el camino de Madrid expedito. Ocupada Cádiz, toda la Andalucía se hubiera sometido muy en breve y se contara con una fuerza disponible para emplearla donde se quisiera, en Granada ó en Abrantes. Aplazando la ocupación de Granada por el cuarto cuerpo, no se hubiera hecho al general Blake mucho más formidable, puesto que nada podíamos desear mejor que ver á los españoles presentarse en batalla, para batirlos con algunos miles de hombres y ponerlos en fuga por largo tiempo. Hasta se hubiera podido prescindir de enviar á Badajoz al quinto cuerpo, dejando al marqués de la Romana que avanzara sobre Sevilla, para darle una gran batalla sin movernos de nuestro sitio. Estando así delante de Cádiz todas las fuerzas juntas, se hallaran prontas á marchar á cualquier punto donde un grande interés lo exigiera, sin contar que presentarán bajo banderas una cuarta parte más de efectivo, ahorrando correrías mortales detrás de guerrilleros, á quienes se batía sin destruirlos. En España convenía ir en pos de los grandes objetos y de los grandes venir á los menores. Por no proceder de este modo, el ejército de Andalucía, abrumado de cansancio, arruinado por las enfermedades, bien que extendiéndose desde Cartagena á Badajoz, y pudiendo considerar á Andalucía so-

juzgada, pero no pudiendo impedir que la desolaran los guerrilleros, ni había tomado á Cádiz, ni á Badajoz, ni era capaz de prestar auxilio á nadie, y antes bien se hallaba reducido á solicitar para sí socorros de monta. Con efecto, el mariscal Soult había terminado el año pidiendo á Napoleón un refuerzo de veinte y cinco mil hombres de infantería, de mil marinos, de mil artilleros y de una escuadra. Poseyendo estos medios prometía señorear en breve á Cádiz y conquistar todo el Mediodía de la Península desde Cartagena hasta Ayamonte.

Facil es de comprender cómo después de peticiones semejantes acogería el mariscal Soult la orden llegada de París á fin de enviar parte de sus fuerzas sobre el Tajo. Muchas veces se le había dirigido esta orden bajo diversas formas y siempre muy embarazadas. Primero se le previno que hiciera cuanto pudiera por seguir los pasos al marqués de la Romana é impedir que dañara á Massena: luego se le prescribió que operara una diversion sobre el Guadiana con un destacamento de diez mil hombres; por último, se le acababa de mandar de una manera terminante que enviara todo el quinto cuerpo con un tren de sitio sobre Abrantes, debiéndose sacrificar todo, menos el sitio de Cádiz, á este objeto supremo. Cuando llegó al mariscal Soult esta última orden quedó sorprendido, y aun podemos decir, consternado. Efectivamente, se le prescribía una cosa que, sin ser del todo imposible, era difícil por extremo y aun peligrosa, y todo por servir á un vecino en quien veía malamente un rival, pues no estaba al mismo nivel el nombre de estos dos mariscales, y por lle-

var á buen remate la obra agena á expensas de la suya. ¡Esto era esperar y exigir mucho del corazón humano!

Ademas la dificultad de hacer lo que se le prescribía salta á los ojos despues de ya expuestos los hechos. El general Sebastiani apenas podía sujetar á Granada: el mariscal Victor tenia todo lo mas con que custodiar sus reductos: el mariscal Mortier reducido á ocho mil hombres al fin del verano, disponiendo quizá de diez á doce mil al fin del otoño, estaba en situacion de ser, ya que no indispensable, al menos muy útil para cubrir las espaldas al mariscal Victor, ocupar á Sevilla y maniobrar entre esta ciudad y Badajoz. ¿Y cómo, sin hacerle que corriera verdaderos peligros, se queria que se lanzara al Alentejo, dejando á su espalda las cinco plazas de Badajoz, Olivenza, Elvas, Campomayor, Alburquerque, teniendo encima los quince ó diez y ocho mil hombres de tropas del marqués de la Romana, estando expuesto á encontrar á los ingleses, é ignorando si el mariscal Massena lo tenia todo prevenido para alargarle la mano hácia Abrantes? Estas objeciones eran fuertes y llenaran de justa ansiedad aun al general que sintiera la mejor voluntad del mundo por ejecutar las órdenes que habia recibido. ¿Cuánto poder no ejercerian sobre un general de quien se reclamaba que abandonara su conquista por ir á asegurar la agena?

Considerando el mariscal Soult incontestable la imposibilidad de efectuar lo que de él se exigia, creyóse dispensado de obedecer inmediatamente y aplazó la ejecucion de las órdenes imperiales, diciendo que estas órdenes serian la pérdida de Andalucía, y probablemente hasta la del quinto cuer-

po todo, que sucumbiria antes de llegar al Tajo, entre los ingleses que estarian en espera, y los españoles que se lanzarian á perseguirle y los franceses que no podrian alargarle la mano hasta protegerle: que por todos estos motivos creia deber diferir la ejecucion de prescripciones tan funestas, y rogaba que fuera enviado un oficial que se enterara y diera testimonio de la exactitud de sus asertos. Sin embargo, añadía que, deseando ser de ayuda al mariscal Massena, se iba á trasladar con todo el quinto cuerpo y algunos destacamentos de los otros dos sobre el Guadiana, para emprender el sitio de Badajoz, de Olivenza, de Elvas, y que sin duda esta seria una diversion infinitamente útil al ejército de Portugal.

Esta última asercion no se podia tomar en serio. Con efecto, ejecutar el sitio de Badajoz, al cabo de dos ó tres meses y á una distancia de veinte y cinco leguas del mariscal Massena, cuando este necesitaba que se le ayudara sin demora á pasar el Tajo, era un socorro irrisorio. La única razon plausible que pudo hacer valer el mariscal Soult, consistia en la dificultad de lo que se le pedia. ¿Era ó no posible que marchara en auxilio del ejército de Portugal? Esta y no otra pregunta convenia que se le dirigiera. De seguro era impracticable, segun el sistema de ocupacion adoptado en Andalucía, pues, siendo ya muy débil en todos los puntos, se iban á perder los puestos que fueran desgarnecidos, sin dar al quinto cuerpo una fuerza bastante para marchar con seguridad sobre el Tajo. Y á la verdad, aun no aprobando Napoleon este sistema, habiálo confirmado en cierto modo con permitir que se practicara durante un año. ¿Cómo

cambiarlo de repente, sin orden formal suya, haciendo sacrificios de territorio que serian á los ojos del enemigo funestos movimientos retrógrados? Y sin embargo, no habia medio; si se intentaba algo posible, era menester retirar al punto el cuarto cuerpo de Granada, trasladarle á Sevilla, dejar allí una mitad de él para atender á espaldas del mariscal Victor á los accidentes imprevistos, ir con el resto á juntarse al mariscal Mortier, caer sobre cuantos españoles habia entre las cinco plazas de Extremadura, marchar á toda prisa sobre Abrantes con unos veinte mil hombres, correr la eventualidad de encontrar en muy grande fuerza á los ingleses á la orilla izquierda del Tajo, bien que se pudiera remediar este peligro avisando oportunamente á Massena de la pronta llegada, á fin de que estuviera pronto á echar su puente y á saltar en la margen izquierda en el mismo instante en que por allí asomara el socorro. Con tales precauciones, con grandes sacrificios, con mucha adhesion y mucha audacia, esta operacion era practicable. Bajo menores condiciones, sin renunciar á Granada, sin colocar un cuerpo intermedio, que en caso de necesidad pudiera sostener al mariscal Victor, sin reforzar mucho el quinto cuerpo encargado de marchar sobre el Tajo, la empresa era imposible, y el mariscal Soult estaba autorizado para negarse á ella. Si se queria que obedeciese, hubiera convenido trazarle de antemano los sacrificios que debia hacer, imponérselos, dejarle de esta suerte sin razon verdadera ó falsa de desobediencia, mandar en fin, no de una manera vaga, sino precisa y absoluta, como se hace cuando se reflexiona seriamente sobre lo que se ordena, y se

ordena con voluntad de ser obedecido. Por desgracia, complaciéndose en sus ilusiones, distraido por otros objetos, creyendo formalmente, ya que no en la existencia de ochenta mil hombres, al menos en la de sesenta mil en Andalucía, Napoleon no pensaba que hubiera dificultad en la ejecucion de sus voluntades y se limitaba á prescribir al mariscal Soult que marchara sobre Abrantes, aunque segun decia, hubiera que debilitarse algo hacia Granada. Este era el único sacrificio que preveia y autorizaba. Con tales condiciones debia ser desobedecido, y lo fué de la manera mas grave y mas infansta para el conjunto de los sucesos.

Ya de muy atrás imaginaba el mariscal Soult ejecutar personalmente el sitio de Badajoz, sitio mucho menos importante que el de Cádiz, pero destinado á ser obra suya, al par que el de Cadiz debia ser atribuido al mariscal Victor especialmente, y ya se lo habia propuesto á Napoleon antes de recibir la orden de marchar sobre el Tajo. Al llegarle esta, discurrió como modo de atemperarse á ella, ir sin dilacion sobre el Guadiana, para emprender, ademas de la conquista de Badajoz, la de la doble fila de plazas, que Portugal y España habian construido tiempos antes en Extremadura, y que vueltas en lo antiguo unas contra otras, estaban ahora exclusivamente contra nosotros. Partió, pues, inmediatamente á Extremadura con el quinto cuerpo, dejando al mariscal Victor reducido á sí mismo, bien que recomendando al general Sebastiani que si venia de Gibraltar ó de otra parte alguna fuerza enemiga por la espalda de Cádiz, se trasladara allá inmediatamente. A principios de enero de 1811 se puso en camino con la division

de Girard é hizo que la division de Gazan le siguiera, marchando con mas lentitud para escoltar el tren de sitio. No habia menos de cuarenta leguas de camino detestable desde Sevilla á Badajoz, y con los guerrilleros que infestaban hasta los paises sometidos, no fué la precaucion de dejar atrás la division de Gazan arbitraria, sino precisa.

Delante de Olivenza llegó el 11 de enero y embistiola sin ninguna tardanza. Esta plaza, construida á la izquierda del Guadiana, destinada á servir á los españoles contra los portugueses, habia pertenecido durante dos siglos, ya á unos, ya á otros, y desde 1801 era propiedad de los españoles. Contaba cinco mil almas de poblacion, una guarnicion de cuatro mil hombres y un débil gobernador. Bastante regularmente fortificada y encerrada en un recinto de nueve frentes, hubiera podido oponer cierta resistencia, si el gobernador tomara con tiempo sus precauciones y cuidara de artillar las obras exteriores; pero ni una sola media luna se hallaba armada, y no estaban ocupados ni tenian empalizados los caminos cubiertos. Asi que en rigor hubiera sido posible acercarse de golpe al pie de los muros é intentar una escalada; pero siendo bastante altos los escarpes de mampostería, quizá fuera la tentativa infructuosamente sangrienta. Limitóse, pues, la primera operacion á apoderarse de una luneta que no estaba armada y á comenzar los trabajos de apóche muy cerca del recinto. Bien auxiliados los oficiales y los soldados de ingenieros por la infantería, dirigieron estos trabajos con grande audacia y extremada rapidez, y ejecutáranlos aun mas de prisa si los útiles no anduvieran escasos. En ciertos momentos la in-

fantería del mariscal Mortier, estimulada por la presencia de su gefe, removi6 la tierra con las puntas de sus bayonetas. Por fortuna present6se una compa \tilde{n} ia de ingenieros con un cargamento de útiles, y al cabo de diez dias pudo romper el fuego la bateria de brecha y derribar un ancho lienzo de muralla. A la vista de nuestras columnas prontas á subir al asalto turb6se la poblacion que al principio habia manifestado mucho ardimiento. No trataron de hacerla cobrar brios la guarnicion ni su gefe, y abriendo la plaza sus puertas el dia 23 de enero, nos entreg6 varios almacenes, algo de artillería y cuatro mil prisioneros. Si se hubiera llevado tan de prisa y tan bien el sitio de Badajoz, se hubiera estado en proporecion de cumplir en breve la singular promesa de socorrer al mariscal Massena despues de la conquista de las plazas.

Delante de Olivenza permaneci6 el mariscal Soult los dias 23, 24 y 25 de enero, y parti6 el 26 para Badajoz. Esta era la segunda plaza situada á la izquierda del Guadiana hacia el lado español, y conviene decir que la única importante. Tomada esta, no habia que hacer caso de las otras tres, Elvas, Campomayor, Alburquerque. Allí llegó el mariscal Soult no mas que con la division de Girard y con las tropas de ingenieros que ya se habian restituido al quinto cuerpo. Como ya hemos dicho, la division de Gazan estaba aun detrás ocupada en escoltar el gran parque. Embisti6se á Badajoz el dia 27 y la caballería barri6 las tropas enemigas esparcidas por los alrededores. Acto continuo se procedi6 al reconocimiento de la plaza.

Badajoz, capital de la Extremadura española, poblada por diez y seis ó diez y siete mil habitan-

tes, está situada á la izquierda del Guadiana, cerca de la confluencia de un riachuelo que se llama el Rivillas. Protegida á lo largo del Guadiana por el río y por un muro de redientes, se halla sustentada hácia el lado del campo por nueve frentes regularmente contruidos, y formando un semicírculo que apoya en el Guadiana sus dos extremidades. A una de ellas, la que mira al Nordeste, se alza un fuerte castillo, construido sobre un escarpe que domina á la vez el Rivillas y el Guadiana por el punto en que se juntan ambos. Los nueve frentes que componen el recinto se hallan protegidos por una serie de medias lunas con camino cubierto y glasis, por muchas lunetas, y sobre todo por una obra avanzada que se llama el fuerte de Pardaleras. A la orilla izquierda del Guadiana se enlaza la plaza con un puente de piedra, muy antiguo y muy sólido y por una fuerte cabecera de puente. En esta misma orilla y casi frente por frente del castillo de Badajoz, está el fuerte de San Cristóbal, sirviendo de apoyo a un campo atrincherado establecido sobre las alturas de Santa Engracia. Lanzandose el riachuelo Gévora en el Guadiana, baña y protege este campo de Santa Engracia. En la época á que se alude, el ejército español del marqués de la Romana, ocupado en correr entre las diferentes plazas de Extremadura, tenia costumbre de alojarse en este campo. Dispersado por los combates que habia sostenido contra el quinto cuerpo, pero dispersado como los ejércitos españoles, que se rehacian al día siguiente de sus derrotas, se hallaba en las cercanías de Badajoz y para ir allí aguardaba á que se le uniera el destacamento que habia enviado á Lisboa. Se le habia vuelto

á pedir á lord Wellington, quien no se pudo negar á restituirlo y lo dejó partir para Extremadura. Este destacamento de siete á ocho mil hombres, algo mermado por la estacion y las enfermedades, llegó á Badajoz sin el marqués de la Romana, que acababa de morir en Lisboa de una enfermedad aguda. Todo el ejército mandado por el general Mendizabal, despues de dejar en Badajoz una guarnicion de nueve ó diez mil hombres, podia presentar á la orilla derecha del Guadiana, en el campo de Santa Engracia, un cuerpo de doce mil hombres, con un puente de piedra para comunicarse, de modo que en ciertos momentos era posible que los sitiadores tuviesen no menos de veinte mil hombres encima.

Ademas de su fuerte guarnicion tenia la plaza un gobernador excelente, el general don Rafael Menacho, víveres y provisiones para seis meses y obras en perfecto estado de defensa. A los veinte mil españoles esparcidos á las dos márgenes del Guadiana y pudiéndose comunicar libremente de una á otra, tenia el ejército francés que oponer nada mas que nueve ó diez mil hombres, interin llegaba la division de Gazan que haria subir á quince ó diez y seis mil los combatientes. Hay que añadir que no poseia ningun medio para cruzar de una á otra ribera, á no ser una barca que de cada vez pasaba á algunos hombres.

Por fortuna la calidad de los soldados compensaba con usura esta inferioridad numérica, y con menos tropas habia tomado el general Suchet plazas infinitamente mas fuertes y en quince ó veinte dias. Si el mariscal Soult se apoderaba de Badajoz dentro de este espacio de tiempo, podia estar

del 15 al 18 de febrero en camino hacia Abrantes, momento en que se acababan de celebrar las conferencias de Gulgao, y en que era muy oportuno desembocar por la izquierda del Tajo.

La sangrienta experiencia que hicimos de las propiedades de Badajoz, que en dos años fué conquistado y reconquistado por los franceses y los ingleses, nos enseñó que hacia el Suroeste, delante de un frente saliente, poco flanqueado, situado hacia el lado opuesto al castillo y bastante cerca del Guadiana, se hallaba un punto de ataque ventajoso para los sitiadores, que, aproximándose á la plaza por una parte proeminente de su perímetro, no tenían que sufrir los fuegos de flanco de los sitiados. Probable es que atacando resueltamente á Badajoz por esta parte, que es la primera que se ofrece á la vista viniendo de Olivenza, se hubiera logrado apoderarse de ella muy pronto, lo cual permitiera asomar junto al Tajo en tiempo oportuno. Mas no bien llegados los franceses delante de Badajoz, de miedo de engañarse según las apariencias, la atacaron á la vez por todos lados, al menos por todos los que miraban al campo y que no bañaba el Guadiana. Se dirigió un ataque á nuestra izquierda apoyándose en el río hacia el frente que hubiera convenido acometer exclusivamente, otro hacia el centro enfrente del fuerte de Pardaleras, y por último otro á la derecha mas allá del Rivillas, desde donde se podían disparar algunos proyectiles de poco efecto sobre el castillo y á lo interior de la plaza. Esto fuera bueno teniendo muchas tropas, mucha artillería y muchas municiones, pues, dividiendo el ataque se dividiera la defensa, pero teniendo poca artillería, pocas mu-

niciones, y cuando mas nueve mil hombres de infantería, á lo menos hasta la llegada de la division de Gazan, era exponerse, quisiérase ó no se quisiera, á permanecer cuarenta dias delante de Badajoz en lugar de veinte.

Se emprendieron, pues, tres ataques harto desbarahustados y tan distantes unos de otros, sobre todo á causa de tener que atravesar el Rivillas, que era menester andar legua y media para comunicarse entre el de la derecha y el de la izquierda. Abrióse trinchera el 28 de enero á mil metros del recinto hacia la derecha, á quinientos hacia el centro, y adelantóse con lentitud extremada, ya por escasez de operarios, ya por falta de empeño en precipitar las resultas del sitio. Apenas se construyó la trinchera, procedióse á levantar algunas baterías, como si se quisiera comenzar el fuego casi tan pronto como los trabajos de aproche. Se removía la tierra al son de un débil y lento cañoneo, que no producía mas efecto que el de consumir inútilmente municiones. Hay que añadir que las lluvias continuas de la estación entorpecían los trabajos y hacían verdaderamente digna de lástima la suerte de las tropas, como que empleados todos los caballos en acarrear la artillería de grueso calibre, no se había podido ir á forragear á distancia y faltaba pan. Durante muchos dias los soldados se alimentaron solo de carae, lo cual produjo entre ellos varias enfermedades. En vez de algunos centenares de operarios que hicieran falta, solo se encontraban ciento cincuenta para cada ataque, nueva prueba de que valiera mas concentrar sobre uno solo los pocos medios disponibles.

Asi fueron poco fructuosos los primeros dias

de trabajos, á causa del mal tiempo, de la ausencia de la division de Gazan y de la falta de abineo en dar prisa al asedio. Queriendo por su parte el gobernador Menacho emplear su numerosa guarnicion en entorpecer nuestros trabajos con briosas salidas, determinó multiplicarlas y ejecutarlas con fuertes columnas. Una dirigió el día 31 de enero hácia nuestro ataque del centro delante del fuerte de Pardaleras, con cuatro batallones, dos piezas de artillería y dos escuadrones de caballería. Tan véloz y resueltamente se adelantaron los españoles, que nuestros operarios fueron obligados á ciar sin tener apenas tiempo de unirse y de empuñar sus armas, mas habiendo acudido el general Girard con tres compañías de zapadores y un batallon del 88.º atajóles de pronto el paso, y picándoles con la bayoneta los empujó hasta el camino cubierto de la plaza. Durante este tiempo, desfilando la caballería española á lo largo del Guadiana y girando despues hácia nuestro ataque de la izquierda, sorprendió á nuestros operarios y acuchilló á algunos de nuestros oficiales de ingenieros, que hicieron punto de honra no evacuar sus trincheras. Allí el gefe de ingenieros Cazin fué muerto á sablazos: ouce heridas recibió el capitan Vainsot de la propia arma. Esta caballería fué rechazada á su vez y no poco maltratada. En esta salida perdimos unos sesenta hombres y no perdió menos de ciento el enemigo. Por lo demás nuestras obras de ataque estaban harto distantes y muy poco adelantadas para que de resultas padecieran mucho.

Todo trabajo fué imposible en los dias siguientes á causa de las lluvias y de violentos huracanes, y saliendo el Rivillas de madre nos llevó hombres y

caballos. Por fortuna apareció al fin la division de Gazan con cerca de seis mil infantes, útiles y artillería de grueso calibre, de cuyas resultas ya se pudo contar con unos doce mil hombres de infantería, con mil doseientos de ingenieros y de artillería, y como con dos mil cuatrocientos ginetes, lo cual ascendia á un total de diez y seis mil soldados. Disponiendo de infantería mas numerosa, dedicóse alguna mayor actividad á los trabajos: se les dió á la derecha la forma de una larga línea de contravalacion, mas bien para cubrirse contra los españoles de dentro y de fuera, que para emprender por este lado un formal ataque. Por el centro se propendió á aproximarse al fuerte de Pardaleras que se trataba de tomar con el fin de hacerle base de la principal acometida, y á la izquierda se envolvió en una línea circular una cumbre denominada *Cerro del Viento*, sobre la cual se apoyaba la extremidad de nuestra línea. Algunos dias se pasaron en desembarazar nuestras trincheras del lodo producido por las lluvias y en rechazar las salidas del enemigo: durante estos ocho dias se adelantó poco y todo se limitó á disparar algunas bombas sobre la plaza para inquietar á la poblacion.

Se supo el 6 de febrero la aparicion del cuerpo de socorro procedente la mayor parte de Lisboa, como se ha dicho mas arriba. Reuniendo los que venian de las líneas á los que habitualmente se hallaban en la campiña extramuros de Badajoz, podia el enemigo presentar en fuerzas activas cerca de diez mil infantes y de dos mil caballos. Unos y otros fueron á tomar posicion mas allá del Guadiana, en el campo de Santa Engracia, situado detrás del Gévora, contra el fuerte de San Cristóbal.

Hallándose en comunicacion con la plaza por el puente de piedra de Badajoz, podian, unidos á la guarnicion, constituir una fuerza de veinte mil hombres prontos á arrojar sobre los franceses. Maniobrando bien y desembocando con viveza sobre un solo punto, no era imposible que detuviesen y aun hiciesen levantar el asedio. Verdad es que les era difícil lanzarse á una operacion á fondo, careciendo, aunque valientes, del talento de hacerse firmes en campo raso.

El primer uso en que emplearon sus fuerzas fué el de ejecutar el día 7 una gran salida. Despues de empezar por una falsa demostracion sobre nuestra izquierda, desembocaron por la derecha, pasando el Rivillas al amparo de los fuegos del castillo. Marchando vigorosamente en una masa compacta de siete á ocho mil hombres, llegaron hasta nuestras líneas; nuestros destacamentos acudidos á este punto no eran bastantes para oponer resistencia, ni á su número ni á su empuje. Como en todas las salidas, mantuvieron el campo un instante y echaron abajo algunas obras de escasa monta, sobre todo, hacia nuestro ataque de la derecha, que, no habiendo sido emprendido formalmente, no ofrecia que destruir nada importante; pero el mariscal Mortier les retuvo muy pronto con el despliegue de muchos batallones que les presentó de frente, y despues, aprovechándose de la circunstancia de haberse adelantado mucho, soltó contra su flanco dos batallones, uno del 88.º, otro del 64.º, sacados del ataque del centro, y conducidos mas alla del Rivillas. Repelidos de frente, amenazados por el flanco, despues del primer momento de impetuosidad, se retiraron los españoles

con orden al principio y seguidamente de tropel y dejaron setecientos hombres muertos ó heridos en nuestras manos. Por desgracia, la tentacion barto ordinaria de perseguirlos hasta bajo los fuegos de la plaza, nos costó unos cien muertos y cerca de trescientos heridos.

Entonces concibió el mariscal Soult la idea de irlos á buscar al campo de Santa Engracia, y de quitarles la posibilidad de renovar semejantes operaciones, destruyendo el ejército de socorro; idea muy cuerda, porque la presencia de este ejército inspiraba á la guarnicion una fuerza moral y material de importancia; pero habia que poseer medios para cruzar el Guadiana, lo cual no era fácil por lo caudaloso que á la sazón iba, y así entretanto se propuso adelantar un paso hacia el recinto apoderándose del fuerte de Pardaleras. Este consistia en un bastion flanqueado de dos semi-bastiones y cerrado á la gola por una simple empalizada. Posible era tomarle por sorpresa, y luego hacerle punto de apoyo de una embestida directa hacia el punto del recinto en cuyo ataque se pensaba. Dos columnas dispuso, compuestas de doscientos hombres cada una, de los destacamentos del 21.º y del 28.º de ligeros y del 100.º y el 403.º de línea á las ordenes del jefe de batallon de ingenieros Lamarre, oficial distinguido (1), precediéndolas zapadores de ingenieros y mandándolas dos oficiales bizarros, el jefe de batallon Guerin y el capitán de ingenieros Coste. En conformidad del plan formado, estas dos columnas salieron el 4 de febrero á

(1) El mismo que ha publicado una excelente obra sobre los sitios sostenidos en Badajoz por españoles y franceses.

las siete de la tarde de nuestras trincheras; en medio de una oscuridad profunda avanzaron en derecha á la parte saliente del fuerte de Pardaleras, se separaron despues la una á la derecha, la otra á la izquierda, siguiendo la cresta de los glasis, á fin de asaltar la obra por la gola. Aunque extrañada por la oscuridad la columna de la derecha, halló medio de bajar al foso de la cortina, descubrió una poterna entreabierta y lanzóse á ella con prontitud suma. El capitán Coste, que la guiaba, se arrojó sobre un oficial español al presentarse á cerrar la poterna, le hirió con su espada, metióse allí prestamente con sus soldados, y llegó á la obra en el mismo instante en que la columna de la izquierda, habiendo conseguido salvarla, derribaba á hachazos las empalizadas que cubrían la gola. Estas dos columnas se juntaron á los gritos de viva el emperador, precipitáronse seguidamente á la bayoneta sobre los españoles, mataron á algunos, hicieron á muchos mas prisioneros y pusieron á los otros en fuga hácia la plaza. Ya dueños del fuerte se apresuraron á formar un espolon para cubrirse de los fuegos del recinto que desde este dia debían ser dirigidos todos sobre la obra de que nos acabábamos de hacer señores.

Este acto atrevido proporcionaba á nuestro ataque del centro, único formal, un apoyo sólido y apropiado al pronto triunfo.

Sin embargo, el mariscal Soult pensaba mas bien en desembarazarse del ejército español acampado al otro lado del Guadiana, que en hacer más rápidas las operaciones del sitio. Jamás había dificultad en batir un ejército español á campo raso; pero aquí era menester pasar el Guadiana muy

crecido entonces, llegar despues al campo de Santa Engracia, vadeando el Gévorá bajo el fuego del enemigo, sin comprometer á pesar de todo el asedio, cuyas obras no podían ser custodiadas sino por muy escasas tropas. Afortunadamente los españoles, no obstante los juiciosos consejos de lord Wellington, ni habían levantado en rededor de aquel campo una empalizada, ni aun removido la mas leve porción de tierra: además mostrábase poco vigilantes, y con secreto y con presteza habían de siete á ocho mil hombres para sorprenderlos y arrollarlos. Igual número debía quedar en custodia de nuestras trincheras, y había de sobra para protegerlas, estando el enemigo muy ageno de lo que le amenazaba.

Esta operacion proyectada por el mariscal Soult fué tan bien ejecutada como concebida. Para el 18 de febrero ya se había proporcionado, gracias á la solicitud del arma de ingenieros, los medios de pasar el Guadiana con seis mil hombres de infantería y dos mil de caballería. Cruzóse efectivamente el rio en la noche del 18 al 19 con tropas de preferencia sacadas de las dos divisiones de Girard y de Gazan. Los mariscales Soult y Mortier marchaban á la cabeza de sus soldados. Al amanecer del 19 estaban todos á la otra orilla del Guadiana, teniendo á la derecha la caballería compuesta de los dragones de Latour Maubourg, y de dos regimientos de cazadores en la llanura, y hácia el centro y la izquierda la infantería formada en columnas por batallones. Como se había pasado el Guadiana por mas arriba de Badajoz era necesario bajar la orilla derecha de este rio para llegar cerca de San Cristóbal y de las alturas de Santa Engracia,

sobre las cuales se encontraba el campo de los españoles. Una espesa niebla favorecía á nuestro pequeño ejército en su marcha.

Pronto llegó á la márgen del Gévora antes de que los españoles estuvieran en proporecion de disputarnos el paso. Algo lejos hácia la derecha cruzó nuestra caballería y arrolló en un abrir y cerrar de ojos á la caballería española, que cubria el campo por el lado de la llanura. Nuestra infantería, guiada por el mariscal Mortier, se metió en el Gévora, lo cruzó con el agua á la cintura y llegó de seguida en el mejor orden al pie del escarpe de Santa Engracia en el momento en que se disipaba la niebla.

Antes de ordenar el general en gefe el ataque, destacó sobre nuestra izquierda dos batallones para interponerlos entre el fuerte de San Cristóbal y los españoles é impedir á estos que se refugiaran á la plaza. Al mismo tiempo previno á la caballería que operara un movimiento de conversion por la derecha, á fin de lanzarse por este lado, que era una pendiente suave al campo enemigo, y acto continuo dió la señal de ataque.

Nuestros soldados, que temian poco á las tropas españolas, treparon atrevidamente á las cumbres de Santa Engracia, sufriendo un violento fuego de arriba abajo y no sin experimentar pérdidas bastantes. Pero en pocos momentos llegaron á la cima del escarpe, interin los dos batallones destacados á la izquierda interceptaban el camino del fuerte de San Cristóbal y mientras la caballería lanzada hácia la derecha á la llanura, tomaba al enemigo por la espalda. Viéndose amenazados los españoles de frente por nuestra infantería, de flan-

có y á la cola por nuestra caballería, formáronse en dos cuadros bastante fuertes y bastante firmes en su actitud. Pero asaltados briosamente por nuestra infantería y nuestros dragones fueron muy luego rotos, y perdieron lo que pierden los cuadros cuando se consigue romperlos; entre muertos y heridos tuvieron dos mil hombres fuera de combate; se les cogieron cinco mil, toda la artillería y muchas banderas. De los doce mil hombres que presentaron en batalla, á lo mas salvaron cinco mil los españoles, que en todas direcciones emprendieron la fuga.

Aunque no ofreciera dificultad para nuestras tropas el batir con ocho mil á doce mil hombres, cuando tenian que habérselas con españoles sin ingleses, figuraba como operacion en gran manera meritoria, la que acababa de ser ejecutada á causa de la posición del enemigo, cubierta por las alturas de Santa Engracia y por el lecho del Gévora, á causa del Guadiana, que habia sido menester cruzar para ir á presentar la batalla, á causa en fin del asedio, cuyos trabajos era menester seguir custodiando mientras se iba á pelear á otra parte.

De esta victoria se aprovechó el mariscal Soult para embestir la plaza por la derecha del Guadiana y privarla de todas las comunicaciones exteriores. Si hubiera querido aprovecharla para acelerar la rendicion de Badajoz, de seguro terminara el asedio antes del 4.º de marzo, y tomadas así las plazas de Olivenza y de Badajoz con sus guarniciones, dispersos todos los ejércitos españoles de Extremadura, podia adelantarse sin gran peligro sobre el Tajo y con muchas probabilidades de dar á los sucesos un inmenso impulso. Verdad es que le

quedaba el peligro de duplicar la distancia que le separaba del mariscal Victor. Mas, determinándose á evacuar á Granada, ó al menos á dejar allí escasa gente y á llevar el grueso del cuarto cuerpo hácia Ronda, entre Granada y Cádiz, de modo que en un lance apurado el cuarto y el primer cuerpo se hubieran podido juntar prontamente, se disminuía en mucho el peligro de su movimiento sobre Abrantes. En todo caso el efecto moral de un gran triunfo junto al Tajo hubiera compensado los inconvenientes de su ausencia al par que, dejando al mariscal Massena solo, condenado á retirarse, se exponía á un cruel castigo, el de tener muy pronto encima á los ingleses, desembarazados ya de Massena. Bien mirado todo, tras la victoria que acababa de conseguir y fijándose en lo venidero, menos peligros ofrecía una imprudente generosidad que una prudente reserva. A mayor abundamiento se juzgará por los resultados.

Libre así el mariscal Soult de los españoles tornó lenta y tranquilamente á los trabajos del sitio de Badajoz. Durante este espacio de tiempo lord Wellington y el mariscal Massena aguardaban con sentimientos muy distintos el desenlace de las operaciones en torno de esta plaza. Teniendo los franceses tropas en Extremadura, teniéndolas también en Castilla, porque la division de Claparede habia llegado á Viseo, costaba á lord Wellington trabajo comprender cómo no se reunían á entrambas márgenes del Tajo, sobre Abrantes. Así lo esperaba y lo temía mas que nada. Para este caso consideraba su situación difícil por extremo, dado que podia tener encima setenta y cinco mil combatientes si la division de Claparede y el quinto cuerpo

se juntaban al mariscal Massena, por cuya energía habia mucho que temer hasta detrás de las líneas de Torres-Vedras. Parece, pues, que todo debía empeñar á los franceses en reunirse y lord Wellington, juzgando que se haría en su contra todo lo que se debia de hacer, no cesaba de estrechar á los portugueses para que talaran el Alentejo y se encerraran en Lisboa con todo lo que pudieran llevar consigo. Mas no conseguia persuadirles á ello, pues los portugueses, aunque muy animados contra los franceses, no querían comenzar por destruir su ganado y sus mieses para evitar que se lo quitaran los enemigos. Lejos de pensar en dar batalla al mariscal Soult, si este abandonaba la Andalucía para ir en socorro del ejército de Portugal, habia ordenado al mariscal Beresford, que mandaba en Abrantes, defender las afluencias del Tajo que cruzan el Alentejo, defenderlas de modo de retardar la llegada de los franceses, no de perder una batalla, y le habia recomendado sobre todo entrar entero en las líneas de Torres-Vedras, su único objeto, y efectivamente el mas importante. Así el mariscal Soult hallara desembarazado el camino, y no corriera otro peligro que el de alejarse de Sevilla y el de privar á sus lugartenientes de su apoyo algunos dias mas. Todo estaba de consiguiente en su camino para facilitarle el que diera cima á una gran cosa. Verdad es que la ignoraba y que el fantasma del ejército inglés se levantaba delante de él á la idea de marchar sobre Abrantes.

Massena no temía este fantasma, y si hubiera podido hallar el tal ejército en campo raso, siempre que se le proporcionaran municiones, asaltarle sin demora, bien que por otra parte le esti-

mara en lo que valia. Pero luchaba contra el hambre, contra la falta de municiones, contra el disgusto que se aumentaba entre las tropas, y sobre todo contra la resistencia de sus lugartenientes, que en ciertos momentos tomaba la forma de una desesperacion casi facciosa. Si á la llegada del general Foy se habia doblado la cabeza ante la orden imperial de permanecer junto al Tajo, bien pronto se habia renovado, bajo la influencia de la tristeza y del hambre, el deseo ardiente de abandonar una tierra donde se veian reducidos á morir de necesidad sin llevar nada grande á cabo. Cuando se contaba con el general Drouet por un lado, con el mariscal Soult por otro, se habian entrevisto un grande objeto y los medios de darlo remate. No habiendo llevado el general Drouet mas que siete mil hombres, se habia sentido un primer golpe de desaliento; pero aun quedaba el mariscal Soult. Se contaba con él: de vez en cuando los ecos llevaban hasta Punhete el zumbido de un vivo cañoneo del lado de Badajoz y estremecian los corazones; mas ya no se oia de algunos dias á aquella parte, sin duda por efecto de algun accidente atmosférico, y se inferia que el mariscal Soult habia vuelto á Andalucía. Se consideraban, pues, como del todo abandonados y de resultas impotentes contra las lineas de Torres-Vedras y destinados á morir de hambre sobre una playa desierta sin nada formal ni útil á que dar cima. Verdad es que el mariscal Ney habia hecho en los últimos dias un precioso hallazgo, el de cuatrocientos bueyes, dos mil carneros y cuatro mil quintales de maiz. Una porcion de todo habia tomado para su cuerpo, dando lo demas á sus camaradas. Pero el segundo cuerpo, el

de Reynier, estaba reducido á la última extremidad, y no hubiera podido subsistir sin un descubrimiento que tambien habia hecho recientemente en la isla situada á la embocadura del Alviela y bajo las alturas de Boa-vista, de la cual hemos dicho que se hubiera podido servir como de una segunda Lobau. Con efecto, tras de vivas instancias suyas, habia consentido Massena en abandonarle algunas barcas del tren de puente para que registrara aquella isla, que al parecer contenia grandes recursos. Ya que las tuvo, el capitán Parmentiers se abandonó primero á la corriente del Zezere, despues á la del Tajo, y partido de Punhete á la caida de la tarde, llegó á otro dia de mañana á dicha isla, sin otro accidente que el de numerosos fusilazos de la orilla izquierda, aunque de escaso efecto. En isla tan bien situada halló granos, ganado, de que Reynier tanto carecia, y el triste convencimiento de que hubiera sido de provecho sumo para el paso del Tajo. Habiendo acudido hacia allí el enemigo con bastante fuerza, no era ya tiempo de que de ella se sacara partido y habia que renunciar á cruzar el Tajo por un páraje, donde la operacion fuera practicable y segura. Esta era hasta aqui la principal y casi única falta por que hubiera que reconvenir á Massena, falta que la opinion del general Eblé atenúa, pero no borra, y que Napoleon no hubiera cometido, porque su espíritu, adecuado para todo, para las funciones de ingeniero como para las de general en jefe, y ademas infatigable, no descansaba hasta hallar la solucion pendiente. Y es raro, sea la situacion la que fuese, que esta solucion no exista en la guerra como en todo: solo que se necesita el espíritu que la

busca y además el ardor de carácter que no para hasta que la encuentra.

Algunos días más pudo vivir Reynier por consecuencia de su hallazgo, pero á fines de febrero declaró que iba á encantar su reserva de galleta. Muchas veces los gefes de los cuerpos habían hablado de recurrir á este extremo recurso, bien que era por su parte una amenaza destinada á mover el ánimo del general en gefe y de la cual no había éste hecho caso. Ahora le era imposible dudar de la realidad de estas urgencias, y por sus propios ojos y sus propios oídos se podía asegurar de la pasión por irse de allí que se había apoderado completamente de las tropas, privadas de todo socorro, de toda noticia y abandonadas hacia medio año á un extremo del continente. Sobre todo desde que se había desvanecido la esperanza de la ayuda del mariscal Soult, no se podía contenerlas, y hasta se debían temer movimientos de indocilidad, bajo la influencia de gefes que cometían la falta de no poner freno á su lengua. Jamás había creído Massena en la llegada del mariscal Soult y no había cesado de decírselo en secreto á un oficial de su confianza. Si había esperado en aquel punto fué no más que para hacer evidente á todos la necesidad de retirarse, y para apurar las últimas eventualidades de la fortuna. Llegado ya el mes de marzo y no siendo de esperar la presencia del mariscal Soult, ni ofreciendo más probabilidad de éxito el paso del Tajo, perdida la sola que había por no haberse creído en ella, y resultando la imposibilidad de vivir de la de trasladarse al otro lado del Tajo, y yéndose ya á consumir la preciosa reserva de galleta para quince días, si

se permanecía allí más tiempo, único recurso del ejército en caso de retirada, Massena adoptó por fin el partido de ejecutar el movimiento retrógrado sobre el Mondego, que siempre había considerado como el más juicioso y que pusiera por obra desde las conferencias de Gólgao, si no tuviera que atemperarse á la orden formal del emperador de permanecer junto al Tajo hasta el último extremo. Sin embargo, tratábase de averiguar si, ya comenzado el movimiento de retirada, se podría hacer alto á mitad de camino, sin ser arrastrados hasta la frontera española; más resultara lo que resultare de un primer movimiento retrógrado, era indispensable la partida, porque el hambre amenazaba cada vez más de cerca y hacia imprescindible este movimiento. Había que abandonar á Santarem como, al irse á consumir la ración postrera, se abren las puertas de una plaza. Massena comunicó sus órdenes de manera de estar en plena retirada del 4 al 6 de marzo. Su plan fué concebido con una prudencia y una audacia que revelaban á un verdadero general en gefe, á quien la adversa fortuna nada había quitado de su sangre fría ni de su inteligencia.

Antes de empezar la retirada del ejército era menester que la precediera la partida de los enfermos, de los heridos y de los bagages, y para esto no bastaba con una anticipación de dos días, si no se quería encontrarlos agolpados en el camino y verse quizá precisados á pasarles delante para librarse del alcance del enemigo. Con todo, estos movimientos anticipados podían tener también el inconveniente de poner á los ingleses sobre aviso y de atraerlos en nuestro seguimiento harto pron-

to. Por el camino del Tajo, que ocupábamos con bastante fuerza, había medios de contenerlos, si trataban de picarnos muy de cerca la retaguardia, parándonos para enseñarles nuestras bayonetas; pero por el camino del mar, que corre a lo largo del respaldo de la Estrella, era de temer que, advertidos a tiempo de nuestra retirada, se trasladaran velozmente a Leiria, Pombal, Condeixa, y que nos tomaran la delantera sobre Coimbra y el Mondego, en cuyo caso era forzoso renunciar al establecimiento en Coimbra, y aun quizá a seguir el valle del Mondego, y resolverse a una retirada corta, pero espantosa, yendo por el valle del Zezere, que está al Sur de la Estrella. Se podían salvar todos estos inconvenientes ocupando a Leiria con fuerza bastante por un movimiento bien combinado y operado en tiempo útil, ni muy tarde, ni muy temprano. Massena lo concibió y lo hizo ejecutar con rara exactitud.

Respecto de los enfermos y de los bagages decidió que partieran el día 4 de marzo, anunciando que esta evacuación se practicaba para facilitar la concentración del ejército sobre Punhete, punto por el cual se supuso siempre que los franceses pasarían el Tajo. A favor de este susurro, aun sin prestarlo asenso del todo, se debía contener el enemigo, no alreviéndose a operar ningún movimiento decidido por causa de su incertidumbre. Todo el ejército hallóse con orden de marchar la noche del 5. Ney, que solo necesitaba cruzar un corto espacio para encontrarse al otro lado de las alturas, pasando de Thomar a Leiria por Ourem, debía dirigirse a Leiria con las dos divisiones de Mermet y de Marchand y con la caballería de

Montbrun puesta a su disposición en esta coyuntura. Hallando en Leiria a Drouet con la división de Conroux, puesta a sus órdenes igualmente, no podía menos de reunir de diez y ocho a diez y nueve mil hombres de infantería, y de tres a cuatro mil de caballería, formando un total de veinte y dos a veinte y tres mil combatientes de calidad inmejorable, y aunque se lanzaran detrás de él todos los ingleses y los portugueses, de seguro con estas fuerzas y su carácter les atajara el paso. Su tercera división, la de Loisson, debía quedarse en Punhete para hacer subsistir la idea del paso del río. Quedando libres las vías del Tajo mientras Ney cruzara las alturas de Thomar a Leiria y se fuera a colocar de través del camino del mar, Reynier y Junot tenían orden de levantar el campo el mismo día y a la misma hora, Reynier para seguir el camino que va a opillas del Tajo desde Santarem a Thomar, Junot para seguir el que pasa a media costa entre Tremes, Torres-Novas y Chao de Macans. Este último debía cruzar la línea de las alturas hacia Ourem, deslizar detrás de Ney, tomarle la delantera en Pombal con la caballería ligera, restablecer el puente de Coimbra sobre el Mondego y ocupar esta ciudad, mientras que Reynier, no trasponiendo hasta Espinhal las cumbres, estaba encargado de bajar por Miranda de Corvo al Mondego y de ocupar el puente de Murcelha, que es la llave de la ribera izquierda de este río. Cuando uno y otro hubieran ya ejecutado su movimiento y dejado libres los caminos, Loisson, después de inutilizar el tren de puente, debía abandonar a Punhete, juntarse a Ney en Leiria por el camino de Thomar y formar con él la retaguardia. Poco pro-

hable era que los ingleses consiguieran nunca romper una retaguardia mandada por Ney y Loisson y compuesta de tales tropas.

Massena tuvo aun nuevas dificultades con sus lugartenientes, y sobre todo con los generales Montbrun y Drouet que sentian la mayor repugnancia en estar á las órdenes del mariscal Ney. Especialmente Drouet, minucioso, mal contentadizo bajo apariencias apacibles, en lugar de mostrarse mas deferente de resultados de la libertad que recuperaba de volver á la frontera española, queria al revés partir sin tardanza, y no ser útil en la retirada para cosa alguna. Aun desobedeció en muchos pormenores, lo cual aguantó malamente Massena: no obstante consintió en marchar con el mariscal Ney algunos dias, y en apoyar la retirada con su presencia, al menos en los primeros instantes.

El 4 por la noche, los enfermos y los heridos, excepto algunos moribundos, cuya traslacion era imposible y que fueron fiados á la lealtad inglesa, el gran parque de artilleria y los bagajes, pusieron en movimiento divulgando la noticia del próximo paso del Tajo. La parte mas preciosa de esta carga, es decir, los heridos, iban en jumentos. Por falta de caballos se habia reducido la artilleria á la menor proporcion posible, no dejando en cada cuerpo sino las piezas mas movibles y en cantidad indispensable para la pelea. Siendo inútiles los cartuchos de cañon fueron convertidos por industria del general Eblé en cartuchos de fusil. Todo el ejército abandonó aquella mansion con una satisfaccion que emponzoñaba á pesar de todo la renuncia forzada á grandes designios. En el instante de

levantar el campo despachó Massena de nuevo al general Foy para que hiciera presentes en Paris los motivos que le obligaban á retirarse sobre el Mondego, y la urgente necesidad de enviarle inmediatamente socorros, si se habia de volver á tomar la ofensiva, ó á lo menos conservar el ascendiente de las armas.

Habiendo tomado los enfermos, los heridos y los bagajes veinte y cuatro horas de delantera, movióse el ejército el 5 de marzo a la caída de la tarde. Reynier, que estaba en Santarem colocado muy cerca del enemigo, mostró excelente presencia de ánimo todo el dia. Por la noche destruyó los puentes de Rio Mayor y luego se dirigió silenciosamente al camino de Gulgao. Junot, que hacia el curso superior de Rio Mayor tenia fuertes destacamentos, obró de igual modo y abandonó á Torres-Novas para seguir el camino mas próximo á la cordillera de cumbres, el de Torres-Novas, Chao de Macans y Ourem. Este varon excelente, por desgracia menos cuerdo que valeroso, habia recibido en un combate reciente de avanzadas una herida en la frente, que le habia de ser funesta mas tarde, y siempre decidido aunque poco dócil, queria ir á caballo durante la retirada. Para ahorrarle esta fatiga, Massena fué á ponerse personalmente a la cabeza del 8.º cuerpo. Ney por su parte se habia trasladado á Ourem y Leiria, para interceptar la carretera de Coimbra por la vertiente maritima, y dejar libres Thomar, Chao de Macans, Ourem, á los cuerpos que iban á seguir la vertiente del Tajo.

Con grande exactitud se pusieron en planta las disposiciones de Massena, no cayendo nadie en falta para ejecutar un movimiento que era á gusto

de todos. Entero se halló el ejército el 6 en plena marcha sin que le siguieran los ingleses. Ya el 7 estaba en línea de batalla, á caballo sobre las dos vertientes y pudiendo lidiar en una ú otra. Reynier se encontraba en Thomar, Junot en Ourem, Ney en Leiria. Quieto Loisson en Punhete aguardaba el fin del día para dar á las llamas el tren de puente, maravillosa y estéril obra de la industria del general Eble. Despues de quemarlo todo, partió de noche para Thomar, llevándose algunas cargas de útiles y teniendo á su extrema retaguardia el batallon de marinos, que escoltaba á los heridos y á los enfermos retrasados en la marcha. Fuera de alcance hallóse todo el ejército el 8, Reynier trepando á la derecha la prolongada garganta que por Thomar, Cabacos y Espinhal va á bajar al Mondego; Junot en el centro yendo á cruzar en Ourem la cadena de alturas y pasando por detrás de Ney para ocupar con la caballería ligera á Coimbra y restablecer los puentes del Mondego; Ney en fin, habiendo acortado el paso, para dar tiempo á que adelantaran los que debían precederle, y aprestándose á formar una retaguardia invencible con las tres divisiones de Marchand, de Mermet, de Loisson, con la caballería de Montbrun y con la infantería de Drouet.

Hasta el 6 por la mañana no supo lord Wellington exactamente la retirada de nuestras tropas. La preveía por los movimientos ya iniciados el 4 y por ciertos informes que se le habian transmitido, mas habia quedado en incertidumbre, y con su habitual prudencia nada quiso aventurar antes de asegurarse á fondo de lo que iban á intentar los franceses. Ya para él era un gran triunfo la retirada, y

razon le asistía muy fundada para no comprometerlo con un movimiento precipitado que le expusiera á una grave derrota. De consiguiente resolvió seguirlos paso á paso, estrechándoles de cerca, y preparándose á sacar partido de la primera falta que cometieran en este movimiento retrógrado. A la par, como habia recibido la noticia de que Badajoz se hallaba en el último apuro, dirigió al gobernador de esta plaza un message, anunciándole prontos socorros y estrechándole con instancia á sostenerse algunos dias mas; y para que los efectos correspondieran á las palabras, destacó desde Abrantes al mariscal Beresford al frente de las tropas del general Hill con la idea de salvar una plaza que era la llave del Alentejo. Terminadas estas disposiciones, se puso en camino, pernoctando de continuo á tiro de cañon de nuestras retaguardias. Aun despues de esta campaña tan censurada posteriormente, tenia concebida grande estimacion por Massena, y siguiéndole de cerca y todo, resolvió proceder con la circunspeccion mas extremada.

Nuestro cuerpo de retaguardia, el sexto, se hallaba en Pombal el dia 8, entre Leiria y Coimbra, á las órdenes del mariscal Ney, que delante del enemigo recuperaba sus eminentes cualidades. Aun Loisson no se le habia reunido: estaba dividido entre las dos vertientes hácia Anciado, enlazando á Ney, que estaba al Norte de la Estrella, con Reynier que se encontraba al Sur, y trepaba la cordillera entre Venda-Nova y Espinhal para desembarcar en el valle del Mondego. Para ocupar á Coimbra y este rio habia tomado Junot un dia de delantera. Massena, queriendo darle tiempo de que así lo ejecutara, resolvió detenerse el 9 y el 10 en

Pombal, por ofrecer la posición algunos recursos y ser además de fácil defensa. Esta parada, sobre la ventaja de dar á Junot tiempo, ofrecía la de dejar desfilar los numerosos convoyes de heridos, de municiones y de galleta.

Ney, pues, estableció las dos divisiones de Mermet y de Marchand delante de Pombal en frente del ejército inglés, que también hizo alto y se aumentó en número con la aglomeración de fuerzas que bastaba á atraer un solo día de demora, como las aguas que suben rápidamente delante del primer obstáculo que embaraza su curso.

Viendo que los franceses no emprendían su marcha de costumbre y permanecían en posición todo el día 9 y aun el 10, lord Wellington conjeturó que en vez de retirarse tranquilamente, se querían resarcir de su retirada con una gran batalla; y el carácter emprendedor de los soldados y los gefes autorizaba tal conjetura. Preocupado, ya que no intimidado con eventualidad semejante, el general envió contraórden á parte de las tropas de Beresford destinadas á socorrer á Badajoz, y llamó cerca de sí por la carretera de Coímbra la masa principal de sus fuerzas. No dejó mas que destacamentos en pos de Loisson y de Reynier hácia la otra vertiente de la Estrella.

Descubriendo Ney desde Pombal, donde se hallaba, la reconcentración del ejército inglés, advirtió de ella á Massena desde el 10 por la noche y pidió que se le permitiese levantar el campo, ó que se le socorriera bastantemente para poder hacer cara al enemigo. Aun cuando sobre el terreno fuese más atrevido y más hábil que nadie en las maniobras, por lo que hace al consejo carecía de la

tranquilidad algo desdeñosa que Massena debía al temple de su carácter y á su larga experiencia. Massena se dirigió á toda prisa al cuartel general de Ney, esforzándose por tranquilizarle, le empeñó á mantenerse delante de Pombal, á no alejarse de allí hasta el día siguiente, á disputar bien, despues de la posición de Pombal, la de Redinha, donde se debía encontrar dos días mas tarde, de manera de dar todo el tiempo necesario para que las tropas de Junot ocuparan á Coímbra y el Mondego. Le dijo Massena que, circunspectos y pausados como eran los ingleses, no se atreverían contra quince mil hombres puestos bajo su mando y en un terreno tan adecuado á la defensa como los pequeños valles que se iban á atravesar hasta Coímbra, todos los cuales formaban afluencias del Mondego. Ney, que habia visto de cerca la masa de ingleses, no se dejó convencer tan fácilmente como hubiera querido Massena, bien que prometió sostenerse cuanto estuviera á su alcance. Para colmo de apuros, Drouet, que debía de apoyar á Ney, sintióse de nuevo aguijado por el deseo de irse y anunció su próxima partida, con lo que Ney quedaba reducido á dos divisiones. Llamado Drouet á presencia de Ney y de Massena, se defendió como todas las gentes de mala voluntad, con dificultades y testarudeces. Massena, capaz de la mayor energía cuando se le apuraba la paciencia, pero solo entonces, cometió la falta de no mandar imperiosamente, pues, aunque Drouet fuera no mas que auxiliar suyo, no podía haber en presencia del enemigo dos generales en gefe, y siendo el único Massena revestido en Portugal con tal categoría, no tenia mas que dar órdenes formales, sin tomarse la pena de persuadir

á una fria pertinacia que no queria oír cosa alguna. No pudiendo prescindir Ney de cierta simpatía hácia los que manifestaban premura por alejarse de Portugal, no apoyó á Massena como debia, y se separaron sin explicarse bien á las claras. Drouet prometió retirarse despacio, pero no significó el momento de su partida: Ney prometió asimismo sostenerse en Pombal, pero no dijo cuanto tiempo. Aquí estaba la falta de Massena, así en no mandar con vigor bastante como en no aprovecharse de la posicion de Pombal para dar una dura leccion á los ingleses. Efectivamente la posicion de Pombal hubiera sido buena para hacerles cara y reducirlos á pagar á muy subido precio la gloria que les cabia de vernos marchar en retirada. Para esto fuera menester reunir muchas fuerzas á la retaguardia, y por desgracia este cuidado no habia ocupado á Massena. ¿Qué hacia realmente Loisson hácia el flanco de Ney y á caballo sobre las dos vertientes? ¿Qué hacia sobre todo Junot enviado con toda su tropa á Coimbra en busca de los vados del Mondego? A la verdad se podia decir que Loisson era necesario para enlazar las tropas que marchaban al Sur de la Estrella con las que marchaban al Norte, para enlazar á Ney con Reynier. Pero admitiendo que Loisson pudiera ser útil donde se hallaba, aun siendo inverosímil de todo punto que los ingleses, circunspectos y malos andarines, se lanzaran entre Reynier y Ney: ¿á qué emplear todas las fuerzas de Junot en ocupar á Coimbra y pasar el Mondego, tarea á que hubiera bastado Monbrun con parte de su caballería y dos ó tres batallones de tropas ligeras, tarea que tocara naturalmente mejor que á otro alguno, á Drouet,

anheloso por retirarse y verse de nuevo en Almeida? En este arte de distribuir sus fuerzas lejos ó cerca del enemigo, era Napoleón sin par y no podia sustituirle ninguno de sus lugartenientes, por ser la que exige mas amplitud y profundidad de talento. Forzoso es reconocer que Massena dió aquí pábulo á la malevolencia de sus lugartenientes, apoyando mal á unos por otros, y suministrando un pretexto plausible de retirarse mas de prisa de lo que fuera conveniente. Reunidos Ney y Junot, teniendo á Loisson sobre su flanco para enlazarlos con Reynier, teniendo á Drouet á su espalda para ocupar á Coimbra, estuvieran en proporcion de tener con lord Wellington un choque rudo y de castigarle por sus demasiadas pretensiones.

Al dia siguiente, 11, muy de madrugada, situado Ney en Pombal á la orilla derecha del riachuelo de Arunza, vió á los ingleses bajar por la orilla izquierda con ánimo de pasarlo mas abajo de Pombal, y de resultas ordenó de repente la retirada sin querer dar oídos al gefe de estado mayor Fririon que procuraba detenerle. Sin embargo, habiendo este insistido y calculando Ney que podia producir un gran desorden entre los ingleses, si se les tomaba á Pombal, soltó con este fin un batallon del 69.º, otro del 2.º y otro del 6.º de ligeros. Guiadas estas tropas por el general Fririon volvieron á entrar impetuosamente en Pombal, arrollaron á los ingleses hasta el puente del Arunza, precipitaron á algunos en el riachuelo, prendieron fuego al pueblo, donde los heridos ingleses perecieron entre las llamas, y retardaron así la marcha del ejército británico algunas horas.

Después de este arranque vigoroso, Ney vol-

vió á emprender tranquilamente la retirada y bajó la orilla derecha del Arunza á la faz de los ingleses que ocupaban la orilla izquierda. Siguiendo el camino una legua hasta Venda da Cruz el Valle, deja en seguida la margen del rio, corta el ribazo izquierdo cubierto de bosque y por un terreno alternativamente quebrado ó unido va á descender por el valle del Soura á una aldea llamada Redinha. En Venda da Cruz pasó el mariscal Ney la noche hácia el punto donde el camino deja el valle del Arunza para penetrar en el del Soura.

Sabedor Massena del encuentro que habia tenido Ney en Pombal, avisóle que iba á aproximar allí al general Loisson y á enviar ademas una de las dos divisiones de Junot (disposiciones buenas aunque tardias), y á tentar nuevos esfuerzos para retener al general Drouot; pero que le instaba á fin de que, replegándose al dia siguiente sobre Redinha, se retirara despacio, pues habia poco camino que andar para hallarse á las márgenes del Mondego y no convenia que se dejara estrechar muy de cerca, si se queria pasar sossegadamente y tener tiempo de establecerse en aquel punto.

A otro dia que era el 12 levantó Ney antes de amanecer el campo á fin de que en los desfiladeros que tenia que pasar no se le fuera encima el enemigo.

Así se empeñó en un pais desigual donde se marchaba á trechos por llanuras ó por colinas. Precedido por la division de Marchand á bastante distancia, llevaba Ney la division de Mermet bajo su mando inmediato, fuerte de seis mil hombres admirables, como que eran los de Elhingen, de Jena, de Friedland, no habiendo servido nunca

mas que á sus órdenes, adivinándole solo con una mirada y prontos á lanzarse adonde quiera á una señal de su acero. Ademas tenia catorce piezas de artilleria, dos regimientos de dragones, el 6.º y el 41.º, y el 3.º de húsares. Con estos siete ú ocho mil hombres se retiraba lentamente, seguido por veinte y cinco mil ingleses formados en tres columnas, una á la derecha compuesta de las tropas del general Picton y de los portugueses del general Pack, otra en el centro compuesta de las tropas del general Cole, y la última á la izquierda de la infanteria ligera del general Erskine. La caballeria del general Slade, la de los portugueses y los tiradores enlazaban entre sí estas tres columnas. Ney, como un leon perseguido por cazadores, tenia fijos los ojos sobre los que iban en ademan de acometerle para arrojarle sobre el mas temerario. Cuando una de estas columnas le estrechaba muy de cerca, la cubria de metralla, ó la cargaba á la bayoneta, ó soltaba contra ella sus dragones, empleando cada arma segun el terreno con arte admirable y vigor irresistible. Massena, que acudió al terreno, no podia menos de admirar tanto desembarazo, tanta destreza y energia. Cuando, atajados los ingleses, empujaban sus alas hácia adelante para forzar á los franceses á retirarse, rebasando sus fuerzas, lo cual hacian siempre con alguna torpeza, por no ser diestros ni ágiles, revolvía Ney contra la columna que habia tenido la temeridad de rebasarle, y cogiéndola á su vez de flanco, rechazábala cruelmente mal tratada á su cuerpo de batalla. Así habia empleado la mitad del dia en andar cuando mas dos leguas, y preparaba á los ingleses á las mismas orillas del Soura

un último y caloroso recibimiento que rematará dignamente la jornada. Viéndole Massena tan bien dispuesto, manifestóle su satisfacción viva, le dijo que contaba con él, le instó á no abandonar las alturas que había delante de Redinha, y le estrechó á conservar el terreno lo mas que pudiera á fin de tener que disputar más á otro día, y luego le dejó para ir á atender al resto de sus tropas.

En este momento había llegado Ney á la cordillera de alturas que hay á lo largo del Soura y á cuya falda y á la misma orilla del rio se encuentra el pueblo de Redinha. Pegada á la corriente y al pueblo descubría una pequeña llanura redonda, por la cual marchaban pesadamente los ingleses, procurando, como lo hicieron toda la mañana, rebasar nuestras alas por la derecha ó por la izquierda. Ventajosa de defender era la posición pues por todas partes rodeaba y dominaba el pequeño llano en cuyo fondo se divisaba al enemigo. Hasta ofrecía la ocasión de una gran victoria porque, repeliendo á los ingleses, podía arrollarlos en confusión hacia el desfiladero que habían pasado por la mañana, y precipitarles después al valle del Arunza. Con los doce mil infantes y los mil doscientos caballos de que disponía, casi estaba seguro Ney de alcanzar esta victoria, pero le detenía más de una razón de prudencia. Con efecto se hallaba sobre un terreno peligroso, con exposición de ser lanzado sobre el Soura y perseguido así por un espantoso desfiladero, el que de Redinha conduce á Condeixa. Si hubiera tenido la división de Loisson de reserva y podido situarla á la otra orilla del Soura para protegerle en caso de derrota, estuviera en proporción de dar una verdadera

batalla con las divisiones de Marchand y de Mermet, y ciertamente la hubiera ganado: Careciendo de tal reserva, no se atrevió á aventurar nada.

Libre de la presencia de Massena, que probablemente hubiera querido empeñar el combate de lleno, hizo desfilar delante de él la división de Marchand, ordenóla que bajara á la margen del Soura, cruzarlo por el puente de Redinha, volver á subir luego por la otra ribera y tomar posición en aquel punto, con lo que podía tener allí refugio, si era vivamente atacado. Con la sola división de Mermet, con sus tres regimientos de caballería, y algunas bocas de fuego, resolvió mantenerse delante de Redinha muchas horas, como para demostrar lo que era posible hacer con cinco mil hombres contra veinte y cinco mil maniobrando bien sobre un terreno adecuado á la defensiva.

Arrogantemente plantado sobre aquellas alturas que deseaba disputar á los enemigos, tenía sus dos regimientos de infantes desplegados en dos filas, su artillería algo delante, numerosos pelotones de tiradores diseminados á derecha é izquierda por todos los accidentes del terreno y sus tres regimientos de caballería detrás y en el centro, prontos á cargar por entre los trechos de la infantería al primer momento favorable. Detrás y á su izquierda bajaba un camino á Redinha y formaba su línea de retirada en que tenía fijos los ojos. Detrás y á su derecha había reconocido un vado, por el cual sus ginetes podían pasar, el Soura y desaparecer cuando fuera tiempo. Después de haberse asegurado bien de esta suerte los medios de retirada, no temió aventurar el lance, contando en todo caso con la certidumbre de replegarse oportunamente.

Desplegados los ingleses en la llanura continuaban su maniobra de todo el día y aspiraban á rebasar nuestros flancos. Los generales Picton y Paek probaban á trepar á las cumbres hacia nuestra izquierda para disputar á Ney la retirada sobre Redinha, mientras los generales Cole y Spencer se adelantaban en masa muy compacta hacia el centro y la infantería ligera de Erskine trataba de pasar el río sobre nuestra derecha por los vados excogidos de antemano para nuestra caballería. Pero Ney, empleando con igual presencia de ánimo todas las armas, empezó por acribillar á balazos las tropas de Picton y derribando filas enteras, les obligó á un movimiento oblicuo para ponerse fuera de alcance. Logrando, no obstante, á fuerza de pérdidas trepar á las alturas, se adelantaban casi á pie llano sobre el flanco de Ney y estaban á tiro de fusil cuando, reuniendo este seis bocas de fuego, les cubrió de metralla casi á boca de jarro, y luego dirigió en su contra un batallón del 27.º, otro del 59.º y todos sus tiradores reunidos y formados en un tercer batallón. Todas estas columnas atacaron á las tropas de Picton á la bayoneta, las cargaron briosamente y las precipitaron á la falda de las alturas despues de haber muerto ó herido un número no escaso de hombres. Al cabo de pocos instantes la derrota fué completa por este punto. Entonces lord Wellington adelantó su centro para rehacer y juntar su derecha y atacar de frente á los franceses. Dejando Ney que avanzara esta masa, presentóla el 25.º de ligeros y el 50.º de línea y su artillería en los trechos de los batallones, é hizo que les apoyaran el 6.º de dragones y el 3.º de húsares. Despues de recibir á los ingleses primero

con los fuegos de su artillería y luego con los de su infantería, dispuso que se les cargara á la bayoneta y se les empujara con viveza por la pendiente del terreno. Acto continuo lanzó contra ellos el 3.º de húsares que rompió su primera línea y acuchilló á bastante número de infantes. Entonces la confusion fué extremada en toda la masa inglesa y si Ney conservara la division de Marchand á su lado y pudiera empeñar mas á la division de Mermet en el choque, la derrota fuera general é irrevocable. Con todo, no queriendo Ney comprometer á sus tropas, las atrajo, volviolas á formar en batalla, y se mantuvo todavía en posicion mas de una hora, disparando de continuo contra los ingleses balas que abrian en sus filas muy hondos huecos.

A la sazón eran las cuatro de la tarde. Picado lord Wellington en lomas vivo al verse así detenido y maltratado por un puñado de hombres, reunió todo su ejército, lo formó en cuatro líneas y adelantose con la intencion bien manifiesta de forzar la posicion á todo trance. Este era para el mariscal Ney el momento de emprender la retirada, porque, no teniendo sus reservas, ni queriendo conservar la posicion sino disputarla, podía abandonarla sin pena. Ejecutó, pues, el movimiento retrógrado con todo el aplomo y vigor que habian caracterizado esta excelente jornada. Mientras los ingleses se adelantaban despacio, bien que muy resueltos, cada regimiento de la infantería francesa desfilaba sucesivamente delante de ellos ejecutando fuegos por batallones y luego se replegaba á la izquierda á fin de descender al Soura por el camino de Redinha. Habiendo saludado así al ejército inglés

con sus fuegos los cuatro regimientos de la division de Mermet, se adelantaron por la izquierda sin ser siquiera perseguidos, escoltando su artillería que iba por delante, mientras desfilando nuestra caballería por la derecha bajaba tranquilamente el Soure para vadearlo. Todas las tropas de Ney fueron á situarse al otro lado del Soure detrás de la division de Marchand que se encontraba en posicion. Llegados entonces los ingleses á las alturas que les habiamos abandonado, se apresuraron á bajar á la orilla del rio para ver de cruzarlo; pero descubrieron á la division de Marchand apostada á la otra ribera y cubierta por una nube de tiradores que no consentian acercarse. La artillería de esta division incendió la pobre aldea de Redinha y dejóla inhabitable. Asi los ingleses hubiéronse de parar junto al Soure, despues de una laboriosa jornada que no les costó menos de mil ochocientos muertos ó heridos, lo cual era para ellos de mucha monta, al par que á nosotros apenas nos habia costado doscientos. A las órdenes del mas hábil en las maniobras habia acreditado el ejército francés los grados de perfección á que se llega cuando se junta la educacion á la naturaleza, esto es, la energia, la habilidad, el aplomo, el arte de plegarse y de desplegarse bajo el fuego como cuando se hace en el campo el ejercicio, la facilidad de pasar de la defensiva á la ofensiva y de esta á aquella con una prontitud y una solidez, á que nada igualaba, justo es decirlo, en ningun ejército de Europa y que no pudieron menos de admirar los ingleses. Si como general en gefe hubiera sido Ney tan osado en esta jornada como hábil en las maniobras, de cierto repelió el ejército inglés muy lejos á la espalda;

pero dominado por razones de prudencia, que tenían su mérito, limitóse á un combate de retaguardia, cuando pudo dar y ganar una gran batalla. Por lo que hace á Massena, su falta consistió en haberse alejado y sobre todo en no tener allí una division mas. Probablemente el ejército británico hubiera sufrido una sangrienta derrota y pagado á muy caro precio el honor de hacernos evacuar las márgenes del Tajo.

Sea como quiera, los ingleses, despues de esta jornada, tenían hartos motivos para ser circunspectos y los franceses para ser confiados. Ney se habia replegado á un desfiladero que de Redinha llevaba á Condeixa é iba á parar á alturas de facil defensa, despues de las cuales caíase en derecha sobre Coimbra y el Mondego. Este era el último escalon que habia que andar en la carretera de Lisboa á Coimbra, y era necesario mantenerse allí vigorosamente para dar tiempo á que Junot estableciera puentes sobre el Mondego y ocupara á Coimbra que se halla á la otra margen del rio. Si no se disputaba suficientemente este último punto, serian los franceses lanzados al Mondego ó forzados á remontarlo por la orilla izquierda por una áspera comarca, abandonando el proyecto del establecimiento en Coimbra, proyecto medio entre la permanencia prolongada en Santarem y la retirada completa á la frontera de España. Con efecto, no manteniéndose lo bastante en Condeixa para dar á Junot el tiempo que le hacia falta, y estando obligados á remontar la orilla izquierda del Mondego para librarse de la persecucion de los ingleses, no habia otro recurso que la posicion de la sierra de Murcelha, la cual cierra el curso superior del

Mondego por la orilla izquierda, como lo cierra por la orilla derecha la sierra de Alcoba. Mas por largo tiempo no era esta posicion sostenible, pues los ingleses, dueños del curso inferior del Mondego, podian tomarla por la espalda remontando la orilla derecha del rio y yendo á situarse detrás de la sierra de Murcelha. No habia, pues, eleccion posible, siendo forzoso apoderarse del curso del Mondego, pasarlo, ocupar á Coimbra, establecerse allí, vivir de los recursos de esta ciudad y de los que se recogieran en los alrededores, ó retirarse de seguida á Almeida y á Ciudad-Rodrigo, confesando de plano el mal éxito de esta campaña. Sin embargo, cabia en lo posible evitar esta extremidad triste, porque Montbrun, á quien habia encargado Junot que le tomara la delantera, hallando cortado un arco del puente de Coimbra, descubrió algo mas abajo un sitio por donde el rio era vadeable en ciertas estaciones y se podia cruzar con un simple puente de caballetes. Para esto el general Valazé se habia proporcionado los materiales sobre el mismo terreno, bien que el acabar el puente exigia treinta y seis horas, ganadas las cuales era seguro el establecimiento en Coimbra, pues en esta ciudad apenas habia algunos corredores de Trent para disputarnos la entrada. Defendiendo Ponte de Murcelha á la izquierda, Busaco á la derecha y teniendo en el centro á Coimbra, era fácil vivir algun tiempo en esta posicion, desde la cual aun se tenia á los ingleses en jaque, y desde donde se podia arrancar ventajosamente para tornar á emprender todos los proyectos de la campaña.

En la noche del 12, despues del soberbio combate de Redinha, Massena volvió cerca de Ney, le

felicitó por la jornada, bien que expresándole con mucha reserva algun sentimiento de que no hubiera querido conservar la posicion delante del Soura y suplicándole que se sustentara delante de Condeixa, lo cual era muy practicable, gracias á la ventaja del terreno, y gracias tambien al ascendiente que el sexto cuerpo acababa de adquirir sobre los ingleses. Massena le repitió que si no defendia á Condeixa serian lanzados al Mondego ú obligados á remontarlo precipitadamente y renunciar al establecimiento en Coimbra. Desgraciadamente el mariscal Ney, que parecia muy poco movido por las razones del general en jefe, prometió hacer lo que estuviera á su alcance sin responder del éxito. Sobre todo mostrábase zozobroso de las demostraciones de los ingleses por su izquierda, demostraciones que, á ser formales, le hubieran podido separar de Loisson y de Reynier, esto es, del grueso del ejército. Para precaver el peligro por este lado, dispuso Massena que Loisson se colocara como intermediario sobre las alturas que corren entre el valle del Soura, donde operaba el mariscal Ney, y el del Leiria á donde Reynier habia bajado despues de cruzar hácia Espinhal la cordillera de la Estrella. Ademas habia destacado Massena á la division de Clausel del cuerpo de Junot, dirigiéndola en apoyo de Loisson, de manera que Ney tenia á su izquierda dos divisiones para enlazarle con Reynier. Aun hubiera debido Massena enviar la segunda division de Junot para sostener á Ney, no dejando á Montbrun mas que uno ó dos batallones para terminar la obra de los puentes. Y aun hubiera debido, si Drouet fuera mas obediente, obligarle á permanecer detrás de Ney

para que le sirviera de apoyo, y por último, estar allí él en persona con el fin de constreñir á todos á proceder según sus miras. Desdichadamente no lo hizo, y creyendo á Ney bastante apoyado hacia su izquierda por la división de Clausel añadida á la de Loisson, creyéndole bastante retenido por sus instancias y por sus ordenes, partió el 13 por la mañana para dirigirse á donde Loisson se encontraba y calcular desde la posición ocupada por este los verdaderos proyectos del enemigo.

Quedando Ney, tan luego como el general en jefe hubo marchado, solo y libre de sus acciones delante de los ingleses, se puso á observar sus menores movimientos con una extraña desconfianza de la situación, que á la verdad nada tenía de alarmante. Muy escarmentados por el combate de la vispera los ingleses, adelantábanse despacio, lo cual, lejos de tranquilizar al mariscal Ney, no hizo más que infundirle mayor zozobra, predisponiéndole á creer que tal vez ejecutaban algo por otra parte. Un movimiento del general Picton sobre su izquierda, que propendía á rebasarle, hizo le suponer que se iban á realizar todos sus temores, quedando separado del grueso del ejército de resultas, y aun quizá envuelto. Este héroe de corazón firme, de razón fluctuante á veces, incontrastable sobre un terreno que pudiera abarcar con la vista, menos seguro sobre un terreno más vasto que solo pudiera abarcar con la mente, experimentó aquí una especie de turbación, y temiendo siempre ser cortado, y también tanto anhelante por abandonar aquella tierra de Portugal que le era tan odiosa, disputó algunas horas las alturas de Condeixa y apresuróse después á abandonarlas, desfilando hacia su izquierda por

entre una estrecha garganta que, tras una travesía de tres ó cuatro leguas, llevaba á Miranda de Corvo y le volvía á unir á Loisson, á Clausel, á Heynier.

Adoptando una resolución tan grave, hubiera debido ponerla en noticia del general en jefe, pues habiendo recibido orden formal de mantenerse firme y quedando así exonerado de la responsabilidad general, su único deber era sostenerse en Condeixa. Y hasta el presente, lejos de verse en la impotencia de conservar este puesto importante, ni aun había sufrido un serio ataque. Así era tomar sobre sí mucho, y por evitar una desgracia dudosa y hasta imaginaria, como se supo muy en breve, exponer el ejército á una desgracia segura. Sea como quiera, el mariscal Ney se empeñó en el desfiladero que acaba de ser citado, pero conociendo que exponía á Montbrun, firme en la orilla del Mondego, á ser cortado y cogido, le avisó de lo que ocurría, y le envió orden de retirarse inmediatamente con sus ginetes, remontando al galope las márgenes del Mondego por un movimiento paralelo al que él iba á ejecutar con la infantería del sexto cuerpo.

Durante este tiempo Massena se había trasladado á Fuente Cuberta, donde Loisson, apoyado por Clausel, formaba el enlace con Ney y Reynier y estaba pronto á convertir en derrota toda tentativa de los ingleses por interponerse entre las dos principales masas del ejército francés. Desde el elevado punto en que se hallaba Massena podía observar los movimientos del general Picton y avalar todo su alcance, y según lo que divisaba, no había motivo de zozobra. Así cuando se le llegó á

anunciar á mitad del día que Ney habia evacuado á Condeixa y tomado sobre sí la suerte de aquella campaña, se irritó al pronto mucho y explicó en voz alta su extremado disgusto al gefe de estado mayor Fririon, quien con su zelo y su aplicacion por avenir á los diversos gefes del ejército, reparaba, en cuanto estaba de su parte, las faltas cometidas por todos. Tan exasperado se hallaba Massena, que por un instante pensó en dar el escándalo de despojar á Ney del mando. Pero encontrándose tan cerca del enemigo, necesitando del denuedo de todos, no estando aun repuesto Junot de su herida, conoció la inoportunidad de privarse del primero de sus lugartenientes, y se atuvo á la fria expresion de su descontento, ordenando secamente al mariscal Ney que se detuviera á la salida del desfiladero en que se habia empeñado, pues no bastaba haber salvado de un peligro imaginario al sexto cuerpo, sin salvar á Monthrun y los gruesos bagajes de un peligro efectivo, proporcionándoles la posibilidad de operar un movimiento semejante al que acababa de ejecutar el sexto cuerpo. Por lo demas Massena, á quien un instinto seguro advertia casi siempre de lo que podía esperar de los hombres, casi habia presentido lo que iba á sucederle, y con tal prevision envió parte de los convoyes por el camino de Miranda de Corvo. Sin embargo, aun habiendo sido encaminados estos convoyes en aquella direccion desde el día antes, necesitaban mucho tiempo para alcanzar la cabeza del ejército. Ney con su precipitadísima retirada puso al mismo Massena, que tenia las divisiones de Loisson y de Clausel á sus órdenes inmediatas, en algun peligro, porque descu-

bierto por su derecha, le hubieran podido separar los ingleses, del sexto cuerpo, si se mostraran diligentes. Mas emprendió prontamente la retirada y caminó toda la noche en union de las dos divisiones que llevaba consigo y á la luz de muy clara luna. Por la mañana desembocó entre Casal-*Novo* y *Miranda de Corvo*, detrás del mariscal Ney sin experimentar ningun accidente.

Al salir Ney del desfiladero, que desde *Condeixa* llevaba en direccion de *Miranda de Corvo*, debia hacer alto primeramente en la aldea de *Casal-*Novo**. Allí empezaba un terreno mas despejado, aunque desigual y con muchas colinas, yendo á parar primero á *Miranda de Corvo* y de *Miranda de Corvo* á *Foz de Arunza* junto al *Ceira*. Sobre este terreno debia reunir Ney sucesivamente las divisiones de *Loisson* y de *Clausel* y los cuerpos de *Junot*, de *Reynier* y de *Drouet*. Se detuvo en *Casal-*Novo** por la noche, prometiéndose, ya que se habia reunido al ejército y que estaba seguro de salir de *Portugal*, disputar palmo á palmo el terreno y hacer perder á los ingleses todo el día á fin de dar tiempo á que se le juntaran los destacamentos que se habian quedado á la espalda.

A pesar de una espesa niebla, que apenas permitia distinguir los objetos á la mas corta distancia, al día siguiente 44 empezó á maniobrar delante de los ingleses con una precision, con una destreza, con un aplomo que produjeron general admiracion. Casi todo el ejército inglés le seguia por entre esta angostada llanura, que riegan el *Deuza* y el *Ceira*, corriendo hácia el *Mondego*. Ney habia formado sus tropas en muchos escalones, hábilmente dispuestos sobre todos los accidentes del ter-

reno adecuados á la defensiva. Una retaguardia á las órdenes del general Ferrey formaba el primer escalon en Casal-Novo; algo mas allá la division de Mermet formaba el segundo, y la division de Marchand el tercero sobre un relieve del terreno cerca de Chao de Lamar. Por último, la division de Loisson, las de Clausel y Solignac del cuerpo de Junot formaban el último escalon cerca de Miranda de Corvo. A poco se vió á los dos ejércitos seguirse lentamente, uno no cediendo el terreno mas que palmo á palmo despues de una resistencia bien calculada de los escalones, otro adelantando con trabajo por entre mortíferos fuegos y contra posiciones en las que se veia obligado á perseguir al enemigo sin jamás darle alcance.

Habiendo querido el general Erskine desembocar en Casal-Novo con las tropas ligeras, disputole la retaguardia del general Ferrey la aldea, guareciéndose tras de algunas tapias, desde donde nuestros tiradores mataban ingleses á golpe seguro sin que de ellos pudieran sufrir ningun daño. Antes de tomar las tapias necesitaron aguantar las tropas de Erskine dos ó tres horas de este fuego de fusileria. Cuando se retiraron de allí los franceses y los ingleses quisieron perseguirlos, el coronel Laferriere á la cabeza del 3.º de húsares cayó sobre ellos al galope y acuchilló á los mas temerarios. Sin embargo, los ingleses marcharon adelante, y en el momento de dar caza á la retaguardia del general Ferrey, viéronla desaparecer detrás de la division de Marchand situada sobre las alturas de Chao de Lamar. Esta se encontraba allí entera, fresca, impaciente de combate, pues no se habia medido con el enemigo desde el prin-

cipio de la retirada y estaba ademas en posicion muy ventajosa. Estériles fueron todos los esfuerzos de los ingleses por romperla. Luego á una señal de Ney se retiró asimismo y fué á ponerse en línea con las divisiones de Mermet y de Loisson, con las divisiones de Clausel y de Solignac del octavo cuerpo sobre las alturas de Miranda de Corvo, á donde los ingleses se vieron reducidos á seguirla, perdiendo gente á cada paso y no ganando mas terreno que el que se les cedia voluntariamente. Ya espiraba el día y viéronse obligados á detenerse delante del ejército francés reunido en masa sobre una posicion casi inaccesible. Este fué á dormir la noche del 14 á orillas del Ceira y cruzólo, salvo dos divisiones que el mariscal Ney dejó en Foz de Arunza. Asi los dos ejércitos vivaquearon uno junto á otro.

Esta jornada del 14, mucho mejor empleada por Ney, fuerza es decirlo, que la del 13, dió á los convoyes tiempo de ganar la cabeza del ejército y á Reynier de desembocar por entre Miranda de Corvo y Foz de Arunza sobre el Ceira. Tambien Montbrun, avisado por Rey, pudo retirarse é incorporarse á todo andar al grueso del ejército remontando el Mondego.

Nada se habia comprometido mas que el plan tan juicioso del general en jefe de establecerse sobre el Mondego á la altura de Coimbra. Todos los cuerpos del ejército estaban reunidos con su material despues de una pérdida de hombres inferior por lo menos en tres cuartas partes á la sufrida por los ingleses y despues de andar el trozo más difícil de camino por donde debian seguir la marcha. Llegado Massena junto al Ceira en la no-

che del 14, se encontraba á la falda de la sierra de Murcelha y queria trasponerla al dia siguiente para ir á tomar posicion en Ponte-Murcelha junto al riachuelo Alba. Reynier, solo obediente cuando se tenía que poner á la cabeza de la retirada, se habia trasladado á Ponte-Murcelha, donde restablecia los puentes del Alba para él y las tropas, tarea de la que no era poco que pudiese salir airoso, pues tan ocupado se hallaba en forragear, que apenas se podia lograr de él cosa alguna, estando siempre la mitad de sus soldados de merodeo.

A la mañana del 15 se encontraban Junot á la izquierda sobre el bajo Ceira, Ney hacia el centro junto á Foz de Arunza, Reynier á la derecha sobre el alto Ceira. No manifestaban grande impaciencia por empeñarse contra nosotros los ingleses tan maltratados en Redinha y en Casal-Novo, y semejaban mas bien escoltarnos que perseguirnos. El gran carácter de Massena, unido á los talentos de Ney, les quitaba toda esperanza de hacernos sufrir una derrota ó de obligarnos á partir una hora mas pronto de lo que fuera de nuestro grado.

Harto confiado Ney ahora, no se dió prisa á cruzar el Ceira y permitió que dos divisiones pernoctaran mas acá de este rio y junto á los ingleses. Con todo, Massena le advirtió el peligro á que se exponia, mas no hizo caso de este aviso, creyendo que los ingleses no tendrían el atrevimiento de venir con él á las manos. Se engañaba, como va á verse. Lord Wellington, que á pesar de su circunspeccion, estaba determinado á no desaprovechar las ocasiones de acometernos, si cometíamos el error de ofrecérselas, descubrió que una parte del sexto cuerpo no escasa habia quedado

mas acá del rio, y desde la madrugada del 15 apresuróse á envolver con fuerzas imponentes el terreno dominado por todas partes, y en el fondo del cual las divisiones de Mermet y de Marchand habian pasado la noche. Sorprendidas las tropas de resultas del ataque imprevisto, corrieron á las armas, y la division de Mermet ocupó las alturas que dominaban el terreno donde habian pernoctado, á fin de contener al enemigo mientras el mariscal Ney dirigiera la retirada de la division de Marchand por el angosto desfiladero del puente del Ceira. Desgraciadamente la caballeria ligera á las órdenes del general Lamotte, obligada para forragear á establecerse en un prado á las mismas orillas del Ceira, no pudo guardar las espaldas á la infanteria, ni juntarse á tiempo con el fin de trasladarse á las alturas á donde fué á tomar posicion la division de Mermet. Se puso, pues, el general Lamotte en batalla delante del puente, para dar paso á la infanteria que se retiraba y cargar al enemigo si se presentaba cerca de la ribera. Entretanto el mariscal Ney á caballo en las filas de la division de Marchand, comenzó á hacerla desfilir por el puente, y despues de ver que se retiraba con sosiego, volvió cerca de la division de Mermet, que contenia á los ingleses desde las alturas, para traerla y conseguir que pasara á su vez el puente. En este momento una bateria, amenazada por los ingleses cayó sobre un regimiento de la division de Mermet que se replegaba, y produjo algun desorden. Viendo á la caballeria en batalla delante del puente, creyeron los soldados de este regimiento que iba á cruzarlo, temieron que les obstruyera el paso á ellos y se precipitaron allí con el afan de

tomar la delantera. Muy pronto no fué aquello mas que un torrente de fugitivos en desorden que se ahogaban sobre el puente, y hallándolo embarazados por los que se dieron mas prisa, arrojábanse al rio para procurar vadearlo. Vanamente quiso Ney detenerlos, pues jamas su voz fué oída entonces. Despues de algunos instantes de este tumulto, acabo por rehacer a pesar de todo un batallon del 27.º y algunas compañías de cazadores y volvió a subir con este puñado de hombres á las alturas, donde el general Mermet, á la cabeza de su segunda brigada sostenía un sangriento choque contra los ingleses que le estrechaban mas de minuto en minuto. La presencia de este débil refuerzo y del mariscal Ney reanimó el ardimiento de las tropas: se cargó á los ingleses, se les rechazó, se les obligó á alejarse, no sin hacerles sufrir algunas pérdidas. Durante este intervalo apaciguóse al fin el tumulto en torno del puente. Viendo los fugitivos bien ocupados detras de ellos las alturas, se tranquilizaron y desfilaron con mayor calma. Despues de defender la segunda brigada de Mermet las alturas todo el tiempo necesario, bajó á su vez de ellas, pasó el puente con orden y fué á juntarse á la otra orilla con el resto del sexto cuerpo. Al pronto el mariscal Ney creyó tener algunos centenares de hombres ahogados de los que se arrojaron al rio con la esperanza de vadearlo; mas por fortuna el número de los que perecieron fué corto. Apenas faltaron ciento cincuenta soldados a la llamada á las filas de las dos divisiones, y aun la mayor parte de ellos fueron de los muertos ó heridos en el combate sustentado por la segunda brigada de Mermet contra los ingleses. No que-

riendo el mariscal Ney cargar con la culpa, echóse la al general Lamotte, gefe de la caballeria ligera, á quien puso á retaguardia de sus tropas, aun cuando este general tuviera muy pocos verros que echarse en cara durante la desagradable refriega.

Por lo demas este accidente fué de escasa importancia. El ejército tomó posicion detras del Ceira sin ser inquietado, porque la resistencia del general Mermet delante de Foz de Arunza probó á lord Wellington, que á este ejército, siempre tan grande en los peligros, no era fácil ocasionarle un descalabro. No estando aun restablecidos los puentes del Alba, que se debian pasar luego de traspasar la sierra de Murcelha, permanecieron el 16 entre el Ceira y el Alba sin ser atacados por los ingleses y el 17 se trasladaron junto al Alba. Como se concibe fácilmente, el carácter de Massena padecía de un modo cruel viéndose reducido á semejante retirada, por culpa de su soberano que le habia encargado de una empresa de realizacion imposible, por culpa de sus lugartenientes que le habian contrariado en todos sus planes, por culpa de los que estaban cerca y no le habian ayudado, por culpa de las circunstancias que habian conspirado, digámoslo así, en contra suya, y hubiera querido dar á su movimiento el carácter de una maniobra mas bien que de una retirada. Por esto habia proyectado establecerse junto al Mondego, á la altura de Coimbra, lo cual era una posicion tomada algo detras de la de Santarem, pero no un abandono de Portugal. Privado de este recurso por la prisa del mariscal Ney en evacuar la posicion de Condeixa, hubiera deseado á lo menos detenerse junto al Alba, que corre a lo largo de la sierra de Murcelha y

se comunica, según hemos dicho, con la sierra de Alcoba. Pero esta posición era poco segura, pudiendo ser salvada si los ingleses remontaban la orilla derecha del Mondego, y además no era bastante ofensiva para compensar el inconveniente de hallarse a muchos días de Almeida y de Ciudad-Rodrigo, donde estaban reunidos los recursos del ejército, y de exigir para vivir medios de transporte que no había. De consiguiente esto era más bien un consuelo para su noble orgullo que una manobra cuyo éxito fuera importante. En todo caso no eran jueces de esta cuestión sus lugartenientes, y no bien manifestara su intención de detenerse junto al Alba, el deber de ellos consistía en cooperar á la realización de sus miras. No le sirvieron más junto al Alba que le habían servido junto al Mondego.

A orillas del Alba, cuyos puentes ya estaban restablecidos, se encontraban el día 18. Junot se hallaba á la derecha (á la derecha mirando al enemigo) cerca del desagüe del Alba en el Mondego; Ney en el centro detrás de Ponte Murcelha; Reynier á la izquierda hacia las montañas y sobre los flancos de la Estrella, donde nace el Alba; Drouet, en fin, á quien ya no retenían las órdenes del general en jefe, camino de Almeida. Massena había recomendado á Ney expresamente que defendiera bien la posición de Ponte Murcelha, lo cual había prometido y estaba resuelto á hacer para reparar el disgusto sufrido en Foz de Arunza.

Pero esta vez, tanto parecía perseguir la fatalidad al ejército de Portugal, debía proceder la desobediencia del más sumiso lugarteniente de Massena, del que al menos se había manifestado más dócil hasta ahora, del general Reynier. Esta-

blecido el mariscal Ney junto al Alba en la posición de Ponte Murcelha, trataba de asegurarse por medio de reconocimientos de si estaban bien guardadas sus alas y de si corría riesgo de ser nuevamente sorprendido por los contrarios. A su derecha había encontrado los puestos de Junot estrechamente enlazados con los suyos; pero á su izquierda no encontró los de Reynier, cabalmente en la parte de la sierra de Murcelha fácil de salvar por estar poco unida á la de la Estrella. Inquieto Ney y viéndose casi abandonado sobre su izquierda, quejóse vivamente á Massena. Este envió oficiales tras de oficiales para averiguar el paradero de Reynier, á quien se le encontró muy lejos de sierra Murcelha, esto es, sobre la sierra de Moita, otro ramal desprendido de la Estrella y situado muy atrás de la posición actual de las tropas. No habiendo Reynier desempeñado nunca en la retirada el papel de jefe de la retaguardia, que tocó á Ney siempre, durante estos quince días contrajo la costumbre de esparcirse á lo lejos para vivir y de dispersar sus tropas por las aldeas en vez de tenerlas juntas y prontas al combate. Así eligió el campamento más cómodo, más extendido, y no se cuidó poco ni mucho de guardar la izquierda del sexto cuerpo. Conviene añadir, para explicar esta conducta, que también Reynier había acabado por concebir algún enojo contra el general en jefe. Militar instruido, muy aficionado á escribir sobre los sucesos á que asistía, había redactado una especie de acta de la conferencia de Golgao, en que le tocó hacer figura. Su relación, inexacta en muchos pasajes, había desagradado á sus camaradas, y Massena se vio obligado á dirigirle algunas reconvenções. De

resultas de ellas y del ejemplo de los otros gefes de cuerpo, empezó á separarse de los miramientos y de la subordinacion que debia al viejo mariscal, á cuyas órdenes tenia el honor de servir. Lejos de obedecer la orden de irse á colocar á la izquierda del ejército, respondió con un plan de ataque contra la derecha de los ingleses, que, en su dictamen, debia ser de gran consecuencia. No era esto lo que se le pedia y ante todo hubiera sido menester que se enlazara á Ney para cubrirle; pero mientras Reynier disertaba sobre las operaciones que pudieran ser emprendidas, descubierto Ney del todo y viendo distintamente á los ingleses avanzar mas allá del Alba sobre su izquierda, tuvo necesidad, por razones de prudencia muy fundadas, de abandonar á Ponte Murcelha y de hacer fracasar de nuevo, aunque involuntariamente, los proyectos de Massena. Así no era ya sostenible la posición del Alba, y á la verdad tampoco era de sentir mas que por el general en gefe, á cuyo orgullo sirviera de consuelo. No quedaba, pues, mas arbitrio que dirigirse á la frontera de España, de la cual se hallaban cerca ahora.

Comenzando por su parte á escasear de viveres los ingleses, á causa de la dificultad de trasportarlos tan lejos del mar, y desesperando además de vencer á un ejército que se defendia tan vigorosamente en su retaguardia, sentia la necesidad de hacer algunos dias de alto. Los portugueses, siempre servidos despues de los ingleses, y á quienes á menudo se excusaba dar alimento, celebrando su sobriedad, se morian de hambre y quejábanse sin rebozo. Les era, pues, indispensable un alto de tres ó cuatro dias entre Ponte Murcelha y Coimbra

y lord Wellington resolvió que se hiciera. Sin ser perseguido continuó el ejército francés su marcha en tres columnas, llegó el 22 de marzo á las alturas que separan el valle del Mondego del valle del Coa, y hallóse á la vista de las fronteras de España, de donde habia partido para invadir á Portugal seis meses antes.

Con el corazón lastimado volvia á entrar el viejo mariscal en España. Aunque esta tercera evacuacion de Portugal no se pareciera á las dos anteriores, aunque nada tuviera de comun con la del general Junot retirándose de Lisboa despues de una capitulacion, ni con la del mariscal Soult retornando de Oporto sin artilleria: aunque, despues de haberse mantenido cerca de seis meses junto al Tago sin viveres, sin socorros, sin comunicaciones, sin noticias de Francia, en una de las posiciones mas difíciles en que un general en gefe se haya encontrado nunca, hubiera acreditado todas las dotes de un gran carácter; aunque en una marcha de sesenta leguas ejecutada por un país estéril y arruinado, seguido por un ejército doble que el suyo, no perdiera ni un cañon, ni un herido, ni un carro del bagage é inspirara tanto respeto que el enemigo casi habia renunciado á perseguirle; aunque por nada se tuviera que acusar en sus principales providencias, todas tan firmes y juiciosas y solo hubiera cometido algunos errores de detalle, funestos sin duda, pero frecuentes hasta en las guerras mas celebradas, con todo era muy cruel á su edad, despues de tantos trabajos, despues de tantos triunfos, añadir á sus numerosos campañas otra campaña, meritoria de cierto á los ojos de jueces ilustrados y con buenos informes, bien que re-

ducida á un objeto no alcanzado á los ojos de ese público ignorante é impresionable que no juzga mas que por los resultados. Además el aspecto de su ejército tenia por qué afectarle profundamente, pues el espectáculo que ofrecia no era menos extraño que la campaña que acababa de hacer. No bien el cañon retumbaba, los soldados se hallaban en sus filas tan firmes y disciplinados como podia descarse, y maniobraban á la voz de sus gefes con tanta precisión como en un campo de ejercicio, sobre todo en el cuerpo del mariscal Ney que durante esta retirada mantuvo actitud admirable en presencia del enemigo. Fuera de esto se diseminaban por todas partes para proporcionarse bastimentos. Se les veia marchar en bandas fuera de filas, cargados con el botin que habian podido recoger, mezclados entre largas hileras de heridos que eran llevados sobre jumentos, entre los carros de los bagages ó de la artilleria tirados por bueyes, porque la mayor parte de los caballos de tiro habian muerto ó estaban extenuados por falta de alimento. Apenas quedaban suficientes caballos para maniobrar con algunas piezas de artilleria delante del enemigo, y apenas la caballeria osaba fiarse de los suyos fatigados como estaban hasta lo sumo. Tostado el soldado por el sol, flaco, andrajoso, descalzo, pero vigoroso, hecho á la latiga, altanero, arrogante, licencioso, tanto en su lenguaje como en sus costumbres, no sobrellevaba su angustia con la resignacion que tan noble hace á veces la miseria del guerrero; antes bien sufríala con enojo próximo á la insubordinacion. Sobre todos cargaba la culpa de tantos trabajos padecidos: se la achacaba á sus inmediatos superiores, al general

en gefe y hasta el emperador mismo. Massena, que tanto le imponia al principio de la campaña con su gloria, ya habia perdido desgraciadamente todo prestigio por culpa de los gefes de cuerpo, que le habian tratado sin ningun miramiento en sus conversaciones, y desgraciadamente no menos por su propia culpa. Viejo, cansado, con grande derecho al reposo, no habiéndolo gozado en cuatro lustros, incurrió en la debilidad de buscar alivio á sus trabajos prolijos en placeres poco adecuados á sus años, y de los cuales sobre todo no conviene hacer testigos á los hombres sobre quienes se ejerce el mando. Consigo se llevó una muger que no le abandonó en toda la campaña y cuyo carruaje hubieron de escoltar á menudo los soldados por medio de caminos dificiles y peligrosos. En la victoria se rien los soldados de los caprichos de sus gefes, á la par que los miran como crímenes si se les tuerce la fortuna. Alentados por el lenguaje inconveniente de muchos generales, los soldados del ejército de Portugal habian degenerado de una gran consideracion por la brillante carrera de Massena en una libertad de ducharachos degradante para él y para ellos. Massena conocia esta falta de respeto y le tocaba en lo mas vivo. Sin embargo, lejos de alterarse ni desconcertarse en una posicion en que pocos se hubieran librado de la turbacion y el aburrimiento, pensaba con nuevos trabajos, que ya él solo queria, dar otro significado al movimiento retrógrado llevado á efecto. Así, no bien pisaba la frontera, se proponia dar tres ó cuatro dias de descanso á las tropas; enviar á las plazas de Almeida y Ciudad-Rodrigo los aspeados, heridos y enfermos; tomar algunas prendas de vestuario

existentes en los almacenes; pagar los sueldos atrasados con los fondos retenidos en Salamanca; proporcionarse algunos caballos de remonta, y cruzar luego por Guarda y Belmonte la sierra de Gata, que se enlaza, como hemos dicho, con la de la Estrella y la de Guadarrama, bajar por Alcántara al Tajo, siguiendo el camino que Reynier había llevado para juntarse en el anterior mes de julio, y volver así á empezar al punto la campaña con otros datos. Aun descartando las tropas de Drouet, le quedaban cuarenta mil hombres de calidad incomparable, entre los cuales no había un solo soldado accesible al temor ni tampoco al cansancio, y con fuerza semejante y dando ya la mano al ejército de Andalucía, se lisonjeaba de penetrar en Portugal por una vía nueva. Pero esperar un segundo esfuerzo de esta clase después del mal éxito del primero, era presumir mucho, sino de los soldados, al menos de los gefes. Por lo que hace á los soldados, con zapatos, víveres y algunos días de descanso, aun cabía intentarlo todo, pero los gefes, desunidos, desanimados, descontentos de sí mismos y de los otros, no queriendo deber á la constancia los triunfos que no habían debido á la fortuna, eran por el momento incapaces de cooperar á los planes del mariscal Massena. Así, tan luego como los indicaron órdenes emanadas del cuartel general, fueron objeto de críticas violentas y de una sublevación de ánimos universal ó punto menos.

Verdad es que eran criticables bajo muchos aspectos. Aun prescindiendo de lo que los lugartenientes de Massena se apresuraron á divulgar hasta en las filas de los soldados, sobre que abau-

donadas las plazas de Almeida y de Ciudad-Rodrigo, y viendo los ingleses á Castilla la Vieja expedita, se darian prisa á penetrar en ella y cortarían de su base de operaciones á todos los ejércitos franceses que maniobraban en España, resolución poco verosímil por parte de un general tan prudente como lord Wellington y además poco temible, porque el mariscal Massena con un rápido retroceso le hubiera forzado á volver á pasar la frontera; sin alegar estas razones poco graves, era menester averiguar si trasladándose al Tajo se podría vivir allí; si, admitiendo que se pudiera vivir, se lograría la empresa asignada al ejército de Portugal, que era tomar á Lisboa y expulsar de la Península á los ingleses. Ahora bien, una cruel experiencia acababa de enseñar que sin la posesión de los dos márgenes del Tajo no se podía atacar con éxito á Lisboa. Efectivamente, si se operaba por la izquierda del río, no se debía poseer la derecha, á menos que desde Alcántara se bajara manteniéndose á caballo sobre ambas orillas. Para esto fuera necesario un tren de puente que no había y proteger los movimientos por caminos laterales al río, que no existían tampoco. No era, pues, probable la posesión de las dos riberas. Además, con cuarenta mil hombres, aun cuando excelentes, no había fuerzas bastantes para obrar de un modo ofensivo. Siempre se necesitara la cooperación del ejército de Andalucía, en que no había mas fundamento para esperar cuando se fuera en su busca que cuando se le había esperado en Abrantes. Si verdaderamente no se había podido separar de Andalucía á causa de los embarazos que le detenían en ella, no desaparecerían con que se fuera á bus-

carle: si, por el contrario, no habia querido prestar ayuda, tampoco se le inspiraria mas abnegacion de cerca que de lejos. Por tanto no era de esperar que en esta nueva invasion de Portugal se alcanzara el fin mas que en la precedente. Todo lo que se podia era dar una nueva prueba del teson invencible del antiguo defensor de Génova. Cincuenta mil hombres de refuerzo, viveres, un tren de puente, varios dias de descanso, caballos, una autoridad obedecida, todo esto se necesitara para volver á comenzar la campaña de Portugal con probabilidades de buen suceso, y nada de esto se conseguia con la resolucion de marchar sobre Alcántara.

Llena la mente de Massena de este proyecto, que le consolaba de sus pesares, al llegar á la frontera de Castilla la Vieja, dirigió sus tres cuerpos á la sierra de Gata y les señaló cantones adecuados á la marcha que habrian de ejecutar pronto. Al cuerpo de Réynier asignó como un lugar de descanso á Belmonte, que se halla en el nacimiento del Zézere sobre el respaldo del sur de la Estrella; al cuerpo de Junot á Guarda, que se halla en el nacimiento del Mondego; al cuerpo de Ney á Celórico, que es un terreno pedregoso, muy árido, muy pobre, el cual separa las aguas del Coa de las del Mondego. Ordenando las instrucciones de Massena desembrazarse de los heridos, de los enfermos y de los bagajes inútiles, conceder algun descanso á las tropas, hacer llegar los objetos de equipo necesarios y los fondos del sueldo, dejaba presentir sus designios ulteriores. A Réynier especialmente le pedia informes sobre los recursos del pais por haber vivido mucho en Extremadura.

Pronto no fué el proyecto de Massena un arcano. Su divulgacion desagradó en el cuerpo de Réynier, que no tenia motivos para estar satisfecho de su permanencia en aquella provincia, y que ademas contaba con hallarla agotada del todo. No produjo mejor efecto en el cuerpo de Junot, que no conocia á Extremadura, pero que no deseaba tornar tan en breve á una campaña tan ruda y tan poco fructuosa. En el cuerpo de Ney sentó peor todavía, como que acababa de sufrir todas las penalidades y peligros de la retirada, cosa á la verdad muy justa, pues durante la estada en Santarem siempre se habia hallado lejos del enemigo y preservado de la miseria de todo punto. Pero acababa de sufrir sobremedida, viéndose obligado á permanecer en las filas durante la retirada y privado asi de la libertad del merodeo. A mas se le habia dado por lugar de descanso un desierto pedregoso, donde no se hallaban ni pan, ni carne, ni legumbres, y donde por todo recreo no tenia mas que la vista de un enemigo bien alimentado, continuas alertas de retaguardia y lluvias torrenciales. Anunciarles que despues de tres ó cuatro dias de inmovilidad y de hambre en aquel lugar maldito, se le consideraria ya descansado, y bajaria á la vista de Castilla la Vieja hacia Extremadura, donde habia permanecido un instante en la época de la batalla de Talavera, sin encontrar alli abundancia, aun cuando el pais estuviera virgen entonces, era reducirle á desesperacion extremada. En nombre de sus tropas se apresuraron los generales de division á elevar su voz al mariscal Ney, que no necesitaba de excitaciones: le estrecharon á que pusiera en noticia del general en gefe su miseria, á que le patentiza-

ra la imposibilidad de permanecer ni cuarenta y ocho horas en el sitio donde se les había acantonado, como también la imposibilidad de volverse á poner en marcha sin recibir antes zapatos, vestuario, dinero y caballos. Ahora bien, como el vestuario, los zapatos y el dinero estaban en Salamanca, y los caballos no se sabía donde, era poco probable que tres, cuatro, ni diez días bastaran para el avituallamiento de las tropas. Al mariscal Ney le sublevaba sobre todo la idea de hacer una nueva campaña á las órdenes de Massena. Alentado por las quejas que se alzaban en su rededor, por la popularidad de que en su cuerpo de ejército gozaba, cedió á un movimiento de indocilidad, que recordaba ciertos tiempos de la revolucion y que, bajo Napoleon, no era concebible mas que en España, en medio de la anarquía militar emanada de las privaciones, de los descalabros y las distancias. Asi Ney escribió al general en gefe una carta en la cual, enumerando los sufrimientos inauditos de su tropa, la imposibilidad de que en Celórico viviese, la necesidad de permitirle que se aproximara hácia al Coa y los inconvenientes de una nueva campaña sobre el Tajo, reclamaba formalmente que las órdenes del emperador se le pusieran de manifiesto, y declaraba que, si como creía, no existían órdenes tales, se vería forzado á la desobediencia. Este era un acto muy extraordinario, y prueba hasta qué punto es necesario en todos tiempos el yugo de las leyes para contener en la línea de su deber á los militares. Excelentes razones tenía el mariscal Ney para desaprobare el movimiento sobre el Tajo, bien que en su despacho no adujera las mejores: esta desaprobacion pudo expresarla confi-

dencialmente al general en gefe, si le pedia su dictámen, y aun sin pedirselo; pero exigir la comunicacion de las órdenes del emperador era una pretension muy extraña, pues bastaba que el mariscal Massena fuera general en gefe para que se le prestara obediencia, tuviera ó no instrucciones del emperador, supliéralas ó modificáralas á su gusto. Solo era el juez de todo y no tenia que explicarse mas que con el emperador, sin dar cuenta á los oficiales que estaban debajo de su mando.

Persuadido estaba Massena de que la indocilidad de sus lugartenientes, y á veces la tibieza de su zelo, le habian impedido en Busaco tomar la posicion del enemigo, en Punhete pasar el Tajo, en Condeixa apoderarse de la línea del Mondego, en Ponte Murcelha, por fin, detenerse sobre la línea del Alba. Esto le tenia exasperado: si no habia antes roto en ira, era por evitar en el ejército una conmocion que pudiera ser peligrosa durante la retirada. Pero, saliendo de su hábito de dejar correr las cosas por el último acto del mariscal Ney, tomó instantáneamente la resolucion de arrancarle su espada delante del ejército entero. Dirigióle un despacho en que, extrañando la carta suya que habia recibido y no dignándose responder á la pretension de conocer las órdenes del emperador, le reiteraba sus instrucciones anteriores y relativas á un movimiento sobre el Tajo, y le preguntaba si persistia en su negativa á la obediencia. Conociendo Ney aunque tarde, por esta pregunta perentoria, á lo que se habia expuesto, hubiera querido retroceder de su muy irreflexivo paso; mas, viéndose provocado á una especie de reto delante de su estado mayor, la peor de las córtés, no se

atrevió á tanto, é insistió, bien que en términos mas convenientes, pero siempre inadmisibles, sobre que las órdenes del emperador le fueran comunicadas.

Ante esta persistencia no guardó Massena mas contemplaciones: intimó al mariscal Ney que al punto dejara el sexto cuerpo y se trasladara á lo interior de España para aguardar allí lo que el emperador decidiera respecto de su persona: mandó al general Loisson como el mas antiguo de los del sexto cuerpo, que se pusiera á su cabeza y prohibió obedecer al mariscal Ney bajo las penas impuestas á la rebeldía. Los lisonjeros, que adulando al ilustre mariscal le habian arrastrado á una insubordinación sensible, viendo desecha su miserable pandilla por la energia del general en jefe, hubieran ahora querido inclinar al mariscal á que cediera, mas no lo permitia su orgullo deplorablemente comprometido. Verdad es que para enmendar su yerro se ofrecia una coyuntura. Habiendo recibido sus convoyes de víveres los ingleses, pusieronse de nuevo en camino, y tras de abandonar por algunos dias las huellas del ejército francés, acababan de asomar con la intencion aparente de seguirlos. Un pretexto de honor suministraba la presencia del enemigo para no dejar el mando del sexto cuerpo: pretextando Ney contra la orden que le heria, escribió á Massena que á la aproximacion de los ingleses no consideraba que se debía alejar de las tropas: sin embargo, inflexible Massena, reiteró al general Loisson la orden de tomar el mando del sexto cuerpo. Esta vez, haciendo suceder Ney á un momento de error una sumision laudable, abandonó el sexto cuerpo, donde dejaba uni-

versales simpatías, pero ninguna disposicion á la revuelta.

Hecho á la disciplina este sacrificio doloroso, se pudo notar en las tropas menos indocilidad de lenguaje, bien que no mas aficion á renovar sobre el Tajo las tentativas que se consideraban como fuestras para el ejército é inútiles para los designios del emperador. Resignadas estaban á obedecer sin duda, aun cuando con verdadero odio hacía quienes exigiesen tal obediencia. A pesar de que Massena, duro para los demas como para si propio, hacia poquisimo caso de lo que se llama sufrimiento, habia consentido en que el sexto cuerpo se aproximara á las plazas de Almeida y de Ciudad Rodrigo con el fin de sacar de sus almacenes lo preciso para repartir la racion de que carecian los soldados. Empezóse, pues, á vivir á expensas de estas plazas.

Desgraciadamente la desnudez del pais igualaba á la de las tropas que en él iban á rehacerse. El general Gardanne, encargado de velar por la retaguardia del ejército de Portugal y de reunir provisiones, no habia tenido para proporcionarselas autoridad bastante. El general Drouet, jefe del noveno cuerpo, título dado á las antiguas divisiones de Essling, solo tuvo tiempo de asomar por aquel punto, pues entró en Portugal sin demora, y no hizo mas que consumir lo poco que se habia recogido hasta entonces. A la verdad algunos de los ajustes hechos el último setiembre, al tiempo de la partida de las tropas, se habian llevado á cabo, pero en Salamanca, y parte de los granos comprados ó exigidos se hallaban dentro de carretas abandonadas á lo largo de los caminos de Salamanca y

Ciudad-Rodrigo, habiendo servido el resto para alimentar á las divisiones de Conroux y de Claparedé. Apenas quedaban en las plazas de Almeida y de Ciudad Rodrigo mas que escasas provisiones de sitio para guarniciones de mediana fuerza, provisiones que no podian menos de ser devoradas por el sexto cuerpo muy pronto. Una nueva providencia recién adoptada por Napoleon habia agravado mas con complicaciones semejante estado de cosas. Habia nombrado al mariscal Bessieres, duque de Istria, jefe de todo el Norte de España. Véase por qué razon.

Fijo en el inconveniente de tener gefes diversos en Burgos, en Valladolid, en Leon, en Salamanca, disgustado en particular del general Kellerman, cuya administracion censuraba y cuyas criticas no le agradaban por demasiado atrevidas, quiso Napoleon reunir todas las tropas diseminadas en el Norte de España bajo la autoridad de un solo general en jefe, que tuviera á sus órdenes las provincias de Vizcaya, de Burgos, de Valladolid, de Zamora y de Leon. Para este cargo elevado habia elegido al mariscal Bessieres, porque ya habia servido en el Norte de la Peninsula, donde habia ganado la brillante victoria de Rioseco, y porque ademas estaba al frente de la guardia imperial. Siendo en esta region el mas grueso cuerpo de tropas el de la jóven guardia, fuerte de diez y siete mil hombres próximamente y situado en Burgos, nada pareció mejor á Napoleon que enviar allí al jefe de su guardia. Ya estaba instalado en Burgos el mariscal duque de Istria al tiempo en que el ejército de Portugal retornaba á Castilla la Vieja. Massena le habia escrito, anunciándole su

llegada, sus necesidades, sus proyectos, la corta mansion que pensaba hacer en el Norte de la Peninsula, y pidiéndole prontos socorros de víveres, de municiones y de caballos.

El mariscal Bessieres era un hombre muy bizarro, un excelente oficial de caballeria, oriundo de Gascuña, prometiendo mucho sin tener en cuenta lo que ofrecia, propenso á agitarse, bien que honrado, agudo y prevaliéndose de su adhesion, que era á Napoleon muy conocida, para decirle á menudo útiles verdades. A semejanza de cuantos llegaban á ejercer un mando en España, no dejó de pintar al vivo el deplorable estado de las cosas, el gran número de guerrillas, las extremadas penalidades de los pueblos, su odio profundo hácia nosotros, las miserias del ejército, y sobre todo la circunstancia singular ya citada de las carretas de trigo abandonadas por falta de caballos en el camino de Salamanca á Ciudad-Rodrigo. Naturalmente acompañó estas vivas pinturas con el compromiso algo presuntuoso de sacar muy luego el orden del caos. Aunque manifestase mucha deferencia y admiracion hácia Massena, habia enviado á París relaciones poco ventajosas acerca de lo que acababa de suceder en Portugal, fundándose en el mas falaz de los testimonios, el de un ejército descontento; y al par que escribia de esta suerte á la capital de Francia, prodigaba personalmente á Massena las seguridades de la adhesion mas cumplida y hasta le hacia esperar socorros, que sin duda le enviara de buen grado, si para proporcionárselos hubiera tenido talento. Provisionalmente empezó por tomar en Salamanca parte de las sumas reunidas para el salario de las tropas, y para em-

plearlas en compras de trigo de éxito dudoso, por manera que la dispersion de los caudales precedió al servicio anunciado, y así en vez de viveres no envió al ejército de Portugal mas que promesas muy calorosas.

No viendo Massena llegar nada al cabo de algunos dias de espera en la frontera de Castilla la Vieja; recibiendo al propio tiempo de Reynier y de varios de sus lugartenientes detalles poco tranquilizadores sobre los recursos que podian prometerse en Extremadura; viendo mermarse las provisiones de Ciudad-Rodrigo y de Almeida con tal rapidez que se corria peligro de alejarse de estas plazas; no pudiéndose vivir allí mas de tres ó cuatro semanas, si las llegaba á bloquear el enemigo; viendo sus escuadrones y su artillería sin caballos, y los espíritus mas exasperados de dia en dia contra la idea de lanzarse á una nueva campaña á orillas del Tajo, renunció, en fin, Massena al proyecto que, desde la pérdida sucesiva de las líneas del Mondego y del Alba, fué el único alivio de sus pesares. Ya no tenia arbitrio para disimular esta retirada dolorosa, ni para darle otro significado trasladándose sobre Alcántara: fuerza era confesar que despues de una marcha atrevida hacia Lisboa, despues de una obstinada mansión de seis meses junto al Tajo, se habia visto obligado, ni mas ni menos que los dos ejércitos que avanzaron á Portugal anteriormente, á evacuar esta comarca tan poco favorable á las armas francesas.

Al punto despachó Massena á Paris un oficial de su confianza para que informara á Napoleon de los sucesos de la retirada, de las causas que le estorbaron establecerse junto al Mondego, de las que

impedían su nueva marcha sobre el Tajo, y de las lamentables escenas que entre él y el mariscal Ney habian ocurrido. Este oficial debia solicitar socorros, órdenes y, en fin, todo lo necesario para abrir de nuevo y sin demora la campaña. Agobiado este veterano ilustre de fatiga, acibarado de amarguras, conservaba tanta firmeza y resolución que no parecia que experimentara ningun contratiempo. Medios de obrar pedía y no descanso. Aun no habia recibido respuesta á la misión del general Foy que debia explicar el movimiento del Tajo al Mondego.

Al mismo tiempo hizo que el ejército entrara en Castilla la Vieja. Distribuyólo entre Almeida, Salamanca, Ciudad-Rodrigo y Zamora, en acantonamientos donde pudiera rehacerse, y en seguida se dirigió personalmente á Salamanca, para ver de imprimir con su presencia alguna actividad á la administracion de las tropas. Acercándose esperaba obtener algo de la inquieta actividad del mariscal Bessieres, que no cesaba de llamarse su lugarteniente muy afecto y muy sumiso.

Durante la retirada, cuya relacion acaba de leerse, continuó y terminó el mariscal Soult el sitio de Badajoz, conducido con grande lentitud al principio y con notable celeridad en los últimos dias. Ya el 11 de febrero apoderóse del fuerte de Pardaleras, y dueño así de este punto de apoyo tan próximo al recinto, no habia aun llegado á principios de marzo al borde del foso, adonde, segun las reglas del arte y atendida la fuerza de la plaza y de la guarnición, se debiera de haber estado al cabo de una semana. Verdad es que la batalla del Góvora se dió durante este intervalo; mas, segun el dia-

rio del sitio, no distrajo á las tropas mas que tres dias, y ni aun hubo de resultas que suspender los trabajos, aun cuando se alojara algo en ellos. Si se empleara el tiempo en el sitio de Badajoz como en los demas sitios ejecutados en España, si se tomara la plaza á los doce ó quince dias de poseer el fuerte de Pardaleras, el ejército de Andalucía quedara libre del 23 al 26 de febrero, y el socorro pedido por Massena, ordenado por Napoleon, pudiera llegar en tiempo oportuno, puesto que el mariscal no abandonó las margenes del rio Tajo hasta el dia 7 de marzo (1). A la verdad siempre que-

(1) En su obra sobre los diversos sitios de Badajoz expresa el general Lamare la opinion siguiente:

«Entre las proezas de los sitiadores no dejamos de hallar tambien faltas, y la franqueza con que vamos á exponerlas, justificará los elogios que acabamos de tributarles.

«Sin embargo, no tenemos el desigmo de entrar en un exámen detallado de cuantas fueron cometidas, pues, para hacerlo, habria que seguir los ataques dia por dia, y que redactar, digámoslo así, una relacion nueva; nos limitaremos de consiguiente á determinar las que nos parecen mas de bulto.

«Véase aqui su exposicion en pocas palabras. Ante todo la causa principal de prolongarse tanto el sitio, procede de haberse elegido mal el punto de ataque por el centro. El general Cery se hubiera debido aprovechar de la ventaja que ofrecia la posicion saliente del bastion, cuyo revestimiento, visto en parte desde el campo, no tenia á la sazón mas que un simple camino cubierto para protegerle y dirigir rápidamente contra este bastion un ataque vigoroso, y caminar en derechura hasta los glasis, de manera de coronar el camino cubierto en menos de ocho dias. Durante esta operacion se debiera de haber dirigido un segundo ataque hacia Pardaleras, para apagar los fuegos de este fuerte y tomarlo á viva fuerza.

«En esta hipótesis las reglas del arte le obligaban á

daba el peligro de alejarse de Andalucía para engolfarse en Portugal, peligro menor cien veces á pesar de todo que el que se correria cuando, desembarazados los ingleses del mariscal Massena, se pudieran arrojar sobre el mariscal Soult en masa.

Sea como quiera, el 3 ó 4 de marzo apenas se tocaba al borde del foso. Al llegar allí se distinguió

abrir la primera paralela á quinientos ó seiscientos metros de los frentes y del fuerte de Pardaleras, apoyando firmemente con buenos reductos la izquierda de la paralela en el Guadiana y la derecha en Calamon.

«Bien se concibe que este plan de ataque hubiera sido preferible al que fué adoptado y que verosimilmente ahorrra mucho tiempo y no poca gente ni escasas municiones, sacándose partido de las ventajas que presentaba.

«Aun cuando la defensa de los españoles fué denodada; aun cuando el rigor de la estacion, las lluvias continuas, las inundaciones que sumergian nuestras trincheras, la falta de viveres, la llegada de Mendizabal, las multiplicadas salidas, la batalla del Gévora y el escaso número de operarios, contrariaron y retardaron las operaciones del sitio, debemos decir, sin embargo, que, ademas de las faltas cometidas en la direccion de los ataques, tanto por parte de los ingenieros como de la artilleria, el sitio de Badajoz fué conducido muy lentamente y que por lo menos perdió el ejército ocho dias delante de esta plaza; tiempo precioso que hubiera permitido al duque de Dalmacia acercarse á las orillas del Tajo, y cambiar la serie de desgracias que siguieron la retirada del ejército de Portugal.»

(*Relacion de los sitios y defensas de Badajoz, de Olivenza y de Campomayor, en 1811 y 1812, por las tropas francesas del ejército del Mediodia en España á las órdenes del mariscal duque de Dalmacia, por el general Lamare. Paris, 1837, pág. 82 y 83.*)

La opinion de Napoleon es diversa, aunque en igual

que los sitiadores levantaban trincheras en lo interior de los bastiones, de modo que tomado cada uno de ellos tenia detrás donde resistir á los que dieran el asalto. De resultas se aproximaron á cambiar la direccion de la bateria de brecha y á dirigirla contra la cortina ó muro que une entre sí los bastiones, de manera que, dado el asalto, se hallaran en lo interior de la plaza. Segun se aproxi-

sentido, y creia que se hubiera debido poseer á Badajoz en todo enero; verdad es que tomando de mas arriba las operaciones y suponiendo que el mariscal Soult hubiera partido mucho antes de Sevilla para Extremadura.

Véase la carta que escribia con este motivo:

«Al mayor general.

«PARIS, 5 de febrero de 1811.

«.....Escribid al duque de Istria para anunciarle, enviándole el *Monitor*, que en él hallara las últimas noticias que tenemos de Portugal y que deben de ser del 15; que al parecer todo toma un colorido ventajoso; que si Badajoz ha sido tomada en el curso de enero, el duque de Dalmacia ha podido trasladarse al Tajo y facilitar al príncipe de Essling la constraccion del puente.

«De consiguiente es importantísimo efectuar las providencias que he prescripto, para que el general Drouot se pueda hallar completamente á disposicion del príncipe de Essling con sus dos divisiones.

«Escribid al mismo tiempo al duque de Dalmacia para enterarle de la situacion del duque de Istria y para reiterarle la orden de ayudar al príncipe de Essling en su paso del Tajo; que espero que Badajoz se haya tomado en el curso de enero, y que antes del 20 del propio mes haya verificado su incorporacion al príncipe de Essling junto al Tajo; que si es menester pueda retirar las tropas del sexto cuerpo; que, en fin, todo está sobre el Tajo.»

maban al recinto, los fuegos de los españoles mas convergentes al mismo punto y mas fáciles de dirigir eran de una violencia extremada, derribaban las cabezas de zapas, hacian caer los espolones en las trincheras, y mataban ó herian cuotidianamente de cincuenta ó sesenta hombres. Pero las noticias llegadas de diversas partes imponian el deber de superar todos los tropiezos. Unas procedentes de Andalucía aseguraban que el mariscal Victor se hallaba en el mayor peligro; que un ejército formado delante de Gibraltar con tropas inglesas y españolas, sacadas de Sicilia, de Gibraltar, de Cádiz, marchaba en su contra, y que no les podia oponer mas que de siete á ocho mil hombres; que el general Sebastiani, en vez de estar siempre en proporeion de socorrer al mariscal Victor, habia dirigido sus principales fuerzas hacia el reino de Murcia; y que por tanto se corria el peligro de ver el sitio de Cádiz levantado y el inmenso material junto para este asedio, destruido. Otras noticias traídas de las cercanías de Lisboa, anunciaban que los ingleses hacian un movimiento sobre las plazas de Extremadura, que ya habian asomado delante de Elvas mil hombres; y que un ejército inglés, probablemente el de lord Wellington, se adelantaba con objeto de interrumpir el sitio de Badajoz, lo cual, de acuerdo con otros rumores, daba lugar á creer que al fin el mariscal Massena se habia visto en la necesidad de retirarse del Tajo al Mondego ó al Coa. Asi amenazaba la próxima derrota del mariscal Victor, el levantamiento del sitio de Cádiz y aun quizá la aparicion del ejército inglés, que, no teniendo ya que habérselas con el mariscal Massena, tornara sus fuerzas contra el

mariscal Soult, que bajo los muros de Badajoz estaba reducido a quince ó diez y seis mil hombres. Este era el primer castigo de la falta cometida en no juntar bajo Cádiz á los cuerpos primero y cuarto y en no acelerar el sitio de Badajoz para marchar con el quinto hacia Abrantes. Ya fuera imputable la falta al estado mayor de Paris por haber coordinado mal el conjunto de los movimientos, ya al estado mayor de Andalucía por haber ejecutado mal las órdenes de Paris, como sucede á menudo en la guerra, en que tan ejecutiva es la justicia del resultado, se hacian sentir cruelmente las consecuencias de haber incurrido en tal falta.

Al recibir estas noticias trasladóse el mariscal Soult á las trincheras acompañado del mariscal Mortier y de los principales oficiales de ingenieros y de artillería. Declaróles que queria estar dentro de Badajoz en el término de enarenta y ocho horas. Se anunciaba que al dia siguiente estaria pronta la batería de brecha y que al cabo de poco tiempo habria derribado la cortina, haciendo posible el asalto. Mas contradiciendo el general de artillería, según costumbre, al de ingenieros, pretendió que la batería de brecha se expondría á encontrar la cima de la contraescarpa, y que entonces no profundizaría lo bastante para llegar al pie del muro que se trataba de echar abajo, y así podria muy bien no ser practicable la brecha. Dos dias hubieran sido menester para llegar por un ramal á la contraescarpa y demoler su cima. Con este motivo se empañó una disputa entre las armas de artillería y de ingenieros, y la cortó el mariscal Soult diciendo que se iria á derribar á mano la cima del muro de la contraescarpa. Los oficiales de ingenieros sus-

tentaron que era imposible ejecutar semejante obra al descubierto bajo los fuegos de la plaza, pero aguijoneado el mariscal por las noticias recibidas, no admitió las objeciones, y determinó que aquella misma noche un destacamento de soldados de ingenieros, cubriéndose con las tinieblas á falta de otra cosa, fuera á derribar una porcion del muro con el fin de que la boca de los cañones pudiera así entrañar mas en el foso. Para sacrificar de esta manera la vida de los hombres por ir mas de prisa, valiera mas haberlo practicado ocho dias antes.

Separáronse para proceder á la ejecucion de la orden dada. Un oficial de ingenieros, el capitán Guillet, puso en llevarla á cabo el orgullo que militares valerosos dedican á veces á hacer resaltar, aun á costa de su sangre, los errores de sus caudillos. A media noche fué con veinte y cinco zapadores de ingenieros á colocarse al descubierto sobre la contraescarpa y á derribar su cresta á azadonazos. Al primer choque del hierro contra la piedra, el enemigo, que tenia escuchas, hizo llover una granizada de balas sobre la bizarra gente que se sacrificaba á la disciplina militar de tal modo. Poco despues, de los veinte y cinco zapadores, diez y seis quedaron muertos ó heridos, y los demas fueron dispersados. Solo volvió el capitán Guillet justamente orgulloso de haber probado con peligro de su existencia cuánta razon tenia su arma en esta disputa.

Acto continuo rompió el fuego la batería de brecha y la demostracion fué completa. A pesar del aserto del arma de artillería, los cañones alcanzaban suficientemente abajo para demoler el muro, y muy en breve se vieron rodar sus escombros

al foso. No obstante, el terrible fuego de la plaza, rivalizando los oficiales de artillería en bravura con los de ingenieros, continuaron su obra de demolición, y el día 10 declaróse practicable la brecha. El mariscal Soult, que acababa de recibir de Andalucía y de Portugal noticias todavía mas alarmantes, no quiso perder momento, é hizo intimar la rendición al gobernador que habia sucedido al valiente Menacho, muerto durante el sitio. Este gobernador conocia el peligro de la resistencia, pero trataba de alargar las pláticas ó parlamentos, por tener informes de que el ejército británico se aproximaba. No pensando el mariscal Soult en dejarse atraer á engaño, ordenó para las cuatro de la tarde el asalto. Con este fin se prepararon en las trincheras las columnas de ataque, y prontas estaban á lanzarse á la brecha, cuando se vió flotar una bandera blanca en señal de la rendición de la plaza.

No lisonjeándose los españoles de resistir á la intrepidez de nuestros soldados, habian consentido en rendirse, sin embargo de contar con prontos socorros. Nuestras tropas entraron en Badajoz al día siguiente 11 de marzo con los dos mariscales Soult y Mortier á su cabeza. Se hicieron siete mil ochocientos prisioneros, y se encontraron en los almacenes mucha artillería y mucha pólvora y dos trenes de puente, hallazgo que fuera muy precioso para el ejército algunos días antes. Esta conquista habia costado cuarenta y dos días de trinchera abierta, tiempo muy largo si se compara al de la duración de los sitios de Ciudad Rodrigo, de Lérida, de Tortosa y aun á la del de Tarragona que poco despues se llevó á remate.

Apenas el mariscal Soult dedicó dos dias al cuidado de disponer que se reparara, armara y avituallara á Badajoz, para hacer frente á los ingleses, pensó en trasladarse á Cádiz, zozobroso como estaba sobre lo que acontecia hácia aquel punto. Al mariscal Mortier dejó cerca de siete mil quinientos hombres de infantería, seiscientos de caballería, algunos centenares de artillería y de ingenieros, no ascendiendo en totalidad á mas de nueve mil soldados, con el encargo de poner á Badajoz en completo estado de defensa y de guardar la frontera de Extremadura hasta donde le fuera posible, metiéndose en las plazas españolas y portuguesas que acababan de ser conquistadas, si no tenia otro recurso. Entrado el mariscal Soult en Badajoz el 11, salió el 13 para Sevilla con unos siete mil hombres, á fin de ir en ayuda del mariscal Victor, que segun rumores, habia tenido que sostener un encuentro de los mas rudos contra los ingleses. Véase con efecto lo que en las cercanías de Cádiz habia acontecido.

Temerosos siempre los ingleses de la concentración de nuestras fuerzas sobre el Tajo, resolvieron moverse de tal modo entre Murcia, Granada, Gibraltar y Cádiz que, retenidos en Andalucía los franceses, no se atrevieran á abandonarla, aun despues de que Badajoz cayera en sus manos. Sobre estar el plan muy bien concebido, les facilitaron singularmente su ejecucion multiplicadas faltas nuestras. Despues de prepararlo todo Murat en Nápoles para un desembarco en Sicilia, no hallándose con medios bastantes, aplazó la operacion proyectada, lo cual se concibe perfectamente; pero en vez de mantener su ejército siempre unido cer-

ca del estrecho de Mesina, cometió el yerro de dispersarle y de volver á Nápoles en persona, anunciando el abandono del proyecto de desembarco; yerro que Napoleon habia censurado severamente y que dejó á los ingleses en libertad de destacar cuatro ó cinco mil hombres de sus mejores tropas y de enviarlas á Gibraltar. Estas tropas, unidas á otras que ya estaban en igual punto, y á parte de la guarnicion de Cadiz, mostráronse en el campo de San Roque en número de ocho á nueve mil ingleses y como de doce mil españoles, que componian así un ejército de cerca de veinte mil soldados. No fuera tanto el peligro si en esta reunion de fuerzas se contaran únicamente españoles, tan poco temibles en campo raso como valerosos en la defensa de las plazas; pero la presencia de ocho ó nueve mil ingleses hacia el nuevo ejército imponente, y se necesitaba no menos que la incorporacion del general Sebastiani al mariscal Victor para hacerle cara. Desgraciadamente, á tenor del plan de los anglo-españoles, apareció el general Blake muy inquieto por la parte de Murcia y atrajo al general Sebastiani, quien se dirigió allí dejándose coger en el lazo y no envió mas que una débil columna de algunos centenares de hombres á Tarifa y otra de mil dociientos á mil quinientos á Ronda. Aisladas y privadas de direccion estas columnas no podian prestar al mariscal Victor ningun socorro.

El ejército anglo-español, salido de Gibraltar, debia fingir una marcha hácia Medina-Sidonia, como si tratara de penetrar en lo interior de Andalucía, y de revolver despues sobre la isla de Leon de repente, cayendo contra el mariscal Vic-

tor por la espalda, mientras la guarnicion, que habia quedado en Cadiz le atacara de frente y procurara apoderarse de todos los pequeños campamentos que formaban la linea de acometida. Además la flota debia intentar al propio tiempo desembarcos en la rada para tomar los reductos levantados por el mariscal Victor á lo largo del mar.

Este plan fué seguido perfectamente, y á no ser por la energia del mariscal Victor nos pudiera traer muy infaustas resultas. Obligado á guardar sus principales reductos, á escalonar algunas tropas entre Cadiz y Sevilla, debilitado por las enfermedades estivales, no tenia disponibles el mariscal Victor mas que ocho mil hombres. Dejando la menor gente posible en los diversos puestos de la linea de acometida, dirigió dos mil quinientos hombres de la division de Villatte hácia Sancti Petri, para repeler en la isla de Leon á la guarnicion de Cadiz, que mostraba traza de lanzarse á una salida, y con cinco mil hombres de las divisiones de Leval y de Ruffin que le quedaban y con quinientos caballos, marchó por su izquierda en direccion de Gibraltar al encuentro del ejército contrario sin saber cual era su fuerza.

Durante este tiempo los anglo-españoles, despues de hacer una demostracion hácia Caja-Vieja, camino de Medina-Sidonia, revolvieron sobre la orilla del mar y se encaminaron por Conil y la Torre de Barroso hácia Sancti Petri, donde esperaban darse la mano con la guarnicion de la isla de Leon, para caer de seguida sobre los franceses encerrados en sus lineas. Pero las combinaciones del mariscal Victor desbarataron todos estos cálculos.

Habiendo sorprendido el general Villatte el 3

de marzo á los españoles, que iban á echar un puente sobre la extremidad del canal de Sancti Petri y que ya lo habian pasado, los repelió á la isla de Leon con pérdida de cien muertos, cien ahogados y cerca de cuatrocientos prisioneros. Aceto continuo tomó posicion cerca del canal, esperando que apareciera el ejército inglés, á cuyo encuentro habia ido el mariscal Victor. Efectivamente se supo el 4 que caminaba á orillas del mar, y el 5 se le vió asomar sobre las arenosas cumbres, teniendo el mar á la espalda, hácia Sancti Petri la izquierda y la derecha hácia la Torre de Barroso. Si á la sazón dispusieran los franceses de fuerzas bastantes, este ejército fuera copado del todo, pues acometido de frente por el mariscal Victor y arrinconado hácia el mar de resultas, sin mas salida que el canal guardado por el general Villatte, viérase reducido á capitular por carecer de todo medio de retirada. Asi fueran de suma trascendencia cuatro ó cinco mil hombres del general Sebastiani que aparecieran en tal coyuntura, pues la rendicion de Cádiz se pudiera verificar sin tardanza.

No vaciló el mariscal Victor en tomar la ofensiva con los cinco mil hombres que tenia á sus órdenes el día 5 por la mañana. Dejando á su derecha al general Villatte, que ocupando las orillas del canal, atraía á su parte de las fuerzas enemigas, dirigióse prestamente á las alturas arenosas que ocupaban los anglo-españoles. Por desgracia, nuestra artillería con malos tiros y atollándose en aquellas pantanosas arenas, no pudo prestar todos los servicios que debian esperarse. En cuanto á la infantería, formada en dos columnas á las órdenes de los generales Leval y Ruffin, atacó impetuosa-

mente las líneas inglesas, despues de sufrir mortífero fuego á boca de jarro. Atrolló la primera línea sobre la segunda, mas se detuvo al ver que necesitaba romper otras líneas, porque descuidando los anglo-españoles al general Villatte, se fueron á acumular unos tras otros, y presentaban cuatro líneas paralelamente formadas. No habia probabilidad de batir con cinco mil á veinte mil hombres, y menos contándose nueve mil ingleses entre ellos. Por otra parte, si el enemigo tuvo cerca de dos mil hombres muertos ó heridos, nosotros tuvimos alrededor de mil doscientos y corríamos gran peligro, encarnizándonos en continuar la pelea. De consiguiente el mariscal Victor tomó posicion algo detrás, aguardando al general Villatte, á quien habia llamado, y dispuesto, á pesar de todos los peligros, á renovar la lucha, si el ejército desembarcado trataba de abandonar la playa para penetrar en lo interior de Andalucía.

Dos dias permanecieron inmóviles los enemigos sin atreverse á empezar de nuevo el rudo combate que habian tenido que sostener y temerosos ademas de ser precipitados al mar, si el mariscal Victor recibia socorros. Asi acabaron por emprender la retirada, renunciando á hacer levantar el sitio de Cádiz. En este extraño suceso perdimos cinco piezas de artillería atascadas en las arenas y privadas de sus caballos muertos á fusilazos, bien que no se las llevó el enemigo. Dos reductos guardados cada uno por veinte hombres, nos quitó la escuadra inglesa, mas los recuperamos á los dos dias.

Cuando el mariscal Soult estuvo de vuelta en Andalucía, hallólo todo reparado, el sitio de Cádiz

mantenido, si bien frustrado el mas decisivo triunfo, por no haber sabido incorporar el general Sebastiani al mariscal Victor á tiempo. Asi por una serie de faltas, en las cuales tocaba á Massena la menor parte de seguro, aun cuando hubiera predisposición á atribuirle todos los reveses de esta campaña, se debían haber tomado, pero no se tomaron Lisboa y Cádiz, y lejos de expulsar de la Peninsula á los ingleses, dejábaseles dueños de Portugal y en aptitud de disputarnos hasta la Andalucía.

Realmente el mariscal Soult, á pesar de la toma de Badajoz, á pesar de la energía desplegada en el combate de Barroso, se hallaba en la posición mas critica. Despues de los combates que habia dado, apenas tenia el mariscal Victor con que sostener el bloqueo de Cádiz: el mariscal Mortier, dejado en Badajoz con algunos miles de hombres, estaba reducido á la necesidad de encerrarse allí ó de alejarse: Badajoz, recientemente asediada y ocupada por los franceses, iba a ser inmediatamente asediada y probablemente recuperada por los ingleses, si no se enviaba de socorro un ejército capaz de mantener la campaña; por fin, el mariscal Soult no tenia á sus órdenes mas que siete ú ocho mil hombres llevados de Extremadura y llegados cerca de Cádiz á tiempo en que no hacían falta. ¿De dónde sacaría con qué elevar este débil cuerpo á las proporciones de un ejército para tornar á Extremadura y recoger el destacamento del mariscal Mortier, que debia estar reducido á número escaso despues de proveer de guarnición á Badajoz? En el cuarto cuerpo se debieran buscar evidentemente estos refuerzos, mas ¿cómo este

cuerpo obligado á guardar á Granada, á observar á Murcia, á auxiliar á Victor, hubiera podido además ofrecer al mariscal Soult los elementos de un ejército activo bastante fuerte para salvar á Badajoz?

Devorado de inquietudes el mariscal Soult, apresuróse á escribir al rey José, á quien tan poco habia contemplado, al mariscal Massena, á quien tan poco habia socorrido, pidiéndoles buenos oficios y socorros. Escribió á Paris con el fin de que se le restituyeran los batallones en marcha, retenidos por los ejércitos del Centro y del Norte, para que se le enviara un refuerzo de quince mil infantes y mil artilleros, para que se mandara, en fin, al ejército de Portugal, al cual no habia querido reunirse, que fuera á juntarsele en Extremadura.

Tal era, pues, el estado de las cosas en España, despues de tantas tropas enviadas al tiempo de la paz de Viena, despues de tantas esperanzas concebidas por Napoleon en Schönbrunn mismo, despues de año y medio de esfuerzos de todas clases. Massena, que debia lanzar al mar á los ingleses, habia retrocedido de las líneas de Torres-Verdras á Castilla la Vieja, con un ejército consumido, desgarrado por la discordia, hambriento, sin zapatos, sin caballos, sin material. El mariscal Soult, partido con ochenta mil hombres hácia Andalucía, despues de no hallar dificultad alguna en Granada, ni en Córdoba, ni en Sevilla, despues de tener catorce ó quince meses para apoderarse de Cádiz, figuraba mas bien como sitiado que como sitiador delante de esta plaza, y aunque habia tomado á Badajoz, no tenia con que acudir en socorro de esta

conquista, que los ingleses amenazaban arrebatársela.

A Napoleón llevaba el general Foy la mayor parte de estas noticias. Personalmente fué bien acogido porque había sabido agradar, pero muy mal escuchado cuando trató de defender á su general en jefe. Napoleón, que no hubiera debido achacar todos estos errores mas que á sí propio, director supremo de los sucesos, se los achacaba sin piedad á su ilustre lugarteniente, á quien debiera consolar en vez de agobiarle como pudiera un vulgo ciego, no juzgando mas que por los resultados, y no teniendo en cuenta para nada las circunstancias. ¿Por qué (repetía en cada una de estas entrevistas) dar la batalla de Busaco? ¿Por qué marchar sobre Lisboa en vez de hacer alto en Coimbra? ¿Por qué permanecer tan largo tiempo junto al Tajo sin hacer nada, sin tratar de atraer á los ingleses para batirlos en campo raso? ¿Por qué abandonar el Tajo, cuando el mariscal Soult iba á estar en proporción de marchar sobre Abrantes? ¿Por qué retroceder tan pronto y tan lejos? ¿Por qué no detenerse á lo menos junto al Mondego...? Ya hemos referido la mayor parte de estos cargos y demostrado su valor. Si Massena dió la batalla de Busaco, fué porque Napoleón no cesó de repetirle que era menester arrojarse sobre los ingleses á la primera coyuntura y *no guardarles ningún respeto*. Si no se detuvo en Coimbra, fué porque Napoleón le intimó que los persiguiera hasta el mar, porque se ignoraba que existiesen las formidables líneas de Torres-Vedras, lo cual hubiera debido saber Napoleón situado en el centro de las noticias de toda Europa, y era muy excusable que se ignorara

por Massena en España y pudiendo apenas ilustrarse de lo que sucedía á tres ó cuatro leguas de su campamento. Si se decidió á permanecer junto al Tajo, fué porque esperó recibir allí al general Drouet con quince ó veinte mil hombres y al mariscal Soult con veinte ó veinte y cinco mil; fué porque esperó con este doble refuerzo pasar el Tajo y atacar á Lisboa por ambas orillas. Si estuvo allí muchos meses fué porque Napoleón le previno que perseverara allí lo mas posible. Si no hizo nada fué porque entre el Tajo, que no podía cruzar, y las líneas inglesas, que no podía forzar tampoco, no era fácil que hallara que hacer algo útil ó grande; porque atraer fuera de su formidable asilo á un general tan precavido como lord Wellington, era mas fácil de decir en el salon de las Tullerías que de ejecutar delante de Torres-Vedras; porque no tenía Massena cartuchos mas que para una batalla, y porque los soldados, valientes como eran y todo, no querían que se prodigase su vida en combates diarios, cuya inutilidad conocían hasta lo sumo. Si Massena se retiró tan pronto (no tanto que no estuviera allí seis meses) fué porque ya no tenía medios de vivir junto al Tajo; porque el socorro de Drouet se había reducido á siete mil hombres, pronto á marcharse todos los días, y el del mariscal Soult á un cañoneo contra Badajoz que se había oído un momento y cesado de oír de seguida. Si el movimiento sobre el Mondego se convirtió en una retirada definitiva á Castilla la Vieja, fué porque los lugartenientes de Massena casi se coaligaron para hacerla inevitable.

Sin duda Massena erró en no avalorar bien los medios de pasar el Tajo por la embocadura del Al-

viela, pero el mismo general Eblé cayó en el engaño, y aun Napoleon se equivocó en Essling sobre los medios de pasar el Danubio. Verdad es tambien que por no haber distribuido bien Massena sus tropas con cabal firmeza en la retirada, se malograron dos ocasiones de maltratar cruelmente á los ingleses. Estos cargos eran fundados, aun quando Napoleon ignorara que lo fuesen, por serle desconocidos los hechos; pero ¿qué general, aun el mas afamado, no los ha merecido semejantes? Probabilísimo es que Napoleon no se hubiera engañado acerca de las ventajas de la isla situada en la embocadura del Alviela, y que pasara el Tajo por este punto: con veinte mil hombres á sus órdenes inmediatas abrumara sin duda á los ingleses en Redinha; pero Massena no era Napoleon, se podia decir con fundamento, y semeja que, al enviarle á Portugal, no entendió enviarse á si propio; y en todo caso ¿por qué no fué en persona, quando tantos, y Massena el primero, le decian que solo él era capaz de llevar á buen término la guerra de España? No era, pues, ni justo, ni generoso, ni político abatir á Massena, y menos quando la raíz de todo el mal arrancaba de las ilusiones que en Paris se complacian en forjarse, y que hacian que quando se contaban setenta mil hombres no hubiera realmente mas que cincuenta mil á la entrada en campaña; que los medios de transporte y los viveres de continuo prometidos, de continuo anunciados, se redujeran á la nada; que el general Drouet, enviado como un gran socorro, se convirtiera en un peligro; que el paso del Tajo, recomendado como decisiva maniobra, fuera casi imposible, aun despues del prodigio del tren de puen-

le sacado de la nada; que la llegada del mariscal Soult con veinte mil hombres, ordenada para que tuviera lugar en todo enero, se redujese en marzo á siete ú ocho mil que no pasaron de Badajoz y obligados luego de asomar un instante, á retornar presurosamente á Sevilla.

Sin tomar en cuenta ninguna de estas verdades, mostróse Napoleon aun mas severo que la primera vez respecto del mariscal Massena, é intimidado el general Foy defendióle con menos celo. Despues de nuevas y numerosas entrevistas con el general y otros oficiales recién llegados, Napoleon expidió las órdenes siguientes á sus generales con mando en España.

Reconociendo la imposibilidad de hacer que Ney sirviera á las órdenes de Massena, le llamó á su lado, con la prevision de que pronto necesitaria emplear en otra parte su energia y talento, y nombró en su lugar al mariscal Marmont, duque de Ragusa; y así cayó otra vez en la falta de colocar mariscales á las órdenes de mariscales. Verdad es que el mariscal Marmont, antiguo oficial del ejército de Italia, muy deferente hacia Massena, hombre de ingenio, afable, franco, aunque dotado de brillante denuedo, podia ser para el general en jefe del ejército de Portugal un lugarteniente sumiso y en caso de necesidad un útil sustituto. Napoleon le ordenó partir á fin de que se ocupara sin demora en rehacer el sexto cuerpo, tarea de que era muy capaz, figurando como entendidísimo en la organizacion de las tropas. Definitivamente incorporó al general Drouet al ejército de Portugal y previno al mariscal Bessieres que proveyera á este ejército de caballos, viveres y municiones, y le pusiera en

suma en disposicion de ejecutar el primer designio de Massena, que era bajar por Plasencia y Alcántara al Tajo. Ignorando aun si seria posible hacer en Portugal una nueva campaña, consideraba Napoleon al ejército de Massena con los ojos fijos sobre lord Wellington de continuo, para oponérsele en Castilla, si permanecia junto al Mondego, en Extremadura, si bajaba el Tajo, y para darle batalla á la primera coyuntura, mientras el ejército de Andalucía llevaba á término el sitio de Cádiz. Si en el intervalo podia el general Suchet apoderarse de Tarragona y marchar sobre Valencia y señorearla, tomadas Cádiz y Valencia, gran parte del ejército de Andalucía y todo el ejército de Portugal podrian ir contra Lisboa. Aun habiéndose frustrado el plan de 1810, se habian ocupado todas las plazas de la frontera portuguesa, Ciudad-Rodrigo y Almeida al Norte, Badajoz y Olivenza al Mediodia; y si los ingleses intentaban penetrar en España por entre esta línea de fortalezas hacia Castilla ó Extremadura, reforzado y avituallado Massena debia presentarles batalla, era muy capaz de ganarla y podia mudar en un dia el semblante de las cosas, pues una sola derrota ponía en extremo peligro á los ingleses. Asi, aun mostrándose injusto Napoleon respecto de este mariscal ilustre, sabia muy bien que era el único á quien se pudiera encomendar una gran operacion de guerra, sobre todo desde que Kleber habia muerto y Moreau estaba desterrado.

Pero, mientras con inagotable fecundidad de talento y por desgracia tambien con igual copia de ilusiones, recomponia Napoleon todos sus planes, previó, aun antes de que le llegaran correos de

Andalucía, los apuros en que el mariscal Soult iba á hallarse. Con efecto, no era probable que el ejército del mariscal Massena pudiera antes de un mes trasladarse al Tajo, y en el interin todo hacia presagiar que los ingleses se encaminarian en masa á Extremadura para recuperar á Badajoz, ó al menos enviarian hacia este punto un grueso destacamento, al cual el mariscal Soult se hallaria en la imposibilidad de oponer resistencia. Asi Napoleon, mandando esta vez con un vigor que no acreditaba ya casi cuando se trataba de España, tan aburrido estaba de ella y tanto temia expedir á tal distancia órdenes absolutas, previno al ejército del Norte y al ejército del Centro que despacharan al punto socorros hacia Andalucía. Al general Belliard, que á las órdenes de José dirigia los movimientos del ejército del Centro, le mandó que restituyese al mariscal Soult todos los destacamentos de su pertenencia; igualmente ordenó al mariscal Bessieres, gefe del ejército del Norte, que hiciera partir todos los batallones correspondientes al cuarto, primero y quinto cuerpo, los cuales, segun se sabe, componian el ejército de Andalucía. Ya habia encaminado á Castilla una division de reserva formada de los batallones en marcha y destinados á completar los ejércitos de Andalucía y Portugal: no retenerla recomendó á Bessieres, haciéndole notar que podia debilitarse sin peligro, pues estaba cubierto hacia Castilla la Vieja por el retorno del ejército de Massena á esta provincia. Al mayor general Berthier prescribió que redactara estas órdenes en la forma mas absoluta, añadiendo lo que los gefes militares encargados de ejecutarlas, serian declarados en estado de grave desobediencia y castigados

como tales, si no las ejecutaban de la manera mas inmediata y completa. Calculaba que estas providencias proporcionarian al mariscal Soult un pronto socorro de doce á quince mil hombres, lo cual le permitiria reparar las pérdidas sufridas por el primer cuerpo, reforzar tambien el quinto, oponer alguna resistencia á los ingleses en la frontera de Extremadura y aguardar á que Massena pudiera marchar contra lord Wellington, si este habia dejado el Norte de Portugal por el Mediodía.

Estas órdenes despachadas á fines de marzo no se podian ejecutar del todo hasta fines del mes siguiente ó á principios de mayo, y era de temer que antes de esta época sobrevinieran graves sucesos en la frontera de Castilla la Vieja ó en la Extremadura. Efectivamente, lord Wellington, despues de superar grandes dificultades, ora con el gobierno portugués, ora con el gobierno británico, mientras estuvo arrimado á las lineas de Torres-Vedras, se hallaba en posicion muy diferente desde la retirada de Massena. Obligados se habian visto ingleses y portugueses á reconocer que él solo tuvo razon contra todos, que él solo comprendió la clase de guerra que convenia oponer á los franceses en España, y que en las lineas de Torres-Vedras creó el único obstáculo ante el cual la fortuna de Napoleon pudiera verse constreñida á pararse. Su papel, ya de mucha monta, agrandóse de repente á los ojos de sus auxiliares y de sus compatriotas. Mientras Massena, que bajo todos aspectos fué digno adversario suyo, no encontraba mas que injusticia, censura, enojo, lord Wellington, muy contrariado un momento en sus planes, alcanzaba la justicia que impone el triunfo, que á veces ha-

cen aguardar los países libres, pero que otorgan tarde ó temprano, porque la contradiccion les ilustra, al par que muy frecuentemente irrita en vez de ilustrar á los soberanos acostumbrados á gozar de una autoridad absoluta. Ann cuando lord Wellington no hubiera conseguido ninguna victoria decisiva, aunque no hubiera sacado otra ventaja que la de impulsar á los franceses á alejarse de sus lineas, vió á la oposicion toda entera por órgano de lord Grey, rendir homenaje á sus combinaciones, y declarar que habia desmentido todas las zozobras, superado todas las esperanzas y cambiado completamente el semblante de las cosas con su teson en mantenerse en las lineas de Torres-Vedras. A partir desde este momento la situacion de los dos partidos de la guerra y de la paz vino á ser en el parlamento británico muy otra, y en vez de hallarse casi equilibrado de fuerzas, tomó el de la guerra un irresistible ascendiente y conquistó el poder del todo. Sin duda los sufrimientos mercantiles todavia eran grandes, los apuros rentísticos siempre embarazosos; pero la ansiedad que tenia á los ánimos en continua alarma se habia desvanecido y no se recelaba ya ver al ejército inglés lanzado al mar ó destrozado. El príncipe de Gales, que deseaba nombrar otro ministerio, aguardando solo á que se declarara duradera la enfermedad de su padre, no pensó ya en tal cosa, aun habiendo dado los médicos por incurable la enfermedad de Jorge III. Acostumbrado poco á poco á los ministros á quienes al principio no estimaba, dispensado de miramientos respecto de la oposicion que no se los guardaba tampoco, confirmado en su inclinacion á mantener el presente estado de cosas por

el triunfo del partido de la guerra, no pensaba ya mas que en sostener á M. de Perceval y sus colegas ni mas ni menos que lo hubiera podido hacer Jorge III. Habíase disipado la eventualidad excelente que á Napoleon se habia presentado, y lord Wellington colmado de homenajes veia caer todos los obstáculos que delante de él habian cerrado por un momento el camino de la fortuna. Con su ejército principal habia seguido al mariscal Massena los pasos hasta la frontera de Castilla la Vieja, y con las tropas del general Hill habia enviado al mariscal Beresford á hacer frente al ejército de Andalucía. Interin el grueso de sus fuerzas permaneciera á la vista de las plazas de Almeida y de Ciudad-Rodrigo, se proponia ir con el resto á reconquistar á Badajoz y á volver las cosas á su antiguo estado en Extremadura. Los socorros recibidos de Sicilia y de Inglaterra, consentianle atender á esta doble tarea sin peligro, á lo menos por algun tiempo. Tanto la extremada penuria de Castilla la Vieja, como la necesidad en que para vivir se habia hallado Massena de dividir las tropas, le daban esperanzas de embestir á Almeida y de recobrar solo por hambre esta plaza, que ya agotaba todas sus provisiones. En esta confianza creyó Wellington poderse alejar personalmente por algunas semanas, y se encaminó á Badajoz para dirigir por sí mismo las operaciones que iba á emprender hacia este punto.

No correspondian las miras del general inglés de una manera muy exacta á la situacion de las cosas en Extremadura y en Castilla la Vieja. Bien se puede hacer memoria de que, apresurándose Massena á poner su ejército en estado de operar de

nuevo, se habia trasladado personalmente á Salamanca. Por desgracia no estaba allí en su casa como el año antecedente, sino en la de un huésped muy expansivo, muy fecundo en promesas, que se agilaba mucho y hacia poco, no malévol, si aspirante á hacerse valer á costa ajena, y que en todo lo que se movia no daba de sí gran cosa. Véase en efecto á qué se reducía el resultado de las promesas del mariscal Bessieres desde que mandaba en las provincias del Norte. De las sumas debidas al ejército de Portugal habian llegado 3.000,000 á Salamanca. En vez de repartírselos á este ejército infortunado, cuyos oficiales tanto necesitaban de dinero, le envió el mariscal Bessieres 4.000,000 tan solo, tomó otro para pagar las provisiones y guardó el tercero, para atender, segun decia, á los casos imprevistos, comprometiéndose á devolverlo pronto con los recursos que debia recibir de Burgos y Bayona. Y aun si hubiera cumplido lo que anunciaba en premio de este préstamo forzoso, no quedara sin compensacion el perjuicio. Mas véase lo que produjo el millon gastado. Prometido habia el mariscal Bessieres diez y ocho mil fanegas de trigo, de las cuales decia tener diez mil en Salamanca, seis mil camino de Ciudad-Rodrigo y dos mil próximas á ser entregadas. Al par ofreció medios de transporte para estas provisiones y ademas galleta, mulas, caballos, y por último un socorro de ocho á diez mil hombres entre infanteria y caballeria tan luego como aparecieran los ingleses. Pero en vez de diez mil fanegas solo seis mil estaban juntas en Salamanca y ni una sola camino de Ciudad-Rodrigo; no se habia oido hablar de las que debian ser entregadas; no habia galleta,

ni trasportes, ni caballos, ni mulas. Por lo que vino á ser el socorro del material, se podia dudar del socorro en hombres. Entretanto Massena, para que pudieran vivir sus tropas, se habia visto obligado á dejar que se diseminaran desde las cumbres de sierra de Gata hasta Benavente cerca de Asturias. Temiendo la aparicion de los ingleses no hubiera querido que Reynier se alejara hácia el reino de Leon tanto, ni que el sexto cuerpo se aproximara tanto á las cumbres de sierra de Gata; mas desobedeciéndole Reynier que, hondamente entristecido por los padecimientos de sus soldados añadió á la insubordinacion palabras poco convenientes: aunque habia mandado al general Drouet no abandonar los alrededores de Almeida y de Ciudad-Rodrigo, para impedir que fueran bloqueadas estas plazas y privadas de medios de abastecimiento, este general retrocedió hasta Salamanca, mostrandose violentado por la necesidad de sus tropas, asercion de dichadamente verdadera. ¿Qué hacer contra lugartenientes acibarados que apoyaban su desobediencia en la miseria de sus hambrientas tropas? ¿Les habia de ajar al frente del ejército por haber querido proporcionarle pan? Tal era la guerra de España, juzgada y dirigida desde París, donde apenas se conocian estas circunstancias y donde se afectaba ignorarlas, para ordenar con mas holgura movimientos imposibles la mayor parte de las veces.

No obstante, dos poderosas razones inspiraban á Massena el deseo de reconcentrar su ejército, impedir la acometida de Almeida y de Ciudad-Rodrigo, cuyos viveres urgia repóner al punto, y caer sobre el ejército inglés privado de su general

en gefe y de parte de su efectivo, haciéndole gran destrozo para restaurar en la Peninsula el brillo de las armas de Francia. Con efecto, acababa de saber que lord Wellington se habia dirigido á Badajoz: suponía considerables los destacamentos enviados á Extremadura, y queria hacer que el general británico se arrepintiera de haber juzgado al ejército de Portugal harto ligeramente, no vacilando en alejarse.

Tan luego como esta esperanza iluminó el espíritu de Massena, viósele súbito otro hombre: de todo hizo uso, de las órdenes absolutas donde tenia derecho de mando, de las súplicas donde podia pedir tan solo, para obtener lo que necesitaba si habian de moverse sus tropas. Consigo hubiera querido poder llevar por lo menos tres mil ginetes, unas treinta bocas de fuego, galleta para quince dias, y un convoy para Almeida, cuyos viveres no alcanzaban ya á mas de dos semanas. Con dejar á los ingleses bajo los muros de esta plaza quince ó veinte dias bastaba para obligarla á que se rindiera. Verdad es que Napoleon habia autorizado el que se hicieran saltar sus fortificaciones, pero destruirla en presencia del enemigo, repugnaba al orgullo del defensor de Génova, demas de que esta operacion exigia tiempo. Massena escribió, pues, á sus lugartenientes y al mariscal Bessieres; les expuso los nobles motivos que le animaban y les rogó que para el 20 de abril estuvieran en disposicion de marchar. Algunos dias mas reclamaron Reynier, Junot, Drouet, Loisson concordes, por no estar repuestos sus caballos, y serles imposible proporcionarse de pronto la escasa cantidad de galleta que les hacia falta. El mariscal Bessieres, en vez de

alegar francamente la dificultad de ejecutar lo que se le pedía, respondió con nuevas promesas, que estaba seguro de no cumplir, y prodigó al par á Massena las seguridades de la adhesión mas absoluta.

Entretanto el peligro de las plazas, y sobre todo de Almeida, era grande; se iba á pasar la ocasión, tan fugaz en la guerra, y Massena expidió las órdenes de concentración, comenzando á desconfiar ya de las palabras de Bessieres, y no haciendo caso de la resistencia de sus lugartenientes. Gracias al excelente general Thiebaut, gobernador de Salamanca, que aun cuando á las órdenes de Bessieres, se aprovechaba de la presencia de Massena para no obedecer á otro, gracias á los fondos tomados del sueldo, se proporcionaron algunos quintales de granos y carne salada para reponer las vituallas de Almeida, algunos quintales de galleta para alimentar al ejército durante la marcha; y reunido este escaso socorro, decidió Massena introducirlo en la plaza embestida, arrollando á los ingleses. La idea de dar una gran batalla, que á tantos generales, aun insignes, intimidaba, le inflamaba, porque en las grandes crisis resplandecían su golpe de vista superior y su carácter incontrastable. Sus lugartenientes, vencidos por sus órdenes absolutas, acabaron por reconcentrarse poco á poco detrás del Agueda, que se debía pasar por el puente de Ciudad-Rodrigo, para marchar de allí á Almeida, situada, como es subido, á corta distancia.

Aunque apenas descansados los soldados, enardecieron la idea de un choque decisivo con los ingleses. Desembarazados de los débiles ó fatigados,

no eran mas de cuarenta mil hombres, de los cuales subían á dos mil cuando mas los ginetes, pero á la verdad sin iguales. Consigo llevaban unas cuarenta bocas de fuego, porción bien escasa, como que bajaba á menos de la mitad de las proporciones comunes. Reducido á tal número y todo, era capaz este ejército de todos los esfuerzos del heroísmo. Por desgracia, á excepcion de Monbrun y de Fournier, gefes de la caballería, los generales no participaban del ardimiento de los soldados. Loisson, aunque valiente, estaba desconcertado por la poca confianza que en él tenía el sexto cuerpo, que habia mandado el mariscal Ney, y que no se consolaba de su partida. Junót no se hallaba restablecido de su herida. Reynier, aun no repuesto de las fatigas y agitaciones de la campaña, no tenía alma que rayase á la altura de un gran suceso. Por último Drouet, de tan poca utilidad hasta ahora, acababa de saber que iba á dejar el ejército de Portugal. Con efecto, cuidadoso Napoleon de continuo y mas cada dia por el ejército de Andalucía, habia mandado que el noveno cuerpo cruzara al punto el Guadarrama y el Tajo á fin de encaminarse al Guadiana, ignorando que por llevarle mas pronto contra los ingleses, le iba á alejar precisamente del campo de batalla, donde podia contribuir á destruirlos. No obstante, al estrechar á Massena para que le hiciera partir lo mas pronto posible, le dejó la facultad de fijar el momento de la partida. Massena ordenó, pues, á Drouet que le siguiera, á lo cual de ningun modo se podia negar como hombre de honor en visperas de una acción importante; pero no estaba mas dispuesto que los otros á hacer un esfuerzo supremo. Además, para

muchos oficiales de alta graduacion, que habian contado con obtener una licencia al cabo de quince meses de la mas dificil campaña, la noticia de una gran batalla era una sorpresa que, sin alarmar su valor, frustraba sus esperanzas de reposo. Los hombres habituados al peligro lo arrostran siempre que conviene, pero á condicion de tenerlo fijo en la idea y de tener dispuesta el alma de antemano.

Contando consiguió propio Massena y con sus admirables soldados, doblando esta vez todas las voluntades á la suya, encaminóse á Ciudad-Rodrigo con treinta y cuatro mil de sus cuarenta mil hombres: por creer necesario dejar la division de Clausel, una de las dos de Junot, en el camino de Salamanca, para conservar sus comunicaciones. Por esta via habia de recibir víveres, municiones y refuerzos. En el momento de partir dirigió algunas palabras amargas al mariscal Bessieres, para decirle que, puesto que le dejaba ir solo contra el enemigo, casi sin pan, ni municiones, ni caballos, al menos marcharia adelante, descargando sobre los que tan mal le auxiliaban toda la responsabilidad de las consecuencias ante la Francia y el emperador. Por respuesta recibió una nueva carta del mariscal Bessieres tan precisa, que no creyó deber descuidar el socorro que le anunciaba, débil en número, pero precioso en calidad, pues era de mil quinientos ginetes, ochocientos de ellos de la guardia á las órdenes del general Lepic, y setecientos de caballeria ligera á las del general Wathier, una bateria de seis bocas de fuego con buenos caballos, y treinta tiros mas para artilleria. Tal socorro en el estado en que se hallaba el ejército podia deci-

dir de la suerte de una batalla, y á pesar del temor de dejar á Almeida en peligro y de desaprovechar la coyuntura que la ausencia de Wellington le ofrecia, Massena adoptó el partido de retardar el movimiento que habia resuelto para el 26 de abril hasta 1.º de mayo.

Ya se habia dirigido á Ciudad-Rodrigo sobre la línea del Agueda: allí empleó el tiempo en revistar á los soldados, tostados por el sol, enflaquecidos por la miseria, pero hechos á la fatiga y al peligro, llenos de orgullo y de confianza. El aspecto de hombres semejantes le inducia á esperar una inmediata é insigne victoria, cuando una noticia, fácil de prever, llegó á aminorar sus esperanzas, sin destruirlas á pesar de todo. Lord Wellington acababa de retornar á su ejército al rumor de preparativos tan sonados, y aun cuando fuera gran refuerzo la presencia de tal caudillo, Massena, que á nadie tenia por qué temer sobre el campo de batalla, no dió á este regreso mas importancia de la que convenia: bien se le alcanzó que el ejército inglés debia estar sobre aviso, reconcentrado y probablemente con refuerzos, pues el general en jefe no debia haber llegado solo; mas no se detuvo ante estas consideraciones, y avanzó convencido de su superioridad personal y la de sus soldados. Ya el 1.º de mayo iba á partir de Ciudad-Rodrigo, sin aguardar siquiera al mariscal Bessieres, á quien no se veia llegar y á quien podia creer una vez mas inexacto en el cumplimiento de sus promesas, cuando se avisó al fin de la aparicion de este mariscal á la cabeza de un brillante estado mayor como era el de la guardia imperial entonces. Bessieres se echó á los brazos de Massena y éste le

recibió cordialmente, pues, aun cuando le reputara por ligero, teníale por honrado y sin doblez alguna. Sin embargo, semejaba que el duque de Istria no llevaba consigo á nadie, y Massena le preguntó si iba allí solo con su espada. Bessieres le tranquilizó anunciando que los mil quinientos ginetes, las seis bocas de fuego y los treinta tiros de artillería llegarían al campo aquella noche; y efectivamente caminaban de Salamanca á Ciudad-Rodrigo.

Todos los semblantes brillaron de satisfacción al adquirir la certidumbre de este socorro, y mas por la caballería. Resolvióse, pues, aguardar hasta el día siguiente. De los viveres prometidos por el mariscal Bessieres tambien habian llegado algunos en mil fanegas de trigo, de que se mandó hacer pan sin demora. Aunque no lo tuviera en abundancia, pudieron las tropas hartar su hambre; mas no convenia detenerlas mucho tiempo en las mismas posiciones, sin obligarlas á que se comieran el convoy destinado para Almeida, y cuya introduccion era el objeto de la nueva campaña. No menos era necesario economizar las municiones de guerra que las de boca, pues cartuchos de fusilería y de artillería no habia mas que para una batalla.

Habiendo llegado por la noche el refuerzo del duque de Istria, empleóse hasta la madrugada en distribuir los tiros de la artillería y se dispusieron á romper la marcha al amanecer del 2 de mayo. Por el puente de Ciudad-Rodrigo sobre el Agueda desfiló el ejército, ordenado del modo siguiente. Reynier con el segundo cuerpo tomó la derecha: el octavo á las órdenes de Junot, reducido á la division de Solignac: el noveno á las órdenes del ge-

neral Drouet, compuesto de las divisiones de Gonroux y de Claparede, ocuparon el centro: el sexto á las órdenes de Loisson, reunido á la caballería del ejército, tomó á la izquierda. A los dragones, húsares y cazadores, que obedecian á Montbrun, se juntaron cerca de setecientos ginetes de caballería ligera, que mandaba el general Wathier, y que el mariscal Bessieres habia llevado. Asi, Montbrun mandaba dos mil cuatrocientos caballos, mil de ellos dragones, y mil y doscientos húsares y cazadores. Los ochocientos excelentes ginetes de la guardia, que formaban el resto de la caballería llevada por Bessieres, escoltaban el convoy que se debia introducir en Almeida y que consistia en ciento veinte mil raciones de galleta, cien quintales de harina, ochenta de legumbres, ochenta de carne salada, cien mil raciones de aguardiente. Con el refuerzo que al ejército habia llegado, contaba muy cerca de treinta y seis mil hombres sobre las armas.

Cruzando el Agueda hallóse las avanzadas inglesas mas acá y mas allá de un riachuelo llamado el Azava, y detrás del cual se retiraron despues de acuchillarles y de cogerles algunos hombres nuestra caballería. Su posición verdadera estaba algo mas lejos junto á otro rio llamado el Dos Casas, bastante hondamente encajonado y ofreciendo uno de los obstáculos de terreno que gustaban de defender los ingleses. Este rio, despues de correr solo algunas leguas, se lanza en el Agueda, no sin pasar primero por delante del fuerte de la Concepcion, medio destruido el año precedente por nosotros. Detrás de este rio se hallaba situado el ejército contrario, compuesto como de cuarenta y dos á cuarenta y tres mil hombres, de los cuales de veinte y siete á

veinte y ocho mil eran ingleses, doce mil portugueses y de dos á tres mil españoles á las órdenes del partidario don Julian. Lord Wellington, partido de Elvas el 25 de abril, llegado el 28 á su campo, habia tomado por sí mismo todas las disposiciones. Situándose detrás del Dos Casas, colocó sobre su derecha y á alguna distancia al hábil guerrillero don Julian hácia la aldea de Pozo Velho en las mismas fuentes del Dos Casas, para que avisara de los movimientos que pudieran hacer los franceses por aquel lado. Mas cerca hácia su centro, por donde estaba mas encajonado el Dos Casas, en la aldea de Fuentes de Oñoro, estableció su division ligera á las órdenes del general Crawford, con una porcion de tropas portuguesas, y algo detrás tres fuertes divisiones de infantería, la primera á las órdenes del general Spencer, la tercera á las del general Picton, la séptima á las del general Houston. Este punto de Fuentes de Oñoro era importante porque cubria la principal comunicacion de los ingleses con Portugal, es decir, el puente de Castelbon junto al río Coa. Privados de este puente, no les hubiera quedado mas que uno por bajo de Almeida, muy insuficiente para un ejército en retirada y sobre todo vivamente perseguido. Este motivo explica por qué lord Wellington habia reunido tantas fuerzas delante y detrás de Fuentes de Oñoro. A su izquierda, cerca de Alameda, en un punto donde el Dos Casas era de tal profundidad que hacia difícil su paso, escalonó la sexta division á las órdenes del general Campbell; mas lejos todavia y formando gancho atrás hácia el fuerte de la Concepcion, la quinta á las órdenes del general Dunlop, y por último, el resto de los portugueses

á fin de enlazar el fuerte de la Concepcion con Almeida. Así, con su derecha reforzada cubria á Fuentes de Oñoro, principal comunicacion de su ejército con el Coa, y con su izquierda prolongada abarcaba del fuerte de la Concepcion á la plaza de Almeida. Como de una extremidad á otra de este campo de batalla no habia mas que tres leguas y media, si Massena en vez de ir en derechura contra Fuentes de Oñoro desfilaba por delante para bajar al fuerte de la Concepcion y Almeida, podia lord Wellington pasar el Dos Casas, y lanzarse sobre el flanco de los franceses. Verdad es que tales movimientos, muy practicables con el ejército francés, no lo eran tanto con el ejército británico; pero sin tener grandes aspiraciones y sin cruzar el Dos Casas, le era fácil correrse de su derecha á su izquierda, para concentrarse en torno del fuerte de la Concepcion, no destruido mas que parcialmente y que antes presentaba un sólido apoyo para un dia de batalla. Esta posicion de Fuentes de Oñoro no ofrecia mas que un inconveniente, el de tener detrás un riachuelo muy parecido al de por delante; este era el Turonés y podia ser un peligro ó un nuevo apoyo, segun hubiera tiempo de replegarse allí en buen orden ó se llegara de tropel. Tal era la posicion detrás de la cual lord Wellington con su acostumbrada prudencia y su arte en elegir los puntos defensivos, habia resuelto esperar á los franceses. Aunque muy circunspecto, nuestra falta de triunfos le comenzaba á hacer mas osado, y esta vez se aventuraba á aceptar un combate que hubiera podido evitar en rigor. Así habia pasado el tiempo en que no queria dar mas que las batallas inevitables.

Massena, despues de haber pasado la noche del 2 al 3 de mayo algo delante del Azava, tomó posición el 3 por la mañana junto al Dos Casas y enfrente de los ingleses. Reynier por la derecha llegó al Dos Casas frente por frente de Alameda; Solignac, con la sola division del octavo cuerpo, presente en el campo, y Drouet con el noveno, se colocaron en el centro, entre Alameda y Fuentes de Oñoro, un poco detrás del Dos Casas; Loisson con el sexto y Monibrun con la caballería se apostaron enfrente de Fuentes de Oñoro.

Despues de reconocer Massena la situación que ocupaba el enemigo, fijó sus ideas: podia elegir entre dos planes, el de desfilarse por su derecha, ejecutando una marcha de flanco delante de lord Wellington, descender el curso del Dos Casas hasta el fuerte de la Concepcion y hacer allí punta sobre Almeida, ó el de atacar por su izquierda la derecha de los ingleses establecida en Fuentes de Oñoro, cortarla de Castelbon y del Coa, arrollarla sobre su centro y sobre su izquierda hasta Almeida, y luego, en fin, precipitarlos á todos juntos sobre el bajo Coa, donde hubiera sido muy penosa su retirada y quizá pudieran sufrir un gran descalabro. Tenia el primer plan la ventaja de conducir á Almeida, probablemente sin batalla, gracias á la prudencia de lord Wellington; pero el evitar una batalla no era ventaja que anhelase Massena, y además el seguir esta dirección ofrecia el peligro de una marcha de flanco por delante del enemigo, sin contar la probabilidad de encontrar en el fuerte de la Concepcion un obstáculo quizá muy difícil de vencer, de cuyas resultas Massena juzgó el segundo plan preferible con mucho. Atacando de

súbito la derecha de los ingleses situada en Fuentes de Oñoro, arrollándola sobre su centro y su izquierda, lanzándola así hacia el bajo Coa, los batía en una dirección bien escogida y hacia muy problemática su retirada: además, el abastecimiento de Almeida se seguía como consecuencia fácil y no la más importante á la verdad de la batalla ganada, porque despues de una victoria era verosímil que los ingleses fueran repelidos de un golpe hasta Coimbra y aun quizá hasta Lisboa, y que nuestro ejército hallara en los almacenes formados á la espalda de ellos medios para perseguirlos que no tuvo para adelantarse á atacarlos.

Por todas estas razones Massena abrazó en el instante su partido, y el día 3 al medio día ordenó al general Ferrey, jefe de la tercera division del sexto cuerpo, que atacara á Fuentes de Oñoro, mientras Reynier por la derecha hacia que los ingleses se replegaran sobre Alameda, y mientras Solignac y Drouet abarcaran entre sí las dos partes del ejército situados en observación hacia el centro.

Con efecto, el 3 á eso de la una de la tarde el general Ferrey, precedido por la caballería ligera del general Fournier, se adelantó por la carretera sobre Fuentes de Oñoro. Fournier, á la cabeza de los regimientos 7.º, 3.º y 20.º de cazadores, cargó briosamente á la caballería de los ingleses, así como á su infantería, y repelió á la una y á la otra sobre Fuentes de Oñoro, despues de haberles muerto ó cogido unos cien hombres. Barridas así las avanzadas, el general Ferrey con su division de infantería de cerca de tres mil soldados, se adelantó á Fuentes de Oñoro. Esta pequeña aldea de

Castilla la Vieja, que vino á ser tan famosa, hállase situada parte mas acá y parte mas allá del Dos Casas, sobre la ladera de una colina. Rodeabala una tapia de fácil defensa y llena de tiradores. Con cuatro batallones de tropas ligeras y el segundo batallon del regimiento 8.^o británico, ocupaba el coronel inglés Williams á Fuentes de Oñoro. Además de los cercados naturales que hacian poco accesible la aldea, los ingleses habian barreado su principal avenida.

A la cabeza de mil doscientos hombres atacó el general Ferrey á Fuentes de Oñoro, y dejó en reserva su otra brigada de cerca de mil ochocientos. Dada la señal se adelantó á pasó de carga sobre la parte de la aldea que está delante del Dos Casas, se apoderó á la bayoneta de todas las barreras levantadas en la principal avenida, y á pesar del fuego de fusilería que partía de todos los puntos, rechazó á los ingleses mas allá del Dos Casas y les siguió por la orilla izquierda de este riachuelo. Allí el coronel Williams fué herido. Atraido lord Wellington por el fuego de la fusilería condujo refuerzos hácia esta parte, juntando á los cinco batallones del coronel Williams el regimiento 71.^o británico, é hizo retroceder á los franceses hasta las orillas del Dos Casas. Se disputaron arduosamente el curso del riachuelo, mas no pudimos señorearle porque mil doscientos hombres se batian contra cuatro ó cinco mil con las desventajas del terreno.

De seguro era una falta, disponiendo de fuerzas bastantes, limitarse á tentar esta posicion en vez de embestirla de plano con toda una division y aun con dos y tomarla antes de que el enemigo recono-

ciera su importancia. A las cinco de la tarde dispuso Massena un segundo ataque mas sério ejecutado por toda la division de Ferrey y una brigada de la division de Marchand. Nueva falta que se cometia, pues, estando ya el contrario mas sobre aviso, fuera menester atacar á Fuentes de Oñoro con las tres divisiones del sexto cuerpo guiadas por el bravo Loisson, pues á la sazón aun habia muchas probabilidades de apoderarse de esta posicion á tal de emplear medios suficientes.

El general Ferrey llevó allí su artillería, abrumó á la aldea con sus disparos, y luego lanzó contra ella mil quinientos hombres del 26.^o y del 6.^o, los cuales, superando todos los obstáculos, conquistaron la parte baja de Fuentes de Oñoro, tanto á la izquierda como á la derecha del riachuelo y se adelantaron hasta el pie de la altura. A impulsos de su ardimiento probaron á trepar por ella: subiendo de cercado en cercado, de casa en casa, llegaron casi hasta la cumbre, mas ya allí sufrieron muy terribles fuegos de artillería y fusilería y reconocieron la insuficiencia de su número para tan maña empresa. Lord Wellington, que habia tenido tiempo de llevar una nueva division á este punto, los rechazó palmo á palmo, y obligólos, en fin, á desalojar toda la altura. Hasta iba á cogellos por la derecha y á forzarlos á replegarse en desorden sobre la línea del Dos Casas, cuando juntando el general Ferrey las tropas que habian peleado por la mañana, y además la legion hanoveriana y un regimiento de la division de Marchand, avanzó á bayoneta calada sobre los ingleses, y compeliólos á volver á la posicion de donde habian bajado. En esta aldea, inundada de sangre y cubierta de rui-

nas, pernóctaron los ingleses dueños de la parte alta y los franceses de la parte baja y de las dos márgenes del Dos Casas. Seiscientos ó setecientos ingleses habian quedado muertos ó heridos en las avenidas y en los cercados de Fuentes de Oñoro, y poco mas ó menos igual número de franceses. Hasta sangre era la derramada para enseñar á lord Wellington la importancia del punto que anhelábamos arrebatarle. Delante de Alameda, esto es, á la derecha de Fuentes de Oñoro, con relacion á nosotros, Reynier habia hecho muy poca cosa, limitándose á tomar esta aldea, que los ingleses no querian defender con empeño porque estaba situada á la derecha del Dos Casas, y les habia decidido á retirarse á la orilla izquierda, que era muy escarpada por este punto. Lord Wellington envió allí sus tropas ligeras, que reemplazó en Fuentes de Oñoro con sus divisiones de la derecha.

Si Massena no tenia la perspicacia superior y pronta, que parece no haber pertenecido mas que á Napoleon entre los modernos, al menos se ilustra sobre el campo de batalla, donde la mayor parte de los generales pierden por lo comun la prevision que les asiste, y lejos de desalentarse por la dificultad, se obstinaba á su vista y hallaba fuerzas morales allí donde los demas suelen perder las suyas. Despues de pasar el dia en el campo de batalla de Fuentes de Oñoro, descubrió que, remontándose hácia su izquierda y la derecha de los ingleses era menos profundo el techo del Dos Casas, y que allí una especie de llanura ligeramente ondulada formaba la única separacion entre nosotros y el enemigo. Supuso, pues, que por aquel lado se podría acometer y hasta girar contra los ingle-

ses, y rechazando su derecha sobre su centro, su centro sobre su izquierda, efectuar la idea primera y siempre atinada de precipitarles al bajo Coa, quitándoles el camino que guiaba al puente de Castelbon. Con efecto, al dia siguiente 4 recorrió todo el frente de los ingleses, descubrió nuevos preparativos de defensa sobre la parte alta de Fuentes de Oñoro, se afirmó en su resolucion de buscar mas á la izquierda el verdadero punto de ataque, envió á Montbrun de reconocimiento hácia Pozo Velho, y adquirió la conviccion de que hácia nuestra izquierda y allí donde el terreno ligeramente quebrado por el Dos Casas presentaba una llanura casi continua, era el punto por el cual habia que atacar á los ingleses y vencerlos.

Por consecuencia el 4 de mayo por la noche, cuando la oscuridad era bastante para ocultar nuestras maniobras, hizo ejecutar á todo el ejército un movimiento de derecha á izquierda, de Fuentes de Oñoro á Pozo Velho. Dejó á Reynier delante de Alameda con encargo de ocupar á los ingleses por virtud de un ataque mas ó menos vivo segun los sucesos. Dejó al general Ferrey en la parte baja de Fuentes de Oñoro, dándole todo el noveno cuerpo á fin de que le ayudara á tomar esta aldea, cuando el progreso hácia Pozo Velho hiciera la operacion practicable. Llevó las divisiones de Marchand y de Mermel del sexto cuerpo, toda la caballeria y la division de Solignac del octavo cuerpo (cerca de diez y siete mil hombres de treinta y seis mil) delante del terreno abierto de Pozo Velho, con orden de hacer un movimiento de conversion á la altura de esta aldea, de plegarse en torno de la derecha de los ingleses, de arrollarla sobre su centro to-

mando antes á Pozo Velho, despues á Fuentes de Oñoro, que se debia atacar por la espalda mientras Ferrey la acometia por el frente, y de continuar este movimiento hasta repeler completamente el ejército británico hácia el bajo Coa. Este plan era excelente, y si la ejecucion correspondia á la concepcion, debia resultar una insigne victoria. No habia que censurar mas que las instrucciones dadas á Drouet y á Reynier, pues conviniera no atacar de un modo accesorio á Fuentes de Oñoro y á Alameda durante el movimiento de nuestra izquierda, sino atacarlas vigorosamente para que, atraidos los ingleses á la vez á todas partes, no pudieran acudir en masa al socorro de su derecha tan peligrosamente amenazada.

Á otro dia, 5 de mayo, y muy de madrugada, ya habian terminado las tropas francesas su movimiento. Reynier estaba delante de Alameda extendiendo su izquierda hácia Fuentes de Oñoro. Ferrey ocupaba la parte baja de esta aldea y Drouet estaba detrás de él con el noveno cuerpo y pronto á acudir en su ayuda. Las divisiones de Mermet y de Marchand del sexto cuerpo, toda la caballeria menos la de la guardia, dejada algo atrás, estaban á la altura de Pozo Velho. Serviales de reserva la division de Solignac del octavo cuerpo. El ejército lleno de confianza y enardecido creia marchar á una victoria.

Lord Wellington, que tambien se ilustraba en el fuego, y no se turbaba nunca, habia entrevisto algo de la maniobra de Massena, porque desgraciadamente tuvo todo el dia 4 para adivinar estos movimientos y para adaptar á ellos los suyos. Tranquilo respecto de Alameda, alejó la division ligera

que habia llevado allí un momento y encaminóla de nuevo á Fuentes de Oñoro. Con la tercera division dejó á Picton sobre las alturas de esta aldea y á Spencer algo detrás con la primera; envió hácia Pozo Velho, donde no estaban mas que los españoles de don Julian al principio, la brigada portuguesa de Ashworth, dos batallones ingleses, parte de su caballeria y la sétima division del general Houston toda entera. Por último, trasladó á don Julian aun mas á su derecha, situandole en Nave de Avel para explorar á larga distancia. Aun cuando no dejaban de ser grandes estas precauciones tomadas en favor de su derecha, eran insuficientes para resistir á los diez y siete mil hombres que Massena acababa de dirigir en su contra.

Á la mañana del 5, el movimiento del ejército francés dió principio desde la aurora. Loisson movióse para marchar hácia Pozo Velho, las divisiones de Mermet y de Marchand á la cabeza, y la division de Solignac de reserva. Tenia á Montbrun á su izquierda con mil dragones y mil cuatrocientos husares y cazadores. Montbrun quiso aventar á los españoles de don Julian ante todo, y lanzó contra ellos su caballeria ligera. Tornando el general Fournier á Nave de Avel por la izquierda y el general Wathier por la derecha, desalojaron de allí á los españoles, acuchillaron unos ciento y los repelieron mas allá del Turones. Despues de ejecutar este movimiento prolongado, vino á reunirse á Montbrun la caballeria ligera y á colocarse en las alas de la reserva de dragones. Durante este tiempo, plegándose Marchand por su izquierda hácia la aldea de Pozo Velho, dirigió allí la brigada de Maucune. Esta aldea, rodeada de un

bosquecillo, estaba guardada por los portugueses y por parte de la division de Houston. Los soldados de Maucune acometieron vigorosamente á los ingleses, los arrojaron del bosque y los empujaron hácia la aldea, donde entraron á bayoneta calada. Allí hicieron doscientos prisioneros é hirieron ó mataron á unos cien hombres. Los portugueses huyeron en tropel, los ingleses fueron á juntarse á la division de Houston, que se retiraba lentamente cubierta por dos regimientos de caballeria, uno hanoveriano y otro inglés, apoyando su derecha en el riachuelo Turones, y su izquierda en la division ligera de Crawford que venia en su auxilio. Persiguiendo á los ingleses la brigada de Maucune mas allá de la aldea, halló al salir á la caballeria de Montbrun que avanzaba al trote largo despues de su correria á Nave de Avel. A la vista de la línea inglesa, que protegian dos regimientos de caballeria, Montbrun desasosegado de ardimiento, no vacila en entrar en acción y dirige la compañía de preferencia de sus dragones sobre la caballeria contraria. Este puñado de hombres, mandado por el capitán Brunel, se arroja bizarramente sobre los escuadrones ingleses y los arrolla sobre la infanteria de la division de Houston. Tal carga, ejecutada á los ojos de los soldados de Montbrun y de Maucune, excita en las tropas una especie de entusiasmo y claman por marchar adelante, creyendo ya suya la victoria. Entonces Montbrun quiere cargar á la infanteria inglesa que se halla en un terreno favorable á las maniobras de la caballeria, pero que está cubierta por ocho bocas de fuego. Envía á pedir algunas piezas á la bateria de la guardia, pero esta no puede recibir órdenes mas que

del mariscal Bessieres, etiqueta de tropas de preferencia ya muy funesta en Wagram. No pudiendo conseguirlas, Montbrun se dirige á Massena, que advertido de esta dificultad, se apresura á enviarle cuatro cañones. Por desgracia ha trascurrido media hora, durante la cual las tropas francesas han tenido tiempo de despecharse y las tropas ligeras de Crawford de llegar á aquel punto. Finalmente, Montbrun, provisto de la artilleria que le hace falta, se adelanta contra la division de Houston, llevando á la cabeza un escuadron del 5.º de husares desplegado para ocultar sus cañones, los dragones en el centro y un escuadron del 11.º de cazadores á la derecha, y uno del 12.º á la izquierda. Asi marcha, haciendo que le precedan unos cien tiradores de la brigada de Wathier á fin de provocar al centro de la línea inglesa. Con efecto, el 51.º de su infanteria se mueve hácia adelante. Montbrun descubre entonces su artilleria y le acribilla con metralla, y despues lanza en su contra los cazadores que estaban á nuestras alas. Los dos escuadrones rompen el 51.º inglés al galope y acuchillan á sus infantes dispersos. Dado el impulso marchan contra la division de Houston y continuando en empujarla hácia adelante, se la separa de su artilleria que á poco queda en nuestras manos, cuando aproximándose al barranco del Turones se sufre casi á boca de jarro el fuego de una línea de tiradores apostados detrás de algunas tapias. Este fuego imprevisto y bien asestado detiene á nuestros ginetes, y la division de Houston, despues de haber perdido mucha gente, logra resguardarse detrás del Turones, donde encuentra á don Julian. En el mismo instante es reemplazada sobre el terreno

por la division ligera de Crawford que ha avanzado allí á toda prisa.

Viendo Massena acometida la derecha inglesa y rechazada ya en parte hácia el Turones, ordena al general Loisson que haga avanzar á las divisiones de Marchand y de Mermet para que, desembocando de Pozo Velho, auxilien el esfuerzo de la caballería y se trasladen seguidamente á Fuentes de Oñoro, para tomarlo por la espalda. Continuado este movimiento con brio debe arrollar á la derecha inglesa sobre su centro, como lo ha discurrido Massena. Entonces, para aprovechar el extraordinario impetu de la caballería de Montbrun, lanzala sobre Crawford, que á la vista de nuestros ginetes se forma en tres cuadros, con artillería en los trechos de uno á otro.

De resultas Montbrun dispone que el general Fournier haga atacar el cuadro que se descubre á nuestra izquierda con uno de sus regimientos ligeros, y que personalmente caiga con los otros dos sobre el cuadro del centro, el mas importante de todos. Al general Wathier manda que ataque al que se halla á nuestra derecha, mientras él sigue con sus dragones el movimiento de la caballería ligera, pronto á apoyarla en la hora oportuna.

Esta masa de caballería, guiada con firmeza y brio admirables, se adelanta por entre una horrible metralla, que vomita la artillería colocada en los trechos de los cuadros ingleses. Ya á alcance del enemigo, los húsares y los cazadores arrancan al trote y luego atacan al galope. En un abrir y cerrar de ojos el cuadro de la izquierda queda roto: Fournier penetra personalmente en el del centro con sus dos regimientos: se rinden mil qui-

nientos hombres de infantería inglesa y el coronel Hill entrega su espada. Solo el cuadro de la derecha, protegido por un pliegue del terreno, se libra del desastre, á pesar de los esfuerzos que el general Wathier hace por romperlo. En este instante nuevas descargas de metralla llueven sobre nuestros ginetes como el granizo. El general Fournier, cuyo caballo es herido, cae á la vista de sus soldados, lo cual produce alguna conmocion entre ellos. De ella se aprovechan los ingleses: parte de los rendidos se dan á la fuga y tornan á romper el fuego; los demas, todavia en número de cuatrocientos ó quinientos, siguen prisioneros. Observando Montbrun los estragos de la metralla y viendo venirle encima toda la caballería inglesa, hace que se replieguen sus caballos ligeros por temor de no tener bastante gente para sustentarlos. Con suma instancia pide la caballería de la guardia y ademas el apoyo de la infantería.

Testigo de este espectáculo Massena, ya ha enviado un oficial para hacer que se adelanten los ochocientos ginetes de la guardia. ¡Igual contestacion que en Wagram! Ni la caballería, ni la artillería de la guardia pueden operar mas que á las órdenes del mariscal Bessieres, á quien hay que ir á buscar no se sabe donde por aquel vasto campo de batalla. De consiguiente la guardia permanece inmóvil. Mal dirigida por Loisson la infantería se ha dirigido muy á la derecha, como si su único objeto fuera tomar de revés á Fuentes de Oñoro y como si no debiera también enlazarse con la izquierda de Montbrun, para abarcar en su movimiento toda la línea del enemigo. Penetra en los bosques alrededor de Fuentes de Oñoro; se en-

golla allí y expulsa á los ingleses, mas llega á un barranco que le separa de Fuentes de Oñoro y se pone á disparar inútilmente contra las tropas de Picton, mientras Ferrey renueva su ataque de la antevispera.

Entretanto pasan las horas: Montbrun queda sin el apoyo de la guardia, sin el de la infantería, no ha podido renovar su ataque contra la infantería inglesa, que se ha aprovechado de este respiro para rehacerse y entrar en línea de nuevo. Spencer con la primera division, reuniendo á los portugueses, ha llegado á colocarse al lado de Crawford y presenta un frente imponente, apoyado por numerosa artillería y por toda la caballería inglesa. Por su izquierda se enlaza á Picton, que defiende siempre á Fuentes de Oñoro y por su derecha á la division de Houston, que está al otro lado del Turones.

A la vista de esto Montbrun, despues de aguantar las balas y la metralla por largo tiempo, abriga á sus ginetes detrás de un repliegue del terreno, y aguarda así que se vuelva al combate para renovar sus proezas de aquella mañana. Si en este momento Reynier, que no tiene delante mas que una division, la de Campbell, atacara vigorosamente á Alameda: si Ferrey, francamente ayudado por Drouet con todo el noveno cuerpo pudiera arrancar la aldea de Fuentes de Oñoro á la division de Picton, ya muy reducida en número, la batalla quedara ganada, aun despues de alojar el movimiento de la izquierda de los franceses contra la derecha de los ingleses. Mas, creyendo Reynier tener delante masas enemigas que no tiene, considerando reservada á otros la tarea de ganar la ba-

talla, se limita á insignificantes disparos. Ferrey ataca violentamente á Fuentes de Oñoro, y apoyado por dos regimientos de la division de Clapartede, toma las alturas de mas allá del pueblo, mas no sosteniéndole el resto del noveno cuerpo, se ve obligado á abandonarlas. Lleno de buena voluntad Loisson, bien que extraviado en su marcha y echando por la derecha en vez de tomar á la izquierda, se halla inútilmente detenido por un barranco que le separa de Fuentes de Oñoro.

Así transcurre buena parte del dia, y las ventajas alcanzadas por la caballería y por la brigada de Maucune quedan sin fruto; mas para repararlo todo, allí está el invencible teson de Massena. Corriendo de Montbrun á Loisson, reconoce la falta cometida: ordena á Loisson que apoye á la izquierda, hacia donde Montbrun se halla: hace que por entre Montbrun y Loisson avance Solignac, y se propone atacar á fondo la derecha de los ingleses, compuesta de las dos divisiones de Spencer y de Crawford, de los portugueses y de la caballería. Aun cuando esta línea es formidable, no desespera de romperla con las divisiones de Marchand, de Mermet y de Solignac, con la heroica caballería de Montbrun, y mas teniendo Drouet orden de tentar un esfuerzo desesperado sobre Fuentes de Oñoro y Reynier de atacar vigorosamente á Alameda. Del ardimiento de Massena participan las tropas, confiadas siempre en el triunfo, y anhelantes por acabar á todo trance con aquel ejército de ingleses, que por tiempo tan largo ha conseguido esterilizar sus esfuerzos, ya detrás de las rocas de Busaco, ya detrás de las líneas de Torresvedras.

En ocasiones tales se ostentan con todo su poder el juicio seguro y el carácter obstinado de Massena: Montbrun, Loisson, Marchand, Mermet, no ansian mas que darle ayuda; pero en el momento de renovar el ataque y de decidir la victoria con un postrer golpe de energía, el general Eblé llega á anunciar dolorosamente que no quedan sino pocos cartuchos, por no haberlos Bessieres llevado, ni haber servido sus tiros de caballerías sino para presentar algunas bocas de fuego mas sobre el campo de batalla. Se calcula que, reuniendo todo lo que aun existe, apenas tendrá cada soldado treinta cartuchos, con los cuales no hay bastantes para un combate que ha de ser desesperado por parte de los ingleses, y menos si, no siendo decisiva la jornada, hay que continuar lidiando para retirarse ó para perseguir al enemigo. Ante dificultad tamaño y mas determinante que cualquiera otra no se desalienta Massena, y resignase á aguardar la mañana del dia siguiente, contando con que los ingleses no habrán mudado de posicion y seguro de que no habrán sido reforzados, por ser Pieton indispensable con la tercera division en Fuentes de Oñoro, Campbell con la sexta en Alameda, Dunlop en el fuerte de la Concepcion con la quinta. A otro dia por la mañana solo tendrá delante á Crawford, á Spencer y á los portugueses, y está resuelto á descargarles uno de aquellos terribles golpes de que habia ya dado muestras en Rivoli, en Zurich, en Caldiero (4). De consiguiente, se atempera á aquellas pocas horas de reposo que le han de proporcionar municiones; y así manda

(4) Caldiero en 1805.

enviar á toda prisa los tiros de Bessieres á Ciudad-Rodrigo para que traigan viveres y cartuchos y se distribuya á las tropas una parte del convoy destinado á Almeida. Pero alegando Bessieres la triste razon del cansancio de sus tiros, que han caminado sin parar muchos dias, que no podrán arrastrar el peso que se les cargue, resiste hasta el punto de encolerizar á Massena. Algo rendida parecia desde la retirada de Portugal la fortuna del veterano. Seis meses antes no se le hubiera contradicho. ¡Y hoy se le resista sin rebozo! ¿Qué hacer en aquel trance? ¿Por ventura debe romper Massena la espada de Bessieres, despues de haber roto la de Ney? Dificultades hay ante las cuales necesitan retroceder los caracteres mas vigorosos. Por evitar nuevos escándalos consiente Massena en dilatar para el dia siguiente por la mañana el envío de sus cajones á Ciudad-Rodrigo y duerme sobre el campo de batalla con sus tropas, vivaqueando á tiro de fusil de los ingleses, y comiendo los viveres preparados para Almeida.

Tal fué esta batalla de Fuentes de Oñoro, que de resultas de tantos obstáculos y contrariedades imprevistas y actos de mala voluntad, quedó indecisa, y que la bizarria de las tropas y las hábiles disposiciones de Massena, siendo apoyadas, hubieran convertido en una victoria insigne, decisiva para España y probablemente para Europa. Al dia siguiente, ó siempre resuelto Massena á volver á empezar la lucha, empleó las horas en recorrer el campo de batalla, mientras se iban á buscar municiones á Ciudad-Rodrigo. Singular era la posicion de de los dos ejércitos entonces. Subiendo desde Alameda á Fuentes de Oñoro formaban los cuerpos de

Reynier y de Drouet una línea continua, opuesta de frente al ejército inglés á lo largo del Dos Casas. Nuestra línea se había plegado en Fuentes de Oñoro, y formando un ángulo casi recto, tenía bloqueada mas allá del Dos Casas el ala derecha de los ingleses replegada sobre el centro. En este último punto había lord Wellington acumulado sus mejores tropas, y suplido la fuerza del sitio con la del arte. Aun estando cansadísimos sus soldados ocupóles toda la noche en levantar atrincheramientos: hizo barrear la parte alta de Fuentes de Oñoro: entre Fuentes de Oñoro y Villa Formosa, aldea situada en la hondonada del Turones, no habiendo obstáculos naturales, creólos con montones de tierra, con derribos é inmensa copia de artillería: por último, así en Villa Formosa como en Fuentes de Oñoro multiplicó barricadas, cañones y defensas de todas clases. Detrás de la línea transversal, que iba del Dos Casas al Turones y se extendía tres cuartos de legua á lo sumo, tenía cuatro divisiones, la séptima, la primera, la tercera y la ligera, con los portugueses é innumerable artillería. Con dolor vió Massena que el tiempo, dedicado á hacer descansar los tiros de Bessieres, era mejor empleado por el enemigo, y que la línea artificial creada durante la noche iba á ser tan formidable como la que la naturaleza había creado en el frente de Fuentes de Oñoro á Alameda, ahondando el lecho profundo del Dos Casas. Así y todo estaba determinado á lanzarse otra vez á la pelea, fiando en el ardimiento de sus tropas. Mas los generales Fririon, Lazowski, Eblé, tan adictos á su persona como al honor de las armas, le revelaron tristes verdades que él procuraba disimularse en vano, y

repitiéronle que muchos oficiales, fatigados unos, destinados otros á servir en ejércitos diferentes ó en visperas de tomar su licencia, no estaban muy resueltos á cumplir sus deberes para que se pudiera tentar con seguridad un esfuerzo desesperado. Reynier, dotado de tanto saber y de valor tan verdadero, no valia de nada cuando se apoderaba de su espíritu la zozobra, y á la sazón imaginaba tener á todo el ejército inglés encima. Drouet, próximo á partir al ejército de Andalucía, juzgaba haber pagado sobradamente su deuda al ejército de Portugal, comprometiendo á las órdenes del bizarro general Gerard dos regimientos. Bessieres era incomprendible, y se portaba con Massena como un ambicioso ante una fortuna que declina. Disuadióse, pues, al general en jefe, haciendo obrar sobre su ánimo la única influencia capaz de vencer á un carácter entero, el consejo de ceder dado por amigos ilustrados, adictos y concordes.

Destinado á no sacar mas que pesares de esta campaña, se decidió Massena por uno de los dos partidos que Napoleon había dejado á su eleccion, el que le agradaba menos, y consistia en hacer saltar la plaza de Almeida en vez de avituallarla. A mayor abundamiento, el convoy que allí debía trasladarse ya estaba medio gastado por los mismos encargados de introducirlo, y tenían que consumir el resto para retirarse. No había mas arbitrio que destruir á Almeida, donde todo estaba preparado para la ruina total de las fortificaciones. Una orden bastaba con el fin de que se realizara este designio, mas por entre el ejército inglés era necesario llevarla. Massena requirió hombres que se prestaran á hacer voluntariamente tamaño servi-

cio, y se presentaron tres, cuyos nombres debe conservar la historia, y fueron Zaniboni, cabo del 76.º de línea; Noel Lami, soldado cantinero de la division de Ferrey, y Andrés Tillet, cazador del 6.º ligero. Cada cual llevaba al general Brenier la orden de hacer saltar la plaza y de abrirse luego paso por entre la línea de puestos ingleses hasta el puente de Barba del Puerco sobre el Agueda. Al segundo cuerpo, formando la extrema izquierda del ejército francés, tocaba avanzar hácia aquel puente para recoger á la guarnicion fugitiva. Se habia intimado al general Brenier que disparara cien cañonazos de grueso calibre para anunciar que habia recibido la orden del general en jefe.

A otro dia, que era el 7, no acabándose de determinar Massena á dejar el campo de batalla, y meditando siempre en volver á empezar el ataque si se presentaba la coyuntura, se mantuvo en posición delante de los ingleses. Estos, aterrados por la formidable lid que habian sustentado y por la que preveian, se sustentaron inmóviles detrás de sus trincheras, y Massena, corriendo por delante de ellas á caballo, como un león delante de los cercados que no puede salvar, parecia el vencedor en aquella jornada. Al caer la tarde del 7, oyéronse los cien cañonazos que atestiguaban la transmisión de la orden enviada á Almeida. De los tres mensajeros, Andrés Tillet, el solo que habia partido sin distrax alguno, con su uniforme y su sable, fué quien llegó cerca del general Brenier y pudo desempeñar su encargo.

Para dar tiempo al general Brenier de consumar la destruccion de Almeida, fingió Massena el dia 8 estrechar mas de cerca las líneas inglesas, y

trasladó la division de Solignac detrás del cuerpo de Drouet, como si fuera á ejecutar un ataque sobre el centro del enemigo. Aun se mantuvo en posición el dia 9, simulando siempre un movimiento ofensivo, y manteniéndose cuidadosamente los ingleses dentro de sus líneas, acumulando allí los medios de defensa y no dando con el cálculo del general francés de ningun modo.

Por último, comenzando el dia 10 á murmurar las tropas, á imitación de algunos de sus gefes, de resultas de detenerlas infructuosamente delante del enemigo, como que ignoraban la intención de Massena, y anunciando todo además que el general Brenier habia tenido tiempo de tomar sus disposiciones, consintió al fin el caudillo en la retirada sobre el Agueda. Volviendo el ejército caras, dirigióse Drouet por la derecha á Espeja, por el centro marcharon los cuerpos sexto y octavo á Ciudad-Rodrigo en derechura, Reynier aproximóse por la izquierda al puente de Barba del Puerco, donde debia recoger á la guarnicion de Almeida, si conseguia abrirse paso, y finalmente, Montbrun cubrió la retirada con su caballeria. No nos siguieron los ingleses sino con circunspeccion suma, fijándose en el grueso del ejército su atención toda, y de ninguna manera en Almeida por considerarla abandonada á sus fuerzas propias y condenada de consiguiente á una rendicion inmediata. Solo el general Campbell, encargado de observar á Reynier, le siguió á distancia y sin vigilar el puente de Barba del Puerco.

A media noche oyó el ejército durante su marcha una explosion sorda, y supo de este modo que la plaza de Almeida habia sido destruida. Con el

fin de que recogiera á la guarnicion, dejó Reynier al general Hendelet delante del puente de Barba del Puerco. Se la aguardó con viva ansiedad el dia siguiente, porque para presentarse junto al Agueda tenia que andar ocho ó nueve leguas, y no podía llegar hasta el dia 11. Conocida merece ser su historia, pues ofrece una de las aventuras mas extraordinarias de nuestras largas guerras.

De muy atrás habia minado el general Brenier las principales obras de la plaza, y no aguardaba mas que una orden para prenderlas fuego. Habiéndole llegado el 7 por la noche, hizo tirar todos sus cartuchos á los fosos, serrar las cureñas, disparar á bala sobre las bocas de los cañones para inutilizarlos, y por último, cargar los hornillos de mina. Ya la noche del 10 estaban acabados todos sus preparativos, por lo que reunió su escasa guarnicion que ascendia como á mil quinientos hombres, le anunció que iban á abandonar la plaza y á salvarse por entre las masas enemigas. Esta nueva agrado mucho á la temeridad de nuestros soldados, que se cansaban de estar de guarnicion en un pais lejano y hostil, bajo la continua amenaza de morir de hambre ó de ser prisioneros de guerra, y todos se aprestaron á operar prodigios. A las diez de la noche empuñaron las armas. Detrás dejó el general Brenier á Morlet, gefe del batallon de ingenieros, con doscientos zapadores para prender fuego á las minas é incorporarse de seguida por una senda extraviada. De la plaza salieron por la parte menos observada, la que llevaba á orillas del Agueda. Mas de dos leguas anduvieron sin descubrir al enemigo: al cabo de ellas encontraron las avanzadas de la division de Campbell y de la bri-

gada portuguesa de Pack, que fueron arrolladas. Brenier tuvo la ingeniosa idea de hacer que le siguiera un convoy, en cuyo saqueo se cebaron los portugueses, dejándonos asi libre el paso. Con todo, el general Pack nos siguió al frente de la caballeria del general Cotton. Al amanecer llegó Brenier á Villa de Cuervos, no lejos de Barba del Puerco y recogió al bravo Morlet y á sus zapadores, quienes, despues de poner fuego á las minas, lograron forzar tambien la línea de los puestos contrarios. Al acercarse á Barba del Puerco, Pack por un lado se puso á disparar contra nuestra bizarra guarnicion fugitiva, y Cotton por otra á cargarla á sablazos. A todos estos ataques hizo cara, y ganó, en fin, la entrada de un desfiladero practicada entre las profundas excavaciones de una cantera. Allí logró salvarse, echándose en brazos de las tropas de Hendelet que corrieron á su encuentro. Por desgracia, para cruzar el desfiladero, tuvo que alargarse la columna, y su cola quedó á alcance de los ginetes ingleses. Doscientos ó trescientos hombres fueron cortados, pero se desparramaron á una y otra parte con el fin de ganar las orillas del Agueda por otros caminos. Algunos cayeron en un precipicio y allí arrastraron á los portugueses encarnizados en perseguirles; algunos otros se quedaron atrás y fueron cogidos por los ingleses. Así, excepto doscientos hombres á lo sumo, esta heroica guarnicion se salvó burlando los cálculos de los contrarios y entregándoles una plaza destruida. Cuéntase que, al saber lord Wellington este hecho tan extraordinario, dijo que la proeza del general Brenier valia una victoria. Se concibe esta exageracion inspirada por el despecho, pues era desagra-

dabilísimo y hasta humillante dejar destruir ante sus ojos y ya casi en sus manos una plaza que estaba en visperas de recuperar y cuya posesion hubiera anulado el valor de Ciudad-Rodrigo. Lord Wellington, con una injusticia poco digna de él, achacó el contratiempo al general Campbell, no mas culpable á la verdad que el resto del ejército y que el mismo general en jefe, pues nadie en el campo británico habia previsto que tal fuese el desenlace de esta corta campaña, y sea dicho que era muy difícil de prever para excusa de todos.

Continuando Massena su retirada, dejó en Ciudad-Rodrigo el resto del convoy destinado á Almeida y algunos granos mas recogidos durante el movimiento de las tropas, con lo que aseguró á la plaza viveres para cuatro meses, renovó y reforzó su guarnicion, y finalmente volvió á Salamanca para dar allí descanso al ejército y reorganizarlo. Con su teson característico y en conformidad de sus instrucciones queria no perder de vista á los ingleses y bajar con ellos al Tajo si hacian ademán de marchar contra Badajoz. Por de pronto, aunque muy mal apoyado por sus lugartenientes, habia conseguido su objeto, que era salvar las plazas de la frontera española, avituallándolas ó destruyéndolas; contener y retener á los ingleses; impedirles enviar la mayor parte de sus fuerzas á Extremadura, y, siempre atrayéndoles á la alta Beira, quitarles el deseo de penetrar en España. Efectivamente, este plan tan complicado se hallaba cumplido por Massena, pues Ciudad-Rodrigo, que nos era bastante, estaba abastecida por cuatro meses; Almeida, que nos era inútil, no caia en manos del enemigo sino desmantelada; y tal impresion ha-

bian causado á los ingleses las dos jornadas de Fuentes de Oñoro que no pensaban ya en meterse en Castilla la Vieja, al menos mientras el defensor de Génova y de Essling se hallara presente. Sobre la misma batalla de Fuentes de Oñoro, principal acto de este último periodo, cabe decir que, si Massena descubrió tarde el lado flaco de la posicion del enemigo, si perdió la jornada del 3 de mayo en ataques inútiles contra Fuentes de Oñoro y la del 4 en reconocimientos tardios, al cabo divisó el verdadero punto de ataque, cosa que tantos generales no distinguen al principio ni al fin de las batallas, y el 5 obró con una firmeza de miras y un vigor de carácter admirables; y que, si en este dia Reynier se hubiera mostrado mas emprendedor delante de Alameda, si Drouet hubiera querido tomar á Fuentes de Oñoro, empleando todo su cuerpo de tropas, si Loisson hubiera caminado mas de prisa y mas en derechura al verdadero objeto de sus movimientos, si las miserias de la etiqueta no hubieran retenido á la guardia imperial, sin duda experimentarían los ingleses un revés sangriento. Justo es añadir que, á pesar de todas estas debilidades y malquerencias, si el mariscal Bessieres no hubiera opuesto á última hora nuevos obstáculos al triunfo, si Massena hubiera obtenido para el amanecer del dia 6 las municiones de que necesitaba, acaso todavía, superando con su constancia la constancia inglesa, estuviera en proporcion de destruir la fortuna de lord Wellington, ante la cual debia sucumbir la fortuna de Napoleón mas tarde.

Á Salamanca volvió, pues, Massena, esperando allí el fallo que se pronunciara en París sobre sus

operaciones. Tras de todas las bajezas de que habia sido testigo, no le faltaba mas que incurrir en la desgracia de su soberano, sobre lo cual nada sabia, aun cuando no distaba de suponerlo, no predisponiéndole á esperar mucha justicia la amargura de su corazon y el conocimiento de los hombres.

A la sazón, el compañero de armas á quien acababa de prestar un gran servicio, sin que de él hubiera recibido ninguno, librándole de la presencia de lord Wellington y de la de una ó dos divisiones inglesas, el mariscal Soult era menos feliz aun y recogia el fruto de las faltas cometidas por todos durante las funestas campañas de 1810 y de 1811. Apenas se pronunció el mariscal Massena en retirada, lord Wellington envió el cuerpo del general Hill hácia Extremadura, al cual agregó despues otros destacamentos con el designio de socorrer la plaza de Badajoz ó de recuperarla, si la habian tomado ya los franceses. Por aquella parte el total de fuerzas ya juntas constaba de dos divisiones inglesas de infantería, de muchos regimientos de caballería igualmente ingleses, de muchas brigadas portuguesas, y en fin de tropas españolas, unas escapadas de la accion del Gévora y otras destacadas de Cádiz. Se podia calcular este ejército en unos treinta y seis mil hombres, de los cuales de doce á trece mil eran ingleses, seis mil portugueses de línea y de once á doce mil españoles. Pasado habia el Guadiana por Jurumenha y arrancado la plaza de Olivenza á los franceses que acababan de conquistarla y que, sin tiempo de ponerla en estado de defensa, se hubieron de retirar sosteniendo combates desesperados de retaguardia para me-

terse dentro de Badajoz. Una division inglesa habia acometido esta plaza, donde se hallaba encerrado el general Philippons con víveres, con municiones, con una guarnicion muy decidida de tres mil hombres, y determinado á no rendirla hasta que el enemigo la entrara á viva fuerza. Despues de batir el muro á fin de expulsar de allí á los franceses, el resto del ejército anglo-portugués y español tomó posicion en la Albuera para cubrir el sitio. Algo mas á la espalda se habia apostado el quinto cuerpo, mandado por el general Latour-Maubourg de resultas de haber sido el mariscal Mortier llamado á Francia, aguardando impacientemente un socorro de Sevilla, porque, mermado hasta no contar mas que ocho ó nueve mil hombres despues que el mariscal Soult habia partido, desde que hubo de suministrar una guarnicion á Badajoz se reducía casi á la nada.

Tales eran los sucesos sobrevenidos en Andalucía mientras el mariscal Massena daba la batalla de Fuentes de Oñoro y hacia saltar las fortificaciones de Almeida. Hallando el mariscal Soult restablecida la seguridad delante de Cádiz por el vigor con que el mariscal Victor habia rechazado á los ingleses, y por el retorno de parte del cuarto cuerpo á la provincia de Sevilla, prestó oídos á los gritos de angustia de la guarnicion de Badajoz, que se defendía con raro denuedo, y determinó correr en su ayuda. Despues de dedicar algunos cuidados á los asuntos de su ejército, de atraer á sí parte del cuarto cuerpo, de poner al mariscal Victor, no en estado de tomar á Cádiz, mas sí de defender sus líneas en el caso de ser atacadas, y de comunicar de nuevo, tanto á Madrid como á París, la urgen-

cia de prontos auxilios, partió el 10 de mayo con once ó doce mil hombres para unirse en el camino de Sevilla á Badajoz á las reliquias del quinto cuerpo. De consiguiente se puso en marcha, como acaba de verse, al tiempo en que Massena volvía á Salamanca.

Ya con el quinto cuerpo, que le aguardaba á las órdenes del general Latour-Maubourg, se hallaba Soult al frente de unos diez y siete mil hombres de excelentes tropas, muy bien dispuestas y entre las cuales se contaban dos mil quinientos ginetes de la mejor caballería. Llegó el 15 de mayo á Santa Marta y á vista del ejército inglés, que se había situado algunas leguas delante de Badajoz sobre las colinas que hay en torno de la Albuera. Aun cuando los anglo-españoles tuvieran mas de treinta mil hombres y Soult no llevara mas de diez y siete mil, no vaciló en acometerles, por ser este el único medio de salvar á Badajoz y de ahorrarse la humillacion de que ante sus ojos cayera esta plaza que era su única conquista.

A las órdenes del general Peresford estaba el ejército combinado compuesto de la division inglesa de Stuart, las tres brigadas portuguesas del general Hamilton y las tropas segregadas del sitio de Badajoz. Estas constaban de la division inglesa de Cole y de las tropas españolas procedentes de Cádiz á las órdenes de los generales Blake y Castaños. Diez y siete mil franceses escogidos bien podian hacer cara á treinta mil enemigos, entre los cuales no habia mas que doce ó trece mil ingleses.

El ejército anglo-español se hallaba situado detrás del riachuelo Albuera muy fácil de cruzar. Su izquierda se apoyaba en la aldea del mismo nom-

bre, su centro, formado con especialidad de ingleses y de portugueses, sobre colinas de poca altura, y su derecha, compuesta de todos los españoles, sobre la prolongacion de las mismas colinas, bien que algo á su respaldo, de modo que apenas se les divisaba. Pasando actualmente las tropas traídas del sitio de Badajoz detrás de la línea inglesa, la servian de prolongacion y de apoyo.

A la vista de todo el mariscal Soult adoptó el partido de atacar á los ingleses el dia siguiente 16 de mañana. Delante de la aldea de la Albuera, que formaba su derecha y la izquierda del enemigo, colocó al 16.º de ligeros con una batería de grueso calibre para cañonearla y simular hácia allí un formal ataque, aun cuando sobre su izquierda y contra la derecha del enemigo estaba decidido á tentar su principal esfuerzo. Determinó llevar dos divisiones, las de Girard y de Gazan mas allá del riachuelo Albuera, y confiarlas el encargo de apoderarse rápidamente de las colinas, sobre cuyo respaldo empezábase á divisar la derecha de los ingleses, y hacer que seguidamente las salvara la caballería apostada á su extrema izquierda á las órdenes del general Latour-Maubourg, y sostener este movimiento con una reserva de infantería mandada por el general Werlé, y cuando se hubiera arrollado de este modo la derecha de los ingleses, tomar por asalto la aldea de la Albuera, que era el apoyo de su izquierda y que nuestra artillería habria arruinado ya de antemano y hecho de casi imposible defensa.

Esperaba el mariscal Soult que atacados los ingleses, con especialidad por su derecha, que abría sus comunicaciones con Badajoz, ofrecería mas fa-

cilidad el alarmarlos y batirlos, y que, batidos en esta direccion, su descalabro podria tener las mayores resultas.

A la madrugada del 16 puso el mariscal en accion sus tropas. Desgraciadamente no fué en persona á hacer que se ejecutaran sus disposiciones sobre el terreno y retuvo muy sobrado tiempo al general Gazan á su lado, pues, aun cuando tenia una division bajo su mando, desempeñaba las funciones de gefe de estado mayor, siendo uno de los oficiales de infanteria mas enérgicos y mas experimentados del ejército. Hubo, pues, escaso conjunto y poca firmeza en los movimientos. Desde muy temprano se colocó en posicion á lo largo del riachuelo el destacamento, que por nuestra derecha debia atacar la aldea de la Albuera, y rompió un fuego destructor para la poblacion y aun para los ingleses. Formando las divisiones de Girard y de Gazan una masa de ocho mil hombres de infanteria, entraron tambien en accion muy temprano, adelantándose en columna cerrada y pasando el riachuelo, que no era un obstáculo para ellas, mientras operando la caballeria del general Latour Maubourg un movimiento prolongado sobre su izquierda, atacaba la derecha del enemigo. Por desgracia, ausentes los gefes, cierta falta de aplomo en los movimientos produjo una hora de inmovilidad mas allá del riachuelo, y permitió á los ingleses tiempo de conducir el grueso de sus fuerzas al lugar del peligro. Por fin, dada la señal del ataque, la division de Girard trepó velozmente por las colinas, seguida de la division de Gazan, que en vez de ir dispuesta algo detrás de manera de poder desplegarse, iba demasiado cerca de la que le pre-

cedia. Al propio tiempo que la division de Girard tocaba en la cumbre halló que tambien llegaba allí el enemigo, y sufrió de los ingleses y los españoles tan mortífero fuego que del 40.º de linea, que formaba su extrema izquierda, cayeron trescientos hombres con los tres gefes de batallon, de los cuales uno fué el general Voiron mas tarde. A pesar de todo, esta bizarra division continuó marchando vigorosamente adelante y rompió la primera linea compuesta de españoles é ingleses, y acabó de arrollarla una impetuosa carga de nuestra caballeria desplegada á la izquierda de nuestra infanteria. Se cogieron alrededor de mil prisioneros y muchas banderas; pero en el mismo instante el mariscal Beresford habia llevado hácia su derecha todo el resto de la division de Stuart y ademas la division de Cole. Estas tropas se adelantaban unas desplegadas en linea, otras formando horca para coger á nuestras tropas de flanco. Asi la division de Girard se halló cogida de frente y de costado por los fuegos certeros y bien nutridos de los ingleses, de modo que todos los oficiales fueron muertos ó heridos al cabo de pocos minutos. Hubiera sido menester desplegarse para responder á fuegos con fuegos, pero muy cerca una de otra se hallaban en la imposibilidad de maniobrar las dos divisiones francesas, y viéronse obligadas á replegarse por no sufrir un fuego de fusileria tan destructivo como infructuoso. En esto se presentó el general Gazan y el mariscal Soult igualmente, y ambos procuraron rehacer las tropas, mas era ya tarde y hubo que retrogradar mas acá del riachuelo. Afortunadamente la caballeria de Latour Maubourg, corriendo á una y desplegándose de una manera amenazado-

ra ante el flanco derecho de los ingleses, atajóles el paso. Por su parte el general Ruty había colocado la artillería sobre las colinas que daban frente á las ocupadas por el enemigo, y desde ellas cubrióle de proyectiles, que aguantó friamente y sin atreverse á perseguirnos.

Con las balas de nuestra artillería perdieron los aliados casi tanta gente como perdimos nosotros con el fuego de su fusilería y vieron el campo casi tan cubierto por sus muertos como por los nuestros. Separáronse, pues, tras un solo choque pero de los mas sangrientos, habiendo tenido los anglo-españoles cerca de tres mil hombres fuera de combate y cerca de cuatro mil nosotros. Así después de la batalla de Vimeiro una especie de fatalidad hacia que la bravura heroica y la destreza de maniohrar de nuestras tropas fueran impotentes contra el frio valor de los ingleses. Estos tomaban posicion sobre un terreno bien escogido, se limitaban á mantenerse allí con firmeza, sin ejecutar otro movimiento que el de trasladar al punto amenazado las fuerzas que nuestros ataques desparados dejaban disponibles, y acometiéndoles nosotros con un ímpetu incomparable, aunque sin conjunto y sobre todo sin perseverancia, nos retirábamos sin que perdiéramos la batalla realmente, pero tambien sin otro fruto que grandes pérdidas de hombres y una especie de despecho en nuestros soldados que podia muy bien degenerar en desaliento. No habian presentado otras vicisitudes las batallas de Vimeiro, de Talavera, de Fuentes de Oñoro, de la Albuera. Sin embargo, en Fuentes de Oñoro habian sido bien atacados los ingleses, aunque tarde, mas, no faltando el genio del caudillo,

faltó la buena voluntad de sus lugartenientes. Solo hubo dos combates, el de Rólica dado por el general Delaborde, y el de Redinha dado por el mariscal Ney, en que, sabiendo dejar á los ingleses la desventaja de la ofensiva, tratóseles muy rudamente. En todas las demas ocasiones por falta de cálculo y de firmeza se esterilizaron el valor, la inteligencia y la pericia de nuestras tropas. ¿No nos depararia la fortuna un dia en que, ayudado el mérito de nuestros soldados por los hábiles cálculos del general en jefe, alcanzáramos al fin la victoria tan impacientemente esperada y comprada á tan caro precio? Esto hacia ansiar tanto que Napoleón fuera en persona á mandar el ejército francés contra los ingleses. ¿Quién podia prever entonces la coyuntura en que los encontraria á la postre? ¿Ni los espíritus mas perspicaces, aun empezando á concebir tristes presentimientos, vislumbraban que habia de ser un dia funesto, en que todo su genio no pudiera suplir nuestros recursos enteramente destruidos!

Tal era la situacion de las cosas de España en el mes de mayo de 1811, tras los grandes esfuerzos tentados por Napoleón inmediatamente después de la paz de Viena. En Portugal, después de la toma de las plazas fronterizas, después de hacer punta hácia Lisboa, después de pasar medio año delante de las líneas de Torres-Vedras, se habia visto obligado Massena á emprender la retirada, y para no consentir que á su vista se reconquistaran las dos plazas, que eran el único trofeo de esta campaña, acababa de dar en Fuentes de Oñoro una batalla sangrienta é indecisa, bastante no mas que á contener á los ingleses, habiéndose lisonjeado

de expulsarlos de Portugal en el principio. De setenta mil hombres, que debió tener y no tuvo, de cincuenta mil que poseyó verdaderamente, se veía reducido á treinta mil soldados, agotados de fatiga, cansados, necesitados de una organizacion nueva del todo.

Hacia el Mediodía de España, después de haber invadido el mariscal Sault la Andalucía, ocupado á Córdoba, Sevilla, Granada, casi sin disparar un fusilazo, estaba delante de Cadiz ya hacia quince meses, sin hacer otra cosa que tomar algunas baterías alrededor de la rada, y si bien habia tomado á Badajoz en Extremadura, veíase obligado, á semejanza de Massena, á dar una grande batalla para salvar esta conquista, pues corria el riesgo de que se la arrebataran ante sus ojos. De ochenta mil hombres estaba reducido, por efecto de los calores y de las marchas continuas á treinta y seis mil á lo sumo, tan cansados como los del ejército de Portugal, bien que menos en desorden porque hacian la guerra en un pais rico, donde sufrieron menos privaciones y tambien porque habian recibido menos malos ejemplos de parte de sus gefes inmediatos.

Muy poco numeroso el ejército del centro á las órdenes de José, nada habia ejecutado de nota, atendiendo solo á mantener las comunicaciones con Andalucía, á dispersar hácia Guadalupe las bandadas del Empecinado y á sustentar tranquila toda la provincia de Toledo. Sin interrupcion habia sido atormentado el ejército del Norte por los guerrilleros de las dos Castillas. Con infatigable actividad y rara energia habia combatido el general Bonnet á los montañeses de Asturias, viendo sin embargo

interrumpidas á menudo sus comunicaciones con las Castillas y con Vizcaya. Tiempo y fuerzas perdía el general Reille en correr detras de Mina por Navarra, sin lograr nunca proteger los convoyes. Solo una provincia presentaba apariencias de sumision, de orden, de reposo, y era la de Aragon, como si la larga resistencia de Zaragoza hubiera agotado el odio de los habitantes, y donde la curadura del general Suchet se habia atraído los corazones fatigados por tamaño desastre. Soberano este general, por decirlo asi, en una provincia por donde no pasaban los ejércitos que iban á España, pudo regularizar la administracion, tratar al pais con miramiento y satisfacer las necesidades de los soldados. Teniendo que vencer no á ingleses, sino á españoles, bien que en la guerra de sitios que era la que mejor sabian hacer, habia llevado su conquista paso á paso, y después de apoderarse de Mequinenza, de Lérida, de Tortosa, disponíase á acometer á Tarragona, la mas difícil de sojuzgar de todas las plazas de España; pero tan perfectamente habia tomado sus disposiciones que habia motivo para esperar el buen suceso. Con todo, hasta en esta comarca, habia acibarado un incidente infausto la satisfaccion que se experimentaba, á saber, la sorpresa de Figueras, entregada al enemigo por un empleado de provisiones, español de cuna. Acto continuo fue enviada la reserva destinada al principado de Cataluña á fin de que viera de recuperar este castillo.

Al triste cuadro que presentaban los sucesos militares hay que añadir el que ofrecía la corte de Madrid y que era no menos aflitivo. Encerrado José en su capital; no teniendo autoridad mas que

sobre el ejército del centro compuesto solo de unos diez mil hombres útiles; tratado mas que ligeramente por los gefes de los ejércitos y con especialidad por el mariscal Soult, á quien, con razon ó sin ella, acusaba de la mas negra ingratitud; reducido á una especie de indigencia por falta de tesoro; careciendo hasta del consuelo de poder hacer dichosos á sus favoritos, pues ya no tenia que darles; desconsolado por las noticias que de sus dos ministros enviados á París recibia; llegando hasta Madrid el eco de las burlas de su hermano, que harto severo con sus debilidades, no tomaba en cuenta sus verdaderas dotes; entregado á una desesperacion sombría, pensaba á veces en abdicar á imitación de su hermano Luis, y flutuando alternativamente entre el disgusto de reinar de aquel modo y el temor de dejar de reinar por completo, habia pedido licencia para ir á la capital de Francia, bajo pretexto del parto de la emperatriz. Despotista inflexible Napoleon, al par que hermano afectuoso, accedió á su ruego, destinándole un papel muy honorífico durante su estada en aquel punto, el de padrino del heredero del imperio, esperado á la sazón con entera confianza en la fortuna. Por abril partió José casi tan apesadumbrado como si el enemigo le hubiera expulsado de su capital para siempre. A este punto llegaba por el mes de mayo de 1811 la obra de Napoleon en España, como si valiera la pena de trastornar á Europa el extender á ella su autoridad por la mano esclava y atormentada de sus hermanos!

¿Por qué las campañas de 1810 y de 1811, de las cuales se habia prometido tanto, correspondieron tan poco á las esperanzas concebidas? Casi es

inútil decirlo despues de la sincera exposicion de los hechos que hemos presentado, y todo el mundo comprende sin que nada tengamos que añadir á nuestro relato: sin embargo, resumiremos aqui lo que inspire, con el fin de que reconcentrada la luz, aparezca mas esplendente.

Una vez cometido el yerro de querer dominar, avasallar, transformar el mundo en algunos años, añadió Napoleon todos los errores que se derivaban del primero; añadió el prurito de quererlo hacer todo á la vez en España, como lo queria hacer todo á la vez en Europa; luego, lo que sigue comunmente á las empresas descabelladas, la necesidad de forjarse ilusiones, de engañarse para excusarse ó desvanecerse; tras de las ilusiones las órdenes vagas, en disonancia con los hechos; despues, en fin, desuoidos, casi distracciones, haciendo traicion al genio, que sucumbe debajo del peso de una ambicion desenfrenada. Asi, consumado el yerro de querer avasallar á una nacion como la nacion española, á la cual se hubiera podido domar á pesar de todo, gastando el tiempo y las fuerzas necesarias, fuera menester á lo menos que la ejecucion no se asemejara á la concepcion de tal designio, y que no se pretendiera sojuzgar á un mismo tiempo el Norte y el Mediodía, Valencia, Andalucía y Portugal. En 1810, con las fuerzas que dejaba disponibles la paz de Viena, hubiera convenido correr hácia los ingleses, revolver contra ellos todos los ejércitos de la Peninsula y perseguirlos en Portugal hasta precipitarlos al Océano. Pero la esperanza de señorear la Andalucía, mientras Portugal era invadido, y de conquistar así el Mediodía de un solo golpe, fué causa de que se diseminaran desde Gra-

nada á Badajoz no menos de ochenta mil soldados, los mejores que poseía Francia, y de que privado el ejército de Portugal de los socorros con que había contado, no pudiera llevar á remate su empresa. Muy pronto, á este desparrame de recursos, se juntaron las ilusiones, porque la primera necesidad que se experimenta, despues de cometidos los yerros, es la de no confesarlos; y despues de las ilusiones vino inevitablemente la falta de oportunidad de las órdenes dadas desde tan lejos y fuera de la realidad de las cosas. Sin duda, con su grande experiencia, con su genio penetrante, sabia Napoleon muy bien las mermas espantosas de sus ejércitos por consecuencia de las marchas, de las fatigas, de los combates, de los calores del verano, de los frios del invierno; sabia lo por haber sido testigo de ello bajo climas no tan devorantes á la verdad como el de España, y sin embargo, no queria admitir que los ochenta mil hombres del mariscal Soult estuvieran ya reducidos á treinta y seis mil tan solo, ni que Massena contara en vez de setenta mil soldados, con cincuenta mil al principio, con cuarenta y cinco mil de allí á poco y con treinta mil á la postre. Lo creia á veces, despues dejaba de creerlo, y bien por necesidad de engañarse, bien por autorizarse á exigir mas de sus lugartenientes, tomaba por base de sus planes guarismos que sabia ó sospechaba ser falsos en una tercera ó cuarta parte, y seguía mandando qual si los recursos que daba por supuestos fueran efectivos. Y al cabo, si hubiera mandado con su habitual energia, quizá, aun siendo la exigencia de sus órdenes injusta, removiera ciertas dificultades; por ejemplo las procedentes de la mala voluntad, de la debilidad ó de la prudencia extre-

mada. Asi, habiendo prescripto expresamente al general Drouet que marchara al socorro del ejército de Portugal con sus dos divisiones, y al mariscal Soult que lo sacrificara todo, hasta la Andalucía, por auxiliar al mismo ejército en quien estaba vinculado el destino de España y de Europa, quizá se hubiera dado cima al grande objeto de la guerra, expulsando de la Peninsula á los ingleses. Pero con las dudas que habia conservado sobre la realidad de las fuerzas que atribuia á sus generales hallándose á tan larga distancia de ellos, no se atrevia Napoleon á dar órdenes absolutas, por saber que tal vez ordenara desastres prescribiendo cosas que se concibieran imposibles sobre el terreno. Por tanto, mandaba á Drouet socorrer á Massena, bien que sin perder sus comunicaciones; recomendaba al mariscal Soult socorrer también á Massena, bien que sin imponerle bajo pena de desobediencia, sobre todo sin autorizarle para los sacrificios que hicieran posible este socorro; y de esta suerte dejaba á la mala voluntad ó á la timidez el medio de eludir órdenes harto poco formales, dadas por entre la vaguedad de las distancias y del tiempo ya transcurrido, pues cuando llegaban á distancia de quinientas leguas y con la fecha de dos meses, llevaban á menudo en si mismas la dispensa de ser ejecutadas. Asi este genio tan claro, tan exacto, tan vasto, se complacia en tales incertidumbres, siéndole antipáticas y todo, dando al traste con sus empresas, y de las cuales salia con arrebatos de ira contra sus generales, á quienes muchas veces en lo intimo de su alma tenia por inocentes de aquello mismo de que les echaba la culpa.

Ahora que á los yerros del soberano se junta-

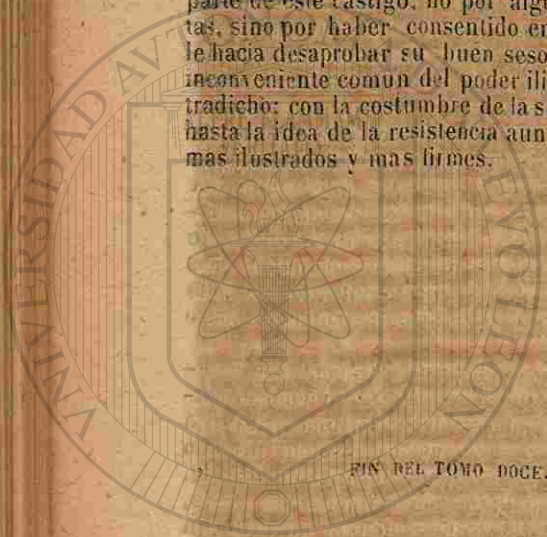
han con frecuencia los de sus lugartenientes, ¿cómo extrañar que tuviera derecho para quejarse? Así Massena careció de firmeza y de asiento en el mando, cometió una falta en Busaco, pudiendo salvar la posición en vez de atacarla; otra falta en el Tajo, siendo hacedero que se trasladara á la otra orilla: no descubrió bastante pronto en Fuentes de Oñoro el verdadero punto de ataque: así el mariscal Ney imposibilitó el tomar posición junto al Mondego, después de contribuir á que la de Santarem fuera abandonada; así Dronet fué meticuloso y de más daño que provecho; así el mariscal Soult no supo desguarrecer á Granada en ventaja de Extremadura, y mostrósese compañero de armas poco resuelto, no queriendo arrostrar un peligro por ir en ayuda de Massena. ¿Mas qué milagro que varones insignes, buenos ciudadanos y animosos aparecieran á veces apáticos, ó descuidados, ó desunidos, ó celosos! Con su alma tan grande ¿no había visto Napoleón generarse todas estas cosas, los celos, el encono, la ira, la alteración del espíritu, el error? ¿Cómo había de sorprenderle que aquejaran á los demás estas miserias de corazón y entendimiento? Bien ciego, bien imprevisor, bien severo, es quien no sabe adivinar estas debilidades y aun basamentar su conducta en la certidumbre de su existencia. Cuando una política no puede soportar las faltas de sus agentes sin venir por tierra, está completamente juzgada.

Si la gran cuestión europea, que era imprudente hasta lo sumo trasladar á España, bien que aun allí cupiera en lo posible zanjarla, no quedó resuelta en 1810 y 1811, á pesar de inmensos recursos, hay que achacar la culpa, no al genio, sino á

la política de Napoleón, que engendró sus yerros militares y los de sus agentes. Después de haber fracasado esta solución en España, pretendió buscarla en el Norte (lo cual dará asunto á los siguientes tomos), y se verá que solución encontró allí. Pero como á todas sus faltas añade el genio la de no quererlas reconocer de ninguna manera y achacárselas á otro, Napoleón atribuyóselas á Massena, y le quitó el mando, hiriendo con una especie de desgracia á este antiguo compañero de armas, que le había prestado tantos servicios, que algun día le debía hacer falta, y que en esta campaña, aunque sin ventura, había acreditado raras dotes de carácter y de talento, y no había sucumbido mas que ante la fuerza de las cosas, contraria del todo á la empresa de que se le hizo instrumento harto pasivo.

Con el alma lacerada tornó á Francia este veterano, sintiendo eclipsada su gloria y viendo alejarse los viles aduladores de su fortuna, para ir á repetir donde quiera que estaba gastado, privado de energía y de consiguiente incapaz de mando. Napoleón, juez infalible cuando quería ser justo, en vez de ofenderle, hubiera debido mirarle con ternura, y en el destino de Massena leer el suyo, pues este era la primera víctima de la fortuna y él debía ser la segunda, con la diferencia de que Massena no había merecido su suerte y Napoleón iba á merecer muy pronto la suya. Con efecto, Massena no era mas que instrumento. é instrumento desaprobador de aquellos gigantesco designios que habían de atraer sobre él que los concebía tan terrible castigo de la fortuna, y Napoleón era verdadero autor de ellos, que, sin aprobarlos del todo,

se dejaba arrastrar á impulsos de una complacencia fatal en sus propias pasiones. Añadamos, no obstante, que también Massena había merecido parte de este castigo, no por algunas ligeras faltas, sino por haber consentido en ejecutar lo que le hacía desaprobado su buen seso. Pero tal es el inconveniente común del poder ilimitado y no contrario con la costumbre de la sumisión suprime hasta la idea de la resistencia aun en los espíritus más ilustrados y más firmes.



FIN DEL TOMO DOCE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE.

PAGS.

ADVERTENCIA DEL AUTOR. V

LIBRO TRINTA Y OCHO.

BLOQUEO CONTINENTAL.

Situación del imperio después del matrimonio que une las cortes de Francia y Austria.—Napoleón quiere sacar provecho de la paz calmando los espíritus en Europa y concluyendo al par las hostilidades con España y con Inglaterra.—Se apresura á repartir entre sus aliados los territorios que le quedan desde el Rhin al Vistula para evacuar pronto la Alemania.—Distribución de los ejércitos franceses en Italia, Westfalia, Holanda, Normandía, Bretaña, con el triple interés del bloqueo continental, la guerra de España y la economía.—Apuros rentísticos.—Napoleón se propone que pese sobre España parte de los gastos que ocasiona.—Consiste el pro-



yecto de Napoleon en obligar á los ingleses á la paz tras de un gran descalabro en la Península y por efecto del bloqueo continental.—Estado de la cuestion de América y situacion embarazosa de los americanos entre la Inglaterra y la Francia.—Ley americana de *embargo*, y arresto de todos los navegantes de la Union en los puertos del Imperio.—Providencias de Napoleon para cerrar á Inglaterra todas las playas del continente.—Sus exigencias respecto de Holanda, las ciudades anseaticas, Dinamarca, Suecia, Rusia.—Resistencia de Holanda.—A la par que se dedica á estos trabajos, ocupase Napoleon en poner término á las disputas religiosas.—Falta de algunos cardenales con motivo de su matrimonio, y rigores á causa de ella.—Situacion del clero y del papa.—Esfuerzos para crear una administracion provisional de las iglesias y resistencia que el clero opone.—Carácter y conducta del cardenal Fesch, del cardenal Maury, y de Mrs. Duvoisin y Emery.—Establecimiento que Napoleon destina al papado en el seno del nuevo imperio de Occidente.—Envio de dos cardenales á Savona para negociar con Pio VII, y proyecto de un concilio en caso de que se atravesaran grandes dificultades.—Continuacion de los asuntos con Holanda.—Napoleon quiere que Holanda cierre al comercio británico todo acceso, y le socorra mas eficazmente con sus fuerzas navales.—Niégase el rey Luis á todos

los arbitrios capaces de producir este doble efecto.—Este principe se halla á punto de rebelarse contra su hermano y de echarse en brazos de los ingleses.—Mejor aconsejado, renuncia á este designio y marcha á Paris con el fin de entablar negociaciones.—Varias tentativas de acomodo.—No esperando Napoleon cosa alguna de Holanda, ni de su hermano, trata de reunir la al Imperio y lo explica así francamente.—Contiènele el pesar de su hermano, é imagina un plan de negociacion secreta con el gabinete británico, enderezado á proponerle que consintiera en tratar de paz y se respetaria la independenciam de la Holanda.—Mr. Fouché interviene en estos diversos negocios y designa á Mr. de Labouchere como el mediador mas idóneo para desempeñar una mision en Londres.—Viage de Mr. de Labouchere á Inglaterra.—Rehusa el gabinete británico agitar la opinion pública de resultas de la abertura de una negociacion insegura y despide á Mr. de Labouchere con la declaracion formal de que toda proposicion equivoca ha de quedar irremisiblemente sin respuesta.—Ignorándolo Napoleon, afanase Mr. Fouché en anudar esta negociacion medio abandonada.—Se somete el rey Luis á la voluntad de su hermano, y firma un tratado por cuya virtud cede Holanda á Francia el Brabante Septentrional hasta el Wahal, consiente en que ocupen sus costas nuestras tropas, abandona los asuntos

de presas á los tribunales franceses, y se obliga á reunir una escuadra en el Texel para el día 1.º de julio.—Regreso del rey Luis á Holanda.—Viage de Napoleon con la emperatriz á Flandes, Picardía y Normandía.—Grandes obras de Amberes.—Napoleon descubre en el camino que Mr. Fouché ha anudado secretamente y sin conocimiento suyo la negociacion con Inglaterra.—Desgracia y destitucion de este ministro.—Conducta del rey Luis despues de su regreso á Holanda.—Lejos de que procure tranquilizar á los holandeses, los irrita con la expresion de exageradissimos sentimientos.—Su oposicion manifiesta á la entrega de los cargamentos americanos, al establecimiento de las aduanas francesas, á la ocupacion del Norte de Holanda, y á la formacion de una escuadra en el Texel.—Funesto incidente de un insulto del pueblo de Amsterdam á la embajada francesa.—Irritado Napoleon manda al general Oudinot que entre en Amsterdam á banderas desplegadas.—Despues de hacer el rey Luis vanos esfuerzos para impedir que se presenten en su capital las tropas francesas, abdica la corona en favor de su hijo bajo la regencia de la reina Hortensia.—Al saberlo Napoleon decreta la incorporacion de Holanda al imperio, y divídela en siete departamentos franceses.—Sus afanes por restaurar en este pais la hacienda y marina.—Vasto desarrollo del sistema continental de resultas de formar

parte del Imperio la Holanda.—Nuevo método imaginado para la circulacion de los géneros coloniales, y permiso otorgado con este fin á los detentadores, mediante el pago de 50 por 100.—Pesquisas decretadas para sujetarles á este pago.—Invitacion á los estados del continente á fin de que se adhieran al nuevo sistema.—Todos se adhieren menos Rusia.—Inmensas presas en España, Italia, Suiza, Alemania.—Terror infundido á todos los corresponsales de Inglaterra.—Restablecimiento de las relaciones con América á condicion de que las rompa con Inglaterra.—Situacion del comercio general en esta época.—Eficacia y peligro de las providencias por Napoleon concebidas. 41

LIBRO TREINTA Y NUEVE.

TORRES-VEBRAS.

Vicisitudes de la guerra de España hácia fines de 1809.—Retirada de los ingleses despues de la batalla de Talavera y su larga inaccion en Extremadura.—Descrédito de la Junta central y reunion de las Cortes españolas resuelta para principios de 1810.—Sucesos en Cataluña y Aragon.—Hábiles maniobras del general Saint-Cyr en Cataluña para cubrir el sitio de Gerona.—Larga y heroica defensa de esta plaza por los españoles.—Desgracia del general Saint-Cyr y su reemplazo por el mariscal

Augereau.—Conducta del general Suchet en Aragon despues de la toma de Zaragoza.—Combates de Alcañiz, de Maria, de Belchite.—Ocupacion definitiva de Aragon y hábil administracion del general Suchet en esta provincia.—Augé de las guerrillas en toda España y particularmente en el Norte.—En vez de atenerse á esta clase de guerra quieren los españoles volver á las grandes operaciones contra el dictámen de los ingleses, y avanzan sobre Madrid.—Batalla de Ocaña dada el 19 de noviembre y dispersion del último ejército español.—Espanto y desorden en Sevilla.—Proyecto de retirarse á Cadiz la Junta.—Principio del año 1810.—Planes de los franceses para esta campaña.—Empleo de los numerosos refuerzos enviados por Napoleon.—Situacion de José en Madrid.—Su corte.—Su sistema político y militar opuesto al de Napoleon.—José quiere aprovechar la victoria de Ocaña para invadir la Andalucía, con la esperanza de hallar en esta provincia grandes recursos.—A pesar de su determinacion de reunir todas sus fuerzas contra los ingleses, consiente Napoleon en la expedicion á Andalucía, con la idea de encaminar desde allí á Portugal sus tropas.—Marcha de José á Sierra-Morena.—Entrada en Bailen, Córdoba, Sevilla, Granada y Málaga.—Por el error de no ir á Cádiz en derechura, logran retirarse allí la Junta y las tropas españolas.—Principio del sitio de Cádiz.—El pri-

mer cuerpo es destinado á este sitio; el quinto es enviado á Extremadura; el cuarto á Granada.—Funesta diseminacion de las tropas francesas.—Durante la expedicion á Andalucía, convierte Napoleón las provincias del Ebro en gobiernos militares, con la segunda intencion de incorporarlas al imperio.—Desesperacion de José, quien envia á Paris dos de sus ministros para que reclamen contra la incorporacion proyectada.—Despues de largas dilaciones, comienzan al fin las operaciones de la campaña de 1810.—Mientras el general Suchet asedia las plazas de Aragon, y el mariscal Soult á Cádiz y Badajoz, el mariscal Massena debe tomar á Ciudad-Rodrigo y Almeida, y marchar en seguida sobre Lisboa al frente de ochenta mil hombres.—Sitio de Lérida.—Habiendo aceptado el mariscal Massena contra su gusto el mando del ejército de Portugal, llega en mayo de 1810 á Salamanca.—Triste situacion en que halla las tropas que deben operar en Portugal.—Mal espíritu de sus lugartenientes.—Debiendo constar el ejército de ochenta mil hombres se reduce todo lo mas á cincuenta mil en el momento de entrar en campaña.—Esfuerzos del mariscal Massena por suplir todo lo que le falta.—Sitio y toma de Ciudad-Rodrigo y Almeida en julio de 1810.—Despues de la conquista de estas dos plazas, se dispone el mariscal Massena á invadir á Portugal por el valle del Mondego.—Dificulta-

des que encuentra para proporcionarse víveres, municiones y medios de transporte. — Pasa la frontera el 13 de setiembre. — Sir Arturo Wellesley nombrado lord Wellington. — Sus miras políticas y militares sobre la Península. — Eleccion de una posicion inexpugnable delante de Lisboa para resistir á todas las fuerzas que Napoleon pudiera enviar á España. — Lord Wellington se prepara á retirarse allí destruyendo todos los recursos del pais al tránsito de los franceses. — Retirada del ejército inglés sobre Coimbra. — El mariscal Massena persigue á los ingleses por el valle del Mondego. — Dificultades de su marcha. — Los ingleses hacen alto en la sierra de Alcoba. — Batalla de Busaco, dada el 26 de setiembre. — No habiendo podido los franceses forzar la posición de Busaco logran salvarla por el flanco. — Retirada precipitada de los ingleses sobre Lisboa. — Persecucion enérgica por parte de los franceses. — Los ingleses entran en las líneas de Torres-Vedras el 9 y 10 de octubre. — Descripción de estas líneas famosas. — Después de practicar el mariscal Massena un reconocimiento exacto desespera de forzarlas. — Se decide á bloquearlas hasta la llegada de nuevos refuerzos. — Entreian o toma una posición sólida junto al Tajo entre Santarem y Abrantés, y se aplica á construir un tren de puente para maniobrar sobre las dos orillas del río y vivir á costa de la rica provincia del

Alentejo. — Es enviado el general Foy á Paris con el objeto de enterar á Napoleon de los sucesos de la campaña y de pedirle instrucciones al par que socorros. — Estado del ejército inglés en las líneas de Torres-Vedras. — Altercados de lord Wellington con el gobierno portugués; sus dificultades con el gobierno británico. — Estado de los ánimos en Inglaterra. — Inquietudes concebidas sobre la suerte del ejército inglés, tendencias á la paz, especialmente por efecto del bloqueo continental. — Advenimiento del principe de Gales á la regencia. — Disposicion de este principe respecto de los partidos que dividen el parlamento. — El mas leve incidente puede inclinar la balanza en favor de la oposicion y producir la paz. — Viage del general Foy por la Península. — Su llegada á Paris y su presentacion al emperador. 236

LIBRO CUARENTA.

FUENTES DE OÑORO.

Disposicion de ánimo de Napoleon en el momento de la llegada del general Foy á Paris. — Acogida que le hace y largas explicaciones con él. — Necesidad de un nuevo envío de sesenta ú ochenta mil hombres á España, é imposibilidad actual de disponer de semejante socorro. — Causas recientes de esta imposibilidad. — Últimas usurpaciones de Napoleon en el litoral del mar

del Norte. — Incorporacion de las ciudades anseáticas, de parte del Hannover y del gran ducado de Oldemburgo al imperio. — Descontento del emperador Alejandro al saber la desposicion de su tio el gran duque de Oldemburgo. — En vez de guardar contemplaciones al emperador Alejandro, insiste Napoleon de una manera amenazadora en hacerle adoptar sus nuevos reglamentos sobre comercio. — Resistencia del czar y sus explicaciones con Mr. de Caulaincourt. — No desea el emperador Alejandro la guerra, mas la aguarda, y dispone que se hagan algunas obras defensivas junto al Dwina y el Dnieper. — Informado Napoleon de lo que pasa en San Petersburgo se apresura á armarse, mientras empenada Rusia en Oriente no puede responder á sus armamentos con hostilidades inmediatas. — Primera idea de una grande guerra en el Norte. — Inmensos preparativos de Napoleon. — No queriendo distraer ninguna parte de sus fuerzas para enviarlas á la Peninsula, se limita á mandar á los generales Dorsenno y Drouet y al mariscal Soult que presten ayuda á Massena. — Husiones de Napoleon sobre la eficacia de este socorro. — Vuelta del general Foy al ejército de Portugal. — Larga mancion de este ejército junto al Tajo. — Su industria y su sobriedad. — Excelente espíritu de los soldados y desánimo de los gefes. — Actitud firme de Massena. — Partiendo el general Gardanne de la frontera

de Castilla al frente de un cuerpo de tropas con el fin de llevar despachos al ejército de Portugal, llega casi á sus avanzadas, y sin comunicarse con él desanda camino. — El general Drouet, cuyas divisiones forman el noveno cuerpo, atraviesa la provincia de Beira con la division de Controux y llega á Leiria. — Alegria del ejército á la aparicion del noveno cuerpo. — Su abatimiento cuando sabe que el socorro que le lleva se reduce á siete mil hombres. — Llegada del general Foy y comunicacion de las instrucciones que trae. — Junta de los generales en Golega para conferenciar sobre la ejecucion de ellas y resolucion de permanecer junto al Tajo, procurando cruzar este rio para vivir con los recursos del alentejo. — Divergencia de pareceres sobre los medios de pasar el Tajo. — Admirables esfuerzos del general Eblé á fin de crear un tren de puente. — Para ejecutar el paso del rio se resuelve esperar á que el ejército de Andalucía llegue á dar la mano al ejército de Portugal por la orilla izquierda. — Sucesos ocurridos en el resto de España durante la mansion junto al Tajo. — Continuacion de los asedios efectuados por el general Suchet en Aragon y Cataluña. — Embestida á Tortosa á fines de 1810 y toma de esta plaza en enero de 1811. — Preparativos para el sitio de Tarragona. — Sucesos en Andalucía. — Desparramamiento del ejército de Andalucía entre las provincias de Granada, An-

dalucía y Extremadura.—Embarazo del
 cuarto cuerpo, obligado á dividir su aten-
 cion entre los *insurgentes* de Murcia y los
 de la serranía de Ronda.—Esfuerzos del
 primer cuerpo con el fin de empezar el si-
 tio de Cádiz.—Dificultades y aprestos pa-
 ra este sitio.—Operaciones del quinto
 cuerpo en Extremadura.—No creyendo
 el mariscal Soult poder llevar su tarea á re-
 mate con las tropas que manda, pide un
 socorro de veinte y cinco mil hombres.—
 A este tiempo recibe la orden de ayudar á
 Massena y se niega absolutamente á po-
 nerla en planta.—Emprende el sitio de
 Badajoz en vez de marchar sobre el Tajo.
 —Batalla del Gévora.—Destrucción de las
 tropas españolas que van en socorro de
 Badajoz.—Lentitud con que se vuelven
 á ejecutar los trabajos del sitio.—Escasez
 del ejército de Portugal mientras asedia
 Badajoz el ejército de Andalucía.—Ex-
 trema miseria del cuerpo de Reynier y
 necesidad indispensable de apelar á la re-
 tirada.—No pudiendo ya pasar por otro
 punto, se decide Massena á un movimien-
 to retrogrado sobre el Mondego para esta-
 blecerse en Coimbra.—Retirada empezada
 el 4 de marzo de 1811.—Brillante marcha
 del ejército y persecucion por parte de los
 ingleses.—Elegido Massena á Pombal de-
 termina hacer allí dos dias de alto para
 dar tiempo á que desfilen sus enfermos,
 sus heridos y sus bagajes.—Funesto al-
 tado con el general Drouet.—Temores del

mariscal Ney por su cuerpo de ejército y
 sus disputas con Massena sobre este asun-
 to.—Su retirada sobre Redinha.—Brillan-
 te combate de Redinha.—Evacua Ney
 precipitadamente á Condeixa, lo cual obli-
 ga al ejército entero á trasladarse al ca-
 mino de Ponte Murcelha y á renunciar á
 su establecimiento en Coimbra.—Marchas
 y contramarchas durante la jornada de
 Casal-Novo.—Choque en Foz de Arunza.
 —Retirada sobre la sierra de Murcelha.
 —Un falso movimiento del general Rey-
 nier obliga al ejército á entrar definitiva-
 mente en Castilla la Vieja.—Espectáculo
 que presenta el ejército en el instante de
 su vuelta á España.—Obstinacion de Mas-
 sena por volver á empezar las operaciones
 ofensivas al punto y su resolucion de tor-
 nar por Alcantara al Tajo.—Niegase el
 mariscal Ney á obedecerle.—Acto de au-
 toridad del general en jefe y destino del
 mariscal Ney á espaldas de las tropas.—
 Dificultades que estorban á Massena la
 ejecucion de su proyecto de marchar so-
 bre el Tajo y le obligan á diseminar su
 ejército por Castilla la Vieja para propor-
 cionarle algun descanso.—Horrorosa des-
 nudéz de este ejército.—Vanas promesas
 del mariscal Bessieres como general en
 jefe de las provincias del Norte.—Ventu-
 rosa situacion de lord Wellington despues
 de la retirada de los franceses y triunfo
 del partido de la guerra en el parlamento
 británico.—Lord Wellington deja una par-

de su ejército delante de Almeida y en-
via la otra á Badajoz para hacer levantar
el sitio.—Tardia llegada de este socorro y
toma de Badajoz por el mariscal Soult.—
Dueño ya de la plaza trasladase á Cádiz
para apoyar al mariscal Victor.—Buen
combate dado por éste á los ingleses en
Barosa.—Desembarazadas de los enemi-
gos que las amenazaban encuentra Soult
las líneas de Cádiz, mas en breve le llama
á Badajoz la aparición de los ingleses.—
A su vez pide socorro al ejército de Portu-
gal á quien no habia el socorrido.—Em-
bisten los ingleses á Badajoz.—Esta des-
graciada ciudad, sitiada y tomada por los
franceses, es sitiada de nuevo por los in-
gleses.—Proyecto formado por Massena
entretanto.—Aunque muy mal ayudado
por el ejército de Andalucía, piensa en
prestarle un grande servicio, yendo á ar-
rojarse sobre los ingleses que bloquean á
Almeida.—Retardado este proyecto por las
lentitudes del mariscal Bessieres, debién-
dose haber empezado á ejecutar el 24 de
abril, no tiene principio hasta el 2 de ma-
yo.—A consecuencia de este retraso logra
lord Wellington el tiempo bastante para
volver de Extremadura y ponerse á la ca-
beza de sus tropas.—Batalla de Fuentes de
Oñoro dada los dias 3 y 5 de mayo.—Gran-
de energía de Massena en esta memorable
batalla.—Manda quemar á Almeida, no
pudiendo librarla del bloqueo.—Heróica
evasión de la guarnicion de la plaza.—

Massena, vuelve á entrar en Castilla la
Vieja.—Acudiendo el mariscal Soult á ay-
Extremadura para socorrer á Badajoz,
empeña la batalla de la Albuera, y no con-
sigue alejar de allí á los ingleses.—Gran-
des pérdidas por ambas partes y conti-
nuacion del asedio de Badajoz.—Excelen-
te defensa de la guarnicion.—Situacion di-
ficil de los franceses en España.—Resul-
men de sus operaciones, durante 1810 y
1811, y causas de que fracasaran sus es-
fuerzos en estas dos campañas que debian
decidir sobre la suerte de España y de Eu-
ropa.—Faltas de Napoleon y de sus lugar-
tenientes.—Injusta desgracia de Massena.

